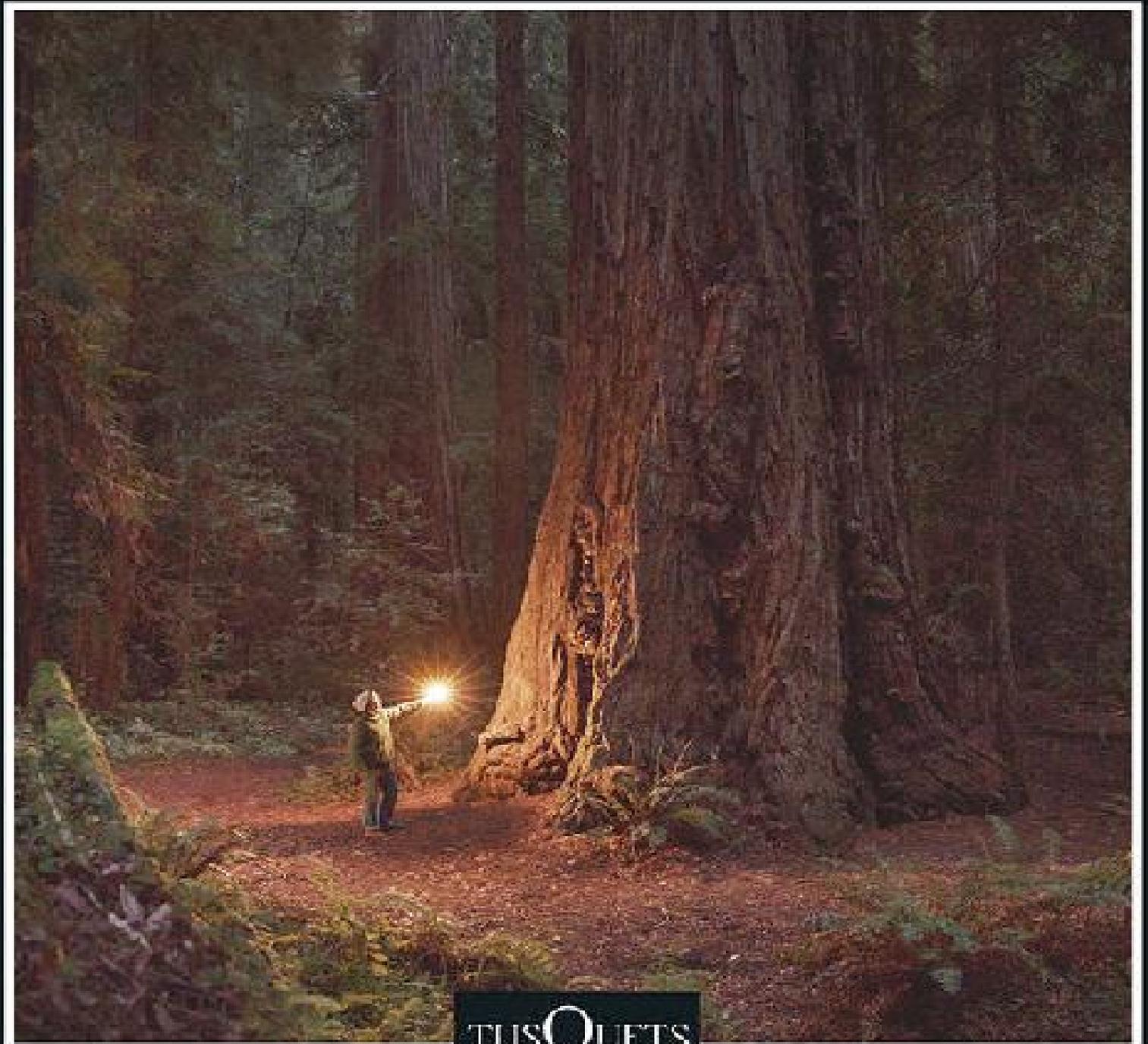


Annie Proulx

EL BOSQUE INFINITO

colección andanzas



TUSQUETS
CENTROES

Índice

Portada

Dedicatoria

Citas

I. forêt, hache, famille (1693-1716)

1. Trépagny
2. claros
3. Renardette
4. invitados llegados del norte
5. la boda
6. la india
7. bûcheron

II. «... con impotencia miran las huellas que él deja» Zhang Ji (768-830)
(1693-1727)

8. Forgeron
9. Les quatrains de Pibrac (Guy du Faur, seigneur de Pibrac)
10. todo el mundo desea ir a China
11. el capitán de barco holandés
12. el Steenarend
13. jardín de deliciosa confusión
14. riesgo
15. pelo
16. «un mensajero perverso, caído en el mal...», Pibrac
17. «para el caballo el látigo», Pibrac
18. reencuentro
19. «Exitus in dubio est»
20. mala acción
21. cambio de aires
22. desaparición

III. Todos estos bosques eran antaño nuestros (1724-1767)

23. perros y villanos
24. Auguste
25. sentido de la propiedad
26. Mi'kma'ki
27. parientes consanguíneos
28. el secreto de las hojas verdes
29. cabeza de alce asada

30. perder terreno

31. sígueme

IV. La serpiente seccionada (1756-1766)

32. un funeral

33. un caso interesante

34. la cosa que contenía el baúl

35. Etdidu

36. nubes

37. cambio

V. en los campamentos madereros (1754-1804)

38. la casa de la bahía de Penobscot

39. el doctor Mukhtar

40. hacheros y gancheros

41. los campamentos del Gattineau

VI. «La Fortuna es una verdadera puta» (1808-1826)

42. mesa taraceada

43. un error de apreciación

44. recuerdo

45. error por partida doble

46. reunión del consejo

47. en vilo

48. James se lleva una sorpresa

VII. palos rotos (1825-1840)

49. formidable incendio

50. una vida torcida

51. espesura

52. kauris

53. en el monte

VIII. días de gloria (1836-1870)

54. riqueza vegetal

55. nunca suficiente

56. Lavinia

57. un remedio para la jaqueca

58. bajo llave

59. hoja de tilo

IX. la sombra dentro de la taza (1844-década de 1960)

60. hijos pródigos

61. báculo parlante

62. leñadores

X. deslizarse hacia la oscuridad (1886-2013)

63. perfidia

64. perdedor

65. legados

66. ella y su lugar bajo el sol

67. un pequeño problema

68. las hijas de Egga

69. bosque boreal

70. claro de luna

Agradecimientos

Árboles genealógicos

Familia Sel

Familia Duke

Créditos

Encuentra aquí tu próxima lectura

En memoria de mi profesora de instituto Elizabeth Ring,
historiadora, erudita y educadora de Maine,
quien despertó en mí un perdurable interés por el cambio histórico
y las perspectivas dispares y variables del pasado y el presente.

En memoria de mi hermana Joyce Proulx Kostyn,
de mi cuñado John Roberts,
del escritor Ivan Doig
y del biólogo de la naturaleza Ronald Lockwood.

Y para los hombres del bosque de toda índole:
leñadores, ecologistas, aserradores, escultores, grandes expertos,
hacendados, estudiantes, científicos, comedores de hojas, fotógrafos,
practicantes del shinrin-yoku, intérpretes de imágenes satelitales
de la Tierra, climatólogos, carpinteros, excursionistas,
guardas forestales, contadores de anillos y el resto de nosotros.

¿Por qué no van a ser las cosas absurdas, vanas y transitorias en su mayor parte? Son así, y nosotros también, y ellas y nosotros funcionamos bastante bien juntos.

George Santayana

En la antigüedad, cada árbol, cada vertiente, cada arroyo, cada montaña tenía su propio *genius loci*, su espíritu guardián. Estos espíritus eran accesibles a los hombres, pero eran muy diferentes de los hombres; centauros, faunos y sirenas muestran su ambivalencia. Antes de que alguien cortara un árbol, explotara una mina o dañara un riachuelo, era importante aplacar al espíritu a cargo de aquella situación particular y había que mantenerlo aplacado. Destruyendo el animismo pagano, el cristianismo hizo posible la explotación de la naturaleza con total indiferencia hacia los sentimientos de los objetos naturales.

Lynn White Jr.

I
forêt, hache, famille
(1693-1716)

Trépagny

En el crepúsculo dejaron atrás las condenadas poblaciones de Tadoussac, Kébec y Trois-Rivières, y casi al alba echaron amarras en un remoto asentamiento en la margen del río. René Sel, hombre de cabello hirsuto, ojos rasgados, *yeux bridés* —en tiempos lejanos los invasores hunos se desfogaron con sus antepasados—, oyó a alguien decir «Wobik». Los mosquitos les cubrían las manos y el cuello como pelaje. Un hombre de cejas amarillas les señaló una casa oscurecida por la lluvia. El barro, la lluvia, las picaduras de insectos y el aroma de los sauces determinaron su primera impresión de Nueva Francia. La segunda impresión fue que alrededor se extendía un bosque inmenso y oscuro, una naturaleza hostil.

Los recién llegados, de pie bajo la lluvia a la espera de que los llamaran para plasmar sus marcas en un enorme libro de registro, vieron a los granjeros apiñados al abrigo de una píceca. Los granjeros los miraban e intercambiaban comentarios.

René, cuando le llegó el turno, no firmó con una simple *X* sino que trazó una *R* —afeada por un borrón de tinta caída de la pluma—, letra que, según le había enseñado en su infancia un viejo sacerdote, era la primera de «René», su nombre. Pero el sacerdote había muerto de inanición por las escaseces del invierno antes de poder darle a conocer las letras siguientes.

El de las cejas amarillas se quedó mirando la *R*.

—Todo un letrado, ¿eh? —comentó. A voz en cuello llamó—: ¡Monsieur Claude Trépagny!

Y el nuevo amo de René, un hombre musculoso y desmañado, le indicó que se acercase. Empuñaba un robusto bastón, casi un garrote. Las gotas de lluvia se prendían en la lana de su gorro. Las pobladas cejas no ocultaban el brillo de sus ojos, en los que el blanco era tan blanco y resplandecía de tal modo que inducía a pensar falsamente en una personalidad vivaz.

—Debemos esperar un poco —dijo a René.

El cielo húmedo parecía desplomarse sobre ellos. Esperaron. Poco después el de las cejas amarillas, el funcionario a quien su nuevo amo llamaba monsieur Bouchard, volvió a gritar: «¡Monsieur Trépagny!», quien en esta ocasión recogió a un conocido de René Sel: Charles Duquet, un *engagé* esmirriado que también viajaba en el barco, un alfeñique originario de las barriadas parisinas que, durante la travesía, se doblaba de vez en cuando en un rincón como una vara quebrada. Monsieur Trépagny había tomado, pues, a dos sirvientes. Quizá fuera rico, pero llevaba una empapada capa de *droguet* hecha jirones.

Monsieur Trépagny se encaminó con paso firme por el sendero embarrado hacia una línea de bruma negra. Más que andar, se impulsaba hacia delante valiéndose de unas piernas claramente dispares, una ágil, la otra rígida. Dijo: «*Allons-y*». Se adentraron en aquella lóbrega región, un denso bosque de frondosas con pinas aquí y allá. René no osó preguntar qué tareas se le asignarían. Después de pasar años dedicado al viril trabajo de la tala de árboles en el macizo del Morvan, no deseaba entrar en el servicio doméstico.

Al cabo de unas horas, el mantillo de hojas embebido de agua dio paso a la pinaza. Un intenso aroma impregnaba el aire. Las acículas caídas amortiguaban sus pisadas; las ramas entrelazadas absorbían sus jadeos. Crecían allí árboles descomunales, de un tamaño no visto en la madre patria desde hacía siglos, coníferas más altas que catedrales, píceas y tsugas que traspasaban las nubes. Colosales árboles caducifolios se alzaban muy espaciados entre sí, pero en las copas las ramas colmadas de hojas se fundían en un falso cielo, oscuro y brutal. Achille, su hermano mayor, se habría quedado boquiabierto ante los árboles de Nueva Francia. Ya avanzado el día, pasaron junto a una ladera cubierta de árboles de lustroso tronco blanco. Ésos, explicó monsieur Trépagny, eran *bouleaux blancs*, y los *sauvages* construían casas y embarcaciones con su corteza. René no se lo creyó.

Ante esos árboles enormes, volvió a acordarse de su hermano Achille, un *flotteur* que en su corta vida, conduciendo maderadas corriente abajo, se había zambullido una y otra vez en las gélidas aguas del Yonne. Fuerte e inmune a la frialdad del río, había trabajado hasta que una rama tronchada, puntiaguda y bruñida por la continua fricción de su desplazamiento hasta convertirse en lanza, le perforó la vejiga, llevándose como si fuera un trozo de carne ensartado en un espetón. Ahora René llevaba la ropa interior, el pantalón de lana y la chaquetilla de su hermano. Calzaba los zuecos de Achille, pese a que a fuerza de vivir descalzo tenía los pies encallecidos y duros como pezuñas de vaca, curtidos para resistir el frío francés. En este nuevo mundo descubriría que el frío era de una magnitud distinta.

Los *engagés*, aturdidos por el efecto narcótico de la espesura del bosque, tropezaban una y otra vez con las amplias raíces de las píceas. Los asediaban las *bébites*, minúsculos jejenes como agujas al rojo vivo, moscas negras con una picadura indolora que propagaba lentas toxinas, enjambres de mosquitos tan numerosos que su penetrante lamento era el sonido del bosque. En un cenagal, monsieur Trépagny les aconsejó que se embadurnaran de barro la piel expuesta, sobre todo detrás de las orejas y en la coronilla. Los insectos penetraban entre el pelo y asaeteaban el cuero cabelludo. Por eso, explicó monsieur Trépagny, él llevaba gorro en esa aborrecible región. René pensó que un yelmo sería mejor opción. Monsieur Trépagny contó que los *sauvages* elaboraban un unguento a base de aceite de acícula de picea y grasa animal, pero él no tenía. Deberían conformarse con el barro. Avanzando por el umbrío bosque, rebasaron montículos musgosos y pasaron bajo ramas que pendían como crespones. A causa de la fatiga, los *engagés* tenían calambres en las piernas, ya previamente debilitadas después de la larga travesía transoceánica.

—¿Es muy extenso este bosque? —preguntó Duquet con su voz atiplada y quejumbrosa. Era poco más corpulento que un niño.

—Éste es el bosque del mundo. Es infinito. Se enrosca como una serpiente que se traga su propia cola y no tiene final ni principio. Nadie ha visto jamás su límite más lejano.

Monsieur Trépagny se detuvo. Con ayuda del bastón, rompió unas ramas de picea al pie de un árbol. Sacó de debajo de la capa un chisquero y encendió una pequeña fogata. Acucillados alrededor, tendieron las manos amoratadas.

Monsieur Trépagny desplegó un paño que envolvía un trozo de carne de alce y cortó un pedazo para cada uno. Famélico, René, que esperaba sólo pan, hincó el diente en la carne. Los mosquitos grises zumbaban junto a sus oídos. Duquet miró por las rendijas de sus párpados hinchados e, incapaz de masticar, se contentó con chupetear la carne. Percibían desprecio tras la generosidad de monsieur Trépagny.

Continuaron avanzando a través de un caos de árboles caídos, víctimas de un gran vendaval. Monsieur Trépagny no seguía ningún camino distinguible, pero miraba a lo alto con frecuencia. René vio que se orientaba por incisiones hechas en algunos árboles, incisiones a tres metros del suelo. Más tarde averiguaría que alguien los había marcado así en invierno, caminando por encima de la tierra calzado con raquetas, como una suerte de hechicero ingrávido.

El bosque tenía muchas facetas, como un retablo. Su lúgubre penumbra se atenuaba en los claros. Reclamaban su atención plantas desconocidas y flores raras, fúnebres píceas y tsugas, resplandecientes y algodonosos renuevos en las puntas de las ramas de los pinos, sauces plateados, el verde menta de los abedules nuevos: un lugar donde incluso la luz del sol era verde. Cuando se aproximaban a un espacio abierto, oyeron un tableteo irregular, como de palos entrechocándose. Procedía de unos huesos grises atados a un árbol que el viento agitaba. Monsieur Trépagny dijo que a menudo los *sauvages* colgaban los huesos de un animal muerto después de dar gracias a su espíritu. Guiados por él, circundaron embalses de castores protegidos por alisales de densidad impenetrable. Les advirtió que las veredas angostas eran sendas de alces. Atravesaron zonas pantanosas. Hondonadas rebosantes de agua de lluvia de color té. El esfagno tembloroso, salpicado de plantas carnívoras, les succionaba los pies a cada paso. Aquellos dos jóvenes jamás habían imaginado una región tan agreste y húmeda, un bosque tan espeso. Duquet ahogó un juramento cuando una rama de aliso le rompió la chaqueta. Monsieur Trépagny lo oyó y le dijo que nunca debía maldecir a un árbol, y menos a un aliso, que poseía facultades medicinales. Bebían en los torrentes, cruzaban rápidos poco profundos que se curvaban como hojas de cimitarra damasquinadas. «¿Hasta cuándo durará esto?», masculló Duquet con una mano en la mejilla.

Llegaron nuevamente a un bosque despejado, donde era más fácil avanzar entre los árboles. Los *sauvages* quemaban la maleza, explicó su nuevo amo con tono desdeñoso. Ya entrada la tarde, monsieur Trépagny exclamó: «*Porc-épic!*», y de pronto arrojó su bastón. Éste giró una vez y alcanzó a un puercoespín en pleno hocico. El animal cayó como una estrella fugaz, seguido de un rastro de gotas de sangre. Monsieur Trépagny encendió una gran fogata, y cuando las llamas quedaron reducidas a varas moradas, colgó sobre las brasas el animal destripado. Las púas chamuscadas apestaban, pero cuando retiró el cuerpo del fuego, la carne que había bajo la costra ennegrecida sabía bien. De sus bolsillos sin fondo, monsieur Trépagny sacó una bolsa de sal y dio una pizca a cada uno. Envolvió la carne sobrante con un paño grasiento.

El amo avivó el fuego, se arrebujó en su capa, se tumbó al pie de un árbol, cerró aquellos ojos de mirada intensa y se durmió. René tenía las piernas acalambradas. El frío, los silbidos del viento entre los pinos, el zumbido de los mosquitos y el ulular de las lechuzas le impedían conciliar el sueño. Habló en voz baja a Charles Duquet, que no contestó, y después se quedó callado. En plena noche algo lo medio despertó.

La mañana empezó con una fogata. Pese a que era ya finales de la primavera, el frío arreciaba más que en la fría Francia. La claridad se filtró subrepticamente en la penumbra. Monsieur Trépagny, royendo sobras de carne, dio un puntapié a Duquet y bramó: «*Levé!*». René se levantó para no dar ocasión a monsieur Trépagny de patearlo también a él. Echó una mirada a la carne que sostenía su amo. El hombre arrancó un trozo y se lo lanzó; arrancó otro y se lo lanzó a Duquet, como podrían echarse restos de comida a un perro. Luego se puso en marcha con su incansable andar a bandazos, orientándose por las incisiones practicadas a gran altura en los árboles. Los nuevos sirvientes veían sólo oscuridad por todas partes salvo a sus espaldas, donde la fogata abandonada titilaba tentadoramente.

Era un día frío pero seco. Monsieur Trépagny avanzaba bamboleante por un sendero poco marcado, pero al mediodía empezó a llover otra vez. Sumidos en un estado de estupor consecuencia de la fatiga, llegaron a un cauce rumoroso, un río negro y sin embargo transparente como pedernal oscuro. En

la margen opuesta, vieron un claro donde había trozas apiladas y el opresivo bosque omnipresente. Se elevaba humo de una chimenea oculta. No veían la casa, sino sólo montañas de maderos y las dependencias exteriores.

Monsieur Trépagny dio una voz. Una mujer que vestía una túnica de piel de alce decorada con sinuosos dibujos salió de detrás de la pila de madera más cercana, exclamó: «*Kwe!*» y se dio media vuelta. René Sel y Charles Duquet cruzaron una mirada. Una india. *Une sauvage!*

Vadearon el gélido río tras los pasos de monsieur Trépagny. René resbaló en una roca redondeada del lecho y a punto estuvo de caer, acordándose de Achille y de las frías aguas del Yonne. Los peces giraban en torno a ellos, pasaban como exhalaciones, en tal cantidad que el río parecía hecho de duro músculo. En la orilla lodosa atravesaron un huerto cercado invadido por las malas hierbas. Monsieur Trépagny empezó a cantar: «*Mari, Mari, dame jolie...*». Los *engagés* permanecieron en silencio. Duquet tenía los labios tan apretados como si el aire quemara, y los ojos casi cerrados de tan hinchados.

Más allá de las pilas de troncos, alcanzaron a ver la casa de monsieur Trépagny. Era la primera vez que tenían ante sus ojos el estilo de construcción de madera *pièces-sur-pièces*, el tejado a cuatro aguas, los aleros acampanados habituales en Francia. Pero toda ella era de madera excepto por tres pequeñas ventanas provistas de un caro cristal francés. Recortada contra los árboles, vieron la silueta de un *wikuom*, que, como averiguaron al día siguiente, era la casa de corteza de árbol de la *sauvage*, a la que se retiraba con sus hijos por la noche.

Monsieur Trépagny los llevó al almacén. Dentro apestaba a patatas podridas, heno de pantano y bosta de vaca. Un extremo se hallaba aislado por medio de un tabique, y detrás se oía la respiración de un animal. Vieron el hoyo ennegrecido de una fogata, una forja. Monsieur Trépagny, prendado de su propia voz, siguió cantando, encendió el fuego en el hoyo y los dejó allí. Fuera, su voz se alejó: «*Ah! Bonjour donc, franc cavalier...*». Empezó a llover de nuevo. René y Duquet se sentaron en aquel espacio a oscuras salvo por la luz de la fogata moribunda. El edificio no tenía ventanas, y cuando Duquet abrió la puerta para que entrara la luz, los asaltaron de pronto enjambres de

atroces jejenes y mosquitos. Se quedaron sentados en la semipenumbra. Duquet habló. Dijo que padecía *mal de dents* —dolor de muelas— y que a la mínima ocasión se fugaría y regresaría a Francia. René permaneció callado.

Al cabo de un rato la puerta se abrió. Entraron la *sauvage* y dos niños, los tres cargados. La mujer dijo: «*Bien, bien*», y entregó una capa de castor a cada uno. Se señaló a sí misma y dijo: «Mali», porque, como a la mayoría de los mi'kmaq, le costaba pronunciar la erre. René dijo su nombre, y ella lo repitió: «Lené». El niño mayor dejó un cuenco de madera con gachas de maíz calientes. Luego desaparecieron. René y Duquet se comieron la papilla del cuenco con los dedos. Se arrebujaron en las capas y se durmieron.

No había amanecido aún cuando monsieur Trépagny abrió bruscamente la puerta y, con voz severa y potente, ordenó: «*Allons-y!*». Al otro lado del tabique se oyeron chorros de leche contra el fondo de un cubo de madera. Les lanzó trozos de esturión ahumado y, tras coger su hacha de hoja de acero que estaba colgada de la pared, les dio sendas hachas romas de mango corto. La de René tenía una muesca considerable en el filo. En el goteante amanecer, Trépagny los guió hasta un pequeño claro más allá de un maizal. Trazó un arco con el brazo y, con tono irónico, describió ese reducido espacio como su gran claro —«*le grand défrichement*»—; a continuación empezó a talar un árbol con diestros hachazos y les ordenó que lo imitaran. Anunció que ese día cortarían los troncos para construir su alojamiento, una ampliación de su propia *domus*, a fin de que dejaran libre el almacén lo antes posible. René asestó un golpe con su herramienta de mango corto, sintió la sacudida por la resistencia que ofrecía el árbol, asestó otro hachazo, y emprendió así lo que sería el trabajo de su vida: deforestar Nueva Francia. Duquet astilló apenas el tronco de un árbol con su hachuela, y con el golpe un líquido amarillento se desprendió de sus ojos acribillados por picaduras de insectos. Desramaron los árboles caídos y llevaron los troncos, medio rodando, medio a rastras, hasta el borde del claro. Dejaron las ramas a un lado para trocearlas más tarde.

El hacha no estaba afilada. En el tiempo que René tardó en talar un árbol más bien pequeño, el amo echó abajo tres mucho mayores, y estaba ya en plena faena con el cuarto. «Tiene que haber una manera de afilar un hacha a la

que le falta una cuarta parte de la hoja», pensó. Le devolvería el filo; con ciertas dudas, eligió una piedra del río y empezó a afilar con un movimiento circular. Al cabo de un momento, como no percibió mejora alguna, siguió hacheando. Monsieur Trépagny cogió la piedra inútil y la arrojó al bosque. Empuñó el hacha de René y la blandió.

—Para afilar —explicó— usamos piedra arenisca: *grès*.

Con mímica, hizo como si afilara. René deseó preguntar a monsieur Trépagny dónde tenía las piedras de afilar, pero la expresión colérica del hombre lo disuadió.

Monsieur Trépagny contrajo los labios en una mueca al ver las marcas superficiales dejadas por el hacha de Duquet y luego observó el rostro asimétrico de éste.

—Abre la boca —ordenó. Golpeteó la muela podrida con la hoja de su cuchillo y entre dientes dijo que se la arrancaría al final de la jornada. Duquet emitió un sonido de rechazo.

Cuando el sol estaba en su cenit, la *sauvage* les llevó un cazo de maíz humeante. René casi nunca había comido a mediodía. Valiéndose de una astilla de madera, monsieur Trépagny extrajo un cuajarón del cazo. En el centro del maíz se fundía una sustancia cremosa. René tomó un poco con su astilla y sucumbió al intenso sabor. «Ah!», exclamó, y tomó más. Monsieur Trépagny explicó lacónicamente que eso era *cacamos*, médula de alce. Duquet apenas comió, y se quedó apoyado en un árbol con respiración estertórea.

Al anoecer se marcharon del claro. Monsieur Trépagny rebuscó entre sus herramientas de herrería hasta encontrar unos alicates. Duquet se sentó en un tocón con la boca abierta, y monsieur Trépagny atenazó el diente y lo arrancó. Tiró el colmillo amarillento al suelo. Duquet, con un corte en el labio inferior por la presión de los alicates, escupió sangre y pus.

—Y, aun así, este alfeñique sin un centavo anhelaba riqueza —dijo monsieur Trépagny, y se encaminó hacia la casa. René lo vio recoger el diente de Duquet y metérselo en el bolsillo.

Los hombres entraron en la vivienda, un único espacio, y su hedor masculino se mezcló con el fuerte olor a humanidad de los bosques septentrionales. Mari, con la cara picada de viruela, advirtió que René ensanchaba la nariz al percibir el tufo que flotaba en el aire y echó al fuego

una rama de enebro aromático. En medio del barullo de los críos, oyeron unos nombres —Elphège, Theotiste, Jean-Baptiste—, pero los pequeños eran todos idénticos y se parecían tanto a su madre mi'kmaq que René los olvidó de inmediato. Mari hablaba una jerga, mezcla de mi'kmaq y un limitado francés, más alguna que otra frase portuguesa, creando una curiosa cadencia. Los niños tenían nombres franceses.

La mujer les llevó una cazuela de estofado de oca sin sal, acompañado de cebolla silvestre y hierbas. A pesar de que la carne se desprendía enseguida del hueso, Duquet sólo pudo tomar un poco de caldo. Trépagny tenía enfrente un platito de sal gruesa, y tomó una pizca entre el pulgar y los dedos índice y medio.

—Mari no guisa con *sel*. Según los mi'kmaq, la sal estropea la comida. Así que trae siempre tu propia *sel*, René Sel, a menos que te baste poner el pulgar en los víveres para sazonarlos con tu nombre, je, je.

Luego llegó una bandeja de tortas de maíz. Monsieur Trépagny se echó un sirope ambarino en las tortas, y René lo imitó. El sirope tenía un sabor dulce y ahumado, mejor que el de la miel, y costaba creer que procediera de un árbol, como explicó el amo. Duquet, extenuado por su suplicio, agachó la cabeza. Mari se acercó a su armario y revolvió algo en un recipiente. Se lo llevó a Duquet. Monsieur Trépagny comentó que quizá fuera una poción elaborada con amentos verdes de aliso, los mismos alisos que Duquet había maldecido, así que la medicina no surtiría efecto en él. Mari dijo:

—Hoja sauce, colteza sauce, Mali hace buena medicina.
Duquet se la tomó y durmió esa noche.

Prosiguieron con la tala día tras día, y las manos se les hincharon, se les ampollaron, se les curtieron; a pesar de las hachas romas, se acostumbraron al ritmo del trabajo. Monsieur Trépagny observaba a René.

—Tú ya has empuñado antes un hacha; tienes aptitudes de leñador.

René le habló del bosque del Morvan, donde Achille y él habían talado árboles. Pero esa vida ya había soltado amarras y se alejaba de la memoria a la deriva.

—Ah —dijo monsieur Trépagny. A la mañana siguiente les quitó las maltrechas hachas y se marchó, dejándolos allí solos.

—Y bien, ¿qué es monsieur Trépagny, pues? —preguntó René a Duquet —. ¿Es rico o no?

Duquet soltó una áspera carcajada.

—Creía que entre tú y monsieur Trépagny reuníais toda la sabiduría del mundo. ¿Sabes que él es el *seigneur* y nosotros los *censitaires*? Lo que algunos llaman *habitants*. Él es un *seigneur*, pero quiere ser un noble en este nuevo territorio. Nos concederá tierras, y durante tres años nosotros le pagaremos con nuestro trabajo y ciertos productos como rábanos y nabos cultivados en esas tierras que se nos permitirá usar.

—¿Qué tierras?

—Buena pregunta. Hasta ahora hemos trabajado pero no se ha mencionado ninguna tierra. Monsieur Trépagny es de una astucia malévola. El rey podría arrebatarse la *seigneurie* si lo supiera. ¿De verdad no entendiste el papel que firmaste? En Francia nos lo explicaron claramente.

—Pensé que se refería sólo a un período de servidumbre. No entendí lo de las tierras. ¿Significa eso que seremos granjeros? ¿Propietarios de nuestras tierras?

—*Ouais*, labradores y colonos, no propietarios, sino usuarios de tierras, donde desboscaremos, cultivaremos nabos. Si la gente en Francia pensara que aquí uno puede ser propietario de sus tierras nada más llegar, vendría a miles de inmediato. Yo personalmente no deseo ser campesino. No sé qué te ha traído a ti aquí, pero yo he venido con la intención de hacer algo. El dinero está en el comercio de pieles.

—Yo no soy agricultor..., soy leñador. Pero me gustaría mucho ser dueño de mis propias tierras.

—A mí me gustaría saber por qué ese hombre se ha llevado mi diente. Lo he visto.

—También yo lo he visto.

—En eso hay algo de diabólico. Este hombre tiene una vena oscura en el corazón.

Monsieur Trépagny volvió pocas horas después con hachas de hierro para ellos, las habituales hachas de «*La Tène*», de mango recto, que René conocía desde siempre. Eran nuevas, y tenían el filo cortante. También se había provisto de unas buenas piedras de amolar. René percibió el poderío de esa hacha, su voraz deseo de traspasar todo aquello que le saliera al paso, salpicando savia, despidiendo astillas blancas como esquirlas de porcelana. Valiéndose de una piedra puntiaguda, marcó el asta con su inicial, *R*. Mientras talaba, el inhóspito mundo natural retrocedía, la vasta e invisible red de filamentos que interconectaban la vida humana con los animales, los árboles con la carne y los huesos con la hierba se estremecía cada vez que caía un árbol y las hebras de la red se rompían una por una.

Después de dedicarse varias semanas a talar, desramar y descortezar, a arrastrar troncos hasta el claro de monsieur Trépagny con sus dos bueyes, a cortar, entallar y ensamblar los troncos conforme a las instrucciones del amo, a elevarlos y colocarlos en su sitio, a rellenar las rendijas con barro del río, la nueva construcción estaba casi acabada.

—Deberíamos levantar nuestras casas en las tierras que se nos asignen, no construir un alojamiento compartido junto al *ménage* del amo —dijo Duquet, parpadeando y con los ojos inflamados.

Aun así, siguieron talando, apilando los troncos para dejarlos secar y prendiendo fuego a los más viejos. El aire era una humareda continua, el olor de Nueva Francia. El suelo salpicado de tocones estaba hollado por las pezuñas hendidas de los bueyes, como si aquel barrizal fuera un salón de baile frecuentado por demonios. Los árboles caían, y sus sombras daban paso a una luz abrasadora, bajo la que se marchitaban el musgo y los helechos.

—Amo, ¿por qué no vende usted estos magníficos árboles a Francia para que hagan mástiles? —preguntó René.

Monsieur Trépagny dejó escapar una risa desagradable. Aborrecía las necias preguntas de René.

—Porque esos idiotas prefieren madera báltica. No tienen ni la menor idea de lo que hay aquí. Son inflexibles. Desprecian la riqueza de Nueva Francia, excepto las pieles. —Se dio una palmada en la pierna—. Hace ya cien años, De Champlain, el descubridor de Nueva Francia, les suplicó que aprovecharan la excelente madera, el pescado y las suntuosas pieles, el cuero

y un centenar más de preciados artículos. ¿Le hicieron caso? No. Ni por asomo. No sacaron partido a estos valiosos recursos, salvo a las pieles. Y hubo otros con buenas ideas, pero los caballeros de Francia tampoco mostraron interés. Y algunos de esos hombres con ideas acudieron a los ingleses, y el fruto de las semillas que plantaron allí será de sangre. Los ingleses mandan a miles de hombres a sus colonias; Francia, en cambio, no se toma la molestia.

Conforme avanzaba la primavera, húmeda y abundante en bichos, cada árbol un nuevo manantial de oxígeno, otro absceso causó hinchazón en el rostro de Duquet. Monsieur Trépagny le extrajo la nueva agresión dental y anunció imperiosamente que se los arrancaría todos, y así Duquet no perdería más tiempo a causa del dolor de muelas. Arremetió con los alicates de herrero, pero Duquet lo esquivó, movió la cabeza en un vehemente gesto de negación, salpicando sangre, y masculló algo. Monsieur Trépagny, guardándose ese segundo diente en el bolsillo, se dio media vuelta y, con aterciopelada voz de caballero, dijo:

—Me quedará tu cráneo.

Duquet se inclinó un poco al frente pero guardó silencio.

Pocos días después, Duquet, sin desprenderse del hacha, se excusó para evacuar el vientre y se adentró en el bosque. Cuando no los oía, René preguntó a monsieur Trépagny si él era su *seigneur*.

—¿Y qué si lo soy?

—Si lo es, señor, ¿dispondremos Duquet y yo de un pedazo de tierra que labrar? Duquet desea saberlo.

—Así será a su debido tiempo, pero no antes de tres años, no antes de que el *domus* esté acabado, no antes de que vengan mis hermanos, y desde luego no antes de que quede desboscado terreno suficiente para un nuevo maizal. Ésa es nuestra tarea inmediata, así que adelante. Las tierras llegarán al final de vuestro período de servicio. —Y clavó el hacha en una píce.

Duquet llevaba ya mucho tiempo ausente. Habían pasado horas. Monsieur Trépagny se echó a reír. Dijo que Duquet debía de estar buscando sus tierras. Con sañudo regodeo, describió los horrores de perderse en el bosque, de ahogarse en el río helado, de ser presa de los lobos, o pisoteado por los alces, o partido en dos por criaturas de dentaduras humeantes. Mencionó los

espíritus furiosos de los mi'kmaq que habitaban en el bosque: el *chepichcaam*, los *kookwes* peludos, el *chenoo* gigante de escarcha y criaturas invisibles que cortaban árboles con sus fauces. A René se le erizó el vello, y pensó que monsieur Trépagny se había sumido excesivamente en el mundo de los salvajes.

Al día siguiente se oyó una voz trémula entre los árboles lejanos. Monsieur Trépagny, que en ese momento estaba desramando un árbol, se irguió en el acto, aguzó el oído y dijo que no era un espíritu de los mi'kmaq, sino uno que había seguido a los colonos llegados de Francia, el *loup-garou*, el hombre-lobo, de quien se sabía que rondaba por los bosques. René, que desde niño había oído relatos sobre ese demonio en forma de lobo pero nunca había alcanzado a verlo, pensó que era Duquet quien los llamaba implorante. Cuando se disponía a contestar, monsieur Trépagny le ordenó que cerrara la boca a menos que quisiera atraer al *loup-garou*. Lo oyeron gemir y exclamar algo parecido a «*maman*». Monsieur Trépagny explicó que llamar a la madre como un niño extraviado era uno de los trucos más conocidos del *loup-garou* y que ese día darían ya por acabada la jornada, no fuera que el ruido de las hachas condujera a la bestia hasta ellos.

—*Vite!*—vociferó monsieur Trépagny.

Volvieron corriendo a la casa.

claros

Una vez desaparecido Duquet —«devorado por el *loup-garou*», aseguró monsieur Trépagny, que acompañó esas palabras de ruido de lametones—, el *seigneur* se volvió locuaz, pero contó versiones divergentes de su historia mientras talaba, de modo que buena parte de sus frases se perdieron bajo el ruido de los hachazos. Tenía ojo para ver dónde los árboles pequeños se alzaban más o menos en fila, y los marcaba, para luego talar el árbol grande del extremo, que, servicialmente, derribaba todos los pequeños. Una vez contó que su familia era oriunda de los Pirineos, pero en otra ocasión la situó en el norte, en Lille, y tampoco descartó París como su posible lugar de procedencia. Le habló de lo mucho que detestaba las aldeas y a sus habitantes, todos ellos mentirosos, entrometidos y beatos. Despreciaba a los jesuitas. Monsieur Trépagny dijo que él, sus hermanos y su tío Jean fueron a Nueva Francia atraídos por el comercio de pieles, pero que a él personalmente lo movían motivos mejores.

—En otros tiempos, los nuestros fueron maltratados en Francia. La Iglesia papista del demonio nos declaró herejes y nos torturó. Creían que nos habían sometido. Se equivocaban. Secretamente nos hemos mantenido fieles a nuestras creencias en cuerpo y alma durante siglos, y aquí en Nueva Francia volveremos a ser fuertes. —Ensalzó la nueva tierra, dijo que ésta superaría a la vieja Francia en riqueza y poder—. Un nuevo mundo que aventajará a la vieja Francia de corazón frío e ideas anticuadas. Algún día Nueva Francia se extenderá hasta Florida, hasta el gran río situado al oeste. Frontenac lo vio.

René reflexionó al respecto y coincidió: Nueva Francia era todo un trofeo si Inglaterra se mantenía al margen. Pero él no solía pensar en esas cosas. Se veía a sí mismo como una mota de polvo en el viento de la vida, arrastrado hasta donde lo llevaran las corrientes de esa gran fuerza.

—¿Qué es lo más importante? —preguntó monsieur Trépagny—. Después de Dios, claro está.

René deseó decir que era la tierra, deseó decir que eran las semillas, deseó decir que eran los dientes robados. No dijo nada.

—¡La sangre! —exclamó monsieur Trépagny—. La familia. La gente de tu sangre.

—Están todos muertos —dijo René.

Pero monsieur Trépagny, sin prestarle la menor atención, prosiguió con su historia. Sus hermanos y él, contó, remontaron primero el misterioso río Saguenay.

—Para trocar pieles con los hurones —prosiguió—, y después con los odawa, ganándonos su confianza, pero eludimos a los iroqueses, que son amigos de los ingleses y, desde la infancia, se ponen a prueba a sí mismos mediante horrendas torturas. Gozan infligiendo dolor a los demás. La vida de *voyageurs* es una buena vida para mis hermanos, que todavía surcan los ríos. Yo la considero una forma de vida muy desagradable.

»Ahora los iroqueses son menos temibles que antes. Pero todos los indios andaban como locos por los calderos de cobre, cuanto más grandes, mejor, tan grandes que era difícil moverlos, y el hecho de poseer un caldero cambiaba sus hábitos errantes. En cuanto tenían el caldero de cobre o de hierro, no vagaban ya tan vigorosamente por los bosques y los ríos. Se formaron aldeas en torno a los calderos. Todo eso estaba muy bien, pero alguien tenía que llevar hasta allí esas descomunales vasijas, alguien tenía que bregar y cargar con ellas por peligrosas rutas de porteo. —Se señaló el pecho en silencio—. Eso estaba por debajo de mi condición social. —Descargó un golpe en su árbol—. El comercio de pieles se desplazó al norte y al oeste —dijo al árbol, expresando su desencanto—. El porteo. Quince, veinte kilómetros de rocas con dos fardos de pieles auestas que pesaban como una vaca, y después vuelta otra vez hasta la canoa, con más fardos o uno de esos malditos calderos. Por último, la canoa. No te creerías lo grandes que eran los cargamentos que

acarreaban algunos de esos hombres. Cuentan que uno cargaba con más de doscientos kilos en cada viaje desde primera hora de la mañana hasta la noche. —Una vez, mientras cargaba con uno de esos aborrecibles calderos, a Trépagny le había fallado la rodilla derecha. La lesión todavía lo traía a maltraer—. La cuestión es que la compañía peletera, haciendo uso de los derechos otorgados por el rey, me nombró *seigneur* y me encargó que reuniera *habitants* y poblara Nueva Francia. Esto es el nacimiento de una gran ciudad en medio de la naturaleza.

René planteó una pregunta que venía inquietándolo desde la primera caminata a través del bosque.

—¿Por qué talamos el bosque si hay tantos claros magníficos? ¿Por qué no podría uno construir su casa en un claro, en una de esas praderas por las que pasamos de camino a aquí? ¿No sería más sencillo?

Pero monsieur Trépagny se horrorizó.

—¿Más sencillo? Sí, más sencillo, pero estamos aquí para desboscar, para someter este paraje agreste y malévolo. —Permaneció unos segundos callado, reflexionando, y después prosiguió—: Además, aquí, en Nueva Francia, la propiedad se asigna de una manera especial. Las parcelas que se extienden desde un río hasta el bosque proporcionan a cada colono tierra de labranza fértil, terreno elevado a salvo de las avenidas de agua y árboles para la madera de construcción y el combustible... ¡y setas! Es un acuerdo equitativo, inviable con claros elegidos sin ton ni son: *bon gré mal gré*.

René esperaba que ése fuera el final de la lección, pero monsieur Trépagny continuó.

—Los hombres deben alterar estas tierras para poder vivir en ellas. Antiguamente vivían como bestias. En esos tiempos remotos tenían garras y dientes largos, y gruñían en lugar de hablar. —A modo ilustrativo, emitió un gruñido.

Cuando talaba árboles, René no sentía el acto en sí de la tala, sino el puro movimiento, el alzamiento del hacha, la tensión que se concentraba en brazos y hombros, en nalgas y muslos, la rotación de la cadera, la distensión y flexión de las rodillas, y luego la trayectoria descendente, tan abstracta como la

sombra de una piedra, una especie de danza del bosque. Había atado una roca al cotillo con *babiche* para compensar el peso de la hoja. Así los golpes eran más precisos.

Monsieur Trépagny inició un monótono sermón sobre la necesidad, el deber, de retirar los árboles, de despejar la tierra no sólo para uno mismo sino para la posteridad, para aquello en lo que ese lugar se convertiría.

—Algún día —sentenció monsieur Trépagny, señalando hacia la penumbra—, algún día aquí se cultivarán coles. Ser un hombre es desboscar. No veo los árboles —dijo—. Veo las coles. Veo los viñedos.

Monsieur Trépagny contó que su tío, Jean Trépagny, llamado Chamailleur, o familiarmente Chama, Camorrista, por su temperamento pugnaz, ocuparía el lugar de Duquet. Era viejo pero fuerte, más fuerte que Duquet. No tardaría en llegar. También se unirían a ellos los hermanos de monsieur Trépagny. Con el tiempo. Y añadió que allí se había acabado ya la temporada de tala. Las *bébites* estaban en pleno furor, el bochorno era peligroso, los árboles rebosaban savia. De hecho, endemoniados enjambres de insectos picadores los acompañaban día y noche.

—El invierno. El invierno es el momento idóneo para desboscar. Ahora es momento de retirar y quemar las cepas. —También era el momento, agregó, de que René empezara a cumplir sus otras obligaciones—. Tres días por semana tu trabajo me pertenece. Como parte de tus tareas —siguió monsieur Trépagny— debes abastecer mi mesa de pescado.

Su quehacer más inmediato era preparar el huerto para Mari. Los bueyes, *Roi* y *Reine*, tiraban del viejo arado de monsieur Trépagny hoscamente. Una mosca salvaje de cabeza verde se alimentaba de su sangre. Monsieur Trépagny embadurnaba a los animales con arcilla del río, que se endurecía en polvorientas costras pero de nada servía ante la acumulación de jejenes. Sin embargo, Mari, la india, maceraba corteza de alerce en agua de manantial y dos veces al día les enjuagaba los ojos escocidos. En las largas tardes, con numerosos suspiros, la mujer plantaba en el aborrecido huerto. Un día de ese verano mandó a sus dos hijos menores a un lugar llamado Odanak, adonde habían huido los vestigios de su pueblo.

—Ellos aplende cazal oca. Aplende muchas tlampas. Allí buenos hombres caza. Aquí sólo huelto, aplende coltal árbol.

Monsieur Trépagny dijo con acritud que sólo aprenderían a rebelarse contra los colonos y hacer la guerra.

En cumplimiento de sus obligaciones de pescador, René se fue al río. Monsieur Trépagny le había entregado un cuchillo, anzuelos, un sedal de hilo encerado y una enorme cesta para el pescado. En el río nadaban peces grandes y furiosos. El sedal se rompió en varias ocasiones, y René perdió un valioso anzuelo. Pero Mari reaccionó con desdén.

—Pez pequeño —comentó—. Lené no bueno pesca. Mi pueblo hace cañal, pesca mucho mucho. Mucho enolme.

Para desviar su irritación, René señaló una ortiga que crecía en el huerto.

—En Francia hay de éstas —comentó.

—Sí. Mala planta nace donde pisa hombre blanco, el «Quién Viene»: el *wenuj*.

Mari le pidió que dejara intactos los pescados; los limpiaría ella misma. Enterró las entrañas en el huerto, y cuando René le preguntó si ésa era la costumbre india, ella le lanzó una mirada y dijo que era una práctica común entre los necios que cultivaban huertos en lugar de recolectar los frutos del bosque.

—¡Anguila! —dijo—. Anguila coge. Anguila gusta. Nosotlos pueblo agua.

Le tejió tres trampas para anguilas y le entregó restos de pescado para usar a modo de cebo, lo acompañó al río y le señaló los lugares donde más le convenía intentarlo. A partir de entonces René le llevó casi a diario gruesas anguilas. Ella dijo que los *mi'kmaq* conocían muchas formas de atrapar anguilas y que, para él, lo más apropiado eran las trampas. Cuando sus hijos regresaran de la aldea abenaki de Odanak, le enseñarían otros métodos.

A principios de julio, los pinos desprendían vaharadas de polen, efluvios amarillos como humo de color limón que flotaban en el bosque, mezclándose con el humo de los árboles quemados. Una mañana un viejo, encorvado bajo el peso de un fardo, lanzando miradas furiosas a izquierda y derecha, surgió tambaleante de entre las nubes de polen por el sendero oeste, que, por lo que

René sabía, conducía al fin del mundo. El viejo tenía la boca pequeña, y encima de ella se extendía un bigote gris semejante a un hilillo de lana de oveja prendida de una rama. Tenía los mismos ojos que monsieur Trépagny, negros y blancos y movedizos. Chamailleur miró a René, que en esos momentos se disponía a ir de pesca, y arremetió de inmediato.

—*Salaud!* ¡Malnacido! ¿Por qué no estás trabajando?

—Estoy trabajando. Abastecer la casa de pescado para la mesa forma parte de mis obligaciones.

—¡Cómo! ¿Con un sedal y un anzuelo? Tienes que usar una red. Dile a la mujer que te haga una red. O una cesta trampa. O usa una lanza. Ésos son los mejores métodos.

—Para mí, lo mejor es el sedal y el anzuelo.

—¡Necio y obstinado! *Oui, stupide et obstiné!* Yo sé bien qué es lo mejor, no tú. Menos mal que he venido. Veo que necesitas un correctivo. Mi sobrino es demasiado blando.

René continuó tercamente con sus anzuelos y su sedal de hilo trenzado. Pero pensó en las redes. Puede que una red fuera más útil, porque había tantos peces en el río que con ella quizá pudiera atrapar varios grandes a la vez. En cuanto a la insoportable perorata de Mari sobre cómo los mi'kmaq construían distintas clases de cañales y sus métodos para atrapar *esturgeon* de noche con antorchas deslumbrantes y lanzas, René hizo oídos sordos. Sí utilizó, no obstante, las trampas para anguilas que ella había confeccionado, con el pretexto de que las anguilas no eran peces.

Mientras buscaba unas tierras que reclamar cuando concluyera su período de servidumbre, descubrió el secreto de monsieur Trépagny. Había recorrido una larga distancia río arriba. Con las recientes lluvias, el caudal había crecido y sus aguas bajaban con un impetuoso rugido por encima de millares de rocas. Pensó que tal vez fuera mejor elegir tierras no muy próximas al río, una parcela con un manantial o un arroyo discreto. Se abrió paso a través de una zona salpicada de árboles caídos hacía ya tiempo, donde crecían entre los troncos infinidad de árboles jóvenes, tan juntos como los filamentos de una escoba. En dos ocasiones oyó un gran revuelo y vio un borrón de pelaje negro desaparecer entre la maleza. A primera hora de la tarde llegó a un sendero ancho pero desdibujado en dirección este-oeste y se preguntó si comunicaría,

hacia el este, con el claro de monsieur Trépagny. En cualquier caso, con toda la tarde aún por delante, decidió encaminarse hacia el oeste. Vio el antiguo rastro de unos surcos que sólo podía haber dejado una carreta. Aquello no era un sendero indio. Le picó la curiosidad.

A media tarde el sendero se bifurcó. Siguió las roderas del carro. El camino empezó a diferenciarse claramente de los habituales senderos del bosque. Se habían talado cuidadosamente los árboles para crear un efecto de *allée*, y esparcido por el suelo millares de conchas blancas rotas. Vio que esa *allée* seguía recta, un túnel oscuro de árboles con un cono puntiagudo de luz en su extremo. Había visto en Francia esa clase de pasadizos, que daban acceso a las mansiones de los nobles, pero nunca se había aventurado a recorrer uno de ellos. Y allí, en los bosques de Nueva Francia, se hallaba la *allée* más tenebrosa y severa del mundo, los árboles como crueles cepillos de hierro, las conchas blancas trituradas por las pezuñas de los ciervos. El final de la *allée* parecía lleno de luz, un vacío en el límite de la tierra inclinada.

Se alzaba allí una imponente masa pálida, una casa de piedra enjalbegada, casi un *château*, que los vientos marinos podrían haber transportado hasta allí desde Francia y dejado en su sitio. René supo que eso era el *domus* de monsieur Trépagny, el centro de su mundo secreto. Tenía tres chimeneas enormes. Las ventanas eran de cristal, el tejado de excelente pizarra azul, y un camino de pizarra curvo circundaba el edificio hasta un cercado. Era una cerca alta, de barrotes metálicos ornamentales. René supo que todo, salvo la piedra, procedía de Francia. Debía de haber costado una fortuna, dos fortunas, el rescate de un rey. Y daba fe de la locura del *seigneur*, de su mente colmada de arcaicas y heréticas ideas de clanes y *domus*, de que se veía a sí mismo como rey de un mundo imaginario.

Desazonado, René atajó de vuelta hasta el sendero principal y lo siguió hacia el este. Se imponía ya la oscuridad. En el bosque anochece de prisa, incluso en los días largos. Como él había supuesto, el sendero terminaba en el claro de monsieur Trépagny. Fue derecho a la cabaña, que ahora compartía con Chama. Éste, arrebuñado en la antigua capa de castor de Duquet, roncaba y hablaba entre dientes.

Prosiguieron los meses de verano. Chama, autoritario y deslenguado, decidía dónde debían talar. Derribaban árboles y luego, arrastrando las cepas arrancadas, las colocaban en fila para formar erizadas cercas de raíces. René pescaba para la mesa, escuchaba las historias de los mi'kmaq que Mari contaba a Elphège, Theotiste y Jean-Baptiste, historias sobre la sopa de hueso de castor y la ropa de colores irisados y los pequeños *wigguladumooch*, y mientras asimilaba ese saber tradicional, observaba a monsieur Trépagny y pensaba extrañado en esa casa secreta que, como descubrió más adelante, el *seigneur* llamaba Le Triomphe. Tenía ya la codiciada *particule* del apellido, y ahora podía hacerse llamar Claude Trépagny du Triomphe.

El calor desapareció súbitamente. De la noche a la mañana llegó una cuña de aire frío colmada de un nuevo aroma: el olor del hielo, del pelaje animal, del bosque en llamas y de la sangre de las presas.

Renardette

Los resplandecientes arcos destacaban en violento contraste con las píceas negras. Riadas de aves en sus grandes migraciones otoñales saturaban el cielo: picopandos canelos; naciones enteras de halcones; innumerables reinitas estriadas —*parulines rayées*— que semejaban hombrecillos con sus boinas negras, rostros blanquecinos y bigotes oscuros; grullas; escribanos; porrones; colimbos; gorriones; papamoscas; currucas; ocas. La primera tormenta de hielo llegó una noche de octubre. El mundo quedó aplanado, con el siseo de los copos de nieve entre las acículas de las píceas, oscurecido el sol por una aguada de grisalla. El bosque permanecía inmóvil, como si tomara aire.

Dos de los hijos de Mari, Elphège y Theotiste, volvieron de Odanak cargados de trampas y cepos, silbatos y reclamos para atraer a las piezas. Mari mostró un intenso interés en esos objetos, pero monsieur Trépagny los calificó de basura y arrojó a la chimenea la trampa embudo para castores de Theotiste. René advirtió que la expresión del niño se endurecía, que éste mantenía la vista baja, eludiendo la mirada de monsieur Trépagny. Por un momento vio en Theotiste al indio cruel.

Diciembre trajo consigo días de un silencio sepulcral, pese a que del cielo encapotado descendía un aroma a limpio: el olor de la pureza gélida, la esencia del bosque boreal. Así terminó el primer año de René en el Nuevo Mundo.

La nieve se acumulaba de tal modo en las copas de los árboles que formaba densos ventisqueros, y cuando soplabla el viento se desprendían aludes de las ramas. René tomó conciencia de que, hasta entonces, nunca en su vida había experimentado el frío extremo ni visto el verdadero color de la negrura. Una explosión de frío atroz descendía del hielo circumpolar. Lo despertaron en plena oscuridad los estallidos de los árboles. Al abrir la puerta, se topó con un muro de gelidez palpable, y cuando inhaló por primera vez, se dobló por la cintura en un espasmo de tos. Tiritando de frío, consiguió encender la vela y, al arrodillarse para volver a prender el fuego, vio minúsculos cristales de nieve caer de su vaho.

En el desayuno, monsieur Trépagny anunció que hacía demasiado frío para talar.

—En días como éste las hojas heladas de las hachas se rompen y te quemas los pulmones. Pronto empiezas a escupir sangre. Luego te mueres. La temperatura subirá dentro de unos días.

Cuando René comentó que había oído estallar los árboles, el *seigneur* le explicó que ni siquiera las rocas aguantaban un frío tan intenso y se partían por la mitad. Mientras metía un trozo de tuétano de alce helado entre dos trozos de pan, añadió:

—Un invierno, después de una helada como ésta, me encontré en el bosque cuatro ciervos congelados, de pie.

—Uy, uy —intervino Chama—, una vez en el norte, después de diez días de tiempo agradable y buena temperatura, de pronto, de la noche a la mañana, cayó sobre nosotros como un hacha un frío inconmensurable y las ondas del río se convirtieron al instante en conos de hielo. Rezamos para que no nos pasara lo mismo a nosotros.

Fue durante esa ola de frío cuando el hijo menor de Mari, Jean-Baptiste, que desde muy pequeño padecía una persistente tosecilla, enfermó gravemente; la tos pasó a ser un gruñido áspero. El niño yacía extenuado y jadeante.

La luna era una rodaja de rábano blanco, las sombras de una negrura incomparable. Las siluetas de los árboles se proyectaban nítidamente sobre la nieve, tan negras como tajos en el inframundo. Los días eran cortos y el sol se

ponía entre jirones de nubes de tormenta pasajeras. La nieve, refulgente, se precipitaba como sangre derramada. El oscuro mar de coníferas absorbía toda luminiscencia. A René lo amedrentaban aquel frío, muy intenso incluso bajo la tenue luz del sol, y el resuello estertóreo de Jean-Baptiste, procedente de su camastro próximo al fuego, sus llamadas a Mari cada vez más débiles, y finalmente el silencio eterno. Monsieur Trépagny dijo con frialdad:

—Todos debemos pagar la deuda de la naturaleza.

La enconada arremetida ártica se prolongó durante una semana; luego se moderó hasta quedar reducida a una quietud radiante. Mari llevó el pequeño cadáver a la misión de Wobik para que lo guardaran hasta la primavera, cuando sería posible enterrarlo. Los hombres volvieron a adentrarse en el bosque. Atravesaron el río helado. René aprendió a caminar con raquetas por aquel mundo gélido. La tala era más fácil, y con el interminable suministro de leña mantenían una fogata permanente cerca del lugar de trabajo. Elphège, que había crecido en Odanak y podía ayudar a arrastrar ramas, trabajaba a su lado.

—¿Así que en ese sitio has aprendido muchos trucos de caza? —preguntó René.

—*Oui*. Muchas formas de cazar a un animal. Todas distintas según la estación. ¿Ve eso de allí? —Señaló hacia el interior del bosque en sentido oeste, allí donde aún no habían empezado a talar—. ¿Ese montón de nieve?

—Sí —contestó René.

—¿Qué ve?

—Bueno, veo una pila de nieve.

—Si se acerca, verá algo más.

Caminaron juntos hacia el montículo. Elphège señaló un pequeño agujero casi en lo alto. Lo rodeaba una etérea escarcha.

—¿Lo ve? Aliento helado de oso.

Explicó con todo lujo de detalle las distintas maneras de matar un oso y sacarlo de su guarida. A continuación habló de cómo atraer a las ocas hacia una zanja profunda para impedirles desplegar las alas y emprender el vuelo. Le explicó cómo calcular la antigüedad de un rastro de alce, cómo reconocer el sexo del animal, su tamaño e incluso su estado. René quedó asombrado ante los conocimientos del niño. Era un cazador indio y, como había augurado Trépagny, era experto en ardides y engaños.

René disfrutaba mucho explorando el bosque en sus días libres. A veces volvía a la zona de árboles caídos cercana al sendero en sentido oeste, donde la nieve se acumulaba a alturas extraordinarias. Se mantenía a distancia de la recargada casa de monsieur Trépagny.

Pocos días después de que Mari regresara de la misión, monsieur Bouchard, que además de vicegobernador era capitán de la milicia, llegó desde el río. Calzado con raquetas, caminaba ágilmente.

—¿Qué le trae por aquí, capitán Bouchard? Es un largo trayecto —dijo monsieur Trépagny—. ¿Acaso se está organizando una corvea o un pase de revista a la milicia? ¿Están avanzando los iroqueses?

—En el barco llegó una carta para usted desde Francia. Parecía de la máxima urgencia, sellada con cera roja, un escudo de armas. Así que se la traigo yo personalmente.

Se dirigieron hacia la casa.

—Por el río, el camino es mucho más corto que a través del bosque —dijo monsieur Bouchard mientras ascendían por la cuesta hacia la casa—. Me pregunto por qué no usa usted la canoa cuando hace buen tiempo.

—Remar contra corriente es más arduo que caminar.

Monsieur Trépagny examinó la carta. Su piel cetrina se tiñó repentinamente de rojo escarlata, y dejó el sobre sin abrir en la repisa próxima a la puerta. Los dos hombres se sentaron a la mesa a beber agua caliente mezclada con un poco de whisky.

—Se ha producido un triste suceso en Wobik —anunció monsieur Bouchard—. Se trata de François Poignet... ¿Lo conoce?

—Sólo de vista. ¿Es alto y un poco bizco? Un granjero...

—El mismo, pero buen hombre. Entró en el bosque de sus tierras durante la reciente helada para seguir talando. Su mujer murió en el parto el verano pasado y su único hijo vivo es una niña de diez años, Léonardette. Mientras el desdichado padre trabajaba, el hacha rebotó en el tronco congelado como si hubiera golpeado un bloque de granito y se le hincó en la pierna izquierda hasta el hueso.

—¡Válgame Dios! —exclamó monsieur Trépagny.

—Intentó volver a su casa como pudo. El rastro de sangre indicaba su esfuerzo. Quizá pidió ayuda a gritos. De ser así, nadie lo oyó. Se desangró y se congeló. Cuando lo encontramos, yacía en su féretro de sangre helada, más congelado que el hacha.

—Éste es un territorio duro —terció monsieur Trépagny.

—Además de traerle la carta, he venido para preguntarle si estaría usted dispuesto a acoger a la niña en su casa; es joven pero fuerte. Ya sabe que las niñas tienen un gran valor en esta tierra sin mujeres. —Le guiñó el ojo.

—Ya —dijo monsieur Trépagny—. Ahora entiendo por qué ha hecho usted tan largo viaje. ¿Por qué no acoge a la niña alguien de Wobik? ¿Por qué no père Perreault? ¿Por qué yo? ¿Qué le pasa a la niña?

Monsieur Bouchard miró hacia el techo a través del aire cargado de humo y ladeó un poco la cabeza.

—Cierto es que, en cuanto a forma, no es perfecta.

Siguió un largo silencio.

—¿En qué sentido no es perfecta en cuanto a forma?

—Bueno, en cuanto a forma, lo que se dice forma, es relativamente perfecta, pero tiene en el cuello una mancha de nacimiento, *une tache de vin*.

—¿Y cuál es el significado de esa *tache de vin* para que provoque tal rechazo a los vecinos de Wobik y al buen sacerdote?

—Es, de hecho..., esto, en fin... —Monsieur Bouchard sudaba debido al calor del fuego y el malestar que le creaba esa misión—. Es una pequeña imagen perfecta de un demonio... con cuernos. He pensado que, dadas sus creencias religiosas... —Su voz se apagó gradualmente. Lanzó una mirada anhelante hacia la puerta.

—¿Mis creencias religiosas? ¿Cree usted que yo aceptaría en mi casa a una niña con la marca del Maligno en el cuello?

—Según dicen..., según dicen, siente usted... respeto... no por Dios, sino por el diablo.

—Eso no es verdad. Caballero, aborrezco al demonio. Le han informado mal. Creo que su «Dios» católico es el Demonio, el Demiurgo. Basta con leer el Antiguo Testamento para ver su crueldad. Para mí eso es precisamente el demonio. Son ustedes quienes lo adoran. —La luz se reflejó en sus ojos entrecerrados como si fueran esquirlas de hielo.

—Puede que me hayan informado mal, pero tengo la obligación de poner a la niña bajo la tutela de alguien. La gente de la aldea... —Apelar a la opinión pública era su última baza.

—No, no quiero ni oír hablar de los aldeanos.

—Sí, ya, lo entiendo, pero la gente de la aldea ha visto ciertas cosas. Dicen, por ejemplo, que lo han visto a usted en la canoa voladora con el diablo y sus impíos remeros surcar las nubes soltando risotadas crueles —dijo a borbotones.

—¡Menudas patrañas! —exclamó monsieur Trépagny—. ¿Quién ha sido la persona de vista tan fina..., la bruja, diría yo..., que ha presenciado esos falsos prodigios? —Se había acercado al vicegobernador.

—No estoy autorizado a dar nombres —fue la presuntuosa respuesta de quien se las daba de proteger a inocentes.

—Ándese con cuidado, monsieur Bouchard.

El viejo vicegobernador alzó el mentón.

—No, ándese usted con cuidado, monsieur Claude Trépagny du Triomphe. Yo tengo poco interés en canoas voladoras y pactos con el diablo. Tampoco lo tengo en usted. Sólo quiero encontrar un lugar para esa niña. —Ladinamente, añadió—: Sabe elaborar una cerveza excelente. Lo aprendió bien de su madre.

Mari llevó más agua caliente a la mesa y, con la mirada baja, dijo quedamente:

—Lleva niña mí. No gusta hace celveza mí.

—¡Hecho! —exclamó monsieur Bouchard—. La traeré de inmediato. Está aquí mismo, en el río. —En dos zancadas se plantó en la puerta, agitándose tras él su larga capa.

—¡Capitán Bouchard! ¡Espere! —bramó Trépagny en dirección a la puerta, que ya se cerraba. Giró en redondo y asestó un revés a Mari, que cayó postrada de rodillas. Hacha en mano, salió y cerró de un portazo.

La niña, delgaducha y triste, ascendió lentamente desde el río por la cuesta nevada. De pelo lacio, ojos pequeños y castaños y párpados amoratados, caminaba medio encogida, como si esquivara golpes antes de que se los dieran. Tenía los dedos delgados y hábiles. Mari se acercó lentamente y le dio dos palmadas en el hombro. Acto seguido, le colocó una cuchara de

madera en la mano y la puso a remover las gachas de maíz. Cuando monsieur Trépagny entró, la llevó a tirones hasta la puerta para examinar la mancha demoníaca. Vio en su nuca un pequeño triángulo rojo del tamaño de la uña de un pulgar coronado por dos diminutos triángulos no mayores que un mosquito.

—¡Ja! —exclamó monsieur Trépagny—. No es un demonio. Esos necios aldeanos han visto sólo lo que querían ver, los muy estúpidos. Es un zorro. Te llamaremos Renardette.

Pese a su encogimiento, la niña era una excelente cervecera. Empezó limpiando a fondo el cobertizo de la cerveza y los recipientes de piedra para la fermentación. Pidió semillas de lúpulo y las plantó entre los tocones. Recogió ella misma el lúpulo maduro y elaboró una cerveza muy buena. Sin embargo sólo la bebía la propia Renardette. René prefería el *vin rouge*, pero éste había que importarlo y su coste era muy elevado. Si alguna vez los manzanares de los colonos llegaban a dar fruto, podrían obtener *cidre*. Eso sería un placer.

invitados llegados del norte

Durante el tercer invierno de René en esas tierras, monsieur Trépagny empezó a comportarse de una manera extraña. Desaparecía durante varias semanas seguidas, y cuando volvía se mostraba desconsideradamente autoritario, incluso con Chama.

A primeros de mayo, cuando la nieve todavía cubría la tierra, monsieur Trépagny anunció que se ausentaría durante un año, o quizá dos, ya que lo reclamaban asuntos acuciantes en Kébec y Francia. Dijo a René que Chama se quedaría al frente de las labores cotidianas. Marcó una superficie absurdamente grande, más de cinco arpendes (casi dos hectáreas), para que la desboscaran. En Francia, pensó René, los bosques se controlaban mediante leyes y costumbres; en este nuevo territorio no regía más ley en el bosque que los deseos del *seigneur*. Lo desconcertaba la circunstancia de que Trépagny tuviera derecho a decidir la extensión que debía despejarse y lo percibía como una injusticia.

Trépagny se golpeó el muslo con los guantes y montó a lomos de su caballo. Dio una última orden:

—Mari, no descuides el huerto.

Mari no dijo nada, pero contrajo los dedos. René sabía que le desagradaba la horticultura, que consideraba una estupidez francesa. En el huerto se sentía atrapada. Lo descuidaba a la menor ocasión, y Renardette y ella se iban a recolectar plantas medicinales. Conocía las propiedades

curativas de las cortezas de muchos árboles. Guardaba sustancias mohosas en una caja para aplicar a las heridas infectadas. Con ciertos hongos, elaboraba ungüentos.

—Claro —había comentado monsieur Trépagny con sorna, como si describiera un vicio—, todos los indios son médicos y boticarios. Sólo ellos conocen las virtudes secretas de muchas plantas. ¿No sabías que curaron a la tripulación de Champlain, que se moría de *scorbut*, a base de caldo elaborado con agujas de tsuga? Ya verás, lo oirás un millar de veces.

Pero ahora monsieur Trépagny ya no estaba, y Chama se pavoneaba como un gallo. Y, al igual que un gallo, le echó su ojo húmedo a las únicas gallinas a la vista. Por la noche René lo oía despojarse furtivamente de su capa de castor y salir con sigilo por la puerta, acompañado de los chirridos de sus pasos en la nieve dura. Pocos minutos después regresaba apresuradamente y cerraba de un portazo.

Transcurrieron más de dos años hasta que monsieur Trépagny regresó a lomos de un excelente corcel alazán. Descabalgó con un floreo semejante a la rúbrica de un ministro de Estado. Iba ataviado con un jubón verde guisante de mangas afolladas, calzón de seda de un verde más oscuro, guarnecido de cintas anudadas. Adornaban su enorme cinturón tres hebillas de plata y los tacones de sus botas eran de color carmesí. El detalle de máximo esplendor era un sombrero de copa baja con seis plumas de avestruz teñidas de rojo dispuestas en torno al ala. Emanaba un empalagoso perfume, y Elphège, al olerlo, estornudó expulsando un cuajarón de moco que fue a parar al puño festoneado del jubón. Monsieur Trépagny lo derribó de un golpe y lo pateó, Mari se abalanzó sobre el niño. Monsieur Trépagny le asestó también a ella un fuerte puntapié en las costillas, volvió a montar en su alazán y se encaminó hacia el oeste, sin duda, pensó René, para solazarse en su casa secreta.

Esa noche, en la cena, Mari sirvió estofado de anguilas y un denso pudín a base de salmón desecado. Monsieur Trépagny estalló. Las anguilas eran alimento de salvajes, protestó, y él esperaba algo más acorde con un *seigneur*. Estaban presenciando la transformación de monsieur Trépagny en caballero, tal como ponían de manifiesto su nueva indumentaria y su aversión a las

anguilas, que antes siempre habían sido de su agrado. Expresó su creciente desdén por los indios, tachándolos de haraganes y bárbaros ignorantes. Echó una moneda a la mesa delante de Mari y le dijo que debía liar los bártulos y marcharse con sus hijos al día siguiente: iba a contraer matrimonio con una dama francesa al cabo de dos semanas. Con esa moneda le bastaría para los gastos del viaje al este y volver junto a su pueblo, donde podría comer todas las anguilas del mundo. Mari permaneció inmóvil, en silencio, y René dio por sentado que era insensible y sumisa.

Era ya media mañana cuando se marcharon de la casa, Mari con sus escasas pertenencias en un canasto de sauce; los niños, con sendos hatillos. Renardette le dijo a Mari en voz baja que no le convenía ir a Wobik, que allí la gente la trataría mal. Mari miró de soslayo a Chama, que estaba afilando cuchillos pero escuchaba con atención.

—Tú mal si quedas aquí. Tú venil. A salvo en misión.

El pequeño grupo bajó por los peldaños a la era, donde monsieur Trépagny, plantado con las piernas separadas como un coloso, los observaba. De pronto se volvió hacia René.

—¿Qué miras con esa cara de pasmado? ¡Vete con ellos! Y en Wobik habla con Philippe Bosse para que traiga mis baúles en su carreta. Seguro que han llegado ya a casa del vicegobernador. No tardes más de cinco días.

René cruzó el río con Theotiste en brazos, y Elphège los siguió a trompicones. Mari, que aferraba la mano reacia de Renardette, fue la primera en atravesarlo, avanzando como si anduviera por un camino de tierra firme bajo el agua, y luego siguió a zancadas hacia el este por el borroso sendero hacia Wobik.

—¿Tu pueblo vive en Wobik? —preguntó René, aunque a juzgar por todo lo que había oído no era así.

—No. No Wobik. —Mari habló en voz baja.

—¿Dónde, pues?

Mari guardó silencio durante largo rato. Cuando se detuvieron al mediodía para preparar un té, dijo:

—Sipekne'katik. Nosotlos pueblo agua. Toda vida agua, más agua. Mi'kma'ki sitio nosotlos. Agua bueno. Comida bueno. Anguila, pescado. Planta medicina bueno. Mejol. Aquí no bueno. —Repartió tortas de maíz untadas de *cacamos* entre los niños.

—¿Cómo fuiste a parar a la casa de monsieur Trépagny? —preguntó René.

Pero ella no contestó y siguieron caminando en silencio hasta llegar a Wobik, ya avanzada la mañana del día siguiente. Mari se detuvo en la linde de la aldea, cerca del camino que conducía a la iglesia de la misión.

—Aquí —dijo ella—. Confiesa, misa. Lee, escribe, habla francés con pel Peló. —Le dio dos tortas de maíz para el viaje de vuelta.

—¿Sabes leer? ¿Sabes escribir? —preguntó René con asombro y envidia. No había advertido el menor indicio de esas habilidades en Mari.

—*Bientôt* —contestó ella, «pronto». Dicho esto, seguida de los niños callados, enfiló el camino de la misión y de la casa del sacerdote. Sólo Elphège se volvió para mirarlo. René barrió el suelo con la vista, y cuando vio un *sabot de la Vierge*, lo recogió y se lo prendió de la camisa con una astilla de sauce, deleitándose con su aroma almizclado.

René se dirigió a la casa del vicegobernador. A cien pasos de allí, el río destellaba y brincaba bajo el sol. Había dos enormes canoas varadas en la orilla, y a la sombra de las píceas acampaban un grupo de hombres y unas cuantas mujeres indias: comerciantes de pieles del *pays d'en haut* camino de Tadoussac o Kébec. Ofrecían un aspecto tosco: grandes espaldas triangulares; torsos, cuellos y brazos en equilibrio sobre piernas arqueadas; barbas espesas; la piel oscurecida por el humo de las fogatas; el cabello grasiento bajo gorros rojos con borlas. Captó su atención un individuo musculoso que avanzaba tambaleante bajo dos pesados fardos. A René le sonó de algo. El hombre giró sobre los talones y se adentró en las sombras bajo los árboles.

—Ah, monsieur Sel.

Monsieur Bouchard, el vicegobernador, un hombre cordial y risueño, enarcó las cejas amarillas en un gesto de satisfacción al ver al joven leñador del bosque. René explicó que monsieur Trépagny le había cambiado el nombre

a Léonardette, a quien ahora llamaban Renardette, convencido de que la mancha de nacimiento parecía una cara de zorro, y que había despedido a Mari y los niños. Deseaba que le enviaran los baúles a su casa.

—Ah, así es como actúan los hombres refinados cuando se les presenta una dama con dinero y relaciones. Sí, Philippe Bosse puede llevar los baúles, por una compensación que sin duda el elegante monsieur Trépagny du Triomphe pagará gustosamente, ahora que va a contraer matrimonio con la acaudalada Melissande de Mouton-Noir. Me ocuparé del envío esta tarde para que él pueda seguir dándose aires de caballero. Querrá que se le entreguen en su magnífica mansión, lo que él llama «casa solariega», supongo.

—No dijo nada a ese respecto.

Al echar un vistazo al despacho, René advirtió que monsieur Bouchard tenía, en un estante, libros con letras doradas en los lomos. Distinguió una *R*.

—Ya se lo preguntará Philippe. ¿Y usted qué? ¿Ya ha empezado a desboscar sus propias tierras? ¿Ha construido su casa? ¿Ha encontrado también alguien con quien casarse?

—Monsieur Trépagny aún no me ha asignado tierras. —René había perdido la noción del paso de los años.

—¿En serio? —Monsieur Bouchard cogió el gran libro de registro y pasó las hojas—. Pues creo que ya se ha cumplido sobradamente el plazo. Lleva trabajando para él cinco años y cuatro meses. Le debe los sueldos correspondientes. Le mandaré una nota por medio de Philippe. Pero ¿ha encontrado usted tierras donde establecerse?

—He visto varios sitios aceptables al oeste de la propiedad de monsieur Trépagny, uno de ellos en un claro que desboscaron los indios tiempo atrás a un par de kilómetros del río, pero cerca de un arroyo que baja con agua todo el verano y el otoño. Otro está en el bosque y tiene un manantial cristalino al pie de un abedul amarillo. Crece allí una buena mezcla de frondosas.

Monsieur Bouchard echó una ojeada a la zapatilla de dama marchita que René llevaba prendida en la camisa.

—Ah, una flor en el ojal. Verá, hace poco vino a Kébec un joven médico muy interesado en la farmacognosia india. Cada día llegan más hombres talentosos. Y no le quepa duda de que tendrá usted sus tierras.

René oyó con inquietud la sarta de palabras largas de monsieur Bouchard, pero asintió como quien se conoce al dedillo la farmacognosia india.

—Naturalmente, es mejor elegir una parcela boscosa y despejarla: cuantos más árboles talemos, antes tendremos buenas granjas y más colonos. Procure no cortar ese abedul amarillo. De lo contrario, se secará el manantial. Utilice el claro para apacentar a las vacas. —Suspiró—. Y monsieur Trépagny seguirá siendo el *seigneur* de esas tierras, por supuesto. Como suele decirse: «Ninguna tierra sin señor». Ese hombre posee una amplia heredad. Cuando cultive usted grano, tendrá que llevarlo al molino de monsieur Trépagny para molerlo y obtener la excelente harina de Nueva Francia.

—Creo que no tiene molino.

—Sin duda construirá uno. Es una de las obligaciones de un *seigneur* para con sus *habitants*. Cabe suponer que monsieur Trépagny convencerá a más gente para que vaya a su heredad. —Monsieur Bouchard guardó el libro de registro y lo despidió con una sonrisa.

—Señor, tengo una pregunta que hacerle —dijo René.

—¿Sí? —El vicegobernador adoptó una expresión seria.

—Mari, la mujer mi'kmaq, me ha dicho que el sacerdote de la misión está enseñándole a leer y escribir. ¿Puede ser verdad eso?

—Père Perreault intenta hacer todo lo posible para que los indios aprendan el alfabeto, a leer y escribir un poco. Con qué fin, no lo sé, como no sea para leer las Escrituras, pero así son muchos franceses con los nativos, cordiales, sobre todo los comerciantes de pieles. No todos, claro está. La mayoría de los granjeros y los colonos detestan a *les sauvages*.

—¿Podría él...?

—¿Qué? ¿Enseñarle? Debe pedírselo a él, pero casi con toda seguridad tendría que venir usted mismo a la misión. Si viviera más cerca de Wobik, podría aprender esas habilidades fácilmente con él. Aquí ya viven casi veinte personas. ¿Por qué no se plantea elegir tierras cerca de Wobik y no en pleno bosque, a dos días de viaje de aquí? —Levantó y bajó sus cejas amarillas en un gesto interrogativo de complicidad.

René dijo que contemplaría esas posibilidades, pero el vicegobernador sabía que no lo haría. Vio el semblante obstinado de un hombre con la cabeza dura como un adoquín, un hombre que prefería vivir en el agreste bosque, ese bosque interminable que lo asombraba y atemorizaba.

En el viaje de vuelta, René tenía muchas cosas en que pensar: Mari, una india que sabía —tal vez— leer y escribir; la posibilidad de que también él aprendiera esas artes, y la excelente noticia de que monsieur Trépagny ya debía asignarle tierras y concederle la libertad. Pese a que comprendía la conveniencia de vivir cerca de la misión y la aldea, le atraía el bosque. En cuanto a Wobik, aquel asentamiento minúsculo y lodoso se parecía demasiado a Francia.

René empezó a intuir una presencia cuando se hallaba poco más allá del lugar donde monsieur Trépagny había matado al puercoespín unos años antes. Aflojó el paso y, pisando cuidadosamente, con el mayor sigilo posible, aguzó el oído. Siguió adelante, pero no lo abandonó la sensación de que rondaba cerca un ser amenazador. Después de pasar cinco años oyendo hablar a monsieur Trépagny de los horrores sobrenaturales del bosque, el *ethos* mnémico de la región había hecho mella en su racionalidad francesa. Ahora creía en el *witiku* y sus compinches tal como creía en el demonio y los ángeles. Continuó avanzando, la nuca expuesta y vulnerable, los sentidos trémulamente alertas. Los iroqueses vivían más al sur y el oeste, aunque, según había oído, en ocasiones algunas partidas irrumpían en los bosques sin ser vistas y masacraban a los colonos. Se planteó qué animales podían acechar a un hombre: osos, pumas, lobos. Entre éstos, el oso era el que poseía mayores poderes mágicos. Podía ser un oso el que le seguía el rastro, pero lo dudaba. En esa época del año los osos se dedicaban a atiborrarse de bayas y polillas, comían y comían. Cuando se detuvo para buscar las marcas en los árboles —ya que ahora, erosionadas y grisáceas, eran difíciles de distinguir bajo la luz menguante—, oyó claramente romperse una rama en el bosque umbrío.

A partir de ese momento aparecieron en los intersticios de las ramas, entre las acículas, rostros burlones de demonios. Se propagó por sus entrañas el miedo a los iroqueses y sus indescriptibles torturas. Tal vez jamás llegara al

claro de monsieur Trépagny; tal vez jamás reclamara sus tierras.

A cierta distancia del sendero, vio hectáreas de alerces jóvenes. Quizá pudiese esconderse allí, ya que nadie, ni siquiera un iroqués enardecido, se adentraría en una arboleda tan densa. Se abrió paso en la espesura.

La sensación de que algo extraño rondaba cerca persistía y, mientras hurgaba en el bolsillo en busca de la torta de maíz, le llegó un ligero olor a humo. Era la fogata de los iroqueses.

Sin atreverse a encender fuego él mismo, se acurrucó bajo los alerces y pasó la noche en duermevela, temblando y atento por si se aproximaban. Distinguió una pálida mata de flores de la carroña y otros hongos luminosos en la oscuridad. Esos rescoldos, invisibles de día, eran señales de tránsito demoníaco.

Cuando un asomo de claridad en el levante anunció el alba, se hallaba ya en el sendero apenas distinguible y avanzaba rápidamente. La sensación de que lo seguían se intensificó y, jadeante, se medio echó a correr, convencido de que había oído la respiración agitada de un iroqués. De pronto se detuvo. Huir no le serviría de nada. Se apostó detrás de una picea a unos pasos del sendero y aguardó. Esperaría a que el iroqués apareciese. Afrontaría la tortura y moriría tal como otros habían muerto. Así era la hebra roja del tejido de la vida en Nueva Francia.

Al cabo de un momento no sólo oyó partirse ramas, sino también una voz, dos voces. Unas pocas palabras cantadas en francés —«... encontrarás muchos cadáveres iroqueses..., *plusieurs corps iroquois*»— y luego risas. ¡Franceses! Atisbó movimiento entre los árboles y regresó al sendero. Pero permaneció tenso y presto a posibles conflictos. Lo vieron.

—¡Ah! ¡Nos ha esperado!

Eran hombres bajos y musculosos, de torsos robustos, hombros y brazos enormes, barbas negras, pobladas cejas negras y labios rojos: *hommes du nord, voyageurs*, hombres del norte. Pero los reconoció por sus grandes ojos, los ojos de monsieur Trépagny, iris de color negro ébano en medio de un blanco reluciente. Vestían a la manera de los tratantes de pieles, los *voyageurs*, uno con un gorro rojo, el otro con un fular atado a la cabeza, los dos con polainas de piel de ciervo y taparrabos estilo indio, indiferentes a las picaduras de los insectos. Ambos lucían fajas de vivos colores ceñidas a la

cintura y chalecos de lana. Estaban borrachos y llevaban botellas de alguna bebida alcohólica que blandían al andar. Eran los hermanos de monsieur Trépagny, esperados desde hacía mucho tiempo, y debían de haber llegado en las canoas del grupo acampado en Wobik.

Se presentaron: Toussaint, a quien la barba le llegaba hasta el pecho, y Fernand, con una barba corta e hirsuta. *Oui, Tabernacle!* Naturalmente, por el Santo Tabernáculo, habían ido para asistir a la boda de Claude, y sí, habían seguido a René, pero también sabían orientarse por las marcas del sendero. Algunos de sus camaradas los seguirían, ya que en ese territorio vacío nadie se perdería una celebración nupcial por nada del mundo. Otro miembro del grupo conocía el camino, pero había preferido no sumarse a la fiesta porque, según decía, sentía una profunda aversión por Claude Trépagny. Se quedaría en Wobik y vigilaría el cargamento de pieles. Ofrecieron sus botellas a René, que no tardó en emborracharse, y los hermanos armaron cada vez más bullicio, alardeando de sus vidas salvajes y sin ataduras, entonando canciones con estrofas interminables. Toussaint afirmó conocer más de cuarenta canciones; Fernand se jactó de saberse de memoria más de cincuenta y de que las cantaría todas a partir de ese momento, empezando por «Petit Rocher». Comenzó bien, pero se detuvo después de siete estrofas. Se volvió hacia René.

—¿Crees que ésta es nuestra única ocupación, cantar canciones y pasear por el bosque? ¡Pues no! Como dicen, ¡vivimos intensamente, amamos ardientemente, dormimos profundamente y comemos nariz de alce!

Toussaint colocó un trozo oscuro de comida en la mano de René, aclarándole que no era nariz de alce sino pemmican. Sabía a quemado y a moho, y tenía pelos y nódulos de grasa brillante del color de una pata de pollo. Era correoso, y cuanto más lo masticaba, más se hinchaba en su boca. Con un trago de whisky se obligó a tragar el pemmican.

René se había quedado pensando en el compañero que, según le habían contado, permanecería en Wobik con el cargamento de pieles, en el hombre que había visto desaparecer entre las sombras de las píceas, y lo asaltó la repentina certeza de quién era.

—Ese hombre que se ha quedado en Wobik, ¿no tendrá los dientes mal?

—¿Los dientes mal? No. *Chalice!* No le queda un solo diente. Sólo come papillas y caldo. No puede comer pemmican, y sería un lastre si no preparara él su propia comida.

—¿No se llamará Duquet o algo así?

—Duquet, sí. ¿Cómo lo sabes?

—Llegó aquí conmigo como *engagé*, en el mismo barco y contratado por el mismo hombre: su hermano, monsieur Claude Trépagny. Un día desapareció en el bosque. Su hermano cree que el *loup-garou* lo atrapó y lo devoró.

—¡Ja! No fue devorado, o si lo fue, debió de ser sólo un poquito. Es un hombre de negocios. Conoce a las personas importantes del comercio de pieles, incluso a los ingleses. Asegura que algún día será rico.

René tenía su propia idea de por qué Duquet no deseaba ver a monsieur Trépagny.

El reencuentro de los hermanos y su tío Chama fue bullicioso y sentimental. Los tres lloraron, se abrazaron, maldijeron, empujaron el codo, se dieron palmadas en la espalda, cruzaron miradas muy serias, volvieron a llorar y charlaron. Los hermanos no vieron con buenos ojos aquel claro. Su forma de vida no dejaba cicatrices en la tierra, afirmaron, no desnudaba los bosques. Ellos surcaban ríos y en cuestión de segundos la estela de su paso se esfumaba en la corriente; los bosques permanecían igual que antes, silenciosos e infinitos.

—Tío, debes volver con nosotros a las tierras altas. Ya verás lo bien que nos lo pasaremos otra vez.

Pero Chama esbozó una triste sonrisa. Padecía una deformidad en la columna que cada año lo doblaba un poco más hacia un lado. Ya no era capaz de sobrellevar la ardua vida del *voyageur*, afirmación que indujo a los despiadados hermanos a describir colosales hazañas en las canoas: veinte, treinta horas remando sin parar. Mencionaron a héroes fluviales, lloraron el recuerdo de un amigo que se rompió la pierna de tal modo que el hueso asomaba por la carne maltrecha. Lo sumergieron hasta el cuello en agua helada para que muriera.

—No nos dio tiempo a cantar entera «J'ai trop grand peur des loups», como él nos pidió. Era su preferida, esa canción: «Tengo mucho miedo a los lobos». Y él, castañeteándole los dientes, cantó con nosotros hasta que el corazón empezó a latirle más despacio e hizo el tránsito mortal.

Eso los llevó a contar historias de *coureurs de bois* que tuvieron finales prematuros.

—¿Y Médard Baie, que padeció dolorosos retortijones y murió de la enfermedad del castor?

—Esa planta venenosa que el castor devora con gran fruición y que, según he oído, también comen los indios, pero es letal para un francés.

Faltaban cuatro días para la boda, ya que la novia viajaba desde Kébec y no se preveía su llegada en menos de tres amaneceres. Un sacerdote, no père Perreault, sino un clérigo más importante de Kébec, la acompañaría. El sacramento del matrimonio se celebraría en la mansión de monsieur Trépagny. Todavía ataviado con sus galas parisinas ligeramente sucias, el *seigneur* daba aún instrucciones a dos hombres mi'kmaq que cargaban mercancías en una carreta para transportarlas a esa otra elegante construcción. Se había encendido el fuego en las grandes chimeneas para eliminar la humedad y se había esparcido hierba dulce por el suelo. Esos mismos indios, con la ayuda de Chama, habían construido una mesa larga bajo los pinos. Estaba todo preparado, excepto la comida.

—*Mon Dieu!* —exclamó monsieur Trépagny. Al despedir a Mari, no había tenido en cuenta que necesitaría una cocinera, y sólo entonces tomó conciencia del grave problema.

—¿Qué problema? —bramó Toussaint—. ¡Dales pemmican! Nosotros se lo damos de comer a veinticinco hombres a diario y les sienta la mar de bien.

Monsieur Trépagny se volvió hacia René y ordenó:

—*Vite! Vite!* Vuelve a toda prisa a Wobik y busca a Mari. Tráela aquí. Trae todo lo que necesite para un banquete nupcial. Nosotros nos ocuparemos de la caza y la pesca en tu ausencia. *Vite!*

Mari y Renardette, sentadas frente a la misión, desplumaban aves. Mari escuchó estoicamente la petición de monsieur Trépagny y siguió arrancando plumas, que tiraba al suelo. Éstas, con la ligera brisa, se agitaban y rodaban. Pasaban los minutos y Mari permanecía en silencio.

—¿Vendrás ahora mismo? ¿Conmigo? Debo llevar todas las provisiones que necesites. Monsieur Trépagny me ha dado esto para ti. —René le enseñó una moneda brillante—. Y con esto pagaremos lo que necesites para preparar el banquete. —Y le mostró una segunda moneda.

—Elphège caza pato bueno flecha —dijo ella, y dio la vuelta al ave para que René admirase la carnosa pechuga.

Él lanzó una mirada a Elphège, que sonrió y agachó la cabeza tímidamente.

—Un pato hermoso —elogió—. El mejor pato de Nueva Francia. A lo mejor monsieur Trépagny te pagaría por él.

—Es para *maman* —dijo Elphège, y acto seguido, abrumado por tanto trato social, huyó a la parte de atrás del edificio.

Renardette permanecía a un lado, trazando un dibujo semicircular en el suelo con el talón.

—Tengo buena cerveza en casa de monsieur.

René comprendió que Mari prefería quedarse donde estaba y asar el pato de Elphège. Pero ella se puso en pie, y él la siguió al interior de la misión.

Mari puso el pato desplumado en un canasto. Recogió las chaquetas y dijo:

—Pel Peló no aquí. No sabe. Calta esclibe mí.

Tomó una pluma y un tintero de la repisa, buscó un papel y, sentada a la mesa, trazó una procesión de signos.

—¿Qué has escrito? —preguntó René, muerto de curiosidad.

—Pluma dice: «Guisa tles soles». Eso esclibe mí.

René vio con sus propios ojos que Mari sabía escribir, pero pensó que sus letras eran como rastros de gusano: no se parecían ni por asomo a su exquisita *R*.

Por el camino, Mari hizo varias incursiones en el bosque para recoger cebollas silvestres, setas y hierbas aromáticas. Dedicó un buen rato a buscar algo en particular en la orilla del río, y cuando lo encontró —una planta alta

con hojas semejantes a plumas—, retiró las panículas y las puso en una pequeña bolsa aparte. Cuando llegaron al claro de monsieur Trépagny, los hermanos habían cazado seis ciervas, y Chama, en cuclillas ante un enorme esturión, echaba las huevas en un cubo con las manos. Mari, sin dirigirles la palabra, entró en la vieja casa y empezó a sacar cazos y calderos que debían trasladarse a la mansión, donde se celebraría la boda. Del armario extrajo bayas y frutos secos. Encontró la vasija de barro con la masa madre, abandonada en su ausencia, y tras pasar el contenido a un cuenco, añadió harina y agua, la tapó y la llevó a la carreta. Colocó en el estante superior del armario las panículas que había recogido en la orilla del río. Habló con monsieur Trépagny en voz baja, tanto que sólo él la oyó.

—Hace pan mañana. Todo guisa mañana. Luego misión.

—Ah —contestó monsieur Trépagny—. Ya veremos.

la boda

Philippe Bosse debía llevar en su carreta recién pintada a la novia, a su doncella y al sacerdote a la casa donde se celebraría la boda. Los hermanos y sus compinches tramperos bebieron y lucharon bajo los pinos. Monsieur Trépagny corría de aquí para allá, entraba apresuradamente en la casa para arreglar algo, volvía a salir para inspeccionar los cazos de Mari, y luego escrutaba la penumbra de la *allée*. Elphège había encendido la fogata donde Mari guisaba, una larga zanja en la que se asaban las ancas de venado en sus espetones hechos de árboles jóvenes y verdes y donde se churruscaba el gran esturión, clavado a un tablón de cedro. Mari iba de un lado a otro, entre la zanja de fuego y una pequeña fogata lateral, donde se hacían las hortalizas y las hierbas. En una cazuela hervía a fuego lento una especie de pudín de harina de maíz con sirope de arce y manzanas secas, pudín que a monsieur Trépagny le entusiasmaba hasta la glotonería. Mientras el pudín burbujeaba y restallaba, Mari tamizaba las panículas que había recogido en la orilla del río.

Empezaron a llegar los invitados de Wobik en grupos y parejas y se sentaron a beber la buena cerveza de Renardette y a charlar, admirando la hermosa casa de monsieur Trépagny. Contemplaron el gran dormitorio en el que colgaban tapices importados y, con inquisitivos dedos curtidos por el trabajo, tocaron las mullidas almohadas rellenas de algodoncillo.

—Esto parece la vieja Francia.

—*Dieu*, quizá se parece demasiado...

Oyeron a la novia mucho antes de verla.

—¡Escuchen eso! —exclamó Elphège.

Los presentes se quedaron en silencio y aguzaron el oído. De repente tres ciervos salieron del bosque y se dispersaron en distintas direcciones. Todos oyeron un sonido lejano y vibrante que cobró intensidad gradualmente hasta revelarse como la voz aguda y estridente de una mujer que gritaba enfebrecida:

—¡Me niego! ¡Farsante, impostor! ¡Salvajes merodeadores! ¡Gente incivilizada! ¡Campesinos! ¡Aquí no hay nada más que árboles! ¡Me han engañado! ¡Han engañado a mi tío! ¡Alguien pagará por esto! ¡Me niego! ¡Regresaré a París! *Je vais retourner à Paris!*

Pasaron aún diez minutos hasta que la carreta de Philippe Bosse, revestida de pieles, asomó por la *allée*.

Toussaint dijo a Fernand:

—Es tan fea que debe de ser muy, muy rica.

La novia tenía el rostro de color carmesí, realzado por una profusa aplicación de colorete, y mechones de cabello, anaranjado, escapaban de debajo de la peluca. Su doncella, a juzgar por su aspecto, podría haber llevado un *poignard* oculto en la liga. El sacerdote importado, père Beaulieu, imperturbable, se aferraba con su mano huesuda al costado de la carreta. La novia posó la mirada en monsieur Trépagny.

—¡Tú! —exclamó—. Explícame esta monstruosidad. —Señaló con desdén la magnífica casa de monsieur Trépagny—. Menuda casucha. *C'est un vrai taudis!* Explícame cómo puede ser esta cabaña en medio del bosque una magnífica casa solariega y el emplazamiento de una ciudad grande y próspera, como le dijiste a mi tío y tutor. —Saltó de la carreta con la elasticidad de un cazador inuit, y los *voyageurs* aplaudieron. Ella los fulminó con una feroz mirada de desdén y entró en la casa con paso enérgico, seguida de su doncella, monsieur Trépagny y père Beaulieu.

Philippe Bosse se quejó en voz baja ante sus oyentes:

—Le he dicho: «Madame, me han encargado que la lleve a la magnífica casa de monsieur Trépagny en ese magnífico bosque, y eso haré. En cuanto a lo que suceda después, la decisión es cosa de él».

Creían que la novia, su doncella de aspecto peligroso y el sacerdote huesudo saldrían de la casa de un momento a otro, regresarían al carro y se marcharían a Francia. Pero no apareció ninguno de ellos. Los invitados a la boda oían sus voces: la de la novia, airada y fiera, reprobatoria y sarcástica; la de monsieur Trépagny, aduladora, implorante y aclaratoria; la del sacerdote, un murmullo apaciguador. Conforme transcurría la siguiente hora, la voz de la novia se suavizó y la de monsieur Trépagny subió de volumen.

Toussaint, Fernand y Chama, al igual que René, ya habían oído antes todo lo que monsieur Trépagny tenía que decir. Eran palabras de sobra conocidas: frondosos bosques..., tantas hectáreas de terreno que escapan a la imaginación..., tierra fértil..., peces para dar de comer al mundo entero..., ríos caudalosos..., las hermosas ciudades del futuro..., el *domus*.

Anocheció, y Chama, Elphège y Philippe Bosse encendieron una hoguera. Los *voyageurs* degustaron el whisky del barril. Esperaron.

—Al fin y al cabo, hay un banquete —comentó Toussaint, mirando la comida con expresión anhelante.

Sus compañeros y él se acercaron a la mesa donde Mari había colocado el caldero con el estofado de anguilas, el esturión asado, el hermoso pato con una salsa de carísimo azúcar, bandejas con tortas de maíz, *cacamos* de alce, patas de venado crujientes por fuera y tiernas para el diente, varias clases de gachas y salsas. A lo largo de la mesa se sucedían numerosas botellas de licor de cereza. Antes de poder echar mano a los apetitosos platos, una voz les ordenó que esperaran. Monsieur Trépagny se hallaba en el magnífico umbral de piedra, y detrás de él se veía a Melissande de Mouton-Noir, su rostro teñido de rojo y ondulado a la luz del fuego. Monsieur Trépagny abrió los brazos como si fuera una oca silvestre a punto de alzar el vuelo.

—¡Atención! —exclamó—. Tengan los invitados la bondad de entrar.

Se oyó un murmullo de entusiasmo y vítores de expectación.

En el salón, los invitados se distribuyeron por los bancos de tablones todavía sin pulir. Allí sentados, repararon en el entarimado del suelo, el ornamentado *couvre-feu*. Boquiabiertos, contemplaron la araña de luces de cuento de hadas, cuyos prismas de cristal dispersaban las llamas de las velas en un millar de dardos que contribuyeron a envolver la ceremonia nupcial en

una atmósfera catedralicia. Las mujeres de Wobik miraban con envidia hacia la chimenea, con su calderil de hierro forjado, cuyo brazo articulado permitía sostener las ollas en tres posiciones.

Después de la ceremonia se dio inicio al festejo. Elphège avivó la hoguera y las llamas proyectaron sombras trémulas sobre la escena. Los invitados se acercaron a la mesa, los *voyageurs* con gran precipitación, lanzando estocadas y tajos. Los vecinos de Wobik, mientras paladeaban las viandas del festín, se daban aires de sofisticación y tenían la sensación de codearse con la alta sociedad. Monsieur Trépagny sacó botellas de diferentes formas: vino tinto, ron, coñac, whisky, e incluso champán, auténtico champán francés. Dos de los *voyageurs* tomaron sus violines y empezaron a tocar mientras los otros batían palmas y cantaban. Con la estridente música y el violento zapateo de los bailarines, cuyas fajas restallaban y se arremolinaban en el resplandor del fuego a cada salto, se disipó cualquier pretensión de refinamiento. Incluso la novia enrojecida bailó, y monsieur Trépagny demostró ser un demente de extraordinarias dotes atléticas. Los árboles del bosque les devolvían el sonido en un eco distorsionado y los espíritus malignos cercanos debieron de replegarse bajo tierra hasta que aquello pasara. Bajo un matorral aguardaba, cubierto con un paño, el pudin de harina de maíz con sus potentes semillas de cicuta, el plato de despedida de Mari para monsieur Trépagny. Aguardaba el momento oportuno para ofrecerlo.

El cielo ya clareaba cuando los últimos bailarines se arrebujaron en sus mantas bajo las píceas. Sólo los *voyageurs* permanecían despiertos. Sentados en torno al fuego, hacían circular una de las innumerables botellas. René les sonsacó más información sobre Duquet.

Duquet, contaron, era listo. Tenía amigos bien situados en la compañía peletera. Conocía a hombres importantes. Hacía tratos bajo mano y se quedaba con todas las pieles de marta cibelina. Indiferente a la prohibición, introducía whisky en el norte y embriagaba a los indios, que en ese estado sólo eran capaces de cerrar acuerdos sumamente pobres y desfavorables en la venta de sus pieles.

—Y Duquet es muy fuerte, el más fuerte de todos nosotros. Tiene mucho aguante.

Ser fuerte lo era todo. Duquet iba camino de convertirse en una leyenda en la región.

René creía que el *seigneur* se había retirado con su trofeo, pero de pronto lo vio de pie al otro lado de la fogata, atento a la conversación. Las llamas palidecían en la creciente claridad de la mañana.

—Ese Duquet... —dijo monsieur Trépagny. En un primer momento habló sosegadamente, pero fue acelerándose, enardeciéndose, y con los ojos cada vez más desorbitados empezó a mirar a uno y otro lado—. ¿Duquet? ¿No será el Duquet que se comprometió mediante un contrato a trabajar para mí durante tres años? —Su voz se elevó hasta convertirse en un furibundo bramido—. ¿No será el mismo Duquet que se fugó como un perro? ¿Es ése el Duquet del que habláis? —Clavó la vista en sus hermanos.

Toussaint, con la barba lacia y manchada, no contestó, pero Fernand alzó en dirección a su hermano recién casado aquellos malévolos ojos suyos, los ojos de los Trépagny, y dijo:

—*Ouais*. El mismo. Nos contó que lo tratabas con crueldad.

—Ah —repuso monsieur Trépagny—. Ése no sabe aún lo cruel que puedo llegar a ser. ¿Vais a volver ahora a Wobik? Os acompañaré. Me haré con el cráneo de ese perro. Cumplirá sus tres años de servicio, y se va a enterar de lo que es la crueldad.

—Hermano, te aconsejo que dejes a Duquet en paz —recomendó Toussaint—. Es un hombre peligroso.

Monsieur Trépagny, espoleado por esta apostasía, ordenó a Elphège a voz en grito:

—¡Ensilla mi caballo!

—¿Y el pudín? —preguntó Mari, tendiendo la cazuela fría. Pero René advirtió la mirada colérica que el *seigneur* le lanzó a la vez que entraba apresuradamente en la casa.

Durante los escasos minutos que monsieur Trépagny tardó en disculparse ante la novia por su precipitada marcha, Toussaint y Fernand corrieron a la orilla del río, subieron a la canoa de monsieur Trépagny y empezaron a remar como demonios, cuarenta y cinco bogadas por minuto, aguas abajo hacia

Wobik. El caballo de monsieur Trépagny era más lento, y cuando entró al galope en Wobik, ya avanzada la tarde, los traicioneros hermanos y Duquet se habían ido. La canoa robada estaba en la orilla, con la bancada cubierta por una piel de marta cibelina: la firma burlona de Duquet.

El novio, extenuado y furioso, se desplomó en el porche del vicegobernador y allí se quedó hasta que el funcionario regresó de la boda; entonces presentó una denuncia para solicitar la orden de captura y devolución de Duquet.

—No descansaré hasta tenerlo en mis manos, y entonces sufrirá.

Monsieur Bouchard oyó con entusiasmo este juramento de venganza, como si fuese la estrofa de una antigua balada, pero desconocía cómo ejecutar la orden y así se lo hizo saber a monsieur Trépagny.

—Mi voluntad se cumplirá —aseguró Trépagny con un rechinar de dientes manchados.

Mari tiró el pudín de harina de maíz a las ascuas, donde en un primer momento despidió un apetitoso olor y luego un tufo desagradable a grano y azúcar quemados; regresó a la casa vieja. El arrendajo gris que lo observaba todo desde lo alto esperó un día a que las cenizas se enfriaran y entonces, movido por la curiosidad, picoteó los restos quemados. Unos días después, Chama descubrió al pájaro muerto con las patas retorcidas y entrelazadas en un nudo marinero, cosa insólita de ver.

Monsieur Trépagny regresó a su casa del bosque y anduvo cabizbajo durante unas semanas mientras preparaba su expedición a regiones inexploradas con la intención de capturar a Duquet. Un extraño palpito lo inducía a postergar la marcha. Dejaba sola cada vez más a menudo a su flamante esposa y pasaba mucho tiempo en su casa vieja con Mari, a quien había prohibido regresar a la misión. Por indicación suya, ella guisaba succulentos platos y todas las noches monsieur Trépagny, tras vestirse con su elegante indumentaria, se los llevaba a madame Trépagny. La cena nunca incluía pudín de harina de maíz. Marido y mujer comían en silencio en el suntuoso comedor y después, cuando la doncella había recogido la mesa y monsieur Trépagny había bebido una copa de coñac, él decía: «Buenas noches, madame» y volvía junto a Mari. No parecía haber cambiado nada. Mari y sus hijos conversaban y se reían en susurros como siempre, y la satisfacción que

les proporcionaba su mutua compañía irritaba a Trépagny, que bufaba: «*Silence!*». René también se preguntaba qué les decía ella en sus interminables monólogos, acompañados a menudo de gestos y ojos desorbitados. Meses después comprendió que Mari les contaba las viejas leyendas mi'kmaq, y en la urdimbre de ese patrimonio entretejía la trama de complicadas bromas y juegos de palabras con los que tanto disfrutaba su pueblo. Pero Trépagny estaba convencido de que el blanco de sus risas semiahogadas era él y, ensanchando las aletas enrojecidas de la nariz, exigía silencio.

Una mañana, cuando René y Chama talaban en el bosque, apareció la doncella española y se acercó al anciano. Le entregó una carta y le dijo que madame Trépagny deseaba que la llevase a Wobik, al vicegobernador. Chama soltó un resoplido y negó con la cabeza, pero cuando ella le mostró una moneda de oro, él cogió la carta y se la guardó en el bolsillo de la camisa.

Su capa de castor permaneció vacía durante dos noches, y al atardecer del tercer día René volvió a verlo, cargado con la canoa rescatada de monsieur Trépagny: su pretexto para el viaje en caso de que su sobrino le preguntara.

—¿Qué se está tramando? —preguntó René.

—Nada bueno. Monsieur Bouchard se puso del color del barro cuando leyó esa carta. Dijo que vendrá mañana con el sacerdote y consultará con madame y mi sobrino. Mal asunto.

la india

Monsieur Bouchard y père Perreault entraron en el claro, los dos a lomos del viejo caballo de tiro del vicegobernador. René, que en ese momento acarreaba una banasta de pescado, se irguió y fijó la mirada en ellos. Los visitantes pasaron por delante del almacén sin detenerse, camino del domicilio conyugal de monsieur Trépagny. Pero este digno caballero, que en ese momento trabajaba en su vieja fragua, los vio por la puerta abierta y salió de inmediato.

—¿Adónde va, monsieur Bouchard? Père Perreault, ¿qué hace aquí?

El vicegobernador giró en redondo, desmontó y clavó una mirada colérica en monsieur Trépagny. Père Perreault también se apeó y sujetó las riendas.

—Me preocupa encontrarlo aquí, y no en su espléndida casa con su legítima esposa, madame Trépagny —reprochó monsieur Bouchard—. Me ha llegado una carta de la dama en cuestión, en la que se queja de que sigue usted conviviendo con la india, Mari, y rara vez pone los pies en la mansión nupcial, donde ella está legítimamente instalada y donde también usted debería estar.

Père Perreault, muy serio, dijo:

—Madame Trépagny desea regresar a la casa de su tío en Francia y exige la devolución de la generosa dote otorgada a usted, porque ha incumplido su compromiso matrimonial. Se ha comportado mal, y la dama está en su derecho. Su tío es un hombre poderoso. Ha tomado cartas en el asunto, y esto puede

tener serias consecuencias, para usted y para su posición de *seigneur*. Le pido que nos acompañe a la casa donde ella ahora espera alivio a su dolorosa e insultante situación.

Monsieur Trépagny los siguió en silencio hacia la penumbra del sendero en sentido oeste.

El día transcurrió lentamente. René contó a Chama y Mari lo que había visto y oído. Le pareció percibir un asomo de sonrisa en el semblante de Mari. Cuando ella entró, Chama dijo:

—Este sobrino mío debería haber seguido con su plan y marcharse en busca de Duquet. Tendría que haberse quedado con esa esposa rica. Siempre que hay una india por medio surgen problemas. Su esposa francesa no es de las que hacen la vista gorda.

Llegó la noche, y los tres hombres aún no habían regresado. Chama aventuró:

—Claude estará suplicándole; cederá a todos sus deseos con tal de no perder el dinero y la elevada posición. Lo conozco.

A la mañana siguiente muy temprano, cuando René y Chama se preparaban para una nueva jornada de tala, volvieron los tres hombres, todos de buen humor.

—Dígaselo ya —instó père Perreault—. Ahora mismo. —Y todos miraron a René.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó. Aún no había tenido ocasión de hablar con monsieur Trépagny sobre sus tierras, y de pronto temió que el *seigneur* hubiese encontrado una forma de eludir su responsabilidad.

—Te casarás con Mari —anunció monsieur Trépagny—. Inmediatamente. Tenemos a père Perreault a nuestra disposición para officiar la ceremonia.

—¡Ni hablar! —exclamó René. En susurros, para que Mari no lo oyera, añadió—: Es una vieja. No quiero casarme con ella.

Había soñado con encontrar una esposa entre las mujeres que llegaban de Francia a bordo de los buques de carga, las chicas del rey: *les filles du roi*. Una joven de ojos azules, encantadora y tímida.

—Además, usted y Mari...

—Era sólo uno de esos apaños entre colonos y nativos. —Père Perreault enhebró las palabras con su habitual delicadeza—. Una simple costumbre colonial.

—Me niego igualmente —insistió René.

—Todavía no conoces la razón —terció monsieur Trépagny afablemente—. Ella te ayudará a construir tu propia casa en la tierra que yo te asigne, y seré muy generoso. Te concederé una parcela con una extensión dos veces mayor que la que te correspondería. Contarás con buenos trabajadores para ayudarte: esos muchachos indios, Elphège y Theotiste, y la criada, Renardette. Mari es una hábil cocinera. Te dará calor en las noches de invierno. Es experta en la curación de enfermedades. Posee un valor. ¿Qué más podrías pedir?

Mari, de pie en el umbral, escuchaba con semblante inexpresivo. Père Perreault, con una seña, le indicó que se acercara. René pensó atropelladamente en varias direcciones. Pero para sí añadió una razón más a la lista de monsieur Trépagny: con Mari a su lado podría aprender a leer y escribir o, mejor aún, recurrir a ella para que leyera y escribiera todo lo que fuera necesario. Su sueño, la *fille du roi* de ojos azules, se esfumó. Una vez más se sintió atrapado en una vertiginosa corriente de acontecimientos de la que le era imposible escapar. ¿Qué podía hacer contra las órdenes de hombres más importantes? Asintió una sola vez: sí, se casaría con Mari, una india vieja. Y así se hizo.

En todas las vidas se suceden acontecimientos que dan nueva forma al sentido que uno tiene de la existencia. Después, todo es distinto y el pasado se desdibuja. Para René, el gran golpe había sido la pérdida de Achille, su hermano, a quien quería y añoraba enormemente. Viajó a Nueva Francia para huir de la pérdida, sin ser consciente de que llevaría el dolor dentro de sí. El segundo acontecimiento fue esa boda forzada con Mari.

Monsieur Trépagny asignó oficialmente una parcela a René, concediéndole el viejo *domus*, el taller y los huertos, pero no la vaca, así como el claro situado al oeste que René codiciaba y la parcela con un manantial de aguas cristalinas al pie de un abedul amarillo. De un plumazo,

René se convirtió en propietario. Père Perreault y monsieur Bouchard, el vicegobernador, se marcharon después de la breve ceremonia de la firma de monsieur Trépagny, por la cual asignaba las tierras a René.

Monsieur Trépagny habló a Mari con sarcástico desenfado.

—Madame Sel, prepara la cena como de costumbre, y Chama nos la traerá a mi esposa y a mí. A partir de mañana su doncella guisará para nosotros, hasta que encontremos una cocinera y una criada. Adquiriremos una o dos esclavas pawni o negras en Kébec.

Se adentró en el bosque hacia el oeste.

Mari tenía colgadas desde hacía varios días seis agachadizas que alcanzaban ya el grado de descomposición alucinógeno que tanto agradaba a monsieur Trépagny. Asó las aves, las puso en un gran cesto, añadió una pierna fría de venado y cuatro raciones de esturión al vapor. René pensó que ésa era una cena que el *seigneur* no merecía. Chama, que venía mostrándose muy atento con la doncella española, lo transportó todo en la carreta de bueyes, con la vaca amarrada detrás. Para su propia cena, Mari plantó en la mesa una fuente de anguilas calientes, acompañadas de salsa de camalote. Había hecho pan por la mañana y servido una hogaza, junto con la poca mantequilla que quedaba, lamentablemente, a causa de la pérdida de la vaca.

Mari, paseándose entre la mesa y el fuego vestida con su túnica de piel de ciervo, tenía el mismo aspecto de siempre, pero sirvió a René la anguila más hermosa y le rozó la mano. Cuando los niños salieron al *wikuom*, ella preparó un camastro ante la chimenea y se quitó el holgado vestido. Permaneció desnuda a la luz del fuego: la primera mujer desnuda que René veía, no una india desechada que le habían endilgado, sino una mujer fuerte y bien proporcionada. Mari se tumbó en el camastro y esperó.

René se desvistió, consciente de su hedor a mugre. Se acostó junto a Mari, que rodó hacia él. Sentir el contacto de su piel cálida y sedosa tuvo un efecto sumamente poderoso. Desde que Achille y él se habían entrelazado y susurrado y probado todo aquello que se les había ocurrido probar, no experimentaba la asombrosa excitación de sentir otro cuerpo desnudo contra el suyo. La elasticidad de Mari, la dureza de sus músculos, su olor a pan, anguilas del río y plantas amargas lo enardecieron. Mari no era Achille, pero René pensó en su hermano cuando pasó a la acción.

Por la mañana, Mari dijo: «Tú bien», se levantó, se puso el vestido de piel de ciervo con sus dibujos deslavados y encendió el fuego.

Con repentina lucidez, René cayó en la cuenta de que la expresión impasible de Mari era reflejo de la aceptación serena y el conocimiento de las turbulencias y zarpazos de la vida, actitud que en cierto modo coincidía con su propia convicción de que él mismo flotaba como una hoja seca en los vientos del cambio. Ella tenía respuestas a las preguntas más incómodas, porque los mi'kmaq llevaban muchas generaciones examinando el mundo con una imaginación ilimitada. Durante meses y años aprendió de ella. Su relación con Mari se convirtió en un matrimonio no sólo de cuerpos, sino también de inteligencias.

Manténían posiciones opuestas acerca de la naturaleza del bosque. Para Mari era un organismo vivo, dotado de la misma vitalidad que los ríos, rebosante de dones en forma de medicinas, alimentos, cobijo, materia prima para las herramientas, que todos descubrían y recordaban. Uno vivía en armonía con el bosque y mostraba agradecimiento. Veía con malos ojos la interminable tala de árboles sin más objetivo que la absurda intención de «despejar la tierra». Pero eso, pensaba René, eran ideas de mujeres. El bosque estaba allí, enorme e ilimitado. La labor de los hombres era someter su exuberancia, domesticar la tierra en la que crecía, tierra inservible hasta que se desboscara y se sembrara trigo y patatas. Daba la impresión de que ambos se hallaban sometidos a fuerzas externas, incapaces de resistirse en cuestiones ya fuera de matrimonio o de tala.

Más al oeste, el descontento reverberaba en la casa solariega. Monsieur Trépagny se cansó de su imperiosa mujer, que repetía machaconamente que su mayor deseo era regresar a París, y empezó a maldecir el mundo que él había creado. Su pensamiento saltaba de la consolidación del *domus* a la venganza. Si al menos Duquet hubiese sido un caballero, sin duda le habría seguido el rastro y lo habría retado a un duelo. Pese al mucho tiempo transcurrido, anunció que partiría en busca de Duquet en la siguiente luna llena. Elphège, dijo, debía acompañarlo en calidad de escudero. Puede que esta decisión se viera influida por el hecho de que Bouchard había impuesto una corvea para la construcción de una carretera nueva, una onerosa obligación que no podía eludir ni siquiera alguien con *particule*.

Por la noche Mari lloró. Dijo que no tenía inconveniente en que monsieur Trépagny fuera en pos de Duquet si ése era su deseo, pero Elphège no tenía ninguna razón para hacerlo.

Antes de su marcha, monsieur Trépagny enterró una pequeña caja metálica bajo el peldaño de entrada de su casa, mascullando una maldición o dos. Desde la ventana del pasillo del piso de arriba, la doncella española lo observaba. Trépagny y Elphège se marcharon bajo el nítido círculo de la luna y no se supo nada de ellos ni de Duquet ni de los hermanos barbudos hasta la primavera siguiente.

bûcheron

El tiempo transcurrió lentamente, una sucesión interminable de días organizados en torno al trabajo. A lo largo del segundo verano, pensó René, Mari había estado más callada que de costumbre.

—Habla, Mari. ¿Qué te pasa? Debes decírmelo. ¿Es por Elphège? ¿Estás pensando en Elphège? —insistió él una noche cuando el pequeño Achille y las gemelas recién nacidas, Noë y Zoë, ya dormían.

Ella asintió y a continuación agachó la cabeza. Se produjo un profundo silencio, tan profundo que el irregular vuelo de una mariposa nocturna atraída por el fuego alteró el aire y oyeron el leve reventón de vapor al prenderse su cuerpo en las llamas.

—Cuéntamelo, mujer. —Le cogió las dos manos para manifestarle su necesidad de entender.

Y Mari inició la larga y triste historia. La aterrorizaba perder a Elphège. De nuevo habló de los tiempos en que ella era niña, cuando, dijo, su pueblo vivía en la costa, muy al este. Un día en que se hallaban en su campamento junto al océano, apareció un barco con hombres de rostro pálido a bordo. Los recién llegados se presentaron como *les Français*. El pueblo de Mari enseñó a los *wenuj* a recolectar marisco y bayas, compartió su comida con ellos. Uno de los franceses era père Perreault: pel Peló, como ella lo llamaba. Todo pareció ir bien durante unas semanas, pero un día, de pronto, los forasteros anunciaron que regresaban a Francia y que unos cuantos mi'kmaq los acompañarían. Nadie deseaba irse con ellos, pero los *wenuj* los desarmaron con sus sonrisas y, sin previo aviso, unos marineros peludos prendieron a siete

de los suyos, Mari entre ellos, y los obligaron a subir apresuradamente al barco. Levaron anclas y zarparon antes de que los suyos, en la costa, se dieran cuenta. Éstos, al enterarse, corrieron por la orilla gesticulando y gritando al barco. El buque se alejó.

—Mucho día, mucho día nosotlos vomita. Después nosotlos llega Francia.

—¿Francia? ¿Has estado en Francia?

—Sí. Palís, paseo coche, mucho luido. Nosotlos todos llora. Comida mala, caja dueme. Mucho tiempo. Helmano vomita. Tos, ahoga. *Wenuj* lleva. Muele. *Maman* muele. Mí malo, fieble. Mucho llaga. Todos muele. Sólo yo, y bebé. Balco lleva. Pel Peló dice a casa. Mucho tiempo. Océano enfada. *Bébé* muele. Después sitio bueno nuestlo. Mi'kmaq salta. Contento.

Pero la alegría del regreso duró poco. Casi toda la tribu murió a lo largo de los siguientes meses.

—Enfermedad *wenuj*. Mi'kmaq muele. Enfermedad también daño cala mí. —Se señaló las cicatrices de la viruela en las mejillas y prosiguió. Docenas de miembros de la tribu sucumbieron a los estragos de la enfermedad causante de la podredumbre en la cara y el pequeño poblado se convirtió en un pozo de sufrimiento.

René comprendió que ella y otros mi'kmaq se habían visto obligados a subir a bordo de un buque francés y, contra su voluntad, fueron trasladados a París, donde murió la mayoría de ellos. Aunque Mari contrajo la viruela, sobrevivió y soportó la larga travesía de regreso hasta su tierra. Pero llevaba consigo la enfermedad, y gran parte de los suyos murió.

Fue entonces cuando, contó, père Perreault la llevó a Kébec. En la misión se casó con Lolan, un buen hombre mi'kmaq. Elphège y Theotiste eran hijos de ese hombre. Y también JeanBaptiste.

—Hombre fuerte pelo muele. Un día mi bebé muele. Elphège, Theotiste y Jean-Baptiste no muele. Mí a Wobik con pel Peló. Esa misión tú conoce.

Y en la misión Trépagny la había encontrado y contratado como ama de llaves, pero al cabo de unos días la forzó. Así eran las cosas en Nueva Francia.

—Ningún hijo de él. Mí conoce medicina no *bébé*. Lené, tú mí bueno *bébé*. Pelo a Elphège mí dice: «¡Vuelve, Elphège, vuelve!».

Fue como si Elphège la hubiese oído. La nieve ya se fundía. Al pie de cada árbol se formaban círculos huecos; corrían por el terreno empapado incesantes hilos de agua de deshielo hasta las ramblas y los arroyos. De pronto un hombre apareció cojeando en el claro.

Ella lo reconoció en el acto.

—¡Elphège!

Corrió hacia él y lo ayudó a llegar a la casa. El muchacho estaba consumido, cubierto de costras de antiguas heridas y diversas magulladuras. Su tobillo derecho era un bulto violáceo y tumefacto. No hablaba. Lo llevaron medio en volandas al interior de la casa y lo tendieron en el camastro. Mari avivó el fuego, preparó una poción somnífera y calentó un nutritivo caldo de alce. Mientras cogía piñas de cedro blanco de su despensa, las trituraba y las mezclaba con raíz y hojas de helecho para hacer una cataplasma destinada al esguince, René permaneció atento al muchacho semiinconsciente.

—¿Dónde está el *seigneur*? ¿Dónde está monsieur Trépagny? —preguntó con delicadeza, pero Elphège no podía contestar, no en ese momento.

Por medio de preguntas a las que Elphège respondía con gestos de asentimiento o negación, Mari averiguó que monsieur Trépagny había muerto, pero Elphège se negaba a contar cuándo y de qué manera. Permaneció callado y en duermevela durante nueve días, y luego, repentinamente, pareció recobrar fuerzas. Al cabo de un mes ya salía con René a talar. No hablaba, apenas sonreía y solía mantener la mirada baja, como si le doliera contemplar el mundo.

Chama ya no trabajaba con ellos. Se había marchado a Kébec con madame Trépagny y la doncella española, ya que la novia se proponía volver a Francia. En la mansión de Trépagny la doncella española se había llevado una especial decepción al levantar la baldosa del peldaño ante la puerta de entrada y sacar la caja metálica allí escondida. A pesar del óxido que se extendía por la tapa, se abrió con relativa facilidad, pero contenía sólo dientes y mechones de pelo humanos. Incluso Chama deseaba volver a la madre patria para cultivar cebollas en un terreno sin raíces. Llegaron a la conclusión de que monsieur Trépagny había muerto. Partieron a la luz de la luna, y cuando Mari oyó a lo lejos los mugidos de la vaca sin ordeñar, fue a la casa solariega y se apropió del animal.

—Casa. Puerta muy abierta —dijo a René—. Pronto vive allí pueblo *polc-épic*. —Sí, los puercoespines enseguida ocupaban las casas abandonadas.

El tío de Melissande de Mouton-Noir, ahora señora de Trépagny, escribió varias cartas a su sobrina. Monsieur Bouchard las tenía en el ángulo de su escritorio como si esa mujer fuera a presentarse a recogerlas en algún momento. Pero llegó el día en que una carta apremiante dirigida al mismísimo monsieur Bouchard exigía información acerca de la dama, que no había respondido a las solícitas epístolas de su tío. Monsieur Bouchard tuvo la desagradable obligación de escribir a Mouton-Noir y al intendente con la triste noticia de que el barco había chocado con unas rocas a unos kilómetros de Wobik río abajo y habían perecido cuantos viajaban a bordo. Fingió asombrarse de que la noticia de la catástrofe no hubiera llegado a Kébec, porque había ocurrido hacía ya un tiempo.

Muchos meses después de su regreso, el silencioso Elphège habló de pronto durante la cena, con la voz cascada de no usarla. Dijo sólo que algún día se vengaría de los iroqueses y sus amos, los ingleses. Más tarde ese invierno, durante un descanso después de dedicar toda una mañana a anillar árboles, Elphège contó a René que unas iroquesas habían seccionado los tendones de las piernas de monsieur Trépagny, después le habían cosido todos los orificios del cuerpo —orejas, ojos, nariz, boca, ano y pene—, y al cabo de dos o tres días monsieur Trépagny se había hinchado como un nubarrón y había reventado.

—No se lo cuentes a *maman* —dijo—. Sufriría.

Pero René pensó que Mari no sufriría. Aun así, no se atrevió a contarle que Trépagny había padecido una muerte tan dolorosa, con tales estragos en las partes blandas.

Un día René viajó en canoa a Wobik con Theotiste, que ya tenía edad para unirse a la milicia y recibir las arengas del capitán Bouchard sobre la guerra furtiva y escurridiza de los indios, aunque él, en Odanak, había aprendido más entre los guerreros de lo que el capitán Bouchard sabría jamás. Ahora deseaba conocer Kébec y Trois-Rivières, y viajaría en el siguiente barco río abajo. Después de eso, dijo, se incorporaría al conglomerado de mi'kmaq, abenaki, sokoki, cowasuck, penobscot, androscoggin, missisquoi y otra docena de tribus refugiadas en Odanak, que los franceses llamaban Saint-François. René lamentaba que se marchara, ya que la mano de obra escaseaba y era cara. Si no podía ocuparse de las tareas él mismo, el trabajo se quedaría sin hacer.

Tras zarpar el barco de Theotiste, René entró en el despacho ya conocido del capitán Bouchard. El avejentado capitán tenía noticias para René.

—Un muy buen médico y científico francés de renombre, ahora establecido en Kébec, está interesado en las plantas de nuestros bosques. Recaba información sobre sus usos entre los salvajes. Me ha enviado una carta para preguntarme si Mari estaría dispuesta a recibirlo. Si ella le enseñara las plantas curativas que crecen en estos alrededores, él gustosamente le pagaría. No sé cuánto, pero lo sugirió él mismo.

—¿Quién es ese hombre? —quiso saber René—. ¿Vendrá a casa?

El capitán Bouchard consultó sus cartas.

—Michel Sarrazine. Ya ve, la fama de Mari por curar a los enfermos y heridos ha llegado hasta Kébec. Aquí en Wobik no estamos tan dejados de la mano de Dios como algunos piensan. Pese a que ella no es más que una mi'kmaq.

El médico era un hombre menudo de frente ancha. Sin peluca, su cabello oscuro presentaba grandes entradas, pero por detrás le caía en ondas hasta los hombros, y cuando contraía sus labios rojos y carnosos en una sonrisa, se le formaban hoyuelos. Monsieur Bouchard se preguntó por qué no llevaba peluca e intentó arrastrarlo a una conversación sobre libros e ideas para evaluarlo: ¿era acaso un conservador a ultranza o un pionero librepensador que exploraba formas de curación novedosas? Pero el doctor Sarrazine, aunque cortés, dijo que no disponía de tiempo y manifestó su deseo de ver a Mari lo antes posible. Llevaba una bolsa de lino que contenía un cuaderno, láminas de

cartón para especímenes y un rollo de hojas de papel secante. Incluía también un estuche de agujas francesas, un regalo para Mari. Monsieur Bouchard le prestó su único caballo y, con cierto pesar, lo vio partir hacia el oeste. El doctor Sarrazine regresó al cabo de diez días, tarareando y sonriente, su bolsa de lino repleta de especímenes vegetales, algunos de los cuales mandaría al Jardin des Plantes. Bouchard, que aún anhelaba la conversación libresca, observó al erudito subir a bordo del barco con destino a Kébec. El médico volvió la cabeza, le dirigió una de sus cautivadoras sonrisas y se despidió con un saludo militar. Bouchard le devolvió el gesto y entró de nuevo en el despacho.

En medio de un humo cada vez más denso, fueron pasando los años, y las cuadrillas obligadas a trabajar por las corveas de la Corona ensancharon el sendero oeste hasta convertirlo en una carretera. Llegaron al bosque más colonos. Cada mañana los sonidos de la tala, lejana y cercana, molestaban a los pájaros carpinteros, que primero imaginaron rivales y después, viéndose en inferioridad numérica, huyeron a zonas más despobladas. Los árboles gemían y caían; los hombres sembraban maíz entre los tocones. Los ciervos y los alces retrocedieron; los lobos los siguieron hacia el norte. A su manera, el bosque engullía a René Sel, su destructor. El bosque se alzaba siempre ante él. Y René era incapaz de dejar de talarlo, pero ante sus narices crecían con vigor múltiples brotes de los tocones y raíces todavía vivos, y la trayectoria de su hacha, ora ascendente, ora descendente, trazaba un movimiento circular casi continuo. Siempre parecía haber más y más árboles en el horizonte. Atormentado, tomó conciencia de que sus incontables hachazos no eran nada contra la extensión infinita de la erizada corona de bosque que cubría la Tierra.

Una primavera Mari enfermó. Se quejaba poco pero, en su estado de confusión, era incapaz de llevar la casa. Adelgazó y su amable rostro, antes redondo, dejó entrever la forma del cráneo. Tenía visiones y se olvidaba de todo lo que le decían. Se olvidó de sus hijos, se olvidó de René y hubo que

atarla a una silla para mantenerla alejada del río. Durante un año Renardette la cuidó, pero una luminosa mañana de mayo Mari contestó a sus hermanas, muertas hacía tiempo, que la llamaron tal como llaman las lechuzas.

—Mucha helmana dice: «Ven». —Al cabo de dos horas se había reunido con ellas.

René no alcanzaba a entenderlo. Todo el mundo sabía que los mi'kmaq eran longevos y conservaban la fortaleza hasta el final, y Marie no era una anciana. Fue una pérdida extremadamente amarga.

—Es lo más conveniente, que nos casemos —dijo Renardette a René al cabo de una semana.

René negó con la cabeza, empuñó el hacha y se marchó a la zona de tala. Renardette, apenas adulta, estaba ahora hinchada por la cerveza y se había vuelto autoritaria e irascible, dispuesta siempre a estallar ante insultos imaginarios. Ese desaire no quedaría así.

Todo el mundo tiene un final, incluso los leñadores. Durante toda su vida René fue un *défricheur*, un *bûcheron*, o, como lo expresaba un libro antiguo, «un maderero, un cuidador de bosque, un dueño de bosque, un dueño de hacha, un talador de árboles, un cortador de madera, un usuario del hacha. Corta con un hacha; tala los árboles: los corta, los desmocha, los descortezas, los parte, los apila». Se pasó la vida arrimando el hombro, con el escozor del sudor en los ojos, las picaduras de los insectos del bosque en el calor del verano, las manos encallecidas en una contracción permanente para acomodarlas al asta del hacha, las magulladuras y la sangre, el humo incesante de los árboles quemados, el dolor del trabajo sin tregua, la incómoda sierra, los traicioneros troncos de árboles pequeños utilizados a modo de palanca, la colocación de mangos nuevos en palas rotas y el interminable izamiento de troncos grandes y malévolos.

Pero Achille, su hijo de once años, lo encontró muerto de rodillas en el bosque, las manos firmemente entrelazadas en torno al asta del hacha, el filo hincado en un cedro, René muerto a los cuarenta de un tajo en el cuello. Con un afilado cuchillo, le habían realizado una incisión paralela a las cejas en

torno a la circunferencia de la cabeza y le habían extraído el cuero cabelludo, para llevárselo y canjearlo por el botín. Fue, hasta el final, un diestro leñador, moldeados su vida y su cuerpo por el placer del hacha. Como lo serían sus hijos y nietos después de él.

II

«... con impotencia miran las huellas que él deja»

Zhang Ji (768-830)

(1693-1727)

Forgeron

Duquet escapó de Trépagny, pero ¿qué había sido de él? Empuñando el tronco de un árbol joven que había cortado para usar a modo de bastón, atormentado por los dientes que le quedaban en la boca, tosiendo y con una punzada en el costado, bordeó el río hacia el oeste hasta el anochecer. Antes de clarear, se puso otra vez en marcha a la vez que engullía los trozos enteros de pudín de pescado que había ocultado bajo el abrigo la noche anterior. Bebió agua del río y continuó su andadura. Siguió el cauce desde las elevaciones cercanas por sí a Trépagny y al necio de Sel se les ocurría ir tras sus pasos. El terreno más elevado era abrupto y barrancoso. Veía abajo las aguas impetuosas, los árboles semihundidos en el caudal, sus copas empapadas agitándose en la corriente. El hambre lo obligó a volver a la orilla, donde anudó el cuello y las mangas de su camisa, que sostuvo lateralmente bajo el agua, invitando a entrar a los peces por el extremo abierto. La táctica le dio resultado suficiente para procurarse alimento, que obtenía succionando el jugo de la carne cruda como haría una araña con un insecto. Después de ocho días, cubierto de arañazos y mugre, extraviado en aquel paraje inhóspito, pero impulsado por una necesidad incipiente, llegó a otro río que descendía desde el norte. Al noroeste se extendía un territorio abundante en castores, indios que capturaban los castores y comerciantes que transportaban las pieles río abajo. Inició su larga andadura.

En la tercera semana de su viaje, Duquet despertó y abrió el ojo izquierdo; el derecho se le quedó pegado a causa del pus endurecido. En su estado de agotamiento, se desplomaba con frecuencia y yacía con la cara

contra el manto de hojas. Ya no sentía el dolor de los flemones; envuelto en cortinas de mosquitos, sorbía el aire puro con su sabor a madera en descomposición. En las manos y los brazos tenía cinco o seis heridas supurantes. Bajo un guillomo, había encontrado un costillar con jirones de carne oscura adheridos, pero cuando empezó a masticar se abalanzó sobre él una criatura salvaje que le hincó los dientes y las garras. La criatura se marchó con el trofeo. Duquet estaba debilitado a causa de la pérdida de sangre, no sólo por las mordeduras del animal, sino también por las picaduras de las moscas negras y los mosquitos. Después perdió de vista el río. Lo buscó en todas direcciones, pero había desaparecido. Durante todo un día cavó en el suelo con las manos para comprobar si se había convertido en una corriente subterránea. Le era mucho más fácil arrastrarse que mantenerse erguido y caminar. Así que se arrastró, llorando, balbuceando. Llovió; los nubarrones, de color gris oscuro, eran como mandíbulas sin afeitar. Su horizonte era una línea serrada de píceas negras. Alcanzó a ver un lento patito, el último de una fila de patitos que iban de camino al... ¡agua! Había encontrado otra vez el río. Pensó que quizá estaba muriéndose, pero no le concedió mayor importancia. Antes tenía que llegar al norte, donde estaban los comerciantes de pieles; luego ya moriría. Mientras se arrastraba junto al río redescubierto halló ranas pequeñas y otro patito, que atrapó y se comió, encogiéndose para protegerse de los contundentes picotazos y dolorosos golpes de ala de la madre. Allí la margen del río era de barro blando, donde resultaba más cómodo avanzar a rastras.

Un grupo de indios odawa, una partida de caza, rodeó a la criatura. Venían observándola desde hacía dos días: la habían visto moverse lentamente en torno a la orilla de una charca, dormir en el barro bajo los alisos, arrastrarse de nuevo a gatas.

—Está enfermo —dijo uno. Todos retrocedieron.

—Está herido —dijo otro.

Al oír sus voces, Duquet se irguió sobre las rodillas. Les lanzó una mirada de inquina con el ojo izquierdo. Tenía en la mejilla la marca de una rama de aliso. Formó garras con sus dedos embarrados y emitió bufidos en

dirección a ellos. Dijo algo.

—Quiere atacar —señaló uno. Los demás se echaron a reír, y sus risas encolerizaron a Duquet.

—Es francés —afirmó otro.

—No podemos llevárnoslo. Los franceses contagian enfermedades.

—Ya está enfermo. No puede venir con nosotros.

—Dejémoslo. —Retrocedieron y desaparecieron.

Al cabo de unos días, un grupo de comerciantes de pieles franceses hizo un alto en el campamento indio a orillas del río.

—Queremos pieles —anunció el viejo comerciante—. ¡Mirad! Os traemos hachas, hachuelas y agujas. ¡Os traemos armas! Balas y pólvora. — Los otros exhibieron el género dispuesto en el fondo de su canoa.

—*Oui, oui* —dijeron los cazadores e intermediarios, y sacaron capas de piel de castor, gastadas, de la mejor calidad, reunidas en el norte. Tenían pocos castores, pero muchas pieles de marta cibelina y de lince. Antes de marcharse los comerciantes, los odawa mencionaron entre risas al francés enfermo que daba vueltas y más vueltas en torno a una charca.

Los comerciantes encontraron a Duquet. El barro se había secado, y para acceder al hombre que había debajo tuvieron que romper la costra y abrirla. Lo llevaron al río y lo dejaron en el agua hasta que se le desprendió la armadura de arcilla. Dudaron que fuera a sobrevivir, pero la india que los acompañaba se hizo cargo de él. Mientras le administraba el tratamiento, olió la fetidez de la infección de su boca. En su bolsa de medicinas llevaba una varita de madera con un lazo de cuero en un extremo. Con este utensilio, le extrajo los dientes podridos y luego le dio un enjuague para combatir la infección y un opiáceo.

—No morir —dictaminó.

Los *voyageurs* lo colocaron en su canoa gastada y partieron hacia un lejano poblado ojibwa, al noroeste.

Corría la primavera. Los ríos estaban casi deshelados, salvo a primera hora de la mañana, y las cálidas tardes eran fragantes y plácidas. Algún que otro mosquito volaba en torno a ellos lentamente, sus patas colgando. En el poblado ojibwa, donde un arroyo desembocaba en un pequeño lago, Duquet descansaba recostado en un tronco y observaba a los indios confeccionar canoas, una labor compleja en la que participaba todo el campamento. Los *voyageurs*, para ayudarlos, acompañaban a algunos de los hombres más jóvenes a recoger grandes láminas de corteza de abedul, de siete metros de largo. Una vez transportadas hasta el campamento, las colocaban con cuidado en el arroyo, lastradas con piedras, para que conservaran la elasticidad. Algunos se adentraban en el pantano, talaban cedros blancos que habían anillado el año anterior y troceaban la madera curada longitudinalmente. Las mujeres salían a diario a recolectar raíces de píceas y caucho. Se sentaban cerca de Duquet, y allí pelaban las raíces y las partían longitudinalmente.

Mientras Duquet convalecía, los indios construyeron cinco canoas para ellos y otras cinco para los *voyageurs*. Ya se sostenía en pie y caminaba, con un andar rígido. Devoraba comidas pantagruélicas, todo hecho puré para poder ingerir el alimento a pesar de las encías a medio cicatrizar. Se le despejaron los ojos, empezó a oír mejor, sintió un renovado vigor en los brazos, y cuando las nuevas canoas estuvieron terminadas, el *guide*, un imbécil entrometido con la cara quemada, le ordenó que tomara asiento con los *milieux* y que remara hasta caer rendido. La frágil embarcación descendió por ríos de aguas frías y erizadas de peñascos. Se sucedieron días de escozor y dolor en los omóplatos, las muñecas y los brazos hasta que su cuerpo aceptó las incansables y rápidas paladas, y cada día remaba más tiempo. Empezó a desarrollar la musculatura del cuello, los hombros y los brazos. Hombre de baja estatura, adquirió el característico aspecto del *voyageur*, casi tan ancho de hombros como alto. Aprendió a interpretar las aguas, a entender las corrientes, a reconocer los remolinos, a escuchar a los remeros avezados, cuyos expertos conocimientos de ese violento y peligroso mundo acuático

procedían de las más amargas vivencias. Una noche contó su historia: tras una infancia sumido en la mayor pobreza en las calles de París, fue a Nueva Francia a probar fortuna.

Forgeron, hombre fibroso de piernas demasiado largas para la canoa, holandés convertido en francés por accidente, marino y pescador, agrimensor cuando encontraba trabajo de eso y descontento *voyageur* cuando no lo encontraba, habló a Duquet: en voz baja.

—Desconoces la vida del *coureur de bois* —le dijo en voz baja—. Los trotabosques nunca se enriquecen. Los indios y nosotros hacemos el trabajo peligroso, y la compañía se embolsa el dinero. Somos todos unos necios.

Y en los últimos años, prosiguió, el comercio de pieles había empezado a ser inestable e inseguro. El *coureur de bois* ya no trataba directamente con los tramperos indios para el trueque de pieles: había especialistas indios, intermediarios, que se ocupaban de todo eso. Ya por entonces, a esos buenos indios los expulsaban las tribus enemigas y el descenso de la población de castores. Cuando Duquet conoció las complejidades y la política del comercio de pieles, se dio cuenta de que Forgeron tenía razón. Remar en los *milieux* no era una vía para acceder a la riqueza. Lo más que podía dar de sí era una breve existencia de esfuerzo, de dormir a orillas de los ríos y alzar la vista para mirar entre los árboles una estrecha franja de oscuridad salpicada de estrellas como granos de sal arrojada a puñados.

Algunos de los hombres llevaban mosquetes de avancarga con llave de chispa, en su mayoría los Charleville empleados por el ejército francés. Pero para Duquet el procedimiento de carga era de una lentitud insoportable: sin dientes, no podía arrancar el extremo del cartucho, y tenía que abrirlo con los dedos. Por tanto, eligió como arma el tomahawk francés, y se ejercitó horas y horas hasta que fue capaz de hendir la cola de un pájaro en pleno vuelo, recogerlo, destriparlo y medio asarlo mientras un compañero suyo estaba aún cargando el mosquete.

Duquet se curtió. Vio lo rápido que desaparecía el castor de las zonas donde los tramperos cazaban abusivamente, donde los indios capturaban a todos los animales en su afán de obtener herramientas y bebidas alcohólicas

europas, siempre presionados por los codiciosos comerciantes. El territorio de los castores se desplazaba cada vez más hacia el norte y el oeste. Sin embargo, había hombres blancos que se embolsaban pingües ganancias. Pero éstos no habían llegado allí con un contrato de servidumbre por deuda ni eran fugitivos sin un centavo. Duquet se propuso extraer el mayor rendimiento posible a su modesta posición en el comercio de pieles y se juró permanecer atento por si surgían oportunidades mejores. Había ido a Nueva Francia con la esperanza de enriquecerse deprisa y regresar a la vieja Francia, pero ahora se preguntaba si su destino no estaría acaso ligado a esa vasta tierra con bosques infinitos y ríos violentos. ¿No era ese territorio su lugar en el mundo? Sí, y sacaría de él algo de provecho. En vista de que su manera de ser ahuyentaba a los demás hombres, se sumió en un período de introspección poco común en él. Conscientemente, empezó a comportarse como un individuo abierto y sonriente, de trato afable, que siempre tenía una buena anécdota que contar y, en la taberna, invitaba con generosidad. Estaba afilándose las garras, y en su fuero interno era un tigre oportunista: si tenía que atacar y dar zarpazos para acceder a la riqueza, lo haría.

Empezó a trocar pieles por su cuenta. Invitaba a un par de tragos de ron barato a los ingenuos cobrizos; ocultaba sus actividades a los demás, escondiendo a veces los alijos de pieles y regresando más tarde a recogerlos. Implacable regateador en sus transacciones con los indios, desplegaba una sonrisa inocente ante los rostros de los salvajes al aceptar sus pesados fardos de pieles a cambio de cuatro palmos de tela barata y una taza de whisky adulterado: unas ganancias colosales.

Al cabo de un año, se hartó de los comerciantes que lo habían rescatado.

—Forgeron —dijo un día mientras ascendían con gran esfuerzo por un sendero de porteo—, estas personas no me son gratas, en particular el *guide*. Me propongo buscar otra oportunidad. ¿Quieres venir conmigo?

—¿Por qué no? —respondió Forgeron—. Lo mismo es una canoa que otra. El *guide* es una persona de trato difícil, quizá por su espantosa historia. Los iroqueses lo lanzaron a una hoguera para asarlo.

—¿Y por qué no acabaron de guisarlo y se lo comieron?

—Quizá algún día puedas preguntárselo tú mismo.

Trabajaban en armonía, pese a que Forgeron atraía tormentas y vendavales. Pero sentía cierto respeto por el bosque agreste. Con frecuencia le hablaba a Duquet del bosque y de su riqueza desaprovechada.

—Si un hombre pudiera sacar de aquí los troncos, existen cien mil maneras de amasar fortuna a niveles que el mundo no conoce desde tiempos babilónicos. Todo se reduce a cómo transportar la madera hasta quienes la necesitan.

Duquet asintió; empezó a ver los árboles con ojo más codicioso.

Coincidieron con una extravagante camarilla de *coureurs de bois*, entre quienes se hallaban los campechanos hermanos Trépagny, tan distintos del arrogante *seigneur*. Tenían una actitud temeraria y eran capaces de acallar a los lobos con sus aullidos. Duquet necesitaba emplear a fondo todos los recursos de remero adquiridos para hacer frente a los rápidos por los que a veces descendían, entre afloramientos de roca que comprimían la canoa en violentas rampas. En una ocasión pasaron por un extraordinario lugar, entre dos imponentes paredes pétreas inclinadas la una hacia la otra, formando un congosto más estrecho que el río, de tal modo que el cielo quedaba reducido a una línea bordeada de piedra. Cuando salieron del opresivo cañón, el río se precipitó en una vorágine. Fue necesario abandonar el cauce y seguir a pie lentamente por el sendero indio de roca resbaladiza, que no tenía más de un par de palmos de ancho, acarreando como podían la canoa sobre las cabezas, temblándoles los brazos por el peso. Al final coronaron la cima de la pared rocosa y desde allí vieron, abajo, las tumultuosas aguas.

—*Tabernac* —exclamó Toussaint Trépagny—. Me he arrimado tan apasionadamente a la pared de roca que he dejado en ella la huella de mi virilidad.

Ese día cargaron con las Canoas durante muchos kilómetros.

Una noche, tendidos bajo una canoa vuelta del revés, Forgeron anunció en susurros que tenía la intención de marcharse.

—Mis piernas no están hechas para la canoa —dijo. Ciertamente era que con sus largos brazos imprimía gran potencia a las paladas, pero viajaba con las piernas dobladas bajo el cuerpo durante horas, y a menudo, cuando salía de la canoa, le costaba tenerse en pie, de tan agarrotados y tensos como tenía los músculos. Muchas noches yacía gimiendo de dolor y frotándose los muslos y las pantorrillas. Los *voyageurs* eran de piernas cortas y brazos fuertes. Las piernas largas no servían para las canoas.

Cuando por fin se marchó, diciendo que buscaría trabajo de agrimensor, Duquet se fue con él y convenció a los Trépagny de que los acompañaran. Enfilaron el camino de regreso hacia el río San Lorenzo. En menos de un mes, Forgeron encontró trabajo y empezó a delimitar parcelas al este de Ville-Marie.

—Nuestros caminos volverán a cruzarse —vaticinó Forgeron—, pero no en una canoa.

Duquet siguió acumulando pieles con los hermanos Trépagny, y el trío alcanzó triste fama a base de ofrecer ron y whisky a los indios, hombres cobrizos que entregaban sus pieles a cambio de matarratas capaz de provocar visiones.

Les quatrains de Pibrac

(Guy du Faur, *seigneur de Pibrac*)

Duquet prosperó las temporadas posteriores a un mal año en que los habitantes de los asentamientos se morían de impaciencia esperando los barcos de víveres franceses, que llegaban con retraso, y también de miedo a los iroqueses, quienes sólo diez años atrás habían sorprendido y masacrado a los colonos de Lachine y podían repetirlo. A pesar de las continuas escaramuzas, grandes cargamentos de pieles de castor bajaron por el río una y otra vez, hasta que los sombrereros y los peleteros de Francia, saturados, ya no necesitaron más, hasta que los almacenes estuvieron a rebosar de pieles de roedor. De nuevo Duquet vio el gran punto débil del comercio: el excedente o la escasez. Podía ser que los castores desaparecieran debido al exceso de caza, o a alguna enfermedad, o por cualquier razón desconocida, o quizá era que los indios se quedaban con demasiadas pieles. Observó y reflexionó. Ahora consideraba fábulas las historias de inmensos beneficios en el comercio de pieles. Deseaba amasar una riqueza enorme y permanente, una riqueza que durase cien años. Deseaba una fortuna que pudieran heredar sus hijos. Deseaba ver su nombre en edificios. Le sorprendió descubrir en sí el deseo de tener hijos, el deseo de fundar una familia. El apellido Duquet dejaría de ser una maldición para convertirse en un honor. Pero existían trabas para ese plan: en particular la fealdad de una mandíbula mellada y hundida. Tal vez fuera imposible dar con una esposa agraciada. A menos que él tuviera dinero.

Con su mente ágil, cavilaba incesantemente acerca de esta cuestión: ¿qué recurso existía en ese nuevo mundo que fuera ilimitado, que poseyera valor, que pudiera generar una fortuna? Descartó las criaturas vivas, como los castores, los peces, las focas, la caza o las aves, todo ello susceptible de una desaparición repentina y de la volatilidad de los mercados. Una y otra vez llegaba a la misma conclusión. Existía un bien imperecedero del que Europa carecía: el bosque. Duquet sabía, como lo sabía todo el mundo, que en el sur los colonos ingleses hacían un buen negocio talando pinos destinados a usarse como mástiles en los navíos de la armada inglesa. ¿Acaso los franceses no podían hacer lo mismo? Recordó las palabras de Forgeron. El bosque era de unas dimensiones inimaginables y se regeneraba. Podía abastecer de madera para construir buques y casas y para dar calor. Siempre reportaría beneficios. Sí, eran muchos los problemas del transporte y de los mercados, pero se trataba de un negocio sin explotar que podía expandirse e imponerse. En Francia muchos hombres comerciaban con mercancías extraídas del bosque, pero pocos en Nueva Francia y tal vez ninguno en las colonias situadas al sur. Así que, pensó, reuniría la mayor cantidad de dinero posible con las pieles durante unos años, se prepararía en todos los sentidos y, llegado el momento, se dedicaría a la madera. No abandonaría aún el lucrativo comercio de pieles, una actividad pestilente y complicada para los tramperos indios, pero que producía grandes beneficios.

Explicó brevemente su plan a los hermanos Trépagny y les dijo que le complacería que siguieran siendo socios suyos cuando, en el futuro, diera el salto a la madera. Para su sorpresa, ellos no mostraron el menor entusiasmo. El fuego nocturno se reflejaba en sus ojos como si fueran escarabajos anaranjados. Quizá, dijo Toussaint, y Fernand añadió que ya se vería. Desviaron la mirada en dirección a los árboles.

—Bueno, dejemos las cosas como están.

Duquet cambió de tema y dijo que tenía un gran obstáculo que vencer. No sabía leer ni escribir, y le convenía adquirir esas habilidades si no quería ser engañado en sus tratos con arteros mercaderes. No conocía ni una sola letra, como la que adoraba aquel necio, Sel.

—El mundo engaña a los hombres que no saben leer. Me consta porque me han engañado con frecuencia —declaró Toussaint—. Si eso es lo que quieres, necesitas a un Sotana Negra. Todos los jesuitas son capaces de escribir innumerables páginas, todos pueden leer en silencio o en voz alta hasta quedarse bizcos. Busquemos a uno de esos individuos y llevémoslo con nosotros. Puede convertir a los indios mientras nosotros nos ocupamos de nuestros trueques, y en los momentos de calma te enseñará esas artes que deseas adquirir.

Así pues, secuestraron a père Naufragé, uno de los misioneros que se dirigían al territorio de los hurones.

Antes de actuar, observaron al pequeño grupo y sus guías hurones durante varios días.

—Mira —susurró Toussaint desde detrás de un árbol—. Hay cuatro. Elige el que más te guste. Lo atraparemos cuando se aparte para atender la llamada de la naturaleza.

Duquet escrutó a los cuatro sacerdotes. Uno parecía más rápido y brioso que los otros. Era el primero en levantarse, encender el fuego con la alta tecnología de un espejo ustorio si lucía el sol, el que liaba y desliaba los bártulos con más presteza, y el que menos tiempo dedicaba a las oraciones. Cuando el misionero se adentró entre las sombras y se levantó el hábito para hacer sus necesidades, se abalanzaron sobre él como salvajes. Toussaint le tapó la boca con una mordaza de cuero; Fernand le ató las manos a la espalda, y Duquet, a empujones, lo obligó a encaminarse hacia su campamento a través del bosque.

—¡Sois franceses! —exclamó el sacerdote cuando Duquet lo desamordazó—. Pensaba que erais indios. ¿Por qué me habéis apartado de mis hermanos? Vamos al territorio de los hurones.

Duquet explicó que los hurones podían esperar. Père Naufragé se quedaría con ellos hasta que Duquet aprendiera a leer y escribir. Le aseguraron que lo tratarían bien y le aconsejaron que no intentara escapar. «Porque si lo atrapan los iroqueses, se convertirá en mártir.»

El hombre afirmó que su mayor deseo era convertirse en mártir, mayor que enseñar a analfabetos los rudimentos del abecedario.

—Mis amigos me esperan. Os lo advierto: pagaréis muy caro este ultraje.

Duquet describió las diversas oportunidades de que dispondría el jesuita para convertir a salvajes en su viaje por el territorio recolectando pieles.

—Lo que pides ni siquiera es posible. Mis libros doctrinales se han quedado con mis compañeros de viaje. —El jesuita desplegó una sonrisa triunfal.

—Eso no es problema —aseguró Fernand. Abrió su zurrón y revolvió en el interior. Con una sonrisa vengativa, sacó un libro ajado y lo plantó ante père Naufragé—. *Icitte!* He aquí su libro doctrinal: *Les quatrains de Pibrac*. Me lo regaló mi madre y nunca me he separado de él. «Primero honrarás a Dios, luego a tu padre y a tu madre: *Dieu tout premier, puis père et mère honore*» —citó textualmente—. En el Pibrac se puede encontrar todo lo que hay en el mundo.

—Bien sabe Dios que será usted más útil en nuestra compañía que con un millar de hurones.

Père Naufragé, acostumbrado como estaba a la obediencia, accedió con un gesto de asentimiento, pero insistió en mantener sus devociones diarias, una misa semanal y un tiempo reservado a la discusión sobre un tema teológico de su elección.

El rostro del sacerdote semejaba un espadín: fino y afilado. Su piel aceitunada se tensaba sobre los prominentes pómulos y su pelo trasquilado era tan negro como el de cualquier español. «Vaya», pensó Duquet, «este hombre parece moro.» Pero era al sonreír —cosa que no hizo hasta el tercer día después de su captura— cuando su rostro cambiaba por completo. Tenía la boca muy ancha y la cara parecía separarse en dos partes inconexas. Y sus dientes puntiagudos («*mon Dieu*», pensó Duquet, mascullando para sí, «hay que ver la de dientes que tiene») resplandecían con una blancura antinatural.

En cuanto a las lecciones, Duquet aprendió deprisa. Garabateó las letras y los números —la aritmética enseguida pasó a formar parte del programa de estudios— en centenares de trozos de corteza de abedul. Después de tantos años de boga, tenía las manos muy musculadas y le costaba moverlas para formar letras elegantes, así que su caligrafía era tosca. Daba igual: era legible.

El sacerdote se integró bien en el pequeño grupo e hizo la vista gorda al trueque de whisky y a la inquietante codicia de su alumno. Estaba fascinado por cómo Duquet asimilaba la información, ya que parecía recordarlo todo, retazos de alemán, griego, latín e inglés, todo lo que el sacerdote pronunciaba, incluso las oraciones. Al final del primer año, Pibrac se retiró de nuevo al zurrón de Fernand, porque presentaba signos de desgaste, pero Duquet había memorizado el contenido y tenía un cuarteto para cada posible situación de la vida..., eso en el supuesto de que hubiese querido citar ripios. Pero prefería despreciar a Pibrac.

Dos años más tarde, a principios de la primavera, père Naufragé, ahora vestido de leñador porque el hábito se le había hecho jirones entre la maleza, los abandonó de mala gana.

—Pero ya es hora de que se marche —dijo Duquet con una sonrisa paciente—. Como dice Pibrac: «Es Dios quien dirige los pasos del hombre». Le llevaremos con los hurones, porque yo debo viajar a Francia por un asunto de negocios.

—Un año más de estudio, y habrías adquirido, creo, un notable dominio del latín, la lengua más importante para el hombre de negocios en que te propones convertirte.

Pero Duquet se limitó a contraer los labios; sus pensamientos discurrían en otra dirección.

Tras seis días de viaje bordeando campos y bosques en llamas, llegaron al linde del bosque que circundaba la misión establecida en territorio hurón. Fernand, tosiendo, dijo:

—Siempre que vengo a territorio hurón, está todo incendiado.

Duquet se mantuvo aparte mientras los Trépagny abrazaban al sacerdote y le deseaban suerte. Lo observaron encaminarse hacia el claro y desaparecer entre el humo.

todo el mundo desea ir a China

Duquet no podía concentrarse en las pieles. Una y otra vez analizaba los complejos problemas en torno al comercio maderero. En primer lugar, los árboles: los mejores no siempre crecían cerca de los embarcaderos de los ríos. ¿Y quién compraría troncos sin tratar cuando todo el mundo podía cortar tanta madera como necesitara? Los tablones ya serrados, listos para los trabajos de carpintería..., ése era el camino. Era esencial disponer de un aserradero con energía hidráulica o de un foso de aserrar con herramientas y hombres.

Empezó a fijarse en los objetos de madera: todo en el mundo estaba hecho con ella. Y allí, a su alrededor, tenía madera en abundancia, en cantidades inagotables, y de primera calidad. ¿Sería posible convencer a la Armada Real francesa de que comprara madera de Nueva Francia? Inglaterra, lo sabía, estaba muy necesitada de suministros navales, porque la interminable guerra había entorpecido su intenso comercio con la zona báltica. Aunque Inglaterra era el enemigo, podría reportar grandes beneficios comerciar con ella, quizá a través de un tercero. ¿Y España y Portugal? Empezó a sopesar las posibilidades.

Hablaba solo, porque a los Trépany no les interesaba el tema.

«¿Qué árboles son los más deseados? El roble, por supuesto, pero los robles crecen muy dispersos y aparentemente sólo en determinados sitios. Ignoro por qué no está más extendido, como el pino y la píceo.» ¿Podría servirles la madera de pino a los constructores navales ingleses? ¿O la de tsuga? ¿O la de haya? ¿Cómo podría transportar esos árboles destinados a

mástiles desde el bosque hasta un buque? De hecho, necesitaba un buque y un capitán si pretendía entregar productos de madera en un país tan lejano como Francia.

Al pensar en maderas poco comunes, su mente saltó de nuevo al comercio de pieles, su oficio más inmediato. ¿Por qué había de limitarse a los castores como hacía todo el mundo? Debía de existir gente que deseaba otras clases de pieles, tales como el visón, el armiño, la nutria, la almizclera, el zorro, el lince manchado y la marta cibelina. Se planteó dedicar una temporada a recolectar esas otras pieles de lujo, y luego viajar a Francia con un cargamento de pieles poco comunes. Poniéndose en el acto manos a la obra, decidió ser su propio intermediario y empezó a presionar a los indios para que le consiguieran todo tipo de pieles. La última noche que pasó con los Trépagny, mientras, sentados junto a la fogata, bebían el áspero whisky destinado a los indios (mezclado con chile del Caribe muy picante para demostrar su fortaleza), declaró que, durante su estancia en Francia, se buscaría una esposa y la pondría a trabajar en la tarea de traer niños al mundo. Los hermanos Trépagny, en su francachela de despedida, comentaron en broma que, ya puestos, les llevara mujeres también a ellos.

Duquet embarcó con destino a Francia en un buque bajo el mando del capitán Honoré Deyon, un hombre canoso y curtido, con un chancro sifilítico en el labio superior. Cuando el capitán lo invitó a cenar, Duquet aprovechó la ocasión y le preguntó cómo podía embarcarse rumbo a China.

—Sé de navíos europeos que viajan hasta allí —respondió. El capitán Deyon se rozó el chancro con el nudillo del dedo índice de la mano derecha y dejó escapar un profundo suspiro—. Todo el mundo quiere ir a China. Según dicen, caballero, es un país inmensamente rico, con innumerables objetos interesantes y hermosos. En el viaje de regreso, uno puede hacer escala en las islas y comprar el mejor café. Y se sabe que las ganancias derivadas del té y la seda son enormes, y también las del café, diría yo. Pero comerciar en China no es fácil. Para obtener licencia, hay que formar parte de una delegación oficial, además de prever magníficos regalos para el emperador y los numerosos funcionarios. Todos ellos se consideran con derecho a esos

regalos, y muchos más. Y no están muy interesados en las mercancías occidentales, aparte de la plata. Afirman que ya tienen todo lo que necesitan o desean en su propio país. Ignoro con qué género trata usted, pero un comerciante solitario, si eso es lo que usted es, difícilmente podrá hacer negocios allí. Es demasiado complicado.

—Me dedico a las pieles de calidad —contestó Duquet—. Pero, aun si yo no pudiera llegar a China, ¿cómo es que otros sí pueden? ¿Quién comercia allí? ¿Quién manda barcos a China?

—Los portugueses fueron los primeros. Ahora Holanda, Inglaterra e incluso Francia..., todos intentan promover el comercio con Oriente. Pero los holandeses son los que viajan hasta allí con regularidad. La Vereenigde Oost-Indische Compagnie, la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, la mayor empresa del mundo, lo controla todo. Tal vez encuentre a un capitán comprensivo que lo acepte a bordo. Según he oído decir, hay unos cuantos capitanes comerciantes independientes que no están sujetos a esa compañía. Ésos son los hombres a quienes yo acudiría. Pero no conozco a ninguno.

Apuró el vaso de ron de un trago y se tocó delicadamente la llaga del labio con la larga uña del meñique.

—Y dudo que hable usted chino —añadió.

—Muy poco —contestó Duquet. Aprendería las palabras más importantes en cuanto las oyera.

En La Rochelle, asaltaron a Duquet desagradables sensaciones. Los viejos olores de la pobreza casi lo impulsaron a encogerse y moverse furtivamente arrimado a las paredes como hacía en su infancia. Su niñez se había visto marcada por el hambre atroz y los sabañones. De su padre recordaba las palizas y los juramentos y, al final, un par de piernas que se alejaban.

Le escocían los ojos a causa del humo que flotaba en las calles mugrientas, y se acordó de los ríos transparentes de Kébec, del aire del bosque, y gracias a esas evocaciones depuradoras se recompuso. Aun así, lo abochornaba que, por su indumentaria y su persona, se lo considerara un rústico palurdo en las calles de Francia.

En Nueva Francia, los hermanos Trépagny y él eran diestros en el manejo de las hachas de guerra, pero no había hachas en las calles de La Rochelle. Fue a la armería y adquirió una espada valona, versátil, flexible. Veía muchas en las calles. Era una espada de caballero. Un día, juró para sus adentros, encargaría elegantes prendas y una peluca grande y vistosa.

En la zona entre la rue des Petits-Bacs y la rue Admyrauld, donde los comerciantes se congregaban a diario, habló con un cetrino mercader lanero a quien le temblaban las manos grasientas. Cuando Duquet mencionó China de pasada, el mercader contó que su primo, en otro tiempo marinero, había servido tres años en un barco holandés durante un viaje desde Hoorn hasta Guangzhou, lo que los ingleses llamaban Cantón.

—Dijo que fue una travesía muy larga hasta un lugar horrendo. —El mercader devolvió a Duquet la botella de coñac—. Allí huele muy mal. ¿Y la comida? *Affreuse!* Como no se permite la entrada de extranjeros en la ciudad, se los aísla en un barrio horrible para extranjeros. En sus oraciones pedía a Dios que no se demorara el regreso a casa. Y despreciaron los caballos que habían llevado en el barco, porque el capitán había oído decir que los chinos sentían gran devoción por esos animales. Pero, una vez en Cantón, el intermediario los informó de que China conseguía sus caballos en el norte. Así que el viaje fue en vano. Y durante el regreso el capitán, enfurecido, echó al mar a todos aquellos espantosos caballos sin valor. Los vieron nadar tras el barco durante mucho tiempo.

—Uf, qué horror —dijo Duquet, planeando al instante un viaje a Ámsterdam o a Hoorn. ¿Cuántas veces le había dicho Forgeron que los hombres de los Países Bajos tenían talento para los negocios?

—Ni se acerque a los barcos de la Compañía de las Indias Orientales. Están sometidos a normas muy severas, y los capitanes se comprometen a cumplirlas con juramentos de sangre. Es una compañía horrenda y avariciosa, que no permitió competencia alguna durante muchos años. Sus barcos eran los únicos que estaban autorizados a cruzar el terrible estrecho de Magallanes.

Ahora que se ha descubierto la ruta del cabo de Hornos, el control se les ha escapado de las manos, pero las animadversiones de antaño perduran. Debe elegir al capitán con cuidado.

el capitán de barco holandés

Todos los capitanes de barco a los que se dirigió, sin excepción, se mostraron sumamente recelosos, ya que las rutas de comercio y los contactos en ultramar se hallaban bajo la amenaza permanente del espionaje, y Duquet fue identificado de inmediato y repetidas veces como espía francés. Sólo después de ofrecer detalladas descripciones de los bosques de Kébec y los rigores del comercio de pieles —y enseñar rápidamente la piel de marta cibelina que había empezado a llevar consigo como prueba de su identidad—, podía demostrar su inocencia y su desinterés en cuanto a los secretos de las rutas comerciales.

En La Roca y el Arrecife, una taberna de marineros situada en la zona portuaria, reparó en un grupo de hombres afables que parecían capitanes de barco. Hablaban en una mezcla de idiomas, sobre todo alemán, francés, portugués, flamenco y holandés, y en apariencia estaban apostando. Uno, a quien oyó que llamaban capitán Verdwijnen, un individuo de tez clara, nariz grande, cicatriz en la mejilla, rizos trigueños asomándole por debajo de la peluca mal ajustada, le llamó especialmente la atención por sus incesantes ademanes y el optimismo que destilaba. Duquet se acercó más al grupo, hasta hallarse casi entre ellos y captar palabras que entendía a medias de aquella conversación babélica. Al cabo de largo rato, Verdwijnen se disculpó ante los presentes y dijo que tenía que volver a su barco. Duquet salió tras él a la calle oscura. De repente el capitán se volvió y blandió una daga ante Duquet.

—¡Ladrón! —vociferó en medio de la noche—. ¡Socorro! ¡Robo! ¡Atraco! ¡Asesinato!

—Capitán Verdwijnen —dijo Duquet—, no soy un ladrón. Soy un amigo, soy un comerciante de pieles de Nueva Francia que quiere pedirle un favor.

Agachó la cabeza y lo saludó con una torpe genuflexión. Se presentó como un hombre de negocios emprendedor. Pasó a ser el Duquet persuasivo de voz melosa, habló y habló, explicando y apaciguando, abriendo su hatillo de pieles, que llevaba al hombro como un buhonero. Aseguró que podía pagar el pasaje: había realizado una buena venta de pieles en Montreal, reservando las mejores para comerciar en Oriente. Además, entregaría al capitán cajas de la mejor *jenever* de Schiedam para el viaje, la ginebra de destilación especial con una etiqueta verde en la que aparecía un enorme ojo amarillo, el ojo de un león furioso, muy superior al matarratas que el capitán había bebido en La Roca y el Arrecife. Precisamente llevaba una botella en el bolsillo de la casaca, y se abrió la pechera para enseñar el ojo lúteo. El capitán se relajó un poco y dijo a Duquet que lo acompañara hasta su barco, el *Steenarend*, el *Águila Dorada*, donde podrían hablar más cómodamente. Duquet se sorprendió al ver que era una fragata de tres mástiles y velas cuadradas, armada, con capacidad para más de cien hombres, y tenía el puente pintado de rojo para disimular las manchas de sangre.

—Hay muchos piratas en el mar de la China Meridional —explicó el capitán Verdwijnen. Duquet lo había visto beber incontables vasos de *jenever* en la taberna de marineros, pero el hombre hablaba con claridad y firmeza.

El capitán dijo que de hecho recelaba de los extranjeros, sobre todo de los franceses e ingleses, que en su mayoría eran espías, y que se arriesgaba a perder su medio de vida si llevaba a Duquet a bordo y el propietario alemán del navío se enteraba, y sin duda se enteraría. Lanzó una mirada intensa a Duquet y apretó los puños.

—Lo que usted me pide es una falta grave. No puedo hacerlo. Vamos, caballero, si nunca se ha hecho nada semejante. Y nunca debería hacerse. *Nooit*: jamás. —Contrajo el rostro en una extraordinaria sucesión de muecas y ceños.

Duquet habló con humildad:

—Mi único interés es conseguir un mercado para mis pieles. Y soy muy consciente, mi querido capitán, del honor que me concede con tan sólo permitirme hablar con usted. —Curvó los labios, guiñó un ojo. Sonrió, se

abrió la casaca y extrajo la botella, que descorchó y entregó al capitán—. Tal vez podamos seguir hablando —dijo en voz baja—, si no me considera una persona totalmente aborrecible. —Había previsto que el capitán se prestara a ofrecer mucho a cambio de una copita, más o menos como los indios del norte.

El camarote del capitán era espacioso, y las ventanas traseras ofrecían una vista vertiginosa del puerto. Había una única silla ante la mesa de caoba cubierta de cartas de navegación. El capitán indicó a Duquet que se sentara en un pequeño banco lateral sujeto al suelo; debajo yacía un enorme mastín que gruñó a Duquet. El capitán se sentó en su silla, provisto ahora de un vaso a rebosar de aquella excelente *jenever*. Señaló el vaso con el mentón.

—Buena. Verá: los holandeses, si no bebemos, morimos. —Eché un trago—. O eso dicen.

Duquet abrió el hatillo y dispuso varias pieles sobre las cartas. El perro miró las pieles con interés.

—Desde luego, siempre estoy dispuesto a comprar pieles para llevar a Ámsterdam —dijo el capitán.

—Lo tendré en cuenta, pero, según la información de que dispongo, en China puedo conseguir mucho dinero por ellas. Y deseo establecer allí un contacto comercial.

El capitán Outger Verdwijnen entornó los ojos. Quizá Duquet entendía más de negocios de lo que aparentaba. O Duquet podía ser realmente un espía, con malas intenciones. Pero después de beber concienzudamente durante una hora, el capitán conocía ya un poco mejor a Duquet, y abandonó las sospechas de espionaje; cuando supo que su invitado enviaría a bordo diez cajas de botellas con la etiqueta verde y dorada, dijo a Duquet que podía embarcarse.

—Zarpamos dentro de dos semanas. Ya es abril, tarde para iniciar la travesía. Debemos aprovechar los monzones del sudoeste, que impulsan los navíos hacia la India y China entre junio y septiembre, así que prepárese y preséntese aquí el día acordado. Le enseñaré su camarote, que compartirá con Mijnheer Toppunt —dijo, y condujo a Duquet a un cubículo deplorablemente reducido y hediondo, pese a que disponía de una escotilla. Su litera era un tablón ancho. En la otra vio mantas grises enrolladas y un gran petate de cuero. En el suelo, como si lo hubiesen tirado allí, había unas botas de agua y unos gruesos guantes, y eso constituía la presencia de Mijnheer Toppunt.

Al día siguiente, en tierra, Duquet encargó que se entregaran en el barco tres docenas de botellas de ginebra con la etiqueta verde. En el almacén del proveedor de buques se equipó con una hamaca, ropa recia y áspera y una capa encerada para protegerse de la lluvia, un libro de registro, plumas y tinta, una lupa cara y una bolsa de azúcar moreno.

Una semana antes de zarpar, el capitán Verdwijnen lo llamó.

—Monsieur Duquet —dijo—. Voy a la cafetería a contratar mi seguro. Como se propone usted dedicarse a los negocios, quizá le gustaría acompañarme para establecer valiosos contactos.

A Duquet sin duda le gustó la idea. Vaya golpe de suerte.

Después de una caminata de veinte minutos, llegaron a la cafetería y entraron en un amplio salón donde había varios hombres sentados a las mesas con papeles y libros de contabilidad ante ellos. Algunos escribían desenfadadamente; otros charlaban, echando el rostro al frente. Al fondo del salón, cinco hombres con peluca se reían mientras un sexto leía una carta. Cerca de la entrada, una mujer repartía tazones de una bebida caliente a los camareros, y el capitán Verdwijnen pidió dos cafés —«*deux cafés*»— y condujo a Duquet a la mesa del fondo, ocupada por los hombres que se reían: los agentes de seguros navales. Cuando se acercaron, las risas se apagaron y seis semblantes serios y atentos se volvieron hacia ellos.

—Ah, capitán Verdwijnen. Ha venido para contratar el seguro, ¿verdad? ¿No será el caballero que lo acompaña el dueño del buque?

El capitán Verdwijnen respondió con una desapacible risotada.

—No, no, no es el dueño del barco; es monsieur Duquet, un caballero de Nueva Francia que se dedica a la exportación de madera. En estos momentos transporta pieles. He pensado que quizá desearía conocerlos a ustedes, caballeros, para futuras consultas.

El camarero sirvió el café. Duquet miró con recelo aquel siniestro líquido negro. El espantoso brebaje quemaba y tenía un sabor amargo, pero se lo bebió. Al cabo de un cuarto de hora, sintió que las ideas se agolpaban en su cabeza: con los sentidos avivados, memorizó los rostros que tenía ante sí.

Cuando echó un vistazo alrededor, vio a un hombre de unos treinta y cinco años. Su cara parecía hecha de un material semejante a la carne que, una vez moldeado, permanecía fijo e inmóvil. Dos ojos diminutos de obsidiana

contemplaban el mundo como si calibraran a un rival. Tenía la boca contraída, sin el menor amago de sonrisa, y sus labios traslucían una naturaleza mezquina. Transmitía una imagen calculadora y recelosa que los dedos colmados de anillos y las exuberantes mangas de color carmesí no lograban atenuar.

El hombre apartó la mirada de sus sumas en tinta negra y la fijó en Duquet. En el espacio que los separaba, el aire se estremeció a causa de una descarga de antipatía mutua.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Duquet al capitán en un susurro, pronunciando las palabras discretamente.

—Es de Lübeck, creo, y comercia con cera y minerales metalíferos aquí y en Brujas. ¡Qué manera de mirar! Da la impresión de que lo conoce a usted.

—A mí ni me conoce ni me conocerá nunca —afirmó Duquet, pero la expresión tensa y rígida de los ojos de aquel hombre indicaba que conocía de sobra a las personas como Duquet; era la expresión de un depredador que encontraba a otro de su especie husmeando en su territorio.

el Steenarend

La tripulación del barco era políglota: española, francesa, flamenca, griega, alemana, genovesa; había también jóvenes del archipiélago malayo, de las Canarias, de la isla de los Perros. A Duquet le parecían peligrosos, muy distintos de los *voyageurs* toscos y campechanos que había conocido en Nueva Francia.

El capitán Outger Verdwijnen no rendía cuentas a nadie y, en aquellos tiempos en que la posición precisa del barco se calculaba a ojo de buen cubero y siempre con el desasosiego de la simple conjetura, se distinguía por su pilotaje certero, que Duquet atribuía a su continuo estudio de las cartas náuticas y a las anotaciones que realizaba en ellas; sin embargo, según el capitán, las cartas no decían nada acerca de la posición longitudinal, siempre cambiante, de un navío, la pesadilla del comercio internacional. Pero Verdwijnen sí sabía reconocer la cálida y negra corriente de Kuroshio y a menudo, cuando se acercaba a su destino, se hallaba a menos de cuarenta millas del puerto deseado, margen por el que, en general, se lo consideraba un navegador experto.

La cordialidad del capitán se esfumó tan pronto como puso los pies a bordo del *Gulden Steenarend*, aunque por las noches, ante un vaso de aquella *jenever* en cuya etiqueta aparecía un ojo amarillo, mantenía un trato afable con Duquet. Tenía una conversación animada, siempre en torno a buques y sus cargamentos, a sus cortas vidas y al mito de los barcos centenarios, a los piratas y las grandes tempestades en mar abierto. Calificaba de traicionero el

estrecho de la Sonda y de enloquecedoras las zonas de calmas ecuatoriales; sostenía que la corriente de Guinea era una trampa, y decía que verse atrapado por los vientos alisios surorientales condenaba un viaje al fracaso.

Cuando se adentraron en el denso mar, Duquet advirtió que siempre había tres o cuatro barcos a la vista. Al comentarlo, el capitán Verdwijnen, sabiendo obviamente de lo que hablaba, respondió: «Mis amigos..., *vrienden*», sonrió y se encogió de hombros.

El barco apestaba a pesar de que el capitán Verdwijnen se enorgullecía de los mingitorios y los cuartos escusados para los oficiales con sus desagües al mar. La tripulación se encaramaba a unos asientos agujereados dispuestos en hilera en el bauprés, maldiciendo cuando las olas gélidas les enjuagaban el trasero, en carne viva por el salitre.

—Aprendimos de los portugueses que ésta es la manera de evitar lo que ellos llaman *bicho do cu*, una dolorosa infección anal que provoca tal escozor y picor que antiguamente los marineros enloquecían por semejante martirio — explicó el capitán.

Duquet consideraba que los oficiales tenían muy mal aspecto en comparación con los tripulantes más jóvenes, pero cuando lo comentó, el capitán Verdwijnen se echó a reír y contestó que las apariencias engañaban, que si bien la mayor parte de los miembros de la tripulación parecían fuertes, sufrían enfermedades venéreas y diversas formas de demencia y eran estúpidos como pingüinos. Los oficiales, en cambio, no eran atractivos, pero a su manera todos ellos eran aptos y avezados en alguna tarea útil.

El compañero de camarote de Duquet, François Toppunt, tenía la cara picada de viruela, y al ver sus brazos flacos y su rostro descarnado, uno presuponía que era débil, idea que quedaba descartada en cuanto se ponía de manifiesto su agilidad. La elegancia de su indumentaria contrastaba con el aspecto desastrado de los tripulantes, que vestían calzones rojos cubiertos de pelusilla y manchados de brea, muy cortos y holgados, y gorros tejidos por ellos mismos. Era elástico como un maestro de danza y poseía un don para la toma de decisiones rápidas e inmediatas. Creía que había nacido en Borgoña y que de niño lo habían trasladado a Ámsterdam. Cuando sus padres murieron a causa de la peste, lo adoptaron el relojero Willem Toppunt y su esposa estéril.

Existían similitudes entre ambos hombres. Los dos se movían a gran velocidad, tanto física como mentalmente; los dos eran capaces de conversar en francés, cosa que les complacía, aunque Toppunt utilizaba ese idioma de modo un tanto pedestre como consecuencia de un largo abandono y porque intercalaba frases y palabras en holandés. Toppunt era muy aficionado al gran pasatiempo de los marinos: coleccionar ejemplares poco comunes del mundo natural. Dijo a Duquet que en la vitrina de curiosidades de su casa tenía unos quelíceros de araña y un ave del paraíso disecada, ese extraño *vogel* nacido sin pies. Después le contó que al mastín del capitán le gustaba subirse a los aparejos, desde donde ladraba para advertir de la presencia de piratas.

Escasos días después de embarcar, Duquet confió a François Toppunt que quería encargarse de ropa nueva y una peluca para disponer de ellas cuando regresara de China.

—Tendrás que pagar por adelantado —contestó Toppunt—, pero conozco a un buen sastre en París y en la misma calle hay varios peluqueros. Aún faltan cinco días para zarpar. Convenzamos al capitán de que nos conceda permiso, vayamos en coche a París y visitemos esos dignos establecimientos, porque también a mí me gustaría tener una peluca para las ocasiones especiales.

Con el traqueteo del coche a Duquet casi se le licuó el hígado, de modo que cuando las circunstancias lo permitían optaba por apearse y correr junto al carruaje. En París encontraron una posada cerca de la calle de los peluqueros y los sastres.

El día siguiente amaneció azul y tonificante, uno de esos días en que el viento se llevaba los olores molestos. Era una mañana magnífica para pasear, y Duquet y Toppunt deambularon por las calles. Toppunt señaló una cafetería muy frecuentada. Entraron, y Duquet decidió arriesgarse a probar otra vez el café. Toppunt chasqueó los labios tras tomar un sorbo de chocolate azucarado y declaró que era delicioso. Pese a que el café sabía a alquitrán, Duquet se sintió de nuevo lúcido y cargado de energía. Toppunt comentó que ésa era una de las muchas virtudes de aquel líquido oscuro.

—También va bien para ciertas dolencias —aseguró el camarero, un hombre canoso, interviniendo en la conversación—. Es la bebida preferida de los comerciantes y los hombres de negocios, porque les permite hacer grandes sumas mentalmente y trabajar muchas horas.

En la sastrería, Duquet eligió terciopelo azul para la casaca y aceptó la idea de encargarse unos calzones cortados al bies. El obsequioso sastre les recomendó un excelente paño inglés, y le señaló que esa tela gozaba de gran aceptación, pero Duquet prefirió un satén azul a rayas. En cambio, no pudo resistirse a su sugerencia de visitar al zapatero del taller contiguo para adquirir un par de delicados zapatos de puntera redondeada que empezaban a estar en boga.

El peluquero, a quien le temblaban las manos por alguna afección semejante a las fiebres palúdicas o por un exceso de café, aconsejó el último grito en moda: pelucas más pequeñas y con menos volumen en lo alto, además de unas «alas de paloma» ondeando por encima de las sienes, en lugar de las grandes pelucas que tenían en mente los dos hombres. Insistió en que eran más cómodas y llevables. Toppunt accedió, pero Duquet, con una idea muy clara de cuál debía ser el aspecto de un hombre acaudalado, insistió en la voluminosa y cara peluca con una masa de rizos y bucles.

—Claro que las tendrán listas cuando vuelvan —aseguró el hombre—, pero sólo si pagan ahora, ya que los naufragios, la piratería, la peste y el escorbuto no son desgracias ajenas a aquellos que viajan al Lejano Oriente. Si ustedes perecen, sus supervivientes pueden venir a reclamar el pelo.

El viaje de regreso a La Rochelle fue aún más desagradable: uno de los caballos del coche cayó muerto por el camino y después, en un giro brusco, se partió el eje. Alquilaron caballos ensillados y así viajaron más cómodamente, pero llegaron al barco sólo unas horas antes de zarpar. El capitán Verdwijnen estaba de un humor de perros y acusó a Toppunt de descuidar sus obligaciones.

—Caballero, esto pesará en su contra —avisó—. Pronto se enterará de las consecuencias de mi descontento.

Duquet ignoraba cuál sería el castigo de Toppunt, pero advirtió que el capitán siempre encontraba defectos en todo lo que hacía el oficial.

Así pues, el navío partió, recorrió el Canal, dejó atrás primero Brest y luego Portugal, siguió hacia el oeste, muy mar adentro para esquivar la gran masa de África y las calmas ecuatoriales, descendió y descendió y atravesó una zona de vientos variables hasta que el capitán Verdwijnen afirmó que podía oler Brasil; allí viraron al sudeste, rumbo al cabo de Buena Esperanza, manteniéndose alejados de la corriente de las Agujas, y continuaron avanzando, siempre hacia el este, hasta alcanzar el monzón sudoccidental en la época idónea para que los impulsara hasta el traicionero estrecho de la Sonda y, de allí, hasta China.

Duquet no era muy aficionado al mar. Lo suyo eran los ríos, cauces de agua potentes y siempre cambiantes que lo retaban a uno a descifrar sus temperamentos lineales. Comparado con eso, el océano era un medio agotador hecho de olas que rompían y se hinchaban, a veces perdían su forma y se disgregaban en la mayor confusión. Soportaba las tempestades y las palpitantes olas con la esperanza de no ver una descomunal ola solitaria de las que describían los marinos, de no oír nunca el horrendo gemido de un ciclón.

El capitán Verdwijnen seguía una dieta espartana y comía a solas en su camarote a base de carne de cerdo cocida, cerveza, pan y queso. En la mesa de los oficiales, donde la comida a menudo se complementaba con delfín recién pescado o sopa de pulpo, las conversaciones de la cena se desarrollaban en diversos idiomas, y señalar el pan o el vino era más útil que pedirlos de viva voz. Duquet entendió por qué el capitán Verdwijnen había adquirido la costumbre de agitar los brazos y contraer el rostro en el lenguaje universal de los signos. El cocinero, Li Wen, era chino, y viajaba de regreso a su país, explicó el capitán Verdwijnen, después de pasar unos años estudiando en Ámsterdam.

—¿Qué estudiaba? —preguntó Duquet con repentino interés.

—Medicina holandesa, creo. Es un hombre de cierta importancia en China, pero tan austero que se costea el pasaje trabajando de cocinero.

—¿Es médico, pues?

—En este viaje es cirujano, especialista en heridas en la cabeza. Y es el cocinero.

—Pero, al margen de este viaje, ¿es médico en China?

—Es forense.

—¿Forense? ¿Y eso qué es?

—Es un médico cuyos conocimientos le permiten interpretar los signos de la muerte y examinar cadáveres para saber si han sido víctimas del juego sucio o han muerto por causas naturales. Prefiero que me atienda él a cualquier médico de barco, un colectivo propenso a la bebida y las artimañas. La profesión de forense es trascendental en China, donde las envidias y las rivalidades son comparables a las de la corte francesa. Y donde se pueden comprar venenos en numerosas tiendas.

Duquet abordó al forense y, en su holandés macarrónico, le dijo que quería aprender al menos unas cuantas frases de la lengua china. Le mostró una moneda, pero Li Wen se quedó horrorizado. Protestó en un francés fluido:

—Imposible. El Gobierno chino no autoriza a los extranjeros a aprender chino. Prohibido.

A continuación, Li Wen le recitó a Duquet poemas chinos, los tradujo y se los explicó. No había, dijo, ninguna ley contra declamar poesía china. Duquet enseguida se vio a sí mismo como el poderoso animal del poema de Zhang Ji sobre un tigre que rondaba por las montañas boscosas, tan temible que toda una aldea se quedó inmóvil, con la mirada fija en sus huellas. También él, pensó Duquet, reclamaría bosques enteros.

Una noche, mientras tomaban su copa de sobremesa, el capitán Verdwijnen dirigió una mirada pícaro a Duquet y le dijo que en Guangzhou podría encargarse una dentadura de marfil labrado que encajara en sus mandíbulas y le diera el aspecto de un apuesto bribón. Podría confeccionársela el mismo tallista que modelaba consoladores para las esposas de los marinos. El tallista, añadió, salía caro, pero merecía la pena. Alzando las manos como si acabara de caer en la cuenta, añadió que el hombre de negocios que tenía asignado como comerciante por la *Hong* podía organizarlo y probablemente se interesaría en las pieles de Duquet. Acarició una piel de lince especialmente exquisita que Duquet le había llevado a su camarote.

—Tenía previsto que fuera un obsequio para el emperador de China, pero se la regalo a usted. —Duquet la plantó en las manos del capitán Verdwijnen, y añadió que quizá su esposa la querría como acompañamiento del utensilio de marfil.

—Ja, ja —rió el capitán Verdwijnen mientras descorchaba otra botella de *jenever* con los dientes—. Tanto da. Nunca se ha concedido audiencia a un extranjero con el emperador de China.

Cuando el mes de octubre se acercaba a su fin, el *Gulden Steenarend* y los barcos que lo acompañaban entraron en el mar de China. Habían disfrutado de un tiempo anormalmente bueno ante la costa occidental de África, pero de pronto los monzones empezaron a amainar y soplar de manera irregular. Hicieron un breve alto en el cabo de Buena Esperanza, pero no se quedaron muchos días porque la Vereenigde Oost-Indische Compagnie tenía allí un puesto con hombres atentos a la presencia de emprendedores independientes. En la costa este, el viento era cada vez menos fiable. Cuatro días tempestuosos, con el cielo estremeciéndose y el mar ahogándose a sí mismo, dejaron a Duquet la impresión de una gran violencia, pero nadie compartió esa opinión. En dos ocasiones asomaron por el horizonte velas amenazadoras. El capitán Verdwijnen dijo que eran piratas, ya que por el catalejo había distinguido sus siniestras banderas. Duquet preguntó inocentemente cuándo se encaramaría a los aparejos el mástil que prevenía contra los piratas, y sólo cayó en la cuenta de que aquello era una broma al oír las risas ahogadas de la tripulación.

A partir de las conversaciones que sostenían en la mesa, Duquet se imaginó los mares del mundo salpicados de buques suspendidos de algún modo en la bruma, sin saber que otros navíos rondaban cerca. Esos navíos transportaban cargamentos de todo cuanto había en el mundo.

—¿Cuáles son los principales cargamentos? —preguntó Duquet una noche.

Los hombres empezaron a enumerar mercancías que habían visto en los barcos. Al principio hablaron a regañadientes, pero enseguida se adueñó de ellos un espíritu competitivo y comenzaron a interrumpirse animadamente unos

a otros: cestas de trufas, lana de camello..., dardos de madera de tejo, pólvora, cacatúas, plata de Potosí..., sí, plata extraída por hombres moribundos..., tabaco, almizcle, ocre y añil, nueces de Brasil, y no nos olvidemos de la rubia, el papel, la pimienta, la canela..., todas las especias nobles, percal, algodón, sedas teñidas, telas de Brabante, hachas vizcaínas, piñones de araucaria, caballos y elefantes, mordedores de coral, laca, lana, vellón, lino tejido, conchas de cauri para comprar esclavos, corteza de árbol molida..., balas de pelo de cabra..., barriles de syrah, bueyes, instrumentos musicales, instrumental médico, tijeras árabes, joyas, cañones y metales preciosos, grano, maíz y arroz, dominós de marfil, sal, té, zapatillas turcas con la puntera enroscada...

Muchos de los hombres habían servido en buques de la Vereenigde Oost-Indische Compagnie años antes, y a esas evocaciones de los viejos cargamentos las acompañaron recuerdos de comerciantes eminentes. La tripulación sostuvo que los médicos de los barcos eran comerciantes especialmente astutos.

—Ya sea en Buena Esperanza o en Batavia, los más sanos sacaban provecho.

—Hay de todo en el mundo si uno sabe dónde encontrarlo y cómo conseguirlo —sentenció Toppunt a la vez que agarraba el pan. Y los médicos lo sabían.

Pero la mayoría de estas anécdotas terminaban con la ufana declaración de que un médico no habría vivido lo suficiente para obtener verdaderos beneficios, sobre todo si se había dirigido a Batavia, donde la vida de un hombre blanco era breve. Sólo algún que otro europeo sobrevivía al ambiente fétido de ese puerto.

—También hay que decir que dedicaban mucho tiempo a atender a los enfermos, y a menudo contraían el mismo mal que intentaban curar.

Y así la conversación se desvió de los cargamentos a los peligros de Oriente.

jardín de deliciosa confusión

El capitán Verdwijnen explicó a Duquet el complejo sistema de comercio chino. Todos los suministros del barco debían comprarse a proveedores autorizados. Y para todo se requería una licencia.

—Los capitanes de barco tienen que tratar con mercaderes chinos autorizados, con traductores autorizados; para comerciar aquí, debemos pagar más de sesenta tasas distintas, soportar inspecciones de la carga. Además, todos los extranjeros deben permanecer en un barrio fabril especial y no pueden entrar en la ciudad.

Cuando llegaron a Guangzhou, Duquet contempló desde la cubierta la larguísima hilera de almacenes y depósitos que componían el barrio de los comerciantes extranjeros. Con las banderas de los distintos países comerciantes ondeando en ellos, aquello parecía una ciudad. Al desembarcar, se halló inmerso en el novedoso ambiente y el estridente bullicio de China.

Se instalaron en los edificios asignados, donde se alojaban también otros comerciantes holandeses. El capitán Verdwijnen reanudó su régimen de costumbre, incluyendo en él a Duquet. Por la mañana preparaba una cafetera: tostaba el café en grano en un cazo, lo molía en un molinillo, echaba el polvo en agua hirviendo, contaba hasta cincuenta y lo dejaba reposar.

El capitán tenía además otro vicio, adquirido en las cafeterías de Ámsterdam: el hábito de fumar en pipa. También en eso había cierto ritual. Sacaba el rollo de cuero en el que guardaba las hojas de tabaco. Seleccionaba la hoja idónea y la cortaba en trozos minúsculos. Cebaba la pipa. Encendía en la chimenea un trozo de papel enrollado y aspiraba una cantidad de humo, que

luego expulsaba lentamente a través de los labios cerrados con un sonido semejante al del viento del este. Por fin estaba preparado para la actividad comercial del día, que consistió en coger dos pesadas carteras y llevar a Duquet a ver a Wuqua, el mercader de la *Hong* asignado como contacto.

Wuqua era un hombre ricamente ataviado, de tez amarillenta, parecida a la mantequilla recién hecha, y bigote negro arabesco. El traductor oficial se sentó entre el capitán Verdwijnen y Wuqua. Duquet observó regatear a los dos hombres, auxiliados por las fluidas palabras del intérprete, primero en mandarín, después en holandés. El capitán deseaba determinadas clases de té, sedas de diversos colores y porcelana pintada con escenas de jardín; deseaba cajas de laca; deseaba plantas poco comunes que no exigieran grandes cuidados, ya que el viaje de regreso era largo. Wuqua propuso té procedentes de un sinfín de emplazamientos remotos, té en hojas enrolladas, en cajas, en bloques compactos; enumeró cantidades y precios tentadores. El capitán Verdwijnen alzó las manos y se echó atrás en la silla como si le hubiesen pegado un tiro. Jadeando, con la mano en el corazón, se quejó de los exorbitantes precios. Abrió una de las pesadas carteras. En la oscuridad interior brillaron unos lingotes de plata. Contraatacó con una oferta. Ahora le correspondía a Wuqua palidecer y agitar su abanico de marfil. Mencionó otras cifras, los mismos precios pero cantidades mayores de té de menor calidad, sedas de menos colores, cerámica pintada más modestamente y plantas bastante comunes. No se ponían de acuerdo. Los dos se mostraron inflexibles. Tras un largo silencio, Wuqua propuso que salieran al jardín.

El Jardín de Deliciosa Confusión tiró de algo dentro de Duquet como un niño tira de un juguete con un cordel. Duquet desconocía que existieran lugares como ése. Recorrieron lentamente un sendero cuyo pavimento era un mosaico de diminutos guijarros dispuestos en un dibujo que Wuqua describió como «flores de ciruelo sobre hielo resquebrajado». En cada recodo se presentaban a la vista insólitos arbustos floridos o puertas en forma de luna; apareció la Torre que Traspasa las Nubes y más allá una montaña de rocas del lago Tai dispuestas como en una tosca labor de encaje. Del risco más alto caía en un estanque una cascada de una anchura no mayor de tres dedos, creando pliegues

en la superficie. De camino a un pabellón que se llamaba Barca Pintada en Nieve de Primavera, pasaron entre hileras de melocotoneros; al final del recorrido se alzaban piedras negras como figuras amortajadas. Era el jardín de un mercader, y crecían en él un sinfín de peonías, símbolo de la riqueza, rojo carmín circundado de un sutil color rosa. En un puente en arco, Duquet se detuvo a contemplar el agua que corría sobre un lecho de gujarros.

—En Nueva Francia he visto muchas veces moverse el agua sobre las piedras, pero nunca me pareció nada especial. Esto, en cambio, es... distinto.

Wuqua inclinó la cabeza.

—Por supuesto que es distinto. En su bosque, los arroyos de aguas cristalinas son algo corriente. En un jardín urbano, en cambio, tienen un valor inestimable. Deseo que vean los dos enebros, arraigados sin duda en los albores del mundo, que son el secreto de este jardín. Están ocultos a las miradas de posibles curiosos.

Lo siguieron por los caminos periféricos y cruzaron un puente labrado en una gran roca. Cuando Duquet apartó la vista del lugar un tanto peligroso que pisaba, vio los antiquísimos enebros, deformados por soportar el peso de la nieve a lo largo de los siglos.

—Como ven —dijo Wuqua—, este jardín de reflexión y armonía, además de contener piedra, agua y plantas, encarna el elemento invisible del tiempo.

Le sorprendía que aquel rudo extranjero se solazara con la contemplación del jardín. Se daba cuenta de que Duquet no era un esteta, pero exudaba esa fuerza irresistible presente en los hombres de voluntad férrea o de gran riqueza. Duquet no veía el jardín en sí; en su imaginación, se lo representaba como si él se hallara suspendido a cierta altura y se viera a sí mismo recorrer sus senderos de mosaicos. Para él, su propia presencia en un sitio tan peculiar le confería a sí mismo una distinción especial. Y eso suscitaba en él una sensación indefinible.

En la orilla de un lago entraron en un pabellón. Un criado les sirvió té. Unas flores blancas despedían un perfume almizclado. La belleza pálida y líquida del jardín serenó a los negociadores. Duquet se fijó en cómo sostenían sus cuencos translúcidos, inhalaban el aroma, bebían a sorbos, suspiraban, volvían a beber. Los imitó.

Finalmente, Wuqua y el capitán Verdwijnen se levantaron, se saludaron con una reverencia, saludaron al traductor y a Duquet de la misma manera, y regresaron todos a la sala de comercio. Ahora los negociadores se trataban con cortesía, y la oferta de cada uno de ellos se presentaba como un obsequio, pero era rechazada por el otro con alocuciones floridas y artificiosas que parecían palabras de aceptación. Duquet, atento a todo, memorizó el procedimiento. Tenía la sensación de hallarse en un mundo de fantasía, pero poseía el don de adaptarse a circunstancias extrañas e incluso encontrar placer en ellas. A medida que hablaban, el aire tibio se espesaba. Al final, Wuqua se puso en pie, dirigió unas rápidas palabras al traductor y abandonó la sala. El capitán Verdwijnen explicó que todos, incluido el traductor, habían sido invitados a un banquete esa noche en una de las residencias privadas del mercader.

Ya en sus aposentos, Duquet y el capitán Verdwijnen se adecantaron y mudaron. Les quedaba por delante una hora de espera hasta que los criados de Wuqua fueran a recogerlos. Duquet sacó la ginebra.

—¿Ha conseguido un precio justo por las mercancías que quiere? — preguntó al capitán.

—¡Todavía no! ¡Todavía no! No hemos hecho más que empezar. Continuaremos mañana, y quizá al otro y al otro. La prisa es mala consejera. Aquí es necesario sopesar lenta y reflexivamente las pérdidas y las ganancias, el prestigio, el honor y muchas otras cuestiones.

Duquet envidió a ese capitán que tan hábilmente jugaba sus bazas.

El capitán Verdwijnen encendió su larga pipa de arcilla y expulsó una bocanada de humo.

—Se está preguntando cuándo le llegará el turno a sus pieles, ¿no? — preguntó, moviendo un pie.

—Pues sí —contestó Duquet—. Eso me pregunto.

—A su debido tiempo. No hay prisa. En todo caso, no podemos marcharnos hasta que llevemos a término nuestros negocios..., ya el año que viene, cuando soplen vientos propicios para nuestro regreso. Así que disfrute de su estancia aquí. ¿Qué le ha parecido el jardín?

—Ah, muy... muy... agradable.

—También a mí me gustan los jardines hermosos y los objetos *constich*.

Eso Duquet ya lo sabía, pues recordaba que el capitán Verdwijnen lo despertó una noche en pleno sueño —«¡Arriba! ¡Hay una vista extraordinaria! ¡Despierte!»— y lo instó a subir de inmediato a cubierta para contemplar un prodigio. Tambaleándose, en camión, descalzo y adormilado, se agarró a la barandilla y miró abajo. El agua que se rizaba ante la rauda proa del navío formaba una espuma de luminiscencia y en su estela el intenso resplandor señalaba su reciente paso.

—¡Mire! ¡Fíjese en eso! —exclamó el capitán Verdwijnen señalando el fósforo que impregnaba el agua y gesticulando. Junto al barco, los delfines en movimiento dejaban un rastro de chispas que se trenzaba y serpenteaba. Un marinero izó un balde de luz trémula. El capitán Verdwijnen hundió las manos en él y las levantó, las palmas relucientes y los dedos mojados al gotear el agua. Las crestas de las olas se incendiaron, se oscurecieron. El navío parecía surcar un mar en llamas. Duquet bostezó y dijo: «Extraordinario», y volvió a su manta.

Antes de subir a los palanquines el traductor dijo que Wuqua había reparado en el deleite que el jardín proporcionaba a los extranjeros, y que la invitación a cenar incluía un paseo por su jardín particular, llamado de las Libélulas Bermellón. Cuando llegaron y su anfitrión los guió bajo los susurrantes árboles, ya había anochecido. No había luna. El camino estaba iluminado por una luz lejana y trémula y por globos de papel con luciérnagas en su interior que proyectaban un resplandor verdoso. En cuanto a las libélulas, ya fueran de color bermellón, ámbar o azul, no se veía ni rastro. Pero Wuqua los tomó de la mano y los llevó a la oscuridad más profunda.

—Estamos al pie de un ejemplar de árbol de los cuarenta escudos, el más grande de la ciudad. Mi jardín formaba parte de un antiquísimo templo, y este árbol, un *yin-kuo*, era ya viejo por entonces; dicen que vivía antes de Buda. No se parece a ningún otro árbol. Se cree que es uno de los primeros del mundo. —En la oscuridad arrancó unas hojas y dio una a Duquet y otra al capitán Verdwijnen—. Deben venir en otro momento del día para ver las libélulas.

Wuqua los llevó a una sala delimitada por recargados biombos de madera tallada. Más de veinte farolillos proyectaban una luz radiante sobre los invitados y el vino titilaba en cuencos de plata. Duquet miró la hoja de *yinkuo* que tenía en la mano; se semejaba mucho a una hoja de culantrillo, helecho que había visto miles de veces en los bosques septentrionales. En el fondo de la estancia un grupo tocaba música al estilo de Sinkiang y un intérprete cantaba con voz aguda y ahogada. El traductor explicó que el plato principal de la cena, seguido de otros muchos, se llamaba «Buda salta la Muralla». Duquet lo encontró delicioso; el capitán Verdwijnen, por el contrario, añorando los arenques y el queso de cerdo, apenas lo probó, receloso.

En el camino de vuelta al barrio fabril, el capitán Verdwijnen dijo:

—Le apuesto lo que sea a que ese comistrajo, eso del salto de la muralla, le sentará mal, tal vez lo mate.

—Habrá valido la pena —afirmó Duquet.

Pasaron varias semanas hasta que Wuqua se dignó tomar en consideración el género ofrecido por Duquet. Parecía esperar de él un pedido de cerámica, té, objetos lacados y sedas. Parecía pensar que el hatillo de Duquet contenía plata. Por tanto, cuando Duquet sacó las lustrosas pieles, una por una, y las sacudió hasta que restallaron por efecto de la electricidad estática, el semblante de Wuqua, adiestrado para no delatar nunca sorpresa, delató sorpresa. Cogió una piel de zorro de las nieves y la acarició; examinó las pieles de visón y marta cibelina, el armiño blanco como el hielo y dos gruesas pieles de nutria marina. Al ver la piel negra y aterciopelada de contorno plateado, el lujo más deseable del mundo, Wuqua tomó aire con una sonora aspiración.

—Preciosas. Realmente preciosas. No solemos ver pieles de esta belleza y calidad. No obstante, los rusos nos traen pieles, así que aquí no nos son desconocidas. Y en Guangzhou en realidad hace demasiado calor para las pieles, pero en la corte y en el norte... ¿Cuánto quiere por ellas?

En lugar de la habitual lista de artículos de lujo, Duquet pidió un precio altísimo, en plata. Wuqua, fingiendo desmayarse, dejó caer la cabeza a un lado, pero mantuvo la mirada alerta, sus ojos brillantes entre los párpados

entornados. Se reanimó y ofreció una suma pequeña que complementaría con unas cuantas piezas de seda y una bala de té.

Duquet se echó al suelo y escenificó un arrebató en medio de gritos y risas espasmódicas de incredulidad. Ya mientras caía fue consciente de que se había excedido. Se irguió, convencido de que había perdido credibilidad en las negociaciones y de que podía dar por perdida la mañana, quizá el viaje entero. Se levantó muy despacio y, tras sentarse de nuevo en la silla, se quedó mirando a Wuqua.

El hombre de negocios esbozaba una expresión peculiar. ¿De asombro? ¿De desdén? Pero Wuqua movió la cabeza en un gesto de asentimiento que, pese a ser casi imperceptible, expresaba una suerte de calculada admiración, la aceptación del comportamiento de Duquet como artimaña tolerable e incluso admirable. El decoro se impuso de nuevo. El día avanzó, el regateo continuó. Regresaron al jardín a tomar un té y convinieron en reunirse al cabo de dos días. Después de un mes de regateo, Duquet aceptó una cuantiosa suma en plata por sus pieles. Había obtenido pingües beneficios.

—Si vuelve otro año —dijo Wuqua— con pieles de igual calidad y diversidad, quizá desate pasiones mayores. —El criado sirvió más té. Wuqua tomó un sorbo, miró a lo lejos y al cabo de un momento preguntó como si tal cosa—: ¿Y... esto lo encuentra en sus bosques de Nueva Francia? —Extrajo de la manga una raíz nudosa cuya forma semejaba vagamente un hombre jorobado con tres piernas.

Duquet había visto ya antes esa raíz, en manos de la mujer india que le había salvado la vida.

—Sí, tenemos de eso.

—Ah. Si me trae una buena cantidad de estas raíces, le pagaré tanto como por las pieles. Quizá más, según la calidad y la cantidad.

—Muy bien. Y también tengo maderas poco comunes para ebanistería —respondió Duquet, temblando por dentro, consciente de que se hallaba a un paso de un acuerdo extraordinariamente ventajoso.

—Las maderas poco comunes nos interesan, sobre todo el sándalo. Las maderas aromáticas se cotizan mucho.

De la noche a la mañana Duquet se había convertido en un hombre rico, y pensó que con uno o dos viajes más —si el capitán Verdwijnen estaba dispuesto a llevarlo— fundaría su empresa maderera. Mientras hablaban de maderas, se envalentonó hasta el punto de atreverse por fin a hacer una pregunta.

—Caballero, honorable Wuqua, como no se permite a los extranjeros abandonar el complejo fabril, me he quedado con la curiosidad de conocer los bosques chinos. Veo que en China los hombres crean jardines que parecen la esencia del bosque y la montaña en miniatura. Pero ¿cómo son los bosques reales? Creo que los bosques son eternos y nunca desaparecerán, porque se reabastecen. Sin embargo, he visto que en Francia han... menguado. Y he observado que, incluso en Nueva Francia, el bosque retrocede... un poco allí donde hay asentamientos. ¿Cuánto puede retroceder un bosque antes de reabastecerse?

Wuqua lo miró como tratando de juzgar si Duquet tenía alguna intención con respecto a los bosques chinos. Lanzó una mirada al traductor. Titubeó.

—Sólo puedo decir que China es un país muy grande, muy antiguo y muy poblado. No puedo decir nada más. ¿Quizá en otra ocasión?

Duquet lo interpretó como una despedida, se puso en pie, saludó con una reverencia y se marchó.

Al cabo de unos meses, Duquet ansiaba marcharse. Resultaba irritante tener que esperar que cambiara el monzón. De pronto, un día Wuqua solicitó su presencia en la sala de comercio. Era un día despejado y frío de primavera, y fuera el viento arrojaba pétalos de ciruelo sobre el embaldosado del patio. El traductor era otro.

—Deseaba usted información sobre nuestros bosques —empezó Wuqua en voz baja y atropellada, interrumpiéndose impaciente para dar tiempo al traductor—. Hablé con un anciano estudioso de la materia. Dijo que nuestro venerado sabio Meng-tzu escribió acerca de aquellos que desboscan la tierra para el cultivo, extrayendo hierba y hierbajos, talando árboles incesantemente, parcelando la tierra y arando. La población era muy numerosa ya en tiempos de Meng-tzu, y muy pobre. La gente tiene que comer, o muere. Necesita

combustible para hervir el arroz. Necesita calor. Así que talan árboles. —Un rayo de sol se posó en la puntera de la zapatilla de seda negra de Wuqua—. Somos un país agrícola. Sin duda comprenderá que la diversificación del uso de la tierra es la base de todo gobierno humano.

—¿Los bosques han menguado, pues?

—Eso es discutible, porque los hombres trasplantan muchos árboles: el bambú, el pino, el roble, y esas otras especies valiosas con las que se producen la laca o los aceites esenciales. Tenga presente que si los bosques y las tierras maderables menguan, los labrantíos se extienden: más comida, más dinero, más gente, más satisfacción.

Duquet asintió, aunque no vio satisfacción alguna en esa fórmula. Sabía muy bien que Wuqua, dándole a conocer esos secretos, pretendía granjearse su favor.

—Pero, aun después de aumentar la superficie de tierra que dedicamos a la agricultura, seguimos talando los bosques por otras razones. Por ejemplo, ¿conoce los cuatro tesoros del estudioso?

—No, lamento decir que no.

—Éste es un país de estudiosos, poetas y calígrafos —explicó Wuqua—, y los cuatro tesoros son el pincel, el papel, la tinta y la piedra de tinta, los elementos necesarios para la caligrafía. Pero la fuente de la tinta es el hollín procedente de la quema de los pinos. Es necesario quemar muchos pinos para abastecer a los estudiosos de toda China. —La luz del sol había ascendido por la túnica de Wuqua y trazaba una resplandeciente cinta en el bordado—. Y hubo una guerra. Y los metalistas, los alfareros, los ladrilleros, todos los artesanos requieren madera. En algunos lugares despojados de árboles, los campesinos se ven obligados a recoger hierba, trenzarla para formar atados muy compactos y quemarla como combustible. En otros, utilizan excrementos de animales —susurró—. Hay escasez de madera.

—Así pues, los bosques de Francia y China no son eternos —observó Duquet con pesadumbre—. Y he oído decir que las montañas de Italia están desboscadas.

—Es posible. Pero nada es eterno. Nada. Ni los bosques ni las montañas.

—¿Y cómo surgieron esos jardines concebidos para honrar los bosques y la naturaleza?

—No nos olvidamos de los bosques después de eliminar los árboles. Nos rodeamos de jardines para crearnos una ilusión placentera de la naturaleza.

—Yo personalmente desdeño el bosque oscuro e indócil —dijo Duquet—, pese a que reconozco que es fuente de riqueza y comodidades. Pero nunca lo recrearía en un jardín.

—Claro que no. Usted no comprende el dicho «*Tian ren he yi*». Se refiere al estado de armonía entre el hombre y la naturaleza. Usted eso no lo siente. No lo siente ningún europeo. No puedo explicárselo. Es una especie de filosofía personal para cada individuo, y sin embargo lo es todo.

Duquet pensó que probablemente los bosques de China, Francia e Italia eran insignificantes ya desde el principio; él creía que los bosques de extraordinaria espesura del Nuevo Mundo sí perdurarían. Por eso los hombres se marchaban al continente intacto, en busca de esa abrumadora abundancia de recursos vírgenes. Sólo que él aprovechaba la oportunidad.

Duquet visitó al tallista de marfil, que sacó un molde de cera de sus encías desdentadas y empezó a modelar su dentadura. Tardaría unos meses en terminarla. Cuando llegó el día, el tallista le mostró cómo insertar las placas de grandes dientes blancos articuladas con finos alambres de oro. Duquet se miró en un espejo por primera vez en muchos años, y aunque la dentadura se le antojaba enorme e incómoda, sin duda mejoraba su aspecto. El tallista le aseguró que se acostumbraría a la sensación extraña, pero la dentadura era sólo para exhibirla, no para masticar. «Limpiar cada día con cepillo, paño blanco.» Con mímica, enseñó a Duquet que debía prever que amarillearía con el paso del tiempo, sobre todo si la exponía al sol. Era inevitable; era lo que pasaba con el marfil. Tal vez debía encargarse otra dentadura de repuesto. Sí, asintió Duquet. Y se preguntó si se podrían modelar dentaduras de cerámica, pero llegó a la conclusión de que probablemente acabaría con la boca llena de esquirlas.

Todas las tardes, a última hora, cuando concluían la negociación del día, Duquet y el capitán Verdwijnen se solazaban con un vaso de *jenever* en el patio. Los dos se habían habituado a su mutua compañía. En varias ocasiones

Duquet, entre panegíricos sobre los bosques de Nueva Francia, dijo que deseaba organizar otro viaje lo antes posible, pero el capitán Verdwijnen siempre cambiaba de tema.

—¿Qué le parece esta bonita mesa que he comprado para Margit? El viejo tunante de Wuqua ha regateado como si yo pretendiera comprar su preciado jardín de las libélulas. Incluso ha llegado al extremo de tirarse de la silla y rodar por el suelo riendo como un loco. Una absoluta pérdida de credibilidad. Pero al final la he conseguido por un buen precio.

—¡Ja! —rió Duquet. Wuqua, el viejo tunante, había aprendido un nuevo truco de él.

A menudo uno o dos marinos amigos del capitán, Piet Roos y Jan Goossen, capitanes de sus propios buques, cenaban con ellos. Piet tenía el rostro semejante a un plato blanco con dos ojos redondos engarzados del color del azúcar moreno, y el pelo casi tan claro como su piel, y por tanto invisible. Vestía a la francesa: calzones de seda negros y casaca realzada mediante una guarnición de vaporoso encaje en el cuello. Jan lucía una espada enorme y un basto pantalón de fustán propio de un peón. Duquet tenía la impresión de conocer de algo a esos dos hombres tan opuestos y finalmente se animó a preguntar por ellos.

—Claro que los conoce. Los vio en La Roca y el Arrecife, en La Rochelle. —El capitán Verdwijnen bajó la voz y habló en un susurro—: Ya se lo dije: son mis socios, mis *vrienden*. Piet es mi cuñado; Jan, mi primo. No creerá que soy capaz de desafiar a la Vereenigde Oost-Indische Compagnie y sobrellevar los costes de este viaje yo solo, ¿verdad?

—También a mí me gustaría asociarme con usted en el asunto de las pieles —dijo Duquet—. Y de mi futura empresa maderera. Podríamos ganar dinero los dos, ¿no cree?

Tras una larga pausa, el capitán Outger Verdwijnen habló lentamente:

—Ya sabe que la Vereenigde Oost-Indische Compagnie ha ejercido un control férreo durante años sobre el comercio holandés con la India, China y Japón, y las islas de las Especias. No se permite a ningún mercader particular comerciar ni cruzar el estrecho de Magallanes.

—Pero algunos hombres sí lo intentan. Y lo consiguen —replicó Duquet.

—Si un hombre lo intentaba y lo pillaban, le confiscaban el género, le quitaban el buque y la Vereenigde Oost-Indische Compagnie lo castigaba con mano de hierro. Eso precisamente le ocurrió a Willem Schouten, el descubridor del Kaap Horn. Ahora la Compañía es más débil, pero sigue vigilando. Mis *vrienden* y yo hemos formado una alianza secreta para introducirnos en el comercio con la India y la China, y algún día incluso con Japón, aunando recursos y navegando juntos. Éste es nuestro cuarto viaje, y de momento todo va bien. Aunque, claro, Piet y Jan son dueños de sus barcos, y yo soy sólo capitán al servicio de herr Grinz, pero confío en ganar dinero suficiente en este viaje para comprar un buen *fluyt*. No sé muy bien si hay cabida en nuestro acuerdo para un comerciante maderero. Puede que sí..., no lo sé. Me temo que un *fluyt* no admitiría grandes cargamentos de madera. Nuestras Indias Occidentales quieren madera, pero yo prefiero seguir comerciando con China. Yo de usted haría indagaciones sobre el comercio con las Indias.

Pero Duquet, hombre de ideas fijas, empezó a describir nuevamente los bosques de Nueva Francia. El holandés lo interrumpió.

—Mi joven amigo —dijo—, permita que un hombre que conoce bien el mundo le haga un comentario. Habla siempre como si Nueva Francia fuese su país.

—Lo es. Nuestros destinos están entrelazados. Es un mundo nuevo, rico y hermoso, con enormes bosques y caudalosos ríos. Es un lugar que se ha ganado mi respeto.

—¿Me permite recordarle que su Nueva Francia no es un país soberano sino la colonia de una importante potencia europea? ¿Me permite que, basándome en la prolongada observación de las maquinaciones políticas de estas grandes potencias, introduzca una nota de cautela? Los reyes de esos poderosos países no conocen sus colonias y asentamientos de ultramar. Nunca han estado allí, como tampoco sus ministros. Para ellos, esas colonias son manchas de color en los mapas, simples fichas en los brutales juegos de la guerra, fuentes de ingresos. Les importa un comino todo lo demás. Y me atrevo

a decir que usted no actúa con la debida cautela ante los enemigos europeos de Francia, en particular Inglaterra. Puede ocurrir que Francia comercie con Nueva Francia o que se deshaga de ella, según convenga.

—Eso jamás sucederá.

—Claro que no. Pero he oído que Francia, la madre patria, no está especialmente enamorada de Nueva Francia, que los buques de suministros a menudo llegan con mucho retraso, que mantiene a su población en casa en lugar de enviarla a poblar ese paraíso septentrional, que los favores y la ayuda brillan por su ausencia, que está poco dispuesta a abrir sus mercados a la que en cierto modo es su propia hija.

—Ésa es una situación pasajera —afirmó Duquet con hosquedad, molesto al oír esas verdades.

—Ya verá usted lo pasajera que es la situación si Francia entra en guerra con una de las potencias y, en caso de irle mal las cosas, se vea obligada a renunciar a algo; entonces recordará esta conversación. ¿Cuánto tiempo cree que va a permanecer intacta Nueva Francia?

Unos meses después de su llegada a China, el capitán Verdwijnen dispuso que vararan el navío en una playa cercana para, una vez vaciado, poder limpiarlo. Un centenar de chinos extrajeron de la sentina los contrapesos de balasto impregnados de inmundicia y los dejaron donde rompían las olas, restregaron la sentina, retiraron los cabos de los imbornales de las cuadernas, ya apestosos, y enhebraron otros nuevos. Dispusieron un lecho de arena limpia antes de volver a colocar los contrapesos de balasto, ya limpios por la acción de las olas, restregaron por dentro y por fuera el fondo del casco para eliminar las lapas y las algas (ya que el barco no estaba revestido de cobre), recalafatearon y repintaron el navío por dentro y por fuera. Devolvieron el *Gulden Steenarend* al mar, y durante días largas colas de hombres cargados con cofres y cajas llenaron la bodega. El buque reabastecido estaba limpio y radiante, repleto de género chino de lujo, más cincuenta plantas en flor. Zarparon rumbo a la bahía de Bengala, cargados con cajas de limones y mangos para prevenir el escorbuto.

En la India, el capitán Verdwijnen trocó parte de las piezas de cerámica y algunas sedas por más coles, fruta y especias, sobre todo clavo y pimienta, y adquirió un cofre de opio de Patna para venderlo en Ámsterdam por sus propiedades medicinales. Duquet, cuya mente nunca descansaba, pensando una vez más en cuestiones madereras, tomó buena nota.

—Esta ruta comercial triangular podría ser operativa para un comerciante en maderas, ¿no le parece?

—Sí, pero en mi caso los beneficios serían mayores si comprase el opio en el viaje de ida a China, ya que allí hay un mercado en auge. Pero esta vez el tiempo apremiaba. Muchos comerciantes extranjeros están aprovechando la demanda. ¿Por qué no habría de hacer yo lo mismo? Aunque quizá usted no estaba pensando en el opio.

—Pues sí, en eso pensaba.

Tenía treinta y dos años e iba camino de amasar una fortuna.

riesgo

En el viaje de regreso, algunos marineros se negaban a tomar el zumo de limón para la prevención del escorbuto y tiraban los mangos por la borda (como habían hecho antes con las naranjas y el bok choy) cuando creían que nadie los veía. Aquellos a quienes sorprendían podían elegir el castigo: chupar dos limones hasta exprimirlos por completo o recibir diez azotes. En su mayoría escogían los azotes, convencidos de que la cecina, las galletas secas y un queso tan rancio y granítico que tenían que cortarlo a hachazos eran alimentos viriles propios de los hombres de mar. Los limones no estaban bien considerados. El capitán Verdwijnen sonreía y decía que les deseaba que disfrutasen del escorbuto. Y pronto esos hombres empezaron a moverse con rigidez, a dejar manchas de sangre en las galletas secas y a doblarse de dolor de vientre. Un día se oyeron repentinamente unas carcajadas, y Toppunt, al ir a averiguar el motivo, encontró a uno de los que rechazaban los limones con la mirada fija en su ración de galleta. Después de intentar roerla, se la retiró de la boca y vio en ella manchas de sangre y tres dientes hincados. En esos momentos el viaje se les antojaba interminable, pero el capitán Verdwijnen decidió hacer un alto más.

El navío atracó en un puerto de Ghana, recogió a treinta esclavos y los hacinó en la bodega junto con las cajas de porcelana, las plantas poco comunes y el cofre de Patna. El buque iba hasta los topes. En la oscura bodega, los esclavos accedieron al contenido del cofre de opio, hallazgo

fortuito que les alivió enormemente el viaje. Hallaron las plantas poco comunes y se las comieron: las flores, las hojas, los tallos, las raíces y la tierra. La pérdida no se descubrió hasta que avistaron Francia.

El capitán Verdwijnen, una vez superado el disgusto, planteó una pregunta a Duquet mientras tomaba su *jenever* de cada noche.

—Dígame, amigo mío, ¿qué valor cree que tienen esos esclavos ahora?

Duquet reflexionó antes de contestar. El episodio tenía su lado cómico, pero se guardó las sonrisas para sí.

—Para usted deben de tener un valor altísimo, porque si suma al coste de los propios esclavos la cifra de lo que pagó por las plantas y el opio, se convierten en un bien muy valioso, probablemente muy superior al precio de mercado de los esclavos.

—Exactamente —coincidió Verdwijnen—. Pero la cosa es más complicada que eso. Porque ni las plantas ni el opio tienen el mismo precio en todas partes. ¿Cuánto habría podido obtener por el opio, que es una medicina cara y deseable? ¿Y si el valor de algunas de las plantas se disparara, como ocurrió con los tulipanes en los tiempos de mi abuelo? ¿Deberían tenerse en cuenta esas estimaciones de precios futuros al determinar el valor de los esclavos? ¿Y qué ocurre desde el punto de vista del comprador del esclavo? Él sólo vería un esclavo, no el opio ni las orquídeas poco comunes que esa criatura ingirió. Para el comprador, el valor es el del precio en el mercado de esclavos. —Se detuvo a pensar un momento—. Los esclavos, el opio y las plantas eran míos. Y no se hable más.

—Pero ¿no tenía usted contratado un seguro de navegación para este viaje, con los hombres de la cafetería de La Rochelle?

—También eso es complicado. Naturalmente, el seguro contratado con esos hombres de la cafetería cubría el barco de herr Grinz en caso de pérdida, acto de piratería o naufragio, como también el cargamento de sedas y té, pero el resto... no. Piet, Jan y yo tenemos nuestro propio seguro por medio de la *partenrederij* que nos une, de modo que dividimos el riesgo a partes iguales. Piet y Jan son dueños de sus barcos; yo sólo he tenido que alquilárselo a herr Grinz. Ellos compartirán mis pérdidas y yo compartiré sus beneficios.

Duquet asintió. El movimiento del barco era mínimo porque surcaban aguas viscosas en las que largas bandas de algas se entretejían formando una gigantesca capa de tweed. Se compadeció un poco del capitán Outger Verdwijnen, que había obtenido un beneficio insignificante después de un largo y peligroso viaje, un resultado magro pese a sus grandes aptitudes para la negociación y la diplomacia. Los peligros imprevistos en los negocios formaban parte del juego. El capitán Verdwijnen soltó una sonora carcajada y dijo:

—En un viaje como éste, siempre se corren riesgos. Fácilmente habríamos podido perder el barco y todo su contenido; podríamos haber perdido la vida; podrían habernos capturado los piratas y habernos vendido a nosotros como esclavos. Me quedo con el lado bueno. Hemos sorteado los ciclones y a los piratas. Conservo la mesita de Margit, y conservo los esclavos. Sacaré algo por ellos, así que a fin de cuentas sólo he perdido el opio y las plantas poco comunes. En todo caso, los holandeses somos indiferentes al riesgo. Para nosotros, si los negocios y la empresa fuesen una fruta, el riesgo sería el hueso. —Estiró las piernas y esbozó una media sonrisa—. Además, antes de zarpar, también hice unas apuestas en la cafetería a favor de que el barco no naufragaría, de que eludiríamos a los piratas, y de que yo regresaría vivo y coleando y aún más listo que antes. He ahí mi beneficio.

Así que regresaron a Francia, donde el *Steenarend* permanecería tres semanas. Duquet esperaba impaciente ver las nuevas galas que lo mostrarían ante el mundo como persona de valía e importancia.

Cuando llegaron a París era ya tarde y, en lugar de ir a la sastrería en la creciente oscuridad del crepúsculo, Toppunt y Duquet se fueron directamente a la posada.

Al día siguiente, el sastre pareció sorprenderse de verlos. Duquet, mientras se probaba las galas detrás de un biombo bordado con ayuda de Jules, el aprendiz, permanecía atento a la conversación entre Toppunt y el sastre.

—Nos han llegado noticias de tantos barcos perdidos a causa de las tempestades y de la piratería que daba por hecho que el de ustedes sería uno de ellos.

—Esta vez no —respondió Toppunt—, aunque sufrimos el duro azote de los tifones y estuvimos a punto de encallar ante el litoral oriental de África, una costa endemoniada. En el mar no sólo hay agua: está también la tierra que lo delimita.

—El mar es el amo de todos los hombres.

—No de nuestro capitán, un navegante experto y afable, a diferencia de la mayoría de los capitanes de barco. Es un buen hombre. Éste ha sido mi cuarto viaje con él, y nunca me haré a la mar bajo el mando de otro capitán.

—¿Y si muere? —preguntó el sastre—. ¿Lo acompañará también en ese viaje?

—Ja, ja —respondió Toppunt—, ya veremos. Eso depende del puerto que elija.

Duquet, una aparición en azul, salió de detrás del biombo y se dio la vuelta para que vieran cómo le sentaba el traje.

—Vaya —exclamó Toppunt—, incluso un príncipe te envidiaría.

El sastre alzó ambas manos y elogió las piernas de Duquet:

—Desde luego no necesita usted pantorrilleras. Tiene unas piernas bien torneadas, caballero.

Después de estas lisonjas, el sastre intentó cobrarle más.

—Es por el tiempo de almacenamiento. Y trabajé en estas prendas con el mayor esmero: quité el polvo de los hombros, las saqué a airear, las protegí de mi gato.

Duquet extrajo su moneda de menor valor y la hizo girar sobre la mesa del sastre.

El taller del peluquero estaba cerrado, pero aporrearon ruidosamente la puerta para arrancar de la cama al dueño, que tenía un brillo de humedad en la nariz y tosía sin parar.

—Los polvos de las pelucas, ¿saben? Son muy irritantes. De un tiempo a esta parte he cambiado de polvos y ahora utilizo unos hechos de un líquen poco común que se cría en las rocas y que no me causa un trastorno tan severo. He oído que lo usan para envenenar a los lobos, así que pueden tener la tranquilidad de que esos feroces animales no atacarán sus excelentes pelucas.

Sacó las pelucas. La de Toppunt era negra y lustrosa, muy elegante. La de Duquet era enorme y pesada, de color caoba, con un sinfín de tirabuzones que le caían en cascada por la espalda y por encima de los hombros.

—¿Quiere que se la empolve? —preguntó el peluquero, emitiendo una tos perruna.

—No, no —contestó Duquet, contemplando su nítida imagen en el espejo de la tienda. Entre el resplandor azul de las prendas, los destellos de los dientes de marfil y aquella peluca cara, se había transformado en un hombre con apariencia de caballero, lo que Toppunt, no sin cierta crueldad, describió como un *schijn-heer*: un casi caballero.

Abandonaron la calle de las tiendas y se dirigieron a una casa de comidas. Toppunt había oído que el cocinero del establecimiento era de Borgoña, un genio en lo suyo. La fonda se hallaba en una calle muy apartada de allí, y cuanto más caminaban, más padecía Duquet el agobio del calor, hasta que tuvo la sensación de que se le asaban los sesos y cargaba con brasas en los hombros. Le dolía el cuello por el peso de la peluca. El sol resplandecía como un horno de fundición. Se abrieron paso por calles muy concurridas y por callejones con pronunciados recodos. Se acercó a ellos un hombre que llevaba a hombros una enorme fuente tapada. Al pasar, rozó a Duquet, quien de pronto sintió que le arrancaban de la cabeza aquella peluca por la que tanto dinero había pagado. Justo al darse la vuelta, vio salir corriendo al hombre cargado con la fuente y, dentro de ésta, a un crío harapiento que sostenía su peluca nueva en las manos. La carga era tan pesada que el hombre se tambaleaba en su carrera.

—*Au voleur! Au voleur!*—vociferaron Duquet y Toppunt.

Un viandante estiró una pierna y el maleante cayó, con lo que el niño, la fuente y la peluca se precipitaron al barro. El bribonzuelo se escabulló a una velocidad extraordinaria, pero el viandante retuvo al hombre. Una multitud se congregó e inmovilizó al ladrón.

—Irà a galeras —anunció Toppunt—. Harà compañía a los hugonotes.

Duquet, presa de una rabia gélida, rescató la enorme peluca que tanto le había costado. Parecía el doble de grande que antes, del tamaño de un colchón, hasta el punto de que apenas la abarcaba con el brazo, y le colgaban grumos de barro de los rizos; al sacudirla, vio que se había enredado con otra peluca, por lo visto hurtada antes que la suya y oculta bajo el paño.

—Es buena —dictaminó Toppunt, examinando con ojo crítico la segunda peluca, muy moderna—. Puedes venderla. —Pero, tras observarla más atentamente, hizo una mueca—. Está llena de piojos y liendres. —La sostuvo en alto—. Pero siempre puedes llevarla a fumigar y limpiar. Es una peluca valiosa.

Mientras escrutaban aquella masa peluda, el viandante, sujetando todavía al ladrón y alargando el cuello para ver mejor las pelucas, relajó un poco la mano con que retenía al malhechor. Éste se zafó y, corriendo, se adentró en la multitud sin rostro. Era inútil perseguirlo.

Duquet estaba harto ya de pelucas y, con la suya bajo el brazo, se alejó con paso enérgico. Toppunt, cargando con la peluca piojosa, corrió tras él y exclamó:

—No tan deprisa, no tan deprisa.

Para cuando llegaron a la fonda, se reían ya de la aventura. Duquet propuso regresar al taller del peluquero para ver cuánto les daba por la peluca del desconocido. Tal vez con eso les llegara para la comida. Pidieron un plato tras otro temerariamente, con la sensación de que otro los costearía..., y buen vino francés.

Por fin, saciados y medio ebrios, se deleitaron con una tarta, tras lo cual ya ninguno de los dos podía moverse.

—Nos vendría bien un café —propuso Toppunt.

El mesonero les indicó una cafetería a dos calles de allí. Tambaleándose, se dirigieron hacia el establecimiento indicado. Pasaron de largo dos veces sin verlo y al final entraron.

Cuando recuperaron la movilidad y la claridad mental, volvieron al taller del peluquero. Toppunt llevaba la peluca robada auestas. El hombre la reconoció: él mismo la había confeccionado para un gran caballero. Dijo que se la devolvería a su cliente, pero Duquet insistió en exigir una recompensa equivalente al coste del profuso ágape. Con un gemido, el peluquero desembolsó la suma, aduciendo que su cliente difícilmente pagaría dos veces, ni siquiera por una peluca robada y devuelta.

En la calle, Toppunt dijo que casi seguro el peluquero limpiaría la peluca, la escondería, y cuando el cliente acudiera a comunicarle el robo, él le prometería una nueva, tan idéntica a la anterior como un huevo se parece a otro huevo, y, para mayor verosimilitud, se la cobraría aún más cara que la primera.

—En realidad —comentó—, creo que los ladrones están al servicio de los peluqueros.

Al cabo de una semana, ataviado con sus galas y luciendo su dentadura de marfil y la sofocante peluca, Duquet asistió a una cena formal, para celebrar el regreso, en la casa del capitán Verdwijnen en Ámsterdam. El capitán y su

esposa, Margit, los capitanes Piet Roos y Jan Goossen, sus esposas y las dos hijas ya casi adultas de Piet, Josina y Cornelia, eran los comensales. En el vestíbulo, Duquet reparó en la mesa que el capitán Verdwijnen había comprado para Margit en Guangzhou.

Cuando Margit examinó a Duquet, éste advirtió que su ojo derecho era más benévolo que el izquierdo, en el que destelló un rayo de antipatía. Sintió que ese ojo borraba su refinada indumentaria, desechaba la peluca, disolvía la dentadura de marfil y reconocía en él a un oportunista carroñero. No se atrevió a comer nada más que la sopa y la salsa, porque no deseaba quitarse la dentadura, que sólo le servía para ingerir manjar blanco, en presencia de otras personas. Para eludir la mirada cruel de madame Verdwijnen, él mismo lanzó a lo largo de toda la cena ojeadas a la joven Cornelia. La joven guardaba cierto parecido con Piet y ofrecía un aspecto aceptable, aunque desde luego no era una gran belleza. Tenía los ojos azules, tan claros que parecían blancos, y la nariz ancha. Lucía un vestido de seda de color marrón oscuro con una vaporosa gorguera y un bonete de hilo bordado. Duquet decidió que sería su esposa. Al concebir repentinamente alguna forma de oposición o rechazo, se agitó el tigre que llevaba dentro.

Durante el tiempo que pasó en Ámsterdam, Duquet conoció, en una cafetería muy frecuentada, a un colono inglés de Boston, Benton Dred-Peacock, vestido con elegantes prendas de la mejor calidad pero con un rostro que parecía compuesto de corruscos de pan rancio. La mayoría de los colonos eran de baja extracción; saltaba a la vista que Dred-Peacock era un caballero adinerado. Mientras conversaban, Duquet averiguó que Dred-Peacock mantenía estrechos lazos comerciales con Jonathan Bridger, el recién nombrado contratista real de mástiles de Nueva Inglaterra. El hombre conocía muy bien el negocio maderero en las colonias y dejó claro que depositaba sus lealtades en los colonos más que en la Corona. En cuanto a Dred-Peacock, reconoció en Duquet a un hombre que sabía cómo sacar dinero hasta de los nabos si no había nada más a mano. El dinero era poder, y Duquet despedía olor tanto a lo uno como a lo otro. Era uno de esos hombres a quienes los demás deseaban conocer, aun cuando a la vez lo despreciaran.

Duquet dedujo por la conversación que muchos colonos estaban muy descontentos con la soberanía inglesa y los tributos destinados (injustamente, según Dred-Peacock) a financiar las temerarias guerras de Inglaterra. La mayor causa de su descontento eran las políticas restrictivas de la Real Cámara de Comercio, que imponía rigurosas normas a la tala de los densos e imperantes bosques, normas que limitaban las cantidades y establecían los procedimientos para abastecer los depósitos de la Armada Real: mástiles, baupreses y vergas, además de brea y alquitrán. Los residentes estaban indignados por las leyes de comercio y navegación, que atenazaban como un torno el comercio colonial. Y ese tal Bridger podía causar problemas con la venta de municipios y la tala de árboles para mástiles. Pero, añadió Dred-Peacock, «ese hombre ansía labrarse un nombre, y creo que responderá bien a una meticulosa adulación». Dred-Peacock conocía también a Elisha Cooke, y ambos hombres tenían un gran poder en los asuntos coloniales.

Dred-Peacock, con el aliento cargado de negros efluvios de ron, habló a Duquet en susurros, lanzando miradas alrededor por si algún espía los escuchaba:

—Como dice el doctor Cooke, deberíamos tener derecho a comerciar con el mundo entero si poseemos la capacidad emprendedora de producir los bienes y la madera, de cultivar el cañamo. Pero esta legislación nos limita a cada paso.

Duquet propuso que se trasladaran a una mesa más privada del fondo y pidió una jarra de ron. A medida que avanzaba la tarde descubrió que los habitantes de Nueva Inglaterra conocían astutas maneras de evadir los mil y un rigores, generalmente en connivencia con funcionarios coloniales, en especial los propietarios de los aserraderos. Dred-Peacock se acercó más, pensando que una alianza con ese gañán podría ser ventajosa para su bolsillo. Todo era cuestión de dinero.

—Nuestra principal necesidad es asegurarnos la propiedad de muchas hectáreas pobladas de pino blanco por medio de la adquisición de antiguas concesiones de municipios. Uno debe cultivar acuerdos con hombres que gozan de influencia política y contactos. Yo así lo he hecho. El enemigo es el supervisor del Servicio Topográfico de la Corona, un cretino que, desde

Londres, examina muy escrupulosamente las licencias y los permisos de los madereros. El muy cobarde no se atreve a venir a las colonias por miedo a sufrir un accidente. Envía a sus secuaces, los más viles entre los hombres.

—Me gustaría informarme mejor sobre la adquisición de esos municipios —sugirió Duquet.

Provisto de una docena de nuevos nombres y la promesa de Dred-Peacock de que se reunirían a su regreso, Duquet zarpó rumbo a Boston, pensando que la gran e importante ventaja de las colonias de Nueva Inglaterra con respecto a las de Nueva Francia eran los puertos exentos de hielo. El río San Lorenzo permanecía helado seis o incluso ocho meses al año.

Encontró una pequeña casa en la ciudad colonial y a lo largo del año siguiente practicó el inglés y cultivó relaciones con los hombres que podían concederle favores, presentados todos ellos por Dred-Peacock. Duquet no acababa de fiarse de éste, y sin embargo era un maderero aceptable, un gran caminante cuyas piernas acortaban distancias con el brío de las hojas de unas tijeras de esquilar. A principios de la primavera, Duquet enfermó de cólera, aunque recobró la salud poco a poco. Planeaba ya otro viaje a China, y después compraría viejos derechos sobre tierras de Maine y municipios existentes sólo en el papel. Pero antes tenía que viajar al norte.

«un mensajero perverso, caído en el mal...», Pibrac

De vuelta en Nueva Francia, Duquet se enfundó de nuevo las prendas de gamuza y los mocasines y partió en busca de los hermanos Trépagny. Allí donde iba, veía claros repletos de tocones, hornos de carbón y cabañas de colonos, ya que los hombres talaban arces para producir carbón; los ingleses lo necesitaban para sus fábricas de cristal y pólvora, y pagaban un buen precio por él. No encontró a Toussaint y Fernand, pero eso podía deberse a la nueva guerra. Nueva Francia, los poblados indios y las colonias inglesas del sur eran un hervidero de espías; se producían continuas emboscadas, obra de bandas errantes de combatientes. Duquet estaba ansioso por unirse a los hermanos para dedicarse una temporada más al comercio de las pieles. Eludirían las refriegas.

Pronto refrescó y llegaron al bosque la lluvia y los olores de las hojas muertas y las setas. El río renovado murmuraba. Alzó la vista a un cielo en el que parecía haber redondeles de grueso cristal incrustados. Encontró a los hermanos desarmando un embalse de castor cerca de su vieja cabaña en la Rivière des Fourres. Los dos, enlodados, se alegraron de abandonar el embalse de castor para celebrar el reencuentro. Gozaban de buena salud, si bien Fernand presentaba vetas blancas a ambos lados de la barba y Toussaint dejó escapar un gemido al enderezarse.

—A esto lo llaman la guerra de la reina Ana, pero, según parece, es la prolongación de antiguas hostilidades —dijo Toussaint—. En mi opinión, la culpa es de las facciones indias. Un día una tribu es tu enemiga; al día

siguiente estás luchando a su lado, o abandonan la batalla y sonrén, como los iroqueses.

—Espero que no penséis que he vuelto para luchar contra los indios y los ingleses —repuso Duquet con acritud.

—Muchos sí son leales a Nueva Francia —aseguró Toussaint.

—Yo soy leal a la recolección de pieles.

Toussaint echó agua en el caldero negro y, cuando ya hervía, Duquet, de una manera un tanto obsequiosa, les enseñó a preparar té. Ellos lo bebieron a sorbos, con muecas irónicas. Duquet les dijo que con el tiempo les gustaría, que en Europa se consideraba un lujo. Añadió que lamentaba no haberles llevado café, pero era sumamente caro y casi con toda seguridad no les gustaría por lo amargo que era. El ron recibió mejor acogida. Duquet se disculpó por la pequeña suma de dinero que les dio a cambio de las pieles y se inventó que unos piratas lo habían capturado y por eso él había perdido sus ganancias. Estaba impaciente por volver a comerciar y tenía la certeza de que compensaría los pobres resultados de esa aventura. Como quien no quiere la cosa, cambió de tema y les preguntó por sus andanzas. Los hermanos cruzaron una larga mirada.

Toussaint, en tono seco, respondió que habían probado el café en Ville-Marie y que Duquet no era el único que había visto mundo. Durante los últimos años, los dos habían viajado por el Misisipi con Pierre LeMoyne, hijo de un habitante de Ville-Marie que había iniciado su vida en Nueva Francia con un contrato de servidumbre por deuda y luego se había enriquecido.

—Algunos piensan que debería haber fortines franceses a lo ancho del territorio. —Mientras Toussaint hablaba, Duquet percibió que ardía en deseos de construir fortines y luchar contra los ingleses, y adivinó que ninguno de los dos se había creído el cuento de los piratas. Pero ¿qué podían hacer? Disfrutar del ron, sólo eso.

—Fuimos a buscar la verdadera desembocadura del río. *Sacrebleu!* ¡Te lo juro! ¡Vaya río! Un laberinto de pantanos y cauces negros como telarañas. LeMoyne lo exploró en canoa con un indio y unos cuantos soldados. Nosotros nos instalamos en el poblado indio que hay cerca del antiguo fuerte de La Salle.

Fernand tomó el relevo en la narración y, hablando rápidamente, contó que otros indios se quedaron en ese poblado, más de diez, de una tribu llegada del océano Occidental que había venido a cazar bisontes.

—Porque en su territorio no hay de esos animales. Los cazadores del océano Occidental tenían un montón de pieles para trocar. Las consiguieron comerciando con los indios del norte, que viven cerca del mundo de hielo.

Toussaint abrió un hatillo y mostró ocho exquisitas pieles de nutria marina y cuatro de zorro ártico.

—¡Vaya! —Duquet acarició las sensuales pieles de nutria. Se colocó una sobre la rodilla y deslizó los dedos por el aterciopelado calor. Se le hizo la boca agua.

—Decían que los indios del norte tenían tantas pieles de nutria que pavimentaban con ellas las calles de sus poblados. Nos contaron que los indios del norte viajaron con los rusos y enfermaron todos. —Alargó el brazo hacia su piel de nutria, en la mano de Duquet, y la devolvió al hatillo.

—¿Comerciaron por propia voluntad con los indios del océano Occidental, esos indios del norte que acompañaban a los rusos?

Fernand emitió un sonido gutural.

—Al principio sí, pero luego cambiaron. Los rusos ya estaban muertos y los indios del norte estaban moribundos cuando los indios del océano Occidental los encontraron. Los indios del norte enfermos no querían comerciar. Los hombres del océano Occidental los persuadieron.

—¿Parte de esa persuasión fue severa? ¿Incluso fatal?

Mientras Fernand revolvía en el segundo hatillo, Toussaint se aclaró la garganta y miró a su hermano con expresión ceñuda. Pero Fernand, tan baladrón como siempre, dijo:

—Es verdad. Mira esto. —Separó una piel enrollada y la extendió. El reluciente pelo negro y dorado deslumbraba—. De tigre —dijo—. La tenían los rusos. —Acarició el pelaje listado—. Ésta es la razón por la que los indios del norte enfermos no querían comerciar.

Toussaint desvió la mirada.

—¿Dónde está la cabeza? —preguntó Duquet—. La cabeza es valiosa.

—Los rusos no tenían la cabeza. Seguramente se la comieron. En esta vida uno debe saber velar por sí mismo, ¿no te parece?

—Sí —convino Duquet observando a Toussaint, que quitó la piel de tigre a su hermano y la enrolló.

No renunciarían a esa piel fácilmente. La espontánea relación que existía antes entre ellos había desaparecido. De hecho, pensó Duquet, también había desaparecido su propia sensibilidad para con los asuntos de Nueva Francia. Ya entrada la noche, arrebuados en sus respectivas capas de bisonte, oyó la voz de Toussaint, baja y áspera, que atosigaba a su hermano.

El malestar de Duquet fue en aumento durante el período que pasó en compañía de los hermanos Trépagny, cansado del limitado vocabulario de ambos, de sus repetitivas anécdotas; aun así, los arrastró, durante una breve pero intensa temporada, a recolectar pieles, e indicó a los intermediarios indios que le interesaban especialmente los lincees. Reservó dos de las mejores pieles para Cornelia. Había anunciado a Piet su intención de casarse con ella, y si bien en un primer momento el capitán apretó los labios y movió la cabeza en un gesto de negación, Duquet pensaba que accedería cuando se enterase de hasta qué punto se había enriquecido. La muchacha tenía buena dentadura y aspecto saludable, además de unas amplias caderas, pero sus facciones carecían de armonía; aquellos ojos incoloros eran demasiado pequeños, la nariz ancha y las mejillas carnosas. Pero en realidad eran el padre y sus contactos comerciales, su lealtad al capitán Verdwijnen, las razones por las que Duquet deseaba casarse. Cornelia le daría los hijos que necesitaba para construir su imperio mercantil. Ahora tenía la mirada puesta más allá de la simple riqueza.

La temporada pasó, y cuando llegó el momento de que Duquet regresara a La Rochelle y China, Toussaint dijo entre dientes que Fernand y él se quedarían su parte de las pieles a menos que Duquet pagara un alto precio por ellas en el acto.

—Ahora conocemos a varios comerciantes —explicó Toussaint. Desde hacía meses, por las noches encendían su fogata lejos de Duquet y de día conversaban sólo entre ellos.

—No podemos esperar durante años a que regreses, quizá con las manos vacías si tus piratas atacan de nuevo. Necesitamos dinero contante y sonante —añadió Fernand—, porque queremos volver a unirnos a la partida de Pierre LeMoyne. Está en Francia, preparando una expedición al Caribe. —Hablabla con la vista fija en el suelo, reacio a mirar a Duquet a los ojos, pero el tigre estaba tranquilo.

Los hermanos no tenían la menor idea de lo que podía conseguirse a cambio de las pieles en China, y nunca lo sabrían. Duquet había aprendido no poco sobre negociaciones y, después de parlamentar durante dos días con Toussaint, que hablaba en su propio nombre y en el de Fernand, fraguó un magnífico trato, salvo por la piel de tigre y las de los zorros de las nieves, de las que se negaron a desprenderse.

—No me cabe duda de que en el Caribe hay muchas aventuras interesantes para los *coureurs de bois* —declaró, sin disimular el sarcasmo.

Toussaint contraatacó, mordaz:

—Tengo entendido que las Indias Occidentales holandesas son un mercado muy lucrativo para la madera y, desde luego, están más cerca que Francia o China.

Duquet dedujo que los hermanos esperaban que él renovase el ofrecimiento de asociación en el comercio maderero para que ellos pudieran darse el gusto de rechazarlo. Guardó silencio. Allí se separaban sus caminos.

Se levantó a medianoche y se desvaneció tan sigilosamente como la niebla. Transcurridas ya muchas horas, los hermanos descubrieron que las pieles de tigre, zorro y nutria habían desaparecido. Fernand lanzó una maldición y dijo que la obra de Pibrac no contenía verso alguno para paliar la situación, pero al menos habían conseguido un poco de dinero contante y sonante.

—Brindemos por ese hombre que sabe camuflar con su labia un corazón rebosante de hiel.

Abrieron la *jenever* y bebieron por la fortuna de haberse librado de Duquet.

—Tal vez prefieras beber café —dijo Toussaint con tono burlón.

—Ah, no, es demasiado amargo para una persona tan atrasada como yo —contestó Fernand.

«para el caballo el látigo», Pibrac

Duquet no podía malgastar el tiempo ni en dormir, porque tenía la mente en ebullición y en su cuerpo ardía el vehemente deseo de seguir adelante con sus planes. Todo estaba ocurriendo tal como preveía. La primera luz del alba era como el resplandor de una brazada de leña seca arrojada al fuego, y él rebosaba energía y ambición mientras se vestía. Despreciaba a los hombres que dormían hasta que el sol estaba ya alto: holgazanes e ineptos que nunca llegarían a nada.

En Ville-Marie, antes de encontrar a los hermanos Trépagny, Duquet había contratado a unos *bûcherons* para localizar y talar cedros blancos y rojos, abetos balsámicos y zumaque oloroso, y a otros hombres para desbastar la madera y cortarla en pequeñas tablas, que luego cargaban en cofres de abedul inodoros para conservar sus fragancias naturales. Unas indias habían recolectado para él raíces de ginseng, manojos de hierba dulce, así como otras plantas y raíces.

Alquiló un barco, el *Hendrik*, para que lo llevara, junto con sus maderas aromáticas, sus raíces mágicas y sus pieles, a La Rochelle, donde se reuniría con el capitán Verdwijnen. El capitán del navío era Gabriel Deyon, hijo del capitán Deyon, con quien años antes había viajado a Francia por primera vez. El hijo contó a Duquet que su padre había desaparecido, con el barco y toda la tripulación, en el traicionero estrecho de Magallanes, cuyo angosto paso había elegido como alternativa más segura al cabo de Hornos.

—Nunca se sabe —dijo Duquet con falsa compasión. Pero él sí sabía.

El barco de Deyon hizo escala en todos los asentamientos a orillas del río. En el crepúsculo atracaron para pasar la noche en Wobik, y Duquet desembarcó con la intención de ver los cambios experimentados por aquella población en los años que habían transcurrido desde su marcha.

Apenas pudo dar crédito a lo que vio. ¿Dónde estaba el bosque? El paisaje se había corrompido. La aldea se había expandido y sumaba ahora cincuenta casas más, un molino de grano, un aserradero con energía hidráulica y una gran área de tierras comunales donde pastaban las ovejas. El bosque había sido erradicado, y en vez de árboles se extendían ahora campos de límites imprecisos donde los cultivos crecían entre tocones. El sendero embarrado en dirección oeste que recordaba era ahora una buena carretera. Por un momento se sobresaltó: si un puñado de hombres con hachas podían eliminar hectáreas de bosque en tan poco tiempo, ¿se debía a que el bosque era tan vulnerable como los castores? No, el bosque retornaba con vigor, volvía a brotar a partir de tocones, esparcía semillas, producía raíces madre de las que retoñaban nuevos árboles. Estos bosques no podían desaparecer. En Nueva Francia eran inmensos y eternos.

Una cosa no había cambiado: monsieur Bouchard administraba todavía el peaje derivado del tráfico fluvial y seguía dando la bienvenida a los recién llegados.

El anciano, canoso pero de aspecto robusto, no lo reconoció. Duquet le pidió que abriera el libro de registro donde él había plasmado su marca hacía ya media vida. La señaló.

—Ahí. Ésa es mi marca de ignorante.

Unas líneas más arriba vio la *R* patéticamente elaborada de René Sel y preguntó si aún vivía.

—*Certainement*. Está en la vieja casa de monsieur Trépagny, donde vive muy cómodamente con su esposa y sus hijos. Ya sabe usted, supongo, que Claude Trépagny murió prematuramente mientras lo buscaba a usted, resuelto a castigarlo por su fuga.

—No lo sabía. Era un amo vengativo e implacable y me marché justificadamente por su *maltraitement*. Me trataba mal.

—Hay quienes creen que los iroqueses lo liquidaron por encargo de usted.

—¡Eso es un bulo! Si los iroqueses lo mataron, sus propias razones tendrían. —Y aunque el asunto le traía sin cuidado, cambió de tema—. ¿Así que ahora René Sel es granjero, propietario de sus tierras?

—Es leñador y tiene unas cuantas vacas y ovejas en el bosque. Pero hoy día hay varias granjas cerca de sus tierras. Corta leña y hace potasa. Quizá haya seis buenas granjas entre el pueblo y la casa de Sel. Como habrá visto, Wobik ha hecho grandes avances en el esfuerzo de desboscar y destruir este entorno agreste. La única persona que lo lamenta es esa *sauvage*, Mari, la esposa de René. Hoy día es una mujer de cierta importancia por sus aptitudes para sanar a los enfermos. Echa en falta ciertas grutas del bosque donde antes crecían determinadas plantas y que ahora han desaparecido por culpa de la actividad de los colonos. Cada vez despótica más contra los colonos blancos. No es posible someter esa tendencia vengativa tan arraigada en el temperamento de esa gente. Sus hijos indios han ido a la aldea de Saint Francis, plagada de indios rebeldes de todas las tribus.

—¡Mari! —exclamó Duquet—. ¿Se casó con Mari? Pero si ella es mucho mayor. Sin duda fue un matrimonio mixto de común acuerdo, de esos que se estilan en Nueva Francia.

—No. Trépagny lo impuso hace años para no perder a su rica esposa francesa. Al final, la perdió a ella y todo lo demás, incluso la vida.

—Sus hermanos no lo saben —dijo Duquet.

—Sí, sí lo saben. Se lo comuniqué yo mismo en el momento de producirse el suceso. Por derecho, tenían que haber heredado al menos la gran casa de piedra de Claude, pero no la quisieron. Son hombres errantes, de buen corazón, y dijeron que la casa debía pasar a manos de alguien que se contentara con ser leñador. Supongo que ya habrán muerto los dos, a manos de los indios o ahogados.

—Sin duda —dijo Duquet—, a menos que estén en el Caribe azotando a esclavos.

Dicho esto, se despidió y regresó al barco. Una sensación de agobio se había adueñado de él, y estaba impaciente por marcharse. En otro tiempo había anhelado regresar al bosque septentrional, pero ahora, una vez allí,

añoraba los resplandecientes mundos de La Rochelle, de París, de Ámsterdam e incluso de Cantón, como los norteamericanos llamaban a Guangzhou. Ahora Nueva Francia no tenía ya nada para él, salvo madera.

—Un hombre duro —musitó monsieur Bouchard para sí—. Curtido. Muy curtido.

reencuentro

Cuando el barco entró en la bahía de Vizcaya, los pálidos acantilados de piedra caliza de La Rochelle resplandecían bajo los primeros rayos de sol. Duquet percibió el olor a bacalao salado, el humo de la grama de mar trenzada procedente de las hogueras de los pobres. Pese a la hora temprana, se congregaba en el muelle una multitud de pescadores y marineros buscando empleo por horas. Antiguamente trabajaban en la costa de Terranova, pero eso era cada vez más peligroso y difícil conforme aumentaba la presencia de ingleses y colonos de Nueva Inglaterra, e incluso de españoles y holandeses. Los barcos de La Rochelle pescaban ahora a cierta distancia del Gran Banco de Terranova, donde los *poissons* eran de mayor tamaño, más robustos y sabrosos que los que se pescaban en aguas cercanas a la costa, y estaban más cerca de casa.

En La Rochelle, mientras aguardaba al capitán Verdwijnen y su barco, Duquet llevó un día dos cajas de maderas selectas a la tienda de Claude Citron, el mercader que años atrás, en su primer viaje, había expresado vivo interés en maderas poco comunes para su uso en ebanistería. Citron ahora era más viejo pero no mostraba menos entusiasmo por el tema de la madera.

—Ah —dijo, como si Duquet hubiese estado allí hacía sólo un día y no muchos años antes—, veamos qué me trae de Nueva Francia: exquisiteces, no me cabe duda.

Duquet colocó su caja de muestras de cedro aromático y abeto balsámico en la mesa, unas cuantas piezas de arce estriado. Explicó que llevaba la mayor parte de su género a China. Citron palpó la aterciopelada madera, la olfateó y

ladeó las piezas para ver cómo se reflejaba en ellas la luz.

—Como sabrá, trato con reconocidos ebanistas, siempre deseosos de comprar madera de calidad. ¿Va a llevar su madera aromática a China? Aquí también encontraría mercado, pero supongo que los beneficios serán mayores en China, si bien los costes de transporte y las probabilidades de pérdida como consecuencia de la piratería y las tempestades son mayores. Quizá debería tener eso en cuenta.

Podría sacar un dinero vendiendo la madera de ebanistería a Citron, pero la razón por la que el viaje merecía la pena eran las pieles y las crecientes ganancias derivadas del opio en el comercio con China. Por última vez, pensó. Después de su ruptura con los hermanos Trépagny, sus días de comerciante de pieles tocaban a su fin. Era un hombre rico y, aunque fuerte y saludable, notaba la presión del tiempo. Aspiraba a mucho más; a partir de ese momento se concentraría en su imperio maderero.

Acordó un precio por dos cajas de sus maderas aromáticas, se despidió y se encaminó hacia los muelles. Pasó ante una pastelería de la que emanaban efluvios de fruta confitada y chocolate, luego ante un pequeño mercado al aire libre repleto de lechugas exuberantes y cebollas tempranas. Le asombraba que los olores de La Rochelle fueran tanto más interesantes que los de Boston.

Se alojaba en la Botte de Mer, posada de extraño nombre, Bota Marina, pero más que aceptable, con camas individuales e incluso habitaciones independientes; no obstante, su principal atractivo era la extraordinaria carta, que cambiaba continuamente. Una noche tras otra, el consumado cocinero, hombre con mucha inventiva, preparaba salpicones, *cassoulets* y ragús de mollejas o faisán o pollo troceados, diversos pescados, setas, todo muy apetitoso, todo sazonado con la sal local. Los *cassoulets* eran especialmente suculentos. Lamentablemente, sólo había seis mesas pequeñas y dos turnos cada noche. Si uno tenía la desgracia de ser el séptimo comensal del segundo turno, era rechazado. Duquet no tenía intención de dar media vuelta y esperaba con anhelo esa cena. Pero antes debía guardar las muestras de madera restantes.

Cuando empezaba a subir la escalera que llevaba a las habitaciones superiores, una voz familiar le susurró cerca del hombro:

—Duquet, ¿eres tú?

—*Dieu!* ¡Forgeron! Te hacía en Nouvelle-France.

A su lado, esbelto y moreno, se hallaba Forgeron.

—Sí, estuve allí muchos años, pero desde hace dos trabajo de agrimensor en los bosques de Maine. No te imaginas la de pinos blancos que hay allí. — Sonrió—. Tienes muy buen aspecto. Salta a la vista que has prosperado.

—También a ti, Forgeron, se te ve bien: sano y fuerte. Qué casualidad que nos encontremos precisamente ahora. No sabes la de veces que he querido hablar contigo sobre los bosques de Maine.

—También yo he deseado muchas veces ponerte a ti al corriente de las oportunidades que ofrece Maine en el negocio maderero. ¿Conoces la región?

—Muy poco. De hecho, me propongo explorarla más a fondo en cuanto regrese de China. Cenemos juntos y contémonos todo lo que nos ha sucedido desde la última vez que nos vimos. ¿Qué te trae por La Rochelle?

—He ido a Londres para hablar con un inglés que acaba de conseguir un contrato para la venta de mástiles procedentes de unas tierras de la Corona en Maine. Me ha encargado un estudio topográfico de la zona, y además me ha pedido que busque leñadores y organice la tala. Pero preveo dificultades con ese individuo. Hace varios años ya cortó troncos para mástiles y los almacenó en una finca suya de las Indias Occidentales. No pudo venderlos por razones que desconozco, y los mástiles se estropearon a causa de la podredumbre seca. No pudo pagar el contrato de la tala y ahora el caso está en los tribunales. Así que no me muero de ganas de aceptar la oferta.

Les sirvieron el *cassoulet* de ternera y pollo con alubias rojas y una hogaza de pan todavía caliente del tamaño de una cabeza de toro. Bebieron un buen borgoña, y cuando se acabó, Forgeron levantó la mano para pedir más.

—Te propongo una cosa —dijo Duquet—. ¿Por qué no renovamos nuestra amistad y nos asociamos en los negocios? Este viaje a China me llevará dos años, pero quizá tú puedas hacer un estudio topográfico de los bosques madereros de Maine por mí y comprar municipios para Duquet et Fils en mi ausencia.

—¿Cómo? ¿Tienes hijos? ¿Te has casado?

—No, no, pero confío en que eso ocurra pronto. —Y habló a Forgeron de Cornelia, de sus planes para crear un imperio maderero y su esperanza de que Forgeron participara en él.

—No sé si la sede de ese negocio estaría en Ámsterdam o en Nueva Francia. O acaso en las colonias inglesas. ¿Debería llevar a Cornelia al Nuevo Mundo?

—Yo te aconsejo Boston, que con su puerto amplio y abierto, su buena comunicación con Londres y con otras colonias por medio del camino de postas, los periódicos informativos, el servicio de correos con Nueva York y las poblaciones de Connecticut, y la proximidad de los pinares de Maine, es el lugar más ventajoso.

—Yo mismo casi había llegado a esa conclusión, y ahora que conozco tu parecer, el asunto queda zanjado. Si trabajas conmigo, Forgeron, te convertiré en un hombre rico.

—O quizá sea yo quien te enriquezca a ti.
Rieron y se dieron un apretón de manos.

«Exitus in dubio est»

En Ámsterdam, los capitanes Piet Roos y Verdwijnen, sentados a una mesa de su cafetería preferida, hablaban de la posibilidad de ese matrimonio mencionado por Duquet.

—No me gusta ese hombre —dijo Piet—. Bajo unos modales afables, es frío y calculador. Pone sus intereses por encima de cualquier otra cosa. Algo en la manera en que esa fea cabeza se asienta sobre sus hombros anuncia la derrota a cualquiera que trate con él. Sonríe a menudo, sí, pero cuando sus labios se curvan, los ojos parecen guisantes secos. No percibo en él un sincero afecto por mi hija. Su conversación gira siempre en torno a lo que *él* desea, lo que *él* planea, los viajes que *él* emprende y el dinero que *él* tiene. Del resto de la vida, aparte de su provecho personal, poco sabe.

—Sí, coincido en que quizá eso sea verdad. El suyo es un punto de vista masculino y tosco, aunque lo he visto disfrutar contemplando un jardín chino. En todo caso, ya es un hombre rico y va camino de manejar enormes sumas.

—Sí, a mí también me gusta el dinero, pero no como a Duquet. En él es codicia pecaminosa. Es lo único que le importa.

El capitán Verdwijnen tomó del gancho del techo la pipa de arcilla. Volvió a sentarse, desparramó hojas de tabaco en la mesa y empezó a cortarlas en porciones muy finas.

—Tiene una cabeza extraordinaria para los negocios y, como tú dices, la voluntad de dominar. Y un aterrador afán de trabajo. Si Cornelia contrae matrimonio con él, sería para ti un enlace familiar con mucho dinero y crédito. Siempre puedes incluir condiciones en el acuerdo matrimonial: por ejemplo,

puedes insistir en que, si das tu consentimiento al matrimonio, Cornelia y los hijos..., porque hijos habrá..., deben quedarse en Ámsterdam hasta que los niños cumplan cierta edad, pongamos catorce años o así. Él se ocupará de sus intereses en Nueva Francia, y por lo que tengo entendido ahora también, no sé cómo, en las colonias inglesas, y viajará a Ámsterdam cuando se lo permitan los negocios, para pasar prolongadas estancias con su esposa y su familia... y sus asociados comerciales. Yo no tengo ningún reparo en hacer negocios con él. Y creo que si le planteas que el matrimonio con Cornelia queda descartado sin estas disposiciones, lo aceptará; incluso es posible que las vea con buenos ojos, ya que, conociéndolo, no me lo imagino como uno de esos padres de familia que mecen a sus hijos en las rodillas, pese a que me da la impresión de que se siente solo.

—Es una de esas personas hechas para estar solas. Nació así. Y me disgusta la idea de que se suba a bordo de Cornelia como si mi hija fuera una canoa india. —Piet Roos se interrumpió un largo rato—. Podría hacer negocios con él, pero no lo quiero como yerno.

—Parte de esos sentimientos tuyos son los propios de cualquier padre para con su hija. Pero te basta con tenerlo bajo control. Aparte de esa codicia, tiene algo de necio. Es obtuso, carece de sutileza y a menudo actúa impulsivamente. Se ve a sí mismo como un hombre de baja extracción e ignorante que ha tenido que abrirse camino por su cuenta. Es manipulable. Respeta a hombres mayores como nosotros. Te escuchará. En esta vida nos cruzamos con personas difíciles. Debemos destinar un tiempo a escucharlas e intentar comprenderlas. Nunca debemos adoptar una posición de enfrentamiento.

Piet Roos, convencido a medias, dejó escapar un resoplido.

—Presiento que puede ser un hombre peligroso.

—Querido Piet, incluso un gorrión tiene el pico afilado. Si estipulas que Cornelia y la probable descendencia se queden aquí, tendrás control al menos sobre los hijos. Tú personalmente no tienes ningún hijo varón, y uno o dos nietos robustos podrían ser ventajosos. También podrías añadir condiciones mercantiles que os beneficiaran tanto a ti como a él: al fin y al cabo, tienes tres

barcos que recorren la ruta comercial de China y Japón; él, en cambio, no dispone de ninguno y se muere por ellos. Y tiene dinero, y más que tendrá. Nos hará ganar dinero. Lo sé. Así que sé paternal. Pero permanece alerta.

Duquet necesitó un año más de cortejo transatlántico, intentando granjearse la voluntad no de Cornelia, sino de su padre. Pero no cejó. La conseguiría. En Ámsterdam, en 1711, pasó unos días con Piet Roos, que examinó con gran minuciosidad los libros de contabilidad de Duquet, escuchó sus planes para el futuro y le formuló preguntas sagaces, sopesando las respuestas antes de consentir el matrimonio.

—Si no entiendo mal lo que propone, habría una triple asociación con respecto al comercio de China: Charles Duquet, Piet Roos y Outger Verdwijnen.

—Sí —contestó Duquet, vibrando internamente al oír los tres nombres enlazados.

—Bueno, en cuanto a eso, creo que podemos llegar a un acuerdo aceptable. El asunto del matrimonio es quizá más... delicado. Mi esposa y yo no deseamos separarnos de Cornelia. Comprenda que es nuestra hija menor y el ojito derecho de su madre.

Duquet esbozó una media sonrisa.

—No lo rechazo plenamente como pretendiente, sino que sugiero ciertas condiciones. Querríamos que Cornelia se quedara en Ámsterdam. —Siguió un largo silencio. Piet enrolló y desenrolló una esquina del papel en el que estaba escribiendo—. Yo le regalaría una casa de mi propiedad en la calle contigua a la mía, una casa muy agradable, cerca de sus padres y su hermana.

Duquet cambió de posición en la silla. Una casa, la casa de Cornelia, la casa de *él*.

—Por otro lado, preferiríamos que cualquier hijo nacido de esa unión viviera con su madre en Ámsterdam. Con la familia de ella cerca, Cornelia estará bien atendida. Usted puede vivir allí, naturalmente, pero si lo prefiere, puede quedarse en Nueva Francia... o, mejor aún, puede viajar entre esas tierras y Ámsterdam, no sólo por razones de negocios, sino para estar con su familia.

Miró a Duquet, que permanecía con el rostro inexpresivo y la boca un poco abierta. Duquet fijó la mirada en el tapiz que pendía de la pared detrás de Piet. Vio sólo la figura del borde: un halcón inclinado sobre una garza. La garza, boca arriba, tenía las garras en alto para defenderse. Pero el halcón se mostraba feroz y seguro de sí mismo. Debajo se leían las palabras «*Exitus in dubio est*», y Piet, al ver la expresión de desconcierto de Duquet, aclaró que eso en latín significaba «La huida es dudosa». Duquet se solidarizaba con el halcón. Piet dejó de lado la cáscara de la conversación y fue al meollo.

—Otros muchos han transitado ya ese camino, y no les ha ido mal. Si usted lo desea, pondré un barco y una tripulación a su disposición para esa travesía transatlántica. ¿Qué le parecen las condiciones?

Duquet asintió, porque ése era el vínculo que necesitaba.

—Sí, sí, le estoy muy agradecido. Jamás habría soñado una cosa así.

Pensó que le convenía más tener a su esposa holandesa en Ámsterdam, y librarse así de la manipulación y los vapores femeninos. A la vez dispondría de un lazo de consanguinidad con Piet Roos y el capitán Verdwijnen. Sabía que allí donde estuviera sería un extranjero. Ése era el precio. Lo pagaría.

La boda se celebró con un banquete y una competición etílica que se prolongaron durante varios días. El capitán Verdwijnen obsequió a la pareja con un espléndido juego de *vorks* de plata, los nuevos utensilios para comer. Margit taladró con su ojo izquierdo a Duquet mientras éste contemplaba el regalo. Aunque Duquet expresó con estridencia su admiración por los tenedores, en su fuero interno se ofendió por el regalo; sabía que era un reproche por sus modales todavía toscos a la mesa. Más de su agrado fue el bonito molinillo de café. Como también el exquisito tapiz de su suegro. Cornelia tardó una semana en despegar los labios, y lo que dijo entonces quedó entre Duquet y ella.

En el plazo de dieciocho meses, Duquet había engendrado a una hija y a un hijo varón que nació muerto prematuramente. Duquet pensaba sin cesar en ese hijo perdido, y allí donde miraba le parecía ver niños de facciones toscas. Hombres de su edad iban acompañados de robustos muchachos a medio crecer

forjados conforme a la voluntad y el oficio de su padre. Lo irritaba en especial el ejemplo de William Wentworth, hombre de creciente poder en New Hampshire cuya mujer producía hijos varones como un fabricante de tejas de madera extraía listones de una troza de cedro. Con nueve hijos, ¿qué no podría hacer Wentworth? Él, Duquet, necesitaba hijos desesperadamente, y así se lo dijo al capitán Verdwijnen una noche.

—Tiene usted muchas prisas con los hijos, como con todo lo demás — respondió el capitán—. Si no puede esperar hasta que Dios se los conceda, puede conseguir un hijo ya hecho en el *Weeshuis*, el orfanato, tantos como el rey Príamo si así lo quisiera. De hecho, creo que Cornelia pertenece al consejo de administración que gestiona el *Weeshuis*. Háblele del tema. — Encendió su pipa y miró a Duquet—. Y deje que sea ella quien elija a los chicos. Así su afecto será mayor. Puede ocuparse de su educación, y usted puede prepararlos para los negocios o para el mar.

A Duquet le gustó la idea de adoptar hijos ya hechos, y aunque no acababa de convencerle la idea de dejar la elección en manos de Cornelia, reconoció el valor de la recomendación diplomática del capitán Verdwijnen.

Cornelia, miembro en realidad del consejo de administración que supervisaba el funcionamiento de un asilo para ancianas, no el *Weeshuis*, acogió con agrado la idea de hacer el bien a los huérfanos. Dijo que con mucho gusto elegiría a varios chicos para que Duquet los examinara y tomara la decisión final. Así pues, en 1713 Jan y Nicolaus, los dos de nueve años, se convirtieron en hijos de Duquet e iniciaron de inmediato su proceso de educación y un curso de buenos modales y comportamiento correcto, y Cornelia albergaba la esperanza de que, acaso por influencia de los chicos, los resultados se vieran también en Duquet. Éste preparó un discurso antes de ver a los niños.

—Muchos chicos darían la mano derecha por las oportunidades que se os están ofreciendo a vosotros. Tenéis la posibilidad de ayudar a amasar una de las grandes fortunas del mundo, la posibilidad de salir del fango de las calles. También yo fui un niño de barriada; ni siquiera tuve la suerte de acceder a un orfanato, pero, como veis, he salido del lodazal.

Como a veces ocurre después de la adopción de un niño, ese mismo año Cornelia dio a luz a una criatura regordeta y saludable, el pequeño Outger, así llamado por su padrino, Outger Verdwijnen. Para Duquet no podía haber mayor satisfacción, pero ya no podía seguir aplazando su regreso a Boston y Nueva Francia. De camino a La Rochelle, lo asaltó repentinamente una idea: ¿por qué conformarse con tres hijos varones? ¿Acaso no podía elegir en las calles de La Rochelle a un niño pobre pero prometedor, un niño andrajoso como lo había sido él, desesperado por huir de la pobreza y un futuro muy negro? Él mismo buscaría a ese niño y se lo llevaría a Nueva Francia para que aprendiera algo sobre los bosques del Nuevo Mundo.

Escribió a Cornelia y a Piet Roos para anunciarles su hallazgo, un niño espabilado de once años, Bernard, que se hallaba ahora con él en Nueva Francia. Lo llevaría a Ámsterdam en su próximo viaje —probablemente en otoño—, para que conociera a su madre y sus hermanos y recibiera la debida educación.

—Ya ves —dijo el capitán Verdwijnen a Piet Roos—. Tal vez la bondad empieza a anidar en su corazón.

Piet Roos guardó silencio.

mala acción

De regreso en Nueva Francia, que la gente llamaba cada vez más Canadá por la antigua palabra iroquesa *kanata*, Duquet iba de aquí para allá sin parar, examinando, indagando, midiendo, observando y calculando. Había enviado a Ámsterdam a Bernard, el niño que encontró en La Rochelle, para que Cornelia lo educara y le enseñara modales. Las ramas y los desechos de madera de frondosa de baja calidad se convertían en leña de alta calidad. Y cada otoño llenaba veinte carretas hasta los topes para el mercado de Kébec, y para París cuando podía alquilar barcos con la perspectiva de que luego regresaran con un buen cargamento de té o café o telas, especias o porcelana; pero cuando esa perspectiva no era segura, por lo que a él respectaba los parisinos podían congelarse. Alquilar los barcos de Piet Roos no era mala opción, pero necesitaba tener sus propios navíos. Sería una suerte encontrar unos astilleros competentes en Nueva Francia. Había oído que ciertos empresarios de Kébec habían entablado conversaciones con el Gobierno francés, pero el asunto había quedado en agua de borrajas.

—Verá —dijo a Dred-Peacock durante una de sus reuniones en Boston—, las perspectivas de que eso ocurra son tan escasas que, me temo, voy a tener que abrir yo mi propio astillero.

Dred-Peacock mencionó otras posibilidades: Boston o Portsmouth, a orillas del Piscataqua, o incluso los puertos de la costa de Maine, cada vez mayores.

—En uno de esos puertos le harán un buen barco con madera local a un precio razonable. ¿Y acaso no sabe que los colonos construyen barcos especialmente diseñados para transportar los grandes mástiles de pino a Londres? Pues ahí tiene.

Y sin embargo lo fue postergando. La conversación pasó de la necesidad de tener barcos propios al negocio de la venta de madera a los astilleros. Duquet insistió en que quería clientes ingleses.

Dred-Peacock se encogió de hombros y lo puso en contacto con un constructor naval inglés y unos astilleros nuevos pero prometedores a orillas del río Clyde en Escocia, ahora unida a Inglaterra por el Acta de Unión de 1707.

—Mire el mapa, señor —dijo Dred-Peacock, impaciente ante los titubeos de Duquet—. Es el punto más cercano a las colonias: el tiempo de navegación más corto. Todo indica que en el Clyde las cosas van bien, pero necesitan buena madera. Están dispuestos a pagar por ella. Es una oportunidad que no puede pasarse por alto.

Duquet se decidió, y Dred-Peacock se embolsó buena parte de los beneficios, que aumentaron año a año. Existían en Nueva Francia sólidos precedentes de comercio con el enemigo —Brûlé, Radisson, Des Groseilliers habían sentado las bases—, pero los acuerdos con los ingleses y los escoceses al principio eran secretos, complejos, caros e incluso peligrosos. Se requerían veinte hectáreas de robles para construir un buque de guerra de setenta y cuatro cañones, y los bosques de frondosas a orillas de los ríos de Nueva Francia empezaron a sucumbir a las ambiciones de Duquet. Pero él veía un obstáculo en la distancia entre Kébec y los lugares donde se concentraba el dinero en el mundo.

Dred-Peacock nunca dejó ver su rostro mal formado a Duquet en Kébec; era siempre Duquet quien realizaba el viaje a Boston. Una vez, sentados ante sus papeles y recibos en El Letrero de la Botella Roja, la fonda preferida de ambos, cerca de los muelles, Dred-Peacock le dio un consejo.

—Duquet, ha llegado el momento de que se plantee trasladar sus operaciones comerciales a Boston, a las colonias. —Hizo una seña al camarero para que les sirviera otro plato de ostras.

—Bueno, me lo he planteado —contestó Duquet, e hizo girar la cerveza en la jarra hasta que ésta se derramó como si así quedara zanjada la cuestión —. Me lo he planteado a menudo. Estoy prácticamente decidido.

Había observado que crecían más frondosas en el sur, que las grandes praderas y claros facilitaban tanto el asentamiento como el transporte. La bahía de Massachusetts era un hervidero de barcos. Aquél era el mejor lugar para un hombre de negocios. Y sin embargo...

Dred-Peacock miró la cerveza derramada con expresión de desagrado. Duquet era un patán maleducado, incapaz de distinguir lo pintoresco, y menos aún de valorarlo. A Dred-Peacock lo único que le interesaba de él era su extraordinaria capacidad para ganar dinero.

—Maldita sea, ya va siendo hora de que pase a la acción. De que deje de pensar y pase a la acción. A diario hay individuos, los muy hijos de perra, que se establecen en los bosques con sus aserraderos y se hacen con el control de la tierra. En Maine hay un sinfín de pinos blancos para mástiles. Ya sabe que para eso existe un enorme mercado si se consigue cargarlos en un barco con rumbo a Escocia, Inglaterra o incluso España o Portugal. —Llegó el plato, con tres grandes y succulentas ostras que despedían un resplandor húmedo, cada una del tamaño de la mano de un hombre.

Duquet asintió, pero tenía una expresión avinagrada. DredPeacock prosiguió, con voz vibrante:

—Donde hay mercado y dinero, el hombre de negocios debe actuar. Y eso será inconmensurablemente más fácil si opera usted desde Boston en lugar de quedarse en el maldito *Kuibeck*. Y con mi ayuda, será posible gestionar esos asuntos. —Tomó la primera ostra.

Duquet seguía titubeando. Tenía valiosos contactos en Nueva Francia y sentía un rechazo innato hacia la lengua inglesa. Dred-Peacock insistió.

—Y tengo entendido que en Nueva Francia, en cualquier caso, muchos empiezan a creer que algún día los ingleses se impondrán, tal como una liebre percibe que su perseguidor acelera el paso. Tampoco puede descartarse la posibilidad de que las colonias se unan, expulsen a los ingleses y se apoderen de Nueva Francia. Cosas más raras se han visto. Y permítame señalar que los

constructores navales escoceses, los muy hijos de perra, tienen tal interés en procurarse las excelentes maderas de América que algunos se han trasladado a las colonias para estar cerca de la fuente de suministro.

Ahora Duquet era socio de los dos holandeses, y varios barcos propiedad de Roos, Verdwijnen y Duquet, pero con enseñas británicas, surcaban los mares entre los puertos de Portsmouth y Boston y los astilleros cada vez más numerosos de Clyde. Era, a menudo comentaban, como caminar por una red de cuerdas flojas, pero nadaban en dinero como en un banco de sardinas. Sólo tenían que echar sus redes para pescarlo. Y compartirlo con Dred-Peacock.

A lo largo del siguiente año, conforme crecían sus hijos, estimulados por las cartas comerciales detalladas y rebosantes de consejos que escribía a cada uno de ellos todos los domingos, Duquet empezó a adquirir parcelas de bosque en Maine con ayuda de Dred-Peacock. El talento de éste para el procedimiento legal de adquirir «municipios» remotos no tenía parangón, y el antiguo conocido de Duquet de sus tiempos de *voyageur*, el agrimensor Jacques Forgeron, localizaba las mejores zonas madereras, a la par Duquet aprendía de él los criterios de evaluación de un bosque propios del especialista. Para un observador externo, Forgeron era un hombre adusto excesivamente apegado a sus malditas cadenas de medición. Podía usar una como arma, haciéndola girar y girar hasta que adquiría velocidad, y entonces lanzar el extremo libre para mutilar. Bien sabía Duquet que mucho tiempo atrás Forgeron había utilizado esa cadena en el Viejo Mundo y después había huido a Nueva Francia para empezar de cero. Duquet pensaba que probablemente eran muchos los que se hallaban en la situación de Forgeron, pero no le daba mayor importancia. El pasado apenas contaba. Además, ahora era socio de Duquet et Fils, quizá incluso amigo, si podía describirse así un lazo comercial entre dos hombres para los que la amistad era algo ajeno.

Una tarde de octubre, Duquet y Forgeron vararon su canoa en la orilla arenosa de un río de Maine, frente a una de sus nuevas parcelas pobladas de pinos blancos, ocho mil hectáreas a treinta centavos la hectárea. Una estrecha orla de hielo se había formado en la orilla umbría. La intensa luz otoñal teñía

los árboles caducifolios del color amarillo anaranjado del xanteno. Sus oscuras sombras se proyectaban en el suelo como estatuas caídas. Sin hablar, los hombres empezaron a recoger leña. Forgeron alzó una mano.

—Escucha —susurró.

Oyeron el sonido de unos hachazos no muy lejos y se encaminaron en esa dirección con cautela.

Con una ácida andanada de furia, Duquet vio a unos desconocidos con calzones embreados cortar sus pinos, mientras otros desramaban los árboles caídos y uno los marcaba. Dos hombres trabajaban con hachas de carpintero para escuadrar los troncos. Duquet estaba seguro de que tenían un foso de aserrar no muy lejos. Por sus claros ojos saltones y sus tececillos pálidos, supo que eran colonos ingleses. Aunque Duquet et Fils no vacilaba a la hora de talar grandes árboles allí donde crecieran, era intolerable ser víctima de esa misma práctica.

Tras lanzar una exclamación, Duquet, con su inglés macarrónico, preguntó:

—¿Quién ha dicho venir a mi tierra cortar mi árbol? —Estaba tan furioso que la voz apenas le salía de la garganta.

Forgeron avanzó junto a él blandiendo levemente la cadena.

Los leñadores, sorprendidos, los miraron y acto seguido, empuñando aún sus herramientas, echaron a correr en una trayectoria oblicua hacia el río, donde probablemente tenían sus *bateaux*. Pero uno con una venda sucia en el muslo derecho se rezagó.

Duquet no vaciló. Sacó el tomahawk del cinturón, lo lanzó y alcanzó al fugitivo en la pantorrilla izquierda. El hombre cayó y pidió ayuda a gritos a sus compañeros con voz aguda e infantil. Uno de los prófugos se dio media vuelta y, mirando fijamente a Duquet, dijo algo al hombre caído. El enfrentamiento duró sólo unos segundos, pero dejó la imagen indeleble de un hombre inflamado de odio. Duquet no olvidó aquel rostro ancho y pecoso encuadrado por un cabello y una barba rojos, aquellos ojos amarillos de animal fijos en él, la súbita forma de volverse y la atropellada carrera en dirección al río.

—Vienen de los asentamientos costeros —dijo Forgeron mientras corrían.

Maniataron a su prisionero herido, un muchacho no mayor de catorce años, y lo llevaron a rastras hasta un pino, donde lo amarraron en un hueco formado entre las raíces salientes.

—Muchacho, *garçon*, habla o primero corto los dedos. Luego los huevos. ¿Quién eres? ¿Con qué hombres estar? ¿Cómo venido aquí?

El chico, ya fuera por el dolor o en un gesto de desafío, cerró los labios en una apretada línea. Duquet le agarró el brazo y lo obligó a extender la mano izquierda sobre una de las grandes raíces curvas. De un rápido hachazo, le cortó el meñique y parte del dedo contiguo.

—Habla o corto más. Mueres sin cabeza.

El cruento interrogatorio proporcionó a Duquet la información de que los ladrones de Maine trabajaban para el dueño de un aserradero, un tal McBogle, agente de Elisha Cooke. Duquet llevaba años oyendo hablar de Cooke; todos lo definían como un enardecido opositor a la autoridad de la Corona. Pero el nombre de McBogle era nuevo para él. Aunque le martillaba el corazón de rabia, Duquet pensó que Elisha Cooke y tal vez incluso McBogle le podrían ser útiles, y se grabó sus nombres en la memoria. Obtendría más información sobre ellos por medio de Dred-Peacock.

—¿Por qué venido aquí y robar pino? —preguntó.

—Sólo queríamos cortar unos pocos árboles. Lejos de los hombres del Servicio Topográfico de la Corona.

—Muestra heridas. —Cuando el muchacho enseñó la mano mutilada, Duquet dijo colérico—: No, eso no. Sólo rasguño. Herida pierna. —Incluso de lejos, percibía el hedor de la infección. Con la mano ilesa, el muchacho se retiró la venda de la pierna derecha y dejó a la vista un tajo profundo y putrefacto en el muslo. Era una herida fea. Una veta de tejidos inflamados y enrojecidos se extendía hacia la entropierna.

—¿Cómo suceder? —preguntó.

—Mi tío Robert taló un pino muy grande. Una rama se rompió y se me clavó en la pierna.

Aquel destrozo tenía muy mal aspecto. En comparación, el corte en la pantorrilla causado por el tomahawk de Duquet era una herida limpia, pese a que no había seccionado un tendón por poco, y el dedo cortado, una insignificancia. No había nada que hacer. Llevaron al chico al campamento de

los intrusos, a un kilómetro río abajo, donde encontraron ropa abandonada, cazos y sartenes y los restos de un ciervo suspendidos de un árbol; allí lo dejaron, cerca de la fogata todavía en ascuas.

—Nos quedaremos aquí —dijo Duquet a Forgeron—, en vista de que los ladrones nos han preparado el campamento.

Intentaba hablar con serenidad, pero bullía en él una ira mayor de la que había experimentado jamás. Después de todas las injusticias que había padecido, después de todo lo que había hecho —viajar al Nuevo Mundo, escapar de Trépigny, adquirir el duro oficio del *voyageur*, encontrar una manera de explotar el bosque en su beneficio, aprender a leer y escribir y las cuatro reglas, visitar China—, después de todos los contactos mercantiles que había establecido, iban esas alimañas de Maine y robaban la madera.

Forgeron fue a por la canoa y volvió con ella al campamento mientras Duquet inspeccionaba la zona hasta encontrar el aserradero. Los ingleses sólo habían pasado allí unos días, pero tenían la clara intención de aserrar. Lo supo por la pila de maderos desramados y escuadrados. Se preguntó si se proponían construir un fuerte. Se decía que los ingleses planeaban levantar fortines a orillas de todos los ríos.

—Pongámosles nuestra marca —dijo Duquet, y Forgeron y él tomaron posesión de los troncos con dos profundos hachazos en la base. Estudiaron posibles maneras de trasladarlos. Al final concluyeron que lo mejor sería transportar los troncos en almadía hasta el aserradero más cercano y venderlos por lo que les dieran. Mientras Duquet se quedaba a vigilar la madera por si los ladrones regresaban, Forgeron viajó a Portsmouth para contratar a una cuadrilla de almadieros.

A última hora de la tarde refrescó. Unas nubes del color de la uva negra cubrieron el cielo y llovió durante una hora. Después del chaparrón, la temperatura cayó a cotas invernales. Duquet despertó al alba, temblando. No se movía el aire, pero todas las ramas, grandes y pequeñas, se hallaban erizadas de escarcha. A lo lejos, los lobos cruzaban mensajes, traspasando la mañana con sus aullidos. Probablemente habían detectado la sangre y la infección del muchacho, y acecharían sin dejarse ver a la espera de una oportunidad. Duquet se levantó y apiló más leña en la fogata. El herido tenía

los ojos cerrados, el rostro febril y abotargado, las mejillas húmedas de escarcha fundida. Duquet pensó que no sobreviviría a otra noche de frío, o que ni siquiera llegaría al final del día.

Con cierto apremio, sacudió al muchacho para despertarlo y lo asaeteó a preguntas: su nombre, su pueblo, la casa de su familia, cuántas personas. Pero el muchacho no hacía más que pedir con voz cascada agua, que Duquet le negaba, y finalmente se sumió en el silencio. Aún vivía. Duquet pasó el resto del breve día calculando los pies tablares de los pinos talados.

La luz se desvaneció prematuramente cuando crecientes nubarrones de tormenta invadieron el cielo a la vez que un viento cargado de aguanieve chacoloteaba y silbaba entre los pinos. Cuando aún quedaba luz suficiente para ver con claridad, Duquet se acercó al prisionero, que yacía boca arriba, y la pierna derecha rezumaba infección, filtrándose a través de la venda una espuma amarilla purulenta; la tenía un poco doblada a un lado, como si fuera a desprendérsele. Nada podía hacerse con ese lastre salvo esperar a que muriera: otra noche fría. El muchacho abrió los ojos y miró en dirección a algo en la otra orilla del río. Duquet siguió su mirada, esperando ver algún indio o tal vez a alguno de los ladrones que regresaba. Vio sólo un muro de pinos, hasta que un destello amarillo le indicó dónde mirar. Un gran búho gris los observaba desde una rama. Tenía los ojos muy pequeños y juntos, como dos barrenas idénticas.

El muchacho habló.

—Ayúdeme —dijo en inglés—. Ayúdeme.

Dentro de Duquet algo semejante a una piña muy prieta lamida por las llamas se abrió repentinamente y estalló en una furia insensata e incontrolable: la rabia acumulada a lo largo de toda una vida.

—¡A mí nadie me ha ayudado nunca! —vociferó—. ¡Lo he hecho todo yo solo! ¡He resistido! Me he enfrentado a hombres poderosos. He sufrido en el bosque. ¡He aceptado el riesgo de la muerte! ¡A mí nadie me ha ayudado!

El muchacho siguió con sus ojos enfebrecidos el brazo de Duquet cuando éste lo alzó y no los cerró hasta que el tomahawk le partió el cerebro. Luego Duquet hundió el hacha en el barro arcilloso para limpiarla.

Bajo la nevada, desmontó el andamiaje del foso de aserrar y lanzó el cadáver del muchacho al hoyo, apiló encima los maderos del andamiaje y les prendió fuego. Salió la luna en cuarto creciente. Unas horas más tarde, cuando la pira dejó de arder, fue con la pala a llenar el hoyo con la tierra extraída y medio congelada, pero antes de echar la primera palada, bajó la vista y vio los huesos ennegrecidos de los brazos alzados como si pidieran ayuda.

—*Foutu!* ¡Lo tuyo se acabó!

Paleó.

Forgeron llegó al cabo de cuatro días con seis hombres, que empezaron a construir una almadía con los pinos talados. No había la menor señal del muchacho herido, y aunque Forgeron abrió la boca para hablar en varias ocasiones, no dijo nada salvo que, con la guerra, resultaba muy difícil encontrar mano de obra capacitada.

cambio de aires

Una vez más Duquet cambió, se reinventó. En Boston, Duquet et Fils se convirtió en Duke & Sons, y él en Charles Duke. Aun así, conservó la empresa y algunas tierras en Nueva Francia. Estaba con Dred-Peacock en el salón de El Perro de Madera, una agradable taberna con un cartel en el que se veía un mastín labrado en relieve que daba nombre al establecimiento y que se había convertido en su lugar de encuentro preferido, ya que El Letrero de la Botella Roja había ardido en un incendio que se llevó la mitad de los muelles y varios barcos.

—¿Sabe algo de ese tal McBogle? —preguntó Duke, a la vez que rompía el borde de la masa de la empanada de carne con sus toscos dedos.

Dred-Peacock, con peluca y de punta en blanco, contempló su café humeante.

—No lo conozco personalmente, pero he oído despotricar a mucha gente acerca de sus métodos. Maine está saturado de empresarios madereros, aserraderos, agrimensores, ejércitos de leñadores, destiladores de potasa y trementina y colonos, todos asaltando los bosques de libre acceso.

—Piensan igual que yo —dijo Duke—, así que no puedo echárselo en cara. Pero aunque les entusiasman las armas, y se protegen, los bosques son peligrosos porque están plagados de enemigos, no sólo los adversarios en la guerra, sino también los hombres del Servicio Topográfico de la Corona. Sin embargo, no son más que hombres.

—Los colonos son gente dura, desde luego, pero los hay más duros, sobre todo en New Hampshire. Me refiero a esos individuos de origen escocés que de un tiempo a esta parte están llegando del Úlster, en Irlanda.

—Serán como el resto de los mortales, digo yo.

—No. Son distintos. Son hombres condenadamente extraños y crueles, propensos a organizarse en clanes y de un orgullo desmedido, con sed de venganza por agravios imaginados, bebedores empedernidos y de una resistencia inhumana. Esos hijos de perra prefieren dormir a la intemperie bajo una tormenta antes que en la comodidad de una casa. Conocen este territorio como los puñeteros indios y su lema es vivir en libertad. Esos cabrones son inmunes al frío y al calor y soportan el dolor como los indios, estoicamente y en silencio, incluso con deleite. Los montes y los ríos son sus caminos; el bosque, su refugio. Para vivir, eligen los lugares más recónditos. Y son combatientes decisivos en la creciente animadversión entre franceses e ingleses. —Se interrumpió y, cogiendo su taza de café, miró a Duke a los ojos —. Dud McBogle, sus hermanos y sus hijos se cuentan entre esos hombres.

Duke echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—En fin, he oído innumerables cuentos de terror, e incluiría entre ellos los rumores sobre McBogle. Seguro que come niños como si fueran caramelos y lleva una capa de piel roja adornada con los huesos de sus víctimas. ¿Qué le parecería si le dijera que estoy pensando en asociarme con ese hombre?

Por una vez, Dred-Peacock no tuvo nada que decir.

La guerra en curso y los indios merodeadores obligaron a los asentamientos de Maine, entre los cuales había varios pequeños astilleros, a agruparse en las márgenes de las marismas. Pero Charles Duke descubrió la bahía de Penobscot, donde el gran río desembocaba en el Atlántico, y allí construyó una casa enorme. Se consideró el primer hombre blanco establecido en aquel lugar, ya que despreciaba a los pocos *métis* francófonos, fruto de la fornicación de los sacerdotes que habían vivido antes entre los indios. La tierra que circundaba la bahía, llamada Norumbega por un explorador desconocido, era, según las fantasías de gentes crédulas, el emplazamiento de una ciudad legendaria revestida de oro y piedras preciosas, como Kinkenadon

o L'Isle Imaginaire. Y allí Henry Hudson, con su gran bigote, había cortado el primer pino del Nuevo Mundo destinado a convertirse en un mástil de barco. Sólo por esa razón el sitio ya le gustaba.

La casa de madera de Duke parecía más un fortín que una vivienda. Su espacio de trabajo, en torno a una enorme mesa hecha con un solo tablón de pino de algo más de un metro de anchura, ocupaba la mitad de la planta. Había llegado el momento de reclamar la presencia de sus hijos, ahora ya mayores, en el Nuevo Mundo y ponerlos a trabajar, aunque el pequeño Outger no tenía aún edad para separarse de su madre.

Sus hijos de Ámsterdam, Jan y Nicolaus Duke, hablaban fluidamente en holandés, francés e inglés y chapurreaban el alemán, el frisio y el portugués. Jan tenía especial aptitud para los números y conocía las sutilezas de la contabilidad. Ofrecía la misma apariencia de arrojo que un almadiero en un río erizado de rocas. Nicolaus, de constitución imponente, poseía una gran fortaleza física y una vena cruel que, pensaba Duke, lo haría temible en la mesa de negociación. Bernard y él tenían algo de marinos, ya que los dos habían viajado varias veces a China en los barcos de Piet Roos. Jan y Nicolaus se ocuparían del trato con los mercaderes, los contratos y los envíos. El hijo francés, Bernard, estaba regresando del Báltico, donde había estudiado los detalles técnicos de la fabricación de brea y alquitrán, y había aprendido un poco de sueco y suficiente danés para ser útil. Se pondría al frente de la producción de suministros navales. Y él, Charles Duke, el padre, continuaría estableciendo contactos, compraría municipios sobre el papel y organizaría el trabajo de los leñadores y los aserraderos en los ríos importantes, supervisando el creciente imperio. Había llegado la hora de reunir a sus hijos en torno a él. Sin embargo, éstos no le interesaban más que como pruebas de su éxito. Eran los hijos que necesitaba. Escribió a Cornelia en inglés.

Mi mui querida esposa:

Espero qe cuando yege esta carta tu y los chicos esteis bien de salud. Quería escribir ace tres dias pero el tintero estaba tan seco qe no havia palabras en el y por desgracia no tenia probisiones en el armario. Ayer yego una carreta y oy cogo la pluma para escribirte. A yegado la hora de qe mis ijos, de cullos cuidados y educación te as ocupado, se inizien en la vida de

negocios aquí conmigo en Boston y la costa de Mein y Nueva Francia. Les escribiré a cada uno yaré efectibo nuestro acuerdo. Estoy convencido de que triunfarán en todos nuestros asuntos con tu alluda y la de tu querido padre y tu tío. Están tan capacitados como yo podría aver deseado. Lamento estar lejos y privado de amistad aquí y espero reunirme contigo dentro de tres meses. Pido a Dios que no te falte grata compañía asta mi regreso.

*Charles Duke, bahía de Penoscot, costa de Mein
3 de marzo de 1717*

Instaló a sus hijos en Boston, pero visitaban la casa de la bahía de Penoscot una vez al mes para reunirse en el salón de trabajo, donde desparramaban sus papeles y sus libros sobre la gran mesa de pino.

Duke no se había equivocado. A los pocos meses, los hijos empezaban ya a expresar sus impresiones e ideas. Jan, con su cara larga y huesuda y sus ojos de color avellana entornados como si mirara hacia el futuro, era tal vez el más previsor, pero siempre hablaban entre sí antes de exponerle sus nuevas ideas.

—Padre —dijo Jan—, hemos advertido que se están estableciendo cada vez más constructores navales en la costa de Nueva Inglaterra. Creemos que sería sensato introducirnos en la industria de la construcción naval. Se reduciría la necesidad de transportar troncos, mástiles, baupreses y vergas a los puertos ingleses o europeos. Es una oportunidad.

—Sí —coincidió Duke—. A menudo he pensado que sería bueno entrar en el negocio de los astilleros, cada vez más a menudo, pero siempre he vacilado. Oyéndoos me reafirmo en la idea.

—También en la producción de brea y alquitrán —añadió Bernard, que los había desconcertado a todos al llegar de los países bálticos con una esposa grande y caballuna, Birgit—. Aquí tenemos pino bronco para la brea, claro está, pero los mejores árboles crecen en las Carolinas. Y allí además hay esclavos. Propongo que adquiramos y explotemos una plantación de pinos broncos en Carolina.

—Así se hará —dijo el padre, satisfecho.

desaparición

Un día, en Boston, Dred-Peacock fue a ver a Duke a su almacén, cerca de los muelles, un edificio amplio y lóbrego que olía a pino, roble, pieles y raíces.

—He pensado que quizá querría usted saber que el hombre a quien mencionó hace un tiempo ha estado preguntando a mucha gente por usted: cuántos aserraderos tiene, si está podrido de dinero, de cuántos barcos dispone, cuánta superficie posee entre fincas maderables y municipios. Él, por su parte, está al frente de cinco o seis aserraderos, quizá más, en las orillas de los afluentes del Penobscot y en New Hampshire. Empieza a parecer un rival de consideración.

—¿A quién se refiere? ¿A Elisha Cooke? —preguntó Duke.

—No, a su maldito hombre fuerte, McBogle.

—Es verdad —dijo Duke—. Ya me han llegado noticias. Hace muchas preguntas, pero no se deja ver. ¿Cuál es su impresión al respecto?

—Coincido con usted: convendría absorberlo. Tiene fama de hombre peligroso. Dudo que podamos comprar sus negocios, pero una asociación podría resultar tentadora. Mantiene relaciones cordiales no sólo con Elisha Cooke y los Wentworth, sino también con muchos jueces y hombres de negocios de aquí y de New Hampshire. Sin embargo, carece de nuestros contactos al otro lado del Atlántico. —Era Dred-Peacock quien tenía esos valiosos contactos con ingleses y europeos.

—Debemos hablar con él y ver qué se puede hacer. ¿Cómo lo encontraremos?

—Eso puede ser difícil. Tiene a orillas del Moosegut lo que llaman un «aserradero de tormenta», porque sólo funciona debidamente cuando las aguas bajan crecidas por la lluvia, y una casa cerca del río. Lleva una vida muy aislada en ese lugar remoto. Si vamos allí, tendremos que llevar a unos cuantos hombres, porque, según he oído, tiene bajo sus órdenes a una banda de rufianes. Puedo acompañarlo dentro de una semana. Pero no antes.

—*Bien* —respondió Duke en francés—. Eso me vale.

Al cabo de una hora llegó a Boston Forgeron, que había supervisado las labores de tala de una cuadrilla de leñadores en los densos pinares de uno de los municipios de Duke. Un sarpullido enrojecía su rostro enjuto. Titubeó, como si no deseara dar la noticia. Cuando por fin habló, arrojó las palabras como si de naipes se tratase.

—Nos hemos encontrado con que se habían llevado los mejores árboles. Los tocones aún rezumaban savia.

—¿Quién ha sido? —preguntó Duke.

—*Ne sais pas*, no lo sé. Pero, según dicen, la semana pasada ese tal McBogle mandó a España dos grandes cargamentos de mástiles. Habrá obtenido amplios beneficios. Se lo conoce por la piratería de árboles.

—Tengo previsto ir en busca de ese hombre para ver si es posible llegar a un acuerdo. Trabajaremos en colaboración con él.

—No se distingue por su sumisión.

—Tampoco yo. Dred-Peacock nos acompañará el lunes. Tú también debes venir. —Había que hacer algo con McBogle, y lo harían—. Es necesario que vayamos en grupo, porque no sabemos de qué efectivos dispone McBogle.

Pero en el transcurso del último año Duke había empezado a notar un claro deterioro en la vista, y la oscuridad se alternaba con destellos de luz y pequeñas partículas que se deslizaban por su campo visual como aves en el cielo. Sin decir nada a Forgeron al respecto, se limitó a preguntarle:

—¿Qué te pasa en la cara, que la tienes tan áspera y roja?

Forgeron se encogió de hombros.

El plan se torció desde el primer momento. Dos días después arribó al puerto de Boston un paquebote con grandes sacas de correo. Entre la montaña de cartas dirigidas a Dred-Peacock, una lo informaba de que su hermano mayor y su sobrino habían perecido en un incendio y que él, Dred-Peacock, había heredado el título, la gran casa (ahora con un ala este un tanto chamuscada) y la finca de ochocientas hectáreas de la familia, El Tejo de Dred, en Wiltshire.

En cuestión de segundos se esfumaron sus proclamas sobre la libertad y los derechos de las colonias, se marchitó su pretendida consagración a la autodeterminación de Nueva Inglaterra.

—Debo irme —anunció a Duke—. Es mi responsabilidad para con mi familia y para con la hacienda, y para con el gran tejo que queda ahora bajo mis cuidados. No puedo eludir el título ni la responsabilidad. Me marcho de inmediato. —Duke advirtió en su voz un tono altanero reprimido durante largo tiempo—. Le escribiré en cuanto haya resuelto mis asuntos. Creo que podremos seguir con nuestras empresas comerciales.

—Sí —dijo Duke—. Ya veo. —«Rascas en la superficie de un colono de Nueva Inglaterra», pensó, «y encuentras a un inglés, tal como la corteza de un árbol oculta la podredumbre interior»—. Pero cuesta dar crédito a ese parloteo suyo sobre un «tejo». ¿Qué hombre abandonaría una tierra hermosa y rica por un árbol altivo?

—Es un árbol inmortal, con siglos de antigüedad. Está en la hacienda de mi familia desde antes de Cristo, desde los tiempos en que los hombres veneraban a los tejos y los robles. Es algo que sin duda usted no puede entender.

¿Qué podía contestar Duke a eso? Nada. Lo que importaba era la continuidad de sus relaciones comerciales. Y como si eso no bastara, llegó la noticia de que Forgeron padecía una virulenta inflamación cutánea y anginas, una garganta putrefacta y dolorida que lo obligaba a guardar cama. Duke dijo que no aplazaría sus planes. Iría en busca de McBogle él solo.

Encargó una cantimplora de café solo y fuerte. Lo racionaría, lo bebería frío, evitando las fogatas, ya que merodeaban por el bosque indios y franceses. Una goleta lo llevó a la desembocadura del Penobscot e inició su solitario viaje.

Era primavera, y las placas de hielo podrido flotaban en la corriente junto con millares de troncos. En las orillas, numerosos gancheros reunían los troncos señalados con las marcas de propiedad de sus patronos madereros. La labor prosiguió toda la noche a la luz de enormes hogueras: hombres de pies ágiles corrían sobre la alfombra movediza de troncos mezclados para enganchar con los bicheros aquellos que les pertenecían y guiarlos hasta la orilla. Era imposible introducir una canoa en medio de aquel caos. Duke había ordenado a sus propias cuadrillas retener los troncos hasta que ese bosque flotante desapareciera del río. Emprendió el camino a pie. Y vio en la margen a dos hombres que se alejaban del río ondeante y se adentraban oblicuamente en el bosque. Sonrió. ¿Se imaginaban acaso que nadie se había dado cuenta?

A veces avanzaba por oscuros senderos indios siguiendo mojones casi siempre ocultos por la irregular enramada de las coníferas, pero más a menudo se abría paso entre la broza resultante de la tala o efecto de los vendavales. Si bien los leñadores habían trabajado en la franja contigua al río, a un par de kilómetros tierra adentro se hallaba aún la *terre sauvage*, que, al igual que el mar, exhalaba una grandeza natural. Las ramas de los árboles formaban arcos sobre el silencioso paraje como el techo oscuro de una cripta.

Tardó un día entero en cruzar una zona quemada el otoño anterior. Los troncos carbonizados de los árboles más pequeños tenían sus propias ramas negras y enmarañadas en torno a las raíces, como calzones caídos, algunos aún incandescentes donde el fuego no se había sofocado del todo. Los árboles más grandes estaban ligeramente chamuscados pero indemnes. La nieve del invierno había convertido la ceniza en barro negro. En las pendientes escarpadas, eran los antiguos monstruos derribados por el viento los que representaban el mayor obstáculo. Algunos, cuyas ramas debían de haberse entrelazado con las de sus vecinos, habían arrastrado a éstos en su caída. A menudo tenía que pasar a rastras bajo esas barreras, ya que no era posible rodearlas, pues otros árboles yacentes obstruían el camino. Fue incapaz de contar todos los torrentes y ciénagas. Las copas de los árboles deslumbraban;

centenares de miles de aves migratorias rumbo al norte batían sus alas resplandecientes por encima de él. Vio búhos nivales planear en silencio por entre los árboles, porque ese invierno habían llegado en gran cantidad a los bosques de Maine y, con el cambio de estación, se retiraban hacia tierras frías. Se cansó de ver cedros doblados y tronchados por el viento y reluciente agua empantanada. Durante toda una tarde tuvo la sensación de que lo observaban, y al espesarse el crepúsculo vio un cárabo lapón volar hasta un muñón de rama y clavar en él sus ojos como si fueran garras. De todas las aves, esa miserable era la que más aborrecía.

Después de seis días, Duke atajó de nuevo hacia el Penobscot siguiendo el cauce del Moosegut; el aserradero de McBogle no podía andar muy lejos. Aguzó el oído, atento al sonido de un salto de agua. Percibió el aserradero en los pies antes de verlo, el estrépito metálico y los chirridos de los engranajes del eje de transmisión y la biela transfiriéndose por el suelo con ritmo percusivo. Era primavera, pensó, y pronto, cuando el agua volviera a correr libremente, reverberaría por todo el bosque el ruido de numerosos aserraderos. Veía mal; las ramas y las acículas de los árboles destellaban. De pronto cobró forma el aserradero, una maciza estructura de troncos que sostenía el peso de la maquinaria de la sierra múltiple. Y allí estaba Dud McBogle, de pie por encima de él en medio de un estallido de luces trémulas.

Se reconocieron al instante. Dud McBogle era el ladrón de madera de barba rojiza que tiempo atrás se había vuelto y había dicho algo a gritos al muchacho herido. Duke se sintió envuelto por una nube de peligro. Al instante la sangre pareció retroceder en sus venas. Los dientes de las sierras en movimiento roían y refulgían. Vio que corría el riesgo de morir. *Exitus in dubio est.*

—Lo estaba esperando —dijo Dud McBogle con toda naturalidad—. Volví, ¿sabe? Volví y desenterré a mi chico del foso donde usted lo quemó.

Los dos hombres que había visto en la margen del río salieron de detrás de una esquina y se plantaron a su lado. Lo que no podía ocurrir empezó a ocurrir.

—¡Todavía no! —prorrumpió Duke—. No he terminado...

Pero a la edad de cincuenta y tres años, con su fortuna asegurada sólo a medias, sí había terminado.

III

Todos estos bosques eran antaño nuestros
(1724-1767)

perros y villanos

Sentado durante una hora en un banco de pino nudoso e incómodo, esperó hasta que el secretario del gobernador le indicó que podía pasar. En su juventud, Louis-Joseph Crème había servido como misionero en Nueva Francia. Después lo habían enviado a Port Royal, en Acadia, un paraje absolutamente agreste, y mientras vivía entre los mi'kmaq empezó a anotar en un cuaderno el rico vocabulario que empleaban para denominar las estructuras geológicas, la meteorología y las estaciones, las plantas, los animales, las criaturas mitológicas, los ríos y las mareas. Vio que los indios vivían tan estrechamente ligados al mundo natural que forzosamente su lengua debía reflejar esa unión, y lo uno no podía separarse de lo otro. Por lo visto, creían que su pueblo había crecido en aquel lugar como los árboles crecen de la tierra, como las piedras nuevas afloran del suelo en primavera. Louis-Joseph Crème pensaba que la palabra central de este principio, *weji-sqalia'timk*, merecía por sí sola un diccionario entero.

Ahora, con entradas en el pelo y artritis en las articulaciones pese a que tenía sólo cuarenta años, se presentó ante el gobernador. Temblaba, síntoma de una inminente enfermedad. Dormir en el suelo no le sentaba bien. Él no era de allí, no había brotado de la tierra, y por tanto para él el suelo era duro.

El gobernador era un hombre altivo, muy pedante, *un bêcheur* de mentón hendido y voluminosa papada. Por su aspecto se diría que había estado colgado en una bolsa de seda en la sala contigua hasta la hora de salir y cumplir con las funciones de su cargo. Fijó la mirada en la pared, sin cruzarla en ningún momento con la de père Crème.

—Está de más que le diga, obviamente, que los ingleses de la bahía de Hudson presionan desde el norte, presionan desde el mar, oprimen Acadia, presionan hacia el este desde el valle del Ohio. Nueva Francia es un hervidero de espías, exploradores, ingleses y milicianos venidos de Nueva Inglaterra. Los barcos ingleses y bostonianos están devastando la pesquería costera.

El misionero pensó que todas las frases que ese hombre pronunciaba escondían un sentido subterráneo que él no alcanzaba a entender.

—Su excelencia, los mi'kmaq son llamados continuamente a combatir al servicio de Francia, a pesar de que hoy día les quedan ya muy pocos guerreros. En otro tiempo fueron una tribu vigorosa, tan abundante como los pelos de las cabezas de diez hombres. Ahora cuentan sólo con unos cientos de guerreros. A medida que van muriendo, los que quedan pierden su sensibilidad, sus conocimientos se desvanecen. —Esperaba no desvanecerse él también. Se sentía un tanto mareado.

—¡Su sensibilidad! Esas gentes son maestros de crueldades muy ingeniosas. Baste mencionar como ejemplo aquel joven marinero capturado en un pesquero. Las mujeres, aún más inhumanas que los hombres, lo torturaron a base de fuego y cuchillo. Le quemaron con hierros candentes los pies, las piernas, las partes pudendas. Le practicaron un corte tras otro con las hojas de sus armas hasta que la sangre manó como una fuente en abril, y luego le metieron los pies chamuscados en una olla de hierro con agua hirviendo. No me hable, pues, de «sensibilidad». Su deber se reduce a velar por sus almas. E inculcarles amor y respeto a *le Roi notre prince*, el rey, nuestro príncipe. E incitarlos a combatir contra los ingleses. Ése es su cometido. —Hablaba como una persona segura en su posición de poder.

Père Crème sabía que el poder temporal tenía sus límites, algunos de ellos muy bruscos si uno se fijaba en la historia reciente.

—Procuro humildemente cumplir ese cometido a la menor oportunidad —contestó. Sintió que, de pronto, los escalofríos daban paso al calor de la fiebre—. Y, en todo caso, ese marinero era inglés, protestante.

—Eso no viene al caso. Parece que considera a los indios personas especiales. No son más que hombres, y hombres de poco fiar, dicho sea de paso. Nos vemos obligados a utilizarlos como combatientes ahora que nuestro territorio, que el gran fuerte que estamos construyendo en Luisburgo, se halla

bajo la amenaza de los ingleses. Ésa será la puerta a nuestras posesiones en América del Norte. Ya sabe lo importante que es Acadia para Nueva Francia. Francia debe recuperarla. Es un acceso al mar esencial. —Entrelazó los dedos y se los flexionó hacia atrás.

Père Crème se abstuvo de mencionar que el fuerte no podría proteger el acceso al mar: eso era responsabilidad de la flota francesa. Pero se limitó a decir:

—Su excelencia, los indios sufren. Tienen sentimientos. Aman su tierra, que nosotros les estamos arrebatando; aman a sus hijos, a quienes estamos corrompiendo con nuestras mercancías y nuestras imposiciones. Dicen que Francia les atribuye poco valor, y ésta es desde hace mucho su tierra, donde incontables generaciones han vivido en paz.

—Ya veo. Mire, père Crème, mi impresión es que carece usted de fervor por la causa de Francia.

—No, no. Sólo los compadezco. Han perdido tanto, a tanta gente...

¿Por qué ese hombre no podía entender que los mi'kmaq sólo deseaban vivir su vida como llevaban haciéndolo desde hacía muchas generaciones, y que cada día eso era menos factible?

—Francia también ha perdido muchos hombres. Más le valdría pensar en ellos que en esos paganos libertinos, perros y villanos todos ellos. Habrá observado que no son cristianos como usted, un hombre consagrado a Dios.

En cuanto el gobernador lo despachó, père Crème se encaminó hacia la puerta con los pies descoordinados y el cuello torcido. En silencio, pidió a Dios que el gobernador fuera más perspicaz, más benévolo. O mejor aún, que cayera fulminado por un síncope y no volviera a levantarse nunca más. Inmediatamente se retractó de este deseo cruel y pidió perdón.

Unos días después dirigió una carta a su hermana Marguerite, una de los centenares de cartas jamás enviadas, porque no tenía hermana. Proporcionaba solaz a su alma tener una confidente imaginaria, y además así conseguía ordenar sus pensamientos, a veces caóticos.

Querida hermana Marguerite:

Por un momento la imaginó, esbelta y pálida, sentada en una silla verde mientras abría su carta con un cortaplumas de plata. Acaso luciera un guardapelo con un mechón de su hermano dentro, o un retrato en miniatura de su madre, a quien père Crème apenas conseguía evocar entre sus desvaídos recuerdos.

A diferencia de nosotros, no llevan una vida ordenada. Su tiempo se acomoda a los ciclos de abundancia de animales, fruta y pescado; es decir, a las temporadas de la caza y la maduración de las bayas. Uno de sus atributos más curiosos es que consideran sus iguales a los árboles, las plantas, toda suerte de peces, los alces y los osos. Muchas de sus leyendas hacen referencia a mujeres que se casan con nutrias o aves, o a hombres que se transforman en osos hasta que les viene en gana convertirse otra vez en hombres. En el bosque hablan con los sapos y los escarabajos como si fueran allegados. A veces tengo la impresión de que son ellos quienes me enseñan a mí.

Se interrumpió durante un largo rato porque tenía la sensación de que no se explicaba bien.

Para ellos, los árboles son personas. En vano les digo que los árboles son para que los hombres construyan casas y barcos. En vano les digo que cacen menos y cultiven huertos, grano y alimentos, que pongan orden en sus días. Ellos no quieren saber nada al respecto. Así que muchos franceses los consideran holgazanes, porque no labran la tierra.

He oído contar que en otros tiempos...

Auguste

Los hijos de Mari —Elphège, Theotiste, Achille, Noë y Zoë— buscaban su lugar en un mundo muy distinto del que aparecía en los relatos que contaba Mari sobre el rico pasado de los mi'kmaq. La realidad era difícil.

—*Dîner!* —anunció Noë sin molestarse en salir de la casa, a la vez que colocaba de cualquier manera en la mesa los cuencos de madera ajados, las cucharas viejas. No hubo respuesta, ni siquiera de Zoë, que siempre tenía algo que decir. Noë se acercó a la puerta y aguzó el oído. El viento terral había cambiado un poco de dirección, pero transportaba aún el tableteo apagado de unas botas sobre las rocas. Calzaban botas en lugar de mocasines. Noë sabía cómo interpretar eso, pero se negaba a admitirlo. Salió al camino. Auguste se agarró a su falda. Ella los vio en la orilla del mar, a lo lejos, cruzar las rocas desnudas. Si fueran sólo Elphège y Theotiste..., pero no, eran todos. Achille, Theotiste, Elphège y Rouge Emil, sus tres hermanos y el primo, y al final, casi corriendo para poder seguir el paso de los hombres que avanzaban a zancadas, la silueta menuda de Zoë. La angustia y la rabia se fundieron dentro de ella como una especie de sopa de ortigas y arenilla.

—¡Pues por mí ya podéis marcharos! —exclamó, y levantó a Auguste en brazos para que pudiera ver y recordar el acontecimiento—. Son ellos —dijo con los dientes apretados. Tomó una piedrecilla y se la puso a Auguste en la mano—. Tírala —instó—. Tírasela a esos inútiles que han huido. —Volvió a levantar la voz—. Marchaos, hermanos endemoniados y condenada hermana. —Y dirigiéndose al niño, añadió—: Tírala, tírales la piedra a esos que probablemente no volvamos a ver.

Pero incluso mientras lo decía supo que no era verdad, que actuaba a imagen de Renardette cuando se emborrachaba y tenía arranques de ira. No sabía por qué hablaba como alguien a quien detestaba, ni por qué volvía a emplear ese tono. No se comportaba como una *mi'kmaq*. ¿Por qué se acordaba siquiera de Renardette, enterrada ya en el pasado?

El niño arrojó la piedra, que cayó en el sendero. Mientras ésta rodaba, el crío vio a Zoë, la silueta más pequeña, volverse y mirar atrás; Zoë, que respondió con un gesto a su brazo extendido. La figura que encabezaba la marcha se volvió también y trazó un arco en el aire con el brazo, un saludo característico de Achille que arrancó un gemido a Noë. Los hombres debían partir para cazar alces, pero por las botas ella supo que iban a trabajar para el maderero francés.

—Vamos, querido Auguste. Nos comeremos toda la cena tú y yo.

Su casa era un *wikuom*, y aunque los *mi'kmaq* se sentaban en el suelo para estar en contacto con la tierra abastecedora, allí tenían una mesa baja hecha de un único tablón, con los clavos hundidos en las patas desde arriba. Antes de enfriarse en la olla el guiso con olor a pato, ajo silvestre, arroz salvaje y verduras, se abrió la cortina en el umbral de la puerta y entró Zoë.

—No es lo que piensas —se apresuró a decir sin dar tiempo a Noë a mediar palabra—. Van otra vez a talar árboles a orillas del San Juan. Rouge Emil se enteró por Ojo Tapado de que debían ir. Sólo este invierno. Elphège ha dicho que el dinero está en su mocasín bueno. Úsalo para lo que necesitamos, dice. Volverán en primavera, cuando echen al río los troncos cortados. Volverán un poco ricos, tal vez. Pero Achille no. Él va a cazar alces.

Noë asintió. Si Zoë se quedaba, no había problema, y si Achille regresaba de la cacería al cabo de unos diez días, se las arreglarían para pasar el invierno. Era la idea del abandono lo que le daba miedo. Siempre había temido que desaparecieran todos y quedarse sola. Sirvió el guiso en un cuenco para Zoë y lo colocó ante ella. Cuando ésta vació el cuenco, Noë volvió a llenárselo.

—No querían irse, pensando en lo que ocurrió la otra vez. El padre de Rouge Emil se instalará aquí con nosotras para que no vuelva a ocurrir. No tardará en venir. Otras personas han visto irse a nuestros hermanos y creen que sólo estamos aquí tú y yo.

—Creen que sólo estoy yo: te han visto irte con ellos.

Zoë se encogió de hombros e hizo una mueca.

—A lo mejor. A lo mejor también me han visto volver.

Al cabo de un rato, el padre de Rouge Emil, Cache Emil, apareció en la puerta. Tiró al suelo algo grande y pesado envuelto en una lona ensangrentada.

—*Moinawa* —dijo—. Carne de oso. —Miró la olla con el guiso.

Noë le llenó un cuenco.

—Qué bueno.

Les contó que había matado el oso mientras cazaba con Achille hacía unas semanas. Además de la carne de oso, había traído sus mantas y su mosquete de chispa. Dormiría fuera, en el pequeño *wikuom* que compartían Theotiste y Elphège.

—Si yo estoy aquí, ningún hombre os molestará.

Tres años antes, los hermanos habían viajado a La Hève para pedir trabajo en el aserradero, pero un hombre con un parche en un ojo contestó que les bastaba con los indios de la zona y que se marcharan. El primo, Rouge Emil, insistió. Se colocó junto a una pila de tablones.

—¿Tiene trabajo para buen hachero cortar pino?

Todo el mundo sabía que los pinos del territorio *mi'kmaq* destinados a mástiles eran superiores a los árboles que crecían a orillas del San Lorenzo, que eran de grano grueso y más propensos a partirse. Ojo Tapado asintió.

—Es verano, pero siempre hay trabajo para buenos hacheros. Veamos qué sabéis hacer. —Fue al aserradero a por cuatro hachas y a continuación cebó la pipa—. ¿Veis aquellas dos píceas, enfrente de las rocas? Echadlas abajo. —Hablabá con tono de desdén, a sabiendas de que los indios eran holgazanes y estúpidos.

Ojo Tapado no se había terminado la pipa y las píceas ya yacían en el suelo una junto a la otra, desmochadas y desramadas. Cambió de opinión sobre los indios.

Dio su consentimiento, y ellos talaron pinos destinados a mástiles a orillas del río San Juan, a pesar del calor del verano y de las picaduras de los insectos. Al cabo de unos días iban recubiertos de una costra de brea negra,

una especie de armadura para los leñadores. Cuando llegaron, los pinos estaban en flor, y cada uno de aquellos grandes árboles expulsaba, a modo de palpitaciones, enormes cantidades de polen hasta cubrir todo el cielo, y los leñadores, e incluso los barcos en el mar, se maravillaron ante la resplandeciente lluvia amarilla.

Aquel verano, mientras sus hermanos hachaban lejos de allí, Noë, que por entonces contaba catorce inviernos recién cumplidos, recogía cebollas silvestres cuando la violaron dos muchachos del asentamiento francés, en uno de los cuales reconoció a Dieudonné, el hijo de un pescador, que volvió una y otra vez en busca de placer. Noë no pudo escapar de él. Parecía vivir entre la maleza cerca de su *wikuom*. Era poco más que un niño, un niño pescador, de rostro rojizo y reseco y mirada esquiva, como si temiera que el sacerdote se hallara cerca. De tanto tirar de las redes y remar, era fuerte. Al principio Noë lo aborreció, pero al cabo de unas semanas, viendo en él una actitud más afectuosa, empezó a corresponderle a pesar de que era dos años mayor que el chico. Dieudonné dijo que deseaba casarse con ella y que, cuando fuese mayor, se lo plantearía a sus padres.

Cuando los hermanos regresaron del San Juan, el estado de Noë era evidente. Nadie lo mencionó. Pero al día siguiente Elphège la observó en silencio durante largo rato. Esperó. Y ella le contó cómo había ocurrido. Para entonces Dieudonné hacía semanas que había muerto, junto con su padre, su tío y otros acadianos, porque sus embarcaciones de pesca se habían visto atrapadas en un concentrado remolino de tormenta que dejó la costa sembrada de barcos destrozados. Imaginó a Dieudonné en las garras del implacable mar, tal como ella había estado en las garras de él. El fruto del difunto muchacho fue Auguste.

Durante su infancia en el bosque, pensó Noë, ninguno de ellos imaginó que acabarían en la orilla del mar, lejos de la casa de René y Mari. Pero allí estaban. Ella no se había planteado tener un hijo, pero ahora estaba allí Auguste. Todo eso había ocurrido porque Theotiste y Elphège los habían llevado a Mi'kma'ki, la tierra de la memoria.

sentido de la propiedad

Ese gran cambio en sus vidas se había producido por culpa de Renardette, que los empujó a vivir de otra manera, al modo de los forasteros. Durante años, en casa de René, los grandes bebedores de Wobik salían de entre los árboles y llamaban a Renardette. Uno de ellos, «Démon» Meillard, acudía con mucha frecuencia, y Renardette se adentraba en el bosque con él. Al día siguiente de la muerte de René, Renardette corrió a Wobik para echarse en brazos de Meillard, un viudo cuya afición a la bebida era comparable a la de ella.

Achille, Noë y Zoë se quedaron solos en la casa en el claro cada vez más amplio. Achille pescaba y cazaba, cortaba leña como antes hacía René, y elaboraba potasa a partir de madera de frondosa. Vendía el producto al mercader ambulante que, si hacía buen tiempo, pasaba por allí con su carreta cada mes o cada dos meses. Noë y Zoë recolectaban bayas, primulas, brotes de helecho en primavera, frutos secos, raíz de cálamo, manzanas de mayo, sasafrás y muchas cortezas para las medicinas que habían aprendido a preparar bajo la tutela de su madre. Hacían sirope de arce. Tenían un huerto, pero era pequeño y estaba plagado de malas hierbas porque habían heredado de Mari la aversión a cultivar. A veces crecían unas cuantas calabazas entre las adelfillas. Noë tejía toscas cestas con ramas de sauce que Achille vendía al hombre de la potasa. Zoë ordeñaba la vaca y la cuidaba. Habían tenido dos vacas, pero una murió al cabo de un mes del homicidio de René, quizá en solidaridad con él, pensaba Zoë, para que al espíritu de René lo reconfortara el espíritu de una vaca conocida.

Empañaban sus vidas las visitas no deseadas de Renardette, destrozada por la bebida, y su amante. Al principio no entendían por qué la pareja volvía una y otra vez a la antigua casa de René, pero se presentaban allí a menudo, acarreando bebida en garrafas que insistían en compartir con Achille. Renardette se pavoneaba por la casa, mirando cada cuchara, cada taza de madera. Con frecuencia examinaba un cazo o un paño y decía: «¡Vaya, esto es mío!». Noë le arrancaba el objeto de las manos.

—En esta casa no hay nada tuyo. Aquí no hay nada para ti.

—Esta casa es mía —insistía Renardette—. Me la regaló René. Me dijo: «Cuando yo me vaya, Renardette, esta casa será tuya».

—¡Eso es mentira! —exclamaba Zoë.

—¡Largo de aquí! —decía Noë, blandiendo la escoba.

Achille empezó a pensar que los borrachos querían la casa y las tierras de René y de buena gana los asesinarían a todos para conseguirlas. Se negaba a beber de su botella, pues sabía que perdería el conocimiento y entonces ellos tendrían la oportunidad de matarlo a él y a sus hermanas y echar la culpa de sus muertes a los cazarrecompensas. Poco a poco llegó a la conclusión de que ellos habían asesinado a René.

Las historias de la pareja de alcohólicos viajaron muy al este, hasta llegar a oídos de Elphège y Theotiste, junto con los rumores de que se proponían matar a Achille y a las gemelas y apropiarse de la casa y las tierras. Se enteraron de que Renardette sostenía que la casa era suya.

—Son blancos y creen que pueden apropiársela —dijo Elphège a Theotiste.

—Seguramente se saldrán con la suya.

A Elphège le preocupaba la cuestión de la herencia de la finca. ¿Tenía René derecho a donar la casa? ¿Pertenece siquiera a Trépagny? Todo eso era francés, ideas francesas, costumbres francesas. Costumbres inglesas, palabras inglesas, palabras francesas. Costumbres de invasores.

Los hermanos mayores habían vivido durante unos años en Odanak, la aldea india de los abenaki, los mi'kmaq y tribus mixtas, combatiendo al servicio de los franceses y haciendo incursiones en asentamientos de Nueva

Inglaterra para tomar rehenes. Antaño enemigos en la guerra, ahora hacían causa común, lamentándose de que sus tierras ancestrales hubiesen quedado sumergidas bajo una inundación de colonos blancos.

En Odanak, Theotiste había contraído matrimonio y engendrado un hijo, que murió de sarampión en su tercer año de vida, dos días después de que la madre sucumbiera a la misma enfermedad febril. Elphège era muy reservado en cuanto a su relación con las mujeres, e incluso cauto debido a su prolongado enamoramiento de la esposa más joven de Sosep, un anciano *sagmaw*.

Un día Theotiste acudió a su hermano. Elphège, sentado cerca del río, tallaba un mango para un cuchillo curvo.

—Hermano —dijo—, he pensado en nuestro hermano y nuestras hermanas menores, Achille, Noë y Zoë. Creo que deberíamos ir a buscarlos.

—¿Cómo? —exclamó Elphège—. ¿Ir a buscarlos? ¿Vivir aquí con ellos como una familia? ¿En Odanak? ¿O te refieres a visitarlos?

—No. Quiero que nos reunamos. Quiero que estén con nosotros, adondequiera que vayamos. Son parte de nuestro grupo. Cada vez tengo menos ganas de seguir en Odanak.

Elphège se quedó callado, y Theotiste, tras un largo silencio, añadió:

—Quizá no sea una buena idea.

Elphège lo miró.

—Hermano, tú siempre tienes buenas ideas. Necesito pensar en lo que has dicho. —Al cabo de un rato, dijo—: Tal vez sea buena idea que vayamos a ese lugar del que hablaba nuestra madre.

—Aquí somos sólo indios —afirmó Theotiste—. Allí seremos mi'kmaq.

Elphège guardó silencio durante un largo rato. No le gustaba entablar «conversaciones» propias de hombres blancos.

—René era un buen hombre —dijo al fin.

—Sí, lo era. ¿Te acuerdas de aquel invierno en que le dimos una serpiente y le enseñamos a jugar a las serpientes de nieve? Por la noche no quería parar.

—Sí. Trépany le quitó la serpiente y se la tiró al fuego.

—Ya ves tú, era sólo un palo. *Maman* le talló otra mejor. Se deslizaba bien por el suelo y llegaba muy lejos. Lo recuerdo muy bien. —Miró hacia el río—. Los hijos de una madre deben estar juntos. Tenemos la misma sangre. —Elphège asintió y agachó la cabeza sobre su trabajo.

Al cabo de unos días, Theotiste volvió a hablar.

—Lo ideal sería traerlos primero a Odanak y luego irnos con ellos al territorio de nuestra madre para establecernos allí. Aquí en Odanak hay otros mi'kmaq que vendrían con nosotros. Sosep quiere volver. Podríamos encontrar esposas. Yo era feliz cuando mi esposa estaba conmigo.

—Sí, una mujer mi'kmaq. Pero ¿nuestras hermanas y nuestro hermano estarán dispuestos a abandonar la casa de René para venir con nosotros?

—Es sólo la casa de un hombre blanco.

—Nuestra madre siempre tenía el pensamiento puesto en el territorio de su infancia. Lo llamaba la «tierra feliz». Es el lugar que nos corresponde, más que Odanak. Aunque, según dice Sosep, aquello ya no es lo que era y hay muchos problemas.

—Allí estaremos bien. He soñado que estaremos bien.

Elphège se dejó convencer por su hermano y dijo:

—Vamos, pues.

Llegaron a Wobik, ya mucho más grande, con numerosos caminos que serpenteaban en una y otra dirección. Los bosques, que en otro tiempo circundaban la aldea, ahora empezaban a casi dos kilómetros de la casa más lejana.

Dormían en el bosque. Elphège despertó y vio ante sus ojos la constelación de pájaros de fuego, que ya plegaban sus alas. Era la hora —*wopk*— en que la oscuridad griseaba, las trémulas formas nocturnas se solidificaban y adquirían otra vez sus contornos diurnos. Theotiste se levantó y se desperezó, estirando sus largos brazos por encima de la cabeza.

—Hoy será un buen día —presagió Theotiste, siempre optimista.

El humo, como siempre, salía en espiral por el agujero del tejado de la casa de René. Theotiste entró sin llamar. Noë, que estaba preparando gachas de harina de maíz, dejó caer la cuchara cuando él cruzó la puerta.

—¡Hermano! Qué susto me has dado. Ya sabes cómo murió nuestro padre... Creía que...

Zoë llegó de ordeñar la vaca, cargada con un cubo de leche. Lanzó un chillido de júbilo y abrazó primero a Theotiste y luego a Elphège. Achille, al oír su grito, subió desde el río, donde estaba reparando las trampas para anguilas.

Achille era tan apuesto que casi era imposible mantener en él la mirada. Era alto pero fibroso y flexible como el agua, de complexión perfecta. Su cabello lustroso se desplegaba al viento como un abanico; tenía los ojos oscuros, cálidos y risueños. Su boca, como la de Mari, se torcía en las comisuras, y todos los que veían la curva de esa sonrisa se acordaban de ella.

Las gemelas, muy jovencitas, se parecían más a René, con su pelo lacio y negro y ojos oblicuos. Eran tan activas como todas las mujeres: se agachaban, doblaban, recogían y tendían, repartían y aceptaban, acariciaban, servían cosas ricas en cuencos, ofrecían exquisiteces a sus hermanos.

Los hermanos mayores echaron una ojeada alrededor y contemplaron los objetos de su infancia: la vieja mesa con marcas de cuchillo. Theotiste recordó a Mari limpiándola con un retazo de piel húmeda. Aquellos platos de madera que había tallado René y había pulido Theotiste con una piedra de grano fino. El viejo *wikuom* de Mari se había desmoronado, pero recordaban haber dormido allí dentro de niños, recordaban los juncos de luz de luna que entraban por los minúsculos orificios.

—Hermanos —dijo Achille—, debo ocuparme de mi caldero de potasa. Salid conmigo y hablemos.

Fueron al obrador de potasa, a cierta distancia de allí. Removió el contenido del caldero con un palo.

—Es nuestra fuente de dinero, junto con la leña que corto.

¡Dinero!, pensó Theotiste con desdén, pero calló. Conversaron durante todo el día y hasta bien entrada la noche. Achille dijo:

—Cuando Renardette se marchó, prendimos fuego a su malévolo cobertizo, pero siguieron saliendo hombres del bosque a por la cerveza... y a por ella.

Llamó la atención de Theotiste algo que brillaba en el estante superior de la pared junto a la entrada. Algo parecido a un pequeño ojo de serpiente, pensó.

—Ninguno de vosotros se ha casado —comentó Elphège.

—Ah —dijo Achille—, las chicas de Wobik no son chicas mi'kmaq. ¿No debería yo buscar una mujer mi'kmaq?

Theotiste asintió.

—Eso deberíamos hacer todos. Incluso Elphège.

—¿Cómo? —dijo Elphège.

—Zoë y yo nunca vemos un buen hombre con el que casarnos —adujo Noë—. Estamos aquí en el bosque y los únicos que pasan son malos.

—Entonces quizá este sitio no os convenga, ¿no crees? —preguntó Theotiste.

—No, no. No nos conviene, aunque cuando éramos niños estábamos bien, pero ¿qué otra cosa podemos hacer?

—Queremos que vengáis con nosotros —anunció Elphège, como si eso hubiese sido idea suya—. Theotiste y yo somos los mayores, pero llevamos la misma sangre y siempre cuidaremos de vosotros. —Viniendo de Elphège, eso era todo un discurso.

Theotiste habló con el aplomo de alguien que sabe lo que dice:

—Nos proponemos salir en busca de la tierra de nuestra madre. Por mucho que haya cambiado, tiene que haber sitio para nosotros entre nuestro pueblo. Allí viven aún mi'kmaq, quizá incluso parientes nuestros. En Odanak hablé muchas veces con mi'kmaq. Algunos de ellos nos acompañarán.

Achille asintió.

—Hace un tiempo tuve la visión de que eso era lo que debíamos hacer —dijo Theotiste en voz muy baja—. Primero venimos a por vosotros, y luego nos vamos todos a Mi'kma'ki. Vi esas tierras tan hermosas como las describía nuestra madre.

—Pero ¿qué haremos con la casa de nuestro padre? —preguntó Achille, y con un gesto abarcó la casa, el río, las malas hierbas, el caldero de potasa lleno del fruto de su trabajo.

Con cierta tristeza, Elphège pensó que Achille acaso fuera más francés que mi'kmaq.

—Si te atienes a las pautas de propiedad del hombre blanco, podrías venderla —contestó Elphège—. Si no es así, basta con que la dejes y vengas con nosotros. ¿Qué piensas?

Lo que pensaba Achille era evidente. No podía marcharse sin más de allí después de tanto hachar y quemar. Tenía grabada en la mente la idea de que las cenizas poseían valor. Había desarrollado el sentido de la propiedad. Elphège se preguntó si acaso todos los mi'kmaq estaban transformándose en franceses, deseando dinero y mercancías. Pocos podían resistirse a la tentación del lujo, y Achille, Zoë y Noë eran *métis*, medio franceses, medio mi'kmaq.

Theotiste asintió.

—Puedes venderla. ¿Vive aún aquel viejo capitán? ¿Bouchard?

—La semana pasada aún vivía —contestó Achille—. Es muy viejo pero está fuerte. Sí, él tendría alguna idea.

—¿Por qué no vas a verlo y le preguntas qué podría hacerse con esta propiedad, con toda esta tierra estragada? Él podría ayudarnos.

A la mañana siguiente, Achille y Theotiste partieron rumbo a Wobik en la canoa de René, pero a menos de cinco kilómetros de la casa oyeron un silbido por encima de sus cabezas.

—*Vite!* ¡A la orilla! —dijo Achille con los dientes apretados, y desvió la canoa hacia unos sauces llorones para ocultarla tras sus densas ramas. Allí donde los sauces terminaban, sacaron la canoa a rastras a la orilla.

—El bosque es un hervidero de cazarrecompensas. Dejemos aquí la canoa y sigamos a pie. Pero con cuidado.

Theotiste apoyó la mano en el hombro de Achille en señal de conformidad y los dos avanzaron zigzagueando entre los árboles.

—¿Cómo? ¿Vender la casa de René? —preguntó el capitán Bouchard—. Sí, eso es posible. Hay un hombre, un tal Jean Mague, un granjero llegado de Francia que busca una propiedad con tierra desboscada y una casa. No tiene intención de malgastar los mejores años de su vida talando árboles. Creo que pagaría un precio justo. Está a punto de venir.

Para las labores de la granja, comentó, Jean Mague contaba con la ayuda de dos hermanos, tres hijos mayores con sus esposas y dos sobrinos con las suyas. Eran un grupo fuerte y hábil con las armas de fuego. Mientras el viejo hablaba, Jean Mague en persona cruzó la puerta, un rostro sin labios, de piernas y brazos tan largos como varas de *wikuom*.

Mague se interesó por las tierras de René Sel y se preguntó cómo habían acabado en poder de esos indios. Le gustaba la idea de hacerse con una sólida casa francesa, un caldero de potasa, tierra desboscada. Miró de arriba abajo a Achille y Theotiste con actitud un tanto insolente, pero accedió a acompañarlos a ver la propiedad de René.

—Les aseguro una cosa —dijo cuando le mencionaron la muerte de René—. Los cazarrecompensas nunca molestarán a mi familia.

Y siendo la clase de hombre que era, lamentó no llevar encima abalorios y whisky barato que trocar. Cargado con su arma, los siguió.

Cuando la casa aún no estaba a la vista, Theotiste se echó a correr para adelantarse. Rápidamente cavó en cierto lugar y guardó en su canasto lo que encontró; a continuación fue a toda prisa a la casa para avisar a Elphège y sus hermanas de que Jean Mague se acercaba. Noë entró precipitadamente en la habitación del fondo y revolvió allí en busca de la pequeña caja de corteza de abedul decorada con vistosas púas de puercoespín, una caja de la infancia de Mari que Noë tenía en alta estima. Junto a la entrada, Theotiste alargó el brazo hacia el estante alto y cogió la vieja serpiente de nieve de René. Salieron y fueron al lugar donde Achille hablaba ya con Jean Mague, mientras el recién llegado observaba la finca con los ojos entornados para dar a entender que nadie podía engañarlo. Sus hombros cuadrados y sus pasos largos y firmes indicaban que ya se consideraba dueño de aquello.

—¿Le daremos la potasa que he hecho? —preguntó Achille a Elphège en voz baja.

—Sí.

Antes de que empezasen siquiera a hablar del precio, los interrumpieron Renardette y Démon Meillard, que salieron del bosque a lomos de un caballo negro. Se los veía sobrios y adustos. Démon, con su rostro en forma de avellana, enrojecido como el de todo bebedor de ron, agrandado el exiguo mentón mediante una afilada perilla negra, dirigió la palabra sólo a Jean Mague y declaró que el anterior dueño, René Sel, el titular de la escritura registrada ante notario, había legado la finca a Renardette, su hija adoptiva. René y Renardette, dijo con pretendida actitud de complicidad, eran franceses de pura sangre. La dueña era Renardette, y no aquellos indios mestizos por ser, según ellos, hijos de René. Eso era una falsedad demostrable. ¿Qué indio conocía la verdadera identidad de su padre? ¡Ninguno!

Démon hablaba directamente a Jean Mague.

—Renardette le venderá esta excelente finca. Dejaremos constancia de la venta en el gran libro de registro del capitán Bouchard y el acuerdo será legal y vinculante. Éste es un asunto de hombres blancos. Estos indios no tienen derecho alguno, no son nada en absoluto. Nada.

Achille habló en susurros a Theotiste.

—Pero ¿no consta en el libro de registro que la casa era de René? ¿Y que René se casó con Mari, nuestra madre, conforme a la ley del hombre blanco?

También en susurros, Theotiste contestó:

—Quizá sí, pero cuando se lo pregunté al capitán Bouchard, entró en la habitación del fondo con el libro de registro, salió al cabo de un momento y me enseñó que no había nada. Pero yo vi los restos de una hoja arrancada en el pliegue del libro.

Al final, Jean Mague, Démon y Renardette Meillard se apartaron y, bajo los árboles, llegaron a un acuerdo. Se dieron la mano, se volvieron y miraron a Elphège, Theotiste, Achille, Zoë y Noë. Jean Mague dijo:

—He acordado con los dueños que compro la finca. Ahora debéis marcharos.

Se llevó al hombro el arma, ya cebada y cargada.

Achille se tensó de rabia, pero Elphège le tocó el brazo y le dijo en voz baja:

—Hermano, sólo es la casa de un hombre blanco. No vas a quedarte amarrado a un caldero de potasa como un blanco. Vámonos. Cazaremos y combatiremos. No quemaremos árboles para convertirlos en ceniza sucia.

Achille, cuajándosele la sangre por el veneno que fluía en ella, habló con voz tensa:

—Está claro que el capitán Bouchard los ha avisado y que ha arrancado del libro de registro el derecho de René. Tenía un trato amistoso con nuestro padre, porque nuestro padre era un *wenuj* blanco. Pero con nuestra madre y con nosotros su amistad era falsa.

—¿Qué más da? Te esperan muchos buenos años de caza. Será una vida mejor para ti.

Achille guardó silencio durante muchos latidos de corazón y luego dijo:

—Iremos con vosotros al territorio de nuestra madre.

—Bien. Primero vamos a Odanak.

Mi'kma'ki

En Odanak, poco acostumbrados al barullo, Zoë, Noë y Achille se sintieron cada vez más cohibidos. El poblado, con sus *wikuoms*, e incluso algunas cabañas de troncos, estaba atestado de gente que trabajaba, guisaba, curtía pieles, partía las cuadernas de las canoas, sacaba vistosas raíces enmarañadas de un caldero de teñir. Dos hombres jugaban a *waltes*, y cuando volcaban el vaso de madera, los dados de hueso rebotaban. Jen, una mujer mi'kmaq de rostro redondo, madre de tres hijos, miró a Zoë y Noë, sus sucios vestidos de blancas.

—Sentaos. Comed —dijo—. Sois niñas buenas y fuertes, y viajaréis a Mi'kma'ki.

Zoë y Noë, privadas de compañía femenina durante años, empezaron a relajarse. Noë llevaba consigo tres de sus cestas y se las enseñó, pero no despertaron la menor admiración. En Odanak había cesteras de gran destreza, y las mujeres sacaron varias piezas tejidas por ellas para mostrárselas: un recipiente oval de corteza de abedul cosido con raíz de píceas y adornado con dibujos tan historiados que el ojo era incapaz de retenerlos. Noë tocó una cesta con una decorativa orla de raíces negras trenzadas artísticamente en el borde. Algunas cestas eran minúsculas, tejidas con hierba dulce, y otras, ornadas con cintas de raíces teñidas de rojo y verde, ofrecían un aspecto magnífico.

—Quiero aprender a hacer cestas así de bonitas —dijo Zoë mientras apartaba de un puntapié el triste resultado de sus esfuerzos.

—Nosotras te enseñaremos —se ofreció una mujer joven y corpulenta de manos encallecidas, que les contó la historia de Ai'ip, una mujer perezosa que partía y trenzaba raíces en torno a sus dedos y, de algún modo, tejió la primera cesta—. Nadie tenía un nombre para ese objeto. Y tuvieron que llamarlo «esa cosa de raíces».

—Me apabulla tanta novedad —dijo Zoë—. No sabemos nada. —Y es que sólo tenían diez inviernos.

Theotiste, Elphège y Achille deseaban partir de inmediato rumbo a Mi'kma'ki, pero Sosep, un viejo trampero *sagmaw*, los llevó aparte y les habló largamente.

—Yo iré con vosotros. Pero no conviene marcharse ahora, cuando se nos echa encima el invierno. Allí en invierno no hay nada que comer. La gente viaja río arriba. Mejor será que esperemos hasta la primavera.

Achille estaba impaciente por irse.

—¿Por qué dice eso? ¿Acaso no hay comida en Mi'kma'ki? Mari, nuestra madre, nos decía que era una tierra de gran abundancia, de peces, langostas, almejas y ostras, aves a miles, plantas suculentas.

Sosep lo oyó y se echó a reír.

—Mi'kma'ki es un lugar para el verano. El invierno allí es muy duro, a menos que tengas en reserva diez alces y dieciséis osos.

Los Sel esperaron en Odanak durante más de cuatro ciclos lunares. Theotiste, Elphège y Achille cazaron y pescaron. Hablaron con los hombres sobre la mejor ruta para llegar a Mi'kma'ki. Ayudaron a Zoë y Noë a secar y ahumar carne de venado y angulas para su viaje. Noë, decidida a convertirse en una excelente cestera, trabajó en ello hasta que le salieron ampollas en los dedos.

El inminente viaje con sus hermanos mayores al territorio de su madre ocupaba los pensamientos de las gemelas. Por Mari conocían las distintas regiones de su tierra de origen: Lugar de la Patata Silvestre, Territorio del Curtidor de Piel y Tierra de la Niebla. Desechaban los recuerdos de su infancia en el bosque. ¿Cuándo llegaría la primavera?

Un día Theotiste dijo a Zoë que sin duda el espíritu de Mari estaría allí en los árboles y las plantas silvestres, quizá en las rocas, en los peces y en los animales. Sería una reconexión.

—Ojalá hubiéramos traído los huesos de *maman* —dijo Zoë.

Theotiste asintió.

—Los he traído —anunció.

—¡Bien hecho! —Poco después, Zoë añadió—: Ojalá hubiese traído el pequeño cesto de pared que hizo para poner el peine de René.

—Noë hará uno. Servirá para poner nuevos peines.

Cuando por fin partieron, una amiga de la difunta esposa de Theotiste los acompañó, junto con el viejo Sosep, que gozaba de sólida reputación como importante trampero, oscilante reputación como *sagmaw* y menguada reputación como jefe local. En su rostro surcado de cicatrices se dibujaba una expresión seria. Exhibía una actitud solemne, que denotaba carácter y sabiduría. Tenía los dientes grandes y amarillos, y entornaba los ojos negros porque le fallaba la vista.

—Menos mal que habéis esperado. Puede que incluso ahora sea demasiado pronto. Pero podemos avanzar. Mi ruta de trampero seguirá estando allí, en el territorio *mi'kmaq*, si es que esos franceses no han construido encima sus casas cuadradas. Deseo volver. Quería ver cómo era Odanak, pero incluso aquí hay hombres blancos. El peor es ese sacerdote de Odanak, el padre Lacet. —Imitó la expresión taimada del sacerdote, sus aspavientos—. Está agujereando todos los vasos de *waltes* para que no puedan contener agua; así no nos será posible practicar la adivinación. Yo os ayudaré. Conozco los lugares que vuestro padre prefería para poner trampas, porque me los indicó su hermano.

—¡Su hermano! —exclamó Theotiste—. ¿Tenemos un tío, pues? ¿Vivo?

—Más que vivo. Cache Emil. Él os enseñará ese lugar y otros. Pero últimamente los hombres blancos también quieren esos sitios. Y se los apropian sin cortesía y sin mediar palabra. Se los apropian sin más.

Theotiste y Elphège se quedaron de una pieza ante la noticia. Creían que su padre, a quien no recordaban, y todos los parientes de su padre habían muerto. Ese tío mágico era prueba de que habían tomado la decisión acertada.

—Nos abriremos paso a través de las nieves del final del invierno —dijo Sosep—. Debemos hacer raquetas, porque no las trajisteis de donde venís.

Y se sentó con Elphège, Theotiste y Achille para construir los armazones de madera de fresno mientras la amiga de la difunta esposa de Theotiste, junto con Zoë y Noë, tejía una espesa malla con cuero de caribú para llevar mejor el peso de su carga.

Empezaron a caminar en dirección al mar, que ninguno de los Sel había visto nunca salvo en la imaginación. El viaje fue duro para sus pies y tortuoso para sus mentes. Vivían de cecina y sacos de maíz, porque en esa época del año las criaturas salvajes se hallaban todavía en lo más hondo del bosque y las plantas no habían brotado aún del suelo. Cada mañana las márgenes de los arroyos estaban heladas. Pero la segunda semana, Theotiste atrapó dos gruesos castores.

El invierno regresó con una nevada, una vertiginosa masa voladora con la que se acumularon ventisqueros detrás de los troncos, y todo quedó cubierto. Cuando se despejó la tormenta y la noche pasó a ser como el día gracias al claro de luna, el frío arreció. En las semanas siguientes se vieron obligados en dos ocasiones a levantar *wikuoms* provisionales para cobijarse de las nevadas.

—Vaya final de primavera. Si nieva más —dijo Sosep—, tendremos que construir un tobogán.

—Quizá deje de nevar —comentó Theotiste.

—Quizá mañana no salga el sol —masculló Sosep.

—Tengo hambre —dijo Noë.

Sosep se echó a reír.

—Los mi'kmaq pueden soportar el hambre durante mucho tiempo sin morir.

Durante los días de espera dentro de los *wikuoms*, Noë y Zoë agobiaron a Theotiste y Elphège para que volvieran a contarles las historias de su madre sobre Mi'kma'ki. Nunca se cansaban de oír hablar de las concentraciones de arándanos, de los saúcos con sus umbelas caídas, de las carrasquillas, de los capulines, de los suculentos cangrejos de río, del castor asado, de las carnosas anguilas e, incluso, de la untuosa morsa, todo ello parte de la fértil vida de Mi'kma'ki, donde uno sólo tenía que salir del *wikuom* y coger un orondo pavo.

Más tarde Elphège se preguntaría si no había sido una equivocación llenarles la cabeza de historias de un mundo veraniego, tan distinto de lo que se encontraron cuando llegaron a su destino. Otros contaban relatos sobre Kluskap cuando la vida para los mi'kmaq era buena.

—Escuchadme —dijo Sosep—. Éste es un mal momento para volver a nuestro territorio, y no sólo por este tiempo tan impropio de la época del año. ¿Sabéis que el rey francés ha entregado nuestras tierras a los ingleses?

Theotiste lo miró.

—¿Cómo es posible? Ese rey francés no tiene derecho a dar esas tierras porque no son suyas. Son nuestras.

—Ocurrió hace unos inviernos. Seguramente oísteis hablar de ello en Odanak.

—Creí que no eran más que chismes. Oí que los británicos se apoderaron de Port Royal, pero tú ahora hablas de «nuestras tierras».

—Sí. Son nuestras tierras, pero sufrimos las intromisiones de franceses e ingleses. Los franceses nos ven como soldados para luchar por ellos, y nuestras mujeres sólo les sirven para joder. Los sacerdotes nos ven como un botín para su Dios, tal como nosotros vemos las pieles de los castores. No nos ven como gente digna de respeto. Los franceses nos utilizan para protegerlos. No entienden que somos aliados del rey francés, pero no súbditos suyos. No tenemos ninguna obligación para con él. Por eso nos hace regalos: para comprar nuestro favor. Ahora los británicos exigen codiciosamente aún más tierra que la que ha dado el rey francés sin ser suya. —Se interrumpió y alzó el mentón—. Y los británicos no hacen regalos.

—Pero los mi'kmaq están volviendo allí. Como nosotros. Y he oído decir que los franceses y los mi'kmaq a menudo se casan entre ellos, como nuestro padre René se casó con nuestra madre Mari.

—Sí, es verdad. Y eso es bueno, porque ya quedamos muy pocos. Ahora que los castores escasean, tenemos que casarnos con alguien, ¡ja, ja! Me temo que pronto veremos a los ingleses levantar sus casas en nuestras zonas tramperas.

—He oído que hay familias francesas viviendo cerca de los mi'kmaq y no son hostiles.

—Es posible, los franceses son amigos nuestros desde hace tiempo..., más o menos..., pero ahora los ingleses se creen dueños de todo. Sus colonos están estableciéndose aquí. El rey inglés paga una buena suma por cueros cabelludos de mi'kmaq. Así que guerreamos contra los ingleses. Muchos mi'kmaq están luchando en canoas. Somos buenos guerreros y capturamos muchas embarcaciones inglesas. Pero quedamos muy pocos. Enfermamos con frecuencia.

Llegaron al territorio mi'kmaq a finales de marzo, y la primavera se anunciaba trémulamente en el viento. Había empezado la migración de las aves. En un arroyo vieron abundantes pececillos nadar contra la corriente. Sosep señaló a diez o doce familias francesas que vivían a lo largo de la orilla. Habló del bosque y los pródigos lindes que habían abastecido de bayas y raíces comestibles a tantas generaciones, pero les advirtió que ahora gran parte de la tierra había sido arada y convertida en maizales y plantaciones de nabos. Esos acadianos franceses habían desecado muchas de las marismas para cultivar hierba de sal con la que alimentar su ganado. Los animales de caza de mayor tamaño, los alces, los caribús y los osos, se habían alejado. La población de castores se había reducido drásticamente por el exceso de capturas, ya que sus pieles podían trocarse por armas y recipientes metálicos. Sí, el castor se había convertido en una especie de moneda de cambio para el hombre blanco, y la costumbre de colocar una piel de castor sobre una tumba se había perdido.

—Aun así —dijo Theotiste—, podemos cambiar carne por maíz y calabazas. ¿No agradecerán los acadianos el venado como siempre han hecho, como agradecemos nosotros el pan? Y creo que el cielo y la tierra deben ser lo mismo que han sido siempre, porque ni los *plets-mun* ni los ingleses tienen el poder necesario para allanar acantilados, no tienen el poder para vaciar el mar ni para comerse el cielo. ¿No podemos vivir unos al lado de los otros?

—Tenemos pocas opciones —respondió Sosep con un mohín.

Y pronto hubo tantos pájaros que el cielo temblaba y tantos peces que la bahía bullía como el contenido de una cazuela. Había suficiente para todos.

Pese a lo mucho que se quejaba el anciano de que todo se había echado a perder, los Sel quedaron atónitos ante la inagotable abundancia de Mi'kma'ki. La gran bahía con sus poderosas mareas, los estuarios e islas, los ríos de agua dulce y el mar munificente les proporcionaban todo. Los recién llegados se quedaron contemplando el mar, que batía incesantemente; se quedaron mirando boquiabiertos cómo retrocedía la marea y dejaba a la vista kilómetros de barrizales salpicados de pequeños agujeros de los que surgía el silbido de los camarones fangueros. Igual de fascinante era el rápido retorno del mar, el sigilo con que se acercaba el agua salina.

Tenían que explorar ese territorio nuevo, sus acantilados rojos, las mareas cambiantes, la temporada del arenque, la del sábalo, las nuevas pautas de la meteorología y de las tormentas, distintas de las que habían conocido hasta entonces. Al principio el mar les pareció omnipotente, pero llegaron a la conclusión de que la verdadera riqueza de Mi'kma'ki residía en sus ríos. Tuvieron que aprender los nombres de peces desconocidos. Lejos de la costa nadaban varias clases de ballenas, marsopas y delfines. Había diversas variedades de focas, langostas del tamaño de una mujer. Los hombres Sel, en cuanto cazadores y tramperos, tuvieron que aprender rápidamente a valerse por sí mismos.

Descubrieron que los necios acadianos eran hortelanos diligentes, y por esa razón se daban aires de superioridad. Los mi'kmaq supervivientes vivían en los límites de las antiguas zonas tramperas, a cierta distancia de los colonos franceses.

—Pero nosotros, los recién llegados, no tenemos *wikuom*. No tenemos refugio —dijo Noë, que añoraba la estabilidad de un *wikuom*, o incluso de una casa. Tener una casa como la de un blanco era imposible, eso lo sabía. En Odanak se alzaban varias de esas estructuras geométricas, pero aquí la gente las despreciaba, y ejemplo de ello era el caso del joven cazador mi'kmaq que unos años antes había ido a un asentamiento blanco, donde vio a un inglés beber agua marrón de un plato. El plato era hermoso, con una orla de color azul oscuro. De algún modo, el joven se apropió de ese plato, o de uno parecido, y regresó con él a Mi'kma'ki. Sus vecinos se escandalizaron e

indignaron al verlo beber de él y lo mataron, acusándolo de traicionar las tradiciones de su pueblo. El repulsivo objeto fue hecho añicos contra una piedra.

—Pero —dijo la vieja abuela Loze— ahora dos familias tienen platos y nadie las ha matado. Todo cambia.

parientes consanguíneos

Con cierta ceremonia, Sosep llevó ante ellos a Cache Emil, el tío de Elphège y Theotiste. Cache Emil, un anciano alto y fuerte de robustos hombros y rostro muy arrugado, como si cada surco se hubiese grabado con sílex en su piel, dio un paso al frente y apoyó ambas manos en los hombros de Elphège.

—Sí —dijo—. Os conozco: sois los hijos de mi hermano. A lo largo de la vida he sentido muchas veces el pesar de la pérdida y la tristeza, pero hoy me invade tal júbilo que no tengo palabras para describirlo.

Abrazó primero a Elphège y luego a Theotiste; tenía las mejillas húmedas. Para Elphège y Theotiste, en ese mismo momento Cache Emil se convirtió en el centro de la vida. Sin saberlo, habían anhelado tener un padre. Cache Emil dijo que tenía un hijo, Rouge Emil. Primo suyo, de la misma sangre que ellos.

—Tú —dijo a Achille, que sólo contaba catorce inviernos— eres el hijo de Mari, esposa de mi hermano Lolan antes de que éste muriera. Bienvenido seas. Cuando vuelva Rouge Emil, celebraremos vuestra llegada con un banquete. Pero ven conmigo, Elphège. Te llevaré a antiguos lugares donde mi hermano, que era tu padre, a menudo cazaba sus presas, por la piel o por la carne. Y buenos lugares en las desembocaduras de los ríos donde poner cañales para atrapar peces. Sosep y yo hablaremos de las opciones de caza con trampa que más convienen a Theotiste... y a Achille.

Con actitud pomposa y formal, Sosep asignó a Elphège el antiguo territorio trampero de su padre y anunció a Theotiste y Achille que dispondrían de zonas productivas contiguas a la suya. ¡Eso no podía hacerlo

ningún sacerdote!

Pero Rouge Emil torció el gesto: ni su padre ni Sosep comprendían que la vieja costumbre de asignar territorios para la caza y la pesca ya no estaba en manos de los mi'kmaq; se habían impuesto los hombres blancos y sus normas en cuanto a la división de la tierra. Ahora ocupaban esos territorios casas, huertos y pastizales para vacas.

Achille respetaba a Cache Emil, pero se sentía más próximo al viejo Sosep; no al Sosep *sagmaw*, sino al Sosep famoso por sus aptitudes para la caza. Achille tenía un don natural para la caza desde pequeño; René había sido un leñador que cazaba sólo cuando lo acuciaba la necesidad. Para Achille ahora la caza era una pasión. Definía su nueva identidad en ese nuevo mundo. Prefería cazar y acechar en la tierra, y que los otros se ocuparan de la vida en los ríos y el mar.

En el banquete de bienvenida, Theotiste, que creía que la bebida era el brebaje de un espíritu malévolo, vio que Cache Emil bebió tan sólo un vasito de coñac; Rouge Emil, en cambio, se metía en el cuerpo un vaso tras otro.

—¿No bebes, primo? —preguntó Rouge Emil, pero Theotiste miró en otra dirección.

—Nunca me ha gustado el whisky del hombre blanco —masculló.

Rouge Emil siguió bebiendo hasta que sucumbió al efecto del alcohol y cayó sin sentido.

Pocos días después, un buen número de mi'kmaq acudió a ayudarlos a levantar un gran *wikuom*, de dimensiones suficientes para todos ellos, en las lindes del bosque, desde donde se veía el mar y un sendero descendía hasta la orilla. Allí enterraron los huesos de Mari. Tras una larga búsqueda, Achille mató un castor y depositó su piel sobre la tumba, como se hacía antes, pero al cabo de unos días la piel había desaparecido. Alguien se la había llevado para venderla.

Achille y Theotiste dijeron que más adelante construirían pequeños *wikuoms* en lugares adecuados, pero de momento era mejor que todos permanecieran juntos. Zoë se echó a reír al ver a un grupo de costureras

mi'kmaq coser su nueva casa como uno cosería una prenda, y la pusieron a pintar volutas y dobles curvas, negras, moradas y rojas, en la puerta de piel de alce.

—Hermana, nunca ha habido una entrada más hermosa —elogió Elphège.

Dentro del *wikuom*, extendieron en el suelo esterillas de junco, dejando un círculo central de piedras para la fogata. Dentro reinaba la calma. Dentro tenían su refugio.

—Un buen *wikuom* —dictaminó Cache Emil—. Los franceses alardean de las casas grandes y altas de sus pueblos, pero ¿para qué necesita uno una casa tan alta? Los hombres no tienen esa estatura. ¿Será que los visitan gigantes? Y esas casas, además, no pueden trasladarse, dicen. Y si esas casas y esos pueblos son tan magníficos, como a menudo nos cuentan, ¿por qué los abandonaron? ¿Por qué abandonaron a sus amigos y esposas y vinieron aquí? Seguramente a éstos, de tan estúpidos, peludos y codiciosos, los ha rechazado su propia gente.

Loze, la anciana abuela mi'kmaq que había estado en Odanak, dirigía la labor de costura.

—Pero todo ha cambiado —dijo, como siempre decía—. Como nuestros padres mataron tantos castores para trocar sus pieles con los europeos, los castores se han enfadado y se han marchado del territorio, y ahora nos transmiten enfermedades. —Señaló a Alit Spot, que tenía en el cuello y las manos úlceras que se resistían a curarse. Muchos de los viejos cazadores de castores habían padecido esas llagas, y cuando la enfermedad entraba en el interior del cuerpo, morían tosiendo y escupiendo sangre—. Pero vosotros ya lo sabéis —dijo—. Después de la anguila, la carne de castor es la preferida de los mi'kmaq. Destruimos nuestro mejor alimento para intercambiar las pieles con los hombres blancos. Ahora estas gentes llegadas de lejos pretenden apartarnos de la orilla, empujarnos hacia el interior, donde viven los insectos picadores. Aquí, cerca del mar, la brisa enseña buenos modales a los insectos. —Con envidia contó que había oído la historia verídica de que, en cierto lugar, unos mi'kmaq habían disparado contra las vacas de los colonos, y los soldados franceses habían arrestado a los cazadores—. Deberían haber arrestado a las vacas.

Contó también que de niña le habían enseñado dónde crecía la planta sonora, llamada *mededeskooï*, una planta mágica capaz de curar muchas enfermedades e incluso de conceder deseos. Antiguamente, era una planta escurridiza. La anciana siempre concluía sus relatos con la frase: «De eso hace mucho tiempo». Sí, así era la vida de antes.

Cuando mejoró el tiempo, acompañaba a los Sel al bajar la marea y les enseñaba a desenterrar almejas con los pies hundidos en ese fecundo fango, mientras las aves de la orilla correteaban ante ellos y se lanzaban advertencias mutuamente. Loze le contó a Noë que el caracolillo multicolor producía el hermoso tinte púrpura que tanto agradaba a los mi'kmaq.

—Un día te enseñaré cómo se hace —dijo la anciana, y los instó a recoger puñados de algas para dar sabor a las almejas que cocerían sobre piedras calientes.

El verano y el otoño quedaron atrás. Había llegado el momento de reforzar los *wikuoms* con pieles y robustos postes. Los colimbos emitían la característica voz previa a la tormenta, augurio de que el ser ultraterreno sin piernas, Coolpujot, pronto enviaría los vendavales del invierno. El frío y la nieve cada vez más profunda simplificaban la caza a los hombres. Achille se adentraba en el bosque con raquetas y dormía fuera muchas noches. En enero cazó focas en el hielo con Rouge Emil. Achille prefería cazar con Sosep, a quien llamaba *nikskamich*: abuelo. No fumaba en pipa porque le embotaba los sentidos. Se estremecía al pensar que en otro tiempo se plantaba ante un maloliente caldero de potasa. Aunque enero y febrero eran los mejores meses para la caza del alce, porque los perros podían empujar a los animales hasta la nieve profunda, donde les costaba avanzar y se convertían en presa fácil para los hombres con raquetas, Achille los cazaba en todas las estaciones. En verano, antes de una cacería, se daba un baño de vapor y luego se restregaba con tierra y hojas para camuflar su olor humano. A diferencia de otros cazadores, nunca utilizaba perros para localizar los alces, excepto en invierno; los olía a gran distancia y conocía sus hábitos y maneras de pensar. El viejo Sosep dijo a Cache Emil que Achille era uno de esos cazadores que surge una vez cada muchas generaciones, casi un *megumoowesoo*, uno de esos mi'kmaq

afortunados a quienes Kluskap honraba con atributos extraordinarios. Pero a Achille le decía en broma: «Ahora debes casarte y tener en casa una mujer a quien llevarle la carne que cazas. Ahora debes aprender a tocar la flauta para atraer a alguna».

En primavera, Achille fue con Rouge Emil a una isla donde anidaba *Apagtuey*, el alca gigante blanca. Cazaron dos cada uno, porque su carne era sabrosa y con su gola se confeccionaban los mejores carcajes, pero al año siguiente, cuando fueron a la misma isla, ya no quedaban aves, sino sólo plumas y huesos desparramados, porque los balleneros ingleses y bostonianos habían pasado por allí antes que ellos.

Con el tiempo, la gente empezó a decir que a Achille no le interesaban las chicas mi'kmaq porque debía de estar casado con un *team*, un alce, a juzgar por lo bien que conocía el comportamiento de este animal. Viajaba tierra adentro, y en una ocasión llegó muy al noroeste. Cuando regresó de un largo viaje, habló a solas con Elphège y le dijo que el capitán Bouchard no traicionaría a ningún otro mi'kmaq, porque la lengua se le había desprendido y había caído al suelo.

Elphège asintió y dijo:

—Hermano mío, eso está bien.

Mi'kma'ki era una tierra más pródiga en aves que los bosques de Nueva Francia, pero cuando comenzaron las migraciones anuales los asombró la cantidad de pájaros, tantos como copos en una ventisca, y el olor de sus cuerpos calientes intensificado por millones de alas pulsátiles. Daba la impresión de que se hallaban allí todas las aves del mundo, en especial los zarapitos, tan numerosos que cubrían la playa como un gigantesco manto gris cuando bajaban a cebarse de camarones fangueros. Surgían del horizonte meridional como olas coronadas de espuma. Era el tiempo de las aves asadas y cocidas, a la brasa y al vapor. Las palomas torcaces, que ellos habían visto durante su infancia en Kébec, oscurecían el mundo. También llegaban aves rapaces: gavilanes, águilas, halcones, cernícalos de miradas penetrantes. El viejo Sosep comentaba que pronto los europeos llegarían en cantidades comparables a las de las aves. Sus oyentes se estremecían. El *sagmaw* parecía

oscilar entre dos pensamientos: presagiaba la llegada de hordas de blancos procedentes del otro lado del mar a bordo de incontables navíos, pero hablaba y actuaba como si su mundo se rigiera aún por las tradiciones antiguas.

Durante las migraciones, Theotiste y Elphège salían de noche en sus canoas acompañados. Se tumbaban en silencio en el fondo de las canoas y las dejaban flotar a la deriva, como troncos, entre grandes bandadas de patos dormidos. De pronto, Cache Emil y el viejo Sosep encendían antorchas de abedul y las sostenían en alto sobre sus cabezas en la oscuridad. Los patos despertaban y, chillando, volaban atropelladamente en torno a las antorchas mientras los hombres más jóvenes los abatían a golpes de vara. Así llenaban cinco canoas de carnosos patos en una noche.

—Ahora, hermanos —decía Elphège alzando la voz—, ya veréis lo bien que comemos. Sin necesidad de viajes largos en solitario para no conseguir más que un alce viejo y duro; aquí, juntos, atraparemos muy pronto numerosos patos bien grasos y deliciosos.

Theotiste y Elphège, sentados al sol atenuado por la bruma, labraban mangos de hacha, porque los nuevos colonos blancos que llegaban a Mi'kma'ki no pensaban en otra cosa hasta haber derribado árboles suficientes para construir sus cabañas toscas y cuadradas. Dar la misma forma a la madera una y otra vez no era un trabajo interesante, pero dejaban la caza a Achille, tan sigiloso que era capaz de acercarse a un grévol engolado y deslizar por su cabeza un lazo de cuero prendido en el extremo de una vara en el preciso instante en que el ave, con mirada febril, iniciaba su aleteo para emprender el vuelo desde el tronco hueco en el que estaba posada. Hacer mangos de hacha a cambio de un poco de dinero ayudaba, porque ahora eran muchas las cosas que debían comprarse, cosas que antaño no se conocían. Necesitaban cazuelas y utensilios de metal, clavos, alambre, herramientas y armas.

Mientras desbastaban y tallaban los mangos de cedro, se acercó pendiente abajo un grupo de hombres y mujeres. Una de las mujeres, Talis, se detuvo. Era alta, de dientes impolutos y brillantes y unos ojos risueños en cuyas comisuras se formaban arrugas cuando sonreía.

—¿Por qué no dejáis esos palos y venís a ayudarnos a reparar el cañal?

—Eso digo yo, ¿por qué no? —convino Theotiste a la vez que se ponía en pie y dejaba el mango al que había empezado a dar forma—. Os acompañaré.

Los ríos de Mi'kma'ki no eran corrientes de agua solitarias, sino filamentos de una gran red de movimiento líquido que definía la tierra y se fundía con el mar en un flujo saliente y una impetuosa marea entrante. Cada arroyuelo, cada estruendoso caudal, cada torrente y rambla, cada cascada y aluvión tenía sus propias pautas y costumbres, y los mi'kmaq debían conocer esas pautas. Ése era el mundo acuático que Theotiste y Elphège empezaban a descubrir.

—Va a reventarme la cabeza de tanta sabiduría pesquera —dijo Elphège.

—Sí —contestó un viejo fibroso con los lóbulos de las orejas alargados—: mientras exista el pueblo mi'kmaq, habrá conocimientos sobre la pesca.

El rey francés mandó dinero para construir carreteras hacia el interior (donde querían arrinconar a los mi'kmaq, decía Sosep), y ahora muchos hombres, incluidos Theotiste y Elphège, cuando disponían de tiempo trabajaban temporalmente como cadeneros de los agrimensores y como peones en la nueva carretera a cambio de dinero contante y sonante. Talar árboles era otra de las cosas que debían hacerse, sostenían los recién llegados.

Cuando la compañía maderera de un hombre blanco instalaba una serrería e iniciaba la tala tierra adentro, había más trabajo remunerado y el dinero podía gastarse en la tienda de abastos. El misionero, père Crème, los instaba a abandonar las trampas y la pesca por un tiempo en favor de esa otra ocupación. Con el dinero, decía, podían comprar tocino y harina. Si bien el tocino era una comida repulsiva, la harina servía para hacer pan, y la gente le había tomado gusto al pan. Como Elphège, Theotiste y Achille habían bregado largas horas con René en las labores de desmonte, eran diestros en el manejo del hacha, y encontraron empleo al servicio de la empresa francesa Duquet et Fils. Rouge Emil, aunque menos apto, los acompañó. No era algo propio de los mi'kmaq, pero parecía necesario.

Uno que no estaba contento con los recién llegados de Odanak era père Crème. Lo inquietaba que el viejo Joseph, a quien los mi'kmaq llamaban Sosep, hubiese regresado. Y esa familia Sel..., ¡vaya calamidad! Todos ellos hablaban francés, y era mejor que los indios no aprendieran el francés. Los dos hermanos mayores sabían leer y escribir, usando el alfabeto romano, un grave error cometido décadas antes por algún clérigo de misión. Eran capaces de alborotar y causar grandes perjuicios. Y se resistían a la labranza: los hombres preferían el trabajo en el bosque o el río, o empleos temporales en ciertas épocas del año, mientras que reservaban el otoño y el invierno para la caza con trampas y la pesca. Escribió:

Querida hermana Marguerite:

Pese a la gran simpatía que me inspiran los indios, son gente complicada. El aspecto más molesto es que se niegan a aceptar el hecho de que la tierra pertenece al hombre que la mejora, tal como indican las Sagradas Escrituras. No hacen más que pescar (ocupación propia de ociosos) y vagar por el bosque capturando animales y recolectando plantas para su sustento; pero cuando viene un hombre blanco y tala el opresivo bosque envolvente, construye una casa para su familia y cobijo para sus animales, los indios se quejan de que les quita la tierra, tierra que no han hecho nada por mejorar; peor aún, han dejado que la espesura del monte sea cada vez mayor. No entienden que el hombre blanco que lucha y se esfuerza por reducir el dominio del bosque ha ejercido el derecho divino de reclamar la propiedad de la tierra desboscada. En virtud de los ataques indios padecidos y el arduo trabajo, unidos a las adversidades de abandonar su tierra natal para establecerse en esta naturaleza inhóspita, el destino de los franceses es conservar estas tierras, ya que Dios les ha concedido el derecho moral de su propiedad.

Tampoco a Sosep le gustaba lo que veía. Enseguida reparó en cambios perjudiciales. Uno de los colonos franceses, Philippe Null, había heredado un dinero de un tío en Francia, y con este regalo caído del cielo compró tres

vacas, un toro y dos caballos. Los enormes animales deambulaban libremente, y en cuestión de días habían consumido todas las plantas nutritivas y medicinales en un radio equivalente a un día de caminata.

—Esos animales debían de estar muy enfermos —dijo la abuela Loze—, porque han comido hierbas para curar el dolor de cabeza, la tos persistente, el prolapso uterino, las fiebres, los huesos rotos y la irritación de garganta.

Sosep añadió que las vacas, una vez sacrificadas y guisadas, si bien no eran tan sabrosas como el alce o el caribú, ofrecían el mismo aspecto en la cazuela. Pero había que ser muy discreto al respecto.

Otros acadianos, espoleados por la envidia ante el ganado cada vez más numeroso de Null, compraron cerdos. Estos animales no necesitaban pastos ni corrales, ya que se engordaban con el forraje del bosque y muy pronto aprendieron a desenterrar almejas. Ahora a las mujeres mi'kmaq les costaba más encontrar almejas, porque los puercos invadían la playa en cuanto bajaba la marea, y allí escarbaban y engullían. Se produjo una trágica pérdida cuando un cerdo atacó y mató a un niño mi'kmaq que, intentando imitar a los recolectores de almejas, se quedó rezagado. La criatura estaba ya muerta y parcialmente devorada cuando los demás se dieron cuenta.

Tardaban horas, incluso días, en encontrar cosas antes comunes. En cambio, no faltaban los hierbajos poco comunes: malva, acedera, ortiga, cicerbita, panizo, lengua de serpiente y tréboles invasivos. Una noche, Sosep llenó de tabaco silvestre seco su pipa, hecha con la pinza de una langosta, y declaró:

—Compartimos nuestras tierras con los *wenuj*, y ellos se apropian de una extensión cada vez mayor. Ya veis cómo sus bestias destruyen nuestros alimentos, cómo sus barcas y redes se apoderan de nuestro pescado. Traen plantas que vencen a nuestras plantas. En su mayoría no quieren hacernos daño, pero ellos son muchos y nosotros pocos. Creo que al final nos arrollarán como una gran ola. —Su voz grave cobró intensidad, convirtiéndose en vehículo de fuerza espiritual—. Todos estos bosques eran antaño nuestros, e íbamos a donde queríamos sin impedimento alguno. Ese tiempo ha quedado atrás. Pero quiero decir que si los mi'kmaq queremos sobrevivir, debemos conservar en nuestro pensamiento las tradiciones de nuestro pueblo. Viviremos en dos mundos. Debemos mantener vivo en nuestro pensamiento y en nuestra

vida el mundo mi'kmaq, donde nosotros, las plantas, los animales y las aves somos todos personas unidas que se ayudan mutuamente. Debemos renovar y venerar esa visión en nuestras cabezas para que resista frente a esta fuerza exterior que nos envuelve. De lo contrario, no lo soportaremos.

Noë preguntó a Zoë en susurros:

—¿Quiere decir que debemos renunciar a los cacharros de metal y volver a cocer los alimentos con piedras calientes en un cazo de madera ahuecada como, según Loze, hacían en los viejos tiempos?

Sosep, que no la había oído, prosiguió.

—Si no hubiésemos hecho daño a tantos animales, ahora lucharían de nuestro lado contra los intrusos. Sobre todo los castores. Pero eso ahora ya no es posible. Sé que algunos de vosotros apreciáis a los franceses, y eso es inevitable si no queremos extinguirnos, pero recordad que sois mi'kmaq, recordadlo.

Achille se dijo que viviría a la manera mi'kmaq, e imaginaba que todo iba bien. Tomaría esposa y contaría a sus hijos que también ellos debían imaginar que vivían en un mundo mi'kmaq, pese a que éste estuviera desapareciendo. Debían recordar cómo había sido la vida, no en qué se había convertido.

Pero Sosep, aun mientras hablaba, sabía de sobra que muchos mi'kmaq adoptaban de buena gana las costumbres de los acadianos franceses: su ropa, sus robustas embarcaciones, sus guisos de hortalizas y cerdo, las herramientas de metal, los adornos de cristal y las piezas de tela, sus bebidas embriagadoras y sus vistosas banderas, e incluso sus calientes cuerpos desnudos, tan pálidos. La lengua mi'kmaq estaba plagada ya de un sinfín de palabras francesas, unidas a los vestigios del portugués y el vasco de los tiempos en que esos otros pescadores europeos faenaban en sus costas. Y él personalmente, como vínculo con el mundo espiritual, como antiguo *sagmaw*, veía que los sacerdotes ya los habían sustituido a él y a los viejos sabios de otros tiempos.

el secreto de las hojas verdes

Pasaron los años, y el número de colonos blancos, muchos procedentes de La Rochelle, en Francia, se duplicó y reduplicó. Conocedores de las técnicas de drenaje por medio de diques y acequias, eran implacables en el esfuerzo de dar nueva forma a las grandes marismas herbosas para transformarlas en labrantíos, y donde había bosque, lo talaban. Levantaron sus casas inamovibles en hileras, formando calles embarradas donde los puercos se revolcaban y las aves de corral se pavoneaban. Se envolvían en gruesas prendas de lana, de modo que el viento nunca se llevaba sus olores corporales. Los mi'kmaq los toleraban e incluso entablaban amistad con ellos, si bien no entendían el afán de los recién llegados por el excedente —almejas, bayas, pescado, troncos, heno, pieles de alce— que vendían o trocaban por más vacas y caballos, más gallinas y cerdos.

Los Sel se casaron: Noë con Zephirin Desautels, un pescador acadiano primo del difunto muchacho que había engendrado a Auguste; Zoë con Paul, un mi'kmaq ya entrado en años que había padecido de niño una grave herida en un hombro por la embestida de un alce enfurecido, lesión que lo incapacitó para la caza. Pero llegó a ser un excelente pescador de anguilas, y en su *wikuom* nunca faltaba el alimento. Achille se casó con una bella mi'kmaq llamada Isobel, muy conocida por sus fuertes dedos y su destreza para confeccionar cestas de una nueva clase: no de raíces, sino de astillas finas de cedro y fresno; siempre tenía una astilla, *ligpete'gnapi*, en la mano. Elphège había encontrado y cortejado a Delima, viuda de un hombre muerto en una emboscada, y Theotiste se casó por fin con Anne-Marie, la mujer que había

sido amiga de su primera esposa. Llevaban una vida alejada de los colonos blancos, aunque cada vez eran más los hombres que iban a cortar pinos en los campamentos en invierno.

Achille, orgulloso de sus aptitudes para la caza, consideraba que no existía un solo animal al que no pudiera comprender y matar.

—En tierra eso sin duda es así —admitió Rouge Emil—, pero evitas las criaturas del mar. Desde luego, no eres un cazador de peces. —Se echó a reír.

Achille, molesto por este comentario, recordaba una y otra vez las leyendas de antaño, de cuando los mi'kmaq cazaban ballenas en sus canoas de corteza. Todos decían que las canoas navegaban mejor en los ríos y cerca de la orilla del mar; en aguas profundas podían resultar peligrosas cuando las atacaban ciertos peces malévolos. Achille no creía que un pez pudiera causar daños a una canoa; eso era un cuento para asustar a los niños. Anunció que se adentraría en las aguas de la bahía y, a gran distancia, pescaría él solo en una canoa, y así lo hizo en dos ocasiones, y en ambas pescó bacalaos que eran la mitad de grandes que él. Llevaba un arpón, por si lo atacaban los ingleses, explicó. Pero bastó un breve episodio para que cambiara de opinión sobre los peces.

Convenció a dos amigos suyos, Barth Nocout y Alit Spot, para que salieran con él en sus canoas. Veían a la gente de la orilla tan pequeña como sus meñiques. Con el rabillo del ojo, Achille vio asomar algo del agua fugazmente, mar adentro. La pesca iba bien; bromeaban. De pronto su canoa dio una sacudida. Escrutó el agua, pero no vio nada. Al cabo de unos instantes, la canoa de Nocout se elevó a gran altura por encima del agua y vieron a la enorme orca negra y blanca que la había levantado sobre su lomo. El cetáceo se sumergió, y la canoa de Nocout se ladeó y balanceó, pero no volcó.

—¡No reméis! —exclamó Nocout, cuyo padre le había contado relatos de peces peligrosos—. ¡Agarrad los arpones! Cuando vuelva a acercarse, hincádselos con fuerza.

Aguardaron durante largos y tensos minutos y de pronto, a una distancia equivalente a diez canoas de la embarcación de Nocout, vieron una aleta dorsal semejante a un enorme tocón de pino surgir del agua y volver a hundirse lentamente. Empuñaron los arpones. Achille vio el reluciente óvalo blanco situado por detrás del ojo invisible cuando la criatura se aproximó a la

superficie por debajo de él. Clavó el arpón con toda su fuerza en el costado brillante en cuanto asomó. La orca se apartó y sumergió de inmediato, arrancándole el arpón de las manos y llevandoselo. El animal, antes de desaparecer, le habló a Achille con una voz conocida.

—No eres —dijo con la voz grave de Sosep. Acto seguido se marchó.

—Puede que ahora nos deje en paz —comentó Nocout—. Ruego para que no haya más. —Inmóviles, aterrorizados, esperaron. Por fin, Nocout susurró —: Volvamos a la orilla.

Mientras remaban, observaban sin cesar las aguas lejanas en busca de la gran aleta, y las aguas cercanas en busca de aquel gigante negro y blanco.

—Nos han protegido los espíritus —declaró Nocout, jadeante, cuando llegaban a los bajíos.

—¿Los habéis oído hablar? —preguntó Achille.

—He notado su presencia.

Nocout y Spot contaron la anécdota muchas veces aquella noche, y el padre de Nocout cabeceó y dijo que antiguamente, cuando los mi'kmaq tenían que realizar viajes por mar en frágiles canoas, ponían muchas ramas frondosas en la proa y la popa.

—Esos peces malévolos huelen las hojas y así creen que la canoa es una isla pequeña y corren el riesgo de embarrancar en la orilla. Por lo tanto, desvían su rumbo. Habéis tenido suerte de que hubiera sólo uno. Si hubiesen acudido en manada, habrían volcado vuestras canoas y os habrían arrojado al agua. Han devorado a muchos de los nuestros. Conocen el truco de volcar canoas porque tienen la costumbre de embestir los témpanos de hielo para que las focas caigan al agua y así atraparlas. Quizá piensen que los hombres son focas.

El padre de Nocout se acercó a un cesto donde guardaba curiosidades y sacó un diente de la longitud de la mano de un hombre.

—Tienen un centenar de dientes como éste —aseguró, e hizo circular el pesado marfil.

Achille tomó conciencia de que había obrado neciamente. Miró a Sosep por encima del fuego. Deseaba preguntarle qué había querido dar a entender el pez al decir «No eres» con la voz de Sosep. ¿De verdad había hablado? ¿Qué

significaban esas palabras? El anciano posó la vista en él, y cuando sus miradas se cruzaron, enarcó las cejas. Pero Achille fue incapaz de encontrar la manera de preguntárselo.

cabeza de alce asada

Sosep murió repentinamente después de un día agotador dedicado a la caza del alce. El viejo estaba sentado junto al fuego con un trozo de carne en la mano. Achille vio que se había quedado dormido. Ya no fue posible despertarlo. Tal vez ésa fuera una buena muerte para un viejo cansado después de una provechosa cacería, mientras disfrutaba del calor del fuego y la sabrosa carne del alce, pensó Achille. Pero Sosep planeaba desde hacía tiempo su canto fúnebre, una gran narración de sus hazañas en la caza, sus viajes, su infancia, los prodigios que había presenciado en sus tiempos, como por ejemplo cuando, durante una larga batalla, un enemigo se transformó en oso. Ahora se había adentrado silenciosamente en el mundo de los difuntos sin ningún canto fúnebre.

Achille bajó a la playa y contempló el mar. El agua, casi lisa, presentaba un color apagado bajo un cielo apagado, un cielo que parecía haber desaparecido, más aún, parecía no haber existido nunca, y Sosep estaba allí, bajo el agua. Una gaviota flotaba en la superficie, plácidamente dormida.

—Abuelo —llamó Achille—. Te deseo un buen viaje bajo el mar, pese a haberme dicho «No eres». —Al oír su voz, la gaviota despertó y, con cierto esfuerzo, alzó el vuelo.

Tenía treinta y tres inviernos y entraba ya en la mediana edad. Como las presas escaseaban, se ausentaba muchos días en cada cacería. De algún modo, Achille había perdido el respeto a los seres animales. Su esposa, Isobel, lamentaba sus frecuentes ausencias.

—¿Por qué no trabajas en el bosque talando *lo'gs* como los demás?

—Talo *lo'gs* después de una buena cacería si hay comida suficiente.

Sus hijos y su esposa vestían a la francesa, como él, y corría el rumor de que esta vez los colonos ingleses iban a llegar en tropel para adueñarse de la tierra. *No eres*, se dijo a sí mismo. Este pensamiento nunca abandonaba su cabeza.

Nadie sabía si estaban en guerra, ni contra quién. Sanguinarios milicianos llegaban de Boston en barcos armados y mataban indiscriminadamente. Los ingleses cavaban sus tumbas y quemaban los cadáveres de los *mi'kmaq* en hogueras. El *aloosool*, el sarampión negro, mató a tantos que quedaron pocos para enterrarlos, y en un lugar tuvieron que poner los cadáveres en un embalse para que no los devoraran los puercos de los hombres blancos.

Aunque los *mi'kmaq* veían con malos ojos las incursiones de sus vecinos acadianos, se casaron con algunos de ellos, les enseñaron su idioma, sus creencias, y asimilaron muchas de sus costumbres, sumidos cada vez más en sus dobles vidas, en esa pugna entre la realidad interior y el mundo externo que era una especie de locura vacilante. Por su parte, los acadianos, agricultores prudentes y serios, entusiastas drenadores de las marismas, deseaban que los dejaran en paz y recelaban de las exhortaciones del sacerdote a tomar las armas contra los ingleses. *Père Crème* pensaba a veces que parecía estar formándose una nueva clase de gente, medio *mi'kmaq*, medio acadiana. De pronto el rey inglés instó a voluntarios ingleses retirados del ejército o la armada y a colonos de Nueva Inglaterra a que ocuparan tierras gratuitas en Nueva Escocia. Llegaron a miles.

Achille, acuciado una vez más por el impulso primaveral de viajar al norte, planeó una cacería de dos o tres lunas con su hijo mayor, Kuntaw, así llamado en alusión a una poderosa piedra con brillantes motas de cobre, y con su sobrino Auguste, de ojos claros y cabello castaño como un extranjero, un *alman'tiew*. Años antes, cuando Kuntaw ya había cumplido tres inviernos y parecía que iba a sobrevivir, Achille le había confeccionado un pequeño arco y unas flechas en miniatura de punta roma.

—Ahora vas a cazar —dijo.

El niño imitaba a Auguste, que era mayor y sabía matar pájaros y ranas. Fijaba el culatín de la pequeña flecha, tensaba la cuerda y la soltaba. La flecha no iba más allá de la longitud de su sombra. Al final del verano ya dominaba la técnica. A una distancia equivalente al poste de un *wikuom*, vio un gran saltamontes posado en un tallo de hierba alto. Kuntaw, con los ojos entornados, apuntó y disparó. El saltamontes se sacudió en el aire, cayó al suelo y quedó de costado con las patas contraídas. Kuntaw cobró su presa y corrió hacia Achille. Las felicitaciones fueron tan efusivas como si hubiera capturado un alce. Expusieron el saltamontes en un trozo de corteza de abedul. Lo celebraron con un festín y la danza del saltamontes. Así dio la familia la bienvenida al nuevo cazador.

Cuando Kuntaw cumplió once inviernos, empezó a mirar con anhelo a cierta muchacha, Malaan. Quería casarse, pero eso no sería posible hasta que matara su primer alce. Auguste, que ya había cazado a su alce dos inviernos atrás, sugirió a Kuntaw que en lugar del alce se buscara un saltamontes gigante. Pero Achille reunió a los dos muchachos y les anunció que lo acompañarían a la tierra de los palitos, muy al norte, la taiga donde crecían las píceas negras, despojadas de ramas a causa del viento en su lado más expuesto a los elementos, inclinadas por la fuerza de los vendavales, zona que daba paso a la ondulada tundra salpicada de lagos y peñascos, una tierra de aves que se extendía hasta el horizonte.

—Dentro de ocho o diez días estaremos en un bosque de píceas y *masgwi*, abedules. Allí nos detendremos a cazar y pescar, ahumar la carne y hacer la canoa, porque más al norte de aquí no crece el abedul. Cuando encontremos un territorio con abundantes presas, cazaremos.

Cada uno preparó su zurrón con lo necesario. Achille tomó pedernal y una provisión de cierto hongo negro usado como yesca, pero, dijo, también llevarían consigo fuego. La mañana que partieron puso tres ascuas de la fogata encendida en su hogar en sendas conchas de almeja revestidas de arcilla y luego las ató firmemente con tiras de cuero.

—Así podremos encender fuego rápidamente —dijo—. Cada mañana que viajemos, haremos esto. Cada uno de nosotros llevaremos un ascua reciente. Cazaremos con arco y flecha. Traed las lanzas. No utilizaremos armas de fuego europeas. Seremos hombres *mi'kmaq*.

Jenny, una de las hijas de Noë, los observó. Una noche, en el *wikuom*, susurró a una amiga:

—¿Sabes esos cerdos del hombre blanco que se comen nuestras *e's*, las almejas?

—Sí. La jefa es una cerda grande y vieja.

—Sí. Tengo un plan.

Echó la mano atrás y agarró una bolsa de piel llena de conchas de almeja vacías. Susurró algo a su amiga y ésta se echó a reír.

—Yo te ayudaré —dijo.

Se levantaron antes de que volviese la marea. Del lento fuego de la noche anterior, Jenny y su amiga tomaron ascuas al rojo, las metieron en conchas de almeja y pegaron las dos mitades con arcilla para que las conchas parecieran cerradas. Las colocaron tentadoramente justo por encima de la línea dejada por el mar y a continuación esparcieron por encima un poco de arena. Aguardaron, playa arriba. Una cerda enorme y seis animales menores aparecieron para arrasar con las almejas. La cerda desenterró la primera almeja, la abrió y agarró el ascua al rojo. Las muchachas, que observaban la escena, escucharon con satisfacción el aterrador chillido y los gruñidos y rodaron por la arena riéndose a carcajadas. La vieja cerda se alejó a todo correr hacia la aldea emitiendo tremendos gritos. Los otros puercos desenterraron el resto de las almejas al rojo y, poco después, la aldea acadiana temblaba debido a la agitación porcina. Para las mujeres fue un día maravilloso.

La cacería empezó bien. Auguste y Kuntaw ardían de emoción ante la perspectiva de encontrarse en un territorio nuevo y la oportunidad de cazar tal como lo hacían antiguamente los hombres *mi'kmaq*. El tercer día Auguste disparó a un castor en pleno nado y a continuación se zambulló en el agua para recuperar la presa y la flecha. No había regresado aún a la orilla cuando otro castor salió de las profundidades. Kuntaw le disparó. Auguste los llevó a los dos a tierra. Esa noche comieron bien. Achille había guardado hojas de sauce

y gayuba por el camino y atado los tallos a su canasto; mientras caminaba, esas hojas curaban la carne. Por la noche, fumaron sus pipas antes de acostarse y contaron historias.

Aquel nuevo territorio, imbuido todo él del espíritu de *mntu*, era revitalizador para sus ojos. Acampaban junto a aguas tan rebosantes de voraces truchas lacustres que uno pescaba seis en un abrir y cerrar de ojos. Veían osos dentro de los troncos podridos; se fijaban en las diminutas criaturas que construían sus moradas en las incontables cavidades de los árboles muertos, y en los numerosos búhos que vivían en ese munífico paraje. Ése era un mundo en el que los *wenuj* nunca reparaban, ni siquiera al atravesarlo.

Después de una noche lluviosa, se despertaron rodeados de titilantes telarañas. La densa niebla amortiguaba el sonido de sus pasos y sus movimientos a través del monte bajo. Era una buena mañana para la caza, y a ésa le siguieron otras muchas buenas mañanas. Kuntaw vio que Achille poseía un cuerpo robusto y también un robusto conocimiento de las fuerzas invisibles que aunaban las cosas en un todo: los animales, los espíritus, las personas, los peces, los árboles, el mar, el invierno, las nubes.

—Ya no nos queda mucha comida —dijo Achille mientras repartía dos agachadizas no muy grandes—. Hoy cazaremos, iremos un rato hacia el este.

Caminaron hacia el sol toda la mañana, y al mediodía, cuando descansaban cerca de un lago pequeño, les llegó la presa. Un reluciente oso negro salió con parsimonia a la orilla herbosa desde una espesa concentración de píceas jóvenes. Estaba tan gordo que le temblaba el vientre a cada paso. Achille fue el primero en disparar; lo siguieron Kuntaw y Auguste simultáneamente, y luego Achille tiró de nuevo. El oso quedó inmóvil.

—¿Cómo haremos para llevarlo de vuelta al campamento? —preguntó Auguste—. Es demasiado grande.

—¿Cómo? Ahora lo verás. Vamos —dijo Achille—. Primero lo vaciaremos y dejaremos las entrañas para los lobos. —Destriparon al enorme animal, y Achille lo arrastró hasta la orilla—. Fijaos. Os lo enseñaré.

Achille extrajo unas cuerdas de tendones que siempre llevaba encima y ató las patas traseras del oso a las delanteras. Saltó de la orilla, volvió la espalda al oso, introdujo los brazos por los huecos que formaban las zarpas

atadas, se inclinó y, con un tirón y una sacudida, se irguió casi por completo, cargado ya el oso sobre sus hombros como una descomunal mochila. Él solo acarreó el animal hasta el campamento, dejando profundas huellas a cada paso. Después de soltar la carga, les indicó que examinaran sus huellas.

—¿Veís lo profundas que son cuando un hombre lleva una carga pesada? A veces esa persona transporta víveres, a veces hatos de pieles. Y a veces un oso.

Había pasado otra luna llena cuando llegaron al límite del bosque de abedules. Allí se detuvo la partida de caza a última hora de la tarde, a orillas de un pequeño lago. Achille echó un vistazo alrededor.

—Los *masgwi*, los abedules blancos de este bosque son buenos. Y veo árboles con abundantes nudos de yesca, que sirven para encender fuego. Haremos dos canoas con esta corteza —dijo—, aunque no sea ésta la luna adecuada.

Auguste, que disponía de un cuchillo curvo, tallaría los remos. Acamparon en la luz menguante. Auguste, aficionado a poner nombres, llamó a aquel rincón Sitio de la Construcción de Canoas.

Mientras Auguste cosía suelas nuevas a sus mocasines gastados, Kuntaw y Achille partieron hacia el extremo este del lago en la trémula penumbra del alba, acompañados por los chasquidos de la escarcha que pisaban. A una milla inglesa de distancia vieron en el extremo del lago un punto en forma de alce. Al acercarse, Kuntaw advirtió que era una hembra joven, en los bajíos; el sol naciente destelló en las gotas de agua que caían de su hocico. Se apartaron de la orilla para que ella no los viera y se adentraron en el bosque, iniciando un recorrido circular, cada paso extremadamente lento y cuidadoso. Aún no se habían aproximado lo suficiente cuando el alce levantó la cabeza y miró en dirección a ellos. Los había oído. Kuntaw se sorprendió de que tuviera un oído tan fino como para percibir su presencia a esa distancia. Una nube de vaho se formaba en el aire cortante del amanecer con cada una de las exhalaciones del animal, y Achille pensó que esas vaharadas eran como las

vidas de los hombres y los animales, breves, y finalmente engullidas por el aire. Kuntaw no tenía cabida en la mente para ningún otro pensamiento; era tal su tensión que le dolía la mandíbula.

—Espera —susurró Achille—. Dejemos que piense que no hay nadie.

Al cabo de largo rato, el alce se acercó ruidosamente a ellos por el agua. Con mímica, Achille explicó a Kuntaw: «Va a pastar en la orilla; vendrá hacia ti». En efecto, la hembra se acercó tanto que al final la oían arrancar las plantas acuáticas. Cuando el alce trepó a tierra firme de nuevo, Achille hizo una señal y Kuntaw alzó el arco, tensó la cuerda y la soltó. El alce sangró y cayó.

—Ahora ya eres un hombre —dijo Achille—. Ahora te enseñaré qué tienes que hacer para llevar este alce al campamento.

Ató sus útiles cuerdas de tendones en torno al cuello, se metió en el agua, y Kuntaw lo imitó. Juntos arrastraron a la hembra por la orilla.

Auguste dijo:

—Ahora ya podemos llamarte Matador de Alces en lugar de Cazador de Saltamontes.

Arrastraron al pesado animal orilla arriba y lo vaciaron. Kuntaw y Auguste llevaron la cabeza hasta la fogata y Achille los siguió con el corazón, el hígado, un puñado de grasa y varios cortes selectos.

—Ahora avivad el fuego, asad el hígado en rodajas y freíd las rodajas de corazón en la grasa del alce. Y calentad muchas piedras. Prepararé la cabeza para guisarla.

Comieron las rodajas de hígado medio crudas. Mientras Achille partía el cráneo del alce, extraía los ojos y limpiaba la cabeza en el lago, Kuntaw colocó una roca plana en el fuego. Cuando la piedra se calentó, echó encima grasa del alce y luego dispuso las rodajas de corazón en la chisporroteante grasa. Achille llenó a medias de agua su recipiente de abedul más grande e introdujo en él piedras calientes. Cuando empezó a hervir el agua, metió la cabeza del alce. Era demasiado grande y tenía que darle la vuelta de un lado y del otro. La coció durante varias horas, y mientras aguardaban, se deleitaron con la carne del corazón, de textura fina. Después de muchas horas de cocción Achille pudo desprender la mandíbula de la cabeza humeante. Mientras arrancaba los huesos, Kuntaw y Auguste cavaron un hoyo profundo y

encendieron en él un fuego vivo. Siguieron comiendo las rodajas de corazón y echando leña al hoyo mientras Achille recogía las hierbas que necesitaba. Después éste retiró la mitad de las brasas, envolvió la cabeza del alce con hojas de anea, cebolla silvestre y otras hortalizas aromáticas, la puso en el hoyo, la cubrió de brasas y lo tapó todo con tierra.

Cuando acabaron, dos indios cree salieron de entre los árboles. Dijeron que sus familias y ellos estaban pescando al otro lado del lago y tenían allí un campamento. Achille los invitó a todos a compartir la succulenta cabeza de alce a la mañana siguiente.

—He oído hablar de esa comida —dijo uno de los cree—, pero no la he probado nunca.

—Por la mañana disfrutaréis de la mejor comida de vuestras vidas —aseguró Achille.

Los cree se presentaron por la mañana con todo su equipaje y truchas asalmonadas secas, porque ese día tenían previsto desplazarse a otro lago bueno para la pesca. El grupo incluía a dos muchachas aceptablemente guapas y unos cuantos niños de corta edad muy alborotadores. Achille colocó la cabeza guisada en una gran plancha de corteza de abedul y todos dieron un paso al frente para apreciar el tentador aroma. Kuntaw y Auguste se sentaron a comer junto a las muchachas cree. Los días posteriores, mientras construían sus canoas, se alimentaron de carne de alce y más carne de alce hasta que los cree se marcharon a su campamento de pesca.

—Lago Cabeza de Alce —dijo Auguste.

Achille, Kuntaw y Auguste, cargados de carne de alce ahumada, reanudaron su viaje, avanzando trabajosamente por laberínticos cauces interrumpidos por presas de castores que los obligaban a portear su equipaje y sus canoas por tierra. Los abedules empezaron a escasear y a dar paso a píceas blancas. Finalmente incluso estos árboles desaparecieron, y la partida de caza entró en la tierra de los palitos, como llamaban a las exiguas píceas negras y los abedules enanos; más allá se extendía la interminable tundra. Vieron una inmensa superficie de tierra salpicada de etéreas bolas de hierba

algodonera. Auguste le puso el nombre de Sitio Donde Se Camina Entre Cosas Blancas. También allí crecían a miles aquellas flores mastodónticas de tallo veloso que, bajo el sol oblicuo, resplandecían con luz ultraterrena.

Los millones de aves que semanas atrás habían atravesado Mi'kma'ki se hallaban ahora en este territorio septentrional: patos y ocas de toda índole, colimbos, perdices, cuervos, búhos y escúas. Manadas de caribús surcaban la tundra. Había cascarones de huevo rotos e innumerables bayas verdes; a veces veían a lo lejos voluminosos osos pardos. La extensa tundra rielaba por la distorsión que causaban las ondas térmicas; a lo lejos se divisaban grandes rocas grises, cuyas superficies cubiertas de líquen despedían destellos anaranjados, negros, verdes y ocres. Muchos días el calor era agobiante, y las picaduras de las moscas representaban un peligro atroz.

—Francamente, padre —dijo Kuntaw—, éste es el territorio de las moscas picadoras insaciables. Aquí no podría vivir nadie. Sólo pájaros.

—Estamos aquí. Estamos vivos —dijo Achille—. Pero si no nos untáramos el cuerpo con grasa y ceniza, no duraríamos mucho tiempo.

El aire turbio vibraba sobre la tierra; un agua oscura se encharcaba en torno a sus pies cada vez que pisaban el suelo. La canoa se ceñía a los sinuosos cauces y a cada meandro se encontraban con extrañas visiones nuevas. Finalmente, las primeras heladas que coloreaban de rojo los tallos de los sauces les anunciaron que había llegado el momento de dar la vuelta. Así concluyó el verano de su gran viaje de caza, que perduraría en sus memorias mientras vivieran, pero teñido de irremediable rabia y dolor.

Achille cargaba con un cuarto de alce para el banquete con que celebrarían su regreso. Cuando se acercaron a su hogar, el *wikuom* de Achille, oyeron el estridente bullicio de la tala de árboles y voces que clamaban en un lenguaje roto. Y de pronto se tropezaron con doscientos colonos ingleses que talaban árboles y construían casas de troncos donde antes se hallaba el *wikuom*. No hablaban francés. Treinta soldados ingleses armados montaban guardia. Los restos del *wikuom* de Achille humeaban en el suelo.

—¿Dónde está mi mujer? ¿Y mis hijos? —preguntó Achille con los ojos hinchados de cólera, y los soldados lo encañonaron. Seis de ellos se abalanzaron sobre él y, entre puñetazos y puntapiés, le arrebataron la carne de alce. Uno le disparó, y la bala le abrió un surco a un lado de la cabeza, por encima de la oreja. Sintió, más que dolor, el calor de su propia sangre correrle por el cuello. Al caer, vio, en el borde de una pila de escombros que antes habían sido los enseres de su *wikuom*, una mano que conservaba su forma natural y un antebrazo ennegrecido, la piel consumida por el fuego dejaba a la vista los músculos contraídos por el calor. Conocía bien esa mano, porque la había acariciado, la había visto preparar muchas veces su comida. Isobel. Su esposa.

Todo lo que contenía su memoria se vació y volvió a llenarse con el olor de la corteza quemada del *wikuom*, los lechos de piel de oso calcinados, la mano que el había acariciado metamorfoseada en carne chamuscada, el rostro de un soldado pálido como un cadáver y su pelo negro untuoso, el gemido de una picea al desplomarse y las carcajadas de los ingleses.

Kuntaw lo agarró del brazo y tiró de él con una fuerza surgida de una extraña combinación de temeridad y miedo.

—Padre, levántate —vociferó. También él había reconocido el brazo y la mano cercenados de su madre—. ¡Corre! Nos matarán.

Achille sabía que su hijo tenía razón y deseó la muerte, pero Kuntaw y Auguste se lo llevaron a rastras. Agachados, con las balas silbando por encima de sus cabezas, llegaron a todo correr al *wikuom* de Elphège. Y así se enteró éste de que los ingleses habían matado a la esposa y los hijos menores de Achille e incinerado sus huesos en el *wikuom* en llamas. Cuando la esposa de Elphège intentó curarle la herida, Achille la apartó. Prefería conservarla. Kuntaw lloró cuando Achille salió y, tambaleante, deambuló de un lado a otro, callado pero con sonoras pisadas. Aturdido y fuera del mundo, trató de pensar en pequeños detalles, como las nubes de tormenta, para apartar de su pensamiento lo que había visto. De nada le sirvió. La escena le abrasaba la mente como si se encontrara aún ante su vida arruinada. Todo hecho añicos. Volvió a entrar y se sentó junto a su hermano sin pronunciar palabra. El día pasó y la luz del crepúsculo atenuaba ya las formas del interior del *wikuom* cuando por fin Achille, la garganta contraída, habló con voz ronca.

—Los ingleses me han arrebatado a mi esposa y mis hijos —declaró—. Los hay a centenares, y también soldados armados. Tal y como predijo Sosep.

Los hermanos se quedaron en silencio. Achille se estremeció y, atenazado por un nudo de dolor en el corazón y otro en las entrañas, habló con voz trémula y antinatural:

—Este lugar, Mi'kma'ki, es en efecto pródigo y hermoso, y por eso mismo ahora nos lo arrebatan, como Sosep nos anunció. No cazaré más. Mi vida aquí ha terminado. *No soy*. Me marcho de esta tierra de nuestra madre. Iré al sur, trabajaré de leñador en Maine. Saquearé la tierra de ellos.

—No se darán cuenta. Creen que el saqueo es lo correcto.

—Tienes razón, pero lo haré igualmente.

—Hermano —dijo Elphège—, es posible que te sigamos si vienen más ingleses.

—Vendrán.

—¡Padre! Yo me voy contigo —afirmó Kuntaw apasionadamente. Auguste, que se hallaba fuera del *wikuom*, lo oyó, y levantando la voz dijo que él los acompañaría.

Dedicaron los días siguientes a los funerales, el duelo y serias conversaciones antes de la marcha de Achille, que tenía una enorme costra sobre la oreja izquierda, ahora destrozada: de ese lado no oía más que un continuo rumor. Insistió en que Kuntaw y Auguste se quedaran con Elphège hasta que él los mandara llamar. Primero debía encontrar un lugar seguro. Tenía que estar solo para enterrar el recuerdo de lo que le había sucedido. Elphège ayudaría a Kuntaw y Auguste. Pero nadie podía ayudar a Achille.

perder terreno

Achille entró en la región fronteriza en disputa entre Maine, New Hampshire y New Brunswick. Allí conoció a Georges Fraude, un francés de mediana edad con una gran calva hasta lo alto de la cabeza, donde el nacimiento del pelo formaba una línea de demarcación desde la que le caía hacia atrás una melena en espesas ondas plateadas.

—Tengo una cuadrilla de leñadores al sur de aquí, a dos días de viaje. Pago bien a los hacheros. He contratado a unos cuantos indios... Id todos al campamento. Ahora mismo. —Resopló y escupió al suelo—. Tenéis que daros prisa. Hoy día, allí donde hay saltos de agua hay aserraderos. Talaremos pinos todo el invierno. —Volvió a escupir y se tiró del pantalón, con la cintura caída—. Necesito almadieros para desplazar los troncos cuando llegue el deshielo.

Achille aceptó.

Los hombres cortaban pinos en centenares de lugares. Las grandes coníferas caían. Nuevos vástagos irrumpían en el terreno desboscado, pero la densidad del bosque ya había disminuido y, cuando brotaban árboles nuevos, se alteraba un poco la composición de las especies. El bosque empezaba a mutar en pequeños detalles. Aún estaba vivo, pero no era lo que había sido. Pocos se daban cuenta. El bosque era un extraordinario recurso, al tiempo que enemigo y fuente de riqueza. Achille tenía la impresión de que ocurría lo mismo con los mi'kmaq: los colonos blancos los utilizaban y los abatían.

Cuatro de ellos fueron al campamento, todos mi'kmaq. Había un poco de nieve en el suelo. Mientras caminaban, oían una y otra vez los reclamos de los *kookoogwes*. René llamaba *chouette* a esa pequeña lechuza, y los ingleses deformaban la palabra, pronunciándola *sou-uet*. El más joven, Perrine, intentaba por primera vez realizar un trabajo remunerado. No tenía más de dieciocho inviernos, pensó Achille. Cuidaba de él su tío, Toosh, también natural de Cabo Bretón.

Se reunieron con el capataz del campamento de Fraude, Alois LaGrange, a última hora de la tarde. LaGrange era una masa de músculos, la cicatriz de un navajazo le surcaba el rostro y tenía grandes patillas de vello hirsuto como las incipientes plumas de un ave. Los miró con semblante avinagrado y señaló en dirección al campamento.

Llegaron a un claro erizado de tocones donde había dos toscas cabañas sin ventanas construidas por los leñadores; una tenía un tubo por chimenea en el tejado y un hoyo para el fuego en el único espacio interior. Achille asomó la cabeza por la puerta, pero el insoportable hedor a hombre blanco le causó náuseas.

—Preferiría dormir con lobos antes que con hombres blancos —dijo Toosh. Se construirían su propio *wikuom* y se mantendrían a distancia.

En la luz crepuscular se apresuraron a cortar varas de árboles jóvenes y desprender placas de corteza de píceas. Con todo ello, construyeron un *wikuom* en forma de A, amplio y tosco, a cierta distancia de la hedionda cabaña de los hombres blancos. Se valieron de más varas para dar solidez a los lados en pendiente. Era un refugio. Al cabo de unas pocas semanas quedaría semicubierto de nieve aislante.

Cuando vio el nuevo alojamiento, Alois LaGrange exclamó:

—*Bien!* Así, con los hombres separados, tendremos menos problemas. — Estaba pensando en las inevitables reyertas y los días de trabajo perdidos—. Hay otros dos indios en la cuadrilla, *passamaquoddy*; será mejor que se instalen con vosotros.

LaGrange comentó que de este modo todas las gallinas estarían en el mismo corral, por así decirlo. Achille movió la cabeza en un gesto de asentimiento. Al menos los *passamaquoddy* eran parientes algonquinos de los mi'kmaq.

Había tres grupos: los hombres de Maine, los francocanadienses y los indios. Los hombres de Maine, en cuclillas en torno al hoyo de la fogata del interior de la cabaña, echaban sus guarniciones en una gigantesca sartén y, maldiciendo y soplándose los dedos quemados, comían directamente de ese cacharro caliente. Los franceses, por su parte, enterraban una olla de hierro fundido en las ascuas calientes del hoyo para el fuego central y en ella cocían las alubias durante toda la noche. Cuando tenían cerdo, lo añadían a las alubias. Esas alubias emanaban un aroma delicioso, y cuando los hombres de Maine ya no lo resistieron más, les robaron la olla de hierro fundido, se la llevaron al bosque y se comieron el contenido. La olla vacía apareció a más de un kilómetro del campamento, cerca de donde talaban, y se produjo una tremenda reyerta con mangos de hacha, piedras y cuchillos, en la que un hombre resultó muerto. Finalmente, los franceses, sin cena, recuperaron su olla de hierro. La mayoría de los hombres de Maine abandonaron el campamento al día siguiente. La nueva cuadrilla, llegada de Bangor, iba provista de una olla de hierro fundido y una fanega de alubias.

Los indios cocían la carne fuera, en las brasas, al abrigo del *wikuom* para protegerse del viento. No tenían olla de hierro, pero los passamaquoddy compartían dos buenas cestas de corteza, y podían calentar agua para sus infusiones de píceas. Los passamaquoddy tenían una bolsita de té de China, pero los mi'kmaq preferían los conos de píceas y corteza de abedul negro. Durante el día, Achille, mientras hacheaba, permanecía atento a la aparición de piezas de caza, o incluso dejaba el hacha durante una o dos horas para cazar por los montes. Cuando por fin encontró una osera bajo la nieve, dedicaron el domingo que libraban a matar el oso. La carne congelada duró un mes, y usaron la piel para cubrir el suelo del *wikuom*, el mejor sitio donde sentarse. Ninguno sabía más que unas cuantas palabras en inglés, pero Achille empezó a aprender aquel idioma para lenguas retorcidas.

Tenía varias hachas, incluida una vieja que había sido de René. Con el uso intensivo se le había desgastado la mayor parte de la hoja y el grueso resto se mellaba rápidamente. Quería un hacha de apeo americana, de cotillo pesado, y, si le alcanzaba el dinero, una buena hacha de desbaste en forma de ala. Se proponía comprarlas cuando Fraude le pagara el trabajo del invierno. Se acordaba de René y su inimitable estilo en el manejo del hacha. En ese

momento, allí entre los grandes pinos, lo echaba de menos y habría deseado volver a talar con él. Todos los hacheros tenían su manera de llevar a cabo el trabajo, pero René se distinguía por sus golpes rápidos y ligeros con el hacha muy afilada; podía pasarse horas empuñando el hacha sin cansarse. Achille, de niño, tenía dificultades para hachear al mismo ritmo que él.

Una mañana, cuando la primavera iniciaba su lento avance desde el sur, Georges Fraude llegó a lomos de un caballo jadeante y dijo que debían echar de inmediato los troncos al río. Había empezado el deshielo y, después de un día más de calor, los torrentes de nieve fundida verterían sus aguas en los cauces más caudalosos. Pero aún tenían que sacar a rastras del bosque centenares de troncos.

—¡Olvidaos de ellos! Echad al agua los que tenemos.

La premura del hombre tenía algo de desesperado, y Achille así se lo comentó al desbrozador.

Léon LaFlèche, uno de los leñadores franceses, dijo:

—¿Acaso no sabías que estamos en las colonias de Nueva Inglaterra y llevamos todo el invierno talando pinos para mástiles sin permiso?

—No sabía nada de eso. Creía que estábamos en..., ¿cómo se llama?, Broncsick.

Léon se echó a reír.

—Por eso Fraude tiene tanta prisa. El dueño de esta zona del bosque debe de haber enviado a sus hombres para incautarse de los troncos, y Fraude debe de haberse enterado. Los dueños siempre saben dónde estamos talando y nos dejan trabajar. Al final, nos quitan los troncos en el último momento, antes de que los echemos al río.

La clave estaba en conseguir echar los troncos al agua. El río corría hacia el norte, camino de New Brunswick, donde podían rescatarlos los hombres del aserradero de Georges Fraude y metamorfosarlos para que no fueran ya los mástiles del rey inglés, sino tablones para New Brunswick. Fraude vociferaba e iba de un lado a otro a todo correr, apremiando a los hombres para que desplazaran los troncos más rápido. Pero cuando no habían lanzado ni treinta rollizos al agua, una banda de leñadores y matones de Bangor, armados con

mangos de hacha y cadenas, salió del bosque, y empezó la contienda. El combativo boyero se puso al frente de las tropas de Fraude, en festiva resistencia; nada divertía tanto a los hombres de Maine como una pelea. Los superaban ampliamente en número, ya que el dueño de la tierra había reunido a docenas de hombres en las cantinas con la promesa de remuneración y una apasionante reyerta. Entre los hombres de Fraude, aquellos que sabían nadar se zambulleron y cruzaron a la orilla opuesta.

El dueño de la tierra capturó los troncos. Fraude no pagó a nadie. La mayoría de los mi'kmaq enfiló rumbo al norte, pero Achille, que tenía intención de volver junto a Elphège y llevarse a Kuntaw y a Auguste, no podía regresar con las manos vacías. Vagó hacia el sur en busca de trabajo.

sígueme

Aunque Elphège, cumplidos ya los sesenta y seis inviernos, estaba medio ciego, se sentaba aún frente a su *wikuom* cuando hacía buen tiempo. Al percibir los olores del otoño y oír los leves chasquidos que producían las hojas amarillentas al entrechocar en su descenso desde las ramas hasta el suelo, recordaba la intensidad de los colores. Las hojas caían, los primeros vientos invernales las amontonaban en las hondonadas, y la lluvia y la nieve nueva las aplastaban. Luego el bosque se sumía en el silencio.

En invierno se acurrucaba junto al fuego, abstraído en sus evocaciones de los colores y la niebla, de las cacerías y los viajes, de aquel espantoso día, hacía seis años, en que, con el calor abrasador de las lágrimas en las mejillas, se arrodilló junto al cadáver decapitado de Theotiste. Pese a tener ya cincuenta y nueve años, Theotiste se había convertido en guerrero. En agosto de 1749, cuando Cornwallis, indiferente a los derechos territoriales de los mi'kmaq, declaró Halifax colonia británica, la banda de Theotiste atacó a unos leñadores ingleses. Logró escapar de los vengativos milicianos, pero a la semana siguiente cayó a manos de un asesino desconocido, y su cabeza pasó a ser el trofeo de un cazarrecompensas.

Elphège estaba componiendo su canto fúnebre. Febe, hija de Noë, se había instalado con él después de la muerte de su madre para cuidarlo. A veces se preguntaban qué habría sido de Achille, el hermano menor, que años atrás se había ido a Maine a talar árboles.

—Kuntaw —decía Febe—. Kuntaw lo encontrará.

Porque Kuntaw, después de muchos conflictos con su esposa, Malaan, los abandonó a ella y a su hijo, Tonny, y se marchó al sur en busca de su padre.

—Si es que aún vive —respondía Elphège—. Si es que aún vive. A Kuntaw, obstinado como es, podrían ocurrirle muchas desgracias.

—No tan obstinado como Auguste.

Auguste pasaba mucho tiempo con los ingleses; quebrantaba muchas leyes inglesas, bebía whisky, robaba, lo metían preso y le daban palizas, pero él seguía igual de desafiante. Los ingleses decían que era un mal indio, y él llevaba ese apelativo con satisfacción.

—Un día te matarán —le advertía Elphège.

—No. Yo los mataré a ellos —respondía Auguste.

Cierto era que de vez en cuando aparecía un aldeano ahogado en el lago, detrás del pueblo, o llegaba a la orilla, arrastrado por las corrientes, un cuerpo blanco y arrugado, cosido a puñaladas. Algunos niños se habían adentrado en el bosque y nunca habían vuelto; sus huesos se hallaban años más tarde con grandes fracturas en el cráneo. Nadie sabía cómo habían ocurrido esos percances, pero Elphège concebía posibilidades que no deseaba explorar.

A Elphège le parecía divertido que, por su edad, lo consideraran un hombre sabio, o incluso un *sagmaw*. Muchos acudían a él para preguntarle qué debían hacer cuando una mujer inglesa arrojaba agua hirviendo a un niño mi'kmaq que mendigaba comida, o cuando otra pedía ayuda mágica. Era un castigo ver a su gente, famélica, rondar en torno a los ingleses y pedirles empleo y comida. En el mundo quedaban ya pocos mi'kmaq, y todos parecían víctimas de las enfermedades, el hambre y la tristeza. Morían con facilidad porque deseaban morir.

Pasaron los años, y Achille no volvió al norte con los suyos. Continuó solo. Se había labrado un nombre como hábil hachero. Los matones de los campamentos se mantenían a distancia. Luchaba con intensidad y fría malevolencia, y una vez, en el bosque, un hombre que pretendía acercarse a él por la espalda para asestarle un estacazo en la nuca acabó con un muñón ensangrentado en el antebrazo: su mano cercenada cayó al suelo antes de que

podiera dar el golpe. Otro que una noche se aproximó sigilosamente con un hierro al rojo para prender fuego al *wikuom* de Achille terminó asado él mismo, y nadie supo muy bien cómo había ocurrido. El cuerpo calcinado del hombre fue arrojado ante el barracón. Se advertía a los recién llegados al campamento maderero que eludieran al indio asesino, reencarnación de los sanguinarios salvajes que habían participado en las matanzas de los colonos en otros tiempos.

Kuntaw oyó algunos de estos rumores mientras iba de campamento en campamento después de abandonar a Malaan y Tonny en Mi'kma'ki. Entró a trabajar como desbrozador al servicio de Duquet et Fils. Empezaba a ser difícil encontrar buenas opciones para la tala de pinos a orillas de amplios cauces de agua, así que, durante el verano, los desbrozadores construían presas en riachuelos. Y el bosque era peligroso; si bien Cornwallis se había rendido a los americanos, proseguían los combates, las emboscadas y las escaramuzas. Reinaba entre los hombres un ánimo homicida.

En los campamentos de Maine había indios, y de vez en cuando Kuntaw oía hablar de un tal Sheely. Pensó que podía tratarse de Achille. El tal Sheely era muy buen cazador, y buen hachero. Lo único que Kuntaw pudo averiguar fue que talaba pinos en el estado de York, a orillas del río Raquette. Decidió ir allí en primavera. Calculó que la caminata duraría dos semanas y que podría unirse a la cuadrilla de Achille. Qué sorpresa se llevaría su padre. Quizá regresaran juntos a Mi'kma'ki después de conducir la maderada hasta Montreal. Para entonces él dispondría de su sueldo y podrían viajar a bordo de la canoa de algún comerciante hasta que el río los obligara a seguir a pie.

La primavera de 1758 llegó anormalmente pronto: un día la nieve menguante estaba helada y se podía caminar deprisa, y al día siguiente se había reblandecido y el suelo era un barrizal. En el bosque todo goteaba y borboteaba. El avance era lento, y cuando Kuntaw llegó al río, unos franceses que empujaban rollizos para echarlos a las aguas negras lo informaron de que Sheely se había marchado con los primeros troncos de la maderada.

—Oye, indio, búscalo en Montreal —le dijeron—. Quizá en Nouveau Brunswick. Quizá en Terre-Neuve. Quizá en *l'enfer*.

De pronto la larga búsqueda le pareció absurda. Dio media vuelta y emprendió el camino a Maine. Aún estaba a tiempo de conseguir trabajo en una maderada de primavera. Su destino no era encontrar a Achille.

Al cabo de un mes estaba en la orilla occidental de la bahía de Penobscot, en Catawamkeag, donde cuadrillas de estibadores cargaban madera para exportarla en barcos. Había allí varios astilleros y unas cuantas viviendas de hombres blancos dispersas, una gran casa de troncos y un pequeño poblado donde vivían los pocos penobscot que quedaban. Recorrió la calle que discurría ante la bahía tras los pasos de otros cinco o seis leñadores. Éstos se dirigían al bar de los madereros, donde la mayoría de los gancheros bebían para despertarse al día siguiente amnésicos y sin un centavo.

Kuntaw se sentía muy bien. Era fuerte y tenía un cuerpo musculoso. Haber renunciado a encontrar a Achille había sido un alivio. Quizá algún día coincidieran, pero de momento disfrutaría de estar vivo y sano. Avanzando con brío, lanzaba rápidas miradas a izquierda y derecha para asimilar lo que lo rodeaba. Después de pasar seis meses en el bosque, incluso el insignificante asentamiento de Catawamkeag se le antojaba una ciudad.

—¡Tú! —gritó en inglés una voz estridente—. ¡Ese de ahí! ¡El indio!

Se volvió y miró a sus espaldas. Era una joven a lomos de un caballo castaño que lo señalaba. Acertadamente, Kuntaw le calculó no más de dieciocho inviernos, los dedos de dos manos menos que él.

—Ven aquí —ordenó ella con voz firme.

Kuntaw vaciló, pero finalmente se encogió de hombros y se encaminó hacia la montura. Era un caballo valioso, que no se parecía en nada a las grandes bestias surcadas de cicatrices que arrastraban los troncos hasta los embarcaderos. Se detuvo a unos pasos del animal y miró a la muchacha. Elegante, vestía una capa negra ribeteada de rojo. Algo en su rostro de color marfil oscuro indicaba que tenía sangre india.

—¿Quieres ganar un poco de dinero? —preguntó ella a la vez que se acercaba. Alzó la cabeza e inhaló el olor a humo, carne y brea de pino que emanaba Kuntaw.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué hacer?

—Cortar troncos, claro. —Articulaba con mucho cuidado—. Llevas un hacha. ¿Sabes cortar leña?

Kuntaw asintió.

—Sí.

—Te necesito, indio. Sígueme.

Beatrix Duquet revolvió su caballo y se encaminó con un grácil trote hacia la casa grande; él tuvo que echar a correr para no rezagarse. Al ver mecerse la melena larga y crespa de aquella mujer, el brillo de los tacones de sus botas, lo asaltó una repentina fascinación, semejante a una ráfaga de lluvia cálida. Así pues, en su trigésima primavera, dio comienzo la parte más extraña de su vida, y tuvo la impresión de salir, tambaleante, de un bosque enmarañado y entrar en un sendero resplandeciente.

¿Acaso los hijos y nietos de René Sel, como él mismo en su día, no irían allí adonde la corriente los llevase, como hojas caídas en agua en movimiento?

IV

La serpiente seccionada
(1756-1766)

un funeral

El día del funeral del viejo Forgeron, anormalmente caluroso para mediados de noviembre en Boston, tenues nubes cubrían el cielo. Ocupaban los bancos delanteros diez o doce ancianos, allí reunidos para recordar al agrimensor gracias al cual habían amasado fortunas con la madera. Al final, los tres hermanos Duke, Jan, Nicolaus y Bernard, con la ayuda del contable de la empresa, Henk Steen, portaron el féretro de pino claro, lacado y lustrado hasta resplandecer como el cristal, un elegante ataúd para un hombre que se había pasado casi cuarenta años midiendo el volumen de madera en bosques de *Pinus strobus*. Jan rezó para que Bernard no tropezara, no se cayera. Outger, el hermano menor, debería haber estado allí, pero se negó a abandonar la casa de la bahía de Penobscot, se negó a prescindir de la gran mesa, hecha de un único tablón extraído del pino más grande que Duquet había talado en su vida. Ese icono debería haber estado en la sala de juntas de la empresa en Boston.

—La necesito para mi trabajo —había dicho Outger con fervor.

—¿Y qué trabajo es ése? —había preguntado Bernard, mirando al techo. Consideraba a Outger un imbécil. Según decían, recibía frecuentes visitas de indios. No se podía contar con él para nada, salvo para embolsarse su estipendio anual. Aun así, tendría que haber estado allí presente.

El sermón se había prolongado durante dos horas, pero ante la tumba las cosas se precipitaron. El viento se levantó y arrugó el cielo lechoso. Nikolaus desplazaba el peso del cuerpo de un pie a otro, con las botas relucientes como cascos engrasados. Ese viento, procedente del norte, se llevó todo el calor del

día. Los hermanos cruzaron miradas de complicidad. Era la maldición meteorológica de Forgeron. Ante ese súbito frío, el pastor aceleró la ceremonia. Bajaron el féretro al fondo del hoyo oscuro, y por fin se oyeron las palabras «Descanse en paz».

Los hermanos y el esquelético Henk Steen, uno de los muchos huérfanos holandeses que, gozando de la protección de Duke & Sons, se incorporaron a la empresa como aprendices a lo largo de los años, se apartaron de la tumba. Agrupados, los asistentes en mejor forma física fueron a pie a la casa de Nicolaus Duke, avanzando por el centro de la calle, donde el suelo era más liso.

—Ven con nosotros, Henk —propuso Nicolaus al contable, que permanecía en la periferia del grupo—. Acompáñanos en la despedida del viejo.

Nicolaus era el hermano más diplomático. Había aprendido el arte de la persuasión de su abuelo, Piet Roos, con quien viajó a China y Japón. Su cabello antes oscuro era ahora de un gris sucio, casi siempre cubierto por una peluca. Pese a la grasa que se acumulaba en su cara y su cuello, se movía aún con agilidad, a diferencia de Jan y Bernard.

Dejándose engañar por la agradable temperatura de esa mañana, ninguno vestía ropa de abrigo. Dejaron atrás apresuradamente una arboleda, un gran jardín rígido a causa de las heladas de la semana anterior, y por fin avistaron el sugerente resplandor de las velas en las ventanas delanteras de la casa de Nicolaus. A través de las aguas de los cristales, vieron a su esposa, Mercy; la esposa de Bernard, Birgit, y las jóvenes esclavas panis que iban de aquí para allá con soperas y jarras, ya que Bernard había adquirido esclavos panis —pawnees— en Ville-Marie.

La puerta del mejor salón se hallaba tentadoramente abierta, y Mercy les dio la bienvenida. En el centro del mismo, en una larga mesa cubierta con un tapiz turco, estaban dispuestas las fuentes tapadas que contenían la colación y las copas de plata de pies trenzados. En la chimenea ardía una madera aromática; Steen pensó que entre la leña debía de haber algún que otro trozo de sándalo para perfumar el salón, una pequeña muestra del botín oriental de Charles Duquet. Iluminaban la estancia velas de cera de abeja colocadas en

apliques de latón, cuya luz trémula se reflejaba en un gran espejo situado entre dos ventanas. Henk Steen contempló boquiabierto la docena de sillas de nogal negro tapizadas: tantas y tan exquisitas.

—Entren, por favor, queridos invitados, pasen —decía Mercy, y los guiaba hacia el calor. Vestía un *saque* holgado de seda gris con pliegues en los hombros sobre un corpiño y una falda rojos escarlata y lucía una peluca larga y cuidada. A menudo padecía terribles jaquecas que la obligaban a retirarse a una habitación tranquila, y en ese momento pedía a Dios que le permitiera acabar la velada sin padecer uno de esos ataques. Sus hijos, Patience, Piet y Sedley, vivían cerca de allí; los dos varones estaban bien instalados en el negocio maderero de la familia. Patience había contraído matrimonio con un constructor naval, Jeremiah Deckbolt.

Henk Steen se quedó un momento en la entrada, contemplando admirado aquel lujo y la rica indumentaria de los invitados. Se sentía fuera de lugar, y habría deseado hallarse en su cuartucho frío, pero Nicolaus lo instó a servirse una jarra de sidra humeante con una pizca de ron. Mercy lo acompañó hasta los fiambres cortados en lonchas y la famosa salsa de rábano de Birgit, tan picante, dijo ella, que quitaría el aliento al mismísimo demonio. «Menudo aliciente para probarla», musitó Steen para sí, y apartó la mano. Tomó un pastelito de mazapán. La chimenea crepitaba y hablaba consigo misma. Sí, pensó Steen, Nicolaus Duke vivía muy bien. Y cómo no iba a ser así, si Duke & Sons vendía cada vez más a los comerciantes madereros, en cuyas serrerías los troncos se transformaban en tablones, duelas de barril y cuba, listones, tejas, mástiles, botalones, baupreses, postes para presas. Todos los hermanos Duke llevaban vidas opulentas, a excepción quizá del extraño Outger, que se aferraba a la casa de la bahía de Penobscot de su padre desaparecido. Steen nunca había visto a ese hermano, a quien imaginaba como un ermitaño rezongón con un bastón de endrino. El pastelito de mazapán se le revolvió en el estómago y temió tener que salir corriendo de allí.

Mercy recorrió la estancia con la mirada para ver si todo el mundo tenía su bebida reconfortante, un asiento, alguien con quien conversar. En realidad ella habría deseado una compañía distinta. ¡Esos viejos con sus intereses

madereros! Habría preferido codearse con las acaudaladas familias bostonianas, ya fuera en su propia casa o en las de ellos, gente vinculada al transporte marítimo, muy distinta de los patronos de los barcos pesqueros que se creían la *crème de la crème* en tiempos de sus padres. Éstos habían dado paso a las familias dedicadas al comercio por mar, que se habían construido magníficas casas. Ella y la esposa de Jan, Sarah, chismorreaban, envidiosas, sobre la vida social de esas familias. Pero ningún Duke había sido nunca invitado a sus colaciones o saraos. Mercy le decía a Nicolaus que le gustaría organizar una gran fiesta e invitar a esas distinguidas personas, pero él contestaba: «Querida, mejor que no. No querrás que nos tomen por arribistas», una palabra odiosa.

Bernard y su desgarbada esposa danesa o noruega, Birgit, conversaban en un rincón con Joab Hitchbone, que era aún más viejo que el viejo Forgeron. Birgit hablaba con su extraño acento, a la vez que sonreía y asentía con la cabeza.

Vaya sorpresa se habían llevado todos cuando Bernard regresó con Birgit de algún país báltico o escandinavo, nunca quedó claro cuál exactamente. Ella contó una vez a Mercy que había nacido cerca del gran árbol *Kongegen* de Dinamarca. El hecho causó gran conmoción, porque Bernard era por entonces un joven muy atractivo de cabello rizado y ojos de color azul cobalto. En su expresión habitual parecía adivinarse que estaba a punto de sonreír, y un lunar en la mejilla izquierda reforzaba esa impresión. Cornelia, su madre adoptiva, imaginaba que era hijo ilegítimo de un aristócrata francés y una bonita costurera. Aún era apuesto, si bien su cabello oscuro había desaparecido y su mandíbula, antes bien delineada, se desdibujaba ahora a causa de la papada; además, cojeaba. Nadie entendía qué había visto en Birgit. Pero su matrimonio, aunque sin hijos, duraba ya casi treinta años. Birgit mantenía la casa en orden y la mesa bien abastecida. Pasaba mucho tiempo en la cocina, reacia a dejar la actividad culinaria en manos de las esclavas. Pese a sus faldas con miriñaque prefería mezclar, flamear y asar ella misma. Sus postres tenían fama.

Sarah, la única hija del acaudalado importador de melaza y azúcar James Pickering, fue en su día una hermosa mujer de cabello oscuro y untuoso, ojos de color avellana y mirada tierna. Rechazaba los miriñaques en favor de las

enaguas almidonadas que abombaban las faldas a la altura de los tobillos, dejando a la vista las medias de seda de color rosa, una costumbre indecorosa en una cincuentona. Su hijo mayor, George Pickering Duke, había regresado recientemente de estudiar derecho en Londres, en los Inns of Court. Durante años había intentado evitar por todos los medios que lo obligaran a dedicarse a esa profesión, aduciendo que deseaba hacerse a la mar, no como oficial, sino como simple marinero, para conocer otras tierras.

—George —dijo Jan—, es necesario para el negocio tener entre nosotros a alguien con formación jurídica. Obtendrás buenos ingresos y, en años venideros, verás el mundo más cómodamente que al pie de un mástil. Tú pregúntale a Bernard cómo es esa vida.

De hecho, ya había hablado con el tío Bernard, que lo disuadió con terroríficas anécdotas sobre tifones, hombres caídos por la borda, las paralizadoras calmas ecuatoriales, el aburrimiento, el permanente trabajo, los ruidosos puertos, la arbitraria crueldad de los capitanes. George Pickering Duke se dejó convencer y desplazó su afán aventurero a los libros.

Bernard hablaba con Joab Hitchbone en presencia del joven Piet.

—El viejo Forgeron se habría alegrado de saber que el día ha empezado despejado. —Hitchbone sorbió el líquido de su copa: un dulce a base de crema, azúcar, licor y zumo de limón—. ¿Y cómo va la producción de brea? ¿Sigue viajando a los pinares de las Carolinas?

Bernard torció el gesto.

—Ah, no. Siempre he preferido la parte quebequesa del negocio. Todavía tenemos empresas madereras en el norte. En cuanto a Carolina, el joven Piet aquí presente —Bernard tocó el hombro de su sobrino— asumió esa responsabilidad. Tiene bajo su supervisión a doscientos esclavos negros, y producimos brea y alquitrán de la mejor calidad. Nos ha ido bien a pesar de las gravosas leyes de Inglaterra.

—Regreso a la plantación dentro de unos días —informó el joven Piet. Los hombres de mayor edad no le hicieron el menor caso.

—Forgeron... —comentó el viejo Hitchbone—. Era un buen hombre, pero, ya saben..., tenía ideas raras. Su visión de las cosas seguía siendo francesa e inglesa a la vez, sin duda una mezcla incómoda.

Bernard enarcó las cejas.

—Tal vez no sepa usted que Forgeron nació en Ostende, no en Francia. Animó a nuestro padre a comerciar con los Países Bajos. Nuestro padre siempre decía que los holandeses tenían un don innato para identificar las formas del terreno. Eso era una gran aptitud, decía, gracias a la cual se forjaban buenos observadores madereros como Forgeron.

Pero el viejo Hitchbone prosiguió:

—Condenaba la tala a gran escala, a aquellos que cortaban árboles pero sólo se llevaban los troncos y quemaban el resto. Tenía una mentalidad austera.

—Era un espíritu dado a la controversia —dijo Bernard—. Recuerdo bien sus opiniones. Según él, cuando los hombres se hallan ante una inmensa abundancia de cualquier cosa, sienten el impulso irresistible de apropiárselo todo y destruir después lo que no pueden usar.

El viejo Hitchbone le lanzó una mirada escrutadora.

—¡Ja! ¿Tal como podríamos abalanzarnos sobre la mesa de nuestro anfiteatro, devorar los manjares y luego lanzar las copas y los platos al fuego de la chimenea?

—Pocos sentimos ese impulso, espero —respondió Bernard.

—Lo planteo como ejemplo de la manera de pensar de Forgeron. Mejor será que recuerde lo que dice la Biblia: «Y los bendijo Dios y les dijo: Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla; dominad en los peces del mar, en las aves del cielo, en todo animal que serpea sobre la tierra y en todos los árboles y hierbas verdes». Naturalmente, aquí en Nueva Inglaterra hay tal abundancia de recursos naturales que sus frutos son ilimitados, sean peces, pieles, tierra o bosques.

Bernard no se molestó en rectificar el error en la cita bíblica de Hitchbone; de todos era sabido que el anciano alteraba las Escrituras a su conveniencia.

—Entonces, teniendo en cuenta toda esa abundancia, quizá pueda usted explicar la escasez de leña en Boston y su precio cada vez más alto. Lo que es bueno para Duke & Sons, pero a la vez obliga a algunos a marcharse de la ciudad.

El viejo Hitchbone no quiso entrar en esa polémica; examinó lo vacía que tenía la copa.

—Los indios: ése es nuestro problema. Los indios no hacen un uso correcto de la tierra debido a su tosca costumbre de deambular y cazar. Como nos dice la Biblia, estamos obligados a hacer uso de la tierra. Y aquí hay tanta que uno puede utilizarla como desee y luego irse a otro sitio. Es imposible inculcar a los indios la noción de que el uso correcto de la tierra es desboscar, labrar, sembrar y cosechar, criar ganado, extraer minerales de una mina o explotar la madera. En resumidas cuentas, no son personas civilizadas. Y no son cristianos.

Bernard agachó la cabeza, reacio a discutir, pero pensó que la guerra del rey Felipe no se había debido a un vago capricho de los indios. Habían peleado como perros rabiosos para conservar sus tierras y habían perdido. ¿Por qué cazar y recolectar bayas no se consideraba «hacer uso de la tierra»? Pero se abstuvo de plantearlo.

—Bueno, es verdad que Forgeron arrancaba la cabellera a los indios por la recompensa, pero también tenía amigos indios. Y una o dos veces comentó que si Nueva Francia no prosperaba era por el comercio de pieles, que apartaba de los asentamientos a todos los hombres capacitados, y eso tenía un gran coste en las iniciativas y el desarrollo.

—Puede que tenga algo de razón en eso —comentó el viejo Hitchbone—. Pero me atrevería a decir que el papismo es su gran escollo. Y su escasa población, a pesar de que procrean como conejos.

Bernard pasó esto por alto y prosiguió:

—Forgeron era un hombre lleno de contradicciones. Insistió en que Duquet et Fils conservara sus lazos con el comercio de pieles, cosa que hemos hecho a pequeña escala. A su juicio, si se conseguía cierta victoria militar, el comercio podía revitalizarse.

—Dicen que el valle del Ohio está repleto de castores. Si los ingleses consiguen apoderarse de Nueva Francia..., la inevitable victoria cuya mención usted elude..., ese comercio quizá vuelva a ser lucrativo.

—Sí, Forgeron hablaba mucho de ciertos asuntos, cosa por la que no siempre era una compañía grata. A su lado uno se ponía muy nervioso, y no sólo porque atraía los relámpagos y los vendavales. Y sin embargo él solo hizo más que cualquier otro por imponerse al bosque y a los indios.

—Vemos, pues, cómo se manifestaba en él la doble naturaleza del hombre.

—Sacó provecho de muchas maneras —afirmó Hitchbone, quien había sacado provecho también de esas mismas maneras.

—Sólo vi a nuestro padre enfadado con él una vez. Hablaban de los Wentworth, y Forgeron tuvo la osadía de decir a nuestro padre que él, nuestro padre, nunca llegaría a pertenecer a la aristocracia del comercio. Que los Wentworth tenían contactos con la nobleza inglesa y sabían muy bien cómo moverse en esos elevados círculos. Dios mío, menudo arrebató de ira tuvo nuestro padre.

Hitchbone sonrió y siguió hablando de los Wentworth.

—Recuerdo lo que decía su padre sobre el viejo Wentworth: «A su debido tiempo le resbalará el pie». Deuteronomio.

Bernard se echó a reír.

—Todavía no ha resbalado. Un hombre artero y sin escrúpulos.

—Forgeron amasó una fortuna considerable, pero siempre me sorprendía que viviera de la caza y el maíz como un indio salvaje. Llevaba una vida solitaria. —Bajó la voz—. Me pregunto quién heredará sus bienes.

Bernard enarcó las cejas. Hizo caso omiso de la pregunta. Sin duda todos los presentes se morían de curiosidad por conocer el legado de Forgeron; no la habitual lista anodina de ropa de cama, gallinas ponedoras y sillas, sino sus propiedades madereras.

—Quizá no tan solitaria. Según cuentan, tenía media docena de consortes indias. ¿Le traigo otra copa de dulce de crema?

—Queridos —dijo Birgit, acercándose a ellos—, se ha acabado el dulce de crema. Prueben los pasteles de crema de arce. Piet, querido, ven conmigo en lugar de quedarte ahí como una estaca escuchando el parloteo de estos viejos carcamales. Hay aquí un caballero a quien creo te gustará conocer.

Joab Hitchbone pensó una vez más que esa mujer tenía una voz especialmente dulce y agradable, la voz de una muchacha inocente, no de la vieja y severa matrona que aparentaba ser.

Mientras las esclavas indias recogían la mesa, las mujeres acompañaron a Mercy al segundo salón, provisto de butacas tapizadas con motivos persas que parecían animales de madera y cuatro o cinco mesas pequeñas dispersas entre ellas como charcos. Las mujeres, sentadas en torno al fuego, bebían té chino y se reían de los rumores de que el papista duque de Richelieu había organizado una cena en la que los invitados debían sentarse desnudos a la mesa. A raíz de esto, Birgit contó:

—Y según hemos oído, en primavera, después de su «triunfo», si es que podemos llamarlo así, sobre los ingleses en el puerto de Mahón, su cocinero inventó una succulenta salsa a base de aceite de oliva y yema de huevo. El duque la llamó *mahonnaise*.

Hicieron un juego de palabras en torno al contraste entre esas viandas tan bien aderezadas y los comensales desprovistos de todo aderezo.

—La mesa presentaba un aspecto magnífico esta noche, querida Mercy — comentó Birgit.

—¡Uf! No era nada en comparación con tus exquisitas colaciones, que sirves en esas fuentes azules de orla dorada.

—Eres muy amable, querida. Pero, como sabes, cuatro de esas fuentes cayeron al suelo y se hicieron añicos en aquel terremoto tan inoportuno del año pasado. Por poco nos caímos de la cama. Le dije a Bernard que, si ése era uno de los placeres de Nueva Inglaterra, preferiría el Chimborazo. Teniendo en cuenta que, según dicen, el temblor se situó en el cabo Ann, sigo sin entender cómo causó tantos daños en Boston.

Mercy dejó escapar un suspiro y dijo:

—Sospecho que padeceremos esas aflicciones toda la vida mientras la depravación humana siga contrariando al Omnipotente.

Conforme avanzaba la velada, Mercy se llevó la mano a la sien varias veces y suspiró. Al final reconoció lo que todos sabían.

—Mis queridos invitados, por fin ha ocurrido lo que más temía. —Pidió a la esclava agua fría y sus polvos para la jaqueca—. Debo retirarme — anunció, y musitando una despedida general, se fue a una habitación de la parte de atrás, perfumada con raíz de orris y reservada para el alivio de la jaqueca.

—Pobre Mercy —comentó Sarah—. Desde luego, esas jaquecas son su cruz. Una lástima después de una velada como ésta.

—Sí, ha sido muy grata, pero estas cosas dan mucho trabajo. La verdad es que mi madre no tiene ya fuerzas para esto —dijo Patience, y abarcó con un gesto el salón y todo lo que contenía.

Los invitados, interpretando la retirada de la anfitriona como una señal, empezaron a marcharse de uno en uno o de dos en dos. Nicolaus les estrechó la mano, presentó disculpas en nombre de Mercy y les suplicó que regresaran pronto en circunstancias más venturosas. Henk Steen, el contable, inclinó la cabeza y sonrió a la vez que retrocedía de espaldas hacia la puerta. Nicolaus casi esperaba que hiciera una reverencia.

—Que la paz esté con ustedes y su dulce de crema —musitó Joab Hitchbone mientras bajaba tambaleante por la escalinata.

un caso interesante

Se marcharon todos los invitados ajenos a la familia, a excepción del suegro de Jan, James Pickering, un hombre de pecho hundido, antaño famoso contrabandista de melaza, y el juez, Louis Bluzzard. Éste llevaba un pantalón en exceso ajustado que ponía de relieve sus prominencias varoniles, detalle tanto más perturbador por el hecho de que era un anciano.

—Juez Bluzzard, por favor, enseñe a mis hermanos ese periódico —le instó Jan al tiempo que daba golpecitos en el vaso de ron con sus largos dedos.

Jan era quien aseguraba los acuerdos con los comerciantes y se ocupaba de los contratos; organizaba complejas operaciones de transporte por mar. Uno de sus cometidos era aplacar las inquinas de los hombres agraviados por las actuaciones mercantiles de Duke & Sons, en parte porque poseía el carácter desapasionado de un hombre indiferente a todo, lo cual se confundía a menudo con neutralidad. En su fuero interno deseaba que todos los monárquicos pasaran por el hacha del verdugo.

El juez hizo circular un periódico un tanto manoseado, el *Pennsylvania Gazette* del año anterior. La hoja mostraba la ilustración de una serpiente troceada, y cada trozo tenía el rótulo de una de las colonias; debajo se leía el lema UNIRSE O MORIR.

—Hoy día se publican muchos periódicos —comentó George, alzando la vista al techo.

—¡Ja! —exclamó Nicolaus—. Eso es por ese tal Franklin. Yo conocí a su hermano James. Una familia que se distingue por sus sentimientos sediciosos. Ben vuelve a estar aquí o en Connecticut, y ya les digo que la unión de esta serpiente colonial que él reclama nunca tendrá lugar. Aquí hay mucha gente que es inglesa hasta la médula, por más que haya nacido en esta tierra. Y las colonias tabaqueras son claramente distintas de las colonias que viven de la pesca y el bosque.

Durante décadas, Duke & Sons había conseguido un precario equilibrio entre sus lealtades a Francia y la nueva y ambiciosa generación de hombres nacidos en territorio americano. Empezaba a surgir una divergencia de opiniones.

El joven Piet aventuró una observación.

—La legislación forestal que nos ha impuesto la Corona ha abierto una brecha entre los colonos e Inglaterra, ¿no es así?

Los hombres de mayor edad pasaron por alto el obtuso comentario del muchacho.

James Pickering, dejando ver un chaleco de seda de color violeta, intervino:

—Queridos amigos, permítanme que les recuerde que esta ciudad acogió a dos jueces regicidas hace un siglo. Hay lealistas aquí y allá, pero el corazón colonial desea la independencia y alberga un profundo rechazo hacia los reyes y sus hombres. Eso no es nada nuevo. ¿Y acaso no desprecian los hombres de negocios americanos la legislación de bosques? —Se volvió y escupió elegantemente hacia el fuego.

—Esta enmarañada situación se enmaraña cada día más —comentó Jan—. Louis, cuénteles lo que me contó a mí.

—Ah, sí. Aquello. Me atreví a decir que los planes de agresión ingleses ponen en peligro sus derechos de propiedad sobre los bosques de Quebec. Cuando se adueñen de Quebec, se adueñarán de sus tierras forestales. —El juez lanzó una mirada a Bernard. Lo consideraba quizá demasiado apegado al Canadá francés.

—Es posible —dijo Bernard—, pero recuerde que Nueva Francia tiene una milicia poderosa. Las tropas regionales son excelentes y los indios nos prestan una ayuda considerable. El gobernador general, Pierre de Rigaud de

Vaudreuil, es inteligente y conoce el terreno, o eso creo. Según he oído, ese tal Montcalm prefiere combatir al estilo europeo, es decir, mediante asedios y rígidas líneas enfrentadas: el gran defecto de Braddock. Pero en Nueva Francia hemos desarrollado el sigiloso estilo boscoso de los indios.

—Ésa es la situación también aquí —afirmó el juez con actitud un tanto desdeñosa—. Sus mestizos franceses son poco originales en cuanto a sus aptitudes para el combate. Pero ándense con cuidado: en Boston hay muchas casas donde sus opiniones se considerarían desleales.

Bernard hizo caso omiso de esta pulla.

—También ha llegado a mis oídos que Montcalm y Vaudreuil se aborrecen mutuamente y no se molestan en ocultarlo. —Dejó escapar un suspiro—. Cuando los franceses derrotaron y mataron a Braddock, pensé que la cosa acabaría ahí.

El juez cabeceó y soltó una áspera risotada semejante a un ladrido. Miró a Bernard.

—Lo dudo mucho. Estoy convencido de que Inglaterra se apoderará tarde o temprano de Nueva Francia mediante tropas coloniales. La batalla del lago George, en septiembre del año pasado, es una muestra de su perseverancia. —Habla en tono beligerante.

Jan consideró que había llegado el momento de plantear la pregunta. Miró a su hijo.

—George, después de estudiar leyes, ¿qué opinas de este delicado asunto? ¿En qué bando debería depositar sus lealtades Duke & Sons? ¿El francés o el inglés?

—Ojalá fuera así de sencillo —comentó Bernard entre dientes.

—En nuestras clases de derecho, esta situación en particular nunca se ha planteado, pero varios de nosotros procedentes de las colonias hablábamos del tema en privado. —George hinchó un poco el pecho.

—¿Y qué pensabais?

Bernard sospechaba que George, que había estudiado derecho inglés en pleno corazón de Londres, debía de haber sido, y probablemente aún era, defensor de la eterna obediencia a Inglaterra.

—Pensábamos que, desde el punto de vista de la ley y las jurisdicciones, las colonias se distanciaban cada vez más de Inglaterra. Ese alejamiento se hizo más acusado en 1686, cuando el Gobierno británico, preocupado por nuestra independencia y riqueza crecientes gracias a nuestras propias aptitudes, nos envió al gobernador Andros y revocó nuestra carta estatutaria colonial.

«En fin», pensó Bernard, «ahí queda claro el nivel de obediencia.»

—Después de dos generaciones de autogobierno colonial, eso fue un gran error por su parte —afirmó Nicolaus—. Y la situación no mejoró con la marcha de Andros.

George intervino audazmente:

—¿Y qué tenemos hoy? Ingleses que desde sus puestos de poder toman decisiones que nos afectan a nosotros, a pesar de que por lo general nada saben de las colonias, carecen de experiencia real aquí, y ni siquiera desean tenerla. Imponen sus tiránicos decretos y normas a partir de su ignorancia y su interés personal. Lo único que les importa es qué pueden extraer de la colonia para meterlo en su caja fuerte.

—No parece muy distinto del caso de Francia y Nueva Francia —observó Bernard, un tanto sorprendido por el tono apasionado del apático George—. Es posible que ése sea el triste destino de todas las colonias.

—Si continúan el descontento y la hostilidad... En fin, puedo citar un ejemplo jurídico especialmente revelador para Duke & Sons, ya que atañe a la tala de bosques. —George percibía su propia importancia.

—Creo que sé a qué te refieres —dijo Nicolaus, entrecerrando los ojos—. ¿Hablas del caso Dregg, de hace unos diez años?

—No, estaba pensando en el caso Frost, un poco anterior al de Dregg. En nuestras conversaciones privadas, los estudiantes de las colonias lo considerábamos un caso importante. En la facultad sólo se mencionó una vez. Un abogado de los Inns of Court lo presentó como prueba del carácter taimado e insolente de las colonias.

Bernard miró al joven George.

—¿Nos sacarás de la ignorancia? ¿Cuál fue ese «caso»?

—En apariencia, tío Bernard, podría interpretarse como un ejemplo más de la tendencia imperante en las sentencias judiciales de Massachusetts en favor de los dueños de serrerías coloniales acusados de entrar en propiedad ajena y talar lo que encontraban allí.

—Sí —dijo Nicolaus—. Esos tribunales liberales fueron uno de los atractivos de la región para nuestro padre. Y hemos soportado a los hombres del Servicio Topográfico de Su Majestad, esos miserables, durante más de sesenta y cinco años. Bien está que ahora sufran en los tribunales. —Dejó escapar un leve relincho.

—¿Y qué tiene de especial ese litigio que menciona?

George miró al juez Bluzzard.

El juez se llenó el vaso de ron y habló:

—Empezó, como muchos de nuestros problemas, en Londres... Acuérdense de las enormes concesiones de tierras a Mason y Gorges. —Tomó un trago—. Pero iré al grano: en 1730 la Corona concedió una licencia de cinco años para el abastecimiento de mástiles a Ralph Gulston, un comerciante turco, uno de esos hombres de tez morena que comercian con el Levante mediterráneo. La licencia le permitía entrar en cualquier territorio de Maine que fuera propiedad de la Corona en 1691..., o sea, territorio público..., y talar pinos para mástiles destinados a la Armada Real. —Asintió en dirección a George.

George planteó el asunto del delito de entrada en propiedad ajena, para el que esa fecha, 1691, era un dato clave: por entonces las tierras en cuestión eran propiedad de la Corona.

—Tras cierta demora, Gulston contrató a un maderero de las colonias, William Leighton, para que talara pinos a su servicio. Y a lo largo del invierno de 1734, Leighton los taló y los sacó del bosque. Nadie puso la menor objeción. Sin embargo, en los años transcurridos desde 1691, la escritura había pasado a manos de un americano, John Frost, de Berwick, Maine. El Servicio Topográfico Real optó por pasar por alto la escritura de Frost. Al llegar la primavera de 1735, John Frost, esgrimiendo su legítima escritura, demandó a Leighton por entrar sin autorización en propiedad ajena.

—Creo que ya sé cómo va a acabar esto —intervino Bernard—. Pero continúa.

—Sí. El tribunal, como era de prever, falló a favor de Frost.

—Dios mío, ahora me acuerdo de todo aquel lío —dijo Jan—. Leighton pagó las costas tontamente, ¿no?

—En efecto —contestó George—. Pero... —tendió la mano como si anunciara el hecho central en torno al que giraba todo— cuando Gulston, al otro lado del océano, se enteró, puso en marcha sus descomunales engranajes. Gozaba de la confianza del rey. A su debido tiempo llegó a Boston una orden de la Casa Real.

El juez Bluzzard, con una sonrisa de lobo, tomó el relevo en la narración.

—La vista a la que dio lugar la petición no se celebró hasta junio de 1738. Todo el mundo quedó atónito cuando el tribunal declaró que carecía de autoridad para ejecutar la orden real. La postura del tribunal fue que su autoridad se limitaba a promulgar leyes y celebrar juicios en relación con sucesos ocurridos *dentro de la provincia*. Sostuvo que no estaba facultado para imponer lo que calificó de «sentencia extranjera». Eso equivalía a declarar su intención de desobedecer la orden real. ¿Lo entienden? Era como si hubiera dicho: «El rey es un extranjero y no tiene nada que ver con nosotros». Fue un triunfo para el espíritu americano independiente.

—¡Caballero! —exclamó Jan, como para prevenir sobre la presencia de agentes que acaso pudieran oír ese comentario de carácter traicionero.

Para poner fin a la conversación, Bernard volvió sobre la sencilla pregunta de qué bando debían elegir: Inglaterra o Francia.

—Podríamos preguntarnos qué haría nuestro padre.

—La respuesta es muy sencilla. Cuando se marchó de Nueva Francia, se puso del lado de los ingleses.

—Nuestro padre no tuvo en cuenta ese creciente malestar que, como muestra la serpiente seccionada de Franklin, existe en las colonias, tanto entre ellas como con respecto a Inglaterra. Hoy día nuestra situación es distinta.

—Estoy de acuerdo —coincidió Jan—. Se extiende cada vez más la idea de que las colonias deberían unirse y desobedecer a Inglaterra. De hecho, ya desobedecemos cuando se trata de la madera y la construcción naviera, el contrabando y la melaza. No hay duda de que la constante promulgación de leyes e impuestos punitivos amenazan las posibilidades de vivir en esta región. Si no dependiéramos de Inglaterra, prosperaríamos enormemente.

Bernard sonrió.

—En cuanto hombres de negocios, ¿no deberíamos mantener relaciones cordiales con todas las facciones? Con los franceses, los ingleses y con los colonos tanto del sur como del norte... y con los Wentworth.

—Sí —aseguró Jan— debemos estar a bien con todos, ingleses incluidos, e ir comprobando con frecuencia la dirección del viento y permanecer atentos a nuevas leyes. La Corona parece tan decidida a mantenernos encadenados como lo estamos nosotros a cortar nuestras ataduras.

—Bien dicho —coincidió Pickering. La botella de ron circuló de mano en mano.

Bernard se acercó a ellos sosteniendo la capa de lana azul de su esposa.

—Ya es hora de retirarse —dijo con delicadeza, y se marcharon discretamente.

El joven Piet estaba poniéndose también la capa cuando su primo George se acercó a él y le habló en voz baja.

—Primo, ¿volveremos a vernos? Parto para Carolina dentro de tres días. Desearía que fuéramos amigos, dado que algún día trabajaremos juntos para la empresa. Tengo la sensación de que nosotros... y Sedley... representamos la savia joven de la familia. ¿Conoces la taberna La Guarida del Lobo? — George contaba veintiséis años y Piet tenía uno menos.

—La conozco muy bien. ¿La prefieres a La Taberna del Oso o la del Pavo?

—Sí, es un sitio tranquilo y hay menos probabilidades de que algún borracho arme alboroto. Veámonos allí mañana a última hora.

Se dieron la mano, y el joven Piet salió a la noche fresca, que olía a humo de leña y al bosque de coníferas no muy lejano.

la cosa que contenía el baúl

La Guarida del Lobo era una taberna tranquila y agradable con media docena de mesas pequeñas y una amplia chimenea en un extremo. En el establecimiento no había nadie, salvo el tabernero, un hombre con el rostro picado de viruela que en ese momento decantaba un barril para llenar botellas. Los dos primos se dirigieron a la mesa más pequeña, junto a la chimenea. Ambos pidieron ron caliente con pimienta, porque era una noche fría, sin viento, que auguraba una gran helada. Piet acercó las manos al fuego mortecino.

—Nada me gusta más que un buen fuego. En Europa e Inglaterra siempre paso frío, con esas míseras ramitas en chimeneas del tamaño de tazones de sopa. Sólo aquí alejamos el frío con un fuego como es debido. A éste hay que echarle más leña.

El tabernero los oyó y dijo:

—Nos proponíamos añadir otro tronco grande al fondo esta mañana, pero uno de los hombres ha llegado tarde. Ahora ya está aquí.

Alzó un dedo para indicar que esperaran un momento. Al cabo de unos minutos, entraron en el establecimiento cuatro hombres, uno de ellos un coloso con una corona de pelo blanco sucio, que olía todo él a aire puro y corteza de árbol. El tabernero se acercó a la mesa de los dos primos.

—Caballeros, quizá prefieran ocupar otra mesa más apartada para ahorrarse el alboroto. Robert Kemball, indispensable para la tarea, acaba de llegar.

Ése debía de ser el hombre corpulento, pensó Piet.

La puerta se abrió y entró una ráfaga de aire frío, seguida de los hombres, tambaleantes bajo el peso de un enorme tronco verde de haya de casi dos metros y medio de largo y algo más de medio metro de diámetro. Entre gruñidos lo echaron a la gran chimenea con un balanceo y luego lo empujaron, haciendo comentarios sobre los quintales que podría pesar. De inmediato el tabernero, valiéndose de un atizador, reacomodó el tronco al fondo de la chimenea. Luego los hombres metieron un tronco de tsuga, de considerables dimensiones, para ponerlo en el morillo de la parte delantera, y el tabernero apiló ceniza sobre la leña recién añadida para propiciar una combustión lenta. Apareció un niño cargado con un cesto de astillas de pino bronco y, al cabo de un par de minutos, el resplandor naciente propagó su vacilante luz y su calor por el salón. El tabernero entregó a cada uno de los hombres un vaso de ron y una moneda, y dio una palmada en el hombro a Robert Kemball, grande como el anca de un buey. Miró a Piet y George y, alzando el brazo en un gesto interrogativo, preguntó si querían volver a la mesa que ocupaban antes. Pero ahora el fuego ardía con tal intensidad que era imposible sentarse cerca, así que se quedaron donde estaban.

—Ah —dijo George Pickering Duke. Echó un trago y se llevó los dedos a los labios rojos. Piet, anguloso como las ramas de un árbol, asintió y sonrió. Guardaron silencio durante largo rato, disfrutando del calor del fuego y la bebida caliente.

—Es curioso que nunca me haya reunido contigo así —comentó George, que casi nunca veía a sus primos—. Ni contigo ni con Sedley. Y sin embargo algún día no muy lejano tú y yo tomaremos las decisiones sobre lo que debe y no debe hacerse en la compañía.

—Sí, deberíamos vernos más a menudo. Aunque, claro, tú pasas mucho tiempo en Carolina.

—Lamentablemente. Pero encuentro motivos para regresar a Boston muy a menudo. —Permanecieron en un cómodo silencio. George se aclaró la garganta—. Doy por sentado, después de la conversación de anoche, que te pondrías del lado de los colonos, y no del de Inglaterra o Francia.

—Pues sí. Y creo que el tío Bernard apoyaría a Nueva Francia antes que a Francia. Aunque ha vivido en Boston tanto tiempo que quizá se pusiera del lado de las colonias.

—Casi todas las noticias que nos llegan son conjeturas.

—Ciertamente. Y muchas, sospecho, son intencionadamente engañosas.

George estiró las piernas e interrumpió sus lucubraciones.

—Querido primo, quiero hacerte una pregunta personal.

—¿Sí?

—¿Has tenido ocasión de echarle el ojo a nuestro tío Outger?

—Sí, pero sólo una vez. El mismo día que lo viste tú.

—¿Yo? Yo nunca lo he visto. Para mí, es un personaje desconocido y misterioso.

—No, no. Sí lo viste. ¿No te acuerdas del día que hicimos muy felices a los pájaros? Era primavera, y debíamos de tener siete u ocho años. No más.

—Ese hecho, el regocijo de los pájaros, quedó grabado para siempre en mi memoria. Pero ¿qué tiene que ver el tío Outger con eso?

—¿Te acuerdas de un hombrecillo delgado con la mirada extraviada que extendía sábanas sobre una mesa y nos decía que nos alejáramos de él?

—Sí. Me acuerdo de sus airadas quejas y de la manera en que sacudía las sábanas, como si izara velas. No me digas que ése era...

—Sí, el tío Outger. Según cuentan, tiene muchos contactos en el extranjero. Hombres de ciencia con los que mantiene correspondencia y a los que envía especímenes de plantas y hierbajos.

—¿Ese viejo loco...? ¿Ese hombre es nuestro famoso tío Outger? ¿Envía hierbajos a hombres de ciencia?

—Pues sí. Para ellos, los hierbajos de Nueva Inglaterra son una novedad.

—Conque ése era el tío Outger... Qué horror. —Pidió otra ronda de ron caliente—. Mi recuerdo más nítido es el de los pájaros y lo que encontramos en aquel viejo baúl.

El tabernero les sirvió las bebidas calientes. Los primos alzaron los vasos y se abandonaron a los recuerdos.

Sus padres se habían encerrado con el tío loco en lo que llamaban la «antigua sala de reuniones». Los niños se pusieron a explorar la casa y subieron al desván sigilosamente por la estrecha escalera chirriante. La única iluminación era la luz que entraba por un ventanuco mugriento. En un rincón había un búho disecado que les produjo un grato escalofrío. Vieron un baúl de cuero contra una pared baja y sintieron curiosidad. Mientras manipulaban el

cierre herrumbroso, trataban de adivinar qué contenía. De pronto la tapa se abrió bruscamente con estrépito y los roció de polvo y plumas de búho. Dieron un salto atrás y esperaron. Por fin George se acercó audazmente al baúl y miró el interior. Lanzó un grito y, saliendo como una flecha hacia la escalera, exclamó:

—¡Está vivo!

El pequeño Piet corrió junto a él.

—¿Qué? ¿Qué era? ¿Un lobo?

—¡Puede que fuera un lobo! ¡Puede que fuera un indio! Era una cosa peluda y horrenda. Me ha mirado. ¡Se ha movido!

Tardaron largos minutos en volver a subir cautamente por la escalera. Reinaba el silencio. El baúl seguía abierto, el búho permanecía en su rincón.

Se acercaron al baúl y miraron dentro. La cosa, retorcida y enmarañada, no se movía mucho, pero transmitía una sensación de vitalidad contenida. Piet, muy despacio, alargó el brazo hacia el interior del baúl y la tocó; al instante se echó atrás.

—Cuánto pelo —dijo—. Da asco.

Ahora le correspondía a George tocarla. Así lo hizo, e incluso, para demostrar su valor, cerró los dedos en torno a aquella masa durante unos segundos antes de retroceder. En realidad los dos sabían qué era, pero se adecuaba más a su ánimo del momento simular que se trataba de una encarnación del mal. Piet forcejeó con la sucia ventana del desván y consiguió abrirla para que entrara la luz.

Finalmente levantaron aquella masa y, por primera vez en más de treinta años, reapareció la peluca de Duquet. La arrastraron por el desván; envolvieron con ella al búho como si de una mortaja se tratara; pese a lo mucho que pesaba, intentaron arrojársela mutuamente. Al final, George la llevó a cuestas hasta el ventanuco y la hizo pasar a través de la abertura. Se precipitó hacia el suelo con un zumbido como el que emitiría una vaca con gases.

—¡George Pickering! ¡Pequeño Piet! —vociferó Patience desde abajo—. ¿Qué travesuras absurdas os traéis entre manos ahí arriba? Armáis más jaleo que la milicia. Salid al jardín ahora mismo.

Al aire libre, su trofeo se les antojó menos interesante. Piet fue a buscar una tira de cuero al establo y la ató a la peluca. Corrieron con ella a rastras. La masa de pelo rebotaba por el suelo detrás de ellos y acumulaba ramitas. Cuando Mercy, la madre de Piet, los llamó para darles un plato de pastel de manzana, la abandonaron entre las zarzas. Más tarde los adultos regresaron a la sala de reuniones, sin dejar de conversar, y los primos salieron de nuevo. Se encontraron ante una imagen maravillosa: los pájaros estaban arrancando pelos de la peluca.

—Están construyendo sus nidos con ella —explicó Piet.

—Parecen muy contentos —añadió George.

Se quedaron mirando largo rato, y cuando, ya avanzada la tarde, se marcharon en su carruaje, aún volaban pájaros en dirección al jardín. En esa aventura se forjó una amistad de infancia.

—Sí —dijo George, que no sabía nada de su abuelo Charles Duquet—, fue el día memorable de la peluca de Outger, nuestro tío loco. Si nos hubiera visto, habría enloquecido aún más.

El joven Piet se levantó y atizó innecesariamente el fuego, impulsado por un instinto masculino. Nuevas chispas se elevaron por el cañón de la chimenea y el fuego propagó un calor palpitante.

—Mucho mejor así —dijo George cuando la calidez le acarició el rostro—. ¿Y qué hay de tu hermano Sedley? No estuvo en el funeral ni en la colación.

—No. Eugenia está a punto de salir de cuentas, y el doctor Perry le recomendó reposo absoluto. Sedley consideró que debía quedarse con ella, porque está muy delicada... y quizá no sobreviva.

De pronto acudió a la memoria de George una frase cruel que había leído en algún sitio en Londres, un comentario de un tal Ward sobre las mujeres de las colonias americanas: «Las mujeres, como la fruta temprana, maduran pronto y se pudren pronto».

Piet siguió hablando.

—Además, como Sedley siempre sintió antipatía por el viejo Forgeron, nuestro padre lo eximió de la obligación. —Volvió a sentarse y fijó la mirada en su vaso de ron; aún le quedaba bastante—. ¿Has regresado a Londres después de acabar tus estudios?

—No, pese a lo mucho que me gusta viajar. Verás, yo tenía vocación marinera, pero mi padre insistió en que estudiara derecho. Da la impresión de que nuestros padres sólo piensan en los negocios. Negocios y más negocios.

En la familia todos conocían la afición de George por los relatos de aventuras en el mar, historias de barcos zozobrados y naufragos, buques desintegrados en violentas tempestades, salvajes con lanzas en islas remotas que capturaban a los marinos y se los comían crudos, olas gigantes que engullían flotas enteras. Cuando el librero de Londres le envió un ejemplar de *La vida y las extrañas y sorprendentes aventuras de Robinson Crusoe*, George quedó tan fascinado durante semanas que releyó el libro una y otra vez.

—Me alegra saber que te gustan los viajes, porque puede que emprendamos uno. Hace poco mi padre recibió una carta del tío Outger, ese tío del que te has olvidado por completo. Planea ir a Ámsterdam el año que viene para ver a su anciana madre y a su hermana, Doortje. Dice mi padre que debemos acompañarlo todos, porque la abuela Cornelia está muy mayor y frágil. Y nosotros los primos no conocemos a la tía Doortje.

Conversaron durante un rato sobre las guerras del momento, el comandante Rogers y sus bandas de rufianes, aplazando el momento de salir a la noche. Pero era tarde. Piet consultó el hermoso reloj prendido de su chaleco.

—Sueño con la unión de las colonias. Hoy por hoy existen envidias y rivalidades comerciales entre ellas. En Duke & Sons son muchas las cosas que habría que cambiar, empezando por ciertas dificultades en Carolina del Norte. Espero que podamos reunirnos y buscar maneras de mejorar la rentabilidad de la empresa cuando tú, Sedley y yo estemos en situación de hacerlo.

—Y mejorar la posición social de los Duke. En estos momentos, para nosotros, arrinconada como está nuestra familia, resulta muy difícil conocer a chicas interesantes y bien relacionadas.

Piet se levantó, pagó al tabernero, se puso la pesada capa y se dirigió hacia la puerta.

—¿Vienes? —preguntó a George.

—Sí, te acompaño hasta la iglesia. El aire fresco nos hará bien y disipará los vapores del ron.

Salieron de La Guarida del Lobo bajo el resplandor de unas estrellas tan brillantes y trémulas que el cielo parecía emitir sonidos, como si se tañeran alambres tensados.

—¡Qué frío! —exclamó Piet.

—Mucho —coincidió George—. Mucho mucho frío.

Inhalaron el tonificante aire impregnado de olor a pino. Sin embargo, se percibía una fuerza implacable, incluso malévola, que doblegaba la noche surcada de estrellas fugaces.

Etdidu

A sus cincuenta y cinco años, Bernard Duke tenía dos grandes problemas que lo corroían en todo momento. Su primera preocupación era elegir a su sucesor. En la familia nadie era capaz de asumir las funciones de prospector, el crucial cometido de calcular el valor de la madera que podía extraerse de las amplias extensiones de bosque de Duke & Sons, cuando él ya no estuviera. Bernard había aprendido el oficio de Charles Duquet antes de su misteriosa desaparición, y después del viejo Forgeron, pero entre los sobrinos no había encontrado a ninguno ni remotamente interesado en evaluar árboles, calcular volúmenes cúbicos y pies tablares.

Sedley, el hijo de Nicolaus, lo había acompañado varias veces. Pero Bernard había advertido que al joven se le vidriaban los ojos cuando le explicaba la diferencia entre medidas lineales y por piezas, y lo desbordaba el cálculo del volumen cúbico de un tronco ahusado de veinticinco metros. Cuando recorrían una zona de madera en pie e iban de parcela en parcela, Bernard tomando nota y haciendo cálculos, Sedley lo seguía a trompicones.

—Tío, ¿no se podría contratar a un agrimensor que determinara si hay o no árboles que, por su tamaño, merezca la pena talar? —preguntó Sedley un día a media mañana después de un refrigerio de pan rancio chamuscado y té caliente.

—Esto es un negocio —respondió Bernard, sentado en un tocón, mientras encendía su pipa—. Necesitamos saber cuánta madera tenemos y cuántos pies tablares saldrán. Encontrar un buen agrimensor no es fácil. Es un trabajo duro, y abundan los cálculos inexactos y las mentiras descaradas. Algunos

agrimensores con los que intentamos trabajar presentaban planos e informes falsos para ahorrarse complicaciones. Juraban que los árboles estaban sanos, pero, como se comprobó después, estaban podridos o huecos.

Chupó la pipa, vació la cazoleta y volvió a cebarla.

—Se calienta demasiado —comentó—. Necesito una nueva.

Cogió un ascua de la hoguera de mediodía y prendió el tabaco.

—Esos agrimensores aceptaban sobornos de los Wentworth y otros por sostener falsamente que una arboleda estaba sana. Una vez llegaron nuestros leñadores con sus hachas y se encontraron con un millar de tocones dejados allí por ladrones de madera. Los tocones tenían un color gris por el paso del tiempo; es decir, el agrimensor nunca había puesto los pies allí. Otro envió un informe de un municipio densamente poblado de árboles: nos encontramos cenizas. —Hizo una mueca, vació de nuevo la pipa a medio fumar y se la guardó en el bolsillo.

Sedley, sentado en un tocón cercano, movía los pies y mataba mosquitos a manotazos. Vio una tenue espiral de humo elevarse de la hojarasca allí donde Bernard había vaciado su pipa. Continuó la lección.

—Un hombre con experiencia necesita más de una semana para establecer el valor de la madera en una extensión de sólo doscientas hectáreas. Un agrimensor honrado es vital para nuestro negocio. Un miembro de la familia debe asumir la responsabilidad. De lo contrario, cuando yo no esté, os engañarán.

Pero Sedley no tenía intención de morder el anzuelo.

—Tío, me temo que tendremos que hacer el gran esfuerzo de encontrar a alguien ajeno a la familia que trabaje por un buen sueldo y cuidarlo. A mí lo que me atrae es la expansión del negocio. Mi interés en los árboles y la madera es sólo indirecto.

—¿Consideras que el futuro está en la potasa? —preguntó en tono despectivo, como si Sedley hubiese anunciado su interés en el cultivo de lechugas.

Bernard se puso en pie.

—Vamos. Si nos ponemos en marcha ahora mismo, estaremos de regreso en la posada antes de que anochezca.

Detrás de ellos, la compacta bola de tabaco de pipa resplandeció entre la pinaza, creció y formó pequeñas llamas. En Boston, al día siguiente, Bernard vio humo a lo lejos y dedujo que era un incendio en los bosques de Duke & Sons; pero no podía hacerse nada contra el fuego. Los bosques ardían por designio divino. Al final del verano, siempre se multiplicaban las humaredas.

Bernard sentía que estaba envejeciendo; no tenía tiempo que perder. No le quedaba más remedio que buscar un agrimensor ajeno a la familia. Preguntaría entre los trabajadores de los aserraderos, muy aptos ellos mismos para el cálculo de pies tablares en cuanto tenían los rollizos ante los ojos. No obstante, calcular la madera extraíble de un árbol en pie era mucho más difícil. Acaso hubiera allí uno o dos chicos espabilados a los que poder formar. El problema era encontrarlos.

En cuanto al otro problema, era irresoluble: estaba en manos de Dios. Si veía acercarse el momento, podría hacer algo. Pero si moría antes, no podría hacer nada, y el destino se saldría con la suya.

En 1758 territorios franceses en África y América fueron a parar a manos de Inglaterra. Eran tiempos peligrosos para viajar, pero ¿cuándo no entrañaba riesgo hacerlo? Los seis Duke —Bernard, Nicolaus, Jan, Outger, Piet y George Pickering— embarcarían en una nueva fragata mercante holandesa, la *Bladwesp*, que transportaba el cargamento de Duke & Sons (madera para presas) de Boston a Ámsterdam. Bernard quería hacer escala en La Rochelle para celebrar ciertas reuniones de negocios, pero eso quedó descartado debido a la guerra; más les valía dejar atrás indemnes la costa de Francia e ir directamente a Ámsterdam. Sedley se quedaría en Boston porque Eugenia, que había dado a luz un hijo, se encontraba muy débil y su estado empeoraba por momentos. El doctor Perry creía que no duraría mucho. El niño era robusto: parecía haber absorbido toda la vitalidad de su madre. Eugenia susurró que debían llamarlo James; Sedley se lo prometió, pero ya albergaba odio contra ese niño asesino.

Para Bernard sería un viaje rápido. Planeaba regresar al cabo de un mes. Los demás podían prolongar su estancia tanto como quisieran; de hecho, George Pickering planteó la posibilidad de realizar una gira por Europa —excluida Francia, debido a la guerra—, idea que Jan y Bernard alentaban. Nicolaus no dio permiso a Piet, que deseaba acompañar a su primo. George Pickering aceptó de buen grado viajar solo, porque tenía prevista una aventura privada a base de prostitutas y alcohol y prefería no tener testigos, por grata que fuera su compañía. Lamentaba no poder recalar en Francia, país que todos consideraban el sùmmum de la depravación.

—Tú, Piet, eres el responsable de la explotación de brea —dijo Nicolaus—. No puedes emprender esa gira. Había pensado en enviar a Henk Steen a supervisar la plantación de pinos broncos por si tú deseabas viajar durante unos meses, pero no quiso ni oír hablar de ello. Dijo que no era apto para asumir esa responsabilidad. Por lo visto, la esclavitud le genera escrúpulos morales. A mi regreso, me propongo reemplazar a Steen por un hombre más realista. Puede irse con sus escrúpulos morales a otra parte.

Sólo faltaba un día para zarpar, y Outger aún no había llegado. Era inconcebible partir sin él: la travesía se había organizado a petición suya. Bernard habló con el capitán Strik, un holandés viejo y avinagrado que detestaba a los pasajeros por bien que le pagaran. Le complacía cuando morían en el mar y tenía que lanzarlos por la borda. Ahora dijo que zarparía en la fecha prevista, con o sin Outger Duquet. Ya tenía el dinero del pasajero, y si ese pasajero optaba por no llegar puntualmente, bien podía irse a pie a Ámsterdam. Soltó una risotada entre resuellos.

Piet y George Pickering, asomados por encima de la barandilla, permanecían atentos por si llegaba el tristemente célebre tío. Su paciencia se vio recompensada. Piet bajó ruidosamente por la escalera al camarote de Bernard y lo encontró escribiendo en su diario mercantil encuadernado en cuero rojo.

—¡Tío! Ya ha llegado. En coche. Seguido de tres carretas llenas de baúles y cajas.

Bernard siguió a su sobrino a la cubierta y vio a Outger. Se parecía a Charles Duquet, si bien carecía de la musculatura y la mandíbula estrecha de su padre. El pelo amarillento y lacio le asomaba debajo de la peluca, una peluca con coleta, pero en sus ojos claros se advertía la penetrante mirada de los Duquet. Delgado y muy pálido, era obvio que vivía siempre entre cuatro paredes.

Outger, indiferente a la presencia de Bernard, fue apresuradamente al camarote del capitán, donde protestó y habló sin parar durante un cuarto de hora. Cuando salió, lo seguían seis marineros para cargar a bordo del barco sus cajas y baúles, que depositaron en el espacio suplementario que había contratado. Llegó al muelle una cuarta carreta con una enorme caja de embalaje. Se requirieron doce marineros para subirla a la cubierta, y allí se quedó, tapada con una lona y amarrada. Los marineros, riéndose y mordiendo las monedas repartidas por Outger para ver si eran buenas, reanudaron sus obligaciones. Outger examinó a Bernard, y le disgustó lo que vio: un hombre con exceso de peso, avejentado, un tanto incapacitado.

—*Welkom, broeder* —saludó Bernard.

Outger apretó los labios.

—Te ruego que recuerdes, Bernard, que no somos hermanos. Por más que mis padres os adoptaran a ti y a los demás, no somos, como puede verse claramente, hermanos de sangre.

—No hay ningún peligro de que se me olvide eso. Aun así, siempre tuvimos con tu padre una relación más cercana que tú.

Para su sorpresa, Outger se echó a reír.

—Sí, sí. Pero ésa no es una distinción muy envidiable. Ese hombre era una bestia.

—También era un excelente hombre de negocios, lo que nos benefició, tanto a ti como a mí. Su desaparición supuso una gran pérdida para Duke & Sons.

—Sin duda. Pero entre todas las fantasías que se han concebido sobre su desaparición, me pregunto si nunca has pensado que quizá contrajo la viruela, muy extendida en aquellos tiempos, y que ésta fue la causa de su muerte cuando se adentró solo en el bosque. Es una posibilidad lógica, creo.

—Puede que tengas razón.

—Y ahora que hemos expulsado a la bilis, ¿qué tal si probamos a tratarnos cortésmente, dado que tendremos que viajar todos en un espacio reducido durante las próximas seis semanas?

—Eso sería un gran placer para mí. Y ciertamente me alegro de verte. — Parecían dos terriers olfateándose y moviéndose en círculo uno en torno al otro.

—Y yo de verte a ti, aunque me consta que lo dudas. Pero dime, ¿quiénes son esos monos que me miran con ojos como platos? — Señaló hacia la barandilla del barco.

—El de la leontina en el chaleco es el joven Piet, hijo de Nicolaus. Piet supervisa la producción de brea en nuestra plantación de Carolina. El otro es George Pickering Duke, hijo de Jan, que acaba de volver de Londres, donde estudió derecho en los Inns of Court. Falta Sedley, el hermano de Piet. Acaba de ser padre y va a quedarse en Boston con su esposa. —Tomó aire y se volvió hacia sus sobrinos—. Caballeros, os presento a Outger Duquet, de quien ya habéis oído hablar.

Los dos jóvenes habían oído a Outger negar todo lazo de parentesco con Bernard y no sabían bien cómo dirigirse a él. Outger advirtió su desconcierto y dijo:

—Podéis llamarme «tío» siempre y cuando todos tengamos claro que es un trato de respeto a un hombre mayor más que la afirmación de un parentesco inexistente. —Habló como si fuera un príncipe de sangre azul.

—Gracias, tío —respondió Piet.

George repitió esas mismas palabras en un susurro.

—Volveremos a vernos a la mesa del capitán —anunció Outger altivamente, y bajó a ordenar sus pertenencias.

La cena fue relativamente agradable, e incluso el capitán Strik dejó asomar de vez en cuando una media sonrisa forzada a su rostro malhumorado. Al verse presionado para dar su opinión sobre el peligro que representaban los buques de guerra franceses, contestó:

—Esta misma mañana he oído que los británicos han capturado más de doscientos navíos franceses. Los franceses están preocupados por el comercio en las Indias Occidentales, y por Nueva Escocia. Dudo que los pocos barcos que les quedan pierdan el tiempo persiguiendo a un mercante holandés.

Después del pudín llegó un buen oporto, y los hombres de más edad sacaron sus adminículos de fumadores. En un gesto teatral, el tío Outger exhibió una petaca amarilla con horrendas garras.

—Está hecha con una pata de albatros, deshuesada y bien curtida. Muchas partes del albatros tienen su utilidad: con el pico se elabora una excelente pinza para sujetar papeles y evitar que salgan volando. Y la carne es tan sabrosa como la del faisán.

—¿Y se puede saber dónde capturaste un albatros? —preguntó Jan.

Outger señaló hacia el este.

Jan lo asaeteó a preguntas.

—¿Pasarás mucho tiempo en Ámsterdam?

—Qué va. Me quedaré unos días con mi madre y mi hermana, Doortje. Luego me marcharé a la Universidad de Leiden para entrevistarme con especialistas en historia natural. He mantenido correspondencia con algunos de esos hombres doctos durante décadas y, aunque tengo la sensación de conocerlos bien, nunca nos hemos visto. —Hizo girar el oporto en la copa—. Tampoco ellos me reconocerían a mí si nos presentaran ahora mismo. En mis cartas he utilizado siempre un alias como medida de cautela.

Pasó a explicar que había concebido ese nombre misterioso escribiendo el alfabeto en un círculo y eligiendo las letras situadas frente a las de su apellido. Para más precaución, después invirtió el orden de esas letras y obtuvo así su alias secreto de corresponsal: Etdidu.

—Muy astuto —observó Nicolaus, siguiéndole la corriente. Se abstuvo de preguntar a Outger por qué sentía tan extrema necesidad de anonimato. Bernard comprobó con satisfacción y desconcierto que había acertado con respecto a Outger. Aquel hombre, enclaustrado en la casa de Charles Duquet en la bahía de Penobscot durante décadas, se había convertido en un loco de atar: un nombre en clave, plantas sin valor alguno y a saber qué más.

—¿Qué tema en concreto te interesa, si se puede saber? —preguntó.

—Me interesan varios. La flora del Nuevo Mundo. Los utensilios indios y las descripciones de sus extraños ritos. Las manifestaciones meteorológicas características de la bahía de Penobscot. Los enigmas matemáticos. Y mi invento, que ahora está en la cubierta de este barco gracias al amable beneplácito del capitán Strik.

El capitán asintió con la cabeza sin mucha convicción.

—Invento del que prefiero no hablar. Y muchas cosas más. —Outger, fumando su pipa con vehemencia, se sirvió un último cucharón de puré de guisantes y otra patata hervida.

—Parece que vas a quedarte unos cuantos meses, si no años —comentó Bernard mientras observaba a Outger remover la patata en el verduzco charco de puré.

—Al menos un año. Me estableceré en Ámsterdam o Leiden, la ciudad que me parezca más salubre. Puede que viva con Doortje; por sus cartas, me consta que compartimos el mismo interés por la historia natural. O quizá me quede con los hombres de ciencia en Leiden..., si mi invento obtiene su aprobación. Aunque soy consciente de que tal vez me consideren un redomado ignorante de las colonias y me despidan sin más. Pero no lo creo. Sé muchas cosas que ellos ni han soñado. Ya se verá, ¿no? —Y exhaló una potente bocanada de humo acompañada de motas de puré.

Jan esperaba que Outger se quedara en Holanda el resto de su vida. Así Duke & Sons por fin podría apropiarse de la gran mesa de pino de la casa de Penobscot.

Pero Nicolaus, que pasaba mucho tiempo con los leñadores contratados por la compañía, veía que Outger presentaba ciertas similitudes con los hombres medio desequilibrados que regresaban tras talar largo tiempo aislados. El bosque los volvía extraños. «Rareza del leñador», lo llamaban algunos. Se sobresaltaban ante cualquier ruido fuerte; les daban la paga y al cabo de una hora irrumpían de nuevo en la oficina para exigir su remuneración, y se aturullaban cuando Henk Steen les enseñaba el recibo con su X o su firma. Pero Nicolaus lo entendía. El momento de recibir la paga había sido un simple acto cotidiano, sin ceremonia alguna, sin alivio de las tensiones de la soledad, sin trabajo peligroso. Nicolaus invitaba a los alterados leñadores a una taberna cercana a tomar una copa. Los instaba a que

le hablaran de los peligros que entrañaba su actividad reciente: las deformidades responsables de que un árbol se torciera y cayera mal, las enfermedades y otras aflicciones, las ramas que se precipitaban desde lo alto sin previo aviso, la escasez de alimento, los hombres conflictivos. Después de dejar el pasado en el pasado durante una hora más o menos, volvían a ser los de antes. Eso mismo le ocurría a Outger, pensó. Se lo llevaría aparte y lo instaría a que le hablara de su invento, fuera lo que fuese, y de las dificultades que le habían surgido al crearlo.

Era en la cena cuando Etdidu más brillaba. Comía atropelladamente, encorvándose y engullendo como un perro, para poder dominar después la conversación. Se imponía con sucesivas anécdotas singulares, narradas todas como si las hubiese vivido él mismo: cosa imposible, pensó Bernard, a menos que poseyera el don de la ubicuidad. Era difícil seguir los hilos de esas historias, que brotaban de frases entrelazadas y salpicadas de palabras en inglés, francés, holandés y fragmentos de alguna lengua algonquina. El resto de los comensales se veían arrinconados en la zona de silencio.

Hablaba de huracanes que se cebaban en iglesias papistas, de mandrágoras, de lluvias de sangre, de criptas fúnebres donde fuerzas invisibles cambiaban los ataúdes de posición y volcaban el contenido en el suelo. Sabía de aves que construían sus nidos con bastoncillos de canela en rama, y otras que utilizaban con ese mismo fin sólo entrañas de león marino. Describía ciudades de hielo que flotaban en el océano polar, saltos mortales desde grandes alturas y personas que por la noche abandonaban sus cuerpos terrenales, se transmutaban en mosquitos e incordiaban a los vecinos. Como prueba de ello, ofreció una descripción de un panadero parisino que, disfrazado de mosquito, se dio un festín con la sangre de una hermosa mademoiselle, recibió de ella un manotazo a causa de su insolencia y murió en el alféizar de la ventana cuando intentaba escapar, ya con forma humana, pero horriblemente aplastado.

Bernard empezó a irritarse con Outger por cómo monopolizaba la conversación.

—No esperarás que nos creamos que fuiste personalmente a la isla de Cagayán de Sulu y viste vampiros caníbales en sus malignos banquetes, ¿no?

—*Non, non*, yo personalmente no. Pero mi buen amigo E. Skertchley, dublinés, me envió por carta la descripción completa del suceso tal como él lo presencié. Mientras la leía, los miembros se me paralizaron de terror.

—Como me está ocurriendo a mí. Discúlpenme, caballeros, debo retirarme ahora que aún tengo intactas mis facultades mentales.

George Pickering y Piet estaban encantados. Si había que tener un tío loco, Outger era ideal. Les gustó especialmente la historia del mosquito. Ofrecía una nueva visión de las plagas de insectos. A saber si no habría sido Gengis Kan quien había hincado su probóscide en la carne de uno.

El capitán Strik tenía un vigía en la cofa que, desde el amanecer hasta noche cerrada, oteaba el mar en busca de la aparición de velas francesas en el horizonte. Había navíos franceses más veloces que un mercante cargado, y muchas veces el capitán se quedaba en la cubierta toda la tarde y cenaba de pie hasta que lograban identificar una lejana mota de color blanco. Durante la tercera semana de travesía, advirtieron indicios de tormenta: olas que el capitán llamó «perros corriendo ante su amo», mar de fondo, un cielo cada vez más encapotado y gemidos del viento en los aparejos. George Pickering se paseaba por la cubierta aspirando el viento salitroso y se inclinaba sobre la barandilla para contemplar la espuma de las olas. Los marineros tenían las manos grandes y deformes, y sus rostros parecían de metal corroído por efecto de la exposición al sol. Desde el primer día de viaje el joven había importunado a la tripulación con sus preguntas, especialmente a Wigglesworth, el rufián musculoso con una barba como un trival a quien habían visto bailar una danza típica de marineros en la taberna dos noches antes de embarcar. Bernard advirtió que Wigglesworth intentaba eludir a George Pickering, que siempre andaba pidiendo a los hombres que entonan una alegre saloma, sin entender que esas canciones acompañaban determinadas tareas, como halar las drizas, achicar con las bombas o levar el ancla. El capitán Strik veía con malos ojos esos interrogatorios a su tripulación, pero se mordía el labio inferior y callaba.

Outger inspeccionaba a diario los amarres que sujetaban su invento a la cubierta. «Está bien atado, está inmovilizado, no puede ir a ningún lado», decía. Cuando lo repitió una vez más en la mesa durante la cena antes de dar comienzo a otra fábula, el capitán meneó la cabeza.

—Mi viejo amigo el capitán Pearfowle, islandés —empezó a contar Outger/Etdidu—, escapó de un fuerte temporal de un modo poco común. Su barco estaba frente a la costa rocosa del cabo Circuncisión cuando un temporal los obligó a acercarse a los abruptos acantilados. Había provisto el barco de dieciocho grandes anclas y nueve grandes toneles, para él y para cada uno de los ocho tripulantes. Con semejante temporal, fondear no auguraba nada bueno, pero echó las anclas, retiró el tapón de madera de la sentina y se refugió bajo su tonel al igual que el resto de los marineros. El barco se hundió, y ellos con él, pero en sus toneles vueltos del revés quedó aire suficiente para respirar hasta que amainó la tempestad.

El capitán Strik escuchó con curiosidad en el semblante.

—¿Y entonces? —preguntó con tono amenazador.

—Bueno, pues... volvieron a poner el tapón, achicaron toda el agua y siguieron su camino.

—*Stilte!* ¡Silencio! Eso es un cuento de marineros, y colma ya mi paciencia, caballero. No soportaré más patrañas de esa índole. Tenga la bondad de cenar en su camarote durante el resto del viaje.

Consideraba a Outger Duquet fuente de irritación y descontento; más valía bajarle los humos. Y se proponía tener una conversación con George Pickering. Outger y George Pickering habían reforzado enormemente el odio que el capitán Strik ya sentía hacia los pasajeros.

Pero si el temporal del capitán Luther Pearfowle era imaginario, la tempestad que alcanzó al *Bladwesp* fue atterradoramente real. Grandes olas se alzaron y cayeron sobre ellos con estremecedoras embestidas. Los mástiles desnudos gimieron y los cabos de los aparejos aullaron. Un monstruo negro asomó en el horizonte, corrió hacia ellos y se abalanzó sobre el *Bladwesp* con un peso atroz, el juanete del palo de trinquete se partió y se formó una maraña de cabos y lona rota. Se oyó un chirrido; el barco osciló, se escoró. Con la rapidez de una anguila atrapando a su presa, el propio capitán Strik salió corriendo a cubierta con un hacha, cortó los cabos que sujetaban el invento de

Outger y retrocedió de un salto. El *Bladwesp* se desprendió de la pesada caja, que atravesó la barandilla y se hundió como la roca original. El barco, libre de ese peso, se enderezó, desarbolado y con vías de agua, pero a flote.

Durante los siguientes dos días, los carpinteros de a bordo trabajaron en el mástil dañado, eliminando las astillas y la madera estropeada y sustituyéndola por una nueva sección de juanete que llevaban en la bodega.

Outger se encerró en su camarote. Lo oyeron despotricar contra el capitán y maldecirlo durante horas. Al día siguiente salió, ojeroso y taciturno, con la mirada brillante y una expresión dolida, los dedos contraídos como garras.

Nicolaus, temiendo por el capitán Strik, intentó calmar los ánimos.

—Siento mucho la pérdida de tu invento —dijo.

Outger/Etdidu le lanzó una mirada furiosa con sus ojos enrojecidos.

—No sé a qué te refieres. No hay invento. Nunca ha habido invento. No era más que una caja para despertar el interés de los necios.

—¡Pero ese peso!

—*Steenen*. Piedras. Granito de Nueva Inglaterra. —Y Etdidu se dio media vuelta y se alejó.

Al capitán Strik le gustaba engalanar el barco antes de llegar a puerto, y cuando faltaba una semana dio orden de cambiar las velas, maniobra difícil que exigía una profunda concentración y un esfuerzo extraordinario durante dos días. George Pickering Duke observó boquiabierto a los hombres, tres por penol, forcejear para desprender las velas antiguas de los palos desde el juanete hacia abajo. Uno de los hombres subidos a un penol era Wigglesworth, el marinero cuyas dotes para el baile George Pickering había admirado.

Desde la cubierta, George Pickering bramó:

—¡Wigglesworth! ¡Obséquenos con una saloma, Wigglesworth!

El marinero volvió la cabeza al oír su nombre, justo cuando una repentina ráfaga de viento hinchaba la vela y rompía los endebles cabos provisionales que la sujetaban. La vela escapó de la mano de Wigglesworth y en una de sus violentas sacudidas golpeó al marinero, que se soltó y se precipitó al vacío.

—¡Dios mío! —exclamó George Pickering.

Wigglesworth buscó agarre, siguió cayendo, se golpeó contra un penol inferior y salió rebotado hacia el mar. George Pickering corrió hacia la borda. Wigglesworth flotaba boca arriba en medio de una mancha de sangre cada vez más amplia. Antes de que George Pickering pudiese siquiera pensar qué hacer, dos marineros habían descolgado por la borda sendos cabos y estaban ya en el agua rodeando con una bolina el pecho del hombre herido.

—¡Halad! —gritó uno de los hombres desde el agua—. ¡Halad!

El capitán Strik salió de su camarote con una aguja enhebrada, unas tijeras y una torunda. Apartó el pelo ensangrentado de Wigglesworth, le limpió el cuero cabelludo ya muy enjuagado por el agua salada y se apresuró a suturar la herida. Ordenó a dos marineros que lo llevaran a su hamaca y lo vigilaran.

—Se recuperará. Tiene la cabeza tan dura como la concha de una chirla. Quizá esté más confuso que de costumbre durante un tiempo. Ya veremos cómo evoluciona. —Se volvió hacia George Pickering, que observaba con gran interés—: No volverá usted a hablar con ningún miembro de la tripulación de este barco durante el resto del viaje. Sería aconsejable que no se dejara ver, no vaya a producirse un accidente. La tripulación lo considera a usted un Jonás.

—Sólo envidian mi amistad con Wigglesworth —comentó George Pickering con una sonrisa.

—Sería Wigglesworth quien le diera a usted el empujón, señor *George Pickering Duke*.

nubes

Antes de marcharse de Boston, Bernard había encargado el alquiler de un coche privado para moverse por Ámsterdam, ya que no sabía si Cornelia y Doortje tenían caballeriza y carruajes. Outger se había organizado por su cuenta. Un acaudalado mercader a quien había enviado cajas de sasafrás a lo largo de los años le había ofrecido el uso de su berlina, sus caballos y un cochero.

Desembarcaron del *Bladwesp* una mañana de enero, despejada y luminosa. El carruaje prestado de Outger aguardaba al final del muelle. Los viajeros lo contemplaron. La berlina era un coche exquisito, esmaltado de azul marino, con ventanas de cristal y las iniciales del mercader enroscándose como serpientes doradas en las puertas. La carrocería flotaba sobre muelles de acero, el sùmmum de la comodidad en el transporte de viajeros. El cochero vestía librea de un intenso amarillo, y Bernard comentó que, de lejos, el conjunto semejaba una tetera azul con un canario posado en el pitorro. Outger ordenó a los marineros que cargaran sus baúles en un carromato que aguardaba allí y en cuestión de minutos los caballos palominos del mercader se lo llevaron.

Jan, Bernard y Nicolaus estaban asombrados de lo mucho que había crecido Ámsterdam, ahora era una ciudad bulliciosa, su puerto estaba atestado de barcos de todas las naciones y las calles —las calles de su infancia— abarrotadas de personas que hablaban veinte lenguas. Jan descubrió que apenas entendía la jerga callejera, y sin embargo lo traspasaron punzadas de nostalgia. Los viajeros se recuperaron del mal de tierra en el recorrido a pie

hasta su posada, y allí contrataron los servicios de una lavandera para que les lavara en agua dulce la ropa blanca. Jan se paseó por las calles; Nicolaus compró un libro viejo, *De la urbanidad en la infancia*, de Erasmo, un libro sobre buenas maneras para niños, pero útil para los adultos, sobre todo en la zafia Nueva Inglaterra, donde la fuerza y la audacia desafiaban todo intento de finura. Abrió el libro y lo primero que leyó fue que una mirada febril traslucía un carácter violento, y que una mirada fija era muestra de descaro. Outger, reflexionó, tenía la mirada febril y también la fijaba, según su estado de ánimo.

En la posada, un mensajero entregó a Bernard una carta de Doortje en la que le comunicaba que a la mañana siguiente debía acudir a la antigua casa de Piet Roos, actual residencia de Cornelia. Ella, Doortje, vivía en casa de sus padres, auxiliada por su criada, Mieke. Se reuniría con ellos, Dios mediante, en casa de Cornelia. Añadió una posdata: «Outger está ya aquí desde ayer».

Ámsterdam se había expandido como una galleta en leche caliente, pero Bernard recordaba los malolientes efluvios de los canales, las húmedas calles adoquinadas y la tonalidad lechosa del cielo nublado. Después de tantos años en bosques oscuros allá en lo alto del mundo, donde los árboles frustraban los lastimosos esfuerzos de los hombres, aquellos sauces desmochados se le antojaban ridículos. Sus hermanos adoptivos y él habían cambiado mucho, el mundo entero había cambiado. Tenía la sensación de que su sitio no estaba ni allí ni al otro lado del mar. Al día siguiente, cuando entró en la habitación que se le había asignado en casa de Cornelia, vio con satisfacción un cuadro de una escena de caza que recordaba vagamente: un cazador llevándose un corno a los labios. Ese lienzo removió en él cierta imagen subterránea de familiaridad perdida, y consideró un buen augurio el hecho de que todavía le causara placer.

En cuanto a Jan, el regreso a su tierra natal le afectó profundamente. La luz, el larguísimo horizonte y las sutilezas opalescentes de las nubes —¡las nubes!— despertaron en él el deseo de abandonar su forma de vida, vivir allí durante los pocos años que le quedaran, porque contaba ya cincuenta y cuatro.

No quería ver a Cornelia ni a Doortje; sólo quería contemplar las nubes. Con sus formas cambiantes y sus vaporosas mutaciones, semejaban extrañas manifestaciones de lo que él sentía en su fuero interno.

A la mañana siguiente fueron a pie a lo que en su día fue la casa de Piet Roos. Lo primero que Jan vio en el vestíbulo fue un lienzo del horizonte y un cielo infinito cubierto de nubes de encaje deshilachado, nubes que absorbían la oscuridad del mar en lo más hondo de sí. ¿Por qué no había visto nunca esa pintura cuando era joven? ¡Qué distinta podría haber sido su vida! Pero no: si no lo hubiesen rescatado del *weeshuis*, el orfanato, probablemente habría acabado siendo aprendiz de herrero o deshollinador. Pero quizá...

También Nicolaus reconoció aquel entorno con un estremecimiento, y sus recuerdos afloraron hechos jirones como la luz cambiante. Los puentes lo cautivaban, puentes de diversas formas y longitudes, de piedra y madera, estos últimos muy probablemente contruidos con vigas de los bosques propiedad de Duke & Sons. Los arcos de los puentes delimitaban la luz difusa tan nítidamente que, al verlos, sentía destellos de júbilo. Recordó el hielo de los fríos inviernos de su infancia, y cuando patinaba calzado bajo uno de esos puentes. En uno de sus paseos vio el estrecho puente —Magere Brug— sobre el Ámstel y sonrió como un tonto al atravesarlo.

Outger estaba ya instalado. Tenía que ser el primero; era el verdadero hijo, y experimentó una gran satisfacción cuando Cornelia le dijo «Hijo mío de mi sangre» y le estrujó las manos entre sus carnosas zarpas. Outger se sentó en el suelo, apoyó la cabeza en la rodilla de su madre —una pose que había visto en un cuadro— y relató la (expurgada) historia de su vida en la colonia inglesa a la que había decidido renunciar.

—Podría vivir con Doortje si no tienes espacio para mí aquí, querida madre. Necesito varias habitaciones y una mesa muy grande para trabajar.

Doortje miró a Outger, luego a los querubines de escayola del techo y después nuevamente a Outger. Cornelia pareció un poco alarmada. Empezó a hablar del comportamiento de Outger en la niñez y de lo mucho que había cambiado el mundo desde su marcha. No mencionó a Charles Duquet. Pero tan

pronto como llegaron los demás desplazó a Outger a la periferia de sus afectos, o esa impresión tuvo él. Aparecieron todos a la vez, y el salón se llenó de hombres altos y fuertes que avanzaban impetuosamente hacia ella.

La vejez y la gordura habían achatado las facciones de Cornelia. La ancha nariz apenas sobresalía del rostro, muy terso, y tenía un ojo considerablemente más alto que el otro. Sus cejas eran invisibles; los ojos, azules y muy claros, parecían los de un ciego. Una cofia de hilo delicadamente bordado le cubría el cabello ralo. Lucía un vestido gris de seda y, como hacía un día frío, una pequeña capa de piel de marta. Los hijos se acercaron uno por uno, se agacharon y la besaron. Los nietos, George Pickering y el joven Piet, se aproximaron a su debido tiempo y le rozaron la mano con los labios. Ella intentó sentir un asomo de afecto por la joven progenie de sus hijos adoptivos.

Doortje poseía las mismas facciones aguileñas de Charles Duquet y Outger, pero era obesa. Llevaba también un vestido gris de delicada lana. Lanzaba miradas alrededor con sus ojos pequeños y mantenía una parca sonrisa, casi de lástima. Bernard pensó que parecía inteligente y probablemente tenía el genio vivo.

Cornelia había previsto un almuerzo de bienvenida, y muchos parientes se congregaron en la casa, entre carcajadas y sonrisas, interesados en recibir noticias del Nuevo Mundo y sus rigores. Antes de pasar a la mesa, se sirvieron bebidas y exquisiteces. Jan no probaba los arenques del mar del Norte desde la infancia; no había mejor manjar en la Tierra. Bernard disfrutaba de una buena *jenever* y anguilas ahumadas. En el almuerzo, el plato principal fue el *waterzooi*, un succulento estofado de pescado de agua dulce.

Bernard se interesó por algunos de sus primos. Recordaba a Jaap Akkerman de niño, con el pelo negro, espulgando a un perro moteado. Ahora tenía el rostro demacrado y los párpados caídos, como las tapas de marfil de dos pastilleros. Se dedicaba a algún negocio relacionado con la seda de mar, que en otro tiempo se utilizaba para producir sal pero ahora era, explicó Akkerman, un excelente material para embalar objetos frágiles.

—La *zeegras*, hierba de mar o seda de mar, posee muchas cualidades. Ya sabrás, claro, que antiguamente la usaban para amarrar entre sí los maderos de los diques.

—Pues no lo sabía —respondió Bernard. No se explicaba cómo podía la seda de mar resistir la fuerza del mar, pero al final de la comida estaba más que saciado de *waterzooi* y de detalles sobre la seda de mar.

Bernard se hartó de oír las anécdotas que Outger contaba en todas las comidas. Doortje las soportó durante dos noches y finalmente dijo a su madre: «Cenaré en casa. Allí me necesitan». Unos años antes, Doortje había contraído matrimonio con Roelof Vogel, un docto anticuario que murió antes de que su hijo, Lennart, cumpliera los tres años. Doortje pretextó que Lennart estaba enfermo. En cuanto a la idea de que Outger viviera allí con ellos: imposible.

Después de la cena, Cornelia anunció que, como esa visita era un acontecimiento poco común, deseaba hacer un retrato de toda la familia. El de Piet Roos, que colgaba en su habitación, haría las veces de imprescindible paterfamilias. Ocuparía el lugar central y los demás se agruparían a sus pies. Dos criados descolgaron el cuadro y lo bajaron al salón.

—Ahí está —dijo Cornelia—. Tenéis ante vuestros ojos a mi padre. Es verdad que ya no quedan grandes pintores como los del siglo pasado, pero Cornelis Ploos van Amstel es un buen retratista. Le mandaré un mensaje ahora mismo.

A la mañana siguiente llegó el pintor, un individuo desgarrado y rubicundo de expresión arrogante. Se deleitó con el café y las pastas mientras escuchaba a Cornelia exponer su plan de incluir el retrato de Piet Roos en su propia pintura. Ploos van Amstel se paseó por el salón observando las sillas, eligió las dos más grandes, doradas y profusamente labradas, y ordenó a los criados que las pusieran una junto a otra ante un tapiz deslavazado. Colocó el retrato de Piet Roos en una de ellas y a Cornelia en la otra. De Charles Duquet no había nada, salvo por la presencia de Outger y Doortje. Su vida había empezado y se había extinguido, e incluso allí, entre las personas a quienes consideró su familia, había caído en el olvido.

Ploos van Amstel los situó en torno a Cornelia y les pidió que ocuparan las manos en algo. Doortje las entrelazó remilgadamente. Bernard sacó una pequeña navaja y empezó a cortarse las uñas. George Pickering Duke había

dedicado la mañana a recorrer los puestos de libros y había regresado con un trofeo, una vieja edición en cuarto de la *Gedenkwaardige Beschrijving Van de Achtjarige en zeer Avontuurlijke Rize Nieuwe Hoorn* de Willem Bontekoe, y lo sostuvo en las manos abierto por un grabado que mostraba la explosión de un barco, con fragmentos de anatomía humana lanzados al cielo. Jan y Nicolaus cruzaron los brazos sobre el pecho. Outger se postró a los pies de Cornelia en ademán de súplica. Transcurrieron lentamente dos mañanas. Después Ploos van Amstel tomó su lienzo, sus carboncillos, su caballete y su propia persona y se fue, porque, según dijo, los esbozos estaban terminados.

Excepto Cornelia, todos recibieron con agrado la noticia, pasada una semana, de que Outger partía rumbo a Leiden con un baúl repleto de papeles. Nicolaus tenía muchas reuniones con hombres de negocios, incluido el primo de la seda de mar. Una mañana anunció a Bernard que había magníficas oportunidades esperando a que alguien las aprovechara. Se hallaban sentados en un pequeño salón para fumadores. Nicolaus tenía un fajo de hojas bajo la mano, papeles en los que se describían operaciones comerciales que consideraba tentadoras. Bernard las descartó una por una. Dijo a Nicolaus que convenía más centrarse en su propio mercado. Desde hacía dos décadas Duke & Sons suministraba grandes maderos para los diques, pero en los últimos años había llegado a Holanda el dañino *Teredo navalis*, adherido a los cascos carcomidos de viejos buques de carga, y había afectado a los diques. Ahora los constructores de diques importaban piedra. Duke & Sons había perdido varios contratos municipales. Y a menos que la construcción naval fuera a más en Boston, sufrirían más pérdidas. Nicolaus siguió describiendo ventajosas inversiones. Afortunadamente, pensó Bernard, no tardarían en marcharse.

A finales de mes ya estaba listo para partir. Le preocupaba Jan, que destinaba más tiempo de la cuenta a errar por los pólderes y los diques con la mirada puesta en el cielo. Había ido a ver casitas en compañía de agentes inmobiliarios. Y Bernard lo vio entrar en una tienda especializada en pigmentos y lienzos. ¿Qué le rondaba por la cabeza a ese hombre? Siguió a Jan durante uno de sus paseos diurnos.

—Jan —lo llamó—, ven a tomar algo caliente conmigo. —Lo guió a una cafetería, y se sentaron cerca de una ventana.

Bernard le habló con delicadeza; comprendía lo mucho que había afectado a Jan el regreso, pero ¿qué más lo atraía? Debían ir pensando en volver a casa. Y pronto.

—Hermano —dijo Jan—. Quizá te extrañe, pero siempre he deseado dedicarme a la pintura. Y aquí está lo que quiero pintar. —Señaló hacia arriba—. Las nubes.

—¿Las nubes? Jan, eres un hombre maduro, eres... ¡eres un viejo! No puedes abandonar la empresa para dedicarte a la pintura. Duke & Sons necesita tus servicios.

—Bernard, debo intentarlo. Déjame quedarme seis meses para comprobar si soy capaz de pintar. Tengo muchísimos cuadros en la cabeza. Hermano, ¿no has deseado alguna vez hacer algo que..., cómo decirlo..., que se saliera de lo común?

Bernard soltó una risa amarga.

—Dios mío, claro que sí. Entiendo perfectamente esa sensación.

Guardó silencio mientras Jan se tomaba una mezcla de chocolate caliente dulce y café. Cuando apuró la taza, Bernard dejó escapar un suspiro.

—Hazlo, pues: quédate aquí y pinta nubes durante seis meses. Pero prométeme que después volverás.

—Volveré —respondió Jan—. Y te llevaré mi mejor cuadro.

—Jan, eso es lo que necesito: un cuadro de nubes holandesas. Pero nada de castillos en el aire.

—Eso se lo dejaré a Outger.

Los dos esbozaron una tensa sonrisa. Bernard ya tenía el pasaje y estaba listo para embarcar. Sólo le faltaba hacer algún que otro recado: había encargado un par de botas a un zapatero que tenía fama de artista del cuero, y ya debían de estar acabadas. Quedarían bien con su capote de cochero. Se detuvo primero en una mercería y eligió un regalo para Birgit, un volante bordado sobre cañamazo, en encaje de Alenzón, con un dibujo que el tendero describió como *candélabre*. Las botas no estaban terminadas, y el artista del cuero le pidió que regresara al cabo de dos horas; sólo faltaba añadir unos cuantos clavos a las suelas. Esperó.

Las botas, negras y relucientes, estaban listas, a falta sólo de unas espuelas de plata. Impaciente por estrenarlas, Bernard se las calzó en la propia zapatería y volvió a pie a la antigua casa de Piet Roos. Al cabo de unos minutos, notó que un objeto puntiagudo se le hincaba dolorosamente en el pie izquierdo. Como le resultaba difícil quitarse la bota en plena calle, regresó a la zapatería, procurando no apoyar mucho el pie para que el objeto puntiagudo no se le clavara aún más en la carne.

El zapatero se sorprendió.

—¿Cómo es que vuelve tan pronto, caballero? ¿No le gustan?

—En ésta se me clava algo —explicó Bernard, y se sentó en la silla reservada a los clientes para despojarse de la bota. Tenía la media manchada de sangre. Sin molestarse en mirar dentro, se la lanzó al zapatero, que la atrapó diestramente e introdujo la mano.

—Ah —dijo—. Se ha torcido un clavo. La prisa es mala consejera. Ja, ja. Enseguida se la arreglo. —Con unas tenazas, extrajo el clavo, lo tiró a un cubo y colocó otro con unos pocos martillazos secos. A continuación volvió a meter la mano y palpó vigorosamente el interior—. Lista, muy sólida. Perdone por el clavo.

Entregó a Bernard una gamuza aceitada a modo de obsequio improvisado. Bernard se calzó la bota de nuevo y la probó. Se marchó acompañado del sonoro ruido de los tacones contra el suelo.

Cuando cruzó la puerta de la antigua casa de Piet Roos, lo esperaba allí la criada, que, tras saludarlo con una reverencia, anunció:

—*Mevrouw* desea que se reúna con ella y los demás en la biblioteca.

Se imaginaba que Cornelia habría organizado una fiesta de despedida o algo por el estilo, y al entrar en la biblioteca no le sorprendió ver a Doortje, Nicolaus, Jan, Piet y George Pickering Duke. En un aparador había café humeante y tazas.

—Os he pedido a todos que vengáis —dijo Cornelia— porque hace una hora he recibido una carta de Outger. Adjunta un sobre privado para Bernard. En la carta dirigida a mí, explica que lo han invitado a incorporarse al claustro de Leiden. Enviaré a alguien en busca de sus pertenencias en cuanto haya encontrado una casa amueblada y con servicio. —Entregó el otro sobre a Bernard, que lo abrió y sacó una hoja, la única que contenía.

—Oh —exclamó—. Malditos sean sus ojos...; disculpa mi vocabulario, madre. La leeré en voz alta, porque nos atañe a todos.

Queridos Cuasi Hermanos:

Por la presente os notifico que no regresaré a las Colonias ni a la Casa de la bahía de Penobscot. Pero no penséis que podéis quedaros con la Mesa Grande. Ésta, como el resto del Contenido de la Casa, es ahora Propiedad de mi Hija, Beatrix Duquet. Su Madre fue una India Passamaquoddy, una Mujer buena y amable que Me ayudó con Mis estudios de las costumbres y creencias de los Indios. Murió y tuve que hacerme cargo de mi Hija, que se benefició de una Buena Educación. Impartida por Mí. Reside en Mi Casa de la bahía de Penobscot mientras escribo estas letras. A ella le he dicho ya todo lo que os estoy diciendo a vosotros. Quizá con el tiempo se reúna conmigo en Leiden. Procuraré volver de cuando en cuando a visitarla. En esos viajes no pararé en Boston.

Os saluda, atentamente,

Outger Duquet

Cornelia se llevó la mano al corazón y se recostó en la silla con los ojos cerrados. La criada corrió en busca de las sales.

—¿Hija? —exclamó Nicolaus—. ¿Ese necio tiene una hija? ¿Quién, sino una india, iba a enredarse con Outger? Debemos regresar y echarla de nuestra casa. Nunca ha sido de Outger; es propiedad de la empresa. Sólo dejamos que se la quedara para que no estorbara en el negocio. Bernard, ¿cuánto tardarás en estar preparado para que nos marchemos? Tenemos que resolver este asunto de inmediato.

Doortje ayudó a Cornelia a acostarse y después se reunió nuevamente con los hombres. La conversación se prolongó durante horas, y en ese tiempo aventuraron un centenar de planes audaces y poco prácticos para desahuciar a la «hija», castigar a Outger, retirarle el estipendio de la empresa, recuperar la mesa grande, reclamar la casa. Al final decidieron que Nicolaus y Bernard irían a la bahía de Penobscot en cuanto regresaran a las colonias y se ocuparían personalmente de la situación.

El primer barco disponible con destino a Boston era un viejo y cansado buque de la Compañía de las Indias Orientales: el *De Bloem*. El rostro pequeño y picudo del capitán, con una nariz picuda que apuntaba a un mentón picudo adornado con un mechón de barba picuda, no inspiraba confianza precisamente. Tenía las mejillas enrojecidas: si por el alcohol o por un eccema, Bernard lo ignoraba, pero aquel hombre auguraba una travesía a todo trapo.

—El navío parece cansado pero se mueve con rapidez sobre las olas —aseguró. De hecho, el buque iba a ser desguazado en Boston.

El barco surcó el mar del Norte entre sacudidas y bandazos. Nicolaus y Bernard pusieron en orden el camarote que compartían. Las botas altas de caña vuelta de Bernard ocupaban muchísimo espacio, y al final las plegó y las guardó en el baúl. Ya se las pondría cuando estuviera de regreso en Boston.

Nicolaus se fijó en que Bernard andaba cojo. Renqueaba desde hacía años por su antigua lesión, pero ahora, además, caminaba con una lentitud en apariencia injustificada, como si estuviese aturdido. Tal vez la noticia de la hija de Outger lo había afectado.

—¿Qué te pasa? —preguntó Nicolaus—. Aparte de lo de nuestra hasta ahora desconocida sobrina.

—Nada serio. Un clavo sobresalía por dentro en una de las botas nuevas y se me clavó en el pie antes de zarpar. Me duele mucho la herida. Esa muchacha no me preocupa demasiado, aunque ni siquiera sabemos qué edad tiene. Quizá podamos hacerla entrar en razón.

—Siendo mitad india y mitad Outger, sospecho que hay pocas posibilidades de hacerla entrar en razón. Pero ya lo averiguaremos. Enséñame el pie —dijo Nicolaus.

Bernard se quitó la media y le mostró el pie hinchado.

—Pediré una palangana con agua caliente —ofreció Nicolaus—. Y puede que algún ungüento..., si es que tienen a bordo.

El médico del buque, un anciano de mirada turbia, envió al enfermero con una palangana de agua tibia gris y él se presentó personalmente con el «ungüento», una sustancia espesa y alquitranada que utilizaban para reducir el

desgaste por fricción de los cabos. Por la tarde, Bernard dijo que se encontraba mejor, pero a la mañana siguiente era incapaz de dar un solo paso. Tenía muy hinchados el pie y la parte inferior de la pierna. El viejo médico lo visitó y le examinó la herida.

—Manténgala en alto —indicó a Nicolaus—. Dese baños de agua caliente. Beba ron, tanto como aguante.

—Es mi hermano quien está enfermo, no yo —contestó Nicolaus.

Nicolaus trató de alegrar el fétido camarote colocando a la vista un cuadro de una cacería en un bosque que Bernard se había llevado de casa de Cornelia. Quizá contemplar la vívida escena le proporcionara un momentáneo alivio del dolor en la pierna.

Los baños de agua caliente no le sirvieron de nada. La pierna —la pierna afectada, claro está— se le hinchaba cada día más. Le salieron llagas y úlceras desde el pie hasta la entrepierna, que enseguida se le enconaron. Bernard, incapaz de levantarse de la litera, permanecía allí tumbado, con la respiración estertórea. El médico lo visitó una última vez exhalando efluvios de *jenever*.

—Esa pierna ha de amputarse —dictaminó—. Voy a por la sierra.

Salió y ya no volvió. Cuando Nicolaus lo encontró, el viejo yacía inconsciente a causa de la bebida. El enorme botiquín se hallaba contra la pared, destapado, el interior a la vista. Nicolaus tomó una zanahoria seca abandonada entre fragmentos rotos de asta de ciervo. Vio en el suelo del camarote la sierra de amputación, los dientes manchados de sangre reseca.

De inmediato acudió al capitán y lo informó de que el botiquín estaba vacío. El hombrecillo se retorció la barba picuda hasta formar una púa y enseñó los dientes.

—Esa pulga con cabeza de hiena ha vendido las medicinas para comprar *jenever*. ¡Ha llegado su hora! —declaró, y salió precipitadamente hacia la guarida del sedicente profesional de las artes médicas.

Nicolaus volvió junto a Bernard, que yacía comatoso e irradiaba calor como una fogata de haya, la mirada fija en las vigas negras y carcomidas, sin verlas. El cuadro se alzaba en una silla cerca de la litera. Uno de los

cazadores se llevaba un corno a los labios. Nicolaus casi creyó oír el sonido del instrumento y comprendió que su hermano no llegaría a casa.

Dieron sepultura a Bernard en el mar tres semanas después de zarpar de Ámsterdam.

En el puerto de Boston, Nicolaus consideró una suerte encontrar un barco que en cuestión de días zarparía rumbo a Ámsterdam y, por medio del capitán, envió un mensaje a Jan, Piet y George Pickering Duke para notificarles la muerte de Bernard y solicitar su inmediato regreso. Escribió:

Estamos ante una situación crítica que va más allá de la pérdida de nuestro querido Bernard. No se trata únicamente de la casa de la bahía de Penobscot y la hija, sino de nuestra misma Empresa. Aquí se han acumulado los pedidos de vigas y tablones, pero no hay manera de encontrar a Henk Steen. Ha desaparecido sin dejar carta ni mensaje alguno. El muy canalla. No hay nadie para las funciones de contable. Nadie capaz de calcular el volumen de madera de los bosques. Sedley, afligido por la pérdida de su esposa, está postrado en cama. Vuestras esposas, preocupadas, os piden que volváis. Birgit, la esposa de Bernard, se mesa los cabellos de dolor. Volved pronto para que podamos aunar fuerzas en el negocio. Alquilad un barco, o todo se perderá.

*Nicolaus Duke,
vuestro Hermano y Tío, que os quiere*

cambio

En los años posteriores, Piet Duke recordaba a menudo la espantosa carta de Nicolaus y la precipitación y el gran coste del pasaje de regreso a Boston. Outger no había vuelto con ellos. Desde entonces George, Sedley y él habían padecido el autoritario control de Jan y Nicolaus, que no permitían innovación alguna más allá de clausurar partes del negocio. Así las cosas, se vendió la plantación de Carolina, se asignó a Piet la tarea de supervisar a los contratistas madereros y se redujeron las propiedades de Quebec. Jan administraba lo que quedaba de esos bosques. Nicolaus ejercía la función de presidente de la empresa en la sede de Boston. Pero a medida que Jan y Nicolaus empezaron a perder fuelle, Piet y George participaron cada vez más en las decisiones del negocio, si bien seguían observando la acción entre bastidores. Y en ese momento los primos tuvieron la posibilidad de introducir un importante cambio.

Piet se peinó el cabello ralo con los dedos, se ajustó la pechera y se enfundó la chaqueta. Llamó a Oliver Wedge, su secretario, un joven de campo con aspiraciones más allá del maíz y las vacas, el primer secretario que Duke & Sons había contratado y que ahora era indispensable.

—¿Están listos los documentos? —preguntó a Wedge, quien señaló una pila de hojas perfectamente apiladas.

A Wedge le apasionaba su trabajo, le apasionaba estar en Boston, lejos de la granja y las inútiles e interminables labores del campo, lejos de la ira de su padre contra los animales salvajes merodeadores, ira que compartían Wedge y sus seis hacendosos hermanos: grandes bandadas de aves extraían las

semillas recién germinadas, sobre todo las de maíz, las predilectas de los pavos silvestres, las ardillas, los cuervos, los tordos alirrojos y otros mil ladrones alados, mapaches y osos. Los mapaches se comían los huevos de las gallinas, y los zorros, halcones, cernícalos, mofetas, lobos y comadrejas mataban a las gallinas. Los osos se apoderaban de los cerdos y las terneras, y en una ocasión de una vaca ya adulta. Las ovejas eran inviables mientras hubiera lobos y pumas y linceos y gatos monteses capaces de captar su rastro. Pero para Wedge las ardillas eran las peores, ya que las había a miles; los bosques y las zonas replantadas estaban infestados de esos demonios peludos: ardillas rojas, negras, grises, y le constaba que dos ardillas podían engendrar otras seis, siete e incluso nueve ardillas más cada año, y cada una de éstas enseguida maduraba. Intentó calcular cuántas ardillas producía una pareja, por ejemplo, en diez años, pero el resultado de la suma alcanzaba tal magnitud que se asustó. En el transcurso de su vida, la tierra podría quedar alfombrada de ardillas. Y las marmotas se comían las lechugas, las coles, los nabos, las cebollas y las judías. La casa era un nido de ratones, tan numerosos que un gato jamás podría atraparlos a todos. Wedge nunca volvería.

—¿Seguro que los documentos están listos? —preguntaba Piet una y otra vez sin poder evitarlo.

—Sí, señor Duke. Está todo listo.

Wedge revisaba ahora los papeles, poniendo orden con sus dedos largos y nudosos, adiestrados inicialmente para arrancar cardos. Aunque trabajaba de secretario desde hacía sólo un año, había aprendido mucho sobre la vida en Boston a partir de un manuscrito sucio que encontró plegado al final de un libro de contabilidad, una crítica furibunda y dispersa de un hombre que firmaba como Henk Steen. Steen estaba indignado por las crueldades que había visto en las colonias, peores aún que la esclavitud: maridos que golpeaban a sus esposas con atizadores de hierro hasta romperles las costillas, matones despóticos que abrían caminos en las tierras de ancianas viudas, criados ladrones marcados con la *R* de robo, hombres que fornicaban antes del

matrimonio, cerdos que invadían propiedades ajenas, cubas de pescado podrido vendidas como si fuese fresco, violaciones de la paz, ebriedad y juramentos: era un lugar extraordinariamente perverso.

En la sala de reuniones del piso de arriba, bañada por la luz vespertina del sol primaveral, reinaba el silencio. Cuatro pilas de papel, tinteros resplandecientes y plumas afiladas esperaban en la larga mesa de arce de la empresa, construida con cuatro tablones después del humillante fracaso en el intento de arrebatarse a la hija de Outger la mesa de pino de un solo tablón. Piet consultaba su reloj una y otra vez. Temía la inminente reunión, pero parecía que aquello era la única manera de seguir adelante. Durante años los hombres del rey habían robado tanto a la Corona como a la colonia mediante la concesión de tierras, mientras se aseguraban las doscientas hectáreas contiguas a esas concesiones hasta acaparar miles de las hectáreas más ricas y densamente pobladas de bosque maderable. Ellos y los hacendados importantes se conchababan. Fue así como los hermanos Wentworth y sus cuñados, los Cooke y sus secuaces, habían amasado sus fortunas: mediante el robo y la apropiación indebida.

Duke & Sons, eternos forasteros, siempre habían estado al margen de la política. Si los más jóvenes de la familia no se hubieran visto obligados por la muerte de Bernard a asumir puestos de subordinados en la empresa, tal vez habrían acabado en destacados cargos políticos. Habría sido útil tener a un Duke como gobernador de Massachusetts o Maine, o incluso Nueva York. Ahora que Inglaterra tenía a Nueva Francia totalmente en sus garras, todo había cambiado.

Esta vez Duke & Sons tenía las de ganar, pensó Piet. Los hacendados bien instalados en la política, con sus grandes extensiones de pinares costeros, habían padecido enormes pérdidas el año anterior, cuando un incendio de dimensiones épicas se propagó desde New Hampshire y calcinó ochenta kilómetros de bosque en el litoral, devorando kilómetros y kilómetros tierra adentro hasta que cayó una oportuna lluvia. Las principales propiedades de Duke & Sons se hallaban a orillas de los ríos del interior, muy lejos del incendio. Aun antes de enfriarse las cenizas, aquellos cuya riqueza forestal había quedado destruida posaron la mirada codiciosamente en las tierras maderables de los Duke.

Piet consultó su reloj de bolsillo: faltaba media hora. Media hora en que contemplar las vistas desde la ventana del lado norte. En otro tiempo un bosque ilimitado se extendía hasta el horizonte. Ahora había docenas de calles, y el bosque era una mancha difusa y lejana.

Mientras los sobrinos aguardaban, Jan, en su casa a menos de dos kilómetros de allí, ordenaba sus papeles personales. También se acordaba de un incendio ocurrido hacía unos años, después de su precipitado regreso de Ámsterdam, un incendio distinto y más pequeño a sólo veinte kilómetros de la casa de Outger en la bahía de Penobscot. Nicolaus y él habían usado el fuego como excusa para recuperar la gran mesa de pino: el temor a un futuro incendio. Viajaron a la casa.

La hija, Beatrix, no era hermosa, pero sí llamativa. Joven, de unos quince o dieciséis años, era grácil y hablaba con discreción. Tenía el pelo negro y lo llevaba suelto, lo cual le confería un aspecto salvaje acorde con su cobriza piel india. Pero los recibió con un inglés fluido y los invitó a pasar. Se sentaron ante el fuego en el salón de sobra conocido, donde resplandecía la gran mesa, bien encerada. Beatrix los dejó allí admirándola mientras iba a la cocina. Oyeron el potente rugido del molinillo de café. Jan deslizó las yemas de los dedos por la madera de intenso color ámbar, oscurecida por el paso del tiempo.

—Tenemos que convencerla —susurró.

Ante el humeante café mezclado con chocolate holandés y canela, suministrados sin duda por Outger, Jan procedió a explicar sus temores por la mesa si llegara a declararse otro incendio, y Nicolaus manifestó su certidumbre de que el padre de ambos, Charles Duquet, habría deseado que estuviera en la sede de la empresa. La joven escuchó con atención. Ellos esperaron. A la luz de la lumbre, Nicolaus vio que podía describirse a la hija de Outger como una mujer exóticamente atractiva. Al fin ella se pronunció.

—Ese incendio fue lejos de aquí, y la mesa —dijo con toda desenvoltura— es, como ustedes dicen, demasiado grande para darle un uso práctico. Si me envían una mesa bonita más pequeña, pueden quedarse esta grande.

Tamborileó con los nudillos en la madera de pino. Dijo que no sabía por qué Outger le tenía tanto apego. Preguntaba por ella en todas sus cartas, y sin duda se enfurecería cuando le anunciara que ya no estaba. A Beatrix no parecía preocuparle la posible ira de Outger. Tampoco se la veía muy interesada en conocer a esos «tíos» que se habían presentado tan de improviso, que hablaban con desdén de Outger como si fuese un hombre excluido de la sociedad. Se quedó al margen de la conversación, sin decir nada más, mientras ellos seguían hablando acaloradamente, contándole la historia de la familia, los numerosos éxitos de Duke & Sons. Jan tenía la certeza de que ella había recibido una versión tergiversada y errónea por parte de Outger, quien probablemente había descrito a los «tíos» como huérfanos con malas intenciones que habían acaparado el poder en la empresa. La invitaron a compartir sus propias confidencias, a lo que ella no se prestó, y al final Jan y Nicolaus no tuvieron nada más que decir. Pero el asunto de la gran mesa estaba resuelto. A pesar de haber logrado ese trofeo, los dos hombres mayores estaban desconcertados. Se marcharon sumidos en un silencio incómodo. Allí había algo que no encajaba.

—Idéntica a Outger pero de talante frío —comentó Nicolaus.

—Como un indio cuando conversa —dijo Jan—. Hemos sido demasiado indulgentes. No es más que una mocosa, una bastarda.

—Lo justo sería enviarle la minúscula mesa de roble que tenemos en la antesala —propuso Jan—. La de la pata reparada.

—No, enviémosle una buena mesa, por pequeña que sea, para que no se queje: una de madera exótica y de patas bien labradas.

—Enviaremos a Piet, ahora que está disponible, junto con un carpintero apto y un carromato para que la traiga desde Boston.

Pero las cosas sucedieron de otro modo. Al cabo de un mes Piet, seguido por un carromato, se acercó a la verja de la antigua casa de Duquet con una sonrisa ya a punto; lo recibió un mastín con un gruñido. Temeroso de abrir la verja y entrar, llamó a voces:

—¡Ah de la casa! Hola. ¡Mademoiselle Duquet! ¿Está usted en casa?

La puerta se abrió y la muchacha se detuvo en la gran piedra de granito que hacía las veces de peldaño superior. Tenía el rostro ovalado, la tez aceitunada y el cabello más negro que el hollín.

—¿Quién es usted y a qué ha venido? —preguntó con la calidez de una noche de enero.

—Soy su primo, Piet Duke. Mis tíos Jan y Nicolaus Duke hablaron con usted hace unas semanas sobre la gran mesa de trabajo de Duke & Sons que hay en esta casa. He venido a buscarla. Y mire, he traído esta otra mesa de caoba, más pequeña, como usted pidió.

—No sé nada de eso —contestó ella—. Aquí no hay ninguna mesa grande de trabajo, y puede llevarse ese mueble de caoba. Le ruego que no vuelva a molestarme, caballero. —Y cerró de un violento portazo.

Piet juró eterno aborrecimiento a Beatrix y Outger y la mesa a lo largo de todo el camino a Boston. Nicolaus se limitó a comentar:

—Debiste de decir algo que la molestó.

De nada servían las protestas.

La población de Boston aumentó hasta sobrepasar los ciento cincuenta mil habitantes. Inglaterra se había apoderado de Nueva Francia y había expulsado a los acadianos. Con todo, Nueva Francia debió de ser decepcionante en comparación con los extraordinarios ingresos, más de cuatro mil veces superiores a los de cualquier inversión en tierra maderable, obtenidos con la melaza y el azúcar de las Indias Occidentales. La gente tenía la sensación de que el tiempo pasaba volando desde que Inglaterra había adoptado el calendario gregoriano y se lo había impuesto a las colonias, privando a todos de once días de vida. ¿Y acaso no eran incontables los nuevos inventos y ocupaciones? Surgieron universidades a partir de ideas en bruto; hombres audaces inventaron gabarras fluviales para adentrarse en tierras inhóspitas; los patrones de buques, no contentos con el comercio o los pasajeros, empezaron a asediar a las ballenas por su excelente y costoso aceite; de pronto las tazas de té tenían asa, una moda afectada que, a juicio de Nicolaus, pronto pasaría. Y estaban los inventos de ese tal Franklin: los

pararrayos que habían salvado centenares de iglesias y casas de la destrucción, y la estufa, que encerraba el fuego sin peligro. Eran tiempos apasionantes.

Después de la muerte de Bernard se habían producido cambios en Duke & Sons. Sedley había vuelto a casarse, y su segunda esposa, Elizabeth, era una viuda joven y hermosa que tenía lazos de parentesco con la prima segunda de una tía de la familia Wentworth. Y la anciana esposa de Bernard había muerto después de casi un año de llorar la pérdida de su marido. Luego comenzaron las sucesivas pulmonías de Nicolaus. Tuvieron que buscar a toda prisa un agrimensor forestal competente, y Sedley, que al menos tenía cierta idea de lo que se necesitaba, encontró a dos: Wolfgang Breitsprecher, un ingeniero de montes alemán recién llegado y Jacques Nadeau, un francés que durante una temporada había trabajado con el viejo Forgeron en Nueva Francia. Estos hombres eran adversarios. Un nuevo contable sustituía a Henk Steen: Thomas Ashbridge, uno de los primeros licenciados de la Universidad de Nueva Jersey. Con Wedge, Breitsprecher, Nadeau y Ashbridge, Duke & Sons había dejado entrar por fin a gente ajena a la familia.

Piet estuvo comprometido durante un año con Silence Gibben, pero ella cambió de idea. Daba la impresión de que iba a quedarse soltero. George se había casado con Margery Buttolph y ya era padre de dos hijos, Edward y Freegrace. Se habían producido también otros acontecimientos, uno extrañamente misterioso. Ninguno de los primos había entendido los detalles de la muerte de Birgit, más allá del hecho de que había sido enigmáticamente inefable. Le habían dado sepultura en el mar, «para que esté junto a Bernard», según la explicación poco convincente de Mercy, la madre de Piet. Por lo tanto, dedujo Piet, la tía Birgit debía de haber muerto de alguna enfermedad. Se estremeció. Consultó su reloj. Una vez más levantó la voz para preguntar a Wedge si los documentos estaban listos. Los políticos no tardarían en llegar. Oyó algo en la antesala. ¡Ya!

Pero sólo era George Pickering Duke, enrojecido y lustroso, que apareció con otro fajo de papeles.

—¿Todo listo, Piet?

—Naturalmente.

—Esto es importante. Esto puede resolvernó la vida si lo manejamos como es debido. Lo considero nuestra gran oportunidad.

—Yo también. Con la ayuda de Dios, saldremos beneficiados. Recemos para que no aparezca el tío Jan. —Nicolaus no representaba ningún riesgo en esos momentos, porque estaba enfermo.

Entró Sedley con semblante tenso. Pese a su silencio transmitía una sensación de descontento y rencor. Estaba recuperándose de un resfriado y aún tenía la nariz enrojecida a causa de las rozaduras y la irritación. Piet y él apenas conseguían mantener las formas el uno con el otro.

Nicolaus, bajo un edredón de plumas de ganso, pensaba en esa reunión. Si Jan se presentaba, podría impedir cualquier decisión precipitada e impulsiva de Piet. George Pickering Duke era tan incorregible como Piet. Ofrecía la imagen de un distinguido hombre de negocios, pero tras esa apariencia se escondía un ser un tanto crédulo y obtuso. El mejor sería Sedley, que se parecía a Charles Duquet más que cualquiera de sus hijos o nietos: resentido, perspicaz, tenaz, resuelto e impetuoso. Pero Sedley se mantenía al margen de los demás. Nicolaus tenía la certeza de que, con el tiempo, se impondría a Piet y George Pickering Duke. Ojalá Bernard hubiera tenido hijos, pensó, y esos hijos hubieran heredado algo de la personalidad serena y ecuánime de Bernard. Ojalá los cerdos volaran. Ojalá siempre fuera verano. Pobre Bernard. ¡Y vaya sorpresa se llevaron todos! Lo asaltó el recuerdo de la extraordinaria marcha de Birgit de este mundo.

Se apagó bastante deprisa. Un día estaba bien y activa, y al día siguiente era incapaz de levantarse de la cama. Se quejó de una jaqueca, de un retortijón de vientre, empezó a delirar y alzó sus brazos flacos hacia el techo. Llamaba a Bernard, sin acordarse de que estaba en el fondo del mar. Mercy, Sarah y Patience la atendieron junto al lecho, poniéndole compresas frías, instando a la enferma a tomar un poco de caldo, que ella vomitaba de inmediato.

—Te pondrás bien dentro de un par de días —aseguró Mercy—. No es más que una indisposición.

Pero conforme avanzaba el día, la paciente fue sumiéndose en el silencio, concentrada en tomar aire en aspiraciones entrecortadas y borboteantes. Para desconcierto de todos, murió a media tarde. De pronto no se la veía ni peor ni mejor, y al cabo de un momento ya no respiraba.

Mercy salió de la habitación de la enferma y puso agua a hervir.

—Acaba de dejarnos —anunció—. Está con Dios.

—¿Cómo es posible? —preguntó Jan, que estaba sentado a la mesa junto a Nicolaus—. Pensaba que era una enfermedad pasajera.

—Pues parece que no. Nunca sabemos cuándo se nos llevará el Señor. — Suspiró, bajó la vista y luego miró a Nicolaus—. Mientras tú encargas el ataúd al señor Kent, Sarah y yo prepararemos el cuerpo de la difunta. Creo que le pondremos ese vestido rosa que tanto le gustaba.

Mercy no lloró; la muerte no le era ajena y exigía sus rituales. Las mujeres de cierta edad conocían bien las circunstancias del tránsito. Llevó la palangana de agua tibia y los paños secos a la habitación mortuoria. Tal vez habría preferido esperar un poco para realizar esta tarea, pero Sarah y Patience ya habían apartado el edredón y la sábana superior. Para manipular el cuerpo lo menos posible, Sarah propuso cortar el camisón. En todo caso, estaba manchado de vómito oscuro. A Mercy esa idea se le antojó un sacrilegio: era un buen camisón y, una vez lavado con jabón y lejía, alguien podía aprovecharlo. Por tanto, desabotonaron el camisón de cuello cerrado, tiraron de la tela desde los descarnados hombros para sacárselo por la cabeza, deslizaron las mangas por los brazos flacos como palos, y fueron quedando a la vista las rodillas, los delgados muslos, y...

Nicolaus nunca olvidaría el momento en que la puerta de la habitación de la enferma se abrió de par en par y las dos mujeres, atascándose en el umbral, intentaron salir. Jan y él, sumidos en un silencio de velatorio, contemplaban las llamas de la chimenea.

—¡Nicolaus! ¡Jan! Entrad en la habitación.

Nicolaus nunca había oído hablar a su esposa en ese tono de espanto. Las mujeres, enrojecidas, se alejaron casi corriendo en dirección a la cocina y dejaron que los hombres entraran solos.

El cuerpo huesudo y consumido de un anciano yacía sobre la sábana todavía húmeda de sudor. Era Birgit, sin duda era Birgit. Pero Birgit era un hombre. Incuestionablemente. El vello rizado en el pecho estrecho y los genitales masculinos, encogidos y marchitos pero muy reales, los desconcertaron. A Nicolaus le bullía la mente. No pensó en Birgit, sino en Bernard. ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Durante cuarenta años! Y nadie en la familia lo sabía.

Ahora se obligó a apartar de su pensamiento la imagen todavía escalofriante que había quedado grabada en su memoria. Aquello pertenecía al pasado. Optó por pensar en lo que estaba ocurriendo en ese mismo instante, mientras él yacía postrado en la cama: Piet, Sedley y George Pickering Duke intentaban negociar con algunos de los hombres más astutos y despiadados de las colonias, hombres que se distinguían por su codicia. Aunque le costara la vida, tenía que ir: era indispensable.

Entre toses, llamó a Mercy.

—La ropa. Tengo que ir a la reunión.

—No puedes. Te lo prohíbo. Estás enfermo, peligrosamente enfermo.

—Déjame, Mercy. Tengo que ir, en serio. Ayúdame si deseas que viva. Impídemelo, y moriré de rencor.

Mercy pensó que él sería muy capaz de eso; si algo caracterizaba a los Duke era su obstinación y tenacidad. Nicolaus llegó justo cuando Jan se apeaba de su carruaje delante de la sede de Duke & Sons.

Piet, George Pickering, Sedley y sus invitados se hallaban sentados en torno a la mesa ovalada de caoba. El cuñado de los Wentworth contraía una y otra vez los labios carnosos en una parca sonrisa. La propuesta era insólita: proporcionarían a los hermanos y sobrinos de la familia Duke un sinfín de invitaciones sociales, propiciarían contactos útiles. Darían a conocer a la familia Duke, no sólo en la alta sociedad bostoniana, sino también en Inglaterra. A cambio, querían libre acceso a los pinares de los Duke en el norte, por los cuales, naturalmente, pagarían un precio justo. Dividirían a partes iguales el coste de sacar los troncos del bosque y trasladarlos a los aserraderos. George Pickering Duke lo consideraba un buen acuerdo, ya que

todo el mundo sabía que la manera de lograr ventajas era por medio de los contactos políticos y sociales, contactos que Duke & Sons nunca había tenido. A Piet le preocupaba un poco la expresión «libre acceso». ¿Hasta dónde imaginaban esos políticos que llegaba ese libre acceso? Sedley, bañado en sudor frío, se representaba a millares de hacheros talando sus pinos. Tal vez esos mismos hombres presentarían cuentas falsas o dirían con toda naturalidad que otros individuos, desconocidos, habían robado los troncos. Peor aún: una vez obtenida la concesión, estarían en situación de manipular la ley y apropiarse de los bosques maderables de los Duke. Pero antes de que Piet pudiera decir «Trato hecho», se abrió la puerta y entraron los dos hermanos Duke, Jan y Nicolaus, ya de edad avanzada. Nicolaus, el rostro blanquecino salvo por manchas rojas de fiebre en las mejillas, parecía medio muerto. Arrojó el bastón negro sobre la mesa y miró al cuñado de los Wentworth y sus compinches.

Piet explicó la oferta. El cuñado de los Wentworth, recelando del aspecto de los ancianos, suavizó un poco la oferta: aseguró que sólo talarían en parcelas mutuamente acordadas. Esta vez las palabras «libre acceso» no se pronunciaron.

—Largo —dijo Nicolaus.

—Largo —repitió Jan—. Largo, ahora mismo. La reunión ha terminado. No hay acuerdo.

—Menos mal —susurró Sedley, quien, envalentonado, agarró el bastón de Nicolaus como si fuera a esgrimirlo contra los políticos si mostraban intenciones de quedarse.

Pero aquellos hombres, al marcharse, lanzaron a los Duke de mayor edad miradas de pura malevolencia. Después de eso, nadie invitaría a un Duke ni siquiera a la más miserable pelea de perros.

Tardaron más de una hora en convencer a Piet y George Pickering Duke de que los habían salvado de un aciago destino que habría llevado a la ruina a Duke & Sons.

—Piet, sé que desde hace tiempo tu madre, Mercy, desea mayor esplendor social para la familia, pero Jan y yo creemos que en estos tiempos es preferible que la empresa mantenga una presencia discreta. Debemos ser más cautos en nuestras operaciones y no enredarnos en sociedades, procurar mantenerlo todo en la familia mientras podamos, recurrir a testaferros para la adquisición de tierras. No nos conviene que se hable de Duke & Sons como una empresa poderosa, o ni siquiera importante. Si somos discretos, grises e invisibles, tendremos ventajas sobre nuestros competidores.

En realidad, temían que los detalles de la muerte de Birgit llegaran a los salones de Boston si las mujeres Duke empezaban a codearse con la alta sociedad. Bajo la influencia de una copa de jerez, alguien podía irse de la lengua.

Piet y George se quedaron mohínos, como colegiales escarmentados. Sedley tenía la boca, de labios muy rojos, fija en una mueca lobuna. Los ancianos tíos abandonaron la sala y bajaron por la escalera. Al pie, Jan dijo:

—Puede que tengamos problemas con Piet y George.

Nicolaus tosió.

—Quiero mucho a mi hijo Piet, pero apuesto por Sedley —dijo—. No nos podemos morir ahora. Debemos conseguir que Sedley se afiance en el cargo.

Pero empezó a toser otra vez como si su final estuviera cerca. Jan lo acompañó a casa, donde Mercy lo ayudó a acostarse; las criadas y ella le llevaron cataplasmas de mostaza, jarabes, ladrillos calientes, tazas de manzanilla casi hirviendo y una jarra de malvasía. Tenía que recuperarse.

En las semanas posteriores, Sedley fue a visitar a su padre a diario para sentarse junto a su lecho y animarlo a restablecerse. Jan iba también a menudo y los tres conversaban. Las ideas de Sedley, sobre las que venía reflexionando en secreto desde hacía tiempo, eran expansionistas. Mientras hablaba, su rostro rubicundo de facciones pronunciadas cobraba vida y le brillaban los ojos oscuros. Era el rostro de un hombre de negocios, pensó Nicolaus. Todo un elogio.

—Hemos concentrado demasiado nuestras propiedades, padre, aunque abandonar Carolina fue una buena decisión. Sólo operamos en Nueva Inglaterra, que se ha convertido en un vivero de hombres codiciosos con

intereses en el sector del transporte y muchos trabajadores a su servicio. Pero creo que el futuro en Nueva Inglaterra, en Boston, estará condicionado mientras Inglaterra controle nuestro destino. Necesitamos bancos, necesitamos seguros, necesitamos mercados regulados, necesitamos una divisa; los trabajadores cualificados están trasladándose a Portsmouth, a Salem y a otras poblaciones a medida que en Boston decae la actividad comercial. La población disminuye. La mano de Inglaterra nos oprime.

—¿Qué propones? —El enfermo yacía recostado sobre firmes almohadas.

—A largo plazo me gustaría que estudiáramos los bosques maderables del valle del Ohio, y de los territorios situados al norte y al oeste de esa zona. En Virginia hay un grupo de hombres que están ocupando gran parte de esas tierras. Tienen la mirada puesta en el futuro. Allí pueden comprarse tierras forestales por casi nada. Deberíamos explorar la región y ver qué hay de valor. A mi modo de ver, tenemos que ser más innovadores. Hay que analizar los bosques muchos años antes de que se conviertan en dinero contante y sonante.

—Tienes la actitud adecuada. Eso es mejor que apoyarse en cómodos contactos locales con hombres importantes que mañana dejarán de ser importantes. ¿Qué más has pensado? Sé que has estado planteándote maneras de revitalizar el negocio.

—Así es. Verás, desde pequeño vengo oyendo que Duke & Sons consideraba ventajoso tener un astillero. Pero cuando desapareció el abuelo Duquet, la idea se fue con él. Creo que ha pasado ya la oportunidad de conseguir un astillero a buen precio; aun así, pienso que deberíamos actuar lo antes posible y adquirir uno. Ésa es mi segunda idea. Pensadlo: un buque se amortizaría con el transporte de un solo cargamento de tablones a las Indias Occidentales francesas. Y si ese mismo buque regresara con un cargamento de melaza o azúcar...

—Ah —dijo Jan—. Pero ¿quién dirigiría ese astillero?

—Tío, creo que George Pickering se desenvolvería muy bien. A menudo lamenta no haber podido hacerse a la mar como vosotros dos cuando erais jóvenes. Ahí se trasluce un interés marítimo. Sus conocimientos de las leyes

inglesas podrían ser ventajosos. Y necesita un puesto de control de un tipo u otro.

—¿Y qué hacemos con Piet?

—Propongo que se ponga al frente de la sede de Duke & Sons aquí en Boston. Será la cabeza visible de la empresa. Y pienso que Duke & Sons debería plantearse abandonar Boston. Aquí la situación es muy confusa, se percibe apatía en el ambiente, y las cosas se han torcido. Tengo la impresión de que en Boston hay una vena de locura, esa continua sospecha de que cierta entidad usurpa sus derechos.

—Puede ser una sospecha bien fundada —observó Jan.

—Es posible. Pero creo que necesitaremos un lugar con hombres de negocios más vigorosos, con menos interferencias de Inglaterra. Boston siempre ha sido el perro faldero de Inglaterra.

Nicolaus dejó escapar una tos blanda y dijo:

—Incluso los perros falderos muerden si se los provoca. Y algo que me resulta en extremo provocador son los mástiles de los barcos británicos, mástiles que talamos en nuestros bosques. La tan cacareada Marina inglesa se ha construido a base de cuadernas salidas de Nueva Inglaterra. Nuestros pinos y robles vuelven a nosotros, ¿eh? —Pero pensó que era mejor dejar Boston en manos de sus distantes camarillas y sus fulminantes habladurías.

Jan asintió pero no quiso abordar ese espinoso tema.

—¿En qué lugar estás pensando, Sedley? —A él personalmente se le antojaba una decisión difícil. Llevaban décadas en Boston.

—Nueva York. O Filadelfia. Allí los hombres tienden a plantearse las posibilidades a largo plazo.

Jan consideró que Sedley había reflexionado bien, hasta cierto punto.

—Has mencionado las ventajas de que un muchacho se haga a la mar para fortalecer el carácter y el aplomo. Has pensado en el futuro. Y sin embargo no mencionas la posibilidad de enviar a tu propio hijo, James, a la mar. Tiene ya diez años, edad en que podría enrolarse como guardiamarina.

Sedley arrugó el entrecejo. Tenía por costumbre eludir al niño, y lo había enviado a un internado lo antes posible.

—Me sorprendes, tío. Tú, que prohibiste a George hacerse a la mar.

—A George Pickering lo cautivaban los bailes de marineros y la fanfarronería de los muelles. Deseaba ir como simple marinero. Lo que te propongo es un objetivo un tanto más elevado. James es un chico listo, y podría hacer carrera en la marina antes de ocupar su lugar en la empresa. Es importante que los hijos maduren. Y servirá de ejemplo a los otros niños de la familia. No me cabe duda de que podremos recurrir a nuestros contactos marítimos para conseguirle un puesto de guardiamarina a bordo de un buen navío.

—Me lo pensaré —respondió Sedley, pero empezaba ya a plantearse que colocar a James como guardiamarina en un buque de la Armada Real era acercarlo al bando enemigo, y eso en una época en que el sentimiento colonial en contra de Inglaterra arreciaba año tras año. Le buscaría un puesto al muchacho en un barco corsario americano.

—Hazlo —recomendó Nicolaus.

V
en los campamentos madereros
(1754-1804)

la casa de la bahía de Penobscot

En el año 1754, un mes después de que se marchara Kuntaw, su esposa, Malaan, se hallaba sentada bajo el débil sol otoñal frente a la tienda de abastos inglesa cuando un hombre blanco al que llamaban Simon le tocó la pierna con la puntera de la bota y le indicó que la siguiera. Ninguno de los dos dijo nada, pero él la tuvo en su habitación todo el invierno. En primavera ese hombre regresó a Inglaterra, y ella se fue con Richard Tarbox. Su hijo, Tonny Sel, se crió en las inmediaciones de la tienda de abastos, corriendo con los omnipresentes perros y la andrajosa pandilla de niños desatendidos. Se construyeron una especie de guarida bajo las viejas canoas. Sólo muy de vez en cuando Malaan mostraba interés en Tonny o en las mujeres del poblado mi'kmaq que acudieron en varias ocasiones a intentar convencerla de que abandonara a ese blanco que la mantenía, pero montó en cólera cuando trataron de llevarse a Tonny.

—Debería criarse entre los mi'kmaq —insistieron las mujeres.

—¿Acaso yo no soy mi'kmaq? Lo tendré aquí conmigo, en la tienda de abastos. Aprenderá las costumbres de los blancos. Las costumbres mi'kmaq ya no sirven.

Sumida en una íntima desesperación para ocuparse del niño, que se las apañaba bastante bien por su cuenta, vivía en una estrecha franja de vida que no era mi'kmaq ni blanca, yéndose con cualquier hombre que le dirigiera un gesto o le ofreciera comida. Engordó. Dormía profusamente, día y noche, y costaba despertarla, como si le resultara muy doloroso salir a la superficie desde las profundidades del sueño.

—Ay —exclamó una de las ancianas—. Me acuerdo de cuando Malaan era niña, lo lista que era. Confeccionaba exquisitos bordados con púas de puercoespín.

Nadie sabía cómo se había convertido en aquella mujer distante y amodorrada. Algunos decían que padecía la enfermedad del whisky del hombre blanco; otros sostenían que ese estado se debía a su amor por Kuntaw y a la vergüenza del abandono. Todos sabían que Kuntaw vivía con una blanca en Maine. No había regresado, ni nadie había ido allí para intentar convencerlo de que lo hiciera. Algunos afirmaban que Malaan se había divorciado de Kuntaw.

Se habían casado de niños, poco después de que Kuntaw, Auguste y Achille regresaran de su cacería de alces y encontraran la ruina. En su dolor, Achille había abandonado a su hijo, un muchacho solitario y afligido, tan profundamente herido en su corazón que no podía aceptar que Malaan y él fueran demasiado jóvenes para el matrimonio. Elphège trató de prohibirlo, pero Kuntaw adujo que había matado su alce y, por tanto, era ya un hombre: ¡se casaría! Elphège no era su padre: no podía impedirselo. Se casaron, y Malaan dio a luz a un hijo, Tonny. Tenía sólo trece inviernos, y el parto fue largo y doloroso. Antes de que el niño cumpliera los tres, Kuntaw se marchó a los campamentos madereros y Malaan descubrió el whisky del hombre blanco. El niño correteaba con una banda de chiquillos huérfanos y abandonados.

Las mujeres mayores que a veces intentaban atraer a Tonny a sus *wikuoms* para darle de comer buena carne de alce, y para decirle que siempre podía acudir a ellas en busca de alimento y refugio, le contaban historias sobre su padre, el Cazador de Saltamontes, y su habilidad con el arco y la flecha en tiempos en que los hombres mi'kmaq preferían las armas del hombre blanco. A él lo avergonzaba tener un padre llamado Cazador de Saltamontes. Ahora ya sólo unos pocos ancianos endebles conservaban sus arcos, descordados, y sus flechas alabeadas por el paso del tiempo. Todo hombre mi'kmaq tenía un arma de fuego, e incluso si era un cazador inepto podía matar cinco o seis gansos a distancia. Ahora era más fácil obtener comida, y no había grandes razones para seguir rastros durante largas horas al acecho de una presa sagaz.

Tonny era un ladrón y mendigo artero; no tenía arco ni arma de fuego y dependía del ingenio para obtener alimento y cobijo. Hacía recados para hombres blancos, dormía bajo una canoa vuelta del revés o en un cobertizo de troncos de árboles jóvenes que había improvisado en el bosque a medio talar. A los catorce años él y Hanah, una niña cuya madre deambulaba también por las inmediaciones de la tienda de abastos, empezaron a dormir juntos bajo viejas canoas y, siendo aún muy jóvenes, engendraron tres hijos, Elise, Amboise y Jinot, que de algún modo consiguieron sobrevivir, escarbando en los alrededores de la tienda como polluelos de pavo. Pasado un tiempo, también Hanah, a quien le gustaban el ron y la sensación de libertad que éste proporcionaba, comenzó a andar con hombres blancos, y cuando tenía veinte inviernos la mató de una paliza Henry Clefford, un comerciante celoso y agresivo que mantenía a otras dos mujeres mi'kmaq. Eso ocurrió a principios de la primavera, en los días fríos y ventosos en los que se mezclaban la aguanieve y un sol intermitente.

—Me marchó —anunció Tonny, rebotante de odio y dolor, a su madre, Malaan. La detestaba. ¿Por qué habría de darle explicaciones?—. Ya soy un adulto. Soy padre. Me voy, y mis hijos se vienen conmigo.

—Te marchas —dijo Malaan con voz inexpresiva—. Siempre he sabido que algún día te irías.

Asintió y dio media vuelta, dejando escapar uno de sus profundos bostezos. Él no pudo decir nada más; la desdichada vida de su madre estaba allí, en la tienda de abastos. Él era ya un adulto, fuerte pero sin armas ni destreza para la caza, desconocedor del comportamiento de los animales, que eran el trabajo y los intereses propios de un hombre. Ése no era ya su lugar, si es que alguna vez lo había sido. Una mañana despertó y fijó la mirada en el interior de la canoa rota, con los niños acurrucados bajo su brazo, y decidió que había llegado el momento de darle la espalda a esa vida. Ya no formaría parte del andrajoso pueblo mi'kmaq, cuyas costumbres se habían desprendido de todos ellos como escamas de piel muerta. Pero creía aún que sus hijos debían vivir con parientes consanguíneos. Sentía una amarga pena por esos tres niños, prácticamente huérfanos, con su madre muerta y un padre inútil. No podía dejarlos en los alrededores de aquella pernicioso tienda de abastos. Sólo sabía que su padre estaba en un lugar llamado bahía de Penobscot. Sin

previo aviso, primero a bordo de una canoa robada y después a pie durante semanas por el barro y la nieve vieja, a menudo con Jinot, el benjamín, en brazos, encontró la casa, la casa de Kuntaw y la mujer blanca.

Con el paso de los años los troncos de aquella vieja casa se habían oscurecido hasta casi ennegrecer. Parecían estar hundiéndose en la tierra, pero las tejas nuevas de cedro brillaban como metal precioso bajo el sol del amanecer. La pintura desvaída de la puerta y de los postigos presentaba un color gris musgo, lo que llevaba a Beatrix a pensar que debían volver a pintar. Kuntaw no prestaba atención a las tareas de la casa, aparte de recoger leña y cazar en invierno.

—Adelante —dijo Beatrix Duquet cuando oyó unos arañazos en la puerta.

Tonny y los niños entraron, harapientos y extenuados tras el largo viaje. Se detuvieron en el entarimado lustroso, donde captaron los extraños olores de la casa y vieron la luz oblicua entrar a través de los cristales de las ventanas y reflejarse en los espejos.

Beatrix, cuyo pelo negro, ya canoso, le caía por la espalda como una cascada, respiró hondo.

—¿Quiénes sois? —Los miró fijamente—. ¿Quiénes sois?

Pero Tonny pensó que ya debía de saberlo.

—Yo Tonny. Kuntaw Sel mi padre. Éstos mis hijos, Kuntaw su abuelo. Su madre muerta. Nombres Elise, Amboise, Jinot. —Mientras los volvía hacia ella, tocó a cada niño en la frente—. Sitio mi'kmaq ya no bueno para vivir. Yo hombre adulto pero no bueno. Yo bastante malo. Vengo con mi padre Kuntaw, y con tú. Ayuda ellos.

—Ah —dijo Beatrix. Miró a los niños; la mayor, Elise, de nueve inviernos, era retraída y tímida; Amboise, de siete, también era tímido pero tenía una sonrisa cautivadora; y Jinot, de casi cinco, era un pequeño de rostro regordete y alegre.

—Sentaos a la mesa. Os daré de comer. —Las sillas eran altas y extrañas; la mesa parecía el mostrador de la tienda de abastos. Jinot pugnó por encaramarse a una silla hasta que Beatrix lo levantó; lo notó cálido y pesado y lo estrujó ligeramente.

—Ya está, *snoezepoes*, cariño —dijo ella, y luego se volvió hacia Tonny—. Pobre Tonny, tienes que contármelo todo, todo lo que ha pasado. Kuntaw ha salido de caza con nuestros hijos, Francis-Outger y Josime. Tienen más o menos la misma edad que los tuyos. Sé que Kuntaw llorará de felicidad cuando te vea. Me ha hablado mucho de su hijo, Tonny, y se preguntaba si aún vivías y cómo te iban las cosas. —La asaltó una repentina compasión por ese joven tan parecido al apuesto indio que irrumpió en su vida hacía ya muchos años—. Y ahora estás aquí. Qué contento se pondrá. Pero eres... eres muy joven para ser padre de tres niños tan mayores. —Los miró.

—Elise, Amboise, ¿sabéis leer o escribir?

Los dos agacharon la cabeza.

—Jinot, ¿qué es lo que más te gusta?

—Comer caramelo en tienda.

—Ah, bueno, yo no tengo caramelos, pero creo que te gustarán las tortitas y el cacao holandés.

—Tú buena —dijo Tonny—. Yo sueño tú buena.

Beatrix y él cruzaron una mirada, y en los ojos fijos de Beatrix se traslució la promesa de que los niños estaban a salvo. Los ojos de Tonny reflejaban una distancia insalvable.

Cuando lamían las últimas gotas de sirope de arce de los platos, entró Kuntaw acompañado de Francis-Outger y Josime. Los hijos de Tonny lanzaron miradas tímidas y fugaces a sus tíos, a su pelo y sus cejas negras, a sus ojos muy claros. Josime llevaba un pavo sujeto por las patas, arrastrando el pico ensangrentado por el suelo.

Cuando Kuntaw cayó en la cuenta de quiénes eran aquellos desconocidos, se quedó boquiabierto, con los ojos desorbitados, y le temblaron las manos. Apenas podía hablar, pero con voz quebrada dijo:

—Quedaos, quedaos, viviremos todos aquí. —Miró a Beatrix con las cejas muy juntas, en ademán suplicante.

«Así son las cosas, pues», pensó Tonny con frialdad; por lo visto, Kuntaw tenía que rogar para obtener cualquier favor de esa mujer alta que, en el rincón en penumbra de la estancia, parecía india. Pensó que no era de las que se quedaban en rincones en penumbra, y a la luz dura del día su sangre

blanca asomaba en aquellos ojos claros como el agua. Pero hablaba la lengua de los mi'kmaq mejor que Tonny y los niños, que se las apañaban con un pedestre revoltijo de palabras en mi'kmaq, francés e inglés.

Mientras Kuntaw, Francis-Outger, Josime y Tonny subían al piso de arriba, Beatrix enseñó la gran casa a los niños y les explicó el uso que se daba a cada habitación, en particular una en la que había una mesa enorme. Ésa, dijo, era el aula, el *schoollokaal*, donde aprenderían a leer y escribir. Ella les enseñaría. Se acomodó ante la mesa y sentó a Jinot en su regazo; le susurró que al día siguiente le haría un caballito de juguete, y acercó a Elise y Amboise. Les habló en voz baja, en un tono de confianza, para exponerles sus razones.

—Entre nuestra gente había algunas personas especiales, aquellas que recordaban historias antiguas, costumbres antiguas. Mi madre murió poco después de que yo naciera y no me contó nada. Pero de mi padre, a pesar de que era holandés, aprendí que los indios deben adoptar de los blancos todo aquello que sea provechoso. Es lo justo, porque ellos nos lo han quitado todo. Muchos de los nuestros murieron con secretos guardados en la cabeza. Ahora es bueno que aprendamos a leer y escribir para saber cómo se hacen cosas útiles, cómo vivían nuestros abuelos. Por eso aprenderemos a leer: para poder recordar.

A Jinot le daba miedo la alta escalera, porque nunca había visto más de tres peldaños seguidos, y lloriqueó hasta que Beatrix lo cogió de la mano y lo ayudó a subir, contando los escalones: «*Zeven, acht, negen..., dertien*». En el desván encontraron a Kuntaw y al enorme Josime empujando baúles viejos, muebles rotos, cajas de libros y los gastados arcos y los antiguos carcajes de Kuntaw para arrimarlos a la pared y dejar un hueco donde colocar los camastros.

—Aquí dormiréis —dijo Beatrix.

Jinot vio que Josime alzaba la vista al techo como si su madre acabara de decir que iba a dar carne de alce asada a una manada de lobos. Sonrió a Josime como sólo sabía sonreír Jinot, y Josime contrajo los labios en una

expresión risueña. Jinot quería complacer: a esa mujer; a su padre, Tonny; a su abuelo, Kuntaw; incluso a Josime y Francis-Outger, predispuestos a sentir antipatía por sus nuevos parientes.

Tonny y los niños se sentían incómodos comiendo a la mesa, pero Beatrix les indicó con una seña que no debían sentarse en el suelo. Los amedrentaba tal cantidad de platos de carne y pan, un potaje desconocido y algo que parecía pescado. Francis-Outger y Josime cuchichearon y se rieron, cogieron sus escudillas y salieron de la casa para comer lejos de los recién llegados. Kuntaw los llamó para que regresaran.

—A vuestros sitios.

Comieron en silencio. Después de cenar, Beatrix acostó a los hijos de Tonny. Josime, apoyado en el marco de la puerta, los escuchó.

—Os contaré dos cuentos —dijo Beatrix, hablando lentamente y en voz baja—. Escuchad. He aquí el primero. Hace mucho tiempo, tres niños se perdieron en el bosque, y en ese bosque vieron un árbol, un árbol muy grande, tan alto que las hojas hacían cosquillas a las nubes. Era un árbol muy, muy viejo, tan viejo que todos los demás árboles lo llamaban el Árbol Ancianito, salvo las nubes, que decían que era el Árbol Viejo Tonto. Era ancho —estiró los brazos a ambos lados para mostrar el contorno—, y durante muchos años siguió creciendo en el bosque. Era tan grande que tenía un hueco enorme al pie, y allí vivían dos personas osos...

Mientras bajaban por la escalera, oyendo arriba la susurrante voz de Beatrix, Kuntaw apoyó la mano en el hombro de Tonny.

—Vamos, acompáñame hasta el río, que con las últimas lluvias ha crecido y ha dañado el cañal. Mientras lo reparamos, quiero que me hables de Malaan y Mi'kma'ki. Cuéntamelo todo.

Se adentraron en las aguas del río, movieron piedras. Para ver cómo se hacía, Tonny observó a Kuntaw, que volvía a colocar las que había desplazado la corriente. Era un día nublado, plomizo y gris, de ambiente húmedo y cortante. Se les dormían los pies y las piernas por el agua fría. Tonny primero se expresó de manera entrecortada y luego, dejándose llevar por la rabia,

habló a Kuntaw del aletargamiento de Malaan, de su retirada a un mundo silencioso, del maltrato que recibía de los blancos. Le habló de Hanah y le contó que su desenfreno con esos mismos blancos le había costado la vida.

—Henry Clefford. Lo habría matado si me hubiera quedado allí. Muchas veces los quería matar a todos.

—Has hecho bien, hijo mío, en traer aquí a los niños. Cuidaré de ellos como habría cuidado de ti. Pagaré por haber abandonado a Malaan y a nuestro pueblo. Soy muy consciente de que mi vida anterior fue un tiempo de mala conducta y fracasos. No te enseñé todo aquello que necesitabas saber. — Salieron del agua, se pusieron los *mkisn* y se encaminaron a la casa en silencio. Kuntaw abrió la boca varias veces hasta que por fin se decidió a hablar—. No es invierno, pero te contaré las viejas historias de nuestro pueblo y de los hombres más grandes de nuestro linaje.

Sin esperar la respuesta de Tonny, comenzó a hablar de guerreros y cazadores, de antepasados, pero fue incapaz de describir el horror que sintió al ver el brazo cercenado de su madre, la desaparición de Achille, los años que dedicó él a buscar a su padre desaparecido. Mientras hablaba sintió en todo momento que se dirigía al cielo. El cielo, tan impasible como Tonny, respondió con una fría neblina que se espesó hasta convertirse en una lluvia uniforme.

—Fui de árbol en árbol —prosiguió Kuntaw—, irreflexivamente, sin acordarme nunca de ti, mi primogénito. Pero ahora me doy cuenta de que no fui un buen hombre. No debería haber ido en busca de Achille. Debería haberme quedado contigo y con Malaan. Te digo, pues, que nunca debes abandonar a tus hijos.

Tonny se encogió de hombros. Cuanto más hablaba Kuntaw, más se enfriaban sus sentimientos hacia ese padre. Lo llamó por su nombre.

—Kuntaw. Éste no es mi lugar. Mi'kma'ki, o Nueva Escocia, como lo llaman ahora, tampoco es mi lugar. Estoy aislado de todas las personas, inglesas, mi'kmaq, francesas, americanas. No tengo un lugar propio. Muchos mi'kmaq del poblado hacen como si no pasara nada, pero los animales escasean y nadie sabe cuál es la manera adecuada de vivir. Los blancos se llevan los frutos del bosque, las almejas, el pescado, y lo venden todo. Yo no puedo fingir. Ya te he contado cómo son las cosas en la tienda de abastos

inglesa. Tú..., tú tienes a esta mujer. Yo no tengo a nadie. No soy de ningún lugar. Ningún sitio es bueno para mí. Me marcho. Quizá pronto alguien me mate. Entonces todo habrá acabado. —Así habló, goteándole el pelo por la lluvia, empapados los hombros.

La lluvia se convirtió en un diluvio. Kuntaw sintió pinchazos de miedo en la garganta al oír esas palabras. ¿Era ése su hijo o un espíritu maligno que había adoptado su forma? Era cierto que Tonny parecía distinto, no como son distintas las personas con dos espíritus, sino más bien... blanco. Un blanco malo. Tenía viejas cicatrices por todas partes, el gesto torcido en una expresión ceñuda, hablaba con voz ronca. Iba sucio y mal vestido. Kuntaw se preguntó qué era en realidad ese joven aislado e incognoscible. Pero esbozó una sonrisa sin vida y dijo:

—Tonterías. Aún eres joven. Éste es tu lugar. Has hecho bien en traer a los niños. No les inflijas el mismo daño que yo te hice a ti. Quédate conmigo. Quédate.

Temía que los blancos hubiesen quebrantado a ese hijo abandonado.

Llovió toda la noche y una niebla densa e impenetrable envolvió el mundo; aun así, Tonny insistió en marcharse, en ir en busca de trabajo a New Brunswick.

—Espero volver a por vosotros —musitó a Elise, Amboise y Jinot. Sostuvo audazmente la severa mirada de desaprobación de Kuntaw. ¿Acaso no había hecho él lo mismo? Sí, admitió Kuntaw sin pronunciar palabra: él había hecho lo mismo.

Había poco trabajo. Los campamentos madereros eran los únicos lugares donde contrataban a indios, considerados mano de obra desechable: relativamente buenos mientras duraban, y los mejores para las tareas en el agua, con tal de que permanecieran entre los vivos. Desde un campamento maderero, pensó Tonny, siempre podía adentrarse más en el bosque, aunque no tuviera arma. Se planteó la posibilidad de vivir en el bosque sin arma. Sin conocer el comportamiento de los animales. ¿Y si iba a una ciudad? ¿A Boston? ¿Encontraría allí algo o a alguien? Tenía que hallar una forma de vida nueva. Primero probaría en los campamentos madereros. Así que se incorporó

a un mundo caótico de árboles gemebundos que abrían agujeros en la enramada, derribaban otros árboles, se tronchaban por la mitad, estallaban en astillas. Algunos árboles se negaban a desplomarse, sus ramas se trababan a las ramas de los árboles cercanos, balanceándose sobre tocones a medio roer. Unos pocos, en el linde de un nuevo claro, desprotegidos a causa de la tala de otros cientos, aguardaban los vendavales que los derribarían en grandes oleadas, arrancándolos de raíz, desprendiéndose los terrones con leves sonidos. Trabajó todo el invierno desramando pinos talados y, al llegar la maderada de primavera, el jefe lo mandó a trabajar a bordo de una chalupa: como indio que era, se suponía que Tonny manejaba bien el remo desde pequeño. Pero para él las embarcaciones eran sólo refugios, techos que lo habían protegido de la lluvia durante la infancia. No era hombre para trabajar en el río. Antes de recoger la paga de esa temporada, se ahogó bajo las Cascadas del Lobo y, como otros innumerables padres, quedó relegado al pasado.

En la casa de la bahía de Penobscot, Kuntaw tenía el corazón desgarrado por no haber logrado convertir a Tonny en mi'kmaq de inmediato, y se distanció un poco de Beatrix. Habló con Amboise, demasiado joven para entenderlo.

—Me avergüenzo de haber abandonado Mi'kma'ki, a mi pueblo y a mi hijo.

Se veía a sí mismo sin compasión, como una persona que estúpidamente destruía las tradiciones antiguas. Pensó que el alerce perdía las acículas, el arce y el haya perdían las hojas y se quedaban desnudos hasta que volvían a retoñar otras nuevas y resplandecientes; en cambio, los mi'kmaq echaban muy pocas hojas nuevas. Y él, ninguna.

Kuntaw había oído decir a Beatrix mil veces: «Te necesito, indio», tal como había dicho el día que se acercó a él a caballo. Al principio pensó que se refería a que lo necesitaba para partir leña. Con el paso de las semanas, pensó que se refería a que lo necesitaba para el sexo. Pero un día lo comprendió. Lo necesitaba porque ella era una muchacha medio india educada

como una blanca. Lo necesitaba para que él la convirtiera en india. Ella le había dado a conocer los libros. Pero ahora que los conocía, Kuntaw los apartaba de sí.

—Mujer —dijo—, ahora yo te enseñaré a leer a ti.

Y la llevó al bosque, donde le explicó pacientemente, como debería haber hecho con Tonny, cómo entender y descifrar los rastros de los animales, las señales estacionales de las plantas y los árboles, el olor a oso y a lluvia inminente, el sentido de las hojas cubiertas de escarcha, los cambios en la superficie del agua, dándole a entender cómo encajaban todas las cosas.

—Éstos son conocimientos que posee todo mi'kmaq —dijo—. ¿Comprendes ahora que el bosque y la orilla del mar están unidos mediante incontables hilos, finos como la seda de una telaraña? ¿Empiezas a vislumbrar las costumbres y la sabiduría indias? No deseo una esposa ignorante.

—Sí —respondió Beatrix—. Pero son demasiadas cosas para recordarlas.

—No hay que recordarlas como si fuera una lección —corrigió él—, sino conocerlas, sentir las. —Sabía que era inútil.

Ella no tardó en pedir que la librería de esas excursiones.

—Te he contado que mi madre passamaquoddy murió cuando yo era muy niña, antes de poder enseñarme nada. Es una lástima. Lo que sé se lo debo a mi padre. Tuve que aprender los usos de las plantas medicinales. Me escribía a menudo desde Leiden y me pedía que le enviara determinadas hojas de olor acre.

Pero este padre, Outger, que aunque no llegó a regresar acribilló a Beatrix con sus cartas y consejos, con paquetes de libros y prendas europeas pasadas de moda, murió en el extranjero un año antes de que Kuntaw saliera del bosque y se uniera a ella. Kuntaw pensaba en el padre de Beatrix —las pocas veces que pensaba en él— como un hombre blanco, autoritario y de exaltada voluntad, pero con muchas afectaciones. Se alegraba de que un océano y la muerte los separaran.

Beatrix enseñó a los niños el alfabeto y las cuatro reglas, les dio libros que leer, y Kuntaw, que había sido incapaz de enseñar a Tonny, instruyó a sus nietos en las artes que Francis Outger y Josime ya conocían: cazar, remar en

canoa. Los niños se pegaron a él como abrojos, y juntos recorrían los bosques menguantes, tallaban y labraban la madera, remendaban ropa, guisaban anguilas, engatusaban a los peces para atraerlos a sus manos.

«Debéis aprender todo esto», decía Kuntaw, «vosotros que sois tan poco conscientes del mundo como las piedras. Sois de sangre mi'kmaq, pero no sabéis nada.» Les presentó a los animales, a las plantas y, sí, a los saltamontes como presas. Les hizo arcos del tamaño apropiado para niños. ¡Que cazaran saltamontes, como él había hecho! Que no desconocieran las costumbres de los mi'kmaq. Sin embargo, le resultaba imposible enseñarles lo que sabía a menos que todos pudieran vivir conforme a la vida propia de un mi'kmaq: eso iba más allá de saber utilizar determinadas herramientas o identificar las plantas. Lo que él enseñaba no era una vida real; era una especie de juego, pensaba pesarosamente. Ese mundo que quería darles a conocer se había desvanecido tal como el humo abandona las ascuas moribundas que lo han producido.

Alrededor del asentamiento de Penobscot, los árboles caían por todas partes, las pistas atravesaban los bosques, primero sólo una o dos, después siete, después redes de sendas que con el paso de las décadas se ensancharon hasta convertirse en carreteras. En los caminos se formaba barro, a veces espeso como la masa de pan, a veces así de denso y pegajoso hasta finales del verano, cuando se metamorfoseaba en polvo asfixiante, tan fino que quedaba suspendido en el aire mucho tiempo después de pasar un caballo y un carro, y luego se posaba en la hierba, como los ingleses se posaban en la tierra.

Transcurrieron los años, y las compañías madereras y los colonos despojaron las orillas de la bahía y se desplazaron Penobscot arriba. Los trigales y los henares invadieron las tierras, los campos quedaron cercados mediante hileras de cepas, las raíces del bosque que antaño se hallaba allí eran ahora extraídas y colocadas de lado para impedir el paso a las vacas y las ovejas del hombre blanco. A lo largo de la ribera, las casas de los colonos, unidas mediante vallas descoloridas, formaban apretadas filas. La antigua casa de Charles Duquet se alzaba sola en su finca, rodeada de bosque que nunca había sido talado, una reliquia del mundo forestal.

Llegó el día en que Beatrix advirtió que su hijo Josime lanzaba a Elise miradas que no eran fraternales y le comentó a Kuntaw que quizá era hora de que la joven se casara. Elise contaba quince años, ya era un poco mayor para seguir soltera. Kuntaw aconsejó enviarla a la casa de su hermana, Aledonia, en Nueva Escocia; allí podría encontrar un marido mi'kmaq. Allí podría llevar la vida de una mi'kmaq. Sin recordar lo que Tonny había contado sobre ese lugar, Kuntaw sólo conservaba reminiscencias de los buenos tiempos anteriores a la cacería de alces de su infancia.

Todos advirtieron que las niñas del asentamiento, fueran indias, francesas, *métisses* o inglesas, querían estar con Jinot. Corrían a reunirse con él, le contaban sus pequeños secretos y le pedían que jurara callárselos —él nunca los divulgó—, le llevaban trozos de pastel de jengibre robados de las despensas de sus casas. Beatrix, que los observaba cuchichear, preguntaba:

—¿Qué te dicen, Jinot?

—Me hablan de gusanos, de ranas raras. Nada en particular.

Las risitas salpicaban esas conversaciones. Pocas niñas, o más tarde mujeres, podían resistirse al aspecto pícaro y risueño de Jinot.

—No cambies nunca, querido mío —musitaba Beatrix, que no era inmune a sus encantos.

Kuntaw también observaba a Jinot y advirtió que era distinto, tal como lo eran los mi'kmaq de antaño. No encontraba una palabra para describir esa diferencia.

El mundo maderero se extendía por la bahía en forma de embarcaciones. Amboise y Jinot Sel jugaban en los muelles con los niños de la aldea, corrían, hacían equilibrios y saltaban sobre los troncos en flotación en los embalses del aserradero, como si condujeran una maderada. Los héroes de todos eran los ganaderos que guiaban los troncos aguas abajo por el arisco Penobscot. Los niños de la bahía remaban en canoas y esquifes; ya de mayores, trabajaban con los pescadores, aprendían a remendar y lanzar las redes y jalar los sedales, y los hijos de los pescadores se hicieron a la mar cuando también éstos se incorporaron al comercio marítimo. Un día tras otro los niños veían a

los hombres cargar grandes mástiles y vergas de pino en los barcos madereros, amontonar tablones en las cubiertas. Los niños de la familia Sel acompañaban a Kuntaw a reparar los cañales y lo ayudaban a conducir y a atrapar las anguilas: su alimento fiable y preferido. Para la chiquillería del pueblo, el futuro ideal era cortar grandes pinos y viajar por las turbulentas aguas de los ríos en el deshielo de primavera. Para Jinot y Amboise Sel, eso era una llamada irresistible.

Los niños crecían demasiado deprisa, pensaba Beatrix. Un día eran críos, todavía rebosantes de preguntas e inocente entusiasmo, y al día siguiente eran hombres hechos y derechos con temperamento e ideas que preferían la compañía de Kuntaw a la de ella. Cuando Francis-Outger cumplió los veintiún años y se casó con una muchacha medio francesa medio mi'kmaq, el padre de la muchacha y él construyeron una pequeña cabaña para la joven pareja. Más adelante, Josime se marchó de casa para incorporarse a los campamentos madereros de New Brunswick. Al cabo de un mes fue Amboise quien partió hacia el bosque. Para Jinot Sel, el único que quedaba, el tiempo transcurría muy despacio. Para él, el año avanzó muy lentamente: llegó la primavera, y observó los innumerables troncos que escapaban de los aserraderos y flotaban río abajo hasta la bahía; envidió a los gallardos ganaderos que hincaban su herramienta y acorralaban aquellos estúpidos troncos. Después del descenso de la maderada, Amboise, más fuerte y más ancho de hombros, volvió a casa colmado de extraordinarias anécdotas. Y también de dinero. El verano llegó y quedó atrás. Amboise volvió a marcharse para trabajar de desbrozador al servicio de una empresa de New Brunswick. Durante semanas, los reclamos de las ocas resonaron como los martillazos de los herreros en altos yunques. Salió la luna llena, y por delante de su cara se deslizaban delirantes nubes. Asaltó a Jinot el inquietante impulso de marcharse a otra parte. Una mañana, ya tomada su decisión, se acercó a Kuntaw.

—Abuelo, ya tengo edad y quiero ir a los campamentos forestales a cortar árboles —anunció.

Kuntaw asintió.

—Ya sé que estás pensando en iniciar la vida de un hombre —dijo—, aunque hay muchas chicas que quizá piensen que deberías quedarte. Te has mostrado cariñoso con esas muchachas. ¿Es posible que muchos niños de aquí te llamen padre?

Jinot, desconcertado, lo negó insistentemente.

—Abuelo, las chicas sólo me hablan. A las chicas les gusta hablar con alguien. Somos amigos.

Kuntaw miró a su nieto como si evaluara y sopesara las posibilidades, como si enlazara pensamientos difusos.

—Sí, ya veo. Ya veo por dónde vas. Soy viejo, Jinot, pero no me tomes por tonto. Si estuvieses entre los mi'kmaq, éstos no verían nada malo en un hombre con un espíritu doble, pero los blancos no lo ven bien. Y tampoco esos hombres de la iglesia.

No había nada que decir al respecto. Tras una breve pausa, Kuntaw prosiguió:

—¿Cuándo te irás?

—Hoy. He metido ropa de abrigo en un zurrón. ¿Me llevo un hacha?

—Coge un hacha si quieres, pero en el campamento maderero te darán todas las que necesites. Ellos proporcionan las herramientas. Eso me consta, porque también yo trabajé en esos campamentos cortando árboles, igual que mi padre, Achille, y su padre, el francés René Sel, antes que él.

—No sabía nada de ese René francés. ¿Es antepasado nuestro?

—Era mi abuelo. Fue asesinado, dicen, por una muchacha que adoptó. Así que ya ves que tenemos sangre francesa. Pero René Sel no trabajó en campamentos madereros. Cortaba árboles para él mismo. Jinot, antes de que te vayas al bosque quiero que viajes con Amboise a Mi'kma'ki y veas a Elise, que veas si está bien, si tiene hijos. No hemos sabido nada de ella. Y quiero que averigües si mi primo Auguste, el hijo de mi difunta tía Noë, aún vive. Siempre andaba metido en líos, y por tanto es posible que haya muerto. Aunque he observado que muchas personas que causan problemas tienen largas vidas. Si está vivo, quiero que venga aquí y se instale con nosotros. Y ve con cuidado. Los bosques y los ríos están llenos de ingleses y americanos en lucha. Mantente a distancia si oyes armas de fuego.

Amboise, muy fuerte y ancho de hombros, y Jinot, agitando los brazos para despedirse de un corrillo de muchachas que, reunidas en el embarcadero, pronunciaban su nombre al unísono, zarparon para recorrer la costa con destino a Halifax, desde donde seguirían a pie hasta la tienda de abastos.

—Tengo un mal presentimiento con respecto a Elise —comentó Amboise—. Si no recuerdo mal, Tonny decía siempre que Mi'kma'ki es un mal sitio. —Llevaba en el bolsillo un pequeño pavo de madera que había tallado mucho tiempo atrás, un objeto que atraía a Elise cuando era pequeña—. He pensado que, si tiene hijos, tal vez les guste jugar con esto.

—Amboise, qué buena idea. Ojalá yo hubiese traído algo, aunque fuese una piña.

La hermana de Kuntaw, Aledonia, flaca y desdentada, les brindó una gran recepción, les señaló a varias personas con el apellido Sel y les dijo que sí, que Auguste aún vivía.

—¿Ése? ¡Mala hierba nunca muere!

Pero Amboise y Jinot vieron que el poblado mi'kmaq era un lugar triste y necesitado, una mezcla de *wikuoms* y cabañas de blancos. Los cañales de anguilas se hallaban en mal estado, y los hombres rara vez se tomaban la molestia de repararlos. Es más fácil comer pan y carne de cerdo de la tienda que capturar anguilas. Luçon Brassua, el marido de Elise, yacía borracho en el barro junto a su *wikuom*, cuya cubierta de corteza rota necesitaba un arreglo. Se compadecieron de Elise, que lloró y les contó que había perdido a una niña de corta edad a quien había puesto el nombre de Bee, por Beatrix.

—Creía que mi matrimonio sería como el de Beatrix y el abuelo Kuntaw, agradable, con risas, ¿entendéis? —Derramó lágrimas de mujer.

Mientras estaban en las tierras desboscadas de lo que antaño había sido Mi'kma'ki, oyeron anécdotas del padre de Kuntaw, Achille el Gran Cazador. Por alguna razón, esas anécdotas despertaron el resentimiento de Amboise.

—¡Siempre el pasado! ¡Todo lo bueno ocurrió hace mucho! Ahora..., ay, ahora... —Entrecerró los ojos—. Elise, si Brassua no se porta bien contigo, debes venir con nosotros.

Les constaba que Brassua no se portaba bien con ella. Con sentimiento de culpabilidad e inquietud, desearon marcharse.

El viejo Auguste había sucumbido a la bebida. Lo encontraron sentado delante del *wikuom* de una de sus nietas; adormilado, cabeceaba y miraba con los ojos entornados cuanto pudiera suceder allí. Cuando le dijeron que eran los nietos de Kuntaw, se animó un poco. Exhalando aliento a ron, esbozó una sonrisa amarga y dijo que Kuntaw había tenido una vida afortunada, a diferencia de él. Habló con voz de viejo, y repentinamente calló, tensando la mandíbula. Allí sentados, se quedaron mirando a los ociosos hombres *mi'kmaq* que rondaban en las inmediaciones de la tienda de abastos como moscas alrededor de la carne. Amboise se sorprendió al ver bañado en lágrimas el rostro del viejísimo Auguste mientras los observaba.

—No tienen nada que hacer. Cuando Kuntaw y yo teníamos esa edad —contó—, estábamos siempre dispuestos a salir de caza o ir a por anguilas, pescado, focas o esturiones. Nos hacíamos los arcos y las flechas, nos hacíamos cuchillos curvos y buenas canoas, tallábamos los remos. Por entonces teníamos juegos de guerra buenos, que no se parecían en nada al combate con armas de fuego contra los extranjeros. Los jóvenes, sí, yo también..., realizábamos valientes hazañas y lo celebrábamos con banquetes y bailes que ya han desaparecido. Y ahora ya veis en qué nos hemos convertido —dijo, y señaló primero a los hombres ociosos y luego a sí mismo. Buscó a tientas la petaca plana bajo el muslo.

—Elise —dijo Amboise—. Vente con nosotros.

Elise metió sus escasas pertenencias en un saco de nabos y, adelantándose a ellos, se echó a correr hacia el embarcadero. Luçon Brassua no estaba presente para retenerla.

—Está borracho con sus amigos —dijo Elise—. ¡Vámonos ya, ya!

—Espera. Debemos ir a por Auguste. Kuntaw quiere que viva en la casa de Penobscot.

Cuando el anciano oyó que debía marcharse con ellos, se levantó temblando. Miró alrededor. Los hombres ociosos se hallaban en torno a la entrada de la tienda de abastos, un perro pulgoso se rascaba. Volvió a sentarse y sonrió ladinamente.

—No. Demasiado tarde. Id vosotros. Yo me quedo.

Por más que insistieron, él se negó.

—Alguien debe quedarse. Yo seré Aquel que Permanece.
Siempre se le había dado bien poner nombres a las cosas.

Con el dinero que les había dado Kuntaw, Amboise pagó los pasajes para el viaje de Halifax a Boston en barco; luego convenció al dueño de un pesquero que iba rumbo a Georges Bank para que diera un rodeo y los dejara en la bahía de Penobscot. Elise les habló muy poco durante el viaje de vuelta, pero cuando el barco llegó al puerto donde tenían su hogar, respiró hondo y dejó escapar el aire. Beatrix, que los vio acercarse desde el embarcadero, abrió de par en par la puerta de la casa. Le bastó con echar una mirada a Elise y ver los moretones desvaídos y los ojos empañados para comprenderlo todo. Abrió los brazos.

—Gracias a Dios que has vuelto con nosotros, mi pobre Elise. Ahora ya estás a salvo en casa.

—Madre —exclamó Elise.

Beatrix la abrazó y las dos sollozaron. Amboise y Jinot se miraron; nunca habían visto llorar a Beatrix.

—Cosas de mujeres —masculló Amboise. Le escocían los ojos—. Salgamos.

Aunque Jinot quería quedarse con Elise y Beatrix, siguió a Amboise.

el doctor Mukhtar

—¿Qué me pasa? —preguntó Beatrix al perro de Elise, *Ami*, una criatura lobuna incapaz de quedarse indiferente ante los puercoespines.

El perro, encogiéndose al percibir el tono iracundo de ella, bajó la vista al suelo. En los últimos meses, un dolor retorció el vientre a Beatrix; era como un cangrejo que acudía por la noche a pellizcarle las entrañas con sus pinzas. Algunos días Beatrix trajinaba como de costumbre: enseñaba a leer y escribir a un niño de la aldea, preparaba elaboradas comidas para Kuntaw, que él rechazaba. Sólo quería las austeras comidas de su infancia.

A Kuntaw se le había abierto una nueva puerta: como guía para blancos en expediciones de caza y pesca. Todo empezó cuando un bostoniano, el señor Williams, acudió a él y le dijo que quería cazar en los bosques de Maine y necesitaba un guía; le pagaría. Kuntaw conocía el bosque, los arroyos y los lagos de sus tiempos en los campamentos madereros. Así que viajaron los dos al norte, primero en tren, luego en calesa, por último en canoa. El señor Williams regresó a Boston sucio, lleno de rasguños, con los ojos enrojecidos a causa del humo de las fogatas, más delgado y más ágil; se sentía como un recio leñador. Había pescado más de cincuenta truchas en un solo día, y habló de su taciturno guía *mi'kmaq* a amigos envidiosos. No sólo eso. A raíz de la guerra por la independencia, la idea de libertad se había vinculado con un país de agrestes bosques. Los americanos se veían como *homines sylvestris*: hombres del bosque.

Kuntaw trabajaba incansablemente en este extraño oficio; acarreaba los bultos y la canoa, abría senderos a machetazos en zonas de píceas jóvenes, y en el campamento construía el cobertizo, cortaba leña y encendía la fogata, preparaba las comidas a base de gachas de maíz, truchas, carne de caza sazónada sólo con hebras de jengibre y ajo silvestres. Pronto dispuso de clientes asiduos que querían cazar alces y caribús, hombres blancos que convertían esos viajes en relatos de aventuras viriles.

Kuntaw tenía la impresión de haber dado con la ocupación más extraña del mundo: ayudar a hombres a disfrutar de unas «vacaciones», hombres que desconocían los bosques esquilmados, que desconocían las canoas y el manejo de los remos, que desconocían las señales de la meteorología y las plantas, la forma de encender una fogata. A veces lo sacaban de quicio. El juez James, a quien los demás trataban con deferencia, dijo:

—Vosotros los indios lleváis una buena vida. Os pasáis el tiempo cazando y pescando, y dejáis el trabajo a las mujeres. —Se echó a reír.

Kuntaw no dijo nada en ese momento, pero más tarde, mientras fumaba una pipa con Ti-Sabatis, otro guía con quien a veces coincidía en el embarcadero, dijo:

—Los blancos no se dan cuenta de que ése era justamente nuestro trabajo. Para ellos, la caza y la pesca son sólo un juego. Nos consideran holgazanes porque sólo «jugamos».

Ti-Sabatis esbozó una sonrisa.

—Estos hombres no saben nada del bosque, pero pagan bien. No sé de dónde sacan todo ese dinero, pero deduzco que son muy hábiles en algo.

—Ésa era nuestra vida, y la vivíamos, pero no era tan fácil como creen los blancos. —Aun así, disfrutaba de esas expediciones.

Con la enfermedad, Beatrix ya no era la mujer hermosa y enérgica de larga melena a lomos de un caballo alazán. Habían gozado de muchos años de felicidad, pero ahora ella era vieja, como lo era Kuntaw. Estaba enferma, y la enfermedad lo asustaba. Kuntaw quería volver atrás, convertirla en la Beatrix de antes. Le llevaba tazas de té. Ella bebía muy muy despacio, le sonreía y después vomitaba. Precisamente ahora, cuando Beatrix más lo necesitaba, él

se apartaba de ella. Kuntaw no podía evitarlo. Sus sentimientos habían empezado a cambiar años antes, cuando llegó Tonny con sus tres hijos, trayendo consigo la antigua vida mi'kmaq. En su vergüenza por haber abandonado a Tonny y Malaan, Kuntaw comenzó a ver a Beatrix como Otra. Esa sensación siempre estaba presente, incluso cuando estaban a gusto juntos y en compañía de sus hijos. Algo dentro de él, como un redoble de tambor lejano, decía: «Ella no es mi'kmaq». Él no la había convertido en india. Había traicionado a su pueblo al dejar a Malaan y Tonny por ella. Había traicionado a Beatrix al ser incapaz de hacer realidad su deseo. Cada primavera, cuando se preparaba para marcharse con un bostoniano a aquellas expediciones de pesca, le complacía un poco más alejarse de la casa de Beatrix, adentrarse de nuevo en el bosque.

Los días buenos de Beatrix eran cada vez menos frecuentes; el dolor, después de una tregua, siempre regresaba aparentemente revitalizado y roía a su víctima con más saña. Si Elise le llevaba caldo de bacalao, ella sorbía unas gotas de la cuchara y después vomitaba. Los intestinos no le respondían, tenía el rostro enjuto y demacrado, los brazos y las piernas como juncos; el traicionero estómago, en cambio, se le hinchó hasta alcanzar proporciones enormes. El dolor era del tamaño de un castor, e hincaba sus afilados dientes amarillos de castor.

Elise lavaba las sábanas que Beatrix ensuciaba y las tendía para que el viento frío procedente de la bahía las purificara. Guisaba para ella y para Kuntaw; siempre tenía caldo en ebullición para Beatrix, que ella a menudo no podía tragar. Elise sabía poco de hierbas medicinales y acudió a Kuntaw.

—Abuelo Kuntaw, Beatrix está enferma desde hace seis lunas, y no sé cómo aliviarle el dolor. Va a más. No come nada. ¿No conoces a algún curandero que entienda esta enfermedad?

Pero Kuntaw negó con la cabeza.

—En Mi'kma'ki quizá todavía quede alguno, pero aquí no. Ella querrá un médico blanco.

—Eso si el médico accede a venir —apuntó Elise—. He oído que es un hombre altivo y dice que sólo atiende a blancos.

—Bueno —respondió Kuntaw—. El padre de Beatrix era blanco. Tenía amigos médicos. Quizá ya estén todos muertos.

Kuntaw pasó un incómodo cuarto de hora con la enferma y le sonsacó los nombres de dos médicos. El primero, el anciano doctor Woodrit, envió un mensaje para explicar que tenía una larga lista de pacientes y no podía ir. El segundo, el doctor Hallagher, un irlandés recién llegado a la bahía de Penobscot, visitó a Beatrix, la examinó y habló con ella durante un rato. Cuando salió de la habitación de la enferma, se sentó junto a Elise y movió la cabeza en un gesto de negación.

—Conoce muchas palabras largas, esta ind..., esta señora. Creo que tiene una enfermedad grave, y recomiendo llamar a cierto médico de Boston con grandes conocimientos, el doctor Mukhtar, para ver si accede a venir. Tiene mucha experiencia con... con enfermedades del estómago. De este tipo.

Elise deseó preguntar cuál era «este tipo», pero se limitó a mirarlo con una expresión suplicante en los ojos oscuros.

Hallagher observó a la mujer, muy tensa, y prosiguió:

—Es extranjero, y no actúa igual que nosotros..., que vosotros, pero tiene grandes conocimientos en medicina. Si alguien puede hacer algo... —Prometió escribir personalmente al doctor Mukhtar para intentar convencerlo de que acudiera a la casa de la bahía de Penobscot. Elise cambió de semblante por un momento y le sonrió: era la sonrisa pícaro de los Sel.

Cuando Kuntaw se enteró de todo esto, expulsó el aire entre los dientes con un sonido sibilante parecido al de un animal furioso, encolerizado por su propia impotencia, y salió. No soportaba ver sufrir a Beatrix.

El doctor Hallagher regresó una tarde entre semana al cabo de diez días, resplandeciente de tan limpio y recién mudado, con la esperanza de encontrar a Elise sola. Pero Kuntaw también estaba allí, aprestando sus pertrechos de guía para emprender otra expedición a Maine.

Kuntaw asintió una y otra vez cuando el doctor Hallagher anunció que el médico de Boston —Mukhtar— estaba a punto de llegar para examinar a Beatrix. Realizaría el arduo viaje. Pero, añadió el irlandés, Kuntaw no debía

hacerse ilusiones con respecto a la curación. La enfermedad de Beatrix era grave. Kuntaw asintió, y acto seguido planteó una pregunta brutal:

—¿Cuánto tiempo le queda de vida?

Hallagher, tartamudeando, contestó que no lo sabía, que Dios decidiría, que tal vez el doctor Mukhtar pudiera dar una respuesta a eso, pero él..., no, él no podía. Se marchó sin tener ocasión de pasar unos minutos a solas con Elise.

Era una tarde fresca de otoño cuando el doctor Mukhtar llegó a lomos de una yegua negra árabe que había despertado la admiración de cuantos la vieron a lo largo de todo el camino desde Boston. Mientras retiraba las alforjas, Elise salió y dijo que podía llevar la yegua al prado de los caballos o meterla en el establo, lo que prefiriera. El médico eligió el prado, con sus arces frondosos y su arroyo cantarín. Era un hombre menudo y fibroso de rasgos extranjeros, ojos negros acuosos, y una nariz semejante al pico de un cernícalo. Elise pensó que su rostro moreno tenía algo de aterrador, incluso de demoníaco, y su voz era un tanto áspera pero de tono amable. Un poco a su pesar, lo invitó a entrar en la casa.

Nada más poner los pies en el vestíbulo, el doctor Mukhtar percibió la fetidez en el ambiente y supo con qué iba a encontrarse. Elise lo llevó primero al aula, donde Beatrix siempre atendía a los visitantes, y le sirvió una taza de té. El médico dejó las alforjas en la enorme mesa de pino. Hizo muchas preguntas a Elise, le pidió que le enseñara las sábanas que Beatrix había ensuciado y las examinó con detenimiento. Miró a Elise con sus ojos relucientes de extranjero.

—¿Cuenta usted con la ayuda de alguna otra persona? Está delgada y se la ve muy cansada. Cuidar de alguien con un cáncer de estómago avanzado es agotador. Tenemos que encontrar a alguien que la ayude.

Elise se sorprendió al oír el nombre de la enfermedad de Beatrix y supo al instante que tendría un desenlace fatal. A eso siguieron las preguntas del médico; nunca le habían hecho tantas. El doctor quería saberlo todo sobre Beatrix, sobre Elise, Kuntaw y la familia, sus circunstancias, cómo acabaron viviendo en esa casa; incluso preguntó qué comían, y asintió como si ya lo supiera cuando Elise le explicó que Beatrix tenía debilidad por las carnes

ahumadas en la chimenea. Resultaba desconcertante que aquel hombre tuviera tantas preguntas que hacer. Lo vio recorrer el aula con la mirada. Las dos tazas de porcelana se veían pequeñas y frágiles en la amplia superficie de madera de la mesa.

La casa de la bahía de Penobscot había sido siempre la gran posesión de Outger y Beatrix. Pero Outger se había marchado y ella se había quedado. Ahora otras personas construían por toda la bahía casas más grandes con las fachadas laterales revestidas de tablas y pintadas. La gran casa de troncos de Charles Duquet se había convertido en una presencia ofensiva y en decadencia que los colonos blancos describían despectivamente como «la tienda india de madera». Cuando por fin ella vendió la madera en pie de la finca, la casa, ennegrecida por el paso del tiempo, se alzó allí en medio, desnuda y decrepita.

Ya sin árboles, Beatrix vio el deterioro de la casa. El tejado y los alféizares no aguantaban más, y cuando ella enfermó, los últimos grandes pinos de su parcela de bosque sirvieron para pagar las reparaciones. Kuntaw sencillamente no se daba cuenta de esos defectos; aquello era una casa, una casa grande e inamovible.

Elise llevó al doctor Mukhtar a la habitación de la enferma. Bajo la única ventana se apilaban en una mesa los libros que Beatrix leía cuando aún no le resultaban demasiado pesados para sostenerlos. Él se fijó en los títulos y luego se sentó junto a la cama en una silla de palisandro con una pata agrietada. La mujer, febril y consumida, dormía inquieta, con la respiración rápida y poco profunda. Él la miró con atención. De pronto ella gimió y abrió los ojos.

—¿Estoy ya en el infierno? —preguntó en un susurro al posar los ojos en el médico.

El doctor Mukhtar entendió de inmediato que ella, despertada por el dolor, lo había tomado por el diablo.

—No, señora —respondió—, aunque quizá lo parezca. Permítame que me presente y trabajemos juntos para ver cómo puedo ayudarla. Pero tengo la impresión de que ahora mismo no es capaz de mantener una conversación

racional a causa del intenso dolor. Iré, pues, a buscar un sedante que la aliviará durante un rato.

Fue a donde había dejado sus alforjas y regresó con un frasco negro y una cucharilla.

—Abra la boca y trague, por favor.

—Vomitareé —dijo ella.

—No, no vomitará. Se calmará y el dolor desaparecerá. Durante un rato. Abra. —La observó tragar dolorosamente, entre arcadas. La sostuvo erguida hasta que ella empezó a sentirse mejor.

Al cabo de unos minutos Beatrix, jadeando de alivio, miró al doctor Mukhtar.

—Oh —dijo—. Ay, qué maravilla. Gracias.

—El dolor volverá, pero debemos combatirlo de todas las formas posibles.

Le examinó las piernas, le palpó el enorme bulto del estómago. Le preguntó si era capaz de comer algo; cuánto tiempo hacía que le costaba tragar; si vomitaba sangre; si había observado restos de sangre, negra y granulosa, entre las heces; si a menudo tenía sensación de ahogo. En medio de una respuesta, ella volvió a quedarse dormida, pero ahora su respiración era profunda.

Cuando despertó de nuevo, una luz tenue bañaba la habitación. El doctor Mukhtar seguía sentado en la silla, su rostro moreno oculto en la penumbra, su ropa negra fundida con la sombra añil de la silla. El dolor de Beatrix seguía a raya, y eso lo complació.

—Sé que mi muerte se acerca —dijo Beatrix—. ¿Qué me pasa? ¿Volverá pronto el dolor? ¿Cuánto...? —Su voz se fue apagando.

—Tiene usted un cáncer de estómago, pero, además, muchos fluidos en el estómago; con esto último puedo ayudarla, aunque también eso, como el dolor, volverá. Es una batalla, señora Beatrix, una batalla que a estas alturas ya no puede usted ganar. Quizá un mes más, quizá dos. Haré todo lo que pueda para mitigar el dolor. ¿Me permite que me quede aquí? Su hija, Elise, necesita descansar, y yo debo estar cerca de usted para atenderla. No se preocupe, he traído elixir suficiente para procurar alivio a varios elefantes durante una década.

—Quiero morir —dijo ella—. Quiero acabar con el dolor, acabar con esta vida.

Pero eso no era del todo cierto. En el transcurso de las siguientes seis semanas, Beatrix desarrolló hondos sentimientos hacia el doctor Mukhtar, con quien hablaba de libros e ideas, de lugares que había imaginado pero nunca había visto, de paz y tranquilidad, de caballos, porque Mukhtar sabía mucho de estos animales. Proporcionaba placer a Beatrix pensar en caballos al galope, sus sedosas crines agitándose al viento. Al principio era el médico quien hablaba mientras ella escuchaba, medio dormida, medio muerta. El elixir para el dolor perdió efectividad, y él probó con otro. Kuntaw entraba de vez en cuando, pero Beatrix no podía mirarlo con ojos afectuosos, ni él a ella.

Dirigiéndose al doctor Mukhtar, Beatrix dijo:

—Mi padre me contó una vez que tragar lagartos guatemaltecos curaba esta enfermedad.

—Eso no es posible. Se atribuyen propiedades curativas a los lagartos guatemaltecos porque son muy poco comunes en Boston y sus alrededores. También podría pensarse que la leche de unicornio es curativa. No hay curación posible. Cuando la enfermedad se resista a todo lo que tengo, le daré un somnífero que proporciona infaliblemente el alivio final.

El médico entraba cada mañana, abría la ventana, chirriante a causa del marco alabeado, y le administraba el venturoso elixir. Desde la cama, Beatrix contemplaba el cielo y veía una nube fina como un hilillo de crema derramada sobre satén azul. En las horas en que el dolor le daba un respiro, empezó a hablarle con voz ronca, a veces en susurros cuando no le salían las palabras a causa de la irritación de garganta.

Le habló de su infancia solitaria, de las obsesivas enseñanzas de Outger, sus libros y más libros, de su promesa de que cuando ella cumpliera dieciséis años la mandarían a Europa para «acabar de pulirla», probablemente a Suiza, que estaba de moda, cosa que nunca sucedió, como solía ocurrir con las promesas de Outger. Le describió la enemistad de los Duke, que hicieron como si ella no existiera después de sus fallidos intentos de arrebatarse la gran mesa de pino. Le habló de Kuntaw y sus años felices, de sus hijos, Francis-

Outger y Josime, de Tonny y los nietos, ahora adultos; pero siempre volvía a Outger y las horas que dedicó a inculcarle el latín y el griego, a asignarle lecturas, sus conversaciones sobre teorías e inventos.

—Ahora me doy cuenta de que toda su pedagogía era un experimento — dijo.

Mediante los libros y la instrucción, pretendía convertirla en algo semejante a un blanco erudito, como él mismo. Después de marcharse a Leiden, esa instrucción prosiguió en forma de cajas de libros, papeles, largas cartas con consejos y órdenes durante muchos años, pero Beatrix comprendió paulatinamente que ella en sí misma no era objeto de afecto: para Outger no era nada más que un sujeto en el que poner en práctica sus ideas sobre el desarrollo intelectual. De algún modo ella no había logrado convertirse en una Salvaje Ilustrada, y por tanto se quedó sola en la casa de la bahía de Penobscot. Cuando la soledad se convirtió en atroz frustración, empezó a buscar a alguien que la ayudara a convertirse en india. Kuntaw había llegado a su casa para partir leña y se había quedado allí muchos años. Habían concebido hijos juntos.

—Pero no pude convertirme en india —dijo con tristeza.

—Claro que no —declaró el doctor Mukhtar—. Existe un mundo de signos, símbolos y espíritus que debemos asimilar desde que nacemos. No cabe que alguien comprenda los significados de todo eso salvo que haya convivido con ello toda su vida.

Beatrix sólo podía expresar afecto, explicó al doctor Mukhtar, cuando enseñaba, cuando ofrecía libros como prueba de su amor. Al anochecer, el médico, agotado de escuchar, se levantaba para retirarse a su habitación, en el piso de arriba, y apagaba la vela, y ella le rogaba que dejara las cortinas descorridas y la ventana abierta. Cuando él cerraba la puerta suavemente, ella podía contemplar la luna, una yema de huevo con vetas de color rojo sangre rodando en la cáscara del cielo.

En su última semana de vida, Beatrix concibió la ilusión de que se hallaba suspendida en un cuenco de agua inmenso. Al principio era tan fácil respirar el agua como si fuese aire, pero poco a poco, a medida que la masa

de su estómago fue presionando los pulmones, esa agua pasó a ser viscosa como miel vieja. El cuenco se parecía a la amasadera de loza amarilla donde ella trabajaba la masa del pan. De vez en cuando asomaba a la superficie y veía a lo lejos el pálido contorno del cuenco. Algunos días el agua era límpida y no ofrecía resistencia; otros, la traspasaban poderosas corrientes anaranjadas de dolor. Bajo el agua estallaban tormentas, y entonces ella intentaba contraer las piernas para proteger de los rayos su vientre palpitante.

El doctor Mukhtar intentó de muy diversas maneras hacerle más llevadero el último tramo de su existencia en declive. Francis-Outger, que vivía a menos de dos kilómetros de allí, acudía a diario con ramitas de balsamina para que el aroma tonificante del bosque purificara el aire de la habitación de la enferma. Le llevaba también enebrinas, y el doctor Mukhtar las trituraba. Su perfume seco y acre arrancaba una sonrisa a Beatrix, más mueca que sonrisa, pero no podía pedirle más. Murió en medio de este cordial de fragancias. Cincuenta y dos años extraños, para de pronto enamorarse en el lecho de muerte.

Francis-Outger dijo:

—Iré al campamento de Josime para avisarle. A lo mejor sabe dónde trabaja Amboise ahora, a lo mejor sabe dónde está Jinot. ¿No te han dicho ellos en qué campamentos están?

—Jinot escribió para preguntar si estábamos todos bien, pero no le he contestado porque no he tenido ni un momento. Dijo que trabajaba para un canadiense, un tal Marchand. En el norte. En cuanto a Amboise, no lo sé.

Kuntaw se había preparado para resistir el dolor de perder a Beatrix. Había perdido a Tonny, había perdido a Malaan. Había perdido a Beatrix. Se había perdido a sí mismo. Convirtió sus sentimientos de dolor en rechazo; se dijo que había desperdiciado los años que había pasado en compañía de Beatrix. Ella no era india, sino una blanca excesivamente instruida en el cuerpo de una india. Durante sus años juntos, él se había convertido en un hombre débil y desvalido. Con todo, sabía que podía recuperar la fuerza

perdida, porque se sentía joven pese a sus sesenta y cuatro inviernos, aunque quizá no tan joven como para bailar y hundir los pies en la tierra hasta las rodillas a cada poderoso paso.

Se iría al norte, donde aún quedaba bosque semisalvaje. Pensó en cómo había vivido su pueblo antes de establecerse en la costa; pensó en Achille, su padre, con el gran oso muerto a las espaldas, que debía de pesar doscientos kilos. Él, Kuntaw, no podía acarrear un oso adulto, pero podía vivir como antiguamente, a pesar de que ahora los árboles del bosque eran simple mercancía, mercancía de los blancos. Los blancos miraban los árboles y sólo veían material para construir casas-jaula de paredes planas o barcos. Kuntaw quería conocer otra vez los árboles como los conocían los hombres de antaño.

Un año antes de la muerte de Beatrix, Kuntaw había matado un alce — porque aún quedaban unos cuantos alces para aquellos que sabían buscarlos— y se había confeccionado una chaqueta *mi'kmaq* como era debido. Nunca había sustituido los *mkisn* engrasados por el calzado del hombre blanco. Tenía su capa de castor y unos zahones de piel de ciervo, dúctiles y silenciosos cuando avanzaba entre la maleza. Y ahora, muerta Beatrix, se iría a los bosques septentrionales y montaría un campamento para dos personas, tal como hacía para sus clientes, pero no habría cliente. Lo tendría todo para dos personas: ropa, mantas; prescindiría de los cacharros metálicos de hombre blanco, porque echarían a perder la magia del campamento. Guisaría para dos personas, y pondría el plato para Aquella Que Vendría. En su día había creído que Beatrix era Aquella Que Vendría, y sin duda ella había creído lo mismo con respecto a él.

Reparó sus arcos e hizo flechas nuevas. Viviría entre los árboles hasta que apareciera Aquella Que Vendría, y sabía que al principio sería como las sombras de las hojas en movimiento, solidificándose cada vez más hasta el día en que aceptara el otro juego de ropa y se mostrara ante él tan firme y real como un árbol. Cazarían juntos, como compañeros del alma, y él, Kuntaw, compartiría el poder mágico de su nueva amiga. Sería fuerte otra vez. Volvería a ser un *mi'kmaq*.

hacheros y gancheros

A sus diecisiete años, Jinot Sel tenía un rostro de expresión risueña y a la vez disoluta, mejillas carnosas, labios finos y curvos, párpados caídos. Su cabello espeso y elástico parecía el pelaje de un oso, y su semblante denotaba la avidez de un visón. Era de movimientos ágiles, como su abuelo Kuntaw. No sólo las muchachas y las mujeres deseaban sentarse a su lado, sino que también se fijaban en él los hombres maduros, y de una manera peculiar.

Después de pasar un año trabajando de desbrozador y desramador en un campamento ruinoso de Penobscot, fue contratado por Simon Marchand como hachero y ganchero. El campamento se hallaba a orillas de un afluente del caudaloso Penobscot. Marchand, un subcontratista, había adquirido una parcela de bosque con árboles viejos y enormes que la mayoría de los madereros consideraban demasiado grandes; además, se hallaba en la ladera de una sierra poco accesible, surcada de numerosas quebradas, y su explotación difícilmente podía salir a cuenta.

—Ni mucho menos —decía Marchand al respecto—. En mi opinión, tenemos mucho camino por delante: tardaremos dos temporadas en talar esos árboles viejos. Luego para llevarnos esos gigantones bastará con abrir un buen camino de saca y usarlo como pista de hielo. El tronco más grande del mundo se desliza perfectamente por una pista de hielo. Es todo un espectáculo.

Marchand parecía haber sido antes en la vida un fresno, descortezado, raspado y reducido a fibra nervuda. Sus ojos de párpados caídos resplandecían. Un círculo de áspero vello rojo ascendía desde su pecho y le

rodeaba el cuello. Era un hombre terco de Maine que había medrado y seguía medrando.

Temeroso de Dios, Marchand no permitía que en el campamento se blasfemara. «Debéis saber que el hombre que lanza esos juramentos será juzgado.» Mencionaba decenas de ejemplos de hombres que habían proferido maldiciones e indefectiblemente habían muerto aplastados, ahogados, congelados, descuartizados, traspasados por una rama y abrasados. Todos los leñadores conocían situaciones como éstas. Y por consiguiente en los campamentos de Marchand se oían imprecaciones como «¡Por vida del chápiro verde!», «¡Mecachis!», «¡Demontres!», «¡Pardiez!». Jinot mantenía un silencio sagrado.

Como la mayoría de los campamentos, el de Marchand parecía provisional. La cocina y el comedor se hallaban comprimidos en el extremo norte del barracón. Ladera abajo había una tosca boyera. Incesantemente iban y venían hacheros de camisa roja, hombres del norte y pescadores de la costa, llegados de Irlanda, de Nueva Escocia, del Canadá inglés, algunos del Canadá francés, indios de San Francisco, passamaquoddy y mi'kmaq, y hombres de la isla del Príncipe Eduardo, y a veces alguno de costas extranjeras. Siempre había dos o tres quebequeses que huían de la empobrecida vida del *habitant*. Eran tantos los cauces que serpenteaban a través de la frontera entre Maine y Quebec que los hombres cruzaban libremente esa línea desconocida: un lugar que podía ser lo que uno quisiera que fuese.

En el campamento maderero formaban una fraternidad del hacha. Los unía una especie de orgullo por el trabajo excesivo y arriesgado. Se levantaban antes del amanecer, roían cecina de cerdo fría y bebían a tragos té muy caliente; luego iban a la zona de tala con sus hachas afiladas y sus pensamientos íntimos. Regresaban al barracón ya casi de noche en busca de otro trozo de carne de cerdo y un potaje aguado de alubias; después se sumían en un sueño comatoso hasta que los despertaban los maullidos inarticulados del cocinero, tan a oscuras que no se veía, tan a oscuras que no se podía talar, y aguardaban hasta que hubiera un mínimo de luz. Permanecían en medio de aquel frío quieto e implacable, protegiendo la hoja del hacha bajo el

chaquetón, en la axila, para impedir que el acero se helase, en espera de la luz, un frío tal que se notaban rígidos los arcos ciliares, endurecidos por el hielo los pelos de la nariz.

No había camastros, sólo el suelo de tierra, humedecido por el jugo de tabaco y las sobras de comida pisoteadas; contra una pared se extendía una larga manta grasienta con la que se tapaba una hilera de hombres infestados de piojos. Por la noche oían a la carcoma roer los troncos. Si la lluvia caía oblicua y entraba, la manta se empapaba, y para secarla se requería una semana de calor corporal colectivo.

Después de la maderada de primavera, casi todos ellos se pulían el sueldo en los bares y burdeles del pueblo más cercano, instalados también en barracones de troncos. Luego rondaban de aquí para allá hasta que algún contratista aparecía en busca de mano de obra nueva. Este llamamiento a la destrucción se ajustaba a sus intereses: no había otra opción de trabajo, no tenían nada que perder más que la vida, pero eran jóvenes e inmortales, y si uno era rápido, mantenía a raya el peligro y estaba a salvo. Unos cuantos trabajaban para Marchand todo el año, hacheando en invierno, conduciendo maderadas en primavera, serrando en los aserraderos en verano. Jinot trabajó con el hacha y en la conducción de maderadas ese primer año; probó en el aserradero, pero después de unos días de serrín y ruido, volvió a la casa grande para atiborrarse de anguilas y productos frescos de la huerta y solazarse con las atenciones de Beatrix y Kuntaw. Después, con las primeras heladas del otoño, regresó al campamento.

Como la mayoría de los patronos madereros, Marchand asignaba el trabajo en el río a los indios y los *métis*. Los indios eran los mejores gancheros para las maderadas de largo recorrido. Gracias a sus buenos reflejos y su sentido innato del equilibrio, afirmaba él, eran ágiles sobre los troncos en movimiento. «Esos hijos de puercoespín nacidos en una canoa», decía Marchand, quien se describía a sí mismo como mitad francés, mitad maliseet, mitad penobscot y mitad escocés, y que, como hombre al doscientos por ciento, poseía no poca destreza natural sobre una chalupa. Llegado el

momento de la conducción de maderadas en primavera, casi todos los hacheros regresaban a sus granjas y dejaban a Marchand y los indios a cargo del río y su manto de troncos veloces, proclives a amontonarse.

Ya desde la primera temporada, Jinot encajó bien en esa vida. En el extremo norte del barracón, Peter el cocinero y su ayudante Panette preparaban carne de cerdo, gachas de harina de maíz fritas y judías pintas, patatas, pan, ternera cocida y puré de nabos; Jinot se relamía con todo. A última hora de la tarde, antes del regreso de los hombres, el cocinero sacaba un barreño de agua con un cucharón. Todos los hombres mascaban tabaco y, después de beber, dejaban el cucharón de nuevo en el barreño. Una fina película de saliva con sabor a tabaco se extendía por la superficie del agua. Jinot probó el cucharón una vez y después se talló un cubilete de madera, que llenaba de agua limpia del arroyo.

—¿Qué pasa? —dijo Panette con tono amenazador—. ¿El agua vulgar y corriente no es buena para un indio mugriento? ¿Necesitas tu propia agua especial?

—No bebo agua con sabor a tabaco.

—¿Cómo que no? —replicó Panette—. Te protege de las lombrices.

Y calló, pero a la mañana siguiente apareció una mascada de tabaco en el plato de alubias de Jinot, y su café sabía a tabaco... y a algo peor. Dejó el plato y, con una seña, indicó al cocinero que lo acompañara afuera.

—¿Qué crees que puedes hacer al respecto, indio? —preguntó Panette, brincando de puntillas para recordar a Jinot que era un conocido púgil en los cuadriláteros de las cantinas. Eso admitía una única respuesta: Jinot flexionó las rodillas y acto seguido, sin tomar carrerilla, saltó a gran altura y golpeó a Panette con los talones en el pecho. Cuando el cocinero cayó, lo pateó y pisoteó desde la cabeza hasta los dedos de los pies.

Todo sucedió muy deprisa, y los leñadores tuvieron la sensación de que se les había privado de una buena pelea, pero el cocinero contó los detalles, y en adelante Jinot observó que los demás le dejaban más espacio. Dormía con el hacha bajo la piel de marta enrollada que él y su amigo Franceway utilizaban a modo de almohada.

Por las noches, los hombres se quedaban sentados en el banco de respaldo alto, con la mirada fija en las llamas, los brazos apoyados en los muslos y las manos colgando; mascaban tabaco y fumaban, conversaban y sus vidas surgían de sus relatos tal como las mariposas dejan atrás sus crisálidas. La primera noche con una cuadrilla nueva en un barracón se caracterizaba por la cautela, y los hombres se medían entre sí: de dónde eran, quién tenía un violín o una armónica, quién era el necio insoportable, quién conocía alguna canción nueva, quién sabía contar historias, quién tenía vis cómica, en qué ríos habían trabajado los demás, qué había visto cada uno de ellos en sus tiempos en el bosque. Había cinco o seis buenos cantantes, y un montagnais menudo y flaco como una tralla, de cuello descarnado como el de un niño, a quien llamaban Franceway, que captó la atención de todos con su voz lastimera y afinada. Franceway y Jinot estaban juntos desde el día que se vieron por primera vez. Franceway conocía canciones que casi nadie había oído antes, como la de «El muchacho rijoso del barracón», y cuando cantaba su versión de «La mujer de Roy», alteraba ligeramente la letra para insinuar lascivia y orgullo herido. Aquellos que sólo sabían graznar y bramar lo escuchaban. Era desramador y gancho, diestro y elástico. Tenía unos ojos muy oscuros, que le brillaban profundamente concentrados cuando afilaba el hacha. A menudo cantaba mientras trabajaba, casi siempre viejas canciones, pero de vez en cuando alguna que él mismo componía, en las que ensalzaba actos de heroísmo en el río o describía accidentes, o incluso los platos más imaginativos del cocinero, como la tarta de cerezas hecha de ciruelas secas.

A finales de noviembre el invierno arreciaba. Después de cenar en silencio, algunos hombres se acostaban y dormían, pero la mayoría se quedaban mirando el fuego.

Un ex marinero cercano a la cincuentena, que había perdido una ceja, era uno de los cuatro hombres del campamento que sabían firmar con su nombre. Según contaba, había navegado por mares lejanos a bordo de cincuenta barcos en su juventud, y había visto elefantes y esclavos encadenados antes de empuñar el hacha.

Sash era el más bajo; siempre hablaba con voz monótona sobre su lugar de origen y sus numerosos parientes muertos, casi todos ahogados.

—Y la primavera siguiente, Sis resbaló en la orilla del río y se ahogó —
contó Sash—. Ahogarse es el mal de nuestra familia.

—Tú serás el próximo —dijo alguien en voz baja, y Jinot se estremeció.
Ahora eso estaba destinado a ocurrir.

Sam Keyo y sus hijos, Ted y Tom el Hediondo, abandonaban su granja
cada invierno e iban al bosque a por dinero contante y sonante. Sam dejaba el
arduo trabajo agrícola a los hijos mientras él peinaba los bosques con sus
perros. Según contaba, el primer año que pasó en sus tierras cazó noventa y
cinco ciervos y dieciocho osos, y cayeron en sus trampas once lobos, seis
pumas y «una cantidad tremenda de las más diversas alimañas». Era uno de
los que odiaban a los indios en el campamento, y Jinot se mantenía a distancia.

Su hijo Ted Keyo dedicaba los domingos a recoger resina y nudos de
píceo. Un nudo de grano muy retorcido le proporcionaba cincuenta centavos en
el pueblo, y servía para fabricar un excelente mazo que jamás se partiría.
Después de una semana de duro trabajo, a su hermano Tom le quedaba energía
suficiente para colocar trampas en la oscuridad el sábado por la noche y
comprobarlas al día siguiente por la tarde. Apestaba más que nadie en el
campamento: el suyo era una especie de hedor acre animal, procedente de las
trampas.

Uno de los que trabajaban en silencio era Op den Ool, que se mantenía al
margen de los demás, al fondo de la boyera, donde se había confeccionado un
lecho de paja. Los bueyes eran su compañía. Al final del día les retiraba el
hielo de las patas peludas y después les daba friegas con un linimento
preparado por él mismo a base de hierbas medicinales, grasa de oso y
pigmento de ocre rojo triturado. Todo el mundo reconocía a sus animales de
patas rojas a un kilómetro de distancia.

Todos sabían que el trabajo en el río era el más peligroso. En las
márgenes se erigían innumerables cruces de madera. Por eso el patrón dejaba
esas labores a los indios. «Después de cada maderada, si te paseas por la
orilla, encontrarás indios flotando en los remansos. Se ahogan igual de bien
que los blancos.»

Las hernias, los esguinces, las fracturas de brazos y piernas, las rótulas aplastadas formaban parte del trabajo, y la posibilidad de morir destrozados pesaba sobre los hombros de todos ellos por más que desafiaran a la muerte con floreos. Los jóvenes tenían estilo y, conscientes de ello, se pavoneaban de aquí para allá con sus pantalones recortados por debajo de la rodilla, sus camisas rojas y sus garbosas gorras. «Una vida corta y una canción lastimera», dijo Byers cuando a Sash le quedó el pie atrapado entre unos troncos que rodaron por la rampa de descarga y cayeron al río, en cuyas aguas el hombre siguió al resto de su familia. Rescataron el cadáver al día siguiente, lo metieron en dos barriles de harina y lo enterraron.

—Supongo que ahora ya tiene bastante polvo para galletas —dijo Byers, porque Sash era conocido por su tendencia a ventilarse las galletas, y cuando metieron sus piernas en el primer barril cayó de las duelas una lluvia harinosa sobre el pantalón mojado, mezclándose con la sangre de las piernas aplastadas. Franceway entonó una canción lastimera, y la cadencia solitaria de su voz iba destinada tanto a Sash como a todos ellos.

Después de la tala, Marchand dividía en grupos a los gancheros. Los más importantes eran los hombres de aguas remansadas, quienes, armados de bicheros de siete metros de largo, manejaban los troncos como si se tratara de vacas bravías. En general, destrababan los maderos atrancados valiéndose de un bichero provisto de un gancho irritantemente movible en la punta, que proporcionaba agarre suficiente para desplazar los troncos. Se pasaban el día corriendo y saltando, cabalgando sobre los maderos encabritados, moviéndose a tal velocidad que parecían bailar sobre la espuma del río, haciendo equilibrios, incluso en los rápidos.

—Tú —dijo Marchand a Jinot, y señaló con el pulgar en dirección a las chalupas.

El río oscuro estaba salpicado de hielo sucio, y en medio del cauce asomaban rocas resplandecientes como carbón recién extraído. La corriente borboteaba y bullía, formando olas en la parte frontal de los peñascos y

rombos de agua quieta en la parte de atrás, donde antaño, antes de que los ríos transportaran millones de troncos bamboleantes y en continua colisión, reposaban grandes salmones.

A lo largo de todo el día y hasta entrada la noche, los gancheros, adornadas sus piernas de sanguijuelas, reencauzaban las piezas que se desviaban hacia la orilla, una orilla tan cenagosa como una pocilga, lodazal donde un hombre en situación precaria no tenía a qué agarrarse. Los días en el agua gélida provocaban sabañones, hinchazón y picores en las piernas enrojecidas y ampolladas; algunos hombres no soportaban sentarse junto al fuego, tal era su dolor.

Sin embargo, en dos ocasiones, a pesar de sus esfuerzos, los troncos se atascaron en el río, oscilando y corcoveando, hasta formar un enorme nudo de madera que obstruyó el cauce, y el agua comenzó a represarse y anegar las márgenes. Los granjeros bajaron corriendo a la orilla para quejarse a gritos de que sus henares se habían echado a perder. Veinte hombres acometieron el primer atasco, hincando sus ganchos y separando los troncos, que parecían crecer unos de otros. Los minutos se convirtieron en horas y súbitamente un temblor se propagó por la masa de madera y los hombres corrieron como ardillas hacia la margen, donde se volvieron y contemplaron aquello de lo que habían escapado: millares de troncos bajaban a gran velocidad, cada vez más deprisa, montándose unos sobre otros, silbando en la corriente, hectáreas de pinar en movimiento. Pero el segundo atasco era insalvable, y todos lo presentían.

Era un día encapotado y gris oscuro. Marchand albergaba la esperanza de que un buen chaparrón aumentara el caudal. Pero la lluvia no llegó, y la dificultad surgió allí donde sabían que surgiría. Un saliente granítico como el espinazo del mundo cruzaba el río, se sumergía hacia la mitad del cauce, dejando un pasadizo de dos o tres varas de anchura, y más allá se elevaba de nuevo hasta la otra orilla. Los troncos tenían que pasar por ese canal central. El saliente no representaba ningún problema cuando el río bajaba crecido; los troncos se deslizaban por encima con facilidad. Cuando el caudal era menor, la clave estaba en apostar a hombres hábiles a cada lado con los bicheros prestos, y a más hombres en las chalupas para conducir los troncos hacia el angosto paso. Jinot Sel iba en una de las tres chalupas. Río abajo vio a James

Ketchum y a Franceway, hundidos hasta las rodillas en el agua para guiar las piezas desviadas. La ordenada procesión de troncos aminoró la marcha y casi se detuvo mientras, río arriba, otros hombres empujaban los maderos conflictivos que se amontonaban. En la orilla, Tom Keyo vio un tronco ligeramente torcido, de unos quince metros, abrirse paso entre la muchedumbre.

—Mirad, ése pinta mal, ¿lo veis? —dijo.

Mientras hablaba, los hombres situados río arriba empujaron decenas de troncos apremiantes hacia donde la corriente era más rápida, y éstos engulleron el madero conflictivo.

—¡Rediós! —exclamó Tom Keyo, olvidando la norma de Marchand en cuanto a los juramentos. Llegó al saliente una gran acumulación de troncos, todos al mismo tiempo, y entre ellos se hallaba el madero conflictivo, el torcido, que se enganchó al saliente. Los demás troncos empezaron a amontonarse sobre el Viejo Torcido, como ya lo llamaban, igual que ovejas forcejeando entre la maleza para escapar de una manada de lobos.

—¡Todos los hombres disponibles y el cocinero! —alertó alguien.

Los troncos se apilaban cada vez a mayor altura unos sobre otros, una inmensa gavilla de trigo para gigantes que cubría el saliente y obligaba a Franceway y a James Ketchum a retroceder hacia la orilla. Alcanzaron tal altura que unos cuantos de la parte superior, por propia iniciativa, empezaron a rodar hacia la parte central de la corriente.

Marchand brincaba de frustración.

—¡Los de arriba!, ¡empujad los de arriba! —ordenó a voz en cuello, sin darse cuenta de que el tronco trabado en la base era el que inmovilizaba la masa principal.

Una docena de hombres se encaramaron a la pila y empezaron a empujar los troncos hacia la corriente. Pero el atasco central no se movía, y los maderos seguían amontonándose. Franceway dejó el bichero y corrió a por el hacha.

—¡Ahí abajo hay una traba, un tronco torcido, un endemoniado hijo de perra! —dijo a gritos a Marchand, que no lo oyó.

Tras empuñar el hacha, corrió por el saliente hacia el atasco, se metió entre los troncos atrancados en la base y vio el deforme causante del embrollo. Se entrecruzaban en torno a él cinco o seis grandes maderos e hizo una seña a James Ketchum para que lo ayudara a abrirse paso a hachazos hasta la raíz del problema.

—¡Marchand! —exclamó Byers por encima del fragor del agua—. Hay una traba prendida del saliente.

Marchand movió la cabeza en un gesto de asentimiento. Algunos de los hombres situados en lo alto de la pila bajaron y empezaron a manipular los troncos con sus ganchos. Franceway y Ketchum se abrieron camino a hachazos hasta el tronco malo y se dispusieron a cortar el extremo torcido. Cuando empezaron a oírse los chasquidos de la madera, Ketchum dio la voz de alarma:

—¡Corred!

Y él hizo lo propio. Pero Franceway alzó los brazos y descargó un último golpe al demonio curvo. Éste se partió, el atasco se estremeció e inmediatamente comenzó a moverse. Las piezas se precipitaron por encima del saliente. En su chalupa río arriba, Jinot vio un tronco de diez metros que se encabritó en lo alto de la pila a medio liberar, cayó como una flecha descendente y alcanzó de pleno a Franceway en la espalda. Desde la orilla los hombres oyeron el crujido. Franceway se plegó hacia atrás como una hoja de papel, los talones le quedaron a la altura de las orejas, y su cuerpo, convertido ahora en un paquete de carne, desapareció en medio de la trituradora. Jinot abrió la boca para gritar, pero la garganta se le paralizó. En ese momento se acabó su infancia.

La jornada se prolongó hasta pasada la puesta de sol, cuando la interminable luz veraniega dio paso lentamente a la oscuridad, y Jinot, desolado, entre lágrimas y sollozos, se metió a rastras bajo la chalupa para yacer junto al espacio vacío de Franceway. Incapaz de conciliar el sueño, lloró y dio vueltas a uno y otro lado. Era la primera de muchas noches de insomnio. Para superar la aflicción, trabajó. Cortó árboles con un aplomo y una celeridad que lo convirtieron en un difícil compañero de tala. En

primavera siempre se ofrecía voluntario para conducir las maderadas, y la gente, en todas partes del río, reconocía su estilo ágil y fluido. «¡Jinot!», lo llamaban, «¡Jinot Sel!» Y él los saludaba.

Volvió a trabajar para Marchand otros dos años, y después, al igual que sus hermanos, se trasladó a otros campamentos, a otros ríos. En verano volvía a casa y cortaba la leña que Beatrix y Kuntaw necesitarían en invierno: ochenta cargas para calentar la vieja casa, a veces también para Francis-Outger, que vivía cerca. Le complacía cuando Josime o Amboise estaban también allí, y juntos, hombro con hombro, serraban, cortaban y partían. Se iba de pesca con Kuntaw y el joven hijo de Francis-Outger, Édouard-Outger. En una ocasión, Beatrix preparó un picnic a base de pollo y patatas a la brasa. Otro año Kuntaw y Beatrix fueron a las marismas y volvieron con una fanega de almejas, que Kuntaw guisó al estilo mi'kmaq, envueltas en algas. Jinot ayudaba a Elise retirando del fuego grandes calderos de agua hirviendo cuando ella elaboraba las conservas de fruta y verdura para el invierno, relucientes remolachas moradas en sus cárceles de cristal colocadas en los estantes del sótano junto con tarros multicolores de arándanos, guisantes, judías, compota de manzana, huevos en vinagre y peras partidas por la mitad. De pronto llegaba el día en que, harto de vida doméstica, cogía el portante y partía rumbo a Bangor y los patronos que daban trabajo. Si Josime o Amboise estaban en casa, ese anhelo de marcharse resultaba contagioso, y recorrían el camino juntos. A veces se ofrecían juntos, y los patronos se los disputaban; todo el mundo sabía que los hermanos Sel eran los mejores en el bosque.

Los años transcurrieron sin diferenciarse más que por accidentes, lesiones, incendios y sucesos extraños. Hasta que, cerca del cambio de siglo, por alguna razón no muy clara, empezaron a trabajar de nuevo en campamentos distintos. Una vez más Jinot se incorporó a la cuadrilla de Marchand, por error: llegó tarde a Bangor y los mejores campamentos tenían ya cubierto el cupo de hombres. El campamento de Marchand era tan tosco y primitivo como en los viejos tiempos, pero se hallaba en la cuenca del Allagash, donde Jinot no había estado nunca. Crecían allí algunos de los mejores pinos blancos que quedaban, y se preguntó cómo se las había arreglado Marchand para hacerse con un terreno forestal tan selecto. Dormía bajo una chalupa en lugar de alojarse en el barracón, y se acordaba de Franceway cuando eran jóvenes.

¿Cómo serían las cosas ahora, si los dos se acercaran ya a los treinta inviernos? Siempre se acordaría de Franceway cuando durmiera bajo una embarcación.

Alguien lo llamó por su nombre con voz ronca.

—¡Jinot! ¡Jinot! ¡Despierta!

El corazón le dio un vuelco. Estaba soñando con él. No era Franceway, nunca volvería a ver a Franceway, sino su hermanastro Francis-Outger, que sostenía un farol en la mano izquierda y le sacudía la rodilla con la otra.

—¡Levántate! Ven. Ya.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Nuestra madre ha muerto. Kuntaw quiere que vengas. Ya se lo he dicho a Marchand. Me ha puesto como un trapo, vaya manera de blasfemar. Josime ha ido a avisar a Amboise. Ven. ¡Ya!

Enterraron a Beatrix en la parcela que Outger había reservado para ello detrás de la casa. El juez, aprovechando que la familia estaba reunida, leyó el testamento justo después del funeral. Beatrix había dejado la casa, los muebles y la finca a Elise en agradecimiento por sus cuidados y a modo de reparación por haberla condenado a un matrimonio desdichado cuando era casi una niña. Legó todos sus libros al doctor Mukhtar. El pinar secreto del que era propietaria en el norte de Maine, un terreno de dieciséis mil hectáreas, lo legó a sus hijos, Francis-Outger y Josime. A Kuntaw le dejó dos de los cinco caballos que tenían, una manta de lana roja inglesa que a él siempre le había gustado y una carta. Él abrió la carta, de unas pocas frases, y la leyó, soltó una carcajada y se quedó en silencio. Beatrix lo había hecho reír una vez más, y una vez más lo había desconcertado. Kuntaw anunció que regresaría a Canadá. Jinot y Amboise recibieron un pequeño paquete cada uno. Amboise lo desenvolvió y encontró una acuarela que Beatrix había pintado en la que aparecían Elise, Jinot y él sentados en un banco bajo el manzano. Recordaba muy vagamente que mucho tiempo atrás los había hecho sentar allí en hilera y se había puesto a dibujar en su cuaderno. Él nunca había visto ese retrato. El paquete contenía también un pequeño calcetín de piel de ciervo con cinco monedas de oro. Tras enjugarse los ojos y guardar con cuidado su herencia en

el bolsillo de la pechera, anunció que se iba a New Brunswick para incorporarse a la maderada que acababa de empezar. Jinot abrió su paquete: era un caballo de trapo que conocía bien, de diez centímetros de altura. Beatrix lo había confeccionado para él al día siguiente de que Tonny los llevara allí. También él recibió una bolsa de piel de ciervo con monedas. En una hoja doblada, Beatrix había escrito con mano vacilante: «Acuérdate de mí». ¿Cómo no iba a acordarse?

Esa noche Amboise dijo a Jinot:

—Ven a mi campamento a finales de julio y planearemos adónde ir. Tengo alguna que otra idea. Pero primero ve a buscar a Marchand y recoge tu paga. Preveo que tendrás problemas, no sólo por la muerte de nuestra madre. Más vale que vuelvas al trabajo.

—No debería darte nada —dijo Marchand—. Me dejaste en la estacada, te marchaste sin más ni más en plena noche.

Pero le pagó, y Jinot se encontró con casi doscientos dólares en el bolsillo, amén de las monedas de Beatrix. Pero sentía una honda pena por la pérdida de Beatrix. La quería desde el día que ella lo levantó para sentarlo en la silla y lo llamó *snoezepoes*. Adoraba el caballito de trapo con sus crines de hilo y sus ojos pintados; lo había perdido, y ahora se sentía como si volviera a tener su infancia en las manos. Lo guardó con otros recuerdos preciosos: el pequeño cuaderno de canciones de Franceway, en muchos casos no más de dos o tres palabras para recordar la letra. Notaba la cálida proximidad de Beatrix, oía la querida voz de Franceway.

Ese último día en la casa de Penobscot, metió en su canasto de mimbre ropa, una navaja de hoja curva, pedernal y otro par de mocasines, como si fuera a emprender un largo viaje. Entró en la cocina por última vez. Elise, sentada a la mesa, anotaba una lista de tareas. Alzó los ojos para mirarlo.

—¿Cuándo volverás? —preguntó.

—No lo sé. No puedo decírtelo. Trabajaré durante un tiempo, quizá vaya en busca de Amboise, quizá vuelva al norte. O puede que vaya a buscar al abuelo Kuntaw. No lo sé.

Talar árboles era un calmante para él. Los bosques de Nueva Inglaterra vibraban por efecto de los golpes de hacha. Enjambres de hombres desramaban y arrastraban los árboles caídos hasta los ríos. Las serrerías trabajaban día y noche, y la abundancia de madera atrajo a nuevos colonos y dio lugar a un auge de la construcción sin precedentes.

Pasó otro año, y otro más, y Jinot contaba ya más de treinta inviernos. Era momento de ir en busca de Amboise, si es que éste seguía en aquel campamento de New Brunswick.

los campamentos del Gatineau

En el campamento de New Brunswick no había nadie, salvo un ex leñador acongojado, con la cabeza vendada y costras en la cara, que pelaba patatas sentado en un peldaño a la entrada de la cocina.

—Bueno, me dicen que puedo considerarme afortunado. Me dicen que puedo considerarme afortunado por poder pelar patatas. He perdido la mitad de los dientes, ¿lo ves? —Le enseñó las encías moradas y vacías—. En la maderada, un tronco se me llevó media cara; sangré como un dique reventado. Me han dado trabajo en la cocina, pero espero volver a estar en condiciones cuando llegue el otoño.

—Busco a mi hermano, Amboise Sel...

—Sí, ya lo veo, esa cara india tuya es idéntica a la de Amboise. Lo vi salir del barracón con su canasto indio y supe que se marchaba de aquí. Habló de hacerse una cabaña en el bosque, cerca de la zona de tala. Aquello le gustaba, pero no me explico qué le veía: es sólo un pantano. Oye, ¡tómame un té! Yo siempre me tomo uno a esta hora del día. Me llamo Mikla. Joe Mikla.

Como tanta gente que pasa mucho tiempo sola, no podía parar de hablar. Entraron en la cocina. Jinot vio varias masas de pan en fermentación cubiertas con paños y enarcó las cejas en dirección al pinche.

—Sí, hay una cuadrilla de desbrozadores trabajando, pero no hacheros. Ven, te enseñaré dónde talábamos. —Tras mojar el dedo en el té, dibujó un mapa húmedo en la mesa y señaló la antigua zona de tala donde quizá pudiera

encontrar a Amboise—. Una zona de tala como ésa no tiene pérdida. Imagino que Amboise habrá elegido un buen sitio cerca del pantano, donde sacar pleno provecho de los mosquitos. Yo me alegré de marcharme de allí.

Encontró a Amboise después de abrirse paso a través de tierras pantanosas durante tres días. Agachado, tallaba algo. Jinot vio unas raíces de árbol ya limpias dispuestas en hilera.

—Voy a llevármelas —dijo Amboise, señalando la hilera de raíces—. Esto es propiedad del viejo Perley Palmer. No le importa que me lleve las escuadras. En todo caso, para él no son más que cepas.

Quizá Amboise había perdido la razón, pensó Jinot. Cambiando de tema, le preguntó por Kuntaw.

—¿El abuelo Kuntaw? Después del entierro, cogió los bártulos y se marchó al norte. De vuelta a Canadá. De vuelta a su lugar de origen. Fue lo último que supe. A lo mejor le escribe a Elise, ¿no?

—Elise está en Boston con ese marido médico suyo, Hallagher.

—¿Quién vive en la casa?

—No lo sé. Francis-Outger la cuida. A lo mejor Elise la vendió. Nadie me ha dicho nada.

Se quedaron en silencio, pensando en Kuntaw, un anciano rumbo a los bosques septentrionales. Pensaban en él con envidia.

—Hermano —dijo Amboise—, hay un trabajo que podemos hacer juntos.

—¿Qué trabajo? Que no sea desbrozar caminos. Le dije a Marchand que volvería en noviembre. Si podía.

—Nada de desbrozar. Hablé con unos tipos allá en el astillero de Portsmouth después..., después de la maderada. Me enteré de que pagarían bien por esto. —Señaló las raíces—. Cuando trabajaba en esta zona de tala, vi que en el pantano abundaban los alerces tamarack. Esa gente quiere madera para barcos, escuadras..., escuadras para barcos. Dicen: «Los barcos se construyen en el bosque».

Jinot echó un vistazo a la hilera de escuadras. Alerces tamarack, duros como el hierro, apreciados por las fibras correosas y retorcidas de sus raíces.

—Lo hacemos durante un tiempo, ¿eh? Y tú te vas con Marchand cuando empiece la temporada. En invierno, yo vuelvo a coger el hacha.

—Supongo que puede intentarse. ¿En este pantano se dan bien el alerce tamarack y el enebro?

Amboise explicó que era mejor extraer las escuadras ya muy avanzado el año, cuando la savia dejaba de fluir. En verano estaban muy pegajosas.

—Pero ahora están ya bastante secas. Me he planteado trabajar en esto hasta las primeras heladas. Luego volveré a los campamentos.

Cavaban en torno a las raíces de los alerces tamarack que parecían más adecuados. Cuando encontraban una con una buena curvatura, retiraban la tierra, cortaban la punta a medio metro del árbol e iban a por la raíz primaria. El árbol se tambaleaba, caía y aserraban la cepa a una altura de un metro y medio.

—Ahora ya tenemos una escuadra —dijo Amboise, y enseñó a Jinot a medir y trazar para labrar después la madera en un ángulo de noventa grados, dejando la curva interior bien pulida, el dorso y la base suaves y lisas.

Dedicaron el final del verano a extraer escuadras para barcos.

A Jinot no le entusiasmaba andar escarbando por el pantano en busca de escuadras, ni deseaba regresar con Marchand. Al igual que Kuntaw, tenía la sensación de que debía marcharse.

—Hermano —dijo a Amboise—, vámonos al oeste. Cuentan que allí hay grandes bosques. No quiero dedicarme a recoger escuadras de alerce tamarack.

Amboise alzó la vista y contempló las copas de los árboles.

—Sí —dijo.

Era de noche cuando Jinot despertó. Fuera de la choza había algo, alguien. Alargó el brazo, tocó a Amboise y supo por la tensión en el hombro que también él lo había oído y estaba alerta. Despacio, con sigilo, Jinot se incorporó. Tenía el hacha cerca de la entrada. Justo cuando hacía ademán de tender la mano hacia ella, oyó una voz:

—En tiempos muy lejanos, tres niños se perdieron en el bosque...

—¡Josime! —exclamó Amboise—. ¡Pedazo de imbécil! ¡Habría podido pegarte un tiro!

—Si tuvieras un arma de fuego —terció Jinot mientras buscaba a tientas la vela.

Josime preparó la fogata fuera, y Amboise llenó el cazo. Los hermanos se sentaron ante el fuego, las camisas sucias y los gorros agujereados por las chispas. Con la primera luz del alba, su tío hermano Josime vio las escuadras de los alerces tamarack.

—¿Esto es trabajo de hombres?

—No, ahora somos viajeros y cazadores. Nos vamos a ese bosque del oeste, Pensilvania, Ohio, no sabemos hasta dónde llegaremos. Según Kuntaw, ese bosque se extiende hasta el fin del mundo. Allí vamos —dijo Jinot. Amboise asintió con la cabeza—. Ése es nuestro plan.

Josime se echó a reír.

—Ése no es vuestro plan. Ése es mi plan. No tengo el menor interés en ese bosque que debía compartir con Francis Outger. Se alegró cuando le dije: «Hermano, quédatelo todo». Pienso en vosotros, mis sobrinos hermanos. Será mejor que vengáis conmigo. Me marcho hoy. Ése es mi plan.

Con esa decisión, sus vidas y su trabajo confluyeron, y los tres se encaminaron hacia el norte a través del bosque para dejar atrás un mundo de árboles talados y partidos, terreno forestal convertido en maizales y prados. Ansiaban llegar a un sitio donde los bosques fueran aún espesos y salvajes. Josime dijo que había oído hablar de una explotación maderera en el Gatineau, al norte.

—Un hombre de Boston se instaló allí. Tiene tres campamentos y manda almadías río abajo hasta Montreal. Propongo que vayamos al norte.

Para ellos la palabra clave era «norte». Eran del norte e irían al norte.

En diez días llegaron a Tres Ríos —Trois-Rivières—, donde encontraron a unos omamiwinini, un pueblo de río abajo, preparándose para ir al Kichisipi, más allá de Montreal. Esos viajeros, muchos de ellos mujeres y niños, bajo la tutela de un hombre alto de rostro moreno y serio, se alegraron

de contar con otros tres hombres fuertes que los ayudaran a acarrear las canoas en las zonas no navegables, para avanzar antes de que arriera el frío. Por las mañanas empezaba ya a escarchar.

Cuando se detuvieron la primera noche, un corrillo de muchachas rodeó a Jinot. Algunas eran excepcionalmente hermosas. Los omamiwinini contaron a Josime que algunos de ellos eran odawa e iban de camino a la isla de Manitoulin, donde vivían otros odawa. Antes, en un tiempo muy lejano, todo su pueblo habitaba en esa isla enorme, pero llegaron las enfermedades del hombre blanco y los supervivientes prendieron fuego a sus poblados; algunos se trasladaron a Trois-Rivières. Ahora regresaban a su tierra, porque las enfermedades habían desaparecido. Interrumpirían el viaje durante unos días en el Primer Punto de Encuentro: Montreal. Josime, en otra canoa, observó a una muchacha durante largo rato, antes de volver la cabeza e interrogar a los hombres sobre el Gatineau. Sí, contestó el hombre de semblante serio, era verdad: los blancos cortaban pinos a orillas de ese río. Convertían los troncos redondos en maderos planos por los cuatro costados. Muy extraño.

A Jinot no le gustó el río Ottawa, engañosamente manso a lo largo de muchos kilómetros hasta que de pronto aparecían cascadas turbulentas e impetuosas. Intuía su temperamento malévolo. Las numerosas cruces de madera vieja en las márgenes por debajo de las cascadas indicaban que era un río mortífero. Se concentró en el remo.

En el Primer Punto de Encuentro, una de las muchachas odawa más encantadoras regaló a Jinot una fronda de helecho, arrancada apresuradamente al acercarse la canoa a una pared rocosa con asomos de vegetación. Los remeros, sin pérdida de tiempo, se despidieron y siguieron río Ottawa arriba con los Sel.

Se detuvieron al pie de las cataratas de Chaudière, y el hombre de semblante serio dijo a Josime que los campamentos madereros se hallaban a dos días de marcha aguas arriba. O si no, podían acompañarlos a Manitoulin y llevar una buena vida lejos de las actividades del hombre blanco. En cuanto a ellos, explicó, desandarían el camino, recogerían al grupo odawa de Trois-Rivières y luego continuarían río arriba, acarrearían las canoas hasta el lago Nipissing, bajarían por la Rivière des Français y proseguirían hasta llegar a Manitoulin.

—Dos o tres semanas más —calculó.

—Sois buena gente —dijo Josime, y siguió la canoa con la mirada—. Ahora, hermanos, pongámonos en marcha.

Por el camino que rodeaba las cataratas se cruzaron con dos grupos de hombres blancos que hablaban de establecer explotaciones madereras. El cabecilla de uno de ellos era un hombre robusto y rubicundo de cabello canoso.

—¿Por qué? Inglaterra necesita madera —contestó a Josime, que le había preguntado qué razón lo llevaba a alejarse tanto de su lugar de origen.

El hombre le dio la espalda, a la vez que añadía que no tenía tiempo que perder en conversaciones ociosas con salvajes. Un segundo grupo se mostró más cordial, y el cabecilla dijo:

—¿Sabéis que Inglaterra está muy necesitada de madera? Ya casi no quedan pinos en Nueva Inglaterra, y los madereros se desplazan a este territorio a orillas del Ottawa, aún virgen, con grandes pinos. Aquí amasaremos fortuna.

Fue en estos encuentros con hombres blancos cuando tomaron conciencia de que no eran indios, sino *métis*, o, como un emprendedor inglés los llamó despectivamente: «mestizos». En Maine, sus vecinos blancos tenían la certeza de que los indios se estaban extinguiendo de la faz de la Tierra; sí, dijo Josime a sus hermanos, estaban desapareciendo, no a causa de las enfermedades ni consumidos por la pena, como suponían los blancos, sino absorbidos por la población blanca. Bastaba con ver a su hermana, Elise. «Sus hijos ya son casi blancos», porque se había casado con el doctor Hallagher, el primer médico que había reconocido a Beatrix, el irlandés. Allí en el Gatineau los Sel eran personas de otra clase, ni *mi'kmaq* ni lo otro, y desde luego no las dos cosas.

—Nosotros somos leñadores —dijo Josime—, eso somos.

Los buscadores de emplazamientos para serrerías y los prospectores madereros, encargados de localizar buenos pinares, habían hollado el sendero hasta convertirlo en un ancho camino; el pino seguía siendo el árbol ideal. Pequeños emprendedores de la zona este se apresuraron a comprar parcelas de tierra y bosque maderable y construir azudes en los arroyos a fin de

proporcionar energía hidráulica a los aserraderos. Quienes más ganancias se embolsaban eran los hombres con amplio crédito y contactos que en el menor plazo posible podían sacar la mayor cantidad de madera escuadrada con destino al mercado británico. Entre ellos, el más importante era William Scugog, un maderero de Massachusetts que en la revolución había combatido contra los británicos y ahora, según afirmaba, se arrepentía de ello.

—Muchos campamentos —comentó Josime.

Habían oído hablar de explotaciones madereras a orillas del propio Ottawa y de sus afluentes: al norte el río Negro, el Dumoine, el Coulonge, el Gatineau, el Rouge y el Lièvre; al sur, el Rideau, el Madawaska, el Petawawa, el Mattawa, el Bonnechère. Caudalosos ríos todos ellos que incrementaban la gran cantidad de agua vertida por los bosques, que finalmente desembocaría en el poderoso San Lorenzo. Todos esos valles estaban a rebosar de grandes pinos.

Los hermanos Sel empezaron a trabajar para William Scugog, que los mandó a un campamento a orillas del Gatineau. Antes de llegar allí, los Sel estaban ya mal dispuestos hacia el campamento, los hombres del campamento y Scugog. Pero éste había contratado a un cocinero excepcional, Bob «Diamante», llamado así por un tatuaje en el cuello y por el resplandeciente anillo que adornaba uno de sus dedos. Sabía preparar platos refinados con ancas de caribú, pero también entendía que un leñador reponía fuerzas a base de alubias y galletas, así que se las proporcionaba en abundancia.

Scugog y su primogénito, Cato, repartían el tiempo entre sus varias casas, en el Gatineau, en Montreal y en Quebec, arrancando promesas de dinero a comerciantes de madera a cambio de pinos que aún no se habían talado y, en la mayoría de los casos, ni siquiera se habían visto.

En los bosques del Gatineau reinaba el bullicio, dominado por el eco de los hachazos y los rápidos crujidos de los árboles al caer, entre gritos de advertencia y órdenes. Los leñadores cortaban los grandes pinos, pero sólo algunos de cada parcela eran aptos para el escuadreo. Los demás los dejaban pudriéndose en el suelo. A Jinot le desagradaba pasarse horas agachado marcando los rollizos para el escuadrador; prefería talar. A Amboise, que

tenía los brazos más largos, no le importaba marcar, y Josime era un buen escuadrador, hábil en el manejo de la pesada hacha doladera, que se ceñía a las marcas de tiza hasta dejar los troncos lisos y rectos por los cuatro costados. La cantidad de madera perdida era enorme: se desperdiciaba el veinticinco por ciento de cada rollizo labrado a escuadra; los árboles desechados yacían postrados, las ramas seccionadas por todas partes, montañas de corteza y astillas. Pero con los maderos escuadrados podían armarse almadías más fácilmente, y no rodaban cuando se los apilaba en los barcos para transportarlos a Inglaterra. Con tantos árboles como había, ¿qué más daba? Los hombres de Maine estaban acostumbrados al desperdicio —era lo habitual—, pero nunca habían visto nada semejante. La capa de tacos y astillas dejada por las hachas de los escuadradores llegaba a la altura de la rodilla.

Al final del invierno, los Scugog tenían suficiente madera a escuadra para dos almadías. La almadía de mayor tamaño, formada por cincuenta tramos, correspondía al viejo William, y la más pequeña a su hijo, Cato. Las almadías descendían bien en aguas tranquilas, pero se desarmaban en los saltos de agua. No quedaba más remedio que desmontarlas, dejar que los tramos flotaran por separado aguas abajo y después volver a ensamblarlos. Jinot se acordaba a menudo de los troncos sueltos que circulaban a toda velocidad por las impetuosas aguas del Penobscot en primavera, durante el deshielo. Pero las almadías, claro, no formaban atascos mortíferos.

Cuando las almadías llegaron a Montreal, no encontraron amarre. Scugog no había hecho previsión alguna con respecto a aquella inmanejable masa de maderos. Y tanto los hacheros como los almadieros tuvieron la impresión de que se les pagaba de mala gana, de que a Scugog le costaba desprenderse del dinero. En las tabernas corría la voz de que le costaba vender la madera.

Un segundo hijo, Blade Scugog, estaba a cargo de otro campamento río Gatineau arriba. Los Sel se trasladaron a este campamento, donde se alegraron de trabajar con troncos redondos. Les pesó renunciar al rancho de Bob Diamante, pero se les pasó la pena pronto, cuando se enteraron de que el famoso cocinero había abandonado a Scugog *père* a media temporada para

instalarse en Montreal, donde abrió una marisquería. El menor de los Scugog, cuya voz grave y cascada era conocida entre los leñadores del río, despreciaba no sólo las almadías, empresa de futuro incierto, sino también la estupidez de su padre por talar sin licencias ni permisos. Él sí se procuró de inmediato un permiso de tala después de declarar que se proponía destinar la madera a empresas nacionales, no a la exportación.

—Pero ¿tú qué te has creído? —preguntó a gritos el padre a su vástago de ideas opuestas.

—Cuando acabe la guerra, vendrán a este país miles de colonos. Necesitarán tablones y tejas para construir casas. —Para sí, añadió: «No condenados maderos a escuadra para buques de guerra que la Corona pueda incautarse sin remuneración».

—Muchacho, eres un insensato. Siempre habrá guerras, siempre se necesitarán maderos a escuadra. Esa fe tuya en quiméricos colonos que nunca vendrán a estas tierras inhóspitas te llevará al fracaso. No me pidas ayuda cuando acabes en la ruina.

—Y tú no acudas a mí con tus maderos a escuadra esperando que te presente a posibles compradores —repuso el hijo con su voz ronca.

El aserradero de Blade Scugog permaneció en funcionamiento todo el verano, pero a finales de un septiembre muy seco se vio atrapado en un veloz incendio forestal y quedó reducido a ceniza. El ambicioso hijo se negó a admitir que se había arruinado, fue rápidamente a Quebec y pidió un préstamo para las obras de reconstrucción. «Puede que no sepa mucho de maderos a escuadra —dijo—, pero sé cómo ganar dinero.»

Los colonos, en efecto, llegaron, y con ellos llegaron los puentes, la deforestación a marchas forzadas, la construcción de resbaladeros de madera por los que deslizar los tramos de almadía para sortear los peores saltos de agua y canales por donde circundar los rápidos, los grandes asentamientos, los cementerios, los molinos y el servicio postal. Obligaron al bosque agreste a retroceder. La civilización irrumpió entre los árboles.

Después del incendio en el aserradero de Scugog, los Sel se trasladaron a otros campamentos. Cada temporada llegaban hacheros procedentes de Maine, a veces conocidos suyos. El primer día que Jinot pasó en la zona de tala de Fischer-Helden, cuando caminaba tras un grupo de hacheros hacia los árboles marcados, reconoció los andares garbosos de Joe Martel, con quien había coincidido hacía mucho en el campamento de Marchand a orillas del Penobscot en tiempos de Franceway.

—¡Joe! —llamó—. Joe Martel, ¿qué haces aquí?

Martel se volvió, con su barba negra ahuecada como el collar de un urogallo y un destello en los dientes, y lanzó una exclamación de alegría.

—Jinot Sel, Jinot. ¿Tú por aquí? —Esperó a que Jinot lo alcanzara y siguieron adelante juntos.

—He visto a cuatro o cinco del Penobscot por aquí, entre los árboles de Canadá. Ahora en Maine las cosas van mal, ¿sabes? Ya no quedan pinos blancos. Ahora se cortan píceas y frondosas. Pero esto de aquí... —Abarcó con el brazo la abundancia del Gatineau—. Esto pinta francamente bien, ¿a que sí?

Le contó que Marchand se había arruinado y estaba dándole al hacha como todos los demás en algún lugar del Gatineau. Tom Keyo había muerto, decapitado por un tronco que salió despedido. Esa noche, después de cenar, hablaron de sus tiempos de gancheros en el Penobscot, cuando corrían sobre la espuma del río. No había en el mundo nada igual.

—Dejamos nuestra huella, pardiez.

El siguiente invierno fue ventoso y menudearon los accidentes. La hoja de un hacha se desprendió del mango, voló a diez metros de distancia y le rebanó la cara a un joven leñador; la caída de pesadas ramas costó la vida a dos hombres y dejó tan maltrecho a un tercero que nunca volvió a trabajar. Dos trozadores se cortaron los pies hasta el hueso, y noche tras noche los hombres hablaban de la necesidad de usar botas más robustas. La mayoría de ellos calzaban aún gruesos mocasines de media caña hechos con piel de alce. Un golpe de hacha los traspasaba como si fueran tortas bañadas en sirope.

Los sábados por la noche los hermanos Sel y Martel recorrían el camino al asentamiento cercano «para beber y observar a los necios», en palabras de Amboise, o «para charlar con las chicas», como decía Jinot. Éste sólo iba por la bebida y la compañía. O eso sostenía él. En los dos burdeles del asentamiento las chicas no tenían ojos más que para Jinot, y si Amboise o Josime iban solos, siempre les preguntaban por él.

—¿Qué verán en él? —dijo Martel.

Jinot sólo era Jinot: un buen gancho, de trato afable, pero lejos de los troncos no tenía nada de especial. No sabía cantar ni tocar el violín, y no se le daba bien el baile. Tenía que ser por su sonrisa y su desenfado, ya que Jinot estaba siempre de buen humor cuando los demás andaban cabizbajos, y escuchaba las quejas de las chicas con sincero interés.

—A estas alturas, sabe más de las mujeres que nadie en el mundo —respondió Josime a Martel—. Lleva años escuchando su parloteo. Sospecho que la mitad de los críos de Maine son hijos de Jinot.

Acordándose de Franceway, Martel enarcó las cejas, pero calló.

Varios inviernos más tarde se hallaban de nuevo escuadrando maderos en la cuenca del Ottawa, esta vez en el campamento de Harold Honey. Se hacinaban en el barracón hombres sucios y piojosos, de una fortaleza física asombrosa. Dentro siempre se notaban las corrientes de aire y el ambiente estaba cargado de humo. Por la noche, agotados por el continuo vaivén del hacha contra el árbol vivo, el tosco alojamiento de suelo desnudo se les antojaba un lujo.

Los días eran más largos, y en la boca percibían ya el sabor de la primavera. Faltaban sólo unas semanas para la maderada. Al final de una jornada, Honey se presentó ante ellos en el barracón.

—Bueno, muchachos, me temo que traigo una mala noticia. El mercado de la madera ha tocado fondo. Scugog ha acaparado todo el comercio con Canadá. No puedo vender los troncos que tenemos en la rampa. Estoy arruinado, y tendré que volver a Maine y buscar trabajo. No puedo pagar a nadie, pero os podéis quedar los troncos si sois capaces de transportarlos.

En su sonrisa se traslucía pesar. No había más remedio que liar los bártulos y encaminarse río abajo con el resto de la cuadrilla.

Jinot era el único que tenía dinero. Los Sel acordaron gastárselo en una juerga en Montreal; después decidirían si volvían a Maine o se quedaban en el valle del Ottawa.

—Siguen talando árboles en Maine: ya no quedan cipreses de agua, pero sí pinos rojos, píceas y frondosas. Hay trabajo. Trabajo de sobra en los embalses de troncos. Todavía se hacen algunas maderadas de largo recorrido.

—Vayamos al oeste —masculló Amboise—. No volvamos al Penobscot, no volvamos a eso..., todo eso.

Sabían a qué se refería: la tumba de Beatrix, la vieja casa, los hacheros a quienes conocían, las arboledas ralas y los bosques de tocones, los fantasmas de los muertos. Martel dijo que si iban al oeste los acompañaría.

En Montreal visitaron el Pino Dorado, el más sórdido de los burdeles, pero de sobra aceptable para leñadores y comerciantes de pieles, incluso para *métis* y «salvajes». Acordaron reunirse después en la cantina Wing King, donde el propietario no sólo vendía bebidas alcohólicas, sino que además alquilaba camas por una noche en el amplio almacén.

El eje central del Pino Dorado era un tronco erguido, labrado en forma de *membrum virile* y pintado de amarillo «oro», que sostenía el techo a modo de columna. No servían comidas, pero sí una potente sidra de manzana fermentada que madame Georgine llamaba «calvados» o «coñac de Napoleón» o sólo «alcohol», según el cliente. Cuando llegaron, el establecimiento estaba abarrotado. Había una larga hilera de sillas contra una pared, y en las sillas se hallaba expuesto el género: recias chicas irlandesas de mejillas encendidas, unas cuantas rubias inglesas de piel lechosa y ojos azules, una judía muy sensual, unas cuantas campesinas francófonas y, en el rincón de los saldos, varias nativas. Martel, en una de sus bromas, preguntó a Jinot si no le gustaría ocupar una silla junto a las chicas; luego entabló conversación con una oriunda de Kébec, ensartando preguntas absurdas sobre su familia. Madame Georgine, que conocía a Jinot, le tiró de la manga de la chaqueta.

—Ven aquí —dijo, y lo llevó a un hueco en penumbra—. Ten, prueba esto. —Sirvió el licor de una botella negra en un vasito y se lo entregó—. Vamos, bebe. Es auténtico. Coñac. Coñac de Napoleón. Vino un ricachón y se lo dejó.

Jinot apuró el potente líquido y pensó que, si eso era lo que bebía Napoleón, su muerte era inminente. Sonrió, pellizcó a madame Georgine en la mejilla, teñida de colorete, y volvió a la hilera.

—¡Jinot! ¡Mira! —Era Josime, que señalaba con los labios apretados a una mujer que, inclinada sobre el regazo, eludía las miradas de los hombres—. ¿Sabes quién es?

—No. ¿Quién es?

—Aquella chica de la canoa, la que conocimos cuando vinimos aquí. Hace mucho tiempo. La odawa. La que te dio el helecho.

Jinot la miró con atención. Encogida de aquel modo, ¿cómo iba a reconocerla? Helecho, ¿qué helecho? ¿Quién iba a acordarse, después de seis u ocho años, de una chica en una canoa? Josime, Josime sí se acordaba. Jinot se acercó a ella y le dijo:

—Hola, guapa.

Ella alzó la vista.

—¿Jinot? —preguntó. Unas lágrimas brillaron en sus ojos. Estaba delgada, medio famélica, estimó. No la recordaba, pero ella sí lo recordaba a él.

—Con el tiempo las cosas irán a mejor, no llores. —Regresó junto a Josime, que tenía la respiración acelerada—. No me acuerdo de ella. —Dirigiéndose a madame Georgine, preguntó—: ¿Cómo ha llegado aquí esa chica?

—¿Tú qué crees? La trajeron unos hombres. Comerciantes, comerciantes de pieles. Una chica conflictiva, ésa, una inútil. Araña y muerde. No tardaré en deshacerme de ella.

Cuando Jinot volvió a mirar, Josime había llevado a la muchacha a una de las mesas y hablaba con ella muy en serio, y le hacía preguntas con aquella postura suya, echando la cabeza al frente, como para captar el más mínimo susurro. De pronto Jinot se hartó de aquel sitio. Sintió que el matarratas le retorció las entrañas.

En la puerta, volvió la vista atrás. La muchacha miraba a Jinot por encima de Josime con expresión suplicante. Josime, con la cabeza muy cerca de la de ella, seguía hablando.

—No escucha ni una sola de sus palabras —susurró Jinot. De pronto se acordó de que él llevaba todo el dinero. Una vez más, se acercó a madame Georgine y le puso el dinero en las manos—. Yo corro con los gastos de mis hermanos y nuestro amigo Martel. Después tienen que ir al Wing King. Ya lo saben, pero díselo igualmente.

Paseó por las aceras entarimadas. Pensó en Josime, pensó en la muchacha. Seguía sin acordarse de ella. Lo que recordaba de aquel viaje en la canoa era la expresión intensa en los ojos brillantes de Josime; él había supuesto que esa mirada fija e interminable iba dirigida a todas las chicas. Pero debía de ser sólo para ésa en particular. Sintió un poco de lástima por Josime.

Por la mañana, Amboise y Martel lo esperaban frente al Wing King.

—¿Dónde está Josime? —A Jinot le dolía la cabeza, y advirtió cierto sufrimiento también en ellos.

Amboise movió la cabeza en un gesto de negación. Siguió un largo silencio.

—Tengo que preparar un té —dijo por fin.

—¿Dónde está Josime?

—Se llevó a aquella chica. La vieja madame, chillando como una gata salvaje, insistió en que no podía irse, en que Josime tenía que pagarle, y él no tenía dinero, pero sí le dio algo; tal vez se encontró en el bolsillo algún billete del que se había olvidado, y ella se calló. Josime nos encargó que te dijéramos que se iba a Manitoulin con esa chica, insistió en que lo esperaríamos, que volvería.

—Esperar, ¿dónde? Aquí no hay ningún sitio donde esperar. No tenemos dinero.

—Buscaremos trabajo. Esto está lleno de aserraderos. Ya sabes, hay que trasladar los troncos hasta las serrerías. Clasificar las piezas en el embalse. Y otros empleos. Hay trabajo de sobra para quien conoce bien los maderos y el

agua, ¿no?

Tenía razón. Encontraron ocupación en los aserraderos, y el propietario bizco y desdentado del Wing King, en otro tiempo leñador y gancho, les permitió quedarse mientras pudieran pagar. Podían pagar, pero Amboise y Martel empezaron a gastarse todo el dinero en bebida. Amboise decía que no le importaba, que le gustaba el whisky. Jinot, a quien también le gustaba el whisky y que no sabía a qué distancia estaba de allí Manitoulin, confiaba en que Josime regresara pronto para poder marcharse de la ciudad, para regresar a la vida abstemia de los campamentos.

Pasados más de dos meses, Jinot entró un día en el almacén del Wing King, y allí estaba Josime, tendido en su cama con los ojos cerrados. Se incorporó.

—¿Por qué has tardado tanto en volver? —preguntó Jinot.

—Hermano, mi vida ha cambiado mucho. Ya no corto árboles. Me voy a quedar para siempre con esa chica en la isla de Manitoulin y a abandonar las costumbres del hombre blanco, el trabajo del hombre blanco. Esa chica es mi mujer. He venido a decírtelo, y me vuelvo con ella.

—Eres como Kuntaw —dijo Jinot—. Esclavo de una mujer. Y ahora hablas ya de otra manera. Demasiado tiempo en compañía de esa chica de Manitoulin.

—Hago bien en vivir con ella en el bosque, lejos de hombres apestosos y de los estragos de la tierra. Es... mi deseo.

Jinot pensó que se parecía mucho a Beatrix, sobre todo por sus ojos claros.

—Lo entiendo —dijo.

—Es una alegría que tú no entiendes —replicó Josime fríamente. Permanecieron en silencio durante largo rato, hasta que Josime volvió a hablar —: Me gustaría que vinieras conmigo. Sé que no lo harás, pero me gustaría. Ya no somos jóvenes. Serías feliz comiendo pescado blanco, viendo a esa gente llevar una buena vida, no la vida falsa del hombre blanco que llevamos en el campamento maderero. Ven un día a Manitoulin, y verás que es verdad lo que digo.

—Claro que iré, Josime, iré de visita, a verte, a ti y a tus hijos. Pero me asusta que hagas esto. Tal vez me gustaría ser yo quien lo hiciera.

Josime se echó a reír.

—¡Tú! ¿Dejar tú el hacha? Lo dudo mucho. Pero quiero contarte algo que he visto a un día en canoa al sur de ese territorio. Hermano, he visto con mis propios ojos los pinos blancos más grandes que crecen en este mundo. Según la gente de Manitoulin, ese pinar es enorme; quizá abarque mil millas inglesas. Ese bosque es suyo, y ellos lo recorren, viajan por los ríos, porque son comerciantes y llevan generaciones siendo comerciantes. Son buena gente que no ha olvidado las viejas tradiciones. No hables nunca a ningún blanco de ese pinar, porque vendrán en bandada como *ples*, como palomas migratorias, y lo talarán. No se lo digas a nadie. Nunca.

Jinot no se lo diría a nadie, pero los blancos llegarían allí de todos modos.

Unas semanas después, Jinot, Amboise y Martel se encaminaron hacia Maine. Antes de ir a Bangor en busca de trabajo, pasaron por la bahía de Penobscot. A Josime se le había quedado pequeña una camisa y quería regalársela a su sobrino, el hijo de Francis-Outger, Édouard-Outger. Ya casi debía de ser un hombre.

VI

«La Fortuna es una verdadera puta»

(1808-1826)

mesa taraceada

El capitán James Duke, ya cincuentón, moreno y más bien apuesto, era un hombre difícil. Exhibía una actitud obstinada y severa para disimular la conciencia de su propia inutilidad. Quijotesco, pasaba de la autocompasión enfermiza a un inflexible rigor en el trato con su tripulación y consigo mismo. Atisbaba el futuro en forma de una probable sucesión de decepciones.

En la borrachera anual de todo un día (su malhadado cumpleaños), acometía la lastimera letanía de que se había visto arrojado a un barco británico, en el puesto de guardiamarina, cuando contaba diez años, «tal como se amarra un cachorro no deseado a un árbol en el bosque y se lo abandona para que lo destrocen las bestias salvajes». Para colmo, lo habían admitido en el puesto sólo porque su abuelo, el viejo Nicolaus Duke, escribió a Dred-Peacock, aún más anciano, y le rogó el favor de que lo recomendara. Una vez concedido ese favor, Nicolaus Duke y el vetusto aristócrata murieron con pocas semanas de diferencia, y ya no se pudo contar con ellos. Pero James Duke perduró; mientras los ascensos se otorgaban una y otra vez a candidatos de influyentes familias de hacendados o miembros de la nobleza, él perduró.

Le había ido relativamente bien en el examen, y luego se quedó estancado durante años en el puesto de «guardiamarina titulado». Pero, con las guerras napoleónicas, ascendió rápidamente al rango primero de teniente y después al de capitán. Y ahí se había quedado hasta que, cumplidos ya los cincuenta y un años, recibió una carta de Freegrace Duke, su primo de Boston, en la que le preguntaba si accedería a dirigir el consejo de administración de Duke & Sons para cubrir la vacante dejada por la muerte de su padre, Sedley.

La muerte de su padre pilló a James por sorpresa. No había recibido noticias suyas ni sabido nada de él por otros cauces desde hacía años. Nunca le había llegado una carta suya, ni un recordatorio, ni lo había visitado. Pensó que si Sedley le había dejado algo en su testamento, sería una suma insultantemente mísera, quizá un simple chelín, o un mensaje de censura brutal por haber causado la muerte de su primera esposa, la madre de James; siempre había sabido por qué lo odiaba su padre.

Con el paso de los días, contempló la posibilidad de ocupar ese puesto en el consejo de administración de la compañía maderera de la familia. Era poco lo que James había recibido de los Duke, aparte de una asignación anual de cincuenta libras. Si aceptaba el cargo, se vería obligado a hacer concesiones, tendría que volver a ser americano. Aportaría un toque de distinción inglesa a las sin duda toscas reuniones del consejo de Duke & Sons, probablemente la razón por la que lo invitaban a incorporarse. Se imaginaba esas reuniones: una mesa de roble rayada con media docena de patanes repantigados alrededor en bancos de pino, jarras de cerveza casera con una pizca de ron, comentarios obscenos en estado de ebriedad, porque le costaba imaginar a los Duke como modelos de comportamiento moral.

Antes de poder redactar su fría nota de rechazo, llegó una carta de un bufete de Boston firmada por el abogado Hugh Trumbull. Corría el mes de diciembre, ya a finales, la peor época del año inglés, y los días eran cortos y oscuros. El abogado Trumbull rogaba a James que se personara en Trumbull & Tendrill en cuanto pudiera organizar el viaje, a fin de conocer una circunstancia ventajosa para él; adjunto se incluía un giro postal por valor de cien libras (a cargo de Duke & Sons) para cubrir el gasto del pasaje a Boston. Tan raras se le antojaron las palabras «circunstancia ventajosa para usted» que decidió en el acto aceptar el ofrecimiento de Freegrace y trasladarse permanentemente a Boston. «Ventajosa» daba a entender algo más que un chelín. Hizo sus preparativos y compró el pasaje con destino a Boston.

El *Western Blessing* iba abarrotado de inmigrantes alemanes que viajaban a Pensilvania en busca de una utopía, discutiendo sin cesar en torno a los detalles del paraíso terrenal que los esperaba. Para mantenerse a distancia

de ellos, James Duke se quedaba en su camarote durante el día, y salía sólo a tomar el aire invernal o a cenar y beber una copa con el capitán Euclid Gunn, que era aún mayor que él, pero de igual rango. Ante un pollo asado, repasaron la lista de marinos que ambos conocían. Estuvieron hablando de amigos retirados e inválidos a medida que descendía el nivel de la licorera.

—El capitán Richard Moore, uno de los marinos más competentes que conozco, se ha visto obligado a abrir un puesto de arenques en Bristol. Es usted un hombre con suerte, capitán Duke, por su relación con una familia acaudalada. Algunos de nosotros, cuando abandonamos el mar, llevamos una vida triste en tierra como pescaderos o carreteros. Yo personalmente no albergo la menor esperanza de obtener una lucrativa sinecura, pero espero que se me lleve la parca antes de tener que empujar un puesto ambulante de mejillones.

—Me asombra saber que Dick Moore se halla en tal tesitura. Pero estoy seguro, capitán Gunn, de que el futuro le deparará a usted algo más satisfactorio que la venta ambulante de almejas. Si no recuerdo mal, tiene usted fama de tallar unas mesitas preciosas.

—Verá, es sólo un pasatiempo; nunca he pretendido ganarme la vida con eso.

—Podría intentarlo. Todo el mundo admira las mesitas, ésa sin ir más lejos —dijo, y señaló una muestra de la labor artesanal del capitán, una mesa rinconera de ébano taraceada en la que aparecía representado un buque a toda vela tallado en marfil de colmillo de morsa—. Cualquiera familia de marino se alegraría de poseer un mueble tan hermoso.

—¡Quédesela cuando desembarquemos! Haré otra, pero llévese ésta como recuerdo de sus años en la mar y de este viaje. Insisto. Mire, tiene un cajón secreto donde guardar las cartas de amor, ¿eh?

Una vez por semana, otros invitados selectos se sentaban a la mesa del capitán, y en una ocasión los acompañó también una dama, la señora Posey Brandon, una mujer morena de considerable estatura, bastante más alta que cualquiera de los caballeros sentados a la mesa, que permanecía en silencio casi todo el tiempo a menos que se la instara a hablar. Regresaba a casa,

después de una larga visita a un pariente, para reunirse con su marido, Winthrop Brandon, un predicador presbiteriano que se había labrado cierto nombre con un libro de preceptos virtuosos. Otro pasajero, Thomas Gort, le dedicó excesivas atenciones. James entendió por qué la adulaba Gort: la mujer tenía unos ojos grandes y oscuros como el ónice, orlados de espesas pestañas. Pero Gort se pasaba de la raya. Cuando la señora Brandon contó que había visitado la exposición de madame Tussaud, en el Lyceum Theatre, que reunía curiosidades del mundo del crimen moldeadas en cera, Gort le pidió repulsivos detalles. La mujer adujo recatadamente que había desviado la mirada ante muchas de las piezas expuestas.

—No me explico cómo es posible que una representante del bello sexo, aunque sea alemana o francesa, haya cultivado una forma de expresión tan desagradable —dijo, y procedió a cortar un trozo de carne—. Según tengo entendido, desarrolló esa habilidad haciendo flores de cera para las coronas fúnebres.

Después de eso, calló.

Los días transcurrieron despacio, sin más paisaje que el horizonte inclinado. A medida que se acercaban al continente, empezaron a ver cada vez más barcos, leviatanes de madera con los cabos tensos como las cuerdas de instrumentos musicales, resplandecientes de salitre. El puerto de Boston estaba tan atestado que anclaron a veinte minutos a remo de los muelles.

James localizó en la cubierta su baúl, marrón y gastado. No vio la prometida mesa taraceada entre las cajas y fardos que desembarcarían, y fue a buscar al capitán Gunn al puente.

—Quería darle las gracias otra vez por la mesa —dijo.

Tuvo la impresión de que el capitán Gunn reaccionaba con frialdad.

—Ah —contestó.

—Capitán, espero con ilusión el momento de disfrutarla en mis nuevos aposentos.

—Ah.

—¿Voy a buscarla yo mismo para subirla a cubierta?

—¡Ja! ¡Tú, Woodrow! —bramó a un marinero—. Ve a buscar la mesita de mi camarote y súbela a cubierta para este caballero.

Sin duda la palabra «caballero» rezumaba un tonillo de desdén. James Duke dedujo que el capitán Gunn era en esencia un hombre cicatero a quien el vino de Madeira había vuelto momentáneamente generoso.

James Duke se apretujó en la barcaza con más de veinte pasajeros, bostonianos a juzgar por sus acentos. En su impaciencia por llegar a tierra, movían inquietos los bultos de un lado a otro. Una corpulenta matrona se levantó para coger un pequeño baúl. El peso la sorprendió y se tambaleó; intentó sostenerlo, y finalmente cayó con un grito al puerto invernal. Con la respiración entrecortada, se agarró a la borda, y con su peso echó al agua a otros dos pasajeros. El capitán Duke tendió la mano a un hombre aterrorizado, y la barcaza, lenta pero inexorablemente, se escoró y lanzó por la borda a otras diez o doce personas entre bramidos y zarpazos. Ahogando una exclamación, James Duke agitó los brazos (porque no sabía nadar) en un esfuerzo por alcanzar la borda. La tocó con la mano, pese a que apenas la sentía, pero volvió a sumergirse cuando la mujer corpulenta lo rodeó con un brazo. Se zafó de su captora y, recurriendo a un movimiento natatorio atávico, irrumpió en la superficie y respiró el dulce aire. Algo le agarró el pelo y lo arrastró hacia el costado de la barcaza, algo lo sujetó por el cuello del abrigo y tiró de él implacablemente. Pasó por encima de la borda, cayó al fondo de la embarcación y alzó la vista para ver a la persona que lo había salvado: una mujer con toca negra que lo miró con ojos brillantes de un negro intenso. Era la señora Brandon, que había desplegado la fuerza de dos hombres.

Farfullando palabras de agradecimiento y la promesa de visitar a su rescatadora al cabo de unos días, James Duke regresó a su tierra natal aquel primero de febrero. Mojado y aterido, consiguió que un cabriolé de alquiler lo llevara a la hostería El Pino. Mientras esperaba que llegase su baúl, se quedó lo más cerca posible del fuego bebiendo té muy caliente. Al final subieron el baúl a su habitación, y él, tembloroso, se puso la ropa de mayor abrigo: lana, lana, buena lana inglesa.

En Boston hacía un frío atroz; durante una semana cayeron a diario cuatro o cinco centímetros de nieve, hasta que todo quedó cubierto y en silencio, los tejados, los carruajes, y seguía nevando. Dos días después de su llegada, con una palpitante jaqueca, James Duke se encaminó hacia el bufete de Trumbull & Tendrill resbalando en los adoquines helados.

El escribiente que lo dejó pasar y le cogió el sombrero le lanzó dos rápidas miradas de perplejidad antes de recuperar su habitual aire de indiferencia, una expresión vacua con la que clasificaba a las personas a quienes conocía como si fueran butacas o secadores de tinta. Lo mismo ocurrió con el abogado Hugh Trumbull, que abrió la boca y volvió a cerrarla al instante. En su rostro arrugado se dibujó de pronto una sonrisa. Podría haber sido inglés, pensó James, advirtiendo la elegante chaqueta cruzada de amplias solapas. Dándole la bienvenida entre risas, Trumbull acomodó a James en un sillón próximo al vivo fuego. El escribiente les sirvió dos vasos de ponche de ron caliente.

—¡Me ha dado un buen susto! Es asombroso lo mucho que se parece usted a su difunto padre. —Trumbull se bebió medio vaso de ron e hizo un gesto en dirección a la ventana, donde los copos de nieve que caían ocultaban prácticamente la calle y los edificios de la otra acera—. ¿Puede creer que he cazado ciervos desde esta ventana? —preguntó—. De eso hace ya muchos años, desde luego; actualmente los ciervos escasean. En fin, caballero, vayamos al grano.

A lo largo de la siguiente hora, Trumbull lo puso al corriente de los detalles del testamento de Sedley Duke.

Eufórico y confuso, James Duke regresó a El Pino con una pesada carga de llaves en el bolsillo. En esencia, Sedley Duke se había arrepentido de su prolongado odio y había dejado en herencia a James la mitad de su considerable patrimonio, incluida su vivienda, al norte de Tremont Street, junto con dos hectáreas y media de jardín, un vergel, ocho hectáreas de prado, un establo con doce cuadras, dos carruajes, cada uno con seis pares de caballos, casi ochocientas mil hectáreas de bosque en Maine (legadas a Sedley por el antiguo socio de Charles Duke, Forgeron), una colección de

reliquias indias, un cocodrilo disecado, ocho fuentes de plata, veinticuatro bandejas de peltre, un cuchillo con el mango de carey, una biblioteca con ochenta y cuatro volúmenes, dos toneles de *vinho* portugués, ocho barriles de ron, dos chalecos con escenas bucólicas bordadas, cinco alfombras turcas, seis almacenes a rebosar de madera, once hectáreas de marisma, intereses parciales en varios buques, talleres de potasa, una fábrica de tejas, tierras forestales en Ohio, cuentas bancarias y acciones, y otras cosas que no recordaba.

Trumbull había disfrutado enumerando pormenorizadamente las disposiciones del testamento.

—Los criados están en la casa y confían en que usted siga contando con sus servicios. Puede que recuerde que su padre llamó a la finca Cisne Negro y pobló de esas aves el estanque. Hace cuarenta y tantos años todo eso era bosque agreste y sombrío, y ahora hay atractivas haciendas. Le aconsejo que conserve a los criados, porque comprenden las peculiaridades y virtudes del lugar y le harán a usted más agradable la transición a la vida en Boston.

James, inmóvil y boquiabierto, apenas daba crédito a lo que oía.

—La señora Trumbull y yo esperamos que nos conceda usted el favor de cenar con nosotros dentro de una semana. Asistirán a la velada algunos de sus primos, porque hemos pensado que quizá desee usted conocerlos fuera de la oficina.

—Caballero —dijo James—, caballero...

Con una intensa jaqueca y la garganta como una cinta de fuego, James Duke guardó cama en El Pino durante los siguientes cuatro días, medio inconsciente, soñando con los placeres que le esperaban. Se trasladaría a la casa en cuanto se recobrara y después visitaría a Winthrop Brandon y señora, y a ella le demostraría debidamente su agradecimiento con un obsequio. Pero lo abochornaba haber sido rescatado del agua por una mujer. Debería haber sido él quien la rescatara a ella. ¿Y debía esperar hasta la cena en casa de los Trumbull o ir a ver enseguida al primo Freegrace Duke, quien sin duda estaba al corriente de la inesperada fortuna de James? Con toda seguridad intentaría arrebátarsela, para sí y los otros Duke, o al menos para las mermadas arcas de

la empresa, ya que ese hatajo de patanes probablemente había llevado a la compañía a una situación de desbarajuste. Quizá Sedley Duke había sido la oveja blanca en un rebaño negro.

Dio indicaciones al cochero del cabriolé para que lo llevara a la casa de su padre, ahora suya. Ascendieron por un camino con curvas hasta una casa de ladrillo rosada con la puerta lacada negra y ventanas rematadas en frontón. Contó ocho chimeneas humeantes. Una mujer de pelo cano con un sencillo vestido gris de lino abrió la puerta y lo miró con los ojos muy abiertos. Hizo una inclinación y, con voz inglesa de bienvenida, se presentó como la señora Tubjoy.

—El ama de llaves del señor Sedley. Y ahora a su servicio, señor. Le damos todos la bienvenida.

Cuando entró en el vestíbulo, se precipitó en su infancia como si se hallara sentado en un columpio y de pronto alguien le hubiera dado un vigoroso empujón. Conocía aquel lugar palmo a palmo. Allí estaba la recargada escalera de caoba que ascendía hacia la oscuridad del pasillo superior; allí, una de las relucientes varillas de sujeción de la alfombra, y allí —allí— el aterrador perchero, de más de tres metros de altura, profundamente imperioso. Ese mueble, con su espejo desazogado, sus ganchos para los sombreros y sus colgadores para las capas, era el guardia ceremonial de la casa. Cada día, cuando Sedley llegaba, colocaba su paraguas en el paragüero torcido, colgaba su chistera negra en un gancho, el abrigo en otro y, despojado de su apariencia urbana, entraba en el mundo del «hogar». Iba a su biblioteca y bebía whisky hasta que la criada anunciaba la cena con la campanilla. El joven James y Sedley se sentaban en los extremos opuestos de la mesa de cinco metros de largo sin cruzar jamás una sola palabra. Se sacudió ese recuerdo.

En el vestíbulo, detrás de la señora Tubjoy, había media docena de criados. En vano intentó retener sus nombres: Tom, el chico imberbe y risueño; Louisa, la cocinera. Dos hombres metieron en el vestíbulo su baúl y la mesita del capitán Gunn.

—Seguramente deseará usted ver la casa —ofreció la señora Tubjoy— y, después de un refrigerio, descansar hasta la cena, ¿no es así? Sígame, si es tan amable.

»¿Querrá acaso ocupar la habitación de su difunto padre, señor James? —preguntó a la vez que abría una maciza puerta de caoba. La habitación era espaciosa, las ventanas amplias, con vistas a robles de grandes troncos. El ama de llaves añadió—: Disculpe que me tome la confianza, señor James, pero es usted el vivo retrato de mi difunto señor.

—Sí, el señor Trumbull también me lo ha comentado. Pero eso es algo que no puedo evitar. No veía al difunto señor Duke, mi padre, desde que era niño. Así que desconocía ese parecido.

La descomunal cama era de caoba, con un dosel verde orlado de flecos y postes labrados en forma de delfines y sirenas. Advirtió un leve olor a tabaco, lana, betún y caballo. Cuando se inclinó sobre la cama para examinar las iniciales de la funda de la almohada, otro olor, rancio y desagradable, se elevó del colchón.

—Esos colchones de pelo de caballo deben cambiarse cada pocos años —explicó la señora Tubjoy al ver que él ensanchaba las aletas de la nariz.

—Me alegra que lo mencione, señora Tubjoy —dijo James—. ¿Y si quemamos todos los colchones viejos y los sustituimos por otros nuevos y mejores?

En la segunda planta, entró en una habitación que le gustó de inmediato. Era de un tamaño medio pero disponía de una gran chimenea. Frente al hogar, había dos acogedores sillones de orejas tapizados en brocado rojo desvaído. Admiró el color debilitado por el sol y de pronto se acordó de la mesa con el barco de marfil en taracea que le había cedido de mala gana el capitán Gunn.

—Señora Tubjoy, ¿podría traer el mozo mi mesita, la que está en el vestíbulo, ahora mismo?

—Naturalmente. Me encargaré de que así sea —respondió ella. Gris y callada, abandonó la habitación y bajó por la escalera.

A solas, examinó la habitación. Los muebles no eran de caoba sino de palo de rosa, y la cama tenía unos postes sencillos, sin dosel ni delfines labrados. Le gustaron las luminosas alfombras turcas y abrió un pequeño armario: estaba vacío, y le gustaban los espacios vacíos. Sobre el aguamanil colgaba un espejo amplio y un poco nublado, y se vio en él: la imagen oscurecida de un hombre de aspecto resuelto, fuerte, sin el menor indicio de su falta de valía. Desde las ventanas se veían los robles y, más allá, una franja resplandeciente de mar, invisible desde la habitación de su padre.

Los oyó en la escalera. La señora Tubjoy entró, seguida de Tom, el muchacho risueño, que acarreaba la mesa con aparente dificultad pese al escaso tamaño del mueble. El ébano era pesado, por supuesto, y el marfil también.

—Déjala ahí —indicó James al joven, que jadeaba y sostenía la mesa, los dedos sin color. Señaló el espacio entre los sillones de orejas, enfrente de la chimenea. La mesa encajaba perfectamente. Ésa sería su habitación.

un error de apreciación

La visita a los establos fue una experiencia embriagadora. James tenía para elegir entre una calesa o un cabriolé deportivo, y Billy, el mozo de cuadra de gruesos carrillos, dijo que había otros cuatro vehículos en la cochera, incluidos un trineo verde y un hermoso carruaje. Era un día soleado; escogió la calesa, con guarniciones de esmalte gris y embellecedores de plata. Billy dijo:

—El señor Sedley compró los alazanes especialmente para este coche.

Dicho esto, empezó a colocarles los arneses. Entró el cochero, Will Thing, enfundándose la librea. Locuaz y obsequioso, iba esparciendo un «sí señor» tras otro como si echara simientes a puñados en tierra recién roturada.

En la carretera, señaló los lugares destacados y los puntos distinguidos, los establecimientos y las casas de los principales comerciantes y hombres de peso. Pasó luego a hablar de los gustos y aversiones del señor Sedley, de modo que James pudo conocer a su padre a través de las impresiones de su cochero.

Los Brandon vivían en Williams Court, en una casita rústica cerca de dos tabernas y una librería religiosa. No había espacio para estacionar la calesa, y Will Thing dijo que esperaría en el patio del Liberty Cod, al otro lado de la calle.

Mientras James recorría el camino de tierra apisonada hacia la puerta, con su regalo en las manos, una bandejita de plata envuelta en muselina, para la señora Brandon, oyó sonidos inverosímiles dentro de la casa: golpes sordos

en la carne y un penetrante grito.

—¡Dios bendito, ese hombre le está pegando!

Se detuvo al pie de la escalera sin saber qué hacer: ¿debía marcharse y volver en otro momento, o llamar a la puerta y vérselas, tal vez, con un marido irascible en pleno arrebató de furia? ¿No era acaso responsabilidad suya salvar a la mujer que lo había salvado a él? Sí lo era, y llamó enérgicamente. Se oyó un áspero alarido. Volvió a llamar. La casa quedó en silencio. Al cabo de largos minutos, cuando se disponía ya a dar media vuelta, la puerta se abrió y la señora Brandon apareció en el umbral, sin aliento, con el pecho agitado.

—¡Señor Duke! Qué placer verlo. Pase, por favor, pase.

Él la miró pero no vio señales de maltrato, aparte de la respiración acelerada y un bucle negro fuera de sitio delante de una oreja. Tenía dilatadas las pupilas de sus bellos ojos. Él la siguió a una sala de estar desordenada, donde libros abiertos cubrían una mesa octogonal. Había un aparador lleno de peltre, cinco puertas y una hilera de luminosas ventanas.

—¿Le apetece un té, señor Duke?

—Me apetecería mucho —contestó él, y dejó el regalo en una silla de pino con un travesaño roto.

—Tardo sólo un momento. No tenemos servicio, así que lo preparo yo todo.

Salió de la sala a zancadas, y él, sentándose, echó un vistazo alrededor. La estantería acristalada contenía antologías de discursos expositivos de muchos predicadores. Miró las páginas abiertas de varios libros apilados en la mesa octogonal. Todos eran sermones. Un folio a medio llenar, una pluma y un tintero indicaban que el señor de la casa, el reverendo Brandon, estaba copiando el contenido de su inminente sermón. James oyó leves sonidos a lo lejos —el traqueteo de la tapa de un fogón, un tintineo— y, más cerca, un gemido muy discreto. Se acercó a la ventana y se asomó. Se disponía a sentarse cuando oyó que algo se deslizaba por detrás de una de las puertas. Se volvió. La puerta estaba entornada y, a través de la rendija, vio el rostro húmedo y en carne viva de un hombre de unos cuarenta años, con el cabello rubio apelmazado y mojado de sudor, los labios sangrantes, que mascullaba algo. De pronto, al oír acercarse el ruido de la bandeja con el té, se marchó a toda prisa.

—¡Aquí estoy otra vez! —exclamó la señora Brandon alegremente cuando entró en la sala con la bandeja. Echó una ojeada, pero no vio dónde dejarla—. Sujétela un momento, ¿quiere? —dijo, y le endosó la bandeja.

James la sostuvo con un zumbido de curiosidad en la cabeza. Ella barrió la mesa octogonal con uno de sus fuertes brazos y arrojó ruidosamente al suelo los libros de sermones. Recuperó la bandeja de las manos de James, que la miraba atónito.

—Ahí tiene. No se preocupe por esos libros viejos: son sólo el trabajo del señor Brandon. Tiene un gabinete más que aceptable, pero prefiere desparramar sus libros por la mesa de centro. Según él, aquí hay más luz, pero me parece que lo hace para molestar. Le cayó un rayo hace dos veranos, y desde aquel día ha tenido un comportamiento un tanto difícil. —Posó en James sus grandes ojos oscuros con tal intensidad que éste empezó a tartamudear y farfullar:

—He conocido a hombres..., a marinos..., a otras personas a quienes les..., les ha caído... un rayo..., a otras personas..., ya me entiende..., y cuando no los mata, les hace daño, les trastoca sin duda la mente... a menudo... en gran medida. Algunos se recuperan, otros jamás. Algunos. —Y prosiguió, describiendo varios casos de trastornos mentales debidos al impacto de un rayo.

—Mucho me temo que ése es el caso del señor Brandon. Vivo con el alma en vilo temiendo que en cualquier momento se cause un daño mortal, tan alteradas tiene las facultades mentales. Le cuesta mucho predicar. De noche vaga por las calles. —Le tendió un plato de pastelitos de nueces, y él cogió uno. Con tono pesaroso, explicó—: Estas nueces las cogí con mi padre la temporada pasada. Recogí cientos y las guardé para el invierno. Si el señor Brandon se ganara mejor la vida, quizá tendríamos dinero para contratar a un jardinero y alguna criada que recogiera las nueces. Resulta agotador tener que andarse siempre con economías. Yo no me crié para vivir de esta manera. En mi visita a la tía de mi madre en Inglaterra me mimaron mucho. Su marido comercia en paños y en su casa de campo todo es de la mejor calidad. Poseen otra casa en la ciudad, en Londres; tendría usted que verla. Una auténtica joya. —Una vez más, aquella mirada oscura.

—¿El señor..., el párroco..., el pastor... Brandon no pudo... acompañarla?

—No, imposible. Tiene una pequeña grey y se siente responsable para con ella. Además, como su comportamiento es un tanto imprevisible, me pareció mejor no mezclarlo con la buena sociedad. Una vecina cuidó de él en mi ausencia.

James cogió el toro por los cuernos.

—Mientras estaba usted preparando el té me ha parecido ver al... al señor Brandon, supongo. Ha piado..., digo, espiado desde esa puerta —informó James, y muerto de vergüenza señaló en esa dirección—. Se lo veía un tanto... ¿fuera de sí...? —De hecho, su impresión era que el señor Brandon estaba borracho como una cuba.

—No lo dudo —contestó ella—. Siempre está fuera de sí. Es mejor no prestar atención a sus payasadas cuando se encuentra en ese estado.

Ante esto, aparentemente, no había nada que decir. Ella bajó la mirada. Se impuso un largo silencio. James percibió que ella aguzaba el oído por si llegaba algún ruido del fondo de la casa. Examinando su rostro, trató de combatir el poderoso efecto de aquellos ojos negros a fuerza de encontrarle defectos a la nariz, demasiado larga, y la boca, ancha y de labios finos.

Incapaz de encontrar nuevos temas de conversación —después de salir a la luz el asunto del marido trastornado, era tarde para hablar del tiempo—, James Duke, repentinamente locuaz, empezó a hilvanar los detalles de su buena fortuna, su sorpresa y satisfacción por haber recibido una gran herencia de su padre, de quien vivía distanciado desde hacía mucho.

—Verá —dijo—. Me alejaron de casa a una edad muy temprana para convertirme en oficial de la marina, y a lo largo de los años nunca mantuvimos correspondencia. Mi madre murió cuando yo nací, y mi padre siempre me culpó por ello. Con todo, he sobrevivido y ahora he accedido a una buena situación.

La señora Brandon, centrando la atención plenamente en él, dijo:

—¡Qué desenlace tan afortunado! Todos soñamos con que un pariente rico nos colme de oro y mansiones, pero usted es la primera persona que conozco que ha experimentado semejante suerte. ¿Y qué hará ahora? ¿Vivir felizmente por siempre jamás? Su esposa estará contentísima, ¿no?

—Participaré en los negocios de la empresa familiar, Duke & Sons; todavía no sé muy bien en calidad de qué. Y en cuanto a lo otro, no me he casado. Siempre he estado soltero.

—¡Vaya por Dios! —exclamó la señora Brandon—. ¿Duke & Sons, ha dicho? ¿La gran compañía maderera? —Sus ojos eran charcas en un bosque.

—Sí. Es el negocio de la familia, y voy a incorporarme a él. Me han pedido que entre en el consejo de administración..., un puesto que antes ocupó mi padre. Pero la verdad es que estoy un poco inquieto, porque apenas sé nada del sector de la madera.

—¡Mi querido señor Duke! Quizá yo pueda ayudarlo. Soy hija de Phineas Breeley, de Contratistas Madereros Breeley, una empresa de New Brunswick. Mi padre tiene muchos negocios en Maine. De joven, yo lo ayudaba con el papeleo. Sé algo del asunto, y todo lo que sé se lo transmitiré a usted. Y después le buscaremos una esposa.

James volvió a visitar a los Brandon a la semana siguiente. La señora Brandon lo hizo pasar.

El señor Brandon no estaba a la vista: «Enclaustrado con otro ataque», explicó la señora Brandon, cuyo nombre de pila, dijo a James, era Posey. La mujer sonrió, mirándole los labios mientras él hablaba. Luego le preguntó por sus primos y el negocio de los Duke, le pidió que la ayudara a elegir entre un chal de color azul oscuro y uno de cachemir rosa, y después, del armario del rincón, sacó un legajo de hojas escritas en apretada letra sujetas con un alfiler, donde se describían pormenorizadamente la estructura y los procedimientos de la empresa contratista maderera de su padre: el trabajo de éste como prospector forestal, los campamentos madereros más baratos, dónde encontrar a los mejores hombres (hombres penobscot, que se hallaban en Bangor). James pensó que jamás había conocido a una mujer tan inteligente y extraordinaria, y así se lo dijo. Para sus adentros, pensó que no sólo tenía los ojos hermosos, sino que además poseía la gracia de un cisne, la voz de una paloma. Pestañeando con aquellos ojos preciosos y sonrojándose desde el escote hasta el nacimiento del pelo, la señora Brandon le rogó que volviera a visitarla a la semana siguiente, cuando hubiera digerido de principio a fin sus apuntes sobre

el negocio de la madera. Ella contestaría a sus preguntas e incluso lo sometería a examen si él lo consideraba beneficioso. Pero antes de eso debía asistir a la cena en casa de los Trumbull: a las siete de la tarde del día siguiente. Por fin conocería a sus primos Duke.

Era una tarde ventosa, hacía un frío cortante y neviscaba. ¿Acaso nunca iba a llegar la primavera? Se presentó en casa de los Trumbull un minuto antes de las siete, y en la penumbra vio imponerse un edificio de ladrillo. Le abrió la puerta un hombre negro con librea negra. En ese preciso momento llegaban en su coche los primos y sus esposas. Intercambiaron nombres y saludos en el vestíbulo mientras el señor Trumbull los animaba a entrar en el salón, donde un vivo fuego irradiaba ondas de calor. De pie cerca de la chimenea, un gigante de calva abovedada con un exquisito chaleco bordado francés sostenía una copa. Ése era el otro socio del bufete, Josiah Tendrill, y le estrujó la mano a James a la vez que, en medio de una ráfaga de aliento cargado de coñac, comentaba:

—Un gran parecido, ciertamente un gran parecido.

El primo Freegrace Duke, rollizo y bajo, respiraba con un estertor asmático. El hermano de Freegrace, Edward, era un hombre grande y pesado como su padre, George Pickering Duke. Ninguno de ellos ofrecía el aspecto de patán que James había imaginado. La esposa de Freegrace, Lenore, era una mujer hermosa, pálida, de ojos grisáceos y moño rubísimo, que captaba la atención en cualquier reunión. James quedó atónito. ¿Cómo era posible que un hombrecillo así de gordo hubiera conseguido una esposa así de bella? La esposa de Edward, Lydia, era más del montón: tenía trenzas castañas prendidas en torno a la cabeza y la costumbre de aclararse la garganta antes de hablar.

Todos lanzaban miradas a James una y otra vez, y por fin Freegrace dijo:

—Perdona que te miremos tanto, pero el parecido entre Sedley y tú es poco común. Es como si tu padre se hubiese marchado hace seis meses en busca de la fuente de la eterna juventud y esta noche se hubiese reunido de nuevo con nosotros.

A James le disgustaban las continuas referencias a su padre como origen de su propio aspecto, por ciertas que fueran. Una criada sirvió ponche de ron caliente para los caballeros y copas de jerez para las señoras. Hablaron del frío y de aquel mal tiempo impropio de esa época del año.

—Es francamente anormal lo mucho que se está alargando este invierno —dijo la señora Trumbull.

—Ay, James —comentó Lenore—, en Boston te curtirás. El templado clima de Inglaterra queda en tu pasado lejano. Aquí debemos envolvernos en pieles para conservar la vida. Salir en invierno o en una primavera como ésta es siempre una aventura peligrosa.

Josiah Tendrill habló de una gran ventisca de su infancia.

—Nevó durante cinco días seguidos, y cuando paró, los ventisqueros llegaban a la altura de los aleros de las casas de tres plantas. Se necesitaron quince hombres paleando durante tres días para sacarnos.

La cena fue larga, pero no se pronunció una sola palabra sobre el negocio, Duke & Sons.

Al final llegó un pudín inglés veteado de llamas azules de coñac, y cuando quedó reducido a migas, las damas se retiraron a la salita de la señora Trumbull y los hombres a la biblioteca para fumar sus puros y disfrutar de un coñac de importación.

—Os ruego que me habléis un poco más de la familia —instó James—. Recuerdo a un gran número de primos. ¿No participan algunos de ellos en el negocio familiar?

Edward exhaló un suspiro.

—El tiempo no ha sido benévolo con la familia. Perdimos a casi toda una generación. Tu tío Piet contrajo el cólera en una visita a Virginia en el muy caluroso verano de..., cuánto hace..., ya muchos años, y no sobrevivió. Está enterrado allí. La tía Patience Deckbolt sufría de agotamiento mental y finalmente falleció mientras dormía. Tres hijas tuyas viven aún en la ciudad con sus maridos y familias, y las conocerás en una futura reunión. Ninguno de sus maridos..., en fin, me abstendré de describir a los maridos. El nieto de Patience, Cyrus, es un joven inteligente y parece prometedor para la compañía. Lo hemos contratado. Con el tiempo ascenderá en el escalafón del éxito. Lo conocerás cuando celebremos nuestra reunión en junio. Tus hermanastros, la

segunda familia de Sedley, se han retirado todos a Filadelfia. Maury, el mayor, que es el otro hijo varón de Sedley, tu medio hermano, podríamos decir, trabaja en un banco, y lamento que no se quedara en Boston porque es sin duda un buen maderero.

—¿Y no hay otros primos y parientes a quienes debería conocer?

—Tu tío abuelo, el viejo Outger Duquet, regresó a Ámsterdam o Leiden y llegó a ver el cambio de siglo. Siguió recibiendo su estipendio de la empresa hasta el final. Pero ahora ya no está entre nosotros. Su hija mestiza vivió en flagrante concubinato con un indio en la casa de Outger en la bahía de Penobscot. Engendraron un regimiento de chiquillos indios. No los conocemos. Ya he mencionado a Cyrus Hempstead. Y está también Lennart Vogel, el único hijo de tu tía abuela Doortje Duquet. Así que, como ves, te corresponde a ti ayudarnos a reabastecernos de ideas y fortuna.

Pasaron las semanas, y James visitaba a la señora Brandon a menudo. Se habían convertido en grandes amigos. Era absurdo fingir que visitaba a los dos, el marido y la mujer. El señor Brandon siempre andaba con sus ataques, y James en realidad nunca lo había visto, salvo por aquel vislumbre de unos ojos enloquecidos en su primera visita.

Había leído con atención las notas de la señora Brandon sobre el negocio maderero de su padre.

—Todavía son muchas las cosas que no entiendo —admitió—. Por ejemplo, oigo por todas partes que el mejor pino se encuentra en Maine, pero sé poco o nada de Maine.

—¿Qué podría ser más fácil? Maine aún no es un estado, pero sin duda pronto lo será. Es un extenso territorio de densos bosques, donde predomina el valioso pino blanco. Un millar de lagos y embalses salpica Maine como los agujeros de una rebanada de pan fermentado con levadura. Lo atraviesan grandes ríos, cada uno con un centenar de afluentes. Puedo darle los nombres de algunos de ellos, y la próxima vez que venga le tendré preparado una especie de mapa con los mejores cauces: el Androscoggin, el Kennebec, el

San Jorge, el San Juan y el Allagash, y el mejor de todos, el Penobscot. Todos los ríos de Maine tienen innumerables afluentes, pero sólo es posible bajar troncos por ellos construyendo azudes durante el deshielo de primavera.

Cuando ella lo miraba tan intensamente, él a duras penas podía pensar y le suponía un esfuerzo encontrar preguntas sensatas.

Una tarde James entró en la ya tan conocida sala y se encontró a Posey Brandon sentada a la mesa con una pila de facturas y cuentas. En su rostro se veía un rastro de lágrimas. Tras secárselas y soltar la pluma, se metió apresuradamente en la cocina para preparar el té. Él echó una ojeada a las cuentas: Dios bendito, pero ¿cómo vivía esa mujer? Los Brandon estaban sin un centavo. ¿Era justo que una mujer tan inteligente y atractiva tuviera que preparar el té ella misma en una mísera cocina? Si bien él nunca había entrado en ninguna otra de las habitaciones de la casa, se encaminó hacia la cocina. La ayudaría. ¡Vaya que si la ayudaría!

Ella estaba echando yesca al fogón. En la cocina flotaba el hedor de los malos desagües, la esteatita húmeda, las cenizas viejas y un paño de cocina acre. Al oír las pisadas, la mujer se volvió con el entrecejo muy fruncido, pero, al ver que era James, el ceño se transformó en una sonrisa bañada en lágrimas y marcada por unos hoyuelos.

—¡Ah! Pensaba...

James sabía qué era lo que pensaba: pensaba que era el señor Brandon, propenso a los ataques, quien en ocasiones se abalanzaba hacia ella dando tumbos, quizá temblando y soltando espumarajos, orinándose en el pantalón mugriento.

—Querida mía —dijo él, y la cogió de la mano—. No tendrá que soportar esto ni un solo día más. Contrataré a una mujer para que venga y la sirva de inmediato. Ahora olvidémonos del té, vayamos a la sala y charlemos un rato sobre lo que conviene hacer.

Porque se proponía pagar aquellas molestas facturas ya vencidas, se proponía internar al señor Brandon en un asilo, se proponía muchas más cosas. Tenía dinero y le daría uso. Conseguiría lo que deseaba, y deseaba a Posey Brandon.

Ella confesó que había empeñado la bandejita de plata que él le había regalado para pagar parte de las facturas y comprar comida. James estaba consternado y a la vez complacido de poder arreglar las cosas. Cuando se marchó de la casa al cabo de dos horas, había puesto en marcha los cambios.

—Pase —dijo la señora Deere, la nueva cocinera que también hacía las funciones de doncella, cuando abrió la puerta.

La mesa de la sala resplandecía de tan encerada y en el alféizar se alzaba un jarrón de flores de sauce de gatito. De la cocina llegaba el agradable olor de, según dijo la señora Deere, «un brazo de gitano de ruibarbo, el primer ruibarbo del año». James, por el derecho ya adquirido, fue a aquella deliciosa habitación donde la señora Deere había obrado milagros. El nuevo fogón relucía; el fregadero de esteatita ya no apestaba.

—Muy bien, señora Deere. ¿Ha tenido algún problema con... con el señor Brandon?

—No, señor. Le preparo pan con mantequilla y leche caliente, lo que, según el doctor Hudson, es bueno para las personas trastornadas. La señora Brandon se lo lleva y luego trae los platos. —La criada se acercó un poco y susurró—: Pero tengo que cerrar con llave la despensa de las sobras, porque intenta conseguir carne por todos los medios.

—Espero que no tardemos en encontrar una solución al problema. Yo mismo he ido a ver al doctor Hudson esta mañana. ¿Sería tan amable de traer el té a la sala mientras hablo con la señora Brandon de las averiguaciones del doctor?

—¿Y tarta de manzana? —preguntó ella, señalándola con el mentón—. ¿O brazo de gitano?

—Y tarta —convino él, porque el ruibarbo a veces sabía agrio.

—Querida mía —dijo a Posey Brandon a la vez que abanicaba con la mano el platito de tarta humeante—. Esta mañana he hablado un rato con el doctor Hudson. Tiene dos opiniones. Considera posible que el señor Brandon recupere algún día la cordura. Piensa que le vendría muy bien el aire puro, y un sitio donde pasear y hacer ejercicio. Con eso en mente, propone que deje

usted al señor Brandon bajo los cuidados de una familia en una granja. Agradecerían el dinero extra, lo mantendrían limpio y lo sacarían a tomar aire fresco a menudo. Ha pensado en un granjero en particular, un tal Jeremiah Taunton, que vive a unos ocho kilómetros de la ciudad, un hombre de talante tranquilo. Su esposa es una mujer generosa, muy agradable y discreta. Tienen dos o tres hijos. Acogerían bien al señor Brandon y le proporcionarían un alojamiento cómodo. ¿No le parece una buena solución?

—Sí, sí, desde luego. Pero ha dicho que el señor Hudson tenía dos opiniones.

—Eso he dicho, sí. Y así es. Ha añadido que si, por alguna razón, el señor Brandon no mejora al cuidado de esos granjeros o padece arrebatos de descontrol y frenesí, existiría la posibilidad de internarlo en el Hospital Público para Personas con Demencia y Trastornos Mentales de Williamsburg, en Virginia, una institución única en su género que Boston sin duda debería emular. Aquí vemos a los locos e ineptos vagar por el campo; en Williamsburg, en cambio, los tienen en un lugar especial y les dan tratamiento. Los cuidadores utilizan muy diversas terapias, como los baños de inmersión o la administración de ciertos fármacos, sangrías y determinados bálsamos. Disponen de patios para hacer ejercicio.

—Parece un buen sitio. Pero primero enviémoslo a la granja. ¿No deberíamos mandar también sus libros de sermones? Puede que reanude sus lecturas y escritos. Antes de caerle el rayo, eso era muy importante para él.

—Se lo preguntaré al doctor Hudson. Ha comentado que le convienen «reposo y tranquilidad absolutos», pero quizá sí autorice los libros. Esta tarta está deliciosa, ¿no? ¿Está contenta con la señora Deere?

—Muy contenta. Y con la señora Blitter, que es un ama de llaves más que aceptable. Se porta usted muy bien conmigo y se lo agradezco. —Lo miró con sus ojos grandes y oscuros.

Pero al día siguiente la visitó otra vez para decirle que los libros no estaban permitidos: los libros podían provocar fiebre cerebral incluso en personas que no habían padecido el impacto de un rayo. El doctor en persona llevaría al señor Brandon a la granja el lunes siguiente. James oyó crujir ligeramente la factura del médico en el bolsillo superior de la chaqueta. Un precio pequeño por librarse del condenado Brandon.

recuerdo

La primavera llegó por fin a principios de junio, en una impetuosa sucesión de días cálidos. El agua del deshielo corría por los canalones; la gente sonreía y paseaba como si acabara de estrenar las piernas. Los pájaros brincaban de rama en rama; el olor de la tierra aturdí los sentidos. Posey Brandon abrió las ventanas de su casa reformada y con muebles nuevos antes de que James Duke se presentara a tomar el té esa tarde. Pero llegaba con retraso. Se acercó a la ventana un centenar de veces y miró hacia la calle con la esperanza de ver acercarse el cabriolé como una exhalación. En la mesita de centro había un pequeño paquete envuelto en papel azul y en la minúscula etiqueta se leía: «Para James Duke, un recuerdo». ¿Acaso encontraría él presuntuoso ese detalle? Con toda seguridad se marcharía de inmediato, dejándolo a la vista en la mesa. Despediría a la señora Deere y a la señora Blitter. Las facturas se amontonarían.

¿Por qué no llegaba? ¿Estaba su benefactor enfermo, o había tenido un accidente? Si la demora se debiera a un motivo corriente, sin duda habría enviado un mensajero. ¿Se habría enterado de algún modo de la existencia de... eso..., el recuerdo? Se paseó de un lado a otro. Empezó a oscurecer y el aire frío de última hora de la tarde invadió la sala. Cerró la ventana y llamó a la señora Blitter.

—Me preocupa que el señor Duke se esté retrasando por alguna razón. Y ha empezado a refrescar. Creo que necesitamos un poco de fuego en la sala. Si no viene pronto, enviaré un mensajero a hacer averiguaciones.

—Podemos enviar al hijo de la señora Deere, que está todavía en la cocina, el muy ganso. Ha necesitado el día entero para sacar las cubas viejas de harina y melaza. —Hablaban con desdén.

—Sí, mandémoslo a él. Espere, escribiré una breve nota.

Pero el fuego no ardía aún vivamente cuando el hijo de la señora Deere regresó.

—Estaba en la esquina. Le he dado su nota, pero está ante la verja. ¿Oye su caballo?

—Lamento mucho la tardanza —se disculpó James Duke—. Me ha entretenido el doctor Hudson, que se ha presentado en casa cuando me disponía a salir. Se lo resumiré: según dice, el señor Brandon ha enfermado por razones ajenas a su trastorno. Tose continuamente y no retiene la comida. Ha perdido mucho peso y está muy débil. Para ahorrar a la esposa del granjero el trabajo extra, he contratado a una enfermera durante el día para que lo atienda, porque él guarda cama en su habitación y no puede levantarse. El doctor Hudson ha indicado que debe tomar dos huevos frescos al día, mezclados con leche caliente y una cucharada de ron, y dice que quizá se recupere con el buen tiempo, o quizá no. Sólo podemos esperar.

Ella sintió un gran alivio. Que el señor Brandon hiciese mutis generosamente era su más hondo deseo. Eso cambió la tarde. Los dos se quedaron en silencio y meditabundos, pensando ambos en el señor Brandon. Ella ya no podía darle a James Duke el regalo. Quedaría fuera de lugar. A la primera oportunidad se escondió el paquetito en la manga sin ser vista. Así pues, tomaron el té sin apenas hablar, hasta que el crepúsculo se tornó más profundo.

—Lo lamento pero debo irme —anunció James Duke, y se puso en pie—. Deseo... —Pero no expresó su deseo.

—Naturalmente, me gustaría ver al señor Brandon si se produjera alguna... crisis —musitó ella.

—El doctor Hudson se ha comprometido a comunicárselo a usted de inmediato si..., si..., si la enfermedad se agrava... —Mientras hablaba, el coche del médico dobló por la calle y se detuvo ante la casa.

—Dios bendito —exclamó la señora Brandon.

James esperó inmóvil, cada vez más exultante.

—El doctor Hudson, señora —anunció la señora Blitter antes de abrir la puerta de la sala para hacerlo pasar.

—Traiga más té, Blitter —indicó la señora Brandon. Miró al médico, que mantenía una actitud circunspecta y evasiva—. Doctor Hudson, tome el té con nosotros —ofreció, pese a que tenía la vejiga a punto de reventar de tanto té—. Iré a asegurarme de que lo traigan. —Abandonó la sala con paso enérgico.

James Duke miró al médico.

—¿Se ha producido algún cambio? —preguntó en voz baja.

—Se ha producido algún cambio —respondió el doctor Hudson sin añadir nada más, en espera de que la señora Brandon regresara. La mujer volvió envuelta en un susurro de faldas por la vehemencia de sus zancadas.

—Díganos, doctor, se lo ruego, ¿cómo está el señor Brandon? —Mantuvo la voz firme y serena.

—Me alegra decir que se ha recuperado, se ha recuperado lo suficiente para comer con buen apetito y beber como un camello. Además, parece menos alterado por su trastorno. Creo que ha pasado una especie de crisis. Me ha reconocido, me ha preguntado por la salud de usted, ha elogiado al granjero y su esposa. Todavía se queja de la leche y el pan, pero dentro de una semana poco más o menos quizá probemos a darle pechuga de pollo. Tengo la impresión de que tal vez pueda volver pronto a casa. La enfermera ya no es necesaria, eso por descontado —añadió, acompañando la frase con un gesto de asentimiento dirigido a James para indicar que quedaba libre de ese gasto.

La señora Brandon se sumió en un silencio de estupefacción durante un larguísimo rato.

—¡Ah! Pero ¿puedo cuidarlo aquí? El espacio es muy limitado, y el aire no resulta tan tonificante como en el campo. Y desde luego me será imposible si el trastorno persiste. —Llegó la bandeja con el té y un plato de tarta de semillas de alcaravea; lo sirvió sin que le temblara el pulso—. ¿Azúcar? Sí, ¿limón? —Entregó una taza al médico.

—Esperaremos para ver si sigue mejorando. Lo he autorizado a dormir esta noche en el porche de la granja, por los efectos beneficiosos del aire fresco. Dentro de una semana, si se siente más fuerte, causará pocos

problemas, creo. Siempre puedo hacer venir a la enfermera con él si hay alguna duda. Es un caso bastante interesante, y para mí sería más fácil seguir su evolución aquí que en el campo. ¿No está de acuerdo, señor Duke?

—Por supuesto —respondió James Duke, a su pesar—. ¿Quién podría discrepar?

Cuando el reloj dio la media, los hombres se levantaron, se despidieron y salieron juntos. James dirigió a la señora Brandon una mirada abrasadora, que su protegida entendió bien. Ella sonrió, asintió y, nada más cerrarse la puerta, corrió a su habitación mascullando juramentos de marinero y allí se arrojó sobre las almohadas.

En la penumbra de la calle era difícil ver la expresión del médico cuando James le preguntó si podía visitar al señor Brandon.

—Dentro de uno o dos días, quizá, pero temo que la aparición de un desconocido pudiera sobresaltarlo y provocar una recaída. Tampoco puedo aprobar todavía una visita de la señora Brandon. Una de las manías que ha desarrollado es cierto miedo a su esposa; por ridículo que suene, afirma que ella de algún modo le hace daño. Probablemente eso se le pase cuando recobre la razón. ¿Y si vamos juntos a la granja mañana?

—Comprobaré si no tengo ningún otro compromiso, y si es así, por mí encantado —respondió James Duke.

Pero más tarde, cuando salió la luna, fue al establo, ensilló su caballo y, en la creciente oscuridad, salió de la ciudad camino de la granja, donde el señor Brandon yacía soñando con chuletas asadas.

error por partida doble

La tranquilidad de la mañana se hizo añicos cuando el hijo menor del granjero Taunton, William, un muchacho mugriento de rostro ordinario, irrumpió ruidosamente en el pueblo montando a pelo un caballo de tiro negro.

Jadeante, se presentó en la casa de su hermana casada, Charlotte, y despertó al marido de ésta, Saul Fleet, quien corrió a casa del juez Jonas Gildart y soltó a borbotones la noticia, elevándose su voz como un relincho y decayendo de nuevo por la gravedad del suceso.

El juez dejó la taza de café, todavía llena, y la apartó, derramando el líquido en la mesa.

—¡El hermano de Charlotte —farfulló Saul Fleet— ha venido de su casa para informar de que han encontrado muerto al viejo, tendido en el suelo del porche! Estrangulado o asfixiado, parece ser. Ha dicho que tenía el cuello torcido, del color de un tallo de ruibarbo.

La señora Gildart sirvió a su marido otra taza de café, y el juez prosiguió con su interrogatorio. Saul contestó con cierta impaciencia: no, no creía que el viejo fuera propenso a caerse. No, su suegra dormía dentro de la casa desde hacía muchos años, tras una pelea por los ronquidos del señor Taunton, que hacían temblar las vigas de la casa. El señor Taunton dormía en el porche cuando hacía buen tiempo y en el camastro de la cocina en invierno. Él, Saul Fleet, ignoraba qué interés podía tener alguien en causar daño al señor Taunton, un hombre inofensivo que desempeñaba además algún que otro trabajo de herrería, iba a la iglesia con regularidad y no bebía ni fumaba. Sus nabos despertaban admiración.

El juez mandó a alguien en busca de Charlotte Fleet y su joven hermano William, el portador de la noticia. Charlotte no sabía nada, aparte de lo que había oído contar a William, y el juez recurrió a él.

—Veamos, muchacho, tengo unas preguntas. Eres William Taunton, hijo de Jeremiah Taunton, ¿no es así? Bien, bien. A ver, ¿qué miembros de la familia dormían en la casa anoche?

—Mi madre, señor. Mi hermana Abigail, yo, y T-T-Tom. —Tartamudeaba y farfullaba.

—¿Quién es Tom?

—Mi hermano mayor.

—¿Había algún criado en la casa?

—Sólo Sarah Whitwell. Ayuda a mi madre con la colada y viene el domingo por la noche después de las oraciones para estar a mano a primera hora del lunes. Duerme en el camastro que hay en la habitación de mi madre.

—¿Permitió tu padre dormir anoche en el granero a algún vagabundo o desconocido?

—No, señor, nunca deja dormir a nadie en el granero. A no ser que pague. Con dinero de Nueva Inglaterra.

—¿Y estaba presente anoche alguno de esos desconocidos que pagaban?

—Sólo el señor Brandon.

—¿Y quién es el señor Brandon?

—Un predicador, señor, pero está tocado de la cabeza, por un rayo que le cayó. Tiene en la cara una cicatriz roja enorme. Mi madre cuida de él, y el señor Duke pagaba a mi padre. Está en casa con nosotros desde hace dos meses o más. Mi padre le había cedido la habitación mejor, en la parte delantera.

—¿Quién es el señor Duke?

—No lo sé, señor, pero mi padre dijo que era rico. Va en un cabriolé con dos alazanes. Excelentes caballos. Anoche me pareció oír caballos, pero era una perdiz en el bosque.

—¿Y anoche el señor Brandon estaba en la casa?

—Sí, señor. El doctor Hudson dijo que estaba un poco mejor y que pronto podría volver a su casa. Ayer se encontraba muy bien y quería dormir en el porche trasero, para disfrutar del aire fresco. Mi padre dijo que ojalá el

señor Brandon se quedara más tiempo, porque era un buen huésped y el dinero era una ayuda.

—¿Y durmió anoche el señor Brandon en el porche trasero?

—No, señor. Ahí es donde mi padre tenía su cama, y dijo que no dejaría que ningún hombre le echara de ella.

—¿El señor Brandon apreciaba a tu padre?

—En general, sí. Pero a veces decía que estaba harto del pan y la leche, que era lo que le dábamos de comer. Mi padre le contestaba: «Cómase lo o pase hambre». Y el señor Brandon entornaba los ojos con una expresión sañuda.

—¿Y dónde está ahora el señor Brandon?

—Ayudando a mi madre y a Tom a sacar a mi padre. Pesa muchísimo, mi padre.

El juez cruzó miradas elocuentes con los dos hombres que habían entrado en compañía del doctor Hudson y despidió al muchacho.

—Puede ser... —dijo el juez—, puede ser que tengamos que ver a ese tal Brandon. Doctor, ¿qué puede decirnos de él? ¿Está enfermo o sano? ¿Cuál es la naturaleza de su dolencia? ¿Está fuerte? ¿Cuál es su disposición de ánimo? ¿Guardaba rencor al señor Taunton?

—Viene sufriendo los efectos de un rayo que le cayó hace dos años, y sin duda ha padecido perturbaciones mentales graves: balbuceos, confusión, un sinfín de recelos. Pero ayer parecía un poco mejor, y dijo que deseaba volver pronto a casa.

—Doctor, ¿es posible, en su opinión, que ese predicador abrigara odio hacia el señor Taunton a causa del pan y la leche o por cualquier otra razón y, en un arrebato de locura, se acercara sigilosamente por la noche y lo estrangulara?

—Era propenso a los temores, eso es cierto, pero nunca lo oí decir nada contra el señor Taunton, excepto por el pan y la leche, que se le daban por orden mía. Por supuesto, cabe la posibilidad de que la cama en el porche despertara su envidia. Le di permiso para dormir ahí fuera, pero, según el muchacho, el señor Taunton no lo autorizó.

—¿Podría ser que él, en su mente trastornada, atribuyera al señor Taunton la culpa de esa repetitiva dieta? ¿Y la privación de la cama en el porche?

—Sí..., sí —respondió el doctor de mala gana—. Podría haber ocurrido algo así, claro está. Aunque dudo que tenga fuerzas para estrangular a un hombre.

—Pero se sabe que a veces los dementes, en sus arrebatos, exhiben una gran fuerza, ¿no es así?

—A veces, sí, ciertamente. Existen muchos misterios en relación con la locura.

—¿Sabía usted, pues, que estaba loco?

—Sabía que quedó trastocado por un rayo. Tenía ataques y rabietas. Pero estoy casi seguro de que se recuperaba bien y de que pronto habría estado tan cuerdo como usted o como yo.

—«Pronto habría estado» no es lo mismo que «estaba». Y si allí no había nadie salvo la familia y ese señor Brandon, víctima de ataques de locura, mi opinión es que fue él quien estranguló al señor Taunton. Caballeros, les pido que se marchen y vuelvan con el señor Brandon, que deberá ser examinado y sometido a juicio.

El señor Brandon fue encarcelado, y cuando defendió su inocencia, experimentaba ya una fulminante recaída en el balbuceo. Su leal grey permaneció en vigilia y cantó himnos primero frente al calabozo y después frente al juzgado, donde, tras un expeditivo juicio, fue declarado culpable y se determinó una fecha para su ahorcamiento.

reunión del consejo

A lo largo de todo un caluroso y húmedo verano bostoniano, James Duke cortejó a Posey Breeley Brandon. Sabía que nadie comprendería jamás lo que ella representaba para él. Alejado de su casa desde la infancia, se había visto relegado en los ascensos y había padecido pobreza y vejaciones. Y cómo había cambiado todo de pronto. La culminación de su dicha era Posey. Sabía también que sus primos se escandalizarían por la diferencia de edad entre ellos, ya que él contaba cincuenta y cinco y Posey era veinte años menor. Ella lo visitaba sin cesar. Al atardecer, cuando soplaba una refrescante brisa desde el mar, paseaban por la rosaleda, dando vueltas y más vueltas en torno al reloj de sol, hablando de madera y de los lazos del verdadero amor, acompañados por los susurros de su falda de seda, ella siempre con aquellos grandes ojos oscuros suyos dirigidos al suelo. Pasearon desde que las primeras hojas brotaron en las rosas hasta que salieron los capullos, se abrieron los pétalos, se formaron perezosas flores maduras y exuberantes, hasta que éstas se mustiaron y por fin las hojas adquirieron una coloración marrón a causa de la escarcha. James habría hecho cualquier cosa por ella; en realidad, ya la había hecho, y no se arrepentía. Posey no pedía nada, aparte de su compañía y su conversación. Escuchaba con los cinco sentidos todo lo que él decía, él, a quien nadie había prestado atención en toda su vida. Pero conseguir a Posey era difícil, y mientras el señor Brandon viviese (se había librado de la horca), eso no sería posible. Dos de los fieles del pastor estaban bien relacionados con importantes familias bostonianas, y el propio Brandon era sobrino del juez Archibald Brandon, que se movía en silencio detrás de los círculos cercanos

al poder. El juez no estaba dispuesto a ver ahorcado como un asesino a su desdichado pariente, un hombre a quien consideraba la víctima inocente de un pérfido matrimonio y de un rayo.

—Casi entiendo por qué Dios ha hecho caer sobre él esta aflicción —dijo el juez al doctor Hudson, a quien había descubierto después de una breve búsqueda—. La ciudad se ha convertido en un pestilente cenagal de corrupción y malevolencia. Lo veo como una señal de la severa venganza de Dios. Y sin embargo no concibo que mi sobrino sea culpable de haber estrangulado a ese granjero por unas cenas poco apetitosas. Siempre fue un hombre amable.

—Puede que exista una forma de evitar eso..., ese destino —dijo el médico—. En mi opinión, debemos apelar a las autoridades del Hospital Público para Personas con Demencia y Trastornos Mentales de Williamsburg. Tiempo atrás se me dio a entender que quizá podrían internarlo allí.

Gracias al peso del nombre del juez, a los ruegos de la grey del señor Brandon y al alegato minuciosamente redactado del doctor Hudson sobre la amabilidad del malhechor, éste obtuvo una habitación en el asilo de Virginia. En compañía de otras personas con trastornos mentales, el señor Brandon destacó como paciente modélico.

Freegrace convocó la reunión de octubre del consejo administrativo de Duke & Sons. Como siempre, James tenía plena conciencia de lo que significaba ser miembro del consejo con derecho a voto. Se vistió con sumo cuidado: pantalón de lana de color tostado y pernera estrecha unida al empeine mediante cintas, chaleco a juego ribeteado de negro y chaqué con una sola fila de botones. Llevaba el reloj de oro de Sedley, y de la leontina había prendido el regalo de Posey Breeley Brandon, un dije bañado en oro que contenía un retrato en miniatura de su hermoso ojo izquierdo, ya que por entonces los retratos íntimos del ojo causaban furor. El motivo era hermoso, pero ese adorno adolecía de cierto elemento obsesivo no del todo grato. Al lado de James, Freegrace y Edward se veían insulsos con sus anticuados calzones hasta la rodilla y sus medias de seda claras, con los dorsos manchados de barro.

Freegrace le presentó a Lennart Vogel, un hombre cadavérico de ojos tan brillantes como velas en una cueva, ausente en las dos reuniones anteriores porque se hallaba de viaje. Era el hijo único de Doortje Duquet, y por lo tanto primo de Sedley Duke, el despiadado padre de James Duke. Después de una vida regalada y una educación excesiva, Lennart fue por fin a Boston y conoció a sus parientes Duke. Nadie era más puntilloso que él con el vestir, y ese día lucía un pantalón gris perla abotonado diez centímetros por encima del tobillo sobre unas medias de seda blancas y calzaba unas escuetas babuchas, que sustituía cada dos semanas. Se había convertido en una indispensable enciclopedia andante de cifras, tendencias e innovaciones relacionadas con el comercio de la madera. Su mayor virtud, susurró Edward a James, residía en su fluido dominio de siete idiomas. Lennart tenía otra faceta. Todos los años, durante dos meses, dejaba de lado su indumentaria urbana, se enfundaba unos resistentes calzones de monte y unas botas de leñador y se adentraba en el bosque, a veces acompañado de un guía indio. Decía que iba de pesca y visitaba los campamentos madereros de los subcontratistas. Se le veía desacostumbradamente alegre cuando regresaba a Boston.

La sala de juntas estaba caldeada, gracias a un fuego encendido para ahuyentar el frío otoñal.

—Empecemos —propuso Freegrace.

Se oyeron los chirridos de las patas de las sillas y un murmullo de papeles.

—Este año las maderadas de Maine se han puesto en marcha tarde, todo se ha retrasado, porque los contratistas han esperado a que lloviera y subiera el nivel de los ríos —explicó Freegrace—. Hemos sabido por esos patronos que allí el invierno ha sido suave, sin las grandes nevadas que hemos tenido aquí. La escasez de nieve ha obligado a los hombres a recurrir a azudes para hacer bajar los maderos por los afluentes hasta el río: mucha mano de obra y mucho tiempo. El patrono exige una compensación. No va a obtenerla. Pero sí tengo unas cifras del año pasado que deberían alegrarnos.

James lo interrumpió, sin levantar apenas la voz:

—Disculpad mi ignorancia, pero ¿cuántos empleados tenemos en los bosques?

Lennart Vogel contestó, las cifras ya listas en la punta de la lengua.

—Más de mil este año, por un período de entre seis y ocho meses. A diez dólares mensuales, más el alojamiento, la comida y las herramientas. Por ridículo que parezca, nos vemos obligados cada vez más a contratar a cocineros conocidos, porque otros campamentos atraen a los mejores hombres ofreciendo exquisitas vituallas. ¡Vituallas! —Era evidente que se deleitaba en el uso de esa palabra y se consideraba un experto en jerga local—. Calculamos unos veinte centavos diarios por dar de comer a cada hombre, lo cual implica grandes cantidades de provisiones. No nos queda más remedio que contratar a cocineros que podrían estar al frente de cocinas de elegantes restaurantes a no ser por ciertos defectos de personalidad.

Edward tomó la palabra:

—Pero el avituallamiento no es el mayor gasto. Maíz y heno para los bueyes. El heno cuesta casi veinte dólares la tonelada, y el año pasado utilizamos más de cinco mil toneladas. El maíz sale a un dólar la fanega, y los bueyes engullen cuatro mil fanegas por temporada. Los bueyes son imprescindibles, como también los boyeros: veinte mil dólares en costes. Por otro lado, están la adquisición de bosque maderable y manos que untar, en especial para conseguir las tierras supuestamente indias de las que quieren privarnos esos idiotas del Congreso con su «Ley de Intercambio con las Tribus Indias».

—¿En qué otro país deben preocuparse los hombres de negocios por bárbaros asesinos mimados por el Gobierno? —preguntó entre dientes Freegrace.

Edward siguió por el derrotero que se había fijado.

—Tenemos grandes gastos de prospección, y aunque hemos estado talando sobre todo en nuestros propios terrenos y tenemos nuestros propios aserraderos, y por tanto los costes de arriendo de bosque maderable o de aserradero no son muy altos, hay otros cientos de gastos: hachas y herramientas, muelas de afilar, aceite, hierro, herreros y sus forjas, almacenamiento en embalses y derechos de tránsito de las maderadas.

El escribiente rasgueaba con vehemencia en su esfuerzo por seguir la rápida enunciación de Edward.

Cyrus, advirtiendo la expresión de perplejidad de James, terció:

—Verá, almacenamiento en embalses es el coste de construir presas para guardar los troncos en una laguna, y derechos de tránsito...

Pero Edward, al que no le gustaba que lo interrumpieran, dijo con tono cortante:

—Cyrus, ten la bondad de ahorrarte las explicaciones para más tarde. Estoy seguro de que James entiende esos términos. Lo que debemos analizar hoy es, en primer lugar, el vertiginoso declive del pino blanco grande y de primera calidad y, en segundo lugar, el persistente problema del robo de madera en nuestras fincas y otros engaños e infracciones. Y, entre los ladrones, aquellos que fabrican tejas y tablones son los menos honrados. Los ladrones actúan con más saña en terrenos públicos, pero tampoco tienen ningún reparo en talar árboles de la familia Duke. Los leñadores de New Brunswick son la pesadilla del bosque. Allí donde ven un árbol, lo cortan y huyen con él. En New Brunswick no hay granjas prósperas ni poblaciones pujantes. Sus habitantes son la plaga del bosque. Consideramos a la gente de New Brunswick nuestros enemigos. —Se detuvo a tomar aire, repasó lo que había dicho y reconoció—: Quizá el problema se palie si algún día se trazan claramente las fronteras con Canadá. —Tartamudeaba un poco, inquieto por la presencia de James Duke, por el gran parecido de éste con su dictatorial padre, Sedley, que había atormentado a Edward toda su vida con su machaconería y sus pullas. Y lo alteraba el horrendo dije prendido de la leontina del reloj de James, con su mirada fija y crítica.

James se echó atrás. Había planeado anunciar a sus primos en la cena que la viuda Posey Brandon había aceptado su proposición de matrimonio, y que habían acordado la fecha de la boda para mayo. Tras la noticia de la muerte del señor Brandon en Virginia como consecuencia de una pulmonía, había aguardado un tiempo prudencial —veinticuatro horas— antes de declararse. Ella había accedido en el acto, y él la había abrazado e intentó sellar el compromiso con un tierno beso. Cuál no sería su sorpresa cuando ella respondió a su árido beso con extrema vehemencia y húmedo ardor. Después, mucho después, James volvería a pensar en ello y lo interpretaría como una

advertencia a la que no prestó, no pudo prestar, atención. Pero ahora cobraban forma en su cerebro las alarmantes reacciones que podían tener sus primos ante la noticia de que él iba a casarse con la hija de David Breeley, un contratista maderero de New Brunswick. No conocía aún a su futuro suegro, pero, por lo que Posey le había dicho, no le cabía duda de que el señor Breeley era partidario de la carta blanca con el hacha y maldecía cualquier condenada frontera.

James, mirando por la ventana, vio en el cielo una mancha lejana en la que reconocía ya una bandada de palomas migratorias.

Cyrus tomó la palabra:

—Pensaba que hoy oiríamos hablar de nuevos mercados. ¿Me equivocaba?

—Ni mucho menos —dijo Lennart, quien, por lo visto, a juzgar por la mirada de inquina de Edward, había hablado a destiempo. James dedujo que Lennart se precipitaba con demasiada frecuencia—. Embarcamos más madera cada año, y no desde Boston, sino desde Bangor. Hemos sabido que Cuba quiere cajas para el azúcar. Freegrace se cartea con un dignatario cubano con respecto a esa posibilidad. En las Indias Occidentales hay un deseo voraz de todo: tablas, tejas, duelas, estacas y listones, corteza de tsuga, y hasta madera de algunas frondosas. Incluso escuadras de alerces tamarack. No podemos enviar cargamentos suficientes a las Indias Occidentales, y por supuesto traemos de vuelta ron, azúcar y melaza. Muchas ciudades europeas han descubierto la utilidad de los tarugos de madera en los pavimentos, y ese mercado nos permite dar salida a madera que de otro modo se desperdiciaría. Y no sólo en Europa, sino también en Charleston, en Buenos Aires, sí, incluso en Australia. No he mencionado el creciente comercio a lo largo de la costa.

—Estamos desviándonos del tema —intervino Freegrace.

—En efecto, y gracias, Freegrace, por devolvernos tan elegantemente al asunto que nos atañe —dijo Edward—. Veamos: Armenius Breitsprecher, nuestro prospector maderero desde que falleció su padre, se dejó engañar con un mapa y un informe falsos de las tierras a orillas del afluyente del White Moose, y acabamos de descubrir el fraude. Según el mapa del agrimensor, crecía una gran espesura de árboles a lo largo de un cauce de agua, el ramal norte del Moose, pero la realidad ha demostrado que el arroyo se encuentra a

kilómetros de distancia de los pinares. Breitsprecher sostiene que fue a ver ese bosque en su día, hace ya cuatro años, pero era invierno y había una profunda capa de nieve. El agrimensor insistió en que el río helado estaba cubierto por la nieve bajo sus pies. Y como la nieve llegaba hasta la cintura, Armenius no pudo investigar a fondo los árboles. Lo admite. Así que el informe en el que basamos nuestra adquisición indicaba la existencia de un buen arroyo y cien millones de pinos. La verdad es que había sólo catorce millones. Y un arroyo lejano. Tuvimos grandes gastos para construir pistas y sacar la madera con yuntas de bueyes alquilados. La cuestión es si debemos mantener a Breitsprecher como prospector. Su error nos ha salido muy caro. Depositó demasiada confianza en un agrimensor poco honrado.

Freegrace suspiró.

—Sí, podríamos despedir a Breitsprecher, pero es un prospector experimentado y apto y está a nuestro servicio desde hace años. Gracias a su trabajo, Duke & Sons ha ganado mucho dinero. Ésta ha sido prácticamente su única decisión desacertada. Me consta que lo lamenta. Propongo que le hablemos con severidad pero que sigamos contando con sus servicios.

—Estoy de acuerdo —dijo Lennart Vogel—. Valorar los costes y beneficios obtenibles de la madera en pie de un terreno forestal es difícil y requiere muchos años de experiencia en prospección. —También él se había fijado en el dije de la leontina, aquel ojo de mirada imperturbable, y sentía la presencia del original desconocido.

—¿Tú qué opinas, Cyrus?

—No sé, pero ¿tan difícil es encontrar buenos peritos para evaluar bosque maderable? Breitsprecher no debe de ser el único capaz de estimar la cantidad de árboles de un terreno. ¿No hay legiones de prospectores recorriendo los bosques? —Se recostó al desgaire en su silla, cruzó las piernas y meció el pie derecho.

Edward habló de nuevo:

—En efecto los hay, y en su mayoría son granujas deshonestos que presentan informes falsos sobre la calidad de los pinos, todos árboles sanos, por supuesto, que luego, al primer hachazo, se convierten en cascarones con el corazón podrido. James, ¿tú qué dices?

—Si ha sido un empleado honrado durante tantos años... ¿Cuánto hace que trabaja para nosotros?

—Desde que era un muchacho bajo la tutela de su padre...: treinta y pico años, pongamos.

—Después de treinta años de servicio leal, y un solo error por culpa de un agrimensor embustero, me parecería excesivo prescindir de él. Soy partidario de mantenerlo en el puesto.

—Todos a favor —anunció Freegrace con voz monocorde—. Pasemos ahora a la intrusión y el saqueo, problemas que crecen a marchas forzadas. Hemos puesto carteles para advertir que se llevará ante la justicia a todo aquel que entre sin autorización en nuestros bosques. ¡Espero que la gente vea los avisos!

Agitó un papel y leyó en voz alta:

Se comunica que los troncos que llevan la marca D&S, apilados en la parcela 17 de Distress Brook, son propiedad de Duke & Sons, Boston. Se advierte que se emprenderán acciones judiciales contra quienes toquen esa madera o se la lleven de donde ahora se encuentra. Se tomarán medidas para localizar a las personas que incumplan este aviso.

—Vanas amenazas —aseguró Edward—. Los jurados de Maine son totalmente corruptos. Fallan siempre a favor de los delincuentes..., familiares y socios suyos todos ellos.

—¿Quiénes son esos bandidos que cortan vuestros..., nuestros... árboles?

—¡Todo el mundo! —exclamó Edward, colérico, escupiendo saliva—. En su mayoría, hombres insignificantes y humildes que pretenden ganarse un dinero. Pero son muchísimos. A menudo son individuos violentos y voraces que no se detienen ante nada. Luchan contra los dueños hasta que corre la sangre y se parten cabezas. Incluso cuando los capturamos y los demandamos, sus amigos y ellos se escabullen por la noche y siguen talando. Colonos, hombres de negocios fracasados, fabricantes de duelas y aserradores..., gente de esa índole. Y en las noches de luna caen muchos buenos pinos.

»Y los robos son sólo una parte del problema. Con sus fogatas, causan grandes daños y queman mucha madera. Algunos de esos hombres prenden fuego intencionadamente en el límite de un buen bosque maderable y después se confabulan para comprar toda la tierra forestal valiosa como bosque quemado a un precio mínimo. Además, los malditos colonos desboscan sus condenadas parcelas con fuego cuando les viene en gana, y en la temporada seca los incendios se extienden y devoran nuestro bosque.

Cyrus se arregló la corbata e intentó resumir la situación:

—La verdad, caballeros, es que los bosques de Maine, y los de New Brunswick, son un hervidero de bandidos. Nuestro mayor deseo es encontrar tierra forestal virgen sin esa plaga humana. Tal y como era antes Maine.

James preguntó si las tierras del Ohio que su padre había visitado no eran uno de esos paraísos vírgenes.

—No, la madera es buena, pero no hay mucha. Da para unos cuantos años. Debemos pensar en el futuro a más largo plazo. Nos han llegado informes de que hay grandes bosques más al oeste, y quizá haya llegado el momento de investigar en esa línea. He propuesto varias veces que nos reunamos con Armenius Breitsprecher y le pidamos que viaje al oeste. ¿No estará ansioso por limpiar su nombre después del percance en el ramal norte del White Moose?

—Sería sensato que alguno de nosotros lo acompañara —comentó Lennart Vogel—. Para obtener un informe imparcial. Podría ser una expedición provechosa.

—Para ti es fácil decirlo, Lennart: eres un viajero empedernido. Pero la mayoría de nosotros preferimos quedarnos en Boston y ocuparnos de la contabilidad y los contratos. Quizá deberías ir tú.

Vogel negó con la cabeza.

—¿No podríamos buscar más cerca de casa? —preguntó Cyrus—. Según he oído, a orillas de los ríos Susquehanna y Allegheny, en Pensilvania, abunda el pino blanco. Algunos sostienen que es el mejor pino blanco que ha crecido en el mundo.

—¡Bah!, lo mismo decían del pino de Maine, y del pino de New Brunswick. Deberíamos empezar a comprar con miras al futuro, a cincuenta años vista —dijo Freegrace.

—No sé por qué. Tomemos lo que podamos en cuanto podamos, ése es mi lema —declaró Edward—. A mí no me interesa lo que pase dentro de cincuenta años, porque no hay necesidad de preocuparse. Los bosques son infinitos y permanentes.

La cena, en una posada cercana al Muelle Rowes, fue sencilla: chorlitos asados, salmón con *succotash* y guisantes frescos. Despojándose de las cadenas de la reunión formal, hablaron con entera libertad. Cyrus explicó por extenso a James lo que eran el almacenamiento en embalses y los derechos de tránsito, y luego pasó al tema del fuego.

—Verá, al hablar de incendios, bien podríamos haber incluido nuestros propios estragos. Uno de nuestros contratistas, por orden de Edward, pegó fuego a varios almiarés que los ladrones habían traído a uno de nuestros pinares para dar de comer a sus bueyes. El fuego se propagó y quemó no sólo los almiarés, sino también los pinos que pretendían robar. Así que, ya ve, no somos mancos.

James no vio la menor lógica en ese balance, pero calló. Empezaba a preguntarse si Cyrus Hempstead no sería un necio.

—James —dijo Lennart Vogel—, a estas alturas ya sabes que los beneficios de la madera se basan casi por completo en los costes del transporte. Con los barcos de vapor, quizá cambie nuestra forma de desplazar los troncos.

Edward habló en cuanto acabó de engullir el trozo de tarta de manzana que tenía en la boca.

—Sabemos que los ingleses utilizan locomotoras de vapor en las minas de carbón. ¿Por qué no iban a imponerse los motores de vapor? Freegrace, tal vez dentro de unos años estemos construyendo un ferrocarril hasta nuestros pinares en zonas secas, donde no corre ningún río. Ahora mismo, cada centavo que ganamos depende aún de los ríos. El motor de vapor podría tener hondas repercusiones en nuestro negocio.

—Edward, tienes toda la razón —convino Lennart—. Desde luego, grandes cosas flotan en el ambiente, nos aguardan días de gloriosa prosperidad.

El ron circuló y circuló por la mesa hasta que los miembros del consejo levantaban tanto la voz que un hombre rubicundo, en una mesa apartada, preguntó al propietario si podían echarlos a la calle.

—Ése es Saltonstall —dijo Cyrus—, el viejo percebe. Se cree el hombre más importante de Boston. Si quiere silencio, que no salga del mausoleo que tiene por casa.

A las doce de la noche, James salió tambaleante hacia su coche, en el que Will Thing lo esperaba sentado en la oscuridad. Media hora más tarde se hallaba en su biblioteca, donde las ascuas brillaban todavía en la chimenea. Allí tomó una última copa de coñac. Y así, dándole vueltas la cabeza, James Duke se fue a la cama.

Parecían haber pasado sólo unos minutos cuando Lily, la criada, lo despertó.

—Señor, señor, la señora Brandon está abajo y desea desayunar con usted.

—¡Por todos los santos! —exclamó James—. Dile que enseguida bajo. Ofrécele té o café o...

—Sí, señor.

Tardó casi cuarenta minutos en entrar en la sala de desayuno, bañado, recién afeitado, con una muda limpia y un traje negro de cachemir, porque el día era frío.

—Querida mía —dijo—, ¿qué te trae por aquí tan temprano?

—¡James!, estoy impaciente por conocer todos los detalles de la reunión del consejo. Ya sabes lo mucho que me interesan tus negocios. Tienes que hablarme de tus primos, quién dijo qué, qué problemas se plantearon, qué decisiones se tomaron, cuáles fueron los planes para el futuro.

James untó con mantequilla una galleta caliente y la hundió en un cuenco de miel, se inclinó sobre el plato y, procurando no mancharse el chaleco, dio un bocado. Empezó a hablar. Resultaba estimulante tener a alguien que

prestara tal atención a sus descripciones. Posey hizo preguntas inteligentes y lo interrogó sobre las peculiaridades de los miembros del consejo de administración.

La señora Brandon, ya en su casa, se acercó a un pequeño buró de nogal que James había encargado para ella y sacó una libreta marrón encuadernada en piel que había llenado ya a medias de anotaciones con su letra desparramada y faltas de ortografía. Empezó a consignar los puntos destacados de la reunión del consejo. Subrayó en particular las recomendaciones de Lennart Vogel sobre la conveniencia de que Duke & Sons invirtiese fuera de la industria maderera, especialmente en las florecientes fábricas textiles o en la producción de caña de azúcar.

en vilo

Fue un brusco sobresalto, como cuando se rompe la cuerda de un violín, lo que dio lugar al repetido aplazamiento del día de la boda por parte de James Duke: temía la reacción de sus primos a la noticia de que se emparentaría con un maderero de New Brunswick. Su futuro suegro llegó a media mañana a lomos de un percherón cojitranco y bamboleante. ¿Y quién había visto jamás una fisonomía como la de Phineas Breeley? Una gran cicatriz horizontal le cruzaba la frente justo por encima de las cejas, como si le hubieran desmochado la cabeza de un golpe de hacha doladera y luego se la hubieran vuelto a unir por la fuerza. Por debajo de la cicatriz se distribuían los ojos, negros como la antracita, una nariz rota por varios sitios (señal inequívoca de ordinariez) y una apertura sin labios por boca. Le faltaba la oreja izquierda y en su lugar quedaba sólo un orificio peludo. El hombre se apeó con sumo cuidado de la cabalgadura y se encaminó hacia Posey. La estrechó entre sus fuertes brazos, colmó su rostro de besos que sonaron como los granos de maíz al estallar y luego se volvió hacia James.

—Bueno —dijo—. Aquí estoy. Listo para el casorio y nuestro gran, grandísimo viaje.

Posey había invitado a su padre a acompañarlos en su luna de miel a Nueva York. Había propuesto a James que invitara a Freegrace y Edward Duke, junto con sus esposas, a la ceremonia y la posterior cena, pero él buscó pretextos: Edward estaba de viaje; la esposa de Freegrace guardaba cama,

enferma de pleuresía, y adujo excelentes razones para no pedírselo a los demás. Lo cierto era que no les había anunciado su inminente boda. Todavía no, todavía no, se decía, intentando ganar tiempo.

—Sé que mi padre te agradará —había dicho ella—, y él siempre ha querido ver Nueva York. Nos hará compañía en una ciudad donde no conocemos a nadie.

Ahora había llegado el momento. Al cabo de unas horas, James y Posey subirían a un coche de alquiler con ese hombre. Sin saber cómo saludar al individuo, James echó un vistazo disimuladamente a los cascos del caballo, que presentaban síntomas de infosura. No era de extrañar que el desdichado animal cojeara.

—Saquemos el caballo al prado —propuso—. Veo que tiene las pezuñas inflamadas. Que disfrute de unas vacaciones durante nuestra visita a Nueva York.

—Venga, chicos, no os quedéis mucho rato de charla —les instó Posey lanzando una ojeada al reloj de latón colocado en la repisa de la chimenea—. Tenemos que estar ante el juez a las once en punto. Sólo falta media hora.

—Tenga las pezuñas inflamadas o no, me trae sin cuidado —declaró Phineas Breeley—. Para mí, todos son pencos y jamelgos. No siento ningún, pero que ningún aprecio por los caballos.

«Ya lo veo», pensó James, un tanto desconcertado por el extraño énfasis que el hombre había puesto en la frase.

La ceremonia fue breve y, como James esperaba, sus primos no se enteraron. Padre e hija charlaron animadamente en el largo viaje en coche mientras James, frente a ellos pero en un rincón, procuraba dormir. El padre rodeaba a Posey con el brazo y de vez en cuando cubría su cara de sonoros besos. El día declinó y, con el crepúsculo, el interior del coche se oscureció, y ellos siguieron dale que dale, hablando de personas nacidas y muertas, accidentes, desapariciones, meteorología violenta, sucesos jocosos, y sobre los defectos de los hombres que trabajaban para Breeley. Estuvieron de palique toda la noche, soltando una larga sarta de nombres y payasadas. El coche se detuvo para cambiar los caballos poco después del amanecer, y

Breeley, que parecía muy despejado, amablemente se apresuró a entrar en la hostería y regresó con un cazo de café flojo y seis huevos pasados por agua fríos. Se echó al colete la mitad del contenido del cazo y cuatro huevos, cuyas cáscaras tiró por la ventanilla. Revitalizado por este pisco, dirigió sus primeros comentarios a James:

—Me da a mí que usted y yo mantendremos nuestras buenas, buenísimas charlas sobre el bosque. Siempre he sabido que acabaría en tratos con una grande, grandísima empresa, y Duke & Sons es una de ellas, ni que decir tiene. En Maine cuenta con algunos de los mejores pinares. Desde luego, podemos hacer un buen montón de tablas, ¿eh? —Y le dirigió un aterrador guiño que daba a entender que conocía muy íntimamente las tierras forestales de los Duke.

James estaba horrorizado. ¿Cómo sacar a aquel hombre de su error? Por lo visto, daba por sentado que, a raíz de la boda, él, Phineas Breeley, se convertía en socio de Duke & Sons. Si Edward y Freegrace llegaban a descubrir algún día que ese individuo de New Brunswick se consideraba uno de ellos, se morirían de la conmoción.

Eran casi las dos de la tarde cuando llegaron a su posada, un hermoso edificio georgiano ante el que crecían elegantes olmos blancos, en forma de copa de vino, los árboles que antaño preferían los pieles rojas para las reuniones del consejo. El establecimiento se hallaba un tanto apartado del camino, para que el fragor de los cascotes herrados y el traqueteo de las ruedas no ahogaran la conversación.

James vio con alivio que la habitación de Phineas Breeley estaba pasillo abajo, a cierta distancia de la elegante suite que había reservado, ya que Breeley, tras los pasos de los hombres que acarreaban los baúles, los había seguido hasta el piso de arriba. Había inspeccionado la habitación de ellos, como si también él fuera a ocuparla. Por fin —«Ya era hora», pensó James— se marchó a su propia habitación, y en el camino, alzando la voz, propuso que se reunieran bajo los olmos pasada una hora e iniciaran su exploración de Nueva York.

—Por fin te tengo toda para mí —musitó James a Posey, y la abrazó con delicadeza.

—¡Sí! ¿No es una compañía excelente mi padre? Tiene un sinfín de anécdotas que contar.

—¿A qué se debe esa cicatriz enorme en la cabeza?

—Pregúntaselo a él. Rara vez la menciona.

James sabía que nunca se lo preguntaría, y se resignó a la idea de pasar una semana en compañía de ese hombre. De algún modo tenía que explicarle a Breeley que la boda con Posey no implicaba la incorporación automática de su padre como socio a Duke & Sons. Cómo planteárselo sin ofenderlo ocupó su pensamiento durante el resto del día. En sus largos paseos por las concurridas calles, hundidos en bosta de caballo hasta los tobillos, esquivaron docenas de cerdos, pasaron ante una tarima donde, según oyeron, se hallaba emplazado el mercado de esclavos, dejaron atrás apresuradamente el hedor de los corrales de ganado y del matadero, los solares donde se apilaba el estiércol. James pidió a Dios que no lloviera, que los librara del suplicio de abrirse paso a través de excremento líquido. Los rodeaba un continuo revuelo de gente aparejando las caballerías, cargando y descargando carretas. Un sinfín de caballos abarrotaban las calles —los caballos de los ómnibus, los caballos destinados al matadero, los caballos de los tenderetes ambulantes de los panaderos, los del reparto de leche, los del servicio postal—, y junto a las aceras vieron caballos muertos y moribundos. Ese inhumano espectáculo no les quitó el apetito. Comieron en la famosa taberna La Vaca Roja, a base de carne de oso asada (muy parecida a la de cerdo) y puré de nabos. El camarero les comentó que podía ofrecerles un manjar poco común: acababan de llegar piñas de las Bahamas, ¿no les apetecía probarlas? Probarían una. Enjambres de moscas permanecían suspendidos sobre las mesas como arañas de luces vivas, pero los atentos camareros rondaban cerca armados de matamoscas para espantarlas, de modo que pudieron sobrellevarlo.

La piña, servida en platos de color azul claro, pelada y troceada, madura y fragante, era de primera calidad. Se disputaron ese manjar con las moscas, pero era casi imposible evitar la desagradable sensación de tener un insecto zumbando desesperadamente junto a la boca. Cuando se acabaron la piña y pagaron la cuenta, regresaron a la posada, llamada Los Cuatro Olmos. En el

camino pasaron ante varias tabernas bulliciosas donde los cantos, el tamboreo y los chillidos femeninos anunciaban algún tipo de entretenimiento burdo. Phineas Breeley se detuvo ante la puerta del hotel.

—Me parece que voy a darme un..., digamos, garbeo durante una hora o así...; esa piña me ha provocado cierto malestar. Mañana nos vemos.

Se despidió y dobló por una calle adyacente.

La noche de bodas fue una experiencia extrema para James Duke. Sabía qué se esperaba de él e incluso lo aguardaba con impaciencia, pero en modo alguno estaba preparado para la tigresa que se abalanzó sobre él, le arrancó los botones de la bragueta y le agarró el pene, como tampoco lo estaba para sus mordiscos y arañazos, sus embestidas y contoneos, ni para que le quitara la ropa a tirones y se despojara ella misma de la suya, ni para la pugna y los jadeos. Posey lo mantuvo en danza toda la noche. Poco antes del amanecer, James se sumió en un sueño rayano en el delirio, su cuerpo asombrosamente adornado por las experiencias de las horas anteriores.

Con la claridad del día, despertó y abandonó sigilosamente la cama. Posey, desmadejada, dormía con respiración estertórea. Con igual sigilo, James se lavó, se vistió y bajó al pequeño salón, donde encontró café, té y chocolate caliente dispuestos en un aparador. Se sirvió un plato de galletas todavía tibias untadas de mantequilla y mermelada de fresa, se llevó la taza y el plato a una mesa próxima a la ventana y contempló las ramas ondeantes de los olmos.

—¡Ah! ¡Ahí está! —exclamó Phineas Breeley al entrar en el silencioso salón.

Se encaminó con andar brioso hacia la cafetera y se sirvió una taza rebosante de café. Se sentó frente a James y fijó en él una mirada escrutadora. Vio los verdugones, las marcas negras y azules de las dentelladas, los arañazos en el dorso de las manos, la hinchazón en los labios y los lóbulos de las orejas.

—Le ha dado un buen, buenísimo meneo, ¿eh? Es de lo más guerrera, ¿a que sí? Yo le enseñé todo, todo lo que sabe, y aprendió bien. De tal palo, tal astilla. Imagino que usted lo llevará mejor que aquel viejo predicador,

Brandon. —Guiñó el ojo y le dirigió una mirada lasciva.

James sintió que la sangre se le convertía en barro en las venas. ¿De qué demonios hablaba Phineas Breeley? ¿Quería decir acaso que había adiestrado a su hija en las artes sexuales? Lo asaltó un horror frío sólo de pensarlo. ¡Que un padre...! James sintió náuseas, pese a que sabía que esas cosas ocurrían, sobre todo entre gente atrasada y privada de compañía diversa. Incapaz de despegar los labios, sintió alivio cuando Breeley inició un monólogo para describir con todo detalle lo que había visto tras separarse de ellos la noche anterior, la regordeta «perdiz» rubia que había encontrado y a la que «había dado un buen viaje», la de copas que se había metido en el cuerpo. Al final, James se levantó y se disculpó aduciendo que iba a subirle una taza de café a Posey.

—Ah, sí, ya sé en qué consiste eso de la «taza de café» de la mañana. — Con una mueca, Breeley se relamió y volvió a guiñarle un ojo.

James Duke habría prescindido del sexo durante los siguientes treinta años, pero estaba atrapado. De hecho, Posey interpretó la taza de café de la mañana igual que su padre y tiró del chaleco de James en un intento de arrastrarlo de nuevo a la cama. Él la miró. Sintió repulsión ante la idea de que aquel viejo ogro con la cicatriz en la cara la hubiera poseído y le dio la espalda. Ella lo agarró por la muñeca con su fuerte mano y lo obligó a acercarse. James cayó en la cama, y ella se abalanzó sobre él como hormigas sobre un panal. En vano intentó apartar de su cabeza la imagen de Phineas Breeley, con su cicatriz, entre las piernas de su hija.

—¡No! —exclamó, y saltó de la cama. Posey fue tras él, agitando los brazos y enseñando unos dientes de gorila. Lo vapuleó y lo dejó hecho puré en el rincón.

—Más vale que entres en razón —advirtió ella entre aquellos dientes blancos y fuertes—. No aceptaré otro calzonazos por marido.

—Pues yo no aceptaré una esposa violenta —respondió James, asumiendo de nuevo la personalidad que exhibía en el puente de mando—. Ya hablaremos detenidamente de esto.

Él creía en la razón, aunque hacer tal cosa fuera muy poco razonable.

James y Posey Duke salieron solos de la posada, dejando atrás a Phineas Breeley en atención a la vehemente solicitud de James.

—Tenemos que hablar a solas, es necesario.

Después de tres horas y media de preguntas, titubeantes respuestas, arrebatos de mal genio, lágrimas, desdén y manifestaciones de triste decepción, llegaron a un acuerdo: Posey tendría sus propios aposentos; ella y James convendrían de antemano los momentos en que él visitaría el lecho conyugal; él no haría preguntas si ella invitaba a otro (sin especificar); ella no recurriría a la violencia para salirse con la suya; en adelante procurarían vivir felizmente, aunque eso exigiera un gran esfuerzo; una semana después de su regreso a Boston, Phineas Breeley debía buscarse una vivienda aparte o regresar a New Brunswick. Con respecto a esto último, James se mostró implacable, duro como el diamante, y prometió destinar una suma a la adquisición de una casa para Breeley. Añadió, en tono casi amenazador, que la alternativa era el divorcio. Pero se abstuvo de interrogar a Posey acerca de sus relaciones en la infancia con el viejo Breeley. Y ella se abstuvo de preguntarle por su visita ya entrada la noche a la granja de los Taunton.

A Breeley pareció complacerle la idea de disponer de vivienda propia y enseguida se puso a ver casas en el vecindario, porque no deseaba regresar a New Brunswick.

—Esto es muy, muy animado. Me encanta la vida animada. Maunderville tiene menos vida que un caballo muerto. Mucha menos. Un caballo muerto suelta gas.

Al cabo de cuatro días descubrió una casita de piedra con jardín y un establo para dos caballos a un kilómetro de allí. James pagó gustosamente al dueño por el inmueble. Breeley ya no sería un estorbo, o eso pensaba él.

Transcurridas unas semanas, durante el desayuno, Posey anunció en tono afable y conciliador:

—El viernes organizaré una cena para tus primos y demás parientes. Ya tengo decidido el menú, y me sentaré con la señora Tubjoy y la cocinera para ver si son capaces de preparar lo que he pensado y si necesitamos traer a una chica más para la velada. Ya va siendo hora de que hagamos un poco de vida

social. Y me gustaría disponer de una ocasión para lucir el vestido de seda roja que dejé encargado en Nueva York. Llegó ayer por correo: me queda de maravilla. —Sonrió y le tocó la mano con gran delicadeza, como queriendo decir: «Ya ves qué casto es mi comportamiento».

James se estremeció. No había notificado aún su boda a los primos e ignoraba cómo se lo tomarían. Gracias a Dios, aquel viejo lascivo estaría en su casa de piedra. Pensó con rapidez. En lugar de anunciar el hecho a Freegrace y Edward a la cara y por sorpresa, les escribiría una nota desenfadada para comunicarles que se había embarcado en la vida conyugal.

—Supongo que tarde o temprano tendremos que hacerlo. Adelante, cómo no.

Rebosante de planes y determinación, Posey abandonó de inmediato la sala.

James se lleva una sorpresa

Un huracán de preparativos barrió la casa. La señora Tubjoy contrató a otras dos chicas. Abrillantaron la plata; lavaron la vajilla buena en agua con vinagre y la secaron con paños de hilo; limpiaron de huellas la cristalería. La ayudante de la cocinera tostó y molió el mejor café verde, machacó azúcar en barra y lo dispuso en montoncitos de cristales. La señora Tubjoy puso a una de las chicas a quitar semillas a las pasas y a la otra a extraer nueces blancas de sus compartimentadas cáscaras. James y Will Thing fueron de excursión al bosque a recoger ramas verdes de pino para usarlas a modo de decoración, porque corría el mes de diciembre. Posey contrató a un cuarteto de cuerda para que tocara... algo refinado. Dos días antes del señaladísimo viernes, llegaron unos hombres a la puerta de la cocina con cubas de tordos, pichones y patos, seis pavos silvestres y dos ancas de venado. Las pinches de cocina se quedaron en vela hasta muy tarde desplumando las aves y guardándolas en la despensa fría. La tienda de alimentación entregó raíz de jengibre, limones, nuez moscada, pimienta de Jamaica, endivias belgas. El día en cuestión llegaron langostas y ostras de agua dulce, ambas muy codiciadas porque empezaban a escasear.

—Cielo santo —dijo James—, hay comida para un regimiento.

—No querrás que demos la impresión de que somos pobres, ¿verdad? —contestó Posey—. ¿Puedes ir con Jason a ver si hay bebida suficiente? —Jason era el nuevo mayordomo.

—Ya lo he hecho —contestó James, que llevaba toda la semana supervisando jeroboams, mágnams, botellas y licoreras—. Nuestros invitados se tambalearán..., si no de asombro, al menos por efecto de la bebida.

Llegó la hora, y Jason hizo pasar a los primeros invitados: el abogado Hugh Trumbull y señora.

—Dios mío, James, pero qué esposa tan bella ha encontrado, y qué bien le van las cosas —musitó el señor Trumbull, echando una mirada a la acogedora estancia y fijándose en el vestido rojo de seda de Posey, las licoreras en el aparador, las cien velas de cera de abeja encendidas, la bandeja de empanadillas de langosta humeantes, recién salidas de la cocina—, y qué buen aspecto tiene todo, mucho más festivo que cuando su apreciado padre recibía invitados. Desde luego, él no era aficionado a la vida social. Me alegra que usted se anime a ello.

James fue a buscar una copa de jerez añejo para la señora Trumbull, a quien vio sentada junto al fuego. Posey, con su vestido neoyorquino, acercó una silla a la de ella y, para lisonjearla, pidió su parecer acerca de las cortinas de terciopelo de color champiñón: ¿no debería cambiarlas por unas de color vino? ¿O azul marino?

Un repentino movimiento en la puerta anunció la llegada de más invitados: Freegrace y Lenore avanzaron, sonrientes, hacia la recién casada. Posey adoptó una forzada sonrisa mundana al reparar en la indumentaria de Lenore, con su pelo rubísimo: un sencillo vestido imperio de color gris plata realzado mediante un collar de grandes perlas en torno al níveo cuello.

—Un vestido precioso —comentó Posey—. ¿Es de Nueva York?

—No, qué va. De París. Viajo allí cada otoño para ver las últimas modas.

Edward y Lydia entraron con Lennart Vogel y Cyrus Hempstead. Ninguno de los dos había contraído matrimonio, aunque se rumoreaba que Cyrus mantenía a una querida de color. Pero no por eso carecían de pareja para la cena, ya que Cyrus asistía con una prima segunda de rostro lozano, Sarah Close, y Lennart con la viuda de su contable, Martha Scoot. James atisbó a alguien más detrás de Cyrus y, horrorizado, vio que era su suegro, vestido con

ropa arrugada y sucia, un espantoso pantalón a rayas de estilo mil pliegues, tan holgado que disimulaba su voluminoso abdomen y podría haber acomodado un rabo bífido, y chaqueta también a rayas de cuello alto. Mientras se preguntaba cómo presentarlos, Edward se volvió hacia el recién llegado y, con familiaridad, dijo:

—Señor Breeley, permítame traerle un vaso de ron antes de que prosigamos con nuestra charla.

Por lo visto, ya se habían presentado ellos mismos en el camino de acceso.

Ambos pasaron juntos la mayor parte de la velada, bebiendo, comiendo y hablando como si fueran amigos íntimos. James sospechaba que el señor Breeley no había revelado sus lazos con New Brunswick. Debía desenmascararlo enseguida, por desagradable que pudiera ser el resultado, y aguardó atento su oportunidad, rebosante de cólera al ver que el viejo impostor se afanaba en cubrir con un tupido velo los ojos de Edward. En la cena, ambos se sentaron juntos a la mesa, y estuvieron trazando diagramas en el mantel de damasco con los dedos mojados en vino tinto. Edward se sentó a la derecha de Posey y, mientras conversaba seriamente con su padre, intercalaba alegres comentarios dirigidos a ella, fijando la mirada en sus ojos resplandecientes como un joven enamorado, pensó James con cierto disgusto. Nunca había visto a Edward tan expansivo, todo sonrisas y encanto.

—Vaya, Edward —dijo James, alzando la voz—, veo que el señor Breeley y tú tenéis temas de interés común.

—Efectivamente —respondió Edward—. Debo decir que me ha sorprendido y complacido encontrar aquí esta noche a un caballero tan bien informado sobre el negocio maderero. Me interesa especialmente conocer el punto de vista de un maderero de New Brunswick.

Sonrisas por doquier, sobre todo en los labios rojos y carnosos de Posey. James vio la mano de ella deslizarse bajo la mesa, vio el semblante perplejo de Edward, que de inmediato se sonrojó hasta las orejas. Freegrace lo advirtió también y se golpeteó los dientes delanteros con la cuchara.

—Un hermoso tiempo otoñal —gimoteó Edward, y miró en dirección al viejo lascivo sentado a su lado, que guiñó un ojo ante el error y dijo que en efecto lo era, un hermoso tiempo otoñal.

Más tarde, cuando las señoras habían subido al saloncito de Posey a tomar té chino y pasteles de crema, Edward se llevó a James aparte.

—Pienso que sería acertado proponer al señor Breeley que se incorpore al consejo de administración. Podría ser de un valor inestimable para nosotros, porque tiene una perspectiva muy práctica de las cosas y es partidario de la mano dura con los ladrones de madera. Me cae bien. Y ahora está más o menos emparentado con la familia. Y Posey es una mujer encantadora, que también conoce y entiende este negocio. Un padre y una hija extraordinarios. —«¡No sabes tú bien lo extraordinarios que son!»», pensó James. Pero Edward le tomó la mano y añadió—: Gracias, James, por reunirnos a todos.

Y una repugnante imagen flotó en la mente de James.

En las semanas que siguieron a la cena, Edward visitó la casa cada vez más a menudo: para tomar el té con Posey, para preguntarle a ésta si deseaba ir a ver un curioso objeto desenterrado por unos peones camineros, para saber si podía ofrecerle algún consejo acerca de un obsequio que deseaba comprarle a Lydia. Daba la impresión de que pasaban juntos todas las tardes, ya fuera en la sala de ella, ya fuera montando a caballo. Con frecuencia los acompañaba Phineas Breeley. James prefería no saber nada más.

En el transcurso de los diez años siguientes, Posey se transformó en una anfitriona elegante y refinada, de esas que pueden crearse con dinero, y las fiestas de los Duke adquirieron fama por los platos exóticos, las flores poco comunes, las cuberterías y cristalerías más exquisitas y las mejores actuaciones de cuartetos de cuerda o célebres cantantes, y en una única ocasión la de un hombre con turbante que llevaba una boa constrictor enrollada al torso.

—¿Y qué vendrá a continuación? —bramó James, que despreciaba la cultura popular—. ¿Un italiano con un organillo? ¿Un oso adiestrado con las orejas doradas? Con esas francachelas delatas tu origen de New Brunswick.

Pero los estallidos de mal genio no eran habituales, ya que marido y mujer habían alcanzado cierto equilibrio exento de sermones y arranques de cólera, salvo en casos de provocación extrema, como contratar a un hombre

con turbante envuelto en una boa constrictor.

En 1825 se obró en sus vidas algo semejante a un milagro: Posey lo consideró un milagro, porque contaba cincuenta y un años. La paz conyugal se consolidó con el nacimiento de Lavinia, su única hija, cuando ya no se preveía la llegada de progenie. James estaba encandilado con la niña. Le bastaba con contemplar el espeso cabello negro y una réplica de sus propias facciones, las facciones del abuelo Sedley reproducidas en el bebé, para tener la certeza de que esa criatura era suya y podía amarla con entera libertad.

La maternidad también despertó un hondo sentimiento en Posey, que se opuso a la idea de contratar a una nodriza e insistió en cuidar ella misma a la pequeña. Renunció a las interminables fiestas y la animada vida social que lo había sido todo para ella y se convirtió en una diosa madre, llegando al punto de ir a la cocina y untar mermelada en una rebanada de pan para la niña. Lavinia era despierta y de buen carácter, alguien a quien los dos progenitores podían amar sin la molesta necesidad de amarse mutuamente. El cordial ambiente de la casa atraía frecuentes visitas de los primos viejos y sus esposas, pero Phineas Breeley tenía prohibido acercarse a la niña. «Existen razones», decía Posey, y después de varios meses de rechazo, su padre regresó a New Brunswick de muy mal humor.

Cuando Lavinia cumplió cinco años, Posey accedió a contratar a una institutriz «importada», una inglesa robusta de voz clara y cristalina y cabello dorado recogido en trenzas que, enroscadas en lo alto de la cabeza, formaban una pequeña torre resplandeciente. Ese mismo año, James compró un dócil poni para su hija, algo que él mismo había deseado ardientemente en su torcida infancia.

VII
palos rotos
(1825-1840)

formidable incendio

En los años transcurridos desde que los Sel se fueron a trabajar al Gattineau, Maine se había independizado de Massachusetts, aunque eran muchos los que preveían una guerra declarada con el estado de la bahía; lo había augurado un meteoro que traspasó el cielo con sus chispas rojas como la sangre. Pero nada ocurrió, y Maine se pobló de hombres, no sólo toscos leñadores que se corrían jaranas de tres días, sino también contratistas y agentes inmobiliarios, y bostonianos deseosos de comprar parcelas de los menguados pinares, que hablaban también de píceas y alerces tamarack, corteza de tsuga y madera de frondosas. Los pinares restantes eran escasos y remotos, pero existía un mercado creciente para otras maderas. La tendencia era desboscar y embolsarse el beneficio. En todas partes, el gran manto forestal había quedado dividido en pequeñas porciones, cientos de miles de hectáreas reducidas a tocones y residuos de madera. Las talas arrasaron riberas antes umbrías y dejaron los cauces de agua expuestos a la dura luz del sol. Las charcas cenagosas y los bancos de grava ahuyentaban a las truchas. En las poblaciones reinaba el bullicio de las cantinas, las casas de comidas, los hoteles y los palacios del placer, y el retumbo de los troncos en primavera y verano. Los aserraderos trabajaban día y noche; las sierras debían repararse sin cesar; el peligro de incendio era omnipresente. Innumerables carromatos transportaban la madera trozada a los muelles. Bangor se jactaba de ser el mayor centro mundial del embarque maderero.

Un desenfrenado afán de invención y mejora se propagó por el estado como una tormenta de polvo. Las fábricas de tejas utilizaban pequeñas sierras circulares, y los hombres aseguraban que se acercaba el día en que las sierras redondas sustituirían a las viejas sierras verticales e incluso a las múltiples. Existía ya una sierra circular de ciento veinte centímetros en un aserradero a orillas del Kenduskeag, y otra en Waterville que, según rumores, cortaba la asombrosa cantidad de cuatro mil pies tablares por hora. Los motores de vapor se imponían en el mundo entero. En Boston, las nuevas farolas de gas iluminaban tan vivamente como la luna llena. Era demasiado progreso para asimilarlo todo de golpe. A Amboise y Jinot Sel —Josime seguía en la lejana Manitoulin— eso no les gustaba, y después de pasar una temporada en el Penobscot, ya muy desboscado, entre cuadrillas de granjeros-leñadores malhumorados, se marcharon al norte, a New Brunswick, al silencio monacal de los anticuados campamentos madereros de esa zona, donde encontraron a otros mi'kmaq de mejillas anchas que llevaban la vida híbrida de los leñadores. Su pueblo no podía ya vivir sin las mercancías y la comida propias del hombre blanco; en lugar de cazar y confeccionarse las cosas que necesitaban, trabajaban por una paga.

Jinot era capaz de abatir un pequeño pino de quince centímetros de diámetro en menos de un minuto. Caían uno tras otro, los pinos pequeños. Los hermanos, a medio camino entre el mundo blanco y su propia cultura en extinción, que conocían sólo a medias, volvieron a acomodarse a la vida de los leñadores. Amboise era sumamente propenso al ron. En el campamento permanecía sobrio y pensativo, pero cuando viajaban al sur para correrse una juerga, se convertía en un Indio Borracho que acababa tirado como una cuba en la calle embarrada, donde los niños se divertían hincándole astillas puntiagudas en llamas en las punteras de las botas.

Un año, Jinot, como quien visita su antiguo hogar, regresó a la bahía de Penobscot. Se acercó a la casa de los Duquet, sólo para echar un vistazo. No experimentó ningún sentimiento particular. Se la veía descuidada y ruinosa, con el tejado combado, y en el jardín había dos carromatos maltrechos. Pero allí vivía alguien: vio perros bajo el porche. Unas sábanas colgaban inertes de

un tendedero. ¿Acaso seguía allí Elise? Pasó por delante varias veces, incapaz de aproximarse a la puerta. Ahora en el asentamiento había dos comercios, y entró en uno de ellos a comprar tabaco.

—¿Recuerda a aquellos que vivían en la vieja casa de troncos junto al río? ¿El doctor Hallagher, hace años?

El anciano tendero, de piel color nogal, dedos largos y finos, alzó la vista.

—Efectivamente, allí vivían. Se mudaron a Boston hará cinco o seis años. La gente de la bahía está tan sana que el médico no se ganaba la vida. Tenía niños que alimentar.

—¿Muchos niños?

—Claro, ella era india, ¿cómo no iba...? —Se interrumpió, advirtiendo que el hombre con quien hablaba podía ofenderse por lo que había estado a punto de decir. Él mismo tenía antepasados indios no muy lejanos. Escrutó a Jinot con los ojos entornados—. ¿Es usted pariente?

—Sí. Ella es hermana mía. Hace mucho que no la veo.

—Si va a Boston, puede que la encuentre. No sé quién vive ahora en la casa. Me parece que Elise se la vendió o la cedió a Francis Sel, un ricachón envarado. Pregúntele a él. Es el dueño, la alquila. Vive en aquella casa junto al aserradero, del que es propietario. Si está de buen humor, quizá se lo diga. —Se detuvo a pensar por un momento y por fin añadió—: Pero si Elise es su hermana, ¿Francis no es también su hermano? Mejor será que vaya a preguntárselo usted mismo.

Pero Jinot no tenía ningún interés en ver a Francis-Outger. Si el joven Édouard-Outger hubiese estado en casa, tal vez se habría sentido tentado, pero el tendero le informó de que su sobrino trabajaba en algún campamento lejos de allí. Jinot no tenía intención de ir a Boston. Regresó a los bosques del Miramichi. Pero no a Mi'kma'ki. Era mejor quedarse en los campamentos madereros.

Había sido un invierno seco, bastante frío, pero sin mucha nieve en comparación con los viejos tiempos. Así el trabajo en el bosque era más fácil, excepto el acarreo de los troncos hasta el cauce. Por la noche pasaban el carromato de agua por la pista para que el terreno estuviera resbaladizo. Mientras los hacheros desayunaban, el carretero cenaba y contaba que había visto lince, y en una ocasión un puma negro, en cuyos ojos se reflejó por un momento la luz amarilla de la luna antes de desaparecer como las llamas de unas velas pellizcadas con los dedos.

Hicieron rodar los troncos hasta el arroyo de deshielo, de escaso caudal. Los troncos embarrancaron en bancos de grava y sacarlos de allí por medio de palancas fue un trabajo duro, agotador. El sol que reverberaba en la superficie del agua casi los cegaba, y en el bosque un resplandor verde palpitaba en la sombra.

—Esto es una atrocidad, es como si ya estuviéramos en la época de siega. ¡Qué calor!

Con la mitad de los troncos atascados a lo largo del río hasta que llegaran las lluvias o la maderada de la siguiente primavera, los granjeros regresaron a sus casas entre quejas: «Es sólo junio, pero en la vida había visto semejante calor en esta época del año. Y vaya sequía». Pocas semillas germinaron. Aquellas en las que apareció algún brote se marchitaron por falta de lluvia. Los pozos se secaron. Las mujeres obtenían agua para sus huertos escarbando en arroyos con un caudal de no más de un par de dedos, pero durante el largo y tórrido agosto, las plantas se atrofiaron y se murieron. En septiembre los patatales se postraron, los tallos de maíz semejantes a papel descolorido auguraron un invierno de hambruna. Incluso los descreídos rezaron, con la mirada fija en el cielo monótono.

La única labor agrícola que podía llevarse a cabo en las granjas era seguir desboscando. El trabajo era la cura para todos los problemas. Y era un trabajo que daba sed. Los recios agricultores franceses e ingleses descendían de generaciones de labriegos que tenían por costumbre quemar los campos en barbecho, y no vieron motivos para cambiar de hábito. La quema formaba parte de las labores agrícolas: pilas de vegetación cortada después de meses de despejar la tierra, montones de madera muerta y juncos secos de los pantanos drenados. La manera más fácil de desboscar era prender fuego y

después extraer las cepas ennegrecidas. En aquel otoño seco y crepitante en que los hierbajos muertos se hacían añicos en el polvo y los tallos quebradizos crujían bajo los pies, centenares de colonos encendieron sus fogatas para despejar el monte, como siempre habían hecho.

En los campamentos, los desbrozadores construían pistas para la tala de invierno. La mayoría fumaban en pipa, y en esos momentos echar al suelo las ascuas de tabaco provocaba de inmediato un pequeño fuego. La costumbre era dejar arder ese fuego. Los incendios eran inevitables. Los colonos se alegraban de saber que desaparecía un poco más de bosque.

A primeros de octubre, el aire presentaba una coloración violácea por efecto del humo y la calima, una gran densidad a causa del calor, y tal humedad que las camisas empapadas de sudor no se secaban. Todos se movían despacio, irritados debido a los sarpullidos y las llagas que salían como consecuencia del sudor. Los hacheros bebían litros de agua de los menguados arroyos y el cabello humeante les colgaba lacio. Por la noche, la brisa no refrescaba y los hombres yacían en sus camas malolientes rezando para que terminara ese calor.

El 7 de octubre, esas plegarias empezaron a ser atendidas. El aire seco del oeste cruzó un límite frontal invisible y encontró el aire húmedo y estancado. Los vientos se mezclaron, con un violento resultado, y fue como si un millar de fuelles arrojaran oxígeno sobre los numerosos focos de fuego.

Amboise y Joe Martel, su viejo amigo del Penobscot, habían encontrado empleo con un contratista del Nipisiguit. Daba la impresión de que Amboise, cada vez que salía del campamento, terminaba en la cárcel de Bartibog. A varios kilómetros al sur, a orillas del Miramichi, Jinot, otro mestizo mi'kmaq llamado Joe Wax y Swanee, un desramador de cuello grueso, trabajaban al servicio de Lew Green, un viejo manco.

La cuadrilla de Jinot se hallaba a tres kilómetros del barracón río arriba, y acababan de empezar a trabajar en una parcela recién marcada. El terreno era relativamente llano allí donde talaban, pero al oeste y al sudoeste escarpados montes y barrancos inaccesibles rebosaban de árboles grandes,

árboles caídos y densos matorrales. Esa mañana Swanee había dejado su pipa en un viejo tocón, y éste siguió ardiendo lentamente cuando él recogió la pipa. Se elevaban pequeñas espirales de humo en todas direcciones; siempre había fuego en algún sitio. Dejaron arder el tocón; cuando quisieran encender otra pipa, podían acercar una astilla a las brasas y disponer de fuego al instante, pero por efecto de una repentina ráfaga de viento del sudoeste, todos se quedaron inmóviles, perplejos, al ver que el tocón se convertía en una imponente columna de fuego. En ese instante oyeron el sonido: un trueno lejano y después un fragor semejante a un retumbo de troncos rodando por un deslizadero. El estruendo prosiguió, cada vez mayor.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Swanee.

El viento arreció y obligó a la torre de llamas del tocón a doblegarse y rozar el suelo. El fuego se propagó en el acto como agua derramada. Al sudoeste, crecía una nube de humo negro. Por encima de ellos volaban cenizas y ascuas. Joe Wax señaló al sur, y Jinot vio una imagen que jamás olvidaría. Por detrás de los montes cubiertos de pinares flameaba un paisaje hecho de humo y, en el resplandor, se recortaban los contornos irregulares de las cimas boscosas. El fragor era tremendo, y, atemorizados, comprendieron de pronto que aquello era el viento y el fuego en un concierto de combustión. Con un gruñido ronco semejante a una exhalación del infierno, toda la serranía, de ocho kilómetros de extensión, estalló en serpentinas anaranjadas que se elevaban de los pinos. Grandes brotes de llamas se desprendieron del incendio principal y saltaron hacia el cielo. Un pedrisco de ramas ardiendo y brasas se abatió sobre los hombres. Riachuelos de fuego serpentearon por los troncos de los árboles que tenían previsto cortar. Un pino cercano estalló. Los ensordecieron el ruido del holocausto que se acercaba y el viento huracanado. Los árboles reventaban. Nada podía sobrevivir a aquella caldera descomunal.

—¡Al río! —exclamó alguien—. ¡Corred!

Llegar hasta el río, situado a un kilómetro del barracón, no sería fácil, y el fuego los hostigó bramando y atronando, arrojándoles sus chispas calientes y ganando terreno por momentos. Era como verse perseguido por una bestia voraz y demoníaca, y Jinot estaba aterrorizado. Vio en llamas el cabello de

Joe Wax, quien, ajeno al dolor, corría y corría. A trompicones, dejaron atrás el barracón, su techumbre ya humeante. El cocinero, Victor Goochey, se hallaba en la puerta con un tenedor largo en la mano.

—¡Al río! —vociferó Swanee, y siguió corriendo.

El cocinero permaneció rígido e inmóvil, su mirada fija en las llamas voraces que brincaban por detrás de los hombres. Jinot, al ver que el hombre estaba paralizado, se desvió y corrió hacia él. Lo arrancó del umbral de la puerta, sin dejar de gritarle:

—¡Corre! ¡Corre! ¡Corre! ¡Corre!

Saltaron a la charca donde el cocinero había pescado a menudo. El agua estaba caliente pero la profundidad bastaba para sumergirse, asomar a la superficie y volver a sumergirse. El boyero estaba en la charca con sus animales, compartiéndola con varios ciervos, un gato montés y un osezno negro. Llegó el cocinero, todavía con el tenedor largo en la mano, su mandil grasiento humeante.

—El barracón arde —exclamó, y se lanzó al agua.

Joe Wax se llevó la mano a la cabeza, que tenía gravemente chamuscada y cubierta de ampollas. Por la cara y el cuello le corría el agua del río manchada de hollín. Sollozaba de dolor.

—Me he quemado, me he quemado casi todo.

El fuego pasó al otro lado del río recalentado y los bajíos borbollaron. El viento cambió de dirección; el fuego engulló ávidamente el paisaje. Anocheció, y la charca quedó iluminada por las resplandecientes llamas del gran incendio. Poco antes del amanecer el viento amainó y, en la primera luz del alba de aquel día nefasto, Jinot vio la ceniza arremolinarse y agitarse. La charca estaba repleta de peces muertos. El cocinero, todavía con su tenedor largo, agachado en los bajíos cerca del osezno, le decía algo al animal en voz baja. Joe Wax flotaba boca abajo; la coronilla era una descomunal ampolla roja como un cojín de satén. No se veía a Swanee por ninguna parte. Jinot intentó levantar la voz, pero de su garganta, cerrada por la hinchazón, no salió el menor sonido. Tomó un sorbo de agua del río y advirtió, impasible, que tenía la piel de las manos y los brazos arrugada después de tan larga

inmersión, y marcada de verdugones y quemaduras. Pese a que se notaba las piernas extrañamente rígidas, avanzó por el agua hacia Joe Wax y le sacudió el hombro. Era inútil: estaba muerto. De pronto el osezo salió de la charca y, berreando, empezó a correr por la tierra quemada, acumulándose la ceniza en su pelaje húmedo, hacia una horrorosa forma tambaleante que bajaba por la ladera, una osa medio ciega con la mayor parte del pelo chamuscado y grandes ronchas en carne viva. Pasó de largo junto al osezo y siguió pesadamente hacia el río, donde se desplomó, se irguió a medias y empezó a beber y beber y beber.

El boyero, Jinot y Victor Goochey salieron del río e iniciaron el largo camino a pie hacia Fredericton. Cuando habían recorrido casi un kilómetro, Jinot se dio cuenta de que tenía las piernas quemadas. Los pantalones calcinados prácticamente habían desaparecido, y en algunos lugares la lana se adhería a la carne. En el río apenas había notado el dolor, pero al aire libre y al percibir en las heridas abiertas el contacto de la arenosa ceniza arrastrada por el viento, el dolor se elevó en grandes oleadas. Reducido su aguante a la mínima expresión, se desplomó.

Yacía desnudo en una esterilla de junco. Por encima de él, una pared de corteza de abedul ascendía oblicua hacia un haz de puntas de poste y un ennegrecido orificio para la salida del humo. Se quedó pensando en eso durante largo rato. En su estado de desmayo intermitente, tomó conciencia muy lentamente del hecho de que por primera vez en su vida se hallaba dentro de un *wikuom*. Estaba solo. Le escocían los ojos, pero veía. Oía algo dulce y levemente familiar a lo que sus recuerdos asociaban con la orilla de un pantano. Las piernas le picaban y le dolían insoportablemente, y en su cabeza vacilaban y se apagaban los pensamientos. Cuando volvió a despertarse, la luz era muy tenue. Anochecía. Le llegaba un olor a miel, incluso creía percibir el sabor. Intentó llevarse la mano a la boca, pero tenía el brazo debilitado. Renunció al esfuerzo y lo dejó inerte. Le escocían las piernas y tenía una sed atroz. Volvió a dormirse y despertó a medias cuando algo dulce y maravilloso cayó gota a gota en su boca dolorida.

El sonido del viento lo despertó. Se veía la luz gris del alba. Poco a poco recordó escenas del incendio: cómo se quemaba todo, sus piernas, Víctor Goochey con el tenedor en la mano, la calva roja e hinchada de Joe Wax. Intentó mover las piernas pero tuvo la sensación de que las tenía pegadas. Olió la miel. Y la fragancia dulce de la orilla de un pantano.

Habló una voz, pero Jinot no entendió qué decía. Le pareció que era la lengua mi'kmaq, pero no estaba seguro porque había olvidado muchas palabras. Un brazo lo ayudó a medio incorporarse; notó en sus labios el contacto de una taza. El líquido, con un refrescante sabor a resina de pino, le produjo alivio. Después de ingerirlo, lo invadió una profunda lasitud y volvió a sumirse en la oscuridad, pero no antes de percibir, por el olor y casi el tacto, que alguien vertía miel en sus piernas.

Mucho después, días o semanas, no lo sabía, salió de su estupor medicamentoso y vio el rostro ancho de un mi'kmaq de mediana edad, quizá unos pocos años mayor que él. En sus ojos de párpados caídos se advertía la serenidad protectora de un hombre hondamente familiarizado con el sufrimiento.

—¿Dónde estoy? ¿Quién...? —susurró.

—*Inui'sit? Parlez mi'kmaq?* —preguntó el hombre.

—No, pocas palabras.

—*Français?*

—*Un, deux, trois, quatre..., c'est tout.*

—Vaya. —El hombre permaneció callado durante largo rato; a continuación, con voz triste y resignada, prosiguió en inglés—: Esto Indiantown. Cerca Shubenacadie. Hombres traen tú atado como pavo. Pierna quemada. Nombre mí Jim Sillyboy. Ayudo personas quemadas. Yo quemé una vez, *enfant* caigo fuego. Conozco dolor. Ahora personas quemadas vienen aquí, mi'kmaq, iroqueses, hasta blancos. Algunos curan. Algunos mueren. Quemaduras muy malas, mueren. Tú poco mal. Yo pienso tú caminas un día.

Jinot había oído ya antes ese nombre, Shubenacadie, y sabía que estaba en Nueva Escocia, parte del antiguo territorio mi'kmaq. ¿Cómo había llegado hasta allí desde New Brunswick? ¿Quién lo había llevado? ¿Habría sido el cocinero, Vic Goochey? ¿Qué había querido decir con eso de «caminas un

día»? Claro que caminaría, volvería a brincar sobre los troncos en cuanto recobrará las fuerzas. Se había hecho daño muchas veces y siempre se había curado enseguida. Quería noticias sobre el incendio.

—Gran incendio... —fue lo único que pudo decir.

—Muy, muy *grand incendie*. Allá New Brunswick. Todo quemado. —
Siguió otro largo silencio, y finalmente Jim Sillyboy dejó escapar un suspiro —. Mañana quizá empezamos limpiar pierna, las dos. Ver tú mueves piernas. Ahora bebe medicina. Duerme. Duerme bueno para quemadura.

A lo largo de los días siguientes, Jinot se enteró de que Jim Sillyboy era un renombrado sanador de quemaduras, de que la gente acudía a él desde lugares muy lejanos con niños escaldados con aceite caliente, borrachos rescatados de chimeneas, leñadores atrapados en barracones en llamas, granjeros medio asados en graneros incendiados, y ahora estaba atendiendo a cinco heridos del incendio del Miramichi. Ese *wikuom*, y otros tres idénticos, eran lugares especiales de sanación. Beeto, el hijo de Jim Sillyboy, lo ayudaba con los quemados.

—Dolor de quemadura mucho tiempo. Mucho tiempo.

Sus otros dos hijos, explicó, dedicaban largas horas a ir de aquí para allá buscando troncos huecos con panales, ya que la miel era esencial para tratar las quemaduras.

—Uso mucha miel.

Pese a ser pobre, no cobraba sus servicios.

—Kji-Niskam dice, un lugar de espíritus. Túnica negra dice hermanos, ayuda, haced bien. —La incomodidad que le causaba hablar en inglés se traslucía en sus toscas frases.

Con el tiempo, Jinot se enteró de que la gente de Indiantown era desdichada y pobre, tan pobre que no tenía para comer. Los antiguos lugares de caza y los animales salvajes habían sido destruidos, los ríos salmoneros estaban abarrotados de troncos, corteza y serrín de los aserraderos. Ahora, explicó Sillyboy, la gente hablaba de abandonar las costumbres *mi'kmaq*, de cultivar huertos como los blancos para tener al menos comida.

—Nuestro jefe va a Londres, habla rey. Pregunta cómo hace *jardin*. Nunca sabemos. Nosotros intentamos.

¿Acaso ahora los mi'kmaq estaban incorporando en sus hábitos más actividades todavía de los blancos? Jinot se acordó de pronto de Amboise, su amargado hermano, quien, puestos a elegir algo de la cultura del hombre blanco, se quedaba con las cantinas. Y de Martel. ¿Qué habría sido de su compañero Joe Martel? ¿Llegó el incendio a Bartibog? Cuando Jim Sillyboy entró esa noche, Jinot le pidió información.

—¿Nadie puede hablarme del incendio? ¿Dices que se ha quemado New Brunswick? No puede haberse quemado todo New Brunswick. Un sitio *très* grande, muchas *rivières* —dijo, dejando caer unas pocas palabras en francés.

—Oigo todo arde. Yo busco alguien. Para contar tú. Si encuentro ese hombre traigo.

Al día siguiente, Sillyboy le limpió con delicadeza la miel de las piernas. Colocó a Jinot de costado y dijo que la parte de atrás de la pierna derecha era lo que tenía peor.

—Queda cicatriz grande, pienso.

Eso a Jinot le traía sin cuidado. Las cicatrices eran algo habitual, las cicatrices no mataban. Las cicatrices eran prueba de supervivencia. Pero con el paso de las semanas y los meses, fue descubriendo lo crueles que eran. Las cicatrices lo convirtieron en un muerto andante, porque la parte trasera cicatrizada de su pierna derecha se contraía dolorosamente y casi le impedía caminar. Cuando lo intentaba, se tambaleaba presa de un dolor atroz y sólo conseguía dar unos pasos. La cicatriz le inmovilizó la pierna en una posición antinatural.

Yació en el *wikuom* durante todo el invierno. En los inicios de su convalecencia, cuando Jim Sillyboy examinaba las heridas en proceso de curación, que le causaban grandes picores, explicó mediante palabras y gestos que la cicatriz era «demasiado *enfant*» para su masaje especial, que la distendería y haría más flexible. Beeto se encargaba de eso: era su especialidad. Utilizaba cierto bálsamo para cuya elaboración Jim Sillyboy combinaba las *mila-l'uiknek*: las siete clases de hierbas, raíces, corteza y acículas curativas. Preparaba otro excelente bálsamo a base de grasa de castor y resina de *kjimuatkw*, la píceca blanca. Y había decocciones e infusiones útiles que enseñaría a Jinot a prepararse con los ingredientes adecuados.

Porque la cicatriz era ahora su ama y le exigiría cuidados hasta el fin de sus días. El incendio había sido el momento culminante de su vida. Era plenamente consciente de que nada —nada— volvería a ser como antes.

Un día, sentado delante del *wikuom* de curación en una silla especial, recibió una visita. Un blanco desgarrado apareció a pie por el camino. Jinot no sabía quién era, pero lo aborreció por sus piernas ilesas. El hombre se detuvo frente a él.

—¿Te acuerdas de mí? ¿De Vic Goochey? Mi verdadero nombre es Gautier, pero todos me llaman Goochey. Estuvimos juntos en el incendio y en el río, ¿te acuerdas? ¿Y de que te trajimos aquí Lew Green y yo? En un condenado carronato con un caballo negro viejo. Él también se quemó, ¿sabes? Casi todos los hombres de la cuadrilla. Pero Lew había oído hablar de este indio, Jim Sillyboy, que cura quemaduras. En cualquier caso, yo tenía que marcharme de New Brunswick, que ha quedado todo negro y maloliente. Así que te trajimos aquí. A Lew Green se le quemó la oreja derecha, y Sillyboy se la curó bien. Perdió la oreja, claro, le queda sólo un colgajo de piel, pero sigue vivito y coleando. Pensé que podría hacer lo mismo contigo. Teniendo en cuenta que gracias a ti eché a correr hasta el río. Iba a quedarme en el barracón, pensé que el fuego no llegaría. Pero cuando tú viniste corriendo, medio envuelto en llamas y gritando «¡Corre, corre!», cambié de idea. Así que estoy vivo y apenas me chamusqué. ¿Te acuerdas de aquella osa quemada? Murió allí mismo, y el oseño siguió intentando mamar. Fue un incendio atroz.

—Dios bendito —dijo Jinot—. Quiero más información sobre ese incendio. Si fue muy grande, qué cuentan de él. Tengo un hermano, Amboise, que trabajaba en el Big Bartibogue.

—Un desastre, allí. Llegó el fuego, lo quemó todo. Dicen que ardió más de un millón de hectáreas de buen bosque maderable. Pueblos, casas, cárceles, campamentos madereros, serrerías. Se llevó medio Fredericton.

—Amboise y Joe Martel —dijo Jinot—. Ay, mi hermano, mi amigo. No puede ser que murieran en el incendio.

—Es lo más probable. Allí cayeron más de cien personas.

Jinot no podía hablar por falta de aire. Goochey aguardó. Suspiró para expresar aflicción por los seres queridos de Jinot y a continuación dijo en voz baja:

—Nosotros tuvimos suerte, sobre todo yo. ¿Cómo van esas piernas?

Jinot se sorbió un poco la nariz y luego habló con la voz áspera y airada de quien deja atrás una mala noticia y sigue adelante.

—Va todo muy despacio. Sillyboy dice que requiere mucho tiempo. Como la cicatriz me contrae la pierna, no puedo caminar bien. No puedo hacer gran cosa. —Se dio una palmada a un lado de la pierna derecha para indicar que era la más afectada.

—Bueno, he venido a preguntarte si quieres volver al oeste, para trabajar en el Gatineau.

Jinot, incapaz de dejar de pensar en Amboise, negó con la cabeza.

—Ya te he dicho que ahora no puedo hacer nada. No tengo más ropa que la que el sacerdote le dio a Sillyboy; no puedo trabajar. Ahora mismo me es imposible hacer nada en el bosque.

—Vamos, hombre, bien podrás cocinar, ¿no? Es la norma: cuando alguien se hace daño en el bosque, va a la cocina.

—Sólo sé cocinar pescado. No puedo estar de pie más de dos o tres minutos. Ya te lo he dicho: con la quemadura, me tira mucho la piel de la pierna. No sé cómo voy a arreglármelas. Quiero marcharme de aquí. Los Sillyboy, toda la familia, se portan bien, pero éste es un sitio difícil: pasan hambre, son pobres, no tienen dinero, trabajo, ni casa, nada. Éste ya no es mi sitio, si es que alguna vez lo ha sido. Si al menos pudiera llegar a Manitoulin, donde está mi otro hermano, para informarle de lo ocurrido, podría encontrar alguna solución.

—Diantre, Jinot, yo te sacaré de aquí; te llevaré a Manitoulin si es ahí adonde quieres ir. Me salvaste la vida. Eso no lo olvido.

—Primero tengo que curarme. Según Sillyboy, tardaré aún un par de meses; quizá este otoño pueda andar. Un poco. Tengo que recuperar algo más la movilidad. Así soy un lisiado.

—Te diré lo que haremos. Tú consigue que Sillyboy te cure un poco más, y yo vendré a buscarte. Veamos, ahora estamos más o menos en junio, es época de maderadas. ¿Qué te parece si vuelvo en octubre, a ver cómo te va? Quizá

ya te encuentres mejor, y entonces decidimos.

Se marchó, y Jinot pensó que Goochey era un buen hombre, pese a que nunca le había prestado mucha atención antes del incendio. Volvió a llorar por Amboise, su hermano mayor, un bebedor, un hombre que soñaba con tiempos pasados que no había conocido, ahora perdido para siempre. Amboise, que aborrecía la tala pero se dedicaba a eso porque, cuando entraban en un bosque nuevo, tenía la sensación de acceder a un mundo de otra época. Amboise, que bebía whisky para escapar del presente.

El hijo, Beeto Sillyboy, le enseñó que, para suavizar la piel, podía hacerse algo más aparte de aplicar bálsamos y dar suaves masajes. Lo obligaba a poner la pierna rígida y herida en posiciones que le dolían y a extender muy gradualmente la tirante cicatriz, moviendo la pierna con muchísimo cuidado para no desgarrar los tejidos tensos. Así que en septiembre, casi un año después del incendio, Jinot podía renquear a paso de tortuga. La pierna le dolía una barbaridad; era un dolor como ningún otro, tedioso y lancinante, rabioso y atroz, y se veía la extremidad en tensión por efecto de la cicatriz. Un día dijo a Jim Sillyboy:

—Me parece que, si cortaras por aquí, podría estirar más la pierna. Esa cicatriz es como una cuerda que me tiene atado. Bastaría un pequeño corte en ese punto de unión más grueso, ¿no?

Pero Jim Sillyboy se negó a hacer ese corte. Jinot, pues, no servía para el bosque, ni para ninguna otra tarea pesada. No tenía dinero, lo había perdido todo en el incendio, y cuando Goochey regresara, se vería obligado a decirle que no podía irse con él. Tendría que quedarse en Indiantown, pobre, muerto de hambre y lisiado, hasta el día de su muerte. Vio desplegarse esa vida ante sí. Entonces hizo un nuevo intento con Beeto Sillyboy, insistiendo en que, con un pequeño corte, sobrellevaría mejor la cicatriz. Beeto le dio la razón.

—Lo probamos. Tengo buen cuchillo, de los de antes, piedra negra muy afilada.

Y al día siguiente apareció con un siniestro fragmento de obsidiana recién afilado y practicó la incisión, aplicó el bálsamo curativo y una ligadura de piel de anguila para mantener la pierna en una posición más abierta. Al cabo

de una semana Jinot se movía, tambaleándose, de acá para allá, y Jim Sillyboy reconoció que el corte había sido útil.

—Pero algunas veces no resultado. Tú suerte.

—Sí, mucha suerte —contestó Jinot.

Cuando, llegado octubre, Vic Goochey se presentó, Jinot le dijo que quería ir a Boston en busca de Elise para conocer a sus sobrinos. Después deseaba visitar la isla de Manitoulin, para dar con Josime y seguir contando sobrinos. Tras la prueba de fuego por la que había pasado ese año, ahora deseaba hijos.

Goochey lo miró y torció el gesto.

—¿Quieres hijos? En general, para tenerlos la gente se casa y hace lo que tú ya sabes. Búscate una mujer joven y cástate. Demonios, yo me he casado dos veces y tengo hijos en Bangor, y otros dos en Waterville. Por eso sigo trabajando: les mando todo lo que gano. Tú conoces a muchas mujeres; te he visto de palique con cuatro a la vez. Elige a una.

Jinot sabía que viajar a Boston era una estupidez. No tenía dinero; no sabría ni por dónde empezar a buscar a Elise en semejante hormiguero de gente. Y Goochey dijo que empezaba a arrepentirse de haberse ofrecido a llevarlo a Manitoulin. Le estaba agradecido por haberle salvado la vida, pero deseaba disponer de un tiempo para vivirla.

—Oyéndote hablar de hijos, me entran ganas de ver a los míos, de pasar página. Pero tendré los ojos bien abiertos, atento por si aparece algún trabajo que esté a tu alcance. Sé que puedes aprender a cocinar y ser aceptado en un campamento maderero. En cualquier caso, todo se reduce a judías y carne de cerdo. Facilísimo. Demonios, eso llevo haciendo yo desde hace años. Nadie se ha muerto nunca por comer judías y carne de cerdo.

Jinot no quería ser cocinero. Renquear en torno a los fogones de un barracón mientras hombres fuertes talaban y desramaban en el fragante bosque..., eso no. Pidió a Vic Goochey que le prestara un dólar, le estrechó la mano, le dio las gracias por las molestias que se había tomado y le aseguró que le enviaría el dólar en cuanto encontrase trabajo.

Con ese dólar fue a la primera cantina que encontró.

—Whisky.

Aunque prefería el ron, el whisky era la bebida más asequible. Por veinte centavos, compró una botella del más barato. Ésa era su primera juerga desde el incendio. El dolor fue mitigándose conforme bebía y de pronto se sintió muy bien, incluso feliz. Sonrió para sí y se sirvió otro vaso.

—¿Te sobra algo de eso? —preguntó el hombre que estaba a su lado, un individuo fornido de manos encallecidas y rostro alargado y gris que vestía un pantalón de lana. A juzgar por su aspecto, era leñador.

—Un momento —dijo Jinot—. Ahí va. —Y le sirvió una generosa copa.

Averiguó que el hombre, medio passamaquoddy, se llamaba Resolve Smith, y había trabajado en el Penobscot como maestro del río, el responsable máximo de la maderada. Conocía muy bien la zona ribereña. También él tenía las piernas tullidas, rotas las dos por un accidente en un deslizadero.

—La condenada pila entera se me vino encima, contra las piernas, y vi caer los troncos sobre mí uno por uno. Me partieron las piernas en pedazos como si fueran palos y, al soldar, se me quedaron torcidas. Cuando llueve es un tormento.

Jinot le habló del incendio en el Miramichi que arrasó New Brunswick y le contó que Amboise y Martel habían perecido, y que él, por su parte, había quedado lisiado. Dedicaron la siguiente hora a intercambiar anécdotas sobre incendios en el bosque, Amboise, Martel, heridas. Apuraron juntos la botella, y Jinot compró otra. Después de largo rato se sumieron en el silencio y al final Smith dijo:

—¿Buscas trabajo?

—Busco trabajo, sí, pero ya no puedo trabajar en el bosque.

—Yo tampoco, pero me he enterado de una cosa. Cierta gente, en Massachusetts o por ahí, va a abrir una fábrica de hachas, con cabezas de muchos tamaños. Buscan hombres que entiendan de hachas. De eso me he enterado. Tú has sido hachero durante mucho tiempo: entiendes de hachas.

—Tanto como de árboles —afirmó Jinot—. De toda clase de hachas. He vivido con un hacha en la mano desde que era niño.

—Vayamos allí, a ver si conseguimos trabajo. Demonios, tendremos buena bebida y nos lo pasaremos bien.

Acordaron verse a las doce de la mañana siguiente, delante de la cantina.

una vida torcida

El señor Albert Bone acercó su rostro de niño, el rostro más blanco que Jinot había visto, con unos ojos de un azul muy claro, hundidos en las cuencas, y la boca apretada como un nudo. Parecía un crío arrugado, pero hablaba con una voz desproporcionadamente sonora. Introdujo dos dedos de la mano derecha en el bolsillo donde llevaba el reloj y observó a Jinot, que desplazó el peso de una pierna a otra, incómodo en los confines del despacho.

—¿Qué puede decirme de las hachas? ¿Ha fabricado hachas? —Las preguntas reverberaron.

—Nunca he fabricado ninguna. Gasté no pocas cortando pinos en el Penobscot y el Gattineau. Veinte años de tala. Distingo un hacha mala: he utilizado unas cuantas. —Estaba agotado de tanta charla.

—¿Diría, pues, señor Jinot Sel, que esta hacha es buena o es mala?

Y Cara de Niño se volvió, cogió un hacha flamante que tenía en el escritorio y se la entregó, con el mango por delante, a Jinot, quien, tras recuperarse de la sorpresa de que lo llamaran «señor», la sopesó, la examinó desde todos los ángulos, miró a lo largo de la empuñadura, la escrutó detenidamente en busca de la soldadura (que no vio) y deslizó el pulgar con sumo cuidado por el filo. La blandió con movimiento atenuado.

—¿Tiene un árbol o un tronco? —preguntó, consciente de que esa entrevista era un examen—. Prefiero probarla antes de pronunciarme.

Salieron al aire fresco de la mañana. Una bruma se levantaba del río, y dos cuervos graznaron amigablemente en la otra orilla, que no se veía. El señor Bone señaló un castaño, quizá de unos veinticinco centímetros de

diámetro, que crecía en la margen. Jinot, cojeando, se dirigió hacia el árbol, se colocó en posición y descargó un golpe de hacha; la hoja se hincó y saltaron astillas. Era un árbol joven, y no merecía ser cortado. Se resistió más que un pino blando, pero lo tenía en tierra en cuestión de minutos, y Jinot pensó que, si en su mente anidaba todavía algún deseo medio sumergido de volver a ganarse la vida con el hacha, ya podía hundirlo del todo; ahora era lento y una punzada de dolor le recorría la pierna quemada a cada hachazo.

—Es una buena hacha —dictaminó—. De calidad.

—Sí. Los hombres a los que he formado y yo nos dedicamos a fabricar las mejores hachas. La calidad es lo principal, y todo hombre que trabaje para mí debe comprometerse a mantener la reputación cada vez mayor de estas hachas. Éste es el modelo Penobscot. Permítame hacerle una pregunta. Usted es indio, supongo. —Se oyó un leve tintineo en el bolsillo de su chaleco.

«Vaya, sólo contrata a blancos», pensó Jinot.

—Soy mi'kmaq. De Nueva Escocia. Dicen que tengo un antepasado francés muy lejano. El bis-bis-*grand père* Sel. —Hizo ademán de darse la vuelta para irse. Aún estaba a tiempo de encontrar a Resolve Smith en una de las cantinas y pillar una curda. Pero añadió—: He vivido en Maine casi toda mi vida.

Las palabras de Bone, cuando habló, flotaron en la bruma.

—Siento especial respeto por los indios. Me consta que los ingleses recién llegados cometieron grandes injusticias con ellos y a lo largo de mi vida he intentado compensar esas atrocidades. Incluso he llegado a creer que si su pueblo hubiese ofrecido resistencia a los primeros exploradores, vivirían ustedes todavía en el bosque recolectando frutos secos. He intentado, a mi manera, reparar las injusticias en la medida de mis posibilidades. —Sin dejar de hablar, se encaminó de regreso a la oficina, acortando la zancada para acomodar su paso a la cojera de Jinot—. Con ese fin, contrato a algún que otro indio. Considero que los indios poseen una aptitud instintiva para las mejoras mecánicas y la invención. Por ejemplo, mi capataz, el señor Joseph Dogg. —Contrajo la diminuta boca.

Jinot se quedó sin habla. Nunca había oído a un blanco hablar así. No le gustó.

Cuando llegaron a la puerta, el señor Bone extrajo un reloj de oro del bolsillo y pulsó un botón; emitió una dulce melodía y anunció la hora que se acercaba. El sol encontró una rendija en la bruma cada vez menos densa y el reloj resplandeció.

—Señor Jinot Sel, aprenderá los procesos de la forja y el templado. Necesito hombres aptos en esas tareas. Y en el afilado y pulido: probaremos con eso. A ambos nos interesaría que conociera usted todas las facetas de la fabricación de un hacha. ¿Qué me dice? ¿Sí? De acuerdo. Lo contrataré, y procure trabajar bien, porque sé que perderé dinero hasta que asimile los rudimentos. Vaya con ese hombre de ahí, el capataz, el señor Dogg. Él le echará un cabo, por usar una expresión marinera. —Señaló con el mentón a un *métis* encorvado, de treinta años como mucho, que sonreía a la entrada.

Jinot asintió, pero tembló por dentro. Estaba contratado. Había sido así de fácil.

—Iroqués, seneca —respondió Joe Dogg a la pregunta tácita de Jinot—. Ven. —Salieron por la puerta y, mientras atravesaban el patio, Dogg señaló el despliegue de edificios del señor Bone—. Es un hombre justo —dijo Dogg—, al margen de lo que oigas. —Entraron en la fragua, un espacio dominado por el fuego y los mazazos, donde los hombres cortaban bloques de hierro al rojo vivo—. ¿Crees que otro me habría contratado? Ni remotamente. Ja, ja, dice el señor Bone que yo soy su Hefesto, aunque todavía no he forjado ningún rayo.

—¿Y te ayudan cuatro agraciadas doncellas? —preguntó Jinot, rebuscando en su memoria los relatos de Beatrix sobre los dioses griegos.

Joe Dogg se rió con ganas.

—Vaya, eres un indio culto, ¿eh? Y no te sirve de nada, ¿verdad? Te diré una cosa: no sólo Jinot Sel lee libros —declaró, y se señaló a sí mismo.

Jinot observó a un hombre cariacontecido levantar una barra de metal y colocarla en un yunque. Mientras la sujetaba en su sitio, otro hombre la marcaba con un martillo y un cincel en frío y la rompía.

—Esos patronos son el principio; los convierten en hachas —explicó Dogg—. Un hombre, si es bueno, fabrica ocho hachas al día. Si no es bueno, puede fabricar diez o doce.

Se adentraron en el estrépito. Jinot nunca había visto un martinete, y ante sí tenía seis de esos artefactos batientes, incansables en su absurda potencia. El suelo de piedra temblaba.

—Cada uno de esos cabrones funciona con su propia rueda hidráulica —bramó Dogg.

En el taller de amolar, los envolvió un rugido abrumador en el que se intercalaban las leves toses de los hombres, que inhalaban polvo de acero a lo largo de todo el día. Contra la pared había una hilera de muelas de piedra de entre dos y dos metros y medio de diámetro, cuya rotación emitía un murmullo húmedo y ronco; los hombres, empuñando las hachas nuevas, se inclinaban sobre las muelas, que giraban a gran velocidad.

—Y allí está el alojamiento de los trabajadores —prosiguió Dogg, ya sin levantar la voz, cuando salieron—. Ve allí y te asignarán tu propia habitación. Cualquier cosa que quieras saber, pregúntamelo.

Jinot empezó a conocer las habilidades y las sutiles apreciaciones de los fabricantes de hachas. Los reflejos que antaño le permitían enfrentarse como gancho a las arbitrariedades del agua en movimiento y los troncos giratorios le servían ahora para reconocer en la fragua las gradaciones de las formas y los colores de los metales calientes. Giraba el hacha con rapidez y delicadeza bajo los golpes del martinete, y desplegaba su actividad en medio de aquel calor ensordecedor como si corriera en sueños a través de una de las cámaras del infierno; aquello era el incendio del Miramichi comprimido en un lecho de brasas, y el viento huracanado soplaba sólo a instancias de los fuelles. Los espectros oscuros de aquel taller no eran hombres de valor y pericia, sino demonios, que lo llamaban para que se uniera a su maldita hermandad.

Dogg, su mentor, le habló de sí mismo.

—¿Que por qué abandono el territorio iroqués en el norte de York? Pues porque los astutos blancos se quedan con nuestras propiedades. Los iroqueses no piensan así. Lo vendemos pero somos tan tontos que pensamos que sigue siendo nuestro. Los blancos nos dan whisky, nos dan regalitos, y se quedan con nuestra tierra de caza. Esa tierra es de ellos. Dicen: «Indios, abandonad vuestras costumbres; indios, civilizaos». Así que vengo para civilizarme, para

trabajar. Ese herrero, el señor Bone, fue muy bueno conmigo. Me ve en el río, intentando coger una rana (tenía hambre), me da trabajo, me enseña a ser herrero. Quizá piensas que el señor Bone no sabe lo que se trae entre manos, pero sabe hacer buenas hachas. Es buen herrero. Hace buenas hachas.

Era difícil de creer, por lo menudo que era y por el aspecto infantil que tenía. Más adelante, disimuladamente, Jinot empezó a observar aquel cuerpo pequeño bajo el traje negro, aquellas manos pequeñas. Se había dejado engañar por la cara de niño. Su cuerpo era menudo pero acerado; las manos, pequeñas pero encallecidas y duras.

Lo atrajeron los martinetes. El operario tenía que ser una suerte de artista; su tarea consistía en cambiar la posición del hacha resplandeciente, sujeta mediante unas tenazas, para obtener una forma perfecta, y debía trabajar deprisa. La labor más delicada era el proceso de templado, que exigía experiencia y buen ojo. Hugh Boss, ya cincuentón, alto y torcido a causa de una severa escoliosis, calentaba un hacha recién moldeada y luego la echaba a una cuba de agua.

—Te queda tan quebradiza que el filo se romperá la primera vez que se use —dijo Boss—. O sea, tienes que mejorar el temple, ¿entendido? —Guiñó el ojo a Jinot, y el hacha volvió a la forja, donde se calentó de nuevo; la afiló con la lima—. Fíjate en los colores cerca del filo.

Jinot vio cambiar las tonalidades de amarillo claro a naranja, de naranja oscuro a marrón. Fue de nuevo al agua.

—Al final se volverá azul, pero nos conviene que esté en el marrón. Ahí tienes. Ahora ya está a punto.

Los meses se convirtieron en años, hasta que por fin un día el señor Bone consideró que las herramientas fabricadas por Jinot soportarían miles de fuertes golpes.

Ésa fue la parte más enriquecedora y extraña de su vida, porque ya no se sentía Jinot Sel, sino otra persona, una criatura híbrida en un espacio artificioso. El señor Bone se interesó por él. En la fábrica trabajaban muchos

indios competentes, pero él le había tomado afecto a Jinot, quien, con su rostro lozano y sonriente, aparentaba menos años de los que tenía.

Un día en que el señor Bone tenía que viajar a Boston, dijo a Jinot que lo acompañara.

Solos en el coche, ninguno de los dos despegó los labios durante una hora, hasta que el señor Bone declaró muy serio:

—Quiero que entienda bien los entresijos del negocio de las hachas. Tengo el propósito de formar a indios como usted en las artes de la mecánica y la manufactura. Pero un negocio no acaba ahí. Cuanto antes abandonen ustedes los bosques y adopten oficios útiles, antes se convertirán los bosques en espacios civilizados y productivos. Eso no quiere decir que en el proceso todo vaya a ser coser y cantar. No. Quiero que conozca el lado comercial de la fabricación de hachas. Debe aprender a tratar con hombres de buena posición. —Sacó su reloj de repetición y pulsó la ruedecilla; el reloj emitió su repique —. Hay problemas y dificultades que me tienen en vela por las noches: empresas de la competencia que crean un producto inferior y lo presentan como si fuera un hacha Bone, trabajadores que se quejan de la paga, agitadores, espías al servicio de otros fabricantes de hachas. Ha llegado la hora de que usted aprenda a comportarse y hablar con hombres de negocios.

Jinot deseó decir que no tenía interés en hablar con hombres de negocios; prefería la compañía de la forja, donde, bajo el manto de ruido, los hombres se comunicaban con gestos como los trabajadores de los aserraderos. Prefería..., no sabía qué prefería, salvo estar a mayor distancia del solícito interés del señor Bone.

Pero el pregonado entusiasmo del señor Bone por los pueblos nativos no abarcaba los bosques y las costas que éstos habían habitado. Para el señor Bone, un lugar sólo era auténtico cuando los árboles habían desaparecido, cuando cubrían la tierra cultivos europeos y las casas se apretujaban.

En el viaje de vuelta dijo de pronto, como si llevara ya tiempo organizando las palabras en su cabeza:

—Vine a Filadelfia desde Escocia con mi padre. Mi madre murió cuando yo era pequeño. Y dos días después de llegar a este país, mi padre falleció también, víctima de una peste contraída a bordo del barco. Quedé, pues, huérfano y abandonado a mi suerte.

No dijo nada más.

Unos meses después volvían a estar solos en un coche que apestaba a orina rancia, de camino a Bangor, y el señor Bone, que parecía incapaz de hablar de su pasado si no era entre los bandazos de un vehículo, prosiguió con su historia.

—Como le decía con respecto a mi infancia, al verme solo en una ciudad desconocida, mendigué primero pan y luego monedas a los transeúntes, y más adelante empecé a rondar con otros niños que, como yo, carecían de hogar. Creamos una cooperativa dedicada al hurto, y afanábamos gallinas y rapiñábamos huertos. Por diversión, merodeábamos cerca de la parada de postas, las herrerías, lugares de interés para toda la muchachada. Dio la casualidad de que un día estaba observando a uno de los herreros, yo solo, y el hombre me miró y dijo: «Dale al fuelle, chaval, mi ayudante se ha largado». Le di al fuelle. Al final de la jornada, aquel hombre me contrató. Me ocupaba de llenar las tinas de templado, accionaba los fuelles, hacía recados y aprendía el manejo del degüello del yunque, la estampa, el yunque de espiga, la mordaza y el mandril, los veinte tipos de martillos, los cincuenta tipos de tenazas, el punzón y el cincel. Cuando el señor Judah Bitter, el herrero, vio mi interés, se propuso instruirme en el arcano arte de la forja y el yunque. Incluso el oficio de herrero tiene sus héroes, y el señor Bitter era uno de ellos. Me inculcó el amor por el metal negro. Qué bien recuerdo el día en que hice mi primera azuela.

Entre esta sarta de palabras, Jinot percibió un indicio: la predilección que el señor Bone le mostraba se debía a que, por alguna razón, equiparaba la situación de Jinot con la del pobre huérfano emigrante. Jinot podía entender eso con respecto a Joe Dogg, pero no en el caso de él. ¿O lo veía el señor

Bone, por ventura, como un trozo de hierro en bruto que era necesario calentar y batir para convertirlo en herramienta? Su jefe sacó el reloj de oro del bolsillo y lo miró con una sonrisa.

—El tesoro de mi familia.

El coche se detuvo y subieron otros tres viajeros, pero el señor Bone, como si le hubiesen dado cuerda, prosiguió, hablando en un murmullo sibilante que, imaginaba él, llegaba sólo al oído de Jinot. El aliento le apestaba a intensa menta por los caramelos que siempre llevaba en el bolsillo.

—El señor Bitter me honró con una invitación a incorporarme a la herrería como socio. Colocaría un cartel nuevo: «Bitter & Bone». Suena bien, ¿verdad? —Advirtió entonces que todos los presentes en el coche lo miraban con curiosidad. Y se calló.

Pero cuando se hallaban en la tosca posada, el señor Bone reanudó la conversación.

—Como le decía, el señor Bitter me ofreció la posibilidad de entrar en el negocio como socio. Acepté. Pero antes de completarse el papeleo, un día en que el señor Bitter regresaba a casa de la herrería, lo arrolló un cochero temerario que llevaba el carro hasta los topes. Al morir él sin testar, la herrería pasó a un sobrino idiota que no distinguía una forja de una alforja, y una vez más me quedé despojado, solo y sin recursos.

»Miré alrededor para ver qué podía hacer. Vi el inmenso bosque, vi que se necesitarían miles de personas para construir casas y establos, y me decidí, pues, por el hacha. Reconocí la oportunidad y me juré que mis hachas serían las mejores.

Envalentonado por el whisky, Jinot se sintió obligado a preguntar:

—¿Por qué muestra esta predilección por mí, señor Bone? Es simple curiosidad.

Se produjo un largo silencio. Finalmente el señor Bone se revolvió, exhaló un suspiro y habló:

—Cuando vi las grandes injusticias que infligía mi raza a la población nativa, me juré a mí mismo animar a jóvenes indios a aprender un oficio. Es la actitud cristiana. Si no me hubiese convertido en herrero, tal vez me habría sentido atraído por la vida misionera entre paganos. Tengo la esperanza de que sea usted el primer hombre de negocios indio, integrado en la sociedad en que

ahora vive. ¿Visita a su gente a menudo? Si no es así, debería hacerlo, porque posiblemente hay excelentes oportunidades de negocio por descubrir. Creo haberle enseñado a detectar esas oportunidades.

Jinot se estremeció en sus adentros.

Hugh Boss, el martillador, entabló amistad con Jinot, y éste empezó a pasar las veladas de los sábados en la casa familiar jugando a las damas. La familia Boss vivía en una amplia cabaña a menos de dos kilómetros de la fábrica. La señora Boss, una mujer agraciada de cabello trigueño y anchas caderas, solía presentar la hinchazón del embarazo. Rondaba incesantemente junto a los fogones de hierro colado y era una excelente cocinera. Pero lo que le gustaba a Jinot eran los niños, ya que la familia Boss era numerosa; entre la mayor, Minnie, que había cumplido ya los dieciséis años, y el benjamín, de apenas uno, había otros ocho críos.

Minnie, menuda, de cabello y ojos oscuros, había heredado la escoliosis de Hugh Boss, y una vez al mes debía visitar al doctor Mallard para someterse a crueles ejercicios de estiramiento. En la «sala de estiramiento», se desnudaba de cintura para arriba, porque el médico debía observar su columna vertebral; se colocaba bajo un trípode enorme, donde la sujetaba mediante un complicado sistema de correas y almohadillas de su propia invención. Minnie permanecía estirada en grado sumo, casi izada en el aire, mientras el doctor Mallard ajustaba la tensión para enderezarle la columna por la fuerza. Minnie contó a Jinot que al principio la avergonzaba quedarse medio desnuda delante del médico, pero él era indiferente a todo excepto la curva de su espinazo, y ahora ella ya no se sonrojaba de vergüenza. Después de cada sesión, Minnie volvía a casa agotada por el supremo esfuerzo. Jinot, que entendía bien lo que era el dolor de estirar músculos y tejidos recalcitrantes, a veces le leía mientras ella yacía en el diván de la cocina, arrebujada hasta la barbilla bajo una colcha. No era una muchacha bonita, pero poseía un carácter amable a pesar del sufrimiento causado por su dolencia, y respondió a la compasión de Jinot con un creciente amor que no pasó inadvertido a Hugh Boss. Durante mucho tiempo nadie dijo nada, y él se acostumbró a ver a Minnie y a Jinot juntos, pese a la diferencia de edad.

Cuando el doctor Mallard dijo que Minnie había mejorado mucho y que dejaría pasar dos meses entre una sesión y otra de estiramiento, la familia decidió que aquello merecía una celebración. Hugh Boss dio dinero a su hija para que comprara tela y se confeccionara un vestido. Ese domingo, Minnie se presentó con el nuevo vestido ante Jinot, y éste la miró con los ojos muy abiertos. El vestido, de seda, era del mismo azul maravilloso que la antigua bata de Beatrix.

Hugh Boss se llevó a Jinot al establo, donde guardaba las jarras de potente sidra.

—Veamos, Jinot, ya debes de saber que le gustas muchísimo a Minnie.

—Ella también me gusta a mí. —Jinot se movió, visiblemente incómodo.

—Bueno, entonces no hay problema: prepararemos el poste donde atar al caballo.

Al cabo de un mes se casaban en el salón de la casa de la familia Boss. Minnie se puso el vestido azul de seda, y durante la breve ceremonia todos oyeron las imprecaciones y los esfuerzos de los hombres que izaban troncos para la cabaña de los novios, en un rincón del prado de Hugh Boss, al fondo. Minnie recordó que de niña, en uno de sus juegos, se entretenía arrancando los pétalos de una margarita para descubrir con quién se casaría: un hombre rico, un hombre pobre, un mendigo, un ladrón, un médico, un abogado, un jefe indio. Bueno, él no era jefe.

Con el nacimiento de los primeros hijos de la pareja —los gemelos Amboise y Aaron, que se parecían más a Kuntaw que a Hugh Boss—, Jinot tuvo la impresión de que era ya como los demás hombres y casi podía comprender verdades antes misteriosas para él. Eso no podía durar.

Minnie era una madre nerviosa, que inspeccionaba a diario la postura de los niños para ver si presentaban síntomas de escoliosis. Llevó a Amboise y a Aaron al doctor Mallard en cuanto empezaron a andar, pero el médico no vio señales de deformidad.

—Desde luego, querida, siempre puede aparecer en una etapa posterior de la vida, a menudo invisible incluso para la mirada experta —parpadeó en un gesto de modestia—, hasta que ya está muy avanzada. Seguiremos atentos a

la evolución de los niños. Tráelos a la consulta cada seis meses, y esperemos detectarlo con tiempo, si es que aparece, y corregir cualquier malformación. En cuanto a ti, albergaba la esperanza de que el parto te ayudara a mejorar los efectos de las sesiones de estiramiento que tan valientemente has sobrellevado, pero parece que no es así. Al final ha quedado en una cuestión más de aguante que de curación.

Así era: Minnie se doblaba cada vez más a la izquierda, y su postura a la mesa mostraba una manifiesta inclinación. Cuando colgaba su vieja chaqueta del gancho de madera próximo a la puerta, el hombro izquierdo quedaba más bajo. Se preocupaba, se preocupaba por todo: por que su padre se atrapara una mano bajo el implacable martinete; por que Jinot desapareciera (ya que con bastante frecuencia se ausentaba en compañía del señor Bone por asuntos de negocios); por que la enfermedad o la peste se los llevara a todos. Muchas noches se despertaba temblando después de soñar que perros rabiosos despedazaban a sus hijos mientras éstos extendían sus manitas implorantes hacia ella, que, aunque estiraba cada músculo, permanecía inmovilizada a causa de su espalda deforme, incapaz de alcanzarlos pero obligada a oír sus lastimeros alaridos.

Hugh Boss confeccionaba juguetes para los niños: un invierno, una plancha de abedul lisa como el cristal, con bandas de acero bruñido engastadas en la parte inferior, para deslizarse por la nieve, una especie de trineo. Al fondo de su parcela de tierra en pendiente, crecía un bosquecillo de píceas jóvenes, uno de los lugares predilectos de los niños del vecindario en verano, porque los estrechos pasadizos entre los árboles formaban un enrevesado laberinto, túneles verdosos y umbríos ideales para el juego del escondite y las ruidosas complejidades de «las ovejas y el lobo». Jinot a veces jugaba con ellos, los niños en el papel de ovejas dispersas por los túneles, él en el de feroz lobo aullador. En la estación fría, la pendiente nevada era la rampa de patinaje del vecindario. El invierno en que Amboise y Aaron cumplieron seis años, tras una imprevista tormenta, Sam Withers, un niño de la vecindad muy aficionado a las bromas, concibió la idea de echar aún más agua a la pendiente ya helada para aumentar el grosor de la capa de hielo. Un brusco descenso de la temperatura convirtió la pendiente en una

pista deslizante sin caminos. Sam Withers, atribuyéndose el mérito del hielo, fue el primero en descender. La plancha viró y saltó a toda velocidad, y Sam gritó de entusiasmo ante el acierto de su ocurrencia.

—¡Yo! ¡Ahora yo!

Tres niños se apretujaron en la plancha para emprender el segundo descenso, Sam detrás, Aaron en medio y delante Amboise. Con el aumento de peso, el objeto se aceleró más y trazó un recorrido menos tortuoso. El trineo, que no se dejaba dirigir, giró inexorablemente hacia las píceas. Las bandas metálicas de la parte inferior emitían un peculiar gemido y toda irregularidad en el hielo producía un traqueteo, prueba de su gran velocidad. Era imposible esquivar los árboles erizados de púas, y el artefacto penetró entre las ramas inferiores deshojadas como un meteorito.

Minnie oyó el grito de Aaron, y el berrido de Sam Withers, temeroso ya de la azotaina que sabía que recibiría. Salió corriendo con su delantal y perdió un zapato en la nieve. En la pendiente helada, vio a los niños enredados entre las píceas, vio a Aaron, con el rostro ensangrentado, avanzar a gatas hacia ella, vio a Sam Withers adentrarse tambaleante entre los árboles, vio a Amboise inerte. Resbaló y cayó. Tuvo que llegar a rastras hasta él.

Amboise yacía sobre el costado derecho, traspasado el cuello por un palo-lanza seco que uno de los niños había dejado entre los árboles en los días de juego veraniego; el palpitante manantial de sangre era ya sólo un hilo, y Minnie lanzó un chillido que hizo temblar las ramas del bosque.

Jinot se convirtió en un hombre circunspecto y serio después de la muerte del pequeño Amboise. Lejos de allí, en compañía del señor Bone, no se enteró hasta última hora, cuando regresaron en el coche, de lo ocurrido aquel día. Para entonces, Minnie y Aaron se habían sumido en una resignada calma. Los gemelos de tres años, Lewie y Lancey, dormían, ajenos a todo, despreocupados. Jinot salió de la casa y se pasó la noche yendo de un lado a otro entre espasmos y gritos ahogados; no regresó hasta poco antes del amanecer.

Cuando entró, aterido y exhausto, Minnie, por pura costumbre, estaba preparando el té. Se sentaron los dos a la mesa de la cocina, pintada de azul, y entrelazaron las manos, como si todo aquello que no podía expresarse con palabras pudiera comprenderse a través de los dedos unidos. El resplandor del fuego los iluminaba desde el hogar y teñía de rojo las lágrimas en sus mejillas. La casa permaneció lúgubre durante días hasta que Lewie y Lancey empezaron a reír y correr otra vez.

Con la pérdida de Amboise, Jinot sintió reavivarse el afán de reunirse con sus parientes y decidió ir en busca de Elise y Josime. Para empezar, redactó una meticulosa y esforzada carta para Francis-Outger: sabía que al menos él sí vivía en la bahía de Penobscot y estaba seguro de que el hermanastro conocería el paradero de Elise y del doctor Hallagher. Envió la carta con cierto desasosiego, poco convencido de que fuera a recibir respuesta. Sin embargo, la réplica llegó con tal prontitud que resultó casi cómico.

Querido Jinot:

Sentí una satisfacción indescriptible al llegarme tu misiva. Cuánto me alegro de que las lecciones de nuestra madre no se hayan olvidado. Hace tiempo que nos preguntamos qué aventuras habrás corrido, y ha sido doloroso leer tu descripción del aterrador incendio del Miramichi, tus heridas y la pérdida de nuestro hermano Amboise y tu hijito. Pero parece que atraviesas buenos tiempos gracias a tu benefactor, el señor Albert Bone. También has sido afortunado en la elección de esposa y la abundancia de hijos.

Puedo satisfacer tu deseo de conocer el paradero de Elise. Ella y el doctor Hallagher tienen domicilio en Boston. La dirección consta abajo. Su hijo menor, Humphrey, padece una dolencia clínica poco habitual en la que los músculos del cuerpo se convierten de algún modo en hueso. Médicos eminentes visitan la casa para examinar y prescribir, pero nada mejora realmente ese mal. Probablemente el pobre niño no viva mucho más tiempo

antes de transformarse en hueso macizo. No me cabe duda de que Elise gritaría de júbilo si fueras a verla. Boston no está muy lejos de donde te encuentras. (Ni lo está Penobscot, y aquí siempre serás bienvenido.)

En cuanto a Josime, lo que cuentas sobre vuestra despedida en Montreal es la noticia más reciente que tengo. Me ha causado gran pesar que nunca haya considerado oportuno escribirme, ya que somos hermanos de sangre. Sufro ataques de pleuresía y jaquecas debilitantes, pero supongo que, con la edad, cabe esperar estos males.

Me interrumpo ya aquí, porque deseo mandarte ésta en el siguiente servicio de correo. Espero que pronto volvamos a vernos e intercambiamos noticias, o como mínimo que mantengamos correspondencia.

Tu afectuoso hermanastro,

*Francis-Outger Sel
Bahía de Penobscot, Maine*

Ahora Jinot pensaba en Elise constantemente. Dos semanas después, un despejado día de abril en que los caballos, dado el calor veraniego impropio de esa época del año, se deleitaban de estar vivos, cabeceaban y contemplaban el cielo azul, tomó la diligencia a Boston e inició a pie su búsqueda. No había escrito previamente, pensando que sería mejor una visita por sorpresa: así Elise lo viviría con mayor dramatismo. Se pasó medio día pidiendo indicaciones hasta dar con la sencilla casa de ladrillo de dos plantas de los Hallagher. En la fachada sur, en un anexo de madera, un letrero rezaba: DR. HALLAGHER.

Abrió la puerta, de color rojo, la propia Elise. Se había convertido en una mujer de mediana edad con un moño negro canoso. Pero tenía la misma chispa pícaro en los ojos, la misma sonrisa curva y los dientes puntiagudos de la familia Sel.

Lo reconoció de inmediato.

—¡Jinot! ¡Eres mi hermano Jinot! —Se dieron un fuerte abrazo, y Elise se echó a llorar—. ¡No sabes cuánto tiempo hace que espero noticias tuyas! Francis-Outger me escribió para decirme que le había llegado una carta tuya en la que preguntabas por nosotros. Ven conmigo, querido hermano, ven conmigo un momento. Y luego entraremos.

Lo llevó a un jardín lateral, retiró seis fragantes hogazas de pan blanco de un viejo horno de arcilla, las envolvió con un paño de muselina y las llevó a la cocina.

—Ahora, Jinot, cuéntamelo todo.

Él la siguió por un pasillo en penumbra en cuyas paredes enlucidas colgaban escenas de ciervos bebiendo en charcas de montaña, hasta un sofocante salón, donde lo sobresaltó su propio reflejo en un alto espejo moteado. En un diván dormitaba un niño pálido y lánguido de diez o doce años con un libro cerrado sobre el pecho.

—Es mi hijo Humphrey —dijo Elise, e inclinándose sobre el niño le dio un beso en el cabello. El muchacho abrió los ojos y miró a Jinot—. Éste es tu tío Jinot.

—Ahhhh —dijo el niño, y cerró los ojos.

—Entra en la cocina, Jinot; prepararé té —propuso Elise—. O café si lo prefieres. Ya es casi hora de que el doctor venga a tomar su tónico. Se alegrará de verte.

Pero cuando el doctor Hallagher llegó, no mostró el menor júbilo. Le dio un seco apretón de manos y, tras sentarse a la mesa, sopló su té.

—Así que nos has encontrado —dijo con el tono de un delincuente capturado.

—He pensado que, después de tantos años, por el bien de nuestros hijos, sería bueno que retomáramos el contacto.

Les habló del gran incendio del Miramichi, de la muerte de Amboise en ese incendio, pero no mencionó sus borracheras ni sus estancias en la cárcel de tal o cual pueblo. Les habló de Minnie, de sus hijos, del accidente del pequeño Amboise. Sólo cuando describió la bondad del señor Bone y sus favores a lo largo de los años, el doctor Hallagher se relajó. Jinot supuso que se temía que le pidiera un préstamo y que sintió alivio al saber que gozaba de independencia suficiente para mantener una esposa y cuatro —no, tres— hijos. Cuando se marchó de nuevo a su consulta, la conversación se animó. Elise y Jinot intercambiaron viejas anécdotas y «¿te acuerdas?», planes para una reunión familiar el Cuatro de Julio y chismes sobre parientes lejanos mi'kmaq,

ya que en Nueva Escocia había innumerables Sel, todos descendientes de René Sel, el francés poco conocido iniciador de su saga. Elise recordaba a algunos de ellos, pero Jinot no conocía a ninguno.

—Incluso oímos algo de nuestro abuelo Kuntaw, ¿puedes creértelo? Regresó a su lugar de origen, habitado ahora por colonos ingleses, a excepción de una zona que llaman Frenchtown y otra conocida como Diggins. Ahí es donde viven los mi'kmaq, los que quedan. No muchos ya, no más de cien, según dicen. Así que se casó con una mujer mi'kmaq y tuvo más hijos. ¡Sí, ese viejo! ¿Puedes creértelo?

Se rieron, y la conversación se desvió hacia los hijos de ambos. El primogénito de Elise, Skerry (un nombre de la familia Hallagher), era listo, un gran lector, y poseía una extraordinaria mente inquisitiva.

—Quiere estudiar en ese colegio de Dartmouth —explicó ella—, porque es, ya sabes, al menos en parte mi'kmaq, y dicen que están interesados en estudiantes indios, así que quizá sea posible. No sé si lo conseguiremos, pero es lo que quiere el doctor. ¿No te resulta extraño, si piensas en cómo vivíamos cuando éramos pequeños, en los alrededores de la tienda de abastos? Ha habido grandes cambios en nuestras vidas, Jinot. Y quizá en la de Josime. Si Amboise hubiese vivido...

Jinot pensó que, si Amboise hubiese vivido, lo habría arrollado un carromato mientras yacía en una calle en estado de sopor etílico. Pero no lo dijo.

Esas breves horas de afecto en familia empezaron a desvanecerse, y para cuando salió la diligencia, el cielo estaba encapotado. El carruaje atravesó una tormenta en forma de repetitivos aguaceros, con algún que otro sonoro trueno intercalado, minutos de intensa lluvia seguidos de un silencio sepulcral, hasta que los alcanzaba la siguiente andanada. El aire purificado se enfrió, y Jinot pensó que despejaría, pero los interludios de lluvia se convirtieron primero en aguanieve y después en nieve, un extraño final para aquel día veraniego. Y Jinot, recordando la visita y a aquel niño consumido que yacía en el diván, pensó en su pequeño Amboise, que nunca cumpliría los doce años, y el antiguo desgarró, apenas cicatrizado, se abrió de nuevo.

espesura

Minnie había jurado que no tendría más hijos. Eran demasiado frágiles, demasiado preciosos, demasiado efímeros. No resistiría que se le partiera el corazón nuevamente de manera tan brutal. Qué cierto era, afirmaba, el dicho tantas veces oído, y ahora demostrado, de que la vida era un valle de lágrimas. De todos los hijos de Jinot, a Amboise lo habían amado especialmente, por ser una especie de reencarnación de Amboise, el hermano perdido en el incendio. Jinot sabía, y se sentía culpable por ello, que había dado menos cariño a Aaron. Ahora se proponía compensarlo, y desde ese momento Minnie y él colmaron al pequeño de amor y regalos.

Jinot, indiferente al prolongado discurso de Minnie para anunciarle que nunca más se acostaría con él —por alguna razón, sintió que lo culpaba de la muerte de Amboise—, tendió en el porche trasero una gastada capa de bisonte que había utilizado en el Gatineau y durmió allí en verano y en invierno. Los niños podían acudir a él siempre que lo desearan, pero no era el padre bobo y afectuoso de antes. Tan distante era su mirada, tan distante su actitud, salvo con Aaron, que no advirtió el lento declive de Minnie, cómo fue menguando dentro del vestido a rayas finas, ni oyó su continua tos blanda. En los dos años posteriores a la muerte de Amboise, a la vez que se le torcía la columna, ofrecía un aspecto cada vez más demacrado. Sufría y se tiraba del pelo para desplazar el dolor. Sus guisos se deterioraron; a los niños se les quedó pequeña la ropa andrajosa y sucia. Jinot preparaba una gran olla de puré de guisantes una vez por semana, y los niños debían servirse ellos mismos, hasta

que descubrió a Lewie reírse mientras lanzaba a la olla puñados de algo, sin duda inmundo. Entonces contrató a una vecina viuda, la señora Joyful Woodlawn, para que diera de comer a los niños y cuidara de Minnie.

—Con mucho gusto cuidaré de la pobre Minnie y de los niños. Prepararé sopas para devolver las fuerzas a Minnie y carne con patatas para los críos. Y llevaré un poco de agua de nuestro pozo, porque es sabido que es la mejor agua del pueblo. Nada alivia la sed mejor que una buena agua. El señor Woodlawn estuvo siempre orgulloso del agua de nuestro pozo.

El invierno terminó repentinamente y llegaron jornadas de calor súbito y arroyos desbordados, en que las coles de los prados crecían hasta ocho centímetros diarios. Los cuervos empezaron a ocupar sus sitios habituales en esa época del año, los machos desplegando las alas para mostrar sus largas plumas primarias, extendiendo en abanico las colas, con un brillo en los ojos oscuros, y las hembras posadas cerca, observando tranquilamente, calibrando la exhibición con mirada crítica. Hugh Boss se presentó un sábado por la mañana, acompañado del golpeteo de sus bastones, y pasó varias horas sentado junto al lecho de su hija. Cuando Jinot llegó de la fábrica, Minnie dormía. Hugh Boss se levantó de la silla y, a empujones, se llevó a Jinot al salón.

—Jinot, Minnie está enferma, muy enferma. ¿Has llamado al médico?

—No... No, no sabía que fuera tan grave. Pensaba que era simple flojera, pero... sí hice venir a su debido tiempo a la señora Woodlawn para que la cuidara.

—¡A su debido tiempo! A mí Minnie no me parece ya de este mundo. Os enviaré yo mismo a un médico. —Y salió sin pronunciar más palabra, enemistado con Jinot.

El médico, no el doctor Mallard, sino un anciano caballero de tez pálida con una corbata de seda manchada de grasa de cerdo, dijo que era tuberculosis. Tuberculosis avanzada. No había nada que hacer, pero podían probar a darle huevos crudos y coñac alternados con caldo de carne caliente.

Se ofreció a practicarle una sangría, pero Jinot se negó. Lamentaba no conocer a ninguna curandera mi'kmaq como, según decían, había sido su tata-*grand-mère*.

Pensaba que ya había rebañado el plato del dolor más profundo, pero el tiempo le sirvió una ración de algo peor. La señora Woodlawn irrumpió una mañana en la cocina de los Sel con su famoso cántaro de agua de pozo; se tomó un buen vaso ella misma y le llevó un poco a Minnie. Cuando Jinot llegó al mediodía, encontró a la viuda de un espectral color azul, apoyada en la mesa, con las manos firmemente agarradas al borde. Lo miró con una expresión espantosa y de pronto se dobló en medio de espasmos de diarrea explosiva y violentos vómitos. No había duda de cuál era la causa: el cólera se había propagado en Nueva York y ahora se extendía a las localidades menores.

—¡... sálvanos a todos! —exclamó Jinot, y corrió a la habitación de Minnie.

Pero la galopante enfermedad había llegado allí antes que él, y Minnie sucumbía, con los dedos de las manos y los pies agarrotados en un espasmo. Los gemelos, Lewie y Lancey, se aferraban aún a la vida, pero murieron mientras su padre los miraba boquiabierto. Podía ocurrir así de deprisa.

—¡Aaron, Aaron! —gritó, pero el niño no estaba en la casa. Lo encontró en el cobertizo con un libro de cuentos. Dijo que llevaba allí desde la mañana temprano, que había desayunado un trozo de tocino sobrante de la cena de la noche anterior. No, no había bebido el agua de la señora Woodlawn. Se encontraba bien, dijo, y tenía buen aspecto.

Fueron juntos a la casa de Hugh Boss.

—Hugh, es el cólera —anunció Jinot—. Se los ha llevado a todos. Sólo quedamos Aaron y yo.

El hombre corpulento los maldijo a los dos, se desmoronó y hundió la cara en las manos. No se encontraba bien. La señora Boss, otra vez embarazada, guardaba cama con una enfermedad que parecía el cólera y los hijos menores también estaban enfermos. La señora Woodlawn les había

llevado un poco de su deliciosa agua antes de ir a casa de Minnie. Hugh Boss sobrevivió, pero la señora Boss y los tres hijos menores murieron todos el mismo día.

Después de los funerales, las semanas fueron pasando, arrastrando sus paralizadas horas como cadenas. Hugh Boss y Jinot se aborrecieron mutuamente durante meses, hasta que coincidieron en el cementerio para colocar las siete lápidas recién labradas y se reconciliaron en el dolor. En las inscripciones constaban sólo los nombres y las fechas, amén de la palabra «cólera».

Acordaron que Aaron y Jinot vivirían con Hugh Boss. Dormirían en el henar y echarían una mano con los niños supervivientes hasta que la hermana de la señora Boss pudiera trasladarse desde Danbury, en Connecticut. Jinot juró que se quedaría con Aaron, que velaría por él hasta que fuera un hombre. No obstante, surgió una nueva preocupación cuando Aaron repitió en sucesivas ocasiones que deseaba ir a Nueva Escocia a conocer a sus parientes mi'kmaq. Quería ser indio. Para cuando los polluelos abarrotaban los nidos de los cuervos, la epidemia de cólera había remitido y Jinot y Aaron regresaron a su silenciosa casa.

Para Jinot, el trabajo fue un consuelo, y pasaba mucho tiempo con el señor Bone, ahora encogido y encorvado, pese a lo cual hacía aún grandes planes y rebosaba de una energía impropia de un anciano. Habló de abrir una fábrica de sierras de mano. Habló de crear un taller de laminado y fabricar su propio acero. Cualquier cosa avivaba su fértil imaginación.

Aunque las hachas seguían siendo el verdadero amor del señor Bone, quería conquistar nuevos territorios. Por las noches, erraba por el mundo a través de las hojas de su atlas hinchado (porque se le había caído en la bañera y lo había secado hoja a hoja sobre la estufa) y leía prensa extranjera.

—Pienso —dijo el señor Bone después de un año de reflexiones— que la mejor opción es abrir una fábrica de hachas en otro país. Los árboles crecen en todo el mundo, y en todas partes los hombres necesitan casas y construcciones, y por lo tanto hachas. He consagrado mi vida a la eliminación

del bosque en beneficio de los hombres. He estudiado en qué países hay una población creciente, abundancia de árboles y necesidad de hachas. La lista no es larga, pero valoraría tu opinión antes de dar un solo paso.

Jinot apoyó la mano en el atlas y esperó. La peculiar lista del señor Bone incluía Noruega, Rusia, Java, Nueva Zelanda y Brasil. Entonces dijo:

—¿Por qué no ir a los bosques del oeste de este país? Dicen que en todo el territorio situado al oeste de Ohio y hasta la costa hay bosques tan vastos que no pueden medirse.

El señor Bone hizo caso omiso.

—Para establecer rápidamente la fábrica, será más sencillo si los habitantes hablan inglés; eso descarta a cuatro de los países de la lista, y quedaría Nueva Zelanda.

—¿En Nueva Zelanda hablan en inglés?

—Quienes están en el Gobierno y tienen el control, sí. El país es aliado de Inglaterra, donde sí hablan inglés. Los nativos neozelandeses hablan una jerga suya, pero muchos han aprendido el inglés.

—¿Y allí hay árboles? —preguntó Jinot, quien imaginaba que en Nueva Zelanda todo era principalmente desierto y salinas. Tenía sólo una vaga idea de dónde estaba el país, quizá cerca de la India.

El señor Bone se recostó en su silla. Desplegó la sonrisa de un hombre conocedor de un gran secreto.

—Sí. Hay árboles. Predomina en particular cierta especie, el kauri. Según los expertos, este árbol es el más perfecto de la Tierra, un árbol realmente enorme, de gran altura, con las ramas oportunamente agrupadas en la copa. La madera de estos árboles es impecable, ligera, inodora, de un delicioso color dorado, fácil de labrar y trabajar, fuerte y duradera. He sabido que hay en marcha un naciente comercio en hachas de mala calidad debido a los esfuerzos de un engreído empresario australiano que en otro tiempo estuvo en la cárcel y ahora trabaja en Nueva Zelanda. Antes de tomar una determinación, he decidido viajar a Nueva Zelanda y ver esos bosques con mis propios ojos. Según cuentan hombres que conocen la madera, aquello es una de las maravillas del mundo. Debe usted acompañarme. He reservado

pasaje. Partimos dentro de dos semanas. El señor Joseph Dogg se quedará al frente de la fábrica en nuestra ausencia. Está perfectamente capacitado para ello.

Jinot abrió la boca para decir algo, pero antes consultó el atlas. Nueva Zelanda estaba muy, muy lejos: un país delgado, en forma de avispa, al pie del mundo.

—He..., señor Bone, he jurado mantener a Aaron a mi lado hasta que llegue a la edad adulta. Ya conoce usted mi triste historia. Él es lo único que me queda.

—Muy sencillo. Dígame que llene su baúl. Vendrá con nosotros. Un muchacho robusto es muy útil cuando se viaja.

Pero Aaron se limitó a negar con la cabeza y se sumió en uno de sus largos silencios. Durante días no respondió a los insistentes ruegos y la machaconería de Jinot. Mantuvo una sonrisa retraída, como si sus pensamientos fueran demasiado elevados para compartirlos.

—Padre, no quiero cruzar el océano. Mi deseo es ir a Nueva Escocia a buscar a nuestra familia, sean quienes sean los parientes Sel que quizá nos queden allí. Quiero conocer esa vida.

—Si es así, lo mejor es que vayas a la isla de Manitoulin, al oeste, y busques a tu tío Josime. Volvió a las tradiciones antiguas.

—¡Pero no a las mi'kmaq!

—No, porque las tradiciones antiguas mi'kmaq ya no existen. Y porque se enamoró de aquella muchacha odawa de la que te he hablado muchas veces. Si quieres conocer la antigua vida en el bosque de nuestro pueblo, debes buscar a Josime. Pero eres muy joven para hacer ese viaje solo. Ven con nosotros a esa tierra, Nueva Zelanda, y cuando regresemos te acompañaré a la isla de Manitoulin y juntos buscaremos a Josime. —Sin embargo, para sus adentros se decía que la sombra de las costumbres del hombre blanco quizá se hubiera alargado sobre la Tierra hasta alcanzar incluso la isla de Manitoulin y el Odawa.

Aaron lo escuchó con atención; parecía más acertado buscar a Josime, una persona con un nombre y un lugar, así que no cruzaría el océano. Escribió una breve carta y la prendió en el abrigo negro de Jinot.

Querido padre. No quiero ir a Nuebazelania. Voy a Nueva Scozia y luego voy a buscar al tío Josime. Cuando vuelva, te contaré buenas anécdotas.

Albergaba la esperanza de que las antiguas tradiciones mi'kmaq, fueran cuales fuesen, no se hubieran perdido por completo y, animado, inició a pie su viaje hacia el norte.

Jinot le comunicó a Elise por carta que se marchaba con el señor Bone al otro lado del océano. Cualquier cosa podía ocurrirle, porque era un lisiado, y ya no precisamente joven, y deseaba que ella conociese su paradero. Aaron, añadió, se había negado a acompañarlo. «Te escribiré», prometió Jinot. Dos días antes de marcharse, recibió una larga respuesta de Elise, descontenta por la noticia de Nueva Zelanda.

Parece que todo el mundo se va lejos, lo de Aaron se ha repetido aquí con Skerry, me temo debemos permitir que estos muchachos realicen sus deseos aun sabiendo lo cruel que puede ser el mundo con ellos.

Describió la inquietante escena entre Skerry y el doctor Hallagher.

Skerry volvió muy triste a casa de esa escuela de dartmouth, Qué te pasa Skerry no te alegras de estar otra vez en casa entre las personas que te quieren, no es normal que estés tan callado dijo el doctor, querido Jinot Fui a la despensa a por una empanada de carne de venado la comida preferida de Skerry, yo pensaba que estaba triste por la muerte de Humphrey, todos estamos tristes por él como imaginarás pero el doctor nos había avisado muchas veces de que el final se acercaba, intentamos hacerle lo más feliz posible su breve tiempo en la Tierra con nosotros, Skerry dijo eso yo lo sabía desde hace años, entonces qué te pasa, es esa escuela, el Doctor levantó mucho la voz pero Skerry no decía nada, el doctor dijo es esa

escuela, algo ha pasado, no es así, Skerry con expresión dolida dijo: quieren que vayamos allí porque tenemos sangre india, quieren que seamos misioneros, todos tenemos que ser misioneros volver a nuestra tribu y predicar el evangelio, yo nunca he vivido en una tribu, no tengo a nadie a quien predicar, quiero estudiar derecho, pero dijeron: los indios sólo pueden estudiar teología y predicar así que es inútil que vaya a esa escuela, Skerry dijo: padre en lugar de eso quiero que me dejes estudiar derecho con el juez foster, quiero que se lo pidas, eso yo puedo hacerlo, Jinot, para el Doctor fue una petición molesta porque él una vez trató a la hija del juez foster laura rose de tuberculosis y ella murió explicó al juez que la enfermedad estaba muy avanzada que nada podía salvarla pero el juez convirtió su dolor en odio hacia el Doctor Así que él no podía pedirle eso Y Skerry se marchó de casa dijo que se iba a Canadá y buscaría su tribu estaba muy enfadado y se marchó

PD perdona que me haya olvidado de escribir como nos enseñó Beatrix

kauris

Jinot se sintió como debía de sentirse un pino caído, arrojado a otro mundo. Londres no era el Boston a gran escala que él había imaginado, sino un hervidero sudoroso de ladrones, caballos de ojos empañados y con problemas en las patas, calles laberínticas, cada una con su cadáver equino, hedor a excrementos y humo de carbón y col quemada y extraordinarios vislumbres de seda y plumas exóticas allí donde barrenderos con escobas despejaban el camino para los viandantes. El señor Bone había reservado alojamiento para un mes en un barrio venido a menos situado a dos kilómetros de los grandes muelles y del trajín de los embarques y desembarcos. Los aposentos del fabricante de hachas eran agradables: una salita y un dormitorio con una cama de caoba labrada circundada por unas cortinas sólo un poco mohosas. La habitación de Jinot, contigua, era pequeña y oscura, pero el señor Bone lo invitó generosamente a compartir la salita.

—Venga, señor Jinot Sel —dijo el señor Bone la primera mañana que pasaron en tierra—. Demos un paseo por esta ciudad, la más grande del mundo. Le mostraré los prodigios del lugar. Vayamos a los muelles.

Abandonaron la avenida de decadentes residencias georgianas y torcieron por una calle donde había herreros, pilas rojas de metal y montones de carbón. Jinot hizo una mueca al ver a una familia de adultos andrajosos y su prole de niños mugrientos y consumidos. «Probablemente sean refugiados obligados a marcharse del campo a causa de los cercados», comentó el señor Bone. Pululaban apresuradamente centenares de trabajadores, marinos y

estibadores, peones colocando adoquines, rebuscadores hurgando entre la basura, deshollinadores vaciando sus cubos en el río. Cerca oyeron vítores y gritos.

—¿Qué será ese bullicio? —preguntó el señor Bone—. Veamos.

A la vuelta de la esquina se encontraron con dos hombres en plena pelea rodeados por cuarenta o más espectadores vociferantes. Jinot comentó que, por lo visto, los ingleses disfrutaban de las peleas a puñetazos tanto como los leñadores borrachos.

—Somos una especie aficionada a la pelea —dijo el señor Bone con deleite mientras se acercaban.

Voceadores de periódicos exhibían su mercancía ante los rostros de los transeúntes, y entre docenas de pasquines pegados a la fachada lateral de un almacén, uno anunciaba con letras muy visibles: EMIGRACIÓN A NUEVA ZELANDA.

—Ah, el señor Edward Wakefield, el caballero que está al frente de la Compañía de Nueva Zelanda, es un inglés de una inteligencia extraordinaria —comentó el señor Bone—. Tiene ideas muy sensatas sobre la colonización, y una buena intuición para detectar a los trabajadores y pequeños comerciantes serios, así como para la nobleza. Es consciente de que la colonización aleatoria, tal como se produjo en las colonias americanas, va contra la racionalidad clara y el método científico. Su proyecto de colonización sistemática es admirable, porque así la sociedad se estratifica desde el principio en las clases adecuadas. Si Inglaterra hubiese hecho lo mismo con las colonias americanas y Canadá, esos países no estarían bajo el control de los seres empecinados que los gobiernan hoy. —Tras consultar su reloj, concluyó—: Ya está bien de turismo. Apresurémonos. Tengo una reunión.

El principal asesor del señor Bone era un misionero de una desconocida confesión protestante, el reverendo Edward Torrents Rainbурrow, un hombre de sólida mandíbula azul invadida por grandes patillas, boca tan ancha como su cara y, dentro de ésta, una dentadura de color verde claro. Su voz grave completaba la imagen de un matón autoritario, pero había adiestrado su voz para hablar en un tono apacible, y sonrió.

Asistieron a la reunión diez o doce viajeros. Un individuo alto se preguntaba cuánto duraría la travesía desde Londres hasta Nueva Zelanda.

—Según el tiempo que haga y lo que Dios disponga, podría no alargarse más de cinco meses... o ser considerablemente más largo —dijo un misionero de mejillas caídas, que se llenaba la copa de vino una y otra vez—. El primer puerto de escala será Port Jackson, la colonia de reclusos, que también será el punto de partida hacia Nueva Zelanda. Los barcos de transporte de reclusos van a esa isla y recogen un cargamento de mástiles antes de regresar a Inglaterra. Los árboles son de una calidad excelente.

Uno de los corresponsales del señor Bone le había enviado una carta en la que le advertía que los habitantes maoríes, enzarzados en continuas guerras entre sí, eran los salvajes más feroces del planeta, unos caníbales sanguinarios. Lucían en el rostro escarificaciones en forma de horriblos puntos y espirales. En cuanto a su indumentaria, vestían tejidos vegetales.

Otro misionero —en el grupo había siete—, el señor Boxall, de rostro juvenil y femenino, se dirigió directamente al señor Bone:

—Yo he oído otra cosa muy distinta: que los maoríes son un pueblo inteligente e incluso espiritual bajo el influjo del Príncipe de la Oscuridad. Están deseosos de oír mensajes de paz.

El señor Rainburov se sintió molesto por esta intromisión en su amistad con el señor Bone y, después de la cena, a base de carrilleras de cerdo y patatas mustias preparadas por la esposa de uno de los misioneros, acercó los labios al oído del fabricante:

—Querido señor Bone, ya le informaré yo sobre la travesía desde Australia hasta Nueva Zelanda, que intento organizar incluso ahora, mientras hablamos.

Desde el lado opuesto de la mesa, Jinot reclamó su atención:

—Señor Bone, quiero volver a Boston. No tengo el menor deseo de conocer a esos salvajes.

Pero el señor Bone estaba entusiasmado ante la idea de visitar a los caníbales.

—Gracias, reverendo Rainburov —dijo. Luego se volvió hacia Jinot y en voz baja y severa declaró—: Dudo sinceramente que coman carne humana. Eso son fábulas de marineros. Y usted precisamente está siendo injusto. Estoy

convencido de que sólo protegen su tierra de hombres que se la apropiarán inicuaamente. Con un trato amable, comprenderán a su debido tiempo lo agradable que les resultaría la vida con algunos de los inventos del hombre blanco.

Los frugales misioneros viajaban a menudo en barcos de transporte de reclusos, y Jinot, pese a sus objeciones, se vio arrastrado a bordo del *Doublehail* con el señor Bone. El mareo doblegó a la mayoría de los pasajeros, pero no al señor Rainburrow, que todas las mañanas siguió disfrutando de su beicon. Jinot nunca había visto a un hombre tan ocupado, ya que el misionero trajinaba desde la primera luz del alba hasta que se apagaba toda luz por las noches. El señor Boxall, otra vez amigo suyo, le pisaba los talones, siempre con una pequeña libreta amarilla.

Bajo cubierta, en reducidos cubículos, permanecían engrilletados y en cuclillas los peligrosos malhechores, los reclusos que Inglaterra apartaba gustosamente de su «refinada» población.

A Jinot le aburría el vaivén de la cubierta, el celo de los misioneros, la monótona vista del mar, un horizonte tan plano como un tablón serrado. En todas partes, el amplio océano revelaba que aquello no era el Atlántico, que para Jinot representaría eternamente el olor de la vida. Incluso en los campamentos madereros de Maine, tierra adentro, ciertos días ventosos llegaba en el aire el sabor del mar, a doscientos kilómetros de distancia. Severo, frío, hostil, rencoroso con los hombres, circundado de rocas y a menudo bajo los destellos de crueles tempestades, para él, para todos los mi'kmaq, era el único océano verdadero, y él, como un salmón, anhelaba regresar allí.

Cuando por fin avistaron Australia, semejante a una salchicha que yaciera en los límites del mundo, se preguntó si soportaría seguir navegando hasta Nueva Zelanda. Sólo la idea del interminable viaje de regreso a Boston y la falta de dinero para el pasaje —ya que el señor Bone no le había pagado el sueldo desde que abandonaron Boston— lo obligaban a guardar silencio. Estaba condenado a seguir con el fabricante de hachas.

Port Jackson emanaba un olor distinto y desconocido, un tufo seco y recalentado, como el del café tostado y las ramas quemadas.

Entre los extraños árboles volaban aves de colores asombrosos, iridiscentes y sumamente ruidosas, aves con tocados y alas como ángeles en llamas, apariciones voladoras salidas de un sueño. Pero durante el mes que los viajeros permanecieron en la colonia en espera de pasaje, siempre que salían a pasear veían criaturas que superaban cualquier pesadilla, bestias elásticas y peludas con colas semejantes a timones, lagartos que hinchaban sus gargantas convirtiéndolas en grotescas gorgueras, diversas arañas cuyo veneno, según decían, era letal.

En Port Jackson, el misionero acordó con un maorí, llegado de Nueva Zelanda con la intención de vender lino, que enseñara su idioma al señor Bone y a él mismo. Pronto el señor Bone soltaba palabras tales como *tapu*, *waka*, *wahine*, *iti*, *ihu*, y creía hablar fluidamente esa lengua polinesia.

Jinot vio con desaliento que el mismo abominable barco que los había llevado hasta allí desde Inglaterra, el *Doublehail*, los transportaría ahora a Nueva Zelanda. A bordo viajaban varios maoríes, y el señor Bone les hablaba en lo que, según imaginaba él, era su lengua. El enérgico señor Rainbурrow tuvo más suerte y empezó a hacer proselitismo siempre que sorprendía a algún maorí contemplando el mar. Para sorpresa de Jinot, ellos escuchaban con interés y hacían preguntas. En cuanto a Jinot, los nativos lo identificaron inmediatamente como criado del señor Bone e hicieron como si no existiera.

Navegaron aguas arriba por un río entre tierras desboscadas y el viaje terminó en un concurrido asentamiento. El edificio dominante se hallaba cerca del muelle, un enorme *whare hoka* de un comerciante. Junto a este almacén se alzaba la tienda de un proveedor de buques, adornada con un ancla a modo de cartel. A un lado tenía dos cobertizos adosados. En el más grande, un letrero rezaba: COMPAÑÍA DE NUEVA ZELANDA. Las casas de los comerciantes *pakeha*, neozelandeses de antepasados europeos, y los funcionarios del Gobierno se distribuían a lo largo de calles que ascendían por la ladera situada detrás del

whare hoka. Tras una cortina de árboles lejanos, se veía el poblado maorí —*pa*—, circundado con estacas; más allá se cernía una fantástica maraña de helechos, árboles, enredaderas y fragancias exóticas, un mundo nuevo.

—Pronto se reunirá con usted un traductor, señor Bone. Le ruego que me disculpe, pero debo ir a ver el emplazamiento elegido para nuestra misión — anunció el señor Rainburrow.

El señor Bone y Jinot aguardaron al traductor, John Grapple, un escocés a quien vieron descender por el escarpado sendero. Grapple avanzaba con sumo cuidado, y Jinot dedujo que temía caer por el precipicio. Llegó hasta ellos al mismo tiempo que una canoa maorí varaba en la playa y un nativo musculoso saltaba a tierra y se encaminaba hacia ellos. Fueron juntos hacia una arboleda.

—Bien, pues —dijo Grapple, mostrando su rostro enrojecido y su encarnada nariz—. Este jefe no habla inglés, así que traduciré para ustedes.

El señor Bone sintió un hondo aprecio por John Grapple en cuanto oyó su dejo escocés, y los dos charlaron durante un cuarto de hora, pues habían descubierto un remoto parentesco entre ambos, antes de volverse hacia el maorí, que esperaba con los fornidos brazos cruzados ante el pecho. El señor Bone alardeó de algunas de sus palabras en maorí, y asombrosamente aquel hombre, su rostro moreno un mapa de tatuajes curvos y punteados, vestido con un sinuoso manto de lino que le llegaba hasta los tobillos, comprendió algunas de aquellas frases híbridas. Al principio los dos hombres parecían simpatizar. El jefe preguntó si el señor Bone estaba allí para comprar lino. ¿No? ¿Piel de foca? ¿No? ¿Vergas? ¿No? Entonces, ¿qué?

El señor Bone, dejando de lado su limitado vocabulario, miró a John Grapple para que tradujera mientras intentaba describir la elaboración de hachas y su proyecto de fábrica. Con un palo, dibujó en el suelo figuras que representaban un hacha sobre una forja y un imponente martinete. Para mayor claridad, el señor Bone extrajo de su bolsa de viaje un hacha modelo Penobscot de muestra y se la entregó al jefe.

Éste examinó la calidad y la belleza de la herramienta, abriendo mucho los ojos en una expresión de satisfacción. Demasiado tarde, el señor Bone cayó en la cuenta de que aquel hombre creía que se trataba de un regalo, y no de una muestra de su género.

—Bueno, da igual, tengo más —masculló para sí.

—¿Tiene más? —preguntó el jefe en un inglés fluido, aunque un tanto repentino.

—Permítame que lo felicite por la rapidez con la que ha aprendido nuestra lengua. En cuanto a las hachas, sí, tengo más, pero son sólo para enseñarlas. Espero fabricarlas aquí en cuanto establezcamos una fuente de suministro de buen mineral de hierro en Nueva Zelanda. Soy dueño de una fábrica de hachas en Estados Unidos. Espero construir otra aquí.

En torno a ellos se había congregado una multitud, y todos estiraban el cuello para ver mejor el hacha.

—¿Qué le pasa a esta gente? —preguntó el señor Bone a John Grapple—. Se diría que nunca han visto un hacha.

—Sospecho que quizá ése sea el caso —comentó Grapple.

El jefe sonrió complacido.

—Oh, amigo mío —dijo al señor Bone—. Esto es bueno. Bueno, bueno. Venga conmigo. Deseamos organizar un *powhiri* y un *hakari*, un festín, para usted y su *whekere* —añadió, lanzando una ojeada a Jinot.

—Señor Bone —susurró Jinot—, me parece que se ha pensado que la fábrica soy yo. Considera que la fábrica es una especie de criado. O esclavo. —Porque supuso que los maoríes tenían esclavos.

—¡Bah, qué majadería! Señor Jinot Sel, no entiende usted la situación. Él está totalmente de acuerdo conmigo. Lo entiende todo.

El señor Bone, como tenía por costumbre, extrajo del bolsillo su reloj de repetición. Antes de que completara el movimiento, los allí reunidos tomaron aire al unísono y retrocedieron con expresiones de horror. Susurraron «*atua*» entre sí. El señor Bone miró a John Grapple en busca de una explicación.

—Ejem, ejem —dijo entonces Grapple, torciendo el gesto y dejando de lado su acento escocés en favor del inglés simple y llano—. Creen que su reloj es un demonio; dicen que oyen latir su corazón.

El señor Bone sonrió ante tan elementales suposiciones y agravó la tensión pulsando el botón que activaba el mecanismo del carillón. El reloj emitió un tenue *ding-ding*. Uno de los presentes exclamó algo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el señor Bone.

—Ha dicho que el demonio desea escapar de su prisión —contestó Grapple—. Le sugiero que guarde el reloj, porque los maoríes aborrecen esa clase de instrumentos. Hace unos años, un ballenero paró aquí para repostar agua y recoger vergas. Al capitán, en una torpeza, se le cayó el reloj al puerto, y a lo largo de las semanas siguientes se produjeron varias calamidades y enfermedades fatales. La gente atribuyó esas desgracias al mal espíritu que acechaba en el fondo de su puerto.

Pero el señor Bone decidió exhibir su poder de hombre blanco. Con expresión ceñuda, agitó el reloj y a continuación le habló con aspereza, como si se dirigiera a un niño desobediente, antes de guardárselo otra vez en el bolsillo, donde de nuevo pareció llamar impetuosamente a su amo para que lo liberase. La multitud tomó aire y retrocedió un poco más.

Cuando el señor Bone preguntó a Grapple en voz baja dónde había aprendido el jefe su inglés, Grapple respondió que probablemente había servido como marinero en algún barco americano dedicado a la captura de ballenas o focas y, por su naturaleza reservada, tendía a ocultar ese conocimiento a fin de obtener ventajas. El señor Bone sonrió al jefe. Se fijó en los tatuajes para poder reconocerlo en otra ocasión.

—Entonces, caballero —dijo—, ¿se dedican básicamente a la pesca, o a la guerra?

—A veces a la pesca, a veces a la guerra.

—Ajá. ¿Y qué supone que hago yo en mi vida?

—¿Viajar?

El señor Bone habló despacio y en voz alta, como uno hacía ante extranjeros, y también porque los pájaros posados en las ramas ahogaban sus voces.

—No, casi nunca viajo. Vivo en América y, como he dicho, fabrico las mejores hachas. Como ésta. —Señaló el hacha Penobscot que el jefe sostenía aún en la mano. El señor Bone alargó el brazo y movió los dedos para indicar que quería que le devolviera el hacha. El maorí miró al señor Bone con expresión sombría y salió corriendo con el hacha—. ¡Eh! —exclamó el señor Bone—. ¡Rufián! Devuélvame eso de inmediato.

Pero el hombre había desaparecido entre los helechos.

—Es usted impetuoso, señor Bone —reprochó John Grapple—. Aquí las herramientas metálicas son objetos muy preciados. —Sonrió y, recuperando el dejo escocés, adoptó un tono adulator—. Cree que se lo ha ofrecido como regalo. ¿Por qué no viene a mi casa a echar un trago y charlar un rato? Alejémonos de estas disputas y sinsentidos.

En efecto, los pájaros declamaban acaloradamente.

Jinot y el señor Bone comieron y durmieron en la choza de uno de los emplazamientos misioneros. A ambos lados crecían calabazas, que tendían sus zarcillos hasta lo alto del tejado, y entre ellas se deslizaban geos enojados cazando insectos.

—Cuando los edificios de la misión del señor Rainbурrow estén contruidos, cambiaremos de casa, o cuando encuentre un emplazamiento para la fábrica y levantemos nuestras primeras viviendas. Pero de momento debemos aceptar esta pequeña casa de huéspedes bajo los árboles como nuestro hogar provisional —adujo el señor Bone.

—¿He oído mencionar mi nombre? —preguntó el misionero a la vez que entraba en la choza en penumbra, sonriendo y tarareando un himno—. Me doy por satisfecho con el emplazamiento de nuestra misión. Se encuentra en un promontorio no muy alto con vistas al puerto y lo atraviesa un impetuoso torrente de excelente agua. Ya hemos iniciado la edificación. Antes de irme, cincuenta maoríes o más cortaban grandes postes y los amarraban entre sí con lianas, una forma de construcción curiosa pero eficaz.

Al final de la segunda semana, el misionero se había asociado con el comerciante Orion Palmer, un oriundo de Maine que había viajado a Nueva Zelanda años antes a bordo de un barco dedicado a la pesca de focas y no tenía intención de regresar a la tierra de los pinares, donde los árboles reventaban de frío en las noches de invierno.

Jinot se levantó antes del amanecer, despertado por los cantos entrelazados de un ave, inquietantes notas semejantes a las de un órgano, lentas y reflexivas, como si el pájaro analizase detenidamente la composición. Las notas graves y los armónicos parecían expresar tristeza a la par que

resignación. Otro pájaro contestó desde lejos en el bosque, y sus voces sombrías se entretejieron. Jinot torció la cabeza a uno y otro lado intentando localizar a esa criatura emplumada que producía trinos tan conmovedores. Y la vio: un ave grande de color gris azulado que abría y cerraba las alas y desplegaba la cola. Presentaba una máscara negra y, bajo la barbilla, le colgaban dos barbas azules. El ave arqueó el cuello, abrió su fuerte pico curvo y emitió su persistente canto: ...*ing... ong... ang... ang... ¡clit!... ing.*

Fuera, Jinot trepó a lo alto del monte a través de un bosque tan distinto de los pinares de Maine, New Brunswick y Ontario, o de cualquier otro que hubiese visto, que jamás habría podido imaginarlo. Percibió allí antigüedad, pero no podía saber que estaba caminando a través del bosque vivo más antiguo de la Tierra, parte de un mundo jamás erosionado por envolveres glaciares, jamás poblado por mamíferos herbívoros. Con la fealdad industrial de Londres aún viva en su cabeza, la belleza de Nueva Zelanda lo conmovió hondamente. Era un mundo nuevo rebosante de vida y color, lianas goteantes, epífitas, flores escarlata y embriagadores perfumes emanados de cascadas de pequeñas orquídeas, enredaderas que mantenían enlazado todo el bosque, árboles rala de algodonosas flores rojas: un lugar que permanecía oculto al mundo más ordinario debido a su lejanía. Tenía la sensación de que no debería hallarse allí; quizá era uno de los lugares *tapu* de los que hablaban en broma los misioneros. Boscosos barrancos surcaban el terreno. Por el lecho de cada uno de ellos discurría un cristalino arroyo. Hilos de agua serpenteaban entre las raíces de los árboles. Las aves se aglomeraban como fruta en las ramas de los árboles y las copas temblaban por efecto de su movimiento. Llegaría a conocer muchas de esas aves, y los árboles: totara, haya, kahikatea, rimu, matai y miro, manuka y kanuka, el gran kauri y las palmeras nikau. Cuando llegó a una aislada arboleda de kauris, con sus grandes troncos grises similares a patas de elefantes descomunales, tocó la corteza, alzó la vista y contempló en lo alto las ramas apiñadas en torno a los tallos gigantescos y verticales. Creyó sentir que el árbol se encogía y retrocedía al contacto de su mano.

En su deseo de ver hasta el último rincón de ese nuevo bosque, abandonó el sendero y descendió a un barranco. Cuando, en su desconocimiento, tocó una hoja reluciente y experimentó una intensa punzada de dolor, tuvo la

sensación, en cierto modo, de estar en una pesadilla. Mirando de cerca las hojas de ese arbusto, una ortiga, vio que las recubría un vello plateado. Por desgracia, aquello no era un verdadero paraíso. Y había mosquitos. Lo asaltó un repentino desasosiego y sintió la necesidad de salir rápidamente del barranco. Se le enredaron los pies en plantas trepadoras y ásperas lianas, en el laberinto de enredaderas. Una extraordinaria maraña de plantas, hierbas, árboles y arbustos se apelotonaba formando enormes nudos. La ropa, deteriorada por la larga exposición al sol y el salitre, empezó a rompersele mientras trepaba con la esperanza de encontrar de nuevo el sendero, resbalando en la pendiente lodosa, el pantalón ya hecho jirones por el roce de la hierba cortante.

Por encima de él, en lo alto, se extendía un viejo campo de kumara que en años recientes había sido invadido de nuevo por los helechos. Ocho o diez mujeres y muchachas, con sus bastones *ko* dejados a un lado, descansaban de su trabajo, que consistía en excavar aruhe: raíces de helecho. Las raíces, muchas de ellas de veinticinco o treinta centímetros de largo, gruesas y pesadas, estaban apiladas en grandes montones.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó una niña menuda, ladeando la cabeza, atenta a cualquier cosa fuera de lo común.

Todas aguzaron el oído: sí, ramas rotas y corrimiento de tierra, cierta agitación en el barranco. Intranquilas, se incorporaron, dispuestas a huir. El ruido se acercó y de pronto una criatura aterradora apareció en el borde del barranco y corrió derecha hacia ellas.

Jinot, manchado de barro, jadeante y con picores, salió del barranco. La ropa ensangrentada le colgaba en andrajos; tenía el pelo erizado por el sudor. Para su satisfacción, vio a las mujeres rodeadas de pilas de raíces de helecho. No pudo resistirse. Durante toda su vida las muchachas habían agradecido su compañía. Pero en esta ocasión, cuando corrió hacia ellas, sonriente, con los brazos extendidos, esperando ser bien acogido, ellas huyeron, presas al parecer de un terror indescriptible, algunas llorando de miedo. Jinot las llamó a voz en cuello:

—¡Volved, no quiero hacerlos nada malo!

Ya se habían perdido de vista. Y el sonriente y alegre Jinot de antaño se esfumó; en su lugar quedó un viejo que había conocido la aflicción y las adversidades y, ahora, un doloroso rechazo.

El señor Bone había extendido una esterilla en el suelo y, sentado en ella con las piernas cruzadas, bebía té y comía ñame al horno y fruta. Jinot le devolvió el saludo con un hosco gruñido.

—Cómo lamento no haber tenido la previsión de traer sacos de café. El té está muy bien, pero no es café.

Jinot calló, pero sabía que el «primo» escocés del señor Bone, John Grapple, tenía una reserva de café. Lo había oído en el sendero que salía del bosque y discurría por detrás de las casas de los *pakeha*.

Días después, mientras Jinot se zurcía la ropa rota con una aguja prestada y el señor Bone rasgueaba en su Libro de Ideas, reapareció el jefe con un manto de lino multicolor.

—Eh, señor capitán —dijo con tono lisonjero—, ¿tiene usted muchas hachas?

—Cincuenta en una caja —respondió el señor Bone, que dejó la pluma y señaló en dirección a la choza donde se hallaba la caja—, pero sólo de muestra. Como le expliqué, albergo la esperanza de establecer aquí una fábrica de hachas. Y también de enseñar a los maoríes a manufacturar hachas de buena calidad. Intuyo que aquí son muy necesarias.

—¿Quiere ver buen terreno para *whekere*? Acompañeme. —Señaló un sendero oblicuo que se adentraba en la maleza.

—¿Corre un arroyo en ese sitio?

—Sí, sí. Mucha agua.

El señor Bone sonrió, se volvió hacia Jinot y dijo:

—Ya ve: ha sido muy fácil conseguir que este hombre se interese en mi idea. Le aseguro que él conoce un buen emplazamiento para la fábrica.

—Señor Bone, eso no es posible. El comerciante dice que no hay mineral de hierro en todo este territorio y se ríe de usted. No puede fabricar hachas sin metal.

—Señor Jinot Sel, me parece que yo sé mejor que usted lo que puedo y no puedo hacer. No es que no haya mineral; es sólo que aún no se ha encontrado.

Fuera de la choza, el maorí, envuelto en su manto, retrocedía por el sendero y hacía señas al señor Bone para que lo siguiese.

—Yo no iría con él —advirtió Jinot en voz baja—. Quizá esté planeando alguna fechoría.

—¡Majaderías! No corro ningún riesgo. Es un hombre amigable. Señor Jinot Sel, para ser usted un salvaje, es muy tímido. No entiende a esta gente, como tampoco entiende en qué consiste establecerse en un lugar nuevo —prosiguió, porque había llegado a sus oídos noticia de la huida de las mujeres al ver salir del barranco al espantoso desconocido. En el enclave misionero no se hablaba de otra cosa—. Por eso los hombres blancos llevan la delantera. Saben cómo imponerse. Él será mi primera incorporación a la empresa. Dentro de un año estará manejando el martinete. No me satisface decir que, después de tantos años, me causa usted una triste decepción.

El señor Bone salió de la choza y siguió a su impaciente guía por el sendero.

Después de unos dos kilómetros, el sendero se desdibujaba y desaparecía, pero el jefe siguió adelante, orientándose por medio de hojas de helechos ponga con el envés plateado vuelto hacia arriba (detalle que al señor Bone se le escapaba). Otros dos maoríes se situaron sigilosamente a espaldas del fabricante de hachas, que, absorto como estaba en la contemplación de los descomunales troncos de los árboles, no se dio cuenta. Árboles enormes, enormes, gigantes de la Tierra, columnas de color gris claro tan anchas como una casa europea. ¿Quién podía dar crédito a semejante inmensidad? ¿Era posible que un hacha derribara árboles tan colosales? ¿Podían...?

Conmovido, preguntó al jefe:

—Dígame, ¿son kauris, estos árboles?

—Kauris —contestó el hombre, que se volvió y lanzó una mirada a alguien situado detrás del señor Bone.

Pero el señor Bone, atónito como estaba ante aquellos árboles inverosímiles, no advirtió la presencia del garrote que descendió y le reventó el cerebro. Su último pensamiento, hecho añicos, fue que un gran kauri había caído sobre él.

—¡Deprisa! —ordenó el jefe a uno de sus secuaces al tiempo que sacaba un cuchillo de obsidiana recién afilado—. Corred a por las hachas. Después volved aquí y ayudadme a acarrear la carne.

Antes de cercenar las extremidades, extrajo con cuidado el reloj Quare del bolsillo del señor Bone. ¡El corazón del demonio palpitaba y palpitaba!

—Sabemos cómo ocuparnos de ti —dijo el jefe, y colocó el objeto malévolosobre una gran hoja y lo cubrió con otra hoja mágica de protección antes de proceder al descuartizamiento. Y en efecto así era, porque esa noche arrojó el reloj al fuego y todos los reunidos, ya saciados, vieron con satisfacción que el demonio extendía sus brazos fibrosos mientras gritaba y luego perecía.

Dos días después Jinot, al ver que el señor Bone no regresaba, sintió cierta inquietud, pero aquel viejo obstinado había obrado a su antojo, como de costumbre, y probablemente, de un modo u otro, saldría airoso de su aventura. Sin duda andaba buscando mineral de hierro. Jinot, su cautivo, deseaba ya buscar un barco con destino a Boston y regresar a casa pagándose el pasaje con su trabajo, por más que el oficio de la marinería le fuera ajeno. Abandonaría al señor Bone, porque era consciente de que una fábrica de hachas en el mar del Sur era un sueño difícilmente realizable: que él supiera, no había mineral metálico en Nueva Zelanda. Abundaban los mineros y los exploradores, pero no las minas. Y aunque hubiera grandes minas, para él, Jinot, la fabricación de hachas se había acabado. Su único deseo era volver a lo que quedase de los lugares que conocía. El agreste bosque de Nueva Zelanda lo había conmovido de maneras incomprensibles, y sin embargo le repelía su violenta maraña de exuberante vegetación, lo que tenía de desconocido y ancestralmente remoto. Para huir, debía llegar primero a Port Jackson, a menos que un ballenero americano atracara en un puerto del

Hokianga. El señor Bone no podía retenerlo. Se marcharía con el viejo o sin él. Estaba planeando su huida cuando el señor Rainbурrow irrumpió en la choza con la respiración entrecortada y los ojos como rendijas.

—¿Dónde está el señor Bone? —preguntó. Hablaba con voz sonora y penetrante, y Jinot vio fuera de la choza a varias personas, que escuchaban y observaban.

—No lo sé. Desoyendo mi consejo, se marchó hace unos días con un nativo que vestía un manto de hierba.

—¡Su consejo! ¿Quién es usted, un criado, para dar consejo al señor Bone? ¿Con qué nativo se fue?

—No lo sé, caballero; sólo sé que era un nativo con muchos tatuajes y un manto.

—Permítame que lo informe, caballero —su voz traslucía desdén—, de que se teme por su paradero. Se cree que le ha ocurrido algo grave, y el sospechoso no es un misterioso nativo con un manto de hierba, sino usted, su criado, que ha merodeado por los barrancos de la zona en busca de un lugar donde deshacerse del cadáver de su señor.

—¡Eso es falso! —exclamó Jinot—. Sólo tiene que preguntar al señor Grapple. Él conoce al nativo, y fue quien se lo presentó al señor Bone.

—¡Qué lástima! John Grapple está en Port Jackson, y se quedará allí todo un mes por razones de trabajo. Queda usted confinado en esta choza hasta que él regrese. Daré orden de que le traigan comida, pero usted, Sel, es nuestro prisionero, en espera de que se verifique su declaración. Montaremos guardia para prevenir cualquier intento de fuga.

De regreso en la misión, el señor Rainbурrow llenó el tintero, seleccionó una plumilla de acero y redactó una carta.

Del reverendo Rainbурrow al señor Joseph Dogg, Compañía Hachera Bone, Massachusetts

Estimado señor:

Me veo en la obligación de ponerme en contacto con usted por circunstancias relacionadas con su patrón, el señor Albert Bone, con quien he tenido el placer de viajar durante estos últimos ocho meses. Sentíamos un

gran aprecio mutuo; de hecho, puedo afirmar que entablamos una estrecha amistad. En los últimos días se ha producido una preocupante circunstancia que considero que debo comunicarle. Acompañaba al señor Bone su criado, Jinot Sel, un hombre de piel oscura muy propenso a explorar el bosque, que ha asustado a algunos nativos apareciendo de pronto entre la maleza y gritándoles. Con desasosiego escribo que sus incursiones por el bosque acaso albergaran un motivo siniestro. El señor Bone desapareció de nuestro enclave sin dejar rastro hace tres días y no se lo ha visto desde entonces. He interrogado ya al señor Sel sobre el paradero del señor Bone. Él insiste en que su amo se marchó con un nativo que vestía un manto de hierba. Como muchos visten mantos de hierba, no es posible constatar la veracidad de esta declaración, excepto, como sostiene Sel, por medio de un testigo, que es en estos lares un respetado intérprete, el señor John Grapple, quien lamentablemente estará ausente por razones de trabajo durante unas semanas y por tanto no puede confirmar la declaración de Sel. Me he tomado la libertad de confinar a Sel en su alojamiento hasta que el señor Grapple regrese y podamos desentrañar la verdad de este asunto. También he tomado bajo mi custodia la hucha del señor Bone, ya que sospecho que es el motivo de su desaparición y de las incursiones de Sel entre los árboles. Su afirmación de que el señor Bone le debía dinero aporta mayor consistencia a mis sospechas.

Si algún daño le hubiera ocurrido al señor Bone, le aseguro que puedo actuar en nombre de él como amigo y, más aún, como asesor espiritual suyo en todos los sentidos. Poseo considerable influencia en este territorio y puedo ocuparme de que sus posesiones vuelvan a Boston y de que el criado, Sel, responda ante la justicia británica, ya que recientemente la madre patria se ha anexionado Nueva Zelanda. Puedo supervisar cualquier asunto jurídico que surja. Que yo sepa, no ha dejado testamento en la colonia, pero quizá usted sepa más que yo de ese documento, si es que existe.

Le informaré sin demora si averiguamos algo al respecto.

Atentamente,

*Reverendo Edward Torrents Rainburrow,
misionero de la Iglesia, Nueva Zelanda*

Los días pasaron lentamente para Jinot, confinado en su choza. La esposa de uno de los misioneros le llevaba ñame y pescado asado. Nunca le hablaba, y si él le dirigía una pregunta, ella se escabullía. Pensaba en eso con frecuencia, en el hecho de que allí, en Nueva Zelanda, todas las mujeres echaban a correr al verlo, lo rehuían. Los cuatro poderosos guardias maoríes rondaban cerca aguardando su fuga; dos de ellos frotaban trozos de piedra de color verde oscuro, los otros dos charlaban y reían. Unos días Jinot se quedaba en el umbral de la puerta, otros días se sentaba en la veranda, escuchando el canto del kokako, pero siempre contemplando el puerto. Desde el umbral veía a cierta distancia un afloramiento de roca coronado por media docena de árboles pohutukawa que incendiaban el mundo con sus flores carmesí. Habría preferido ver un barco. Si atracara un barco americano, lo arriesgaría todo por llegar hasta él. Pero sólo llegaban barcos ingleses, para cargar troncos de kauri que convertirían en palos de navío. A diario oteaba el mar por encima de los árboles pohutukawa en busca de algún buque. Una mañana vio que el árbol más viejo, en el extremo, había caído. Mientras observaba, avistó el destello de un hacha y distinguió a dos hombres blancos que acometían los árboles. Uno tras otro, los árboles cayeron en medio de nubes de flores rojas, semejantes a exclamaciones. A última hora de la tarde estaban todos talados, y él dejó de mirar en esa dirección.

Pasó más de un mes hasta que Grapple volvió a ascender por la cuesta hasta su casa, seguido casi inmediatamente por varios misioneros. Los reverendos comenzaron a descender de nuevo por la resbaladiza y escarpada pendiente al cabo de un cuarto de hora. Pero sólo cuando ya oscurecía se acercaron a la casa de huéspedes el señor Rainbурrow y su compinche, Boxall, ambos con expresión adusta.

—Es mi deber decir que John Grapple ha regresado de Port Jackson. Corroboro su relato del nativo con el manto de hierba, pero dice que no conocía a ese hombre. Es un jefe de otra zona que de algún modo se enteró de la presencia del señor Bone y quiso conocerlo. Puede que sea uno de esos maoríes malos tan poco comunes. Es imposible saberlo porque su nombre y su procedencia aquí se desconocen.

—Por tanto, no hay razón para retenerlo —se apresuró a añadir Boxall—. Puede usted marcharse.

—Me parece muy bien —dijo Jinot Sel—. Me gustaría volver a mi país. Les pido que me abonen los sueldos que se me deben con el dinero de la hucha del señor Bone. No me pagaba desde que partimos de Boston hace más de un año.

El señor Rainbурrow se encogió de hombros, como para reacomodarse la chaqueta. Recorrió la choza con la mirada, al parecer en busca de la hucha.

—Caballero, sepa que yo..., nosotros no podemos hacer eso. El dinero que contiene la caja fuerte del señor Bone es de él, y si él no regresa, pasará a manos de sus herederos y familia, y dudo que usted se cuente entre ellos. En todo caso, la tendré a buen recaudo por si se siente usted tentado de echarle mano.

—Pero no tengo dinero para pagar el pasaje.

—Le sugiero que coja otra vez el hacha. El señor Bone me contó que en otro tiempo fue usted un buen leñador. Puede ganarse con el sudor de su frente el viaje de regreso a su lugar de procedencia. Y para demostrarle que no le guardamos rencor, le diré que, después de una conversación con el señor Palmer, he sabido que hay un empleo idóneo para usted en la tala de árboles. El señor Palmer es dueño de varios emplazamientos costeros vinculados a campamentos madereros en los bosques de kauris. Partirá usted mañana.

Sí, por lo visto era eso lo que debía hacer, y ahorraría sus sueldos hasta poder pagarse el pasaje; ya era viejo, pero la pierna quemada había mejorado con los años y se sentía capaz de empuñar un hacha. ¿Qué otra solución había? Y así se alejaría de aquel nido de misioneros y sus tiránicos decretos.

en el monte

En el puesto costero de Bunder, Jinot observó con desazón que algunos maoríes vendían, a modo de curiosidad, cabezas tatuadas de sus enemigos a ávidos marineros blancos. De pronto se acordó de Kuntaw y lo imaginó riendo ante tan grotesco espectáculo; Kuntaw siempre se reía de los horrores, como quitándoles importancia. Jinot se alejó por miedo a ver la vieja cabeza gris del señor Bone entre la mercancía. Entró en el *whare hoka* de los comerciantes para ver el género expuesto: lustrosos rollos de tela de algodón, flautas de madera, panderetas, botones y carretes de hilo de doce colores mágicos. Ése era el lugar donde encontrar valiosas agujas, elegir entre un variado surtido de sombreros... y, sí, entre diversas hachas de mala calidad. Un maorí entraría allí tímidamente por primera vez y se plantaría en el centro del *whare hoka*; luego giraría lentamente, muy lentamente, para verlo todo, deslumbrado e inducido a desear innumerables objetos extraños de usos desconocidos. Recluido en la choza, Jinot había oído decir a los misioneros que los comerciantes de Sidney estaban estableciendo puestos costeros en todos los buenos puertos de Northland: en el estuario del Hokianga, en la península de Coromandel, en cualquier sitio donde hubiese agua profunda y madera a mano. «Abrir las puertas del territorio desde el comienzo», decían con aprobación.

A sólo unos kilómetros de distancia unos de otros, los puestos no eran únicamente campamentos madereros, sino centros comerciales donde se trataba con lino, vergas y madera de construcción. Distintas empresas — proveedores de buques, almacenes, serrerías y pequeños astilleros— atraían a

los europeos. Se llevaron lo mejor del bosque en el litoral y trasladaron los campamentos a las siguientes buenas explotaciones, dejando atrás tocones humeantes y una capa de desechos de madera que llegaba a la altura del hombro. Talando y talando, el intenso asedio se cebó primero en los kahikateas y luego en los kauris. En algunos lugares los hombres podían caminar durante días sobre los troncos derribados que alfombraban la tierra. Después, la manera más rápida de limpiar el bosque era prender fuego a aquella gran masa: la maleza, las enredaderas, los pájaros, los insectos, la fruta, los murciélagos, las epífitas, las ramas, los helechos y los desperdicios forestales. El único interés de los recién llegados en ese extraño nuevo territorio se centraba en todo aquello que pudiera reportar un beneficio. Sabían sólo lo que sabían. El bosque estaba allí para ellos.

El comerciante Palmer tenía dos campamentos madereros, Pequeño Ñame y Gran Ñame, así llamados por las cercanas plantaciones maoríes de batatas. Muchos de los almacenes y campamentos ocupaban tierras que en otro tiempo habían pertenecido a miembros del clan de su esposa. Listo y artero, locuaz y persuasivo, se granjeaba la voluntad de la gente con la misma facilidad con que un cocinero mueve de un lado a otro trozos de carne en una sartén caliente.

Jinot nunca había visto un campamento —por provisional que fuese— tan precario y caótico como Pequeño Ñame. Los alojamientos que pasaban por barracón no eran más que tiendas de campaña con cortinas por puerta, techadas con vellosas masas de frondas de nikau, la palma lirio.

Casi todos los niños mestizos que Jinot vio en Nueva Zelanda se parecían a Waddy Baker, el capataz, moreno, de ojos muy claros, orejas de soplillo y mano ágil a la hora de coger algo al vuelo o golpear a alguien con su *wadi*. La cuadrilla de Pequeño Ñame era reducida, no más de veinte hacheros: ex marineros, ex reclusos, colonos irlandeses e ingleses, maoríes. La mitad de ellos jamás había trabajado en el bosque.

La cena era un guiso a base de *Captain Cooker*, como llamaban allí a los cerdos, descendientes de los puercos que el capitán Cook había dejado en libertad, amén de una hogaza de pan por cabeza. Jinot tenía la esperanza de coincidir con un compañero experimentado en el trabajo en el bosque y, si no

era mucho pedir, en la tala de los enormes kauris, porque sospechaba que para derribar esos gigantes a golpe de hacha debía de haber algún que otro truco que aprender. Los árboles jóvenes que iban a talar primero serían fáciles, pero, si se paraba a pensar en ello, creía que solamente sería posible arañar la circunferencia de esos otros gigantes de corteza gris. Eran ciertamente descomunales. Había oído decir que los maoríes abrían un hueco en el árbol y después encendían dentro una hoguera que alimentaban hasta que el fuego traspasaba el tronco. Era un mal método, ya que la quema endurecía de tal modo la madera que ninguna sierra lograría cortar ese tronco. En cuanto a cómo llevar los rollizos a los aserraderos de la costa, confiaba en que hubiese alguna forma mejor que las que había visto desde la puerta de la choza del misionero durante su reclusión.

Una mañana, mientras fumaba en pipa y contemplaba los chorros de agua de un grupo de ballenas frente a la costa, oyó a lo lejos una rítmica salmodia, un cántico organizado en forma de preguntas y respuestas semejante a la saloma que entonaba la tripulación de un barco al levar anclas. Ochenta maoríes como mínimo salieron del bosque tirando de una guindaleza amarrada a una inmensa verga de kauri. De pie sobre el tronco iba un musculoso cacique adornado con flores y plumas, y era éste el que entonaba el apremiante cántico, y los que arrastraban el palo respiraban hondo, abrían la boca y bramaban una respuesta al halar. La gran verga avanzaba unos pasos por la calzada de rodillos. Una y otra vez, los hombres contestaban a la voz del cacique y el gigantesco palo descendía hacia el barco.

Jinot trabajó un día con un mestizo descendiente de maoríes, un tal Arana Palmer, que hablaba en inglés con un acento que le pareció de Maine. Era joven —no tendría ni veinte años— y fuerte, y le dijo: «He trabajado en el kauri desde niño». Cuando Jinot le contó que él era del Penobscot, en Maine, Arana se echó a reír.

—Mi padre es Orion Palmer, el comerciante. Vino de Maine hace años en busca de focas. Por entonces no había aquí muchos *pakeha*. Así que digo que soy medio de Maine. Él habla a veces de su vida allí. Tienes que venir a charlar con mi padre algún día. Le gusta hablar de Maine. Va a los barcos y

dice: «¿Hay aquí alguien de Maine?». A veces encuentra a alguien, y se pasan la noche entera de palique, dale que te pego, libando ron hasta que acaban ajumados.

Jinot no oía usar a nadie la palabra «ajumado» desde hacía años, y se alegró de oírla en ese momento, con el acento heredado de Arana. Éste enseñó a Jinot cómo rellenar de helechos un saco grande para utilizarlo como colchón. Era mejor conseguir vellón, dijo su nuevo compañero; no había nada más cómodo. Acordaron trabajar juntos y compartir una de las tiendas con techumbre de frondas. Antes de conciliar el sueño, Jinot deseó que llegara pronto el momento de sustituir las hojas de helecho por vellón.

No era ya el hombre que había sido en su época de hachero. Por la mañana, la pierna quemada le respondía; al final de la jornada, le ardía y le dolía insoportablemente, y apenas podía sostenerlo. Ya no tenía edad para la tala.

—¿Qué te pasa en la pierna? —preguntó Arana, y Jinot le habló del incendio del Miramichi, en el que había estado a punto de perecer, en el que su hermano Amboise había muerto quemado. Le suponía un gran alivio conversar con alguien que le inspiraba simpatía. Hacía mucho, mucho tiempo que no disfrutaba del placer de la amistad. Arana lo llevó a conocer a su padre, Orion Palmer, el comerciante originario de Maine. El viejo rufián, un hombre ya canoso, se abandonó a las reminiscencias de su juventud en Maine y dio una larga y enrevesada explicación de por qué nunca podría volver allí: algo relacionado con la muerte del caballo de un hombre rico.

El esfuerzo de cortar un árbol de un diámetro equivalente al perfil de una iglesia de pueblo era ingente. Los aborígenes lo intentaban de todas las maneras posibles: rebajaban a hachazos el contorno durante semanas, hasta que el tronco empezaba a parecer un lápiz y entonces remataban la labor con una sierra; o vaciaban a hachazos un espacio holgado dentro del árbol vivo, suficiente para manejar luego el hacha dentro del hueco con comodidad, lo que representaba un gran derroche de madera excelente. Construían plataformas para izarlos por encima del montón de residuos acumulados al pie de cada

kauri. Tardaban semanas en derribar uno solo de esos gigantes. El hacha sola no bastaba, y el comerciante encargó tronzadores de tres metros de largo, con dientes de doble filo cada cuatro dientes. Cuando llegaron esas sierras, los kauris empezaron a caer a centenares. «Esto ya es otro cantar», dijo Shuttercock, uno de los hacheros. En la costa, cerca de los muelles, los estruendosos aserraderos con motores a vapor, equipados especialmente para manipular kauris, arrojaban al mundo la madera más deseable un día tras otro. Centenares de maoríes arrastraban enormes troncos hasta esos aserraderos, sacándolos palmo a palmo de los barrancos y deslizándolos luego pendiente abajo hasta la falda del monte. No lograban transportarlos con rapidez suficiente para complacer a Palmer, quien empezó a hablar de importar bueyes australianos.

—Queensland —decía—. Allí se consiguen buenas bestias hechas ya al trabajo con la madera.

Los sábados por la noche, Arana volvía a casa de su padre para despojarse de la ropa sucia del trabajo y ponerse una muda limpia, sumergirse nuevamente en el gran clan familiar de su madre y disfrutar de sus platos favoritos, para ser maorí una vez más. Jinot se quedaba en el campamento, se lavaba y remendaba su única prenda: un pantalón de lona con un roto en la rodilla.

Un domingo por la noche Arana regresó de su casa con una exquisitez, una cesta de anguilas a la brasa envueltas en hojas de lino.

—Nos hemos pasado el día arreglando los cañales para las anguilas. Unos colonos arrancaron todas las estacas de manuka que conducen a las anguilas hacia el *hinaki*.

Entre bocados de aquella jugosa carne, hablaron de los cañales y las redes y las nasas de anguilas, las distintas maneras de construir buenos cañales.

—Los mi'kmaq construyen cañales con ayuda de piedras de río —explicó Jinot, colocando guijarros en el suelo—. Exige mucha atención; el río los cambia de sitio.

Arana explicó cómo podía colocarse broza y helechos entre las estacas de manuka para formar una buena cerca y habló con elocuencia sobre la importancia de una red de *hinaki* fuerte y hermosa que hiciera justicia a las anguilas.

Para Jinot, cortar el primer gran kauri fue un tormento. Tuvo que retirar una montaña de desechos en torno al árbol con hacha y marrazo, con azada y azadón. Luego necesitó tres días para rebajar un hueco de holgura suficiente para poder encaramarse a él y situarse dentro del árbol. Allí, torcido y medio en cuclillas, tenía que manejar el hacha. Por fin empezó el verdadero asalto. Sobrellevó la primera hora, pero le dolía mucho la pierna, muchísimo. Al mediodía, desplazándose lateralmente, se acercó al borde del hueco de corte para bajar al suelo y tomar té frío. No tenía hambre. Saltó y sintió que algo cedía en su rodilla. Cuando intentó erguirse, la pierna lesionada le falló. No pudo enderezarse, se desplomó otra vez y se golpeó la rodilla con el filo del azadón. Arana vio caer a Jinot, trotó hacia él y vio una mancha de sangre en su pantalón.

—Lo arreglaremos —dijo—, te pondrás bien.

Cortó un árbol joven en forma de horquilla e improvisó una muleta. Luego ayudó al herido a levantarse. Jinot, de pie porque no podía sentarse, tomó un litro de té tibio, se recostó en el kauri mutilado y se quedó allí con la respiración entrecortada. Apoyó la cabeza en la corteza gris del viejo árbol y susurró:

—Esta vez has podido conmigo.

—No estás en condiciones de trabajar —dijo Arana, y lo ayudó a volver al barracón, le quitó el pantalón y le examinó la rodilla, donde el corte azul e hinchado aún sangraba. La rodilla ofrecía un aspecto anormalmente plano. Fue a pedirle agua al cocinero y arrancó un jirón de su camisa de repuesto, enjugó la herida y dejó allí tendido a Jinot, que se pasó toda la tarde buscando una postura en la que el dolor fuese más llevadero.

No disponían de médico. Palmer se ocupaba personalmente de toda atención médica o entierro necesario. Arana lo llevó hasta allí al otro día y el comerciante examinó la rodilla a Jinot, deformada porque se había roto el

ligamento y la rótula se había desplazado hacia el muslo; la herida del azadón se había hinchado y enrojecido.

—Dios santo —exclamó—. Mejor será que guardes cama. Los hombres de Maine se curan deprisa, así que ya veremos.

Palmer reparó en el cabello cano de Jinot: había envejecido en Nueva Zelanda. Fue él mismo a la tienda y compró dos frascos de curalotodo, con alto contenido en opio: láudano de Sydenham y polvos de Dover.

—Aunque, claro, ya no eres un chaval; los viejos no se curan tan bien.

En su ausencia, Arana tocó la mejilla enfebrecida de Jinot y le dijo al oído:

—Descansa, descansa.

Durante una semana Jinot permaneció allí tendido en el barracón, entrando y saliendo de un estado onírico inducido por los narcóticos, mientras la herida infectada se propagaba a rienda suelta y galopaba derecha hacia la victoria. Encendido de fiebre, con la respiración entrecortada, no reconocía a Arana y empezó a llamar a Franceway. Arana y Palmer observaron la pierna, una enorme ampolla negra. Arana exhaló un suspiro.

Arana y Shuttercock dieron sepultura a Jinot cerca del río, en el linde del henar donde dos años atrás habían talado kauris jóvenes. Antes de que la última palada de tierra cubriera la tumba, empezó a llover. Repecharon por la empinada pendiente despojada de árboles, cuyo suelo lodoso se desprendía a medida que la lluvia arreciaba. Era el principio de una tormenta torrencial que formó desmesuradas avenidas de agua. Los torrentes de montaña, unidos a otras aguas impetuosas, descendieron rápidamente por las laderas arrastrando rocas, broza de kauri, troncos, grava, tierra, el viejo barracón del cocinero y, tras exhumar a Jinot Sel, arrojaron su cadáver al Pacífico.

El año quedó atrás entre temblores, sacudido por los vendavales de finales de un invierno atroz, pero, una vez más, la primavera obsequió al señor Rainburrow con una mañana fresca y serena, de tonos pastel, y él aspiró aquel aire dulce. Dejó la puerta abierta y esperó que nada lo interrumpiera. Si terminaba toda su correspondencia en menos de una hora, tendría la tarde libre para contar y organizar las balas de lino en su almacén, pero no había escrito

aún media plana cuando oyó unas pisadas en el sendero de tierra, y apareció una figura, que entró en su soleado cuarto de trabajo. La siguió otra. El señor Rainbурrow pensó que rara vez había visto individuos más feos que esos dos que lo observaban allí de pie con los brazos cruzados. Uno tenía la tez morena y la espalda encorvada: un jorobado ya entrado en años con ojos de obsidiana en un rostro achatado de indio americano. El otro tenía unas facciones indias aún más acentuadas y un cuerpo fibroso. Sus rasgos contraídos dejaban traslucir que no le gustaban los ingleses ni los misioneros. Para el señor Rainbурrow, esos labios apretados y esa frente ceñuda indicaban una naturaleza especialmente desagradable.

—¿Sí? —dijo el misionero con el tono de voz arisco que empleaba para sacudirse de encima a quienes podían hacerle perder el tiempo.

—Joe Dogg —se presentó el hombre contrahecho. Rebuscó en su bolsillo y a continuación tendió al señor Rainbурrow la carta que él mismo había escrito varios años antes. Estaba manchada y rota, y faltaba una esquina—. Soy el capataz y administrador en funciones de la fábrica de hachas. Me llegó una carta suya. ¿Ha regresado ya el señor Bone? Mis solicitudes de información han quedado desatendidas.

—Ah, el señor... no, el señor... no volvió. Tenemos la relativa certeza de que un renegado maorí le tendió una trampa y lo mató. Es casi seguro que el pobre señor Bone está muerto. Casi seguro.

—¿En qué se basa esa seguridad?

—Bueno —prorrumpió el señor Rainbурrow—. Bueno, algunos saben..., no estoy autorizado a decir quiénes..., que fue... asesinado. Asesinado y probablemente —bajó la voz—, como es costumbre entre algunos de estos paganos, devorado.

Dogg hizo una mueca y sacudió la cabeza como si ahuyentara a una irritante abeja del sudor.

—Necesitaremos pruebas de esa afirmación, caballero. La gente no «desaparece» sin más; la gente no es «devorada» sin más.

—En Nueva Zelanda sí puede ocurrir. El señor Bone era obstinado y se adentró en el bosque sin la menor cautela con un nativo al que no conocía. La astucia forma parte de la naturaleza de los maoríes.

—Le exijo que revele la identidad de esas personas que lo «saben» — instó Joseph Dogg—. Es mucho lo que depende de esa certeza. ¿Y qué ha sido de su caja fuerte? ¿La tiene usted?

—La guardo a buen recaudo, en un armario de mi dormitorio. La traeré de inmediato. —Pronunció estas palabras atropelladamente, como una oración repetida con frecuencia.

El indio de expresión severa, cerrando y abriendo los puños, habló en voz alta y colérica:

—¿Dónde está Jinot Sel? Deseo ver a Jinot.

El señor Rainbурrow también sintió un deseo: el de verse transportado al instante a una isla desierta. Si él no hubiese escrito aquella carta, esos hombres se habrían quedado para siempre en su miserable tierra de rebeldes y advenedizos.

—Él..., también él ha muerto.

Dogg, el jorobado, que en ese momento estaba contemplando el puerto, giró en redondo y habló con voz de tigre:

—¿Qué! ¿Jinot muerto? No es posible. Jamás. ¿Cómo? ¿Cuándo?

—El año pasado, en, en..., se me ha olvidado el mes.

—¿Cómo murió? ¿O también «desapareció»?

—Murió de una enfermedad. Septicemia. Trabajaba de leñador y se hirió el pie. Un amigo suyo, Arana Palmer, estaba con él y sin duda puede contarle todos los detalles.

—Quizá no sepa usted que Jinot Sel no era el «criado» del señor Bone, como usted presupone —dijo Joseph Dogg en voz baja—, sino que éste sentía gran aprecio por él como amigo y socio, y es a él a quien el señor Bone ha dejado en testamento todos sus bienes, que incluyen la fábrica de hachas de Massachusetts. Y si él está muerto, y si Jinot también está muerto, probablemente las propiedades del señor Bone pasarán a los herederos de Jinot, es decir a su hijo, Aaron. Mi responsabilidad es enterarme de todos los detalles y transmitirlos a Aaron Sel, que no ha podido realizar este interminable viaje.

—Yo también soy de la familia Sel —declaró el indio de piel oscura—. Étienne Sel, tío de Jinot Sel, pese a que él tenía muchos más años que yo. Hemos venido a recuperarlo y devolverlo a su tierra natal. Si lo que usted dice

es cierto, deben entregarnos sus huesos para que podamos llevarlos al lugar de donde él partió. Es muy importante.

—No sé nada del paradero de su tumba —respondió el señor Rainbурrow, viendo ahí una escapatoria—. Mi consejo es que busquen a Arana Palmer, uno de los hijos de Orion Palmer, un comerciante de aquí. Era amigo de Jinot Sel... y, creo, lo enterró él..., no sé dónde. Les deseo, pues, un buen día, caballeros, y suerte para descubrir lo que desean saber.

—La caja fuerte, caballero —reclamó Joseph Dogg—. Tomaré posesión de ella antes de que nos marchemos de este lugar. Confío en que no se haya apropiado usted de fondos.

Una nube tapó el sol, atenuando brevemente la luz que entraba a raudales por la puerta abierta.

—¿Cómo se atreve a insinuar que soy un ladrón, caballero? —El señor Rainbурrow hinchó el pecho. Pronunció la palabra «caballero» entre dientes.

—Mire, señor Rainflado, veo que es usted clérigo, y por experiencia sé que pastores, religiosos, clérigos y representantes eclesiásticos se sienten autorizados a utilizar todo fondo extraviado que se les pone a tiro, para tener mayor influencia y control de los asuntos locales, además de construir nuevas iglesias, añadir naves a las iglesias ya existentes, dorar el altar y llevar a cabo supuestas buenas obras de esa índole, sobre todo para mejorar la casa o la bodega del párroco.

—Debe saber que no he tocado ni medio centavo —mintió el misionero, quien en realidad había gastado más de cien libras del dinero del señor Bone para construir el almacén donde guardaba las balas de lino.

—Si es así, será fácil verificarlo —repuso John Dogg—, porque sé qué contenía la caja del señor Bone, y hasta el último centavo. Tengo su contabilidad mensual de hasta hace tres años, cuando se interrumpió la correspondencia. Anotaba sus gastos meticulosamente. Antes de marcharnos, llevaré a cabo el examen del contenido de la caja fuerte y de cualquier documento que él pudiera haber dejado. Por otro lado, debe usted presentar pruebas de su fallecimiento.

Dejaron allí al misionero mordiéndose la uña del pulgar. El sol bañó de nuevo la habitación.

Orion Palmer, las estrechas sienas coronadas por un semicírculo de cabello castaño rojizo, se apoyó en el mostrador, cerca de la puerta abierta, y abrió como platos sus severos ojos azules. Étienne fijó la mirada en su extraordinaria cara, ya que por debajo de los lóbulos de las orejas la mandíbula se ensanchaba, carnosa y oronda, y se engastaba en un cuello muy grueso.

—¿Mi hijo? ¿Cuál? Tengo más de una docena, buenos hombres del primero al último, pero desde luego no conozco el paradero de todos ellos. En su mayoría están con los clanes de sus madres.

El comerciante, de buen humor y complacido por el buen día y las nubes semejantes a ovejas que desfilaban por el cielo, evaluó a los tres hombres.

—Su hijo Arana Palmer —contestó Étienne con la voz solemne que utilizaba en presencia de blancos autoritarios—. Hemos sabido que conoció a mi sobrino Jinot Sel.

—Por supuesto que sí. —El comerciante suspiró y se detuvo largos instantes a pensar—. Estoy casi seguro de que Arana sigue trabajando el kauri. —Se hurgó los dientes con la larga uña de un dedo—. Sí, conocía a Jinot, todos lo conocíamos. Cuando llegó aquí, casi mata del susto a un grupo de mujeres. Por eso algunos le tenían antipatía. Murió de una herida infectada; no pudo hacerse nada. Ya era tarde para amputar y no había aquí ningún médico blanco; sólo estaba yo, y cortar extremidades a un hombre no es lo mío. —A medida que entraba en calor, pasó a mostrarse más dicharachero, ensanchando su boca flexible en la mueca de un hombre muy pagado de sí mismo—. Ya de entrada dije que él no tenía la juventud ni la fortaleza necesarias para dedicarse a la tala del kauri, pero el misionero lo envió aquí para que se ganara con su trabajo el pasaje de regreso. Jinot lo intentó. Para cortar un kauri hacen falta hombres jóvenes y fuertes —explicó—. Él no era ya muy joven, estaba cojo, pero sabía manejar el hacha. Eso se veía. Decía que era leñador del Penobscot, y quizá lo fue hace mucho. Aquellos tiempos son agua pasada, háganse cargo: ahora tenemos sierras circulares y bueyes adiestrados. Los bueyes...

Se disponía a hablarles de su brillante innovación, la importación de bueyes a Nueva Zelanda, ya que el comerciante gustaba de introducir en toda conversación ciertas muestras de lo importante que era, pero lo disuadió algo

en las posturas de aquellos hombres, inclinados y atentos, en las miradas serias de sus ojos, fijos en sus labios. Por lo tanto, en lugar de eso, les indicó que fueran en barco de vapor dos puertos más al norte y, siguiendo el mapa que les dibujó en la tablilla rota de una caja de embalaje, continuaran a pie por el sendero hasta el campamento de Gran Ñame, donde los hacheros y aserradores echaban abajo los kauris. Les deseó suerte.

—Y supongo que desean ustedes concluir cuanto antes el asunto que los ha traído hasta aquí, porque el *Vigor* zarpa rumbo a Port Jackson la semana que viene. Hoy día, desde que las ballenas has desaparecido, ya no recalán aquí tantos barcos. Suban a bordo del *Vigor* y vuelvan a su tierra.

Étienne habló:

—Acabamos de llegar. Ha sido un viaje muy muy largo. Veremos un poco de esta nueva tierra, no nos iremos tan pronto. Éste es un territorio muy distinto de K'taqmkuk.

Contempló la imponente línea de bosque más allá de la ladera talada casi sin dar crédito al tamaño de los tocones.

—Arana puede guiarlos; su madre es maorí. Los maoríes tienen muchos lugares *tapu* en los que es mejor que no entren.

Y el comerciante se deslizó el borde de la mano por la garganta.

La serena mañana había cambiado; ahora nubes intermitentes proyectaban sus sombras discontinuas sobre el paisaje. Arana, al que encontraron en pleno trabajo, era, como muchos maoríes, apuesto y fuerte, de piernas anchas y musculosas. En su aspecto físico era poco lo que afloraba del comerciante Orion Palmer, aparte de la mandíbula un tanto desproporcionada. El cabello le caía largo y greñado. Los escuchó, les pidió que lo acompañaran y los guió por entre las cepas hasta un lugar poco accesible: un enorme tocón de kauri rodeado de broza y las ramas seccionadas del propio árbol, grandes y pálidas. Subió de un salto a la superficie plana, del tamaño de un establo, y les indicó que se colocaran allí con él.

—Éste es el tocón del kauri que Jinot estaba cortando cuando le falló la pierna mala. Ahí tienen los cortes que hizo —dijo, y señaló las marcas de hacha en los anillos exteriores.

Étienne tocó la madera ya de color gris, las viejas marcas de hacha que eran lo único que quedaba del paso de Jinot por este mundo.

Desvió la conversación hacia las peculiaridades de esos curiosos árboles gigantescos que tentaban a los madereros con sus cuerpos perfectos, sin un solo nudo, ya que él también había talado árboles en Maine y Nueva Escocia y nunca había visto nada semejante. Arana dijo que eran una especie de pinos.

—Según mucha gente —prosiguió Arana—, el kauri da la mejor madera del mundo.

Fumaron sus pipas en silencio durante un rato.

—¿Qué puede contarnos del tiempo que Jinot pasó aquí? —preguntó Étienne.

—Quería volver con ustedes, pero no podía. No tenía dinero. ¿Qué iba a hacer, si no? ¿Dedicarse al comercio? Mi padre no se lo habría permitido. ¿Trabajar en la cocina? Tal vez. Pero él conocía el hacha, sabía echar abajo un árbol aunque fuera el árbol más grande del mundo. Era muy diestro en el manejo del hacha. Un domingo hizo una silla, sin más ayuda que el hacha. Creo que aquí se sentía solo. Hablaba únicamente conmigo y con algún otro leñador. Nos contó que no había querido venir aquí, pero aquel hombre, el señor Bone, lo obligó. No quería talar kauris; decía que eran árboles poderosos, y también nosotros lo creemos. Me parece que nunca me habló de ningún tío suyo. — Miró a Étienne con los ojos entornados, como si éste acabase de caer del cielo.

—No podía hablarle de mí, porque no me conocía, ¿entiende? Su abuelo, mi padre, Kuntaw, se marchó del Penobscot hace mucho tiempo y regresó junto a su pueblo, los mi'kmaq, a un lugar próximo al río Sipekne'katik. Kuntaw tuvo dos esposas después de aquella mujer blanca, y una de ellas era mi madre. Padecimos la presión de los colonos, los escoceses; destruyeron nuestros cañales para anguilas, quemaron nuestros *wikuoms*.

Arana movió la cabeza en un gesto de asentimiento al oír mencionar las anguilas; eran su vínculo con Jinot.

—El Gobierno entregó nuestra reserva a esa gente escocesa de pelo rojo como el fuego, así que, guiados por Kuntaw, cruzamos el estrecho hasta K'taqmkuk, o Terranova, como dicen los blancos, donde había buenos ríos con anguilas, buena pesca, y algunos mi'kmaq. Para nosotros fue un buen sitio,

porque los blancos no llegaron a las zonas más agrestes. Pero nosotros sí, y ahora vivimos bien. Hemos venido a llevarnos a Jinot. Aaron estuvo allí dos años. Se fue a Boston. Lo buscamos, pero no lo encontramos, y no ha podido acompañarnos.

Joseph Dogg, que había permanecido en silencio durante esta recitación, preguntó en voz baja si los blancos no se adentraban en ese territorio tan pródigo.

—Sí —contestó Étienne—, pero es una tierra rica sólo para nosotros, los mi'kmaq. Para los blancos que buscan algo con lo que ganar dinero no resulta prometedora. No vienen para construir casas, sino sólo para cazar caribús y pescar. Esos blancos acuden a Kuntaw y le piden que los lleve a buenas zonas de pesca. Eso no nos perjudica en nada.

Joe Dogg alzó la vista al cielo y dijo con énfasis:

—Es peligroso llevar a los blancos al territorio donde uno vive. Por difícil que sea el camino, lo recuerdan y pronto empiezan a desearlo.

—Vivimos conforme a las costumbres mi'kmaq. Eso es lo que queremos darle a Jinot —dijo Étienne. Mirando a Arana, cambió de tema—. Nos contó el comerciante que usted era amigo de Jinot. Quizá quiera hablarnos de este lugar al que él vino. Quizá quiera enseñarnos cómo viven aquí usted y el pueblo de su madre. Nos gustaría saberlo.

Arana guardó silencio durante largos minutos. Por fin dijo:

—Entraremos en el bosque con mi hermana Kahu..., *he kanohi komiromiro*..., ella tiene la vista de ese pajarillo que encuentra insectos invisibles. Conoce el bosque con todos sus sentidos.

Su excursión coincidió con un día único, claro y luminoso al amanecer en la época en que las aves anidan. Eran cinco en total porque no sólo los acompañó la hermana mayor de Arana, Kahu, con su loro en el hombro, sino también su joven prima Aihe, musculosa y de movimientos tan rápidos como el delfín a quien debía su nombre. El pelo crespo de Aihe parecía tener vida propia y movimiento, como si cada mechón fuese el zarcillo de una enredadera buscando dónde agarrarse. El *kaka*, el loro de Kahu, desplegaba las alas y enseñaba la cara interna de éstas, de color rojo, y lanzaba chillidos siempre

que le apetecía, cosa que ocurría con frecuencia, un reclamo que a Joe Dogg le recordaba los chirridos que producían los tablones al arrancarlos de la pared de un establo.

Arana y Kahu intentaron explicar cómo era su país (en vano, porque aquello no podía explicarse, sino sólo vivirse). Dijeron que las tierras pertenecían todas a tribus y clanes maoríes, que mantenían intactos los bosques para las aves y sólo talaban árboles con criterio y prudencia. Aihe los interrumpió para afirmar apasionadamente que ciertos jefes tribales, movidos por la codicia, vendían las tierras de sus parientes a los hombres blancos de la Compañía de Nueva Zelanda. En el camino, Kahu señaló algún que otro pohutukawa, un árbol muy nudoso, y dijo que eran sagrados. Brotaban del suelo manantiales de agua purísima. A lo lejos veían agrandarse el bosque como una ola colosal.

Entraron en lo que Kahu llamó «el bosque de Tane», y allí el aire pasó a ser quieto y denso. Por encima de ellos, el viento del oeste agitaba las copas de los árboles, y continuamente alzaba el vuelo algún pájaro entre chillidos. Avanzaron en silencio, y Kahu iba señalando los árboles más altos, que formaban un techo sobre el bosque, quedando al amparo de éste los árboles menores. Joe Dogg se horrorizó al ver los árboles rata, que nacían en las ramas superiores de otros árboles y, al crecer, chupando la fuerza vital de su huésped, echaban las raíces hacia abajo hasta llegar al suelo y se entrelazaban creando un tronco deformado hasta que el huésped pasaba a ser parte del rata.

Ya bien entrada la mañana, los pequeños fragmentos visibles de cielo se nublaron, y Kahu anunció que tal vez cayera una tormenta pasajera. No había acabado aún de hablar cuando oyeron el golpeteo de la lluvia por encima de ellos, azotando las hojas; sin embargo, las copas de los árboles se entretejían de manera tan tupida que a ellos no los alcanzó una sola gota.

Salieron de entre los árboles cuando la tormenta ya se alejaba, y desde un promontorio rocoso vieron columnas de bruma que exhalaban los sinuosos montes. Aihe dijo que eso era Papatuanuku, la madre tierra, que suspiraba por Ranginui, el padre cielo, y que en el Principio habían estado los dos estrechamente unidos en amorosa conjunción, creando una gran oscuridad para sus hijos dioses. Los hijos decidieron separar a los padres y dejar pasar la luz, explicó, y Tane, el dios del bosque, los mantuvo separados mediante árboles.

Pidió a Étienne que le contara alguna leyenda de los mi'kmaq. Él recordaba varias de manera imperfecta, pero guardó silencio, pensando que resultarían vacías en contraste con los relatos de un mundo maorí poblado con tantos dioses. Los mi'kmaq habían abandonado su mundo espiritual por el dios de los misioneros.

Cuando pasaron cerca de una ongaonga, Aihe tiró de la manga de Joe Dogg, señaló y le dijo que era una planta peligrosa, que inyectaba veneno.

—Cuentan que un marinero blanco escapó de su barco en plena noche. Se adentró a todo correr en un bosque donde había muchas plantas ongaonga y, a oscuras, cayó entre ellas y gritó. Pero las ongaonga no se apiadaron de él, que murió de sus picaduras.

Al cabo de un rato tomó algo entre las manos y se lo entregó a Étienne.

—Ten, un *pepekemataruwai* para ti. Lo llamamos «insectos con cara de tonto».

Él, riéndose, se lo sacudió de encima.

Étienne, impresionado, advirtió que todo lo que veían u oían u olían guardaba relación con dioses maoríes y sus vidas febriles y vengativas. Se prometió que, a su regreso a K'taqmkuk, iría en busca de los ancianos y les pediría que le contaran las leyendas de sus antepasados. Contempló el océano, que destellaba entre los árboles más abajo, y pensó que éste también lo miraba a él. En K'taqmkuk, el océano Atlántico nunca había fijado en él su ojo acuoso. ¿Acaso era eso señal de algo?

Con la luna nueva, Joe Dogg y Étienne Sel se pagaron el pasaje a Port Jackson trabajando y, tras una larga espera, se enrolaron en un barco con destino a Londres que después seguía hasta Boston.

—Debemos encontrar a Aaron —dijo Étienne.

VIII
días de gloria
(1836-1870)

riqueza vegetal

James había dedicado las primeras horas de esa mañana de agosto a revisar detenidamente las cuentas mensuales de la casa y calcular los gastos de Posey. Desde su matrimonio, él le pasaba una asignación generosa pero estricta; al principio, ésa era su única influencia sobre ella. Posey lo consideraba en exceso riguroso: si un mes se excedía un solo centavo de la asignación establecida, al mes siguiente la cantidad se reducía a la mitad. Pero ahora esa preocupación había pasado a segundo plano, y desde el nacimiento de Lavinia (mucho después de reanudar unas relaciones conyugales no precisamente fogosas), Posey había cambiado y dejado atrás sus exhibiciones de tigresa. Sus afectuosos cuidados se extendieron más allá de Lavinia para abarcar a James, a sus primos y las esposas de éstos, al servicio; a todos excepto a Phineas Breeley, que había sido desterrado a New Brunswick, lejos, muy lejos de la pequeña Lavinia. Posey leía a la niña cada noche relatos y poemas del libro *Cuentos del petirrojo*; Lavinia desarrolló un tierno afecto por «el ave devota de pecho escarlata».

James cerró el libro de contabilidad. Posey era ahora casi austera en sus gastos. En cuanto a él, aparte de puros, regalos para Lavinia, un oportuno aceptable y, muy de vez en cuando, un chaleco, apenas gastaba dinero, salvo en caballos. Acababa de adquirir a *Zorzal*, un elegante caballo hannoveriano de silla, de color castaño, y en ese momento decidió mantener media hora de charla viril sobre caballos con Will Thing, su anciano cochero. Justo cuando se levantaba para bajar a las cuadras, entró el nuevo mayordomo, que anunció:

—El señor Vogel solicita verlo, señor.

—Que pase, que pase —dijo James, ya que Lennart Vogel se había convertido en un buen amigo—. Lennart, debes de estar recién llegado de tu expedición anual —comentó un tanto sorprendido. No veía ni por asomo la habitual elegancia de Lennart. Un pantalón de gruesa tela de fustán, chaleco gris de lana y robustas botas con los tacones cubiertos con una costra de barro.

—Así es. Y la expedición ha sido muy interesante —dijo Lennart—. Disculpa mi aspecto, James. Traigo tal cantidad de información que he preferido venir aquí sin pérdida de tiempo. En cuanto a mi viaje, me pregunto si tienes un momento para hablar conmigo. Esta última semana me he visto obligado a reflexionar sobre el futuro de la empresa. Veo ante nosotros escollos que debemos eludir. Pero también una oportunidad de ampliar nuestras perspectivas si hacemos un esfuerzo. De momento, sería inútil hablar del asunto con Edward o los demás.

—¿Te apetecería dar un paseo por el jardín mientras conversamos? El calor del día no es aún insoportable.

—Dado mi desaliño, mejor fuera, sí —convino Lennart.

Caminando por el jardín, pasaron bajo el emparrado de la pérgola, con sus racimos de fruta verde, y dejaron atrás las estridentes geometrías de los arriates. A Posey le encantaban los vivos colores de los geranios, las salvias, las petunias y las calceolarias, pero James prefería las rosas, que al menos tenían cierta altura y perfume; los arriates, la última moda en jardinería, parecían alfombras orientales baratas.

Lennart caminaba demasiado deprisa para el gusto de James; finalmente, éste se sentó en un banco de piedra cerca de los rosales y le pidió:

—Lennart, para un poco y cuéntame qué te preocupa.

En lugar de sentarse, Lennart deambuló de aquí para allá mientras hablaba atropelladamente.

—James, creo que debemos pensar con urgencia en el futuro y en nuestras tierras forestales. Hemos tenido varios años de vacas flacas, y sabes tan bien como yo que apenas nos quedan buenos bosques en Nueva Inglaterra o el estado de York. El pino se ha agotado. Ya sé qué vas a decir: «¿Y qué hay de las fincas forestales de Ohio?». Me refiero a las que compró tu padre hace unos años. Esa adquisición es el catalizador de mi visita de hoy a esta casa. En mi viaje por los bosques de este año he ido a esa propiedad de Ohio, y lo

que he visto me ha dejado consternado. No era ya el pinar que compramos persuadidos por tu padre. En sus tiempos, allí sólo había indios, además de los comerciantes de pieles que atravesaban los grandes bosques de pinos blancos, pero ahora han llegado colonos en tropel, en su mayoría del norte de Europa. Hace dieciocho meses se instalaron en la zona a miles, y han quemado y talado casi todos esos árboles para sustituirlos por tierras de labranza. ¿Te imaginas? Pinos blancos de la mejor calidad apilados para quemarlos. No queda nada. Y siguen viniendo.

—Dios mío —dijo James—. Eran varios miles de hectáreas.

—Sí, deberíamos haber contratado vigilantes para impedir el paso de intrusos. Pero en el bosque no había nada excepto árboles, y esa muchedumbre creyó que podía apropiárselo de balde. Y se lo han apropiado. El bosque ha desaparecido.

—Pensaba que Armenius Breitsprecher debía realizar inspecciones anuales de esas tierras.

—Acordamos que fuera cada dos años, porque es un viaje largo y arduo, y él tiene otras obligaciones. Cuando tu padre viajó hasta allí, tuvo que atravesar el Gran Pantano Negro, una de las peores barreras que salvar en el continente. Ahora, con las nuevas carreteras y el canal de Erie, la situación ha mejorado notablemente. Breitsprecher tenía previsto ir este año, pero ya es demasiado tarde. Los colonos son tantos que han arrasado esos miles de hectáreas en poco más de un año.

—Cuesta creerlo.

—James, ¿alguna vez has visto a aves de rapiña dejar reducido al esqueleto en uno o dos días un ciervo caído?

—Claro que sí.

—Piensa en esos colonos como aves de rapiña humanas —dijo Lennart—. Aves de rapiña provistas de un arma poderosa: el fuego. Han quemado grandes extensiones de nuestros bosques. Sin duda habrás leído en los periódicos que algunos espacios naturales se han convertido en pueblos de más de cien casas en dos meses.

James sentía que el antiguo dolor empezaba a atenazarle de nuevo el estómago, un recuerdo de los tiempos en que Posey tenía arranques de mal genio.

—Pero seguro que en algunos sitios todavía queda bosque en abundancia. Podemos buscar más tierras forestales. He oído decir que la inmensidad de los bosques de este continente no tiene parangón: son los mayores del mundo.

—Muy cierto. Todavía quedan bosques intactos y desconocidos. Y eso me lleva al centro de la cuestión. Tenemos que encontrar esos bosques y poner a trabajar en ellos a nuestras cuadrillas cuanto antes. O de lo contrario vendrá Europa entera, y lo quemará y talará todo. En algunos países europeos hay leyes que prohíben la tala libre de árboles, y los campesinos más rebeldes, indignados por esas normas, están ahora aquí y, sin la contención impuesta por esos decretos, enloquecen con el poder de la destrucción. Son una clase de gente nunca vista hasta la fecha sobre la faz de la Tierra. Son como tigres que han probado la sangre. Y como tigres, transmiten su voraz anhelo de tierra a sus hijos y nietos, que siguen creyéndose con derecho a adueñarse de todo lo que hay en esta tierra de abundancia. —Tiró la colilla del puro—. Te propongo que tú y yo hagamos un viaje de reconocimiento en busca de nuevos bosques. No somos jóvenes, James, pero los dos somos fuertes y gozamos de buena salud. En mi recorrido no he ido más allá de esas fincas de Ohio, pero durante mi estancia allí me enteré de que al norte, en el Territorio de Michigan, hay pinares. Muchísimos pinos blancos.

James siguió sentado, fumando y pensando.

—Sí, supongo que esta manera nuestra de trabajar, comprando tierra o bosque maderable en Nueva Inglaterra o en el estado de York y talándolo sin tener la menor idea de dónde encontraremos después más árboles, podría ser la ruina de la empresa en el futuro. Hay más competidores que nunca, y hemos descubierto que nuestros bosques cercanos no son eternos. Los árboles crecen muy despacio. Esto no es una idea nueva; le hemos dado vueltas varias veces en las reuniones. Pero Edward y Freegrace se resisten a la exploración, dan largas y aconsejan que esperemos, no sé por qué razón. Recuerdo que hace unos años, en una reunión, Cyrus habló de excelentes oportunidades en Pensilvania, pero Edward dijo: «¡Ahora no, ahora no!», y al final lo acaparó todo la competencia.

—Ha llegado el momento de actuar; ahora nos toca a nosotros ser los primeros. Si convencemos a Cyrus, podemos ganar por mayoría a Edward y Freegrace. Ésta es la situación en la que estamos. Los dos son timoratos.

Desde la muerte de Lydia, Edward sólo intercambia ideas con su ama de llaves y los gatos.

Eso era manifiestamente falso, ya que Edward era un fervoroso trinitario y Freegrace se había dejado seducir por la Iglesia Unitaria y tenía escarceos con la nueva Crítica Mayor, razón por la cual los dos hermanos se enzarzaban en acaloradas discusiones que acababan a gritos.

James pensó que Lennart y él no eran mucho más jóvenes que esos hermanos; todos eran viejos, se dijo, aunque él no tenía esa sensación. Y Lennart rebosaba vitalidad. Sin duda Edward y Freegrace se consideraban capaces de dirigir un negocio. La sangre de los Duke auguraba longevidad.

—James, esos dos son un lastre para la empresa. ¿Qué me dices? ¿Estás dispuesto a emprender el viaje al Territorio de Michigan conmigo? O incluso más allá, si nos parece oportuno. Me tienen intrigado ciertos comentarios de marinos que han trabajado en el comercio de la piel de nutria en la costa oeste; según cuentan, han visto densos bosques. Me gustaría verlos con mis propios ojos, porque ¿qué saben los marineros de árboles?

—Eso queda muy lejos. Casi en Japón.

—¡Hablamos del futuro, James, el futuro! No debemos permitir que se nos escapen estas oportunidades.

—¿Y qué me dices de Breitsprecher? ¿Vendría con nosotros? —James se preguntaba por qué Lennart, que no tenía hijos, insistía tanto en el futuro.

—Considero esencial a Breitsprecher. Es él quien mejor puede calcular el volumen de madera en pie.

—De acuerdo, Lennart, te acompañaré. Y Breitsprecher también vendrá. ¿Cuándo has previsto partir?

—Tengo varios asuntos importantes que atender en el acto. En primer lugar, debo ver a Cyrus. Inmediatamente después hay que convocar una reunión del consejo de administración. Debo conseguir la colaboración de Breitsprecher y convencer a Edward y Freegrace de que esta exploración es de vital importancia. Con suerte, podríamos salir dentro de dos semanas, creo. —Se interrumpió, se paseó en torno al fragante damasco de la Ville de Bruxelles, se dio media vuelta y tocó con el dedo una rosa alba—. La primera parte de este viaje, en coche y en tren, la conozco bien. Lo más agotador es la barcaza que cruza el canal hasta Oswego. Tráete un libro largo para leer en la

barcaza. Es el mayor aburrimiento conocido. Luego en tren hasta Buffalo y el último tramo, hasta Detroit, en barco de vapor. El progreso ha aligerado la suerte del viajero. Cuando pienso en el pobre Sedley, con el barro hasta las rodillas...

James no estaba interesado en las penalidades de su padre en aquellos doscientos kilómetros de tierras pantanosas infestadas de insectos, sino en lo que debía llevarse para el viaje. Los puros, pensó, eran de vital importancia. Los indios adoraban el tabaco cubano —igual que él— y rara vez podían disfrutarlo, así que planeó envolver cuidadosamente centenares de puros y llenar dos alforjas.

—Pero ¿hay algún medio de transporte más allá de Detroit? Me extrañaría.

Paseando, se acercaron hasta el extremo de la finca, delimitada por viejos robles poblados de pugnaces ardillas.

—No, aunque los barcos de vapor, las carreteras y los caminos amplían las posibilidades de viajar a cada semana que pasa. A partir de Detroit todo será *terra incognita*. Lleva ropa recia para vivir varias semanas difíciles al raso. Y armas y munición. Sólo una cosa sé con certeza: debemos ir más allá de Ohio.

Cerca de los robles, James cogió una rama caída y apuntó con ella como si fuera un arma; las ardillas huyeron. Los dos amigos se dieron un apretón de manos. Ambos tenían sensación de apremio, de que los bosques de América del Norte se esfumaban en hogueras de desmonte y chimeneas, de que legiones de colonos inmigrantes se adueñaban de todo. Lennart Vogel, pensó James, había concebido un futuro sin árboles y había decidido actuar. Sería un viaje peligroso, pero se acordó de Lewis y Clark, quienes, tres décadas antes, habían recorrido todo el camino hasta el Pacífico y regresado sanos y salvos.

Cuando al día siguiente volvieron a verse, Lennart Vogel se había acicalado y se le veía satisfecho.

—Puede decirse que he tenido relativa buena suerte, porque ahora Cyrus vive en Boston. Hemos hablado, y se pondrá de nuestro lado contra Edward y Freegrace si las cosas llegan a ese punto. Además, existe un mapa del

Territorio de Michigan elaborado por el Servicio de Correos, y me he procurado una copia un tanto manoseada. Muestra los caminos de postas y de diligencias, pero la información es de hace veinte años. Más útil es, creo, el rumor de que existe un sendero indio muy transitado apto para viajar a caballo desde Detroit hasta ese lodazal de Chicago. El sendero Sauk, en dirección oeste, tiene muchas ramificaciones, y me parece que si descubrimos una con rumbo al norte encontraremos esos famosos bosques viajando a caballo y gastando suela. Es fácil dar con guías y remeros indios por todas partes en esos grandes lagos, donde hace mucho tiempo prosperó el comercio de pieles. Los nativos harán cualquier cosa por una botella de alcohol.

—Ojalá fuera tan fácil persuadir a Freegrace y Edward.

—Regálale a Edward un poco de nébeda para sus animales y nos dará su beneplácito.

Era cierto. Desde la muerte de su esposa, Lydia, a causa de un asma agravada por el ineludible polvo marrón del estiércol de las calles, Edward se desvivía por *Casimir* y *Vaughn*, sus dos mimados felinos atigrados.

Así pues, bajo la llovizna de una mañana de principios de septiembre, Lennart Vogel, James Duke y Armenius Breitsprecher (acompañados por su perro de caza, un braco alemán llamado *Hans Carl von Carlowitz*) subieron a su coche de alquiler y se encaminaron hacia el noroeste. Lennart dejó en el suelo una cesta con pollos asados y cerveza. *Hans Carl von Carlowitz* corría junto al carruaje.

—¿No se le llagarán las almohadillas? —preguntó Lennart.

El perro lo oyó y corrió aún más deprisa.

Compraron caballos en Detroit y se adentraron en el bosque de frondosas. Cuando dejaron Detroit atrás, Lennart comentó:

—Según dicen, hace cien años el viejo La Mothe, sieur de Cadillac, opinaba que La Ville d'Étroit y sus alrededores eran «tan hermosos que en justicia puede llamárselos el paraíso terrenal de América del Norte».

Se hallaban en un territorio despoblado, y a James lo inquietaba aquella penumbra verde. No había ningún punto de referencia, sólo árboles; ni siquiera cielo abierto, sólo la enramada movida por el viento. Sintió lo mismo que a veces había sentido en el mar, esa titilante y alucinatoria sensación de inmensidad sin caminos. Pero a diferencia de los viajes por mar, determinados por los vientos, el sendero Sauk era muy visible, una vieja vereda abierta por pesados mastodontes, ya muy antigua cuando los hombres de las estepas asiáticas la encontraron.

Desde lo alto de una torrentera contemplaron, abajo, un sinuoso lecho de piedras secas.

—Señal de que hay colonos cerca —anunció Breitsprecher, apuntando al cauce sin agua.

Después de avanzar casi otro medio kilómetro, pasaron junto a una pendiente talada y erosionada. Oyeron hachazos y percibieron el olor del humo, y al llegar a un claro de ocho hectáreas, salpicado de tocones, vieron a tres hombres que cortaban y apilaban árboles para quemarlos en invierno. En un campo contiguo, ya incendiado, el terreno estaba calcinado y las rocas agrietadas.

El colono —James le calculó entre cuarenta y sesenta años— se acercó a ellos balanceando sus fibrosos brazos. La melena le caía hasta los hombros. Fijó en ellos sus ojos claros e inexpresivos.

—¿Adónde van?

—Al oeste. Vamos al oeste —contestó Lennart—. Soy Lennart Vogel.

El colono los miró de arriba abajo. Los hijos, dos muchachos nervudos, de mandíbula caída, se acercaron y se quedaron mirando a los forasteros.

—Vosotros, Moony, Kelmar. Seguid dándole al hacha, *schnell* —dijo el padre con severidad. Posó la vista en James, en su caballo, le miró las botas, entornó los ojos para verle mejor la cara—. Usted parece funcionario del Gobierno o algo así.

James permaneció en silencio. El padre dirigió otra larga mirada a Armenius Breitsprecher, abrió la boca y volvió a cerrarla al ver que Breitsprecher lo sometía a un examen similar.

—Mejor será que sigamos nuestro camino —dijo Armenius a Lennart y James con cierto apremio. Sin mediar más palabra, chasquearon la lengua para espolear a los caballos y se alejaron.

Llevaban casi un kilómetro cabalgando en silencio cuando de pronto Armenius les indicó con señas que se adentraran en el bosque y descendieran por una pendiente hasta un pantano. En el extremo de una presa de castores, los roedores habían cortado sauces, maleza y arbustos, por lo que el terreno estaba despejado y ofrecía una buena vista del embalse y el sendero que habían dejado atrás.

—Quédense con los caballos, no hagan ruido ni fumen —susurró—. Ese viejo traerá problemas, y voy a comprobar si él y esos dos imbéciles nos siguen furtivamente por el sendero. *¡Hans Carl von Carlowitz, komm!*

Al cabo de un minuto, hombre y perro se habían perdido de vista. James y Lennart esperaron. El sol poniente teñía de color miel la superficie del embalse, la guarida del castor, los caballos y sus rostros. El día empezaba a declinar y cada vez había más mosquitos.

—Tengo que fumarme un puro —dijo James en voz baja.

—Mejor que no —susurró Lennart—. Se sabe que algunos colonos han matado a viajeros para quitarles el dinero y las pertenencias, los caballos. ¿Has visto cómo nos miraba ese viejo? ¿Con qué ojos?

—¿Y si cogen a Armenius? Imagina que no vuelve —musitó James.

—Ya nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento.

James sacó su frasco de poleo y se lo extendió por la piel para repeler a los mosquitos. Se quedó dormido contra un tronco de píceas musgoso pero húmedo. Algo, un ruido, lo despertó. Estaba más alerta que nunca en su vida. Allí, cerca de ellos, había algo —alguien—, y no se movía con cautela, sino que agitaba las ramas, dejando oír los chasquidos de sus pisadas.

—¿Armenius? —preguntó James en voz muy baja—. ¿Eres tú?

—¡Unj! —dijo algo que se adentró en el pantano sonoramente, y durante el resto de la noche oyeron un goteo de agua mientras el alce arrancaba hierba.

James se adormiló acompañado por los reconfortantes ronquidos de Lennart. En la niebla fría del amanecer, despertaron bruscamente por el suave relincho del palomino.

—Viene alguien —susurró Lennart. Los caballos apuntaron las orejas en la misma dirección y enseguida empezaron a mordisquear plácidamente unos arándanos—. Breitsprecher. Reconocen su andar.

Esperaron. La bruma del pantano adquirió un color tenue, señal de que sería un día despejado. James rebuscó en la alforja, encontró su cheddar de Boston y lo partió en dos. Cuando se lo llevaba a los labios, lo sobresaltó un aterrador chapoteo y el queso se le cayó en el barro.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Un castor, galvanizado al ver a Armenius Breitsprecher y su perro avanzar enérgicamente junto a su presa, había alertado del peligro. *Hans Carl von Carlowitz* se quedó inmóvil y señaló las crecientes ondas en la superficie del agua. En el fondo del embalse, los castores sacudieron sus colas. Breitsprecher salió del embalse, se acercó a los caballos y les dio unas palmadas en el testuz. Dirigió una amplia sonrisa a Lennart y James y se abrió el abrigo para mostrarles una bolsa de algodón. De la bolsa extrajo un trozo de tocino, media docena de huevos, manzanas moteadas y galletas calientes.

—*Gute Mann* —dijo—. Se llama Anton Heinrich. Sí estaba en el sendero, pero no nos seguía con malas intenciones, sino para invitarnos a pasar la noche en su *Klotzhaus*. No tuve tiempo de volver a por ustedes antes de que el bosque quedara *dunkel*, así que me fui con él. Es *ein Deutscher*, en otro tiempo un *Bauer* de Maine. Sólo hablamos en *Deutsch*; a ustedes no les habría gustado. Ni una palabra en inglés. Me ofreció una abundante cena y me dejó dormir en un lecho de heno en el granero. Esto es el desayuno que su mujer, Kristina, nos ofrece. Había ocho *Kindern*, quizá. Una buena mesa, *ja, es gab reichlich zu essen und zu trinken. Gute Menschen*.

—No se olvide de hablar en inglés —dijo James.

—*Ja*, lo siento. Compró esas tierras a la *Witwe*, la viuda, Kristina, cuando el primer dueño murió de unas fiebres. Anton tenía antes una granja en Maine, pero *die Erde*, la tierra, no duró. No podía durar, tal como queman el terreno y cultivan en las cenizas un año tras otro. Al cabo de cuatro, cinco años, no da más de sí. Una *Erde* que el bosque tardó *tausend* años en crear. —Dio un bocado a una manzana y continuó—: Pero hay que extremar la prudencia. Hay colonos... y colonos.

Lennart se dijo para sí: «Hay viajeros... y viajeros», ya que vio sangre en la pernera del pantalón de Armenius. Prefirió no preguntar.

El sendero los llevó a través de un claro densamente poblado de helechos, delimitado por pinos rojos, tsugas y algún que otro pino blanco. A media tarde estaban de nuevo en el bosque, y Breitsprecher, en medio de una mezcla de coníferas y caducifolias, frondas y liquen, señaló unas arboledas compuestas de abedules blancos y álamos y más pinos blancos dispersos, que superaban en altura a los demás árboles. A la mañana siguiente, mientras ascendían por la ladera sur de unos montes, Breitsprecher cogió un puñado de tierra seca arenosa y dijo:

—Ya llegamos a los dominios del pino blanco.

Sin embargo, en la vertiente opuesta crecían más tsugas que pinos blancos, y el sendero, traicioneramente, les presentó un nudo de caminos entrecruzados. ¿Cuál era el sendero Sauk? ¿Cuál era el desconocido camino hacia los densos pinares blancos?

—Tendremos que probar los distintos desvíos —dictaminó Breitsprecher—. Empecemos por el ramal norte.

Mientras avanzaban, los azotaban las ramas de jóvenes tsugas y frondosas que pugnaban por el espacio, y el sendero se bifurcaba en otros aún más pequeños; veredas de caza, dijo Lennart. James se preguntó si alguna de éstas los llevaría a lo que buscaban. Al día siguiente, ya entrada la mañana, se hallaban sumidos en la mayor confusión ante los múltiples senderos desconocidos.

—Me extraña que no hayamos visto a ningún indio —comentó Breitsprecher—. Si nos encontramos con algún indio, podemos preguntarle dónde hay pinos blancos. Opino que debemos regresar al sendero principal y esperar a que pase un grupo de indios.

Acamparon y aguardaron, y al cabo de dos días se detuvo allí una partida de caza formada por seis chippewa, que pidieron «baco» al ver fumar a James su puro de cada mañana.

—Da baco —dijo el chippewa de menor edad, un muchacho de unos diez años. Los demás repitieron la frase mágica, y Breitsprecher, hablándoles en una mezcla lingüística apta para todo, respondió que James les daría tabaco si les indicaban el camino para llegar a un sitio con muchos pinos blancos grandes. Les señaló, a modo de ejemplo, uno que crecía a unos quince metros del sendero, un árbol enorme con las raíces a la vista, extendidas como dedos colosales. Todos hablaron al mismo tiempo y señalaron en la misma dirección: de regreso hacia Detroit. Uno de ellos, un hombre mayor, partió una ramita y dibujó un mapa en la tierra blanda.

—Eso d'Étroit —dijo. Dibujó cinco senderos que salían de Detroit—. Sauk —aclaró, indicando el camino situado al sudoeste—. San Joe. —Señaló el sendero donde se hallaban. La decisión de Breitsprecher de tomar por el camino de la derecha en el cruce los había alejado del Sauk, que en cualquier caso no era el camino correcto—. Saginaw —añadió, refiriéndose a una línea que discurría en dirección noroeste—. Shiawasee. —Marcó otra línea—. Mackinac.

El Shiawasee y el Saginaw se cruzaban con el Mackinac y otros dos senderos importantes. Deberían haber tomado por el Shiawasee o el Saginaw desde Detroit, no por el Sauk.

—¿Tenemos que volver hasta Detroit? —preguntó Lennart. Armenius planteó la pregunta, y los chippewa contestaron animadamente.

—Dice que hay un sendero menor que nos llevará hasta el Shiawasee. El Mackinac se cruza con el Shiawasee. Pero no debemos ir por el Mackinac, sino continuar recto por un sendero que se ciñe a la orilla del Hurón. Lo llama Sendero a lo Largo de la Orilla.

Los chippewa se ofrecieron a acompañarlos hasta el sendero menor que los llevaría hasta el Shiawasee y, sin esperar más charla, se pusieron en marcha a un trote rápido.

—Iré con ellos, marcaré el camino y volveré —propuso Breitsprecher.

Antes de perderse de vista, los indios se detuvieron súbitamente y empezaron a hablar entre sí; por fin, el más joven miró a James.

—¡Baco! ¡Baco ahora!

James metió las manos en su alforja y sacó doce puros cubanos, dos para cada hombre. Se disponía a obsequiárselos a los chippewa cuando Breitsprecher dijo:

—Querrán quedarse a fumar con nosotros. Mejor démelos a mí, y cuando me hayan indicado el atajo que comunica con el sendero, les daré el tabaco y volveré con ustedes.

Se lo explicó a los indios y se pusieron de nuevo en marcha; Breitsprecher los siguió a zancadas para no rezagarse. Una vez más, James y Lennart y los caballos esperaron. Y esperaron.

—¿Y si han matado a Armenius? —preguntó James por la tarde—. Podría ser, para llevarse los puros. Hace mucho que se ha ido.

—Desandar el camino puede llevar su tiempo. ¿No ha dicho Armenius que eran unos quince kilómetros? Te aseguro que son quince kilómetros como mínimo. Pero no entiendo por qué no hemos ido nosotros también con ellos. En la unión hay menos peligro. Y habríamos ahorrado tiempo, porque en todo caso tenemos que ir hasta allí. Compartiré contigo uno de los puros que quedan mientras esperamos.

—Por supuesto. Los puros son útiles cuando se va a la caza del pino blanco, ¿a que sí?

Breitsprecher regresó antes del anochecer. Sin darle tiempo a hablar, Lennart, quien poco a poco se había ido cargando de razón, dijo:

—Deberíamos haber ido con usted. Ahora estaríamos ya en ese sendero. Hemos perdido tiempo. En adelante no nos quedaremos esperando cruzados de brazos mientras usted se adelanta. ¿Entendido, herr Breitsprecher?

—Sí. Tiene razón, desde luego, pero temía que fuese una treta y que, interesados en los puros de James, obraran mal. Pero en realidad eran amables, y se han quedado muy contentos con el tabaco cubano. Se sentaron a fumar enseguida, en el cruce de senderos.

—¿A qué distancia está? —preguntó James, entumecido tras la larga espera.

—A no más de quince kilómetros, menos de dos horas a caballo. Y desde allí, según me han dicho, quizá unos cinco o seis días a pie, que creo que podemos recorrer en tres días con los caballos. El atajo que comunica los dos senderos no está mal. Sólo lo invade un poco la maleza. Podemos partir ahora hacia allí si ustedes quieren, o descansar hasta mañana. En sus manos lo dejo —dijo a Lennart Vogel.

—Nos pondremos en marcha ahora mismo. La espera ha sido agotadora. Yo personalmente estoy impaciente por encontrar esos pinos.

Breitsprecher no había evaluado el sendero correctamente. En los dos primeros kilómetros el camino estaba relativamente despejado, pero más adelante atravesaba una hondonada muy profunda en la que tuvieron que abrirse paso a través de una vegetación tan exuberante y opresiva que no les quedó más remedio que desmontar y tirar de sus animales, ya bastante atormentados.

—No muchos indios usan este sendero —comentó Breitsprecher—. La naturaleza lo está recuperando.

Cuando por fin se detuvieron a pernoctar y hubieron untado de grasa las patas heridas de sus cabalgaduras, Breitsprecher dijo:

—Los chippewa me han contado que cuando visitan esos pinares, van en canoa por el río. Para nosotros eso es una buena noticia, porque significa que los bosques están a la orilla de un río o de un lago. En Michigan todo son lagos y ríos. Éste es un territorio concebido para la explotación maderera.

El Shiawassee era inconfundible, como vieron al llegar a él: un sendero nítido, muy transitado por muchos viajeros. Ascendía y ascendía, adentrándose cada vez más en el bosque. Y vaya bosque. Se alzaban grandes pinos blancos por doquier, cada vez más gruesos. Cuando el sendero se curvaba hacia el nordeste, a su derecha apareció el Saginaw, y se encontraron en el bosque de pinos más selectos que habían visto en la vida. Árboles enormes, de un metro de diámetro, a veces de un metro y medio, sus ramas dispuestas en gradas

semejantes a grandes pagodas verdes, alturas de hasta cuarenta y sesenta metros o más de aquella valiosa madera de grano fino, fácil de transportar río abajo o de conservar en lagunas y embalses.

Acamparon temprano, y Breitsprecher pasó las horas de claridad que quedaban paseándose, observando, midiendo, calculando, marcando y marcando. Al regresar se sentó en un tronco junto al fuego. Temblaba un poco y se comió el resto de la carne de venado casi rancia.

—¿Y bien? —dijo Lennart—. ¿Qué opina?

—He cubierto una superficie de cuatro hectáreas y he hecho algunas estimaciones. —Señaló con el pulgar hacia los árboles—. Aquí mismo, donde estamos, la medida sería de unos cincuenta mil pies tablares por hectárea.

—Eso no puede ser correcto —repuso James—. Debe de haberse equivocado.

—Yo mismo no daba crédito, y he repetido el cálculo. Es una estimación a la baja. En mi vida había visto un bosque como éste, ni sabía que existiera algo así. Esto debe de ser la mayor concentración de pinos blancos del mundo. Ahora tenemos que intentar calibrar la superficie total. Puede que sean sólo unos cuantos cientos de hectáreas de estos árboles extraordinarios. Puede que más.

Eran más. Kilómetros y kilómetros de denso bosque de pinos enormes y rectos.

—Dios —invocó Lennart, alzando la vista hacia las nubes—, te damos gracias por este espléndido tesoro.

Esa noche ninguno de ellos pudo conciliar el sueño, y antes del amanecer Breitsprecher estaba ya en pie, encendiendo el fuego, preparando café, dejando caer cosas. Bebieron aquel líquido negro muy caliente, recogieron y se pusieron en marcha en cuanto hubo suficiente luz. Día tras día avanzaron por aquel bosque mágico a pie y a caballo. Llegaron a un gran entrante en la orilla del lago Hurón, pero los pinares eran interminables.

—Esto supera con creces nuestras previsiones —dijo Lennart—. He aquí lo que debemos hacer. En primer lugar, debemos ir a la oficina del catastro y empezar a adquirir la mayor parte posible de este bosque. Tenemos que establecer una sede, no sé si en Detroit o dónde. Debemos regresar rápidamente a Boston y explicar al consejo de administración lo que hemos

descubierto. Armenius debe seguir examinando el terreno, midiendo y clasificando. Aquí hay siglos de explotación maderera. Pero son muchos los trámites previos, así que no podremos empezar a talar antes de un año, quizá dos, tanto como nos lleven los trabajos preliminares. Tendremos que contratar a unos cuantos ayudantes —dijo a Breitsprecher—. Y alguien debe tratar con la oficina del catastro. Cyrus tendrá que echar una mano. Debemos ponernos en contacto con nuestros mercados. Albany puede ser un buen punto de embarque, porque allí termina el canal. Aquí está nuestro futuro para varias generaciones, aquí mismo —añadió, y con la bota pisó firmemente la pinaza—. Ésto será determinante para Duke & Sons. No puede haber nada mejor que lo que hemos encontrado. —El hombre farfullaba.

—Por todos los dioses —dijo James—. Ni mil hombres podrían talar todo esto en mil años. Los traeremos. Traeremos a mil hombres.

Armenius Breitsprecher fijó la mirada en el fuego y guardó silencio. Percibió, no por primera vez, que la codicia de Duke & Sons era ilimitada, tanto que se proponían desboscar el continente entero. Y él estaba ayudándolos. Aborrecía el expolio de la tala americana, el demencial derroche de madera sana y valiosa, la destrucción del terreno, el desgaste y la erosión, el arrasamiento del mundo forestal sin detenerse a pensar en el futuro: los madereros creían que el suministro era inacabable, que siempre habría otro bosque. La rapiña había sido la fuerza vital de los negocios de Duke & Sons desde sus inicios, pero con este hallazgo se convertiría en el motor de la empresa.

Él personalmente no soportaba la idea de enriquecerse con su porcentaje de ese magnífico tesoro. En los años que llevaba trabajando para los Duke sólo había recibido una pizca de los terrenos forestales que recorría: ocho hectáreas aquí, una porción allá, otra hectárea en lo alto de una montaña, veinte hectáreas pobladas de alerces tamarack en terreno pantanoso. Parcelas tan pequeñas y distantes entre sí que eran difíciles de vender, un magro beneficio a cambio de su trabajo. Si quería algo de esos grandes pinares de Michigan, tendría que confabularse para conseguirlo. La idea lo inquietaba.

James Duke y Lennart Vogel, como siempre, se fumaron un puro antes de desenrollar sus mantas, y Armenius, como siempre, recogió una brazada de leña, llamó a *Hans Carl von Carlowitz*, le alborotó las orejas y se tumbó junto a la fogata. Era tarea suya mantener vivo el fuego durante toda la noche.

Lennart habló casi en susurros.

—James, quiero hacerte una pregunta delicada. Te agradecería una respuesta sincera.

—Sí. ¿De qué se trata?

—Por favor, contesta con franqueza. ¿Confías..., confías plenamente en Armenius?

James se detuvo a reflexionar largo rato. Pese a las emociones del día y la seriedad de la pregunta, Lennart ya casi se había dormido cuando James dijo:

—No tengo ninguna razón para desconfiar de Armenius.

—Ni yo —convino Lennart—. Es sólo que esta inmensa riqueza en pinos engendra celos y preocupaciones. Es tan grande que apenas puedo abarcarla con la imaginación.

nunca suficiente

Era un claro amanecer de octubre cuando llegaron a Boston, y las hojas otoñales vestían ya sus encendidos abrigos. James fue derecho a su casa. Cuando se disponía a salir de nuevo, con su muda limpia y una levita de color marrón claro, entró a ver a Posey y dijo:

—Querida, he vuelto.

—Vaya, James. ¿Has encontrado lo que esperabas?

—Desde luego, hemos encontrado buena madera. Lo difícil será extraerla.

—¿No es ése siempre el problema? Recuerdo las estratagemas de la saca de troncos en New Brunswick y Maine.

—Esto es un tanto distinto. ¿Qué tal está Lavinia? ¿Cuándo se marcha a Inglaterra?

El año anterior habían enviado a Lavinia a estudiar a un internado para niñas en Londres.

—Gracias por su interés, caballero —contestó Posey con tono cáustico—. Sin duda se agradece. Lo cierto es que hemos tenido un altercado precisamente por eso. No quiere volver a ese colegio...; desconozco el motivo, aparte de su natural terquedad. No ve defecto alguno en el colegio, salvo por el profesor de matemáticas, a quien denigra y llama «ignorante».

—No me sorprende. Siempre ha tenido una mente muy ágil para los números y los conceptos abstractos.

—Al principio yo me oponía a esas necesidades, pero esta mañana me he planteado si no será mejor que se quede aquí y que contratemos preceptores privados.

—Estoy totalmente de acuerdo —convino James—. Lavinia es demasiado impresionable para estudiar en un colegio inglés. —Recordó su propia infancia desdichada en uno de esos centros.

—Aún es joven, pero en su interés y en el nuestro conviene que conozca a hombres jóvenes de las mejores familias. Me preocupa que en Inglaterra caiga en manos de algún cazafortunas empobrecido.

—Es una posibilidad que no puede descartarse. Aquello es un hervidero de familias de rancio abolengo que no tienen más que el apellido y casas medio derruidas. Para ellos, una acaudalada joven americana es una perita en dulce. Es una situación que he visto con frecuencia. Ciertamente sería mejor que se quedara aquí.

—Bien, estamos de acuerdo. ¿Empiezo a buscar un colegio de señoritas apropiado en Boston? ¿O un preceptor?

Pero James trotaba ya escaleras abajo y salía a la mañana de Nueva Inglaterra.

—Siempre el mismo rufián egoísta —dijo Posey.

Lennart y James intentaron enardecer al consejo de administración con sus descripciones de los colosales pinos de Michigan, de los grandes ríos y arroyos que se comunicaban con los lagos Hurón, Michigan o Superior, del enclave estratégico de Detroit en la estrecha franja de tierra entre los lagos Hurón y Erie, de las ampliaciones de carreteras, del canal Erie que comunicaba con Albany y, más allá, con Nueva York. Edward y Freegrace permanecieron impassibles. Cyrus Hempstead movía la cabeza con gestos de asentimiento: sí, sí, sí.

—Todos sabemos —dijo Lennart— que la saca de troncos y el traslado a los aserraderos es la clave para obtener beneficios de la madera.

James se levantó y abrió una ventana para dejar entrar el aire luminoso.

—Ya —dijo Edward con tono acre—. Un panorama de color de rosa. Pero ¿de dónde saldrán los leñadores? Estáis hablando de una región despoblada. ¿O tenéis previsto enseñar a los indios a usar el hacha?

—Algunos de nuestros mejores hacheros iniciaron su vida en un *wikuom*. Pero eso no viene al caso. A la zona sur de Michigan están llegando hombres blancos como ocas en primavera rumbo al norte. La población crece por momentos. ¿No has oído la expresión «Fiebre de Michigan», que da una idea de la desbandada? Estoy convencido de que lograremos atraer a gente para trabajar en el bosque. Muchos recién llegados proceden de Maine; huelen los árboles. Pondremos anuncios. Donde hay árboles como los que vimos, habrá hombres que vayan a por ellos. Pero primero debemos hacernos sin falta con la tierra y construir nuestros aserraderos. James volverá de inmediato a la oficina del catastro de Detroit para adquirir secciones..., si el consejo da el visto bueno. El coste oficial es de cien dólares por treinta hectáreas, ochocientos por sección.

—Has dicho «debemos», pero James no está autorizado a echar mano de la bolsa de Duke & Sons.

James tomó la palabra.

—Como Lennart y yo consideramos que es vital actuar inmediatamente, he accedido a emplear mi propio dinero para obtener las tierras. Luego las venderé a la empresa con un sobrecargo de cincuenta centavos la hectárea.

Edward, quien, como socio de mayor edad y presidente del consejo, sí podía echar mano de la bolsa (nominalmente, Freegrace era el tesorero), garabateó en un papel y dijo:

—Eso equivale a novecientos sesenta dólares la sección. Un beneficio nada despreciable para James.

—Me parece justo, teniendo en cuenta que dispongo de capital y, si no me equivoco, Duke & Sons no. ¿Acaso no es cierto que tendríamos que liquidar parte de las tierras de Nueva York y Nueva Inglaterra para llevar a cabo grandes adquisiciones?

—Por supuesto, pero no veo a qué vienen tantas prisas —replicó Edward con brusquedad.

Cuando Freegrace emitió un sonido malhumorado, Lennart, quien de buena gana habría gritado a la cara de aquellos viejos, dijo con voz serena y amable:

—Según una estimación conservadora de Breitsprecher, saldrían cincuenta mil pies tablares por hectárea. Con la madera serrada a cuatro dólares el millar, la compañía obtendría una ganancia neta de doscientos dólares por hectárea o sesenta y cuatro mil por sección. Duke & Sons se embolsará sesenta y cuatro mil dólares por cada sección, que le habrá costado sólo novecientos sesenta dólares.

—Jamás he conocido un rendimiento tan alto por hectárea —dijo Edward, tamborileando en la mesa con los dedos—. Ese cálculo no puede ser correcto. —Lanzó una mirada iracunda hacia la ventana abierta, como si pretendiera apagar la luz de aquel día azul.

—Breitsprecher repitió sus cálculos y mediciones una y otra vez para cerciorarse. Es una situación sin precedentes. Y, sin embargo, esos árboles están ahí. Los hemos visto, los hemos tocado, hemos caminado entre ellos durante dos semanas y media. No os podéis imaginar la inmensidad de ese pinar magnífico y colosal. —Lennart habló como si se dirigiera a idiotas peligrosos.

—Sin duda la competencia estará ya entrando.

—Aún no ha entrado nadie. Somos los primeros —aseveró Lennart, moderando apenas el tono triunfal de su voz—. Fue un viaje agotador, y pocos estarán dispuestos a llevarlo a cabo.

—Entonces no hay ninguna razón para apresurarse —contestó Edward.

—Acordaos de Pensilvania —intervino Cyrus, que había visto a la empresa perder una excelente oportunidad.

La reunión se prolongó más que ninguna otra en la historia de Duke & Sons y se reanudó al día siguiente para tratar las ventajas y las posibles dificultades de establecer una nueva sede en Detroit, así como la necesidad de enviar a algún miembro de la familia para dirigir la ampliación de la compañía desde allí. El buen tiempo se mantuvo, y para ellos permanecer allí encerrados, reunión tras reunión, se convirtió en un castigo.

—En todo caso, será necesario contratar a gente de fuera —dijo Freegrace—. ¡Gente de fuera! Contra la política de Duke & Sons.

—Así es —afirmó Lennart—. Y debemos empezar la contratación en el acto. Necesitamos más prospectores. Allí hay demasiado bosque para Breitsprecher, y debemos conseguir a todos los hombres experimentados que sea posible. El perfume de esos pinos de Michigan llegará pronto a otros madereros. Aquello será una merienda de negros.

»Y necesitaremos más empleados en la oficina de aquí, y también en Detroit, para supervisar las adquisiciones de tierras, la cartografía, las subcontratas, nuestros mercados, los vaivenes en los precios de la madera, los barcos y el transporte..., todo. Todo. Debemos construir en Detroit el edificio de la sede y viviendas lo antes posible.

—No nos precipitemos —gimió Freegrace.

—James —dijo Lennart, quien, de algún modo, en el transcurso de la reunión había pasado a ocupar una posición dominante en lo que se refería a poner en orden los asuntos de la empresa—, ¿cuándo puedes volver a Detroit y empezar a comprar las tierras que Breitsprecher inspeccionó en nuestro viaje de exploración?

—Muy pronto. Dentro de diez días, quizá. Debo resolver ciertos asuntos y solicitar certificados de depósito y avales para los pagos.

»Tengo pesadillas: sueño que llegan unos intrusos y se adueñan de esas tierras antes que nosotros. Es urgente que compremos ya. Siempre podríamos hacerlo a crédito, y así se aceleraría la adquisición.

—Duke & Sons nunca ha comprado a crédito —saltó Edward con rigidez—. Pagamos en efectivo, y por eso nos prefieren. Es nuestro sello.

—Si empezamos a comprar municipios, estamos hablando de adquisiciones muy grandes, y es posible que al final necesitemos comprar a crédito —advirtió Lennart—. Ese día llegará.

Al cabo de una semana, James se marchó de nuevo al oeste. En Detroit se alojó cerca de la oficina del catastro. Después de tres días de intenso trabajo con el funcionario, un individuo que le pareció un tanto avinagrado, Duke & Sons era dueño de todas las tierras maderables que Breitsprecher había inspeccionado durante su visita de exploración: cuarenta mil hectáreas. Compró tres solares en la ciudad y contrató carpinteros para empezar a

construir el edificio de la sede y tres viviendas. Regresó a Boston a esperar los títulos de propiedad. Breitsprecher se quedó en Michigan para continuar con su prospección y marcar secciones y municipios enteros.

—Deberíamos comprar los municipios sin verlos —propuso Lennart—. Sabemos que los árboles están allí. No es indispensable enviar a un prospector a recorrer cada hectárea antes de adquirirla.

Edward y Freegrace dieron un respingo.

—¿Cómo? ¿Arriesgarnos a comprar tierras pantanosas o barrancos y dolinas sin ningún valor? ¿O nada más que hierba o árboles enclenques?

—A juzgar por la pauta de esas tierras de Michigan, es poco probable que se desvíen de la producción de pinos. Nos ahorraríamos mucho nerviosismo si compráramos sin ver a partir del mapa de la oficina del catastro.

Lennart tenía la voz ronca de tanto hablar. Pero los dos Duke de mayor edad se sulfuraron de tal modo —e inexplicablemente Cyrus Hempstead se puso de su lado— que abandonó la idea.

En diciembre, Breitsprecher regresó. Era un día frío. Subió por la estrecha escalera del viejo edificio de Duke y entró en la sala de juntas para presentar su informe. Cyrus, al oír las primeras cifras, contuvo la respiración. Las estimaciones en pies tablares eran tan grandes que apenas podían concebirlas.

—Todo es madera en pie. No vi el menor rastro de otros prospectores, pero sí me crucé en el sendero con un agrimensor del Gobierno y su cadenero. Me dijo que ahora trabajan en el Territorio de Michigan muchos agrimensores como él, en el sur para delimitar secciones, en las zonas maderables del norte para bosquejar municipios. Me contó que algunos de los primeros agrimensores distaban mucho de ser expertos, y por su inexperiencia Michigan tiene dos líneas base. No sé qué cantidad de las tierras maderables que vimos en nuestro primer viaje ha adquirido el señor James. He oído hablar de connivencia y juego sucio en las oficinas del catastro, pero creo que en Detroit son razonablemente honrados.

Cyrus tomó la palabra.

—El señor James Duke ha conseguido la mayor parte de esas tierras que usted examinó, si no todas. Y ahora debemos adquirir las que usted acaba de marcar para nosotros. Es necesario actuar con la mayor celeridad. No lo tome como un reproche a su excelente trabajo, Armenius, pero necesitamos más prospectores. Si conoce algún nombre, éste es el momento de proponerlo.

Breitsprecher no conocía a nadie.

Cuando abandonaron la sala de juntas, Lennart se llevó a Cyrus aparte y dijo:

—Necesitamos que ayudes a James con las adquisiciones. En Monroe hay otra oficina del catastro para la zona de Michigan, y creo que sería mejor acudir a ella y disipar las posibles sospechas que pueda albergar la competencia de que Duke & Sons está acaparando todo Michigan. Ya hemos liquidado parte de las propiedades de Nueva Inglaterra, y tenemos dinero para esto. Quiero que pienses lo importante que puede ser comprar a crédito si queremos asegurarnos grandes fincas. La inversión inmediata es pequeña en comparación con las rentas futuras. Hasta el momento no hemos hecho nada más que empezar. En Michigan hay muchos millones de hectáreas de pinares, y quizá zonas contiguas al oeste y al sur. Puedes llevarte las coordenadas que Breitsprecher acaba de darnos, ir a Monroe y empezar a comprar. Acompáñame ahora y te daré los bonos. Compra lo más deprisa posible.

Armenius Breitsprecher salió de la sofocante oficina y fue a pie a casa deleitándose con el olor de una inminente tormenta. En su pequeña vivienda, frau Stern lo recibió con su bebida preferida, un *posset* de limón. En el suelo de la cocina había una gran saca de correspondencia acumulada. Apuró el *posset*, engulló cuatro pichones asados y durmió dieciséis horas.

A la mañana siguiente acometió la correspondencia. Las navidades se acercaban, y los Breitsprecher instalados aún en la madre patria inundaban a sus parientes de afectuosas felicitaciones y regalos: pasteles y *Blutwurst*, un pequeño barril del mejor chucrut, latas de frutos secos y confitura, y su abuela Fredda había enviado una descripción de las ocas que iban a asar. La *Blutwurst* le encantaba, y antes de abrir el resto de las cartas, mandó a frau Stern en busca de un buen pan moreno.

Con el plato de *Blutwurst* en rodajas y el pan y una pizca de flor de mostaza del tamaño de una uña de pulgar, leyó las cartas una por una. Para cuando llegó a las hojas de su primo Dieter Breitsprecher, la *Blutwurst* se había acabado, el pan también y sólo quedaba una mancha de mostaza. Dieter había tenido una infancia desdichada: durante unas vacaciones en el Jura, sus padres se habían visto atrapados por una ventisca impropia de aquella época del año y una avalancha. Crió al huérfano su severa abuela materna. Armenius casi podía ver a Dieter ante él, alto, con ojos de color grosella. Había estudiado en Sajonia con el preceptor Heinrich von Cotta y ahora trabajaba como silvicultor en la finca del *graf* Ernst-August von Rotstein. El rasgo más característico de la hacienda, escribió, era un extenso bosque. Armenius gimió de envidia al leer la descripción de Dieter de su catálogo de insectos del bosque y cómo afectaban éstos a las distintas especies de árboles, sus registros de temperaturas y sus mediciones pluviométricas, su plantación de árboles en los lindes del bosque, un experimento de tala y reforestación. No obstante, Armenius había visto bosque agreste americano más que suficiente para apagar su entusiasmo por la gestión forestal. ¿Cómo podía uno controlar la extraordinaria complejidad de los bosques del Nuevo Mundo?

Pasaron varios días hasta que pudo contestar la carta de su primo, y sus párrafos rebosaban tal descontento que una y otra vez arrugaba la hoja y la tiraba. Era inútil, inútil intentar describir la situación en América del Norte, donde la gente desdeñaba el ancestral oficio de la silvicultura, un oficio que él conocía sólo parcialmente por medio de los libros, las lecciones de su padre y sus propias observaciones. Tenía que convencer a Dieter de que fuera a ver con sus propios ojos el bosque de Michigan, un bosque inmenso pero inocente, todavía íntegro, antes de que empezara la carnicería. ¡Qué conversaciones podrían mantener! Escribió rápidamente y echó al correo el resultado sin releerlo.

La respuesta llegó en marzo. Dieter había emprendido el viaje. Armenius dedujo que su primo se hallaba en ese momento en alta mar y, si el tiempo era favorable, llegaría al cabo de dos semanas.

Acompañado de su perro, *Hans Carl von Carlowitz*, llevaba media hora aguardando en el muelle con la mirada fija en el *Hansa* atracado. Los pasajeros, impacientes por desembarcar, formaban hileras a lo largo de las barandillas. Armenius buscaba a Dieter, cuya cabeza debía hallarse entre las más altas, pero no lo vio. Ni lo vio entre la riada de pasajeros. Se sobresaltó cuando una mano se cerró en torno a su hombro y una voz familiar dijo:

—*Wie geht's, Menius?*

—*Ach*. Me has asustado. Te buscaba.

—Sí, ya he visto que mirabas muy atento. Te he saludado con el sombrero. *Sehr kalt hier*.

—Y que lo digas. *Amerikanischen Frühling. Komm, komm*, enseguida llegaremos a casa.

—¿Tienes tu propia casa? ¿Y éste es tu *hund*? —Dio unas palmadas a *Hans Carl* en la cabeza.

—*Ja*, te presento a *Hans Carl von Carlowitz*; me acompaña a todas partes. En cuanto a la casa, era de mis padres, y no estoy allí muy a menudo, porque paso la mayor parte del tiempo en el bosque calculando pies tablares. Como ya te conté en mis cartas.

—Un nombre ideal. Así que este observador animal siempre está a tu lado, *nicht wahr?*

—*Ja, ja*. Siempre. Y en las noches frías... *Ach*, Dieter, no te imaginas lo mucho que me alegro de que hayas venido, y con tiempo de sobra para que te lo enseñe todo.

—Siempre he deseado ver los famosos bosques de América del Norte, y el *graf*, que es primo segundo, aunque reacio a dejarme marchar, ha sido generoso con el tiempo..., gracias a tu carta, que le enseñé. «Obsérvalo todo bien, y si encuentras buenas inversiones en madera para mí escíbeme en el acto», dijo.

—Vaya, es igual que los Duke. Igual que los americanos.

—No lo creo —contestó Dieter, y se echó a reír, agitándose su prominente nuez de Adán, mientras intentaba verlo todo al mismo tiempo con sus ojos de color grosella—. Sufrió mucho a causa de las revueltas campesinas, hace unos años. Rechazan su control del bosque, las leyes; detestan las plantaciones gestionadas.

—En cuanto hayas descansado del viaje, partiremos hacia Michigan. Pero primero te presentaré a los Duke y a Lennart Vogel. Iremos a las oficinas de los Duke mañana por la mañana.

—Querido primo, mientras entro en calor tomando algún licor caliente con agua, háblame de los Duke, de sus planes para apropiarse de todos los bosques del planeta, de sus diabólicas prácticas.

En media hora los dos primos se habían terminado los pies de cerdo cocidos y el chucrut de frau Stern, y ahora, acomodados frente a la estufa Franklin con sus pipas y la licorera de oporto, charlaban sobre los Duke y la silvicultura mientras el viento ululaba alrededor de la casa.

Edward Duke no simpatizó con Dieter Breitsprecher. Más tarde se quejó a Freegrace.

—Pero si parece Ichabod Crane, un espantajo alto y flaco. ¡Y vaya mirada la suya!

—Sí, pero, según Armenius, es el silvicultor de una gran hacienda en Alemania. Gestiona un enorme bosque. Podría sernos útil.

—Por todos los santos, ¿cómo demonios se «gestiona» un bosque? —preguntó Edward con un resoplido de desdén—. ¡Talandos árboles, así se gestiona el bosque! Dile a Ichabod que se vuelva a Alemania con sus gestiones. A nosotros no nos sirve.

En el desayuno, James se sentó a la mesa con su plato de tostadas y el tarro de miel. Sonrió cuando entró Lavinia. Había cambiado, ya no era una niña de expresión hosca sino una muchacha cuyo mayor encanto era la flor de la juventud. Al pasar por delante de la ventana, su vestido de lana de color mostaza reflejó la luz del sol.

—Lavinia, querida mía —dijo él—. Qué guapa estás, aseada y bien arreglada. ¿Desayunarás conmigo esta mañana y me contarás todos tus secretos?

—No tengo secretos —contestó Lavinia, que se sonrojó; de pronto se le empañaron los ojos y las lágrimas le resbalaron por las mejillas.

—Santo Dios, hija, no era mi intención entrometerme. Sólo pretendía ser cordial. Te he visto muy poco desde que volví y concedo un gran valor a cada hora en tu compañía.

Pero Lavinia sollozaba sonoramente detrás de su servilleta. Pareció tardar una eternidad en serenarse, y James consideró que habría sido una descortesía por su parte atacar las tostadas con su hija en ese estado. Por tanto, esperó.

—Papá —dijo la joven enjugándose las lágrimas—. Tengo... —Se echó a llorar otra vez.

—Por amor de Dios, querida, ¿qué te pasa? Dímelo. Y ten, coge una tostada.

Untó de mantequilla una rebanada ya fría, añadió un poco de miel y se la entregó, goteante, a Lavinia. Ella la aceptó y la sostuvo ante sí con el brazo extendido como si fuera una serpiente venenosa. Finalmente la dejó en el borde de su plato.

—Gotea miel —dijo Lavinia, e inexplicablemente rompió a reír al fijarse en la torre de tostadas frías, cuando todo el mundo sabía que a James le gustaban calientes y crujientes.

—Sí, ésa es una de las propiedades conocidas de la miel: gotea. ¿Te apetece una tostada sin miel?

—Sí.

Lavinia cogió la tostada, la dejó en un plato, fue al aparador y echó un huevo escalfado sobre ella. Regresó con el plato a la mesa y empezó a desayunar. James observó que el huevo también goteaba, quizá con mayor fluidez que la miel. Permanecieron en cordial silencio mientras comían.

—Papá —dijo Lavinia—. Sí tengo un secreto.

—Sí, ya me lo parecía. Todos tenemos secretos. ¿Cuál es el tuyo?

—Temo que pueda escandalizarte.

—Inténtalo, querida mía, inténtalo. Hace años que me escandalicé por última vez y tengo ganas de experimentar de nuevo la sensación.

—Qué tonto eres. —Le sobraban unos kilos, tenía hoyuelos en las manos y un poco de papada.

—Ni mucho menos. Para mí eso de ser tonto terminó. Soy tu padre, que te adora, y quiero saber si existe algún deseo, por insignificante que sea, que pueda concederte. Sólo tenemos que hablar.

—Muy bien. Se trata de lo siguiente: quiero que se «termine» eso del refinamiento. No quiero presentarme en sociedad ni buscar un hombre apuesto ni casarme. —Tomó aire—. Quiero conocer los entresijos del negocio maderero.

James dio un respingo y derramó el café. Si su hija hubiese dicho que deseaba aprender a sacrificar cerdos, no se habría sorprendido más.

—Pero, querida mía, sencillamente no hay mujeres en el negocio maderero. Es cosa de hombres, empezando por el hacha y acabando por donde quieras. Si fueses varón, podríamos mandarte a alguno de los campamentos madereros durante una temporada para que te familiarizaras con el oficio, pero no se me ocurre qué función podría desempeñar una chica, una mujer, en el sector maderero. ¡Es que no se me ocurre! ¿Te has planteado qué podrías hacer como «maderera»? —Sonrió ante la absurda imagen que evocaba esa palabra. Ella no le devolvió la sonrisa, sino que lo miró con expresión ceñuda.

—Pues mamá ayudó a su padre en el negocio de la madera. Aprendió mucho y era muy útil en todos esos asuntos. Me contó que incluso te ayudó a ti cuando dejaste de estar al mando de un barco. Papá, sé que se me daría bien. Se me dan bien las matemáticas. Podría resolver problemas de pies tablares y mediciones. Se me da bien reunir papeles y clasificarlos en categorías. Me interesan las finanzas, los bancos y los préstamos, los créditos y los activos, los precios y los factores que los alteran. Sé que podría llevar a cabo una tarea valiosa. Y no voy a casarme. Mamá me insiste con eso del matrimonio día y noche, pero yo estoy dispuesta a fugarme antes que casarme. Lo digo muy en serio. No pienso en otra cosa. ¿Por qué no puedo hacer algo en las oficinas de Duke & Sons? Sé que tienes escribientes..., yo podría ser escribiente. Así aprendería mucho. Has dicho que la empresa va a abrir una nueva sede en Detroit. Participaré en eso. ¡Participaré! —En ese momento se parecía a Posey: los ojos le destellaban peligrosamente, se le agitaba el pecho.

Por un instante, James se preguntó cómo reaccionaría un comprador de madera ante tal escena. «Por todos los dioses», pensó, «por todos los dioses, ¿qué puedo hacer? ¿Qué puedo decir?» Se comió la última tostada, una mala tostada ya, fría y un tanto humedecida por el café derramado.

—Lavinia. Dame unos días para pensar en tu sorprendente solicitud. Me plantearé seriamente cómo encontrar una solución.

La oportunidad llegó antes de lo que imaginaba. Lennart se dejó caer por allí una mañana de mayo y rogó a James que lo acompañara a la oficina.

—Tenemos varios aspirantes a puestos administrativos en Detroit e incluso dos prospectores de New Hampshire. De éstos, uno de ellos incluso ha llegado muy al oeste, hasta Ohio. En cuanto a los aspirantes a puestos administrativos, ya es otro cantar. La mayoría apenas sabe leer, y en lo que respecta a cuestiones de cálculo..., mejor ni pensarlo.

—Yo tengo a un aspirante a escribiente un tanto peculiar —dijo James—. Déjame coger el sombrero y te lo contaré por el camino.

Armenius pensó que su primo Dieter Breitsprecher era, aparte de *Hans Carl von Carlowitz*, el mejor compañero de viaje que había tenido jamás. Con las grandes mochilas ya llenas, estaban listos para visitar los bosques agrestes. Armenius compró tabaco, no puros cubanos sino conos oscuros y alquitranados. Dieter llevaba su pesado rifle *jaeger* de calibre sesenta, y Armenius un nuevo rifle de las llanuras de calibre cincuenta con la culata forrada de cola de castor para proteger la mejilla. Dieter admiró el arma y, antes de emprender viaje, encargó una al armero de Missouri.

—Será mi recuerdo de este viaje —dijo.

—Tendrás otros recuerdos.

El viaje, ya conocido para Armenius, estuvo lleno de sobresaltos y maravillas para Dieter. El recorrido en barcaza por el canal Erie, lentísimo, fue en extremo agotador. Cuando hacía buen tiempo, viajaban al trote por el camino de sirga, y a veces se alejaban del canal para ver el monte. Disponían de tiempo para hablar.

—El problema es que aquí no saben nada sobre gestión del bosque — dijo Armenius—. Los americanos no saben qué es un cortafuegos; nunca han oído hablar de entresacar árboles ni de podarlos; no creen que la tierra, o el agua, tengan algo que ver con el bosque. ¿Setos? ¡Vaya idea! No creen en los setos. Ni en la tala periódica. Para ellos son incomprensibles hasta los preceptos más elementales de la silvicultura.

—Sí tendrán cierta idea de la erosión del suelo, tan evidente cuando aparece, ¿no?

—En absoluto. Lo aceptan como parte del orden natural del mundo. Y aunque se asfixian en los humos de la ciudad, no establecen la conexión con el aire más puro del bosque. «¿Por qué el aire es limpio y puro cerca del bosque pero no en la ciudad?», puede preguntar uno. La respuesta es: «Porque así lo ha querido Dios». Aquí los bosques son tan extensos que los americanos no conciben que se acaben. Por tanto, no tienen interés en conservarlos.

—¿No ven tus jefes las ventajas económicas de mantener bien el bosque? ¿No hay reforestación?

—Ni por asomo. Ni siquiera dejan árboles a modo de simiente en sus inmensas tierras desboscadas. En cuanto cae una lluvia torrencial o la nieve es profunda, el terreno empieza a desprenderse pendiente abajo como oro fundido. Si comento a los Duke prácticas de sentido común para proteger y reparar sus bosques talados de cara al futuro, me miran como si estuviera loco. Bueno, quizá lo esté. Me disgusta ayudarlos en su empeño por destruir todos los bosques de América del Norte.

—Es muy triste. ¿Aquí cuáles son los usos más acuciantes para la madera? La construcción de casas, supongo.

—Las traviesas del ferrocarril. En mi opinión, las compañías ferroviarias deberían administrar bosques privados donde criar árboles para traviesas. Pero no se hace. Echan abajo bosque agreste y transportan la madera a un coste muy alto. Los hornos de fundición alimentados con carbón utilizan una inconmensurable cantidad de árboles. Además, cada casa consume casi cien medidas de madera durante los largos meses de invierno. Aquí las chimeneas son tan grandes que podría asarse un buey entero. Pero las estufas empiezan a tener aceptación. ¡Y hablando de fuego! *Mein Gott*, los bosques se incendian continuamente, y no son incendios controlados. Los colonos prenden

grandes extensiones de tierra para desboscar y dejar así espacio a las granjas y las casas. Luego, decepcionados por la mala calidad del suelo, se trasladan al oeste, siempre al oeste, y hacen lo mismo en todas partes. Ni uno solo entre un centenar de granjeros americanos es capaz de hablarte de las características del suelo. Los indios gestionaban mejor el bosque que estos colonos. Eran excelentes observadores del agua, la meteorología, los animales y todo aquello que crece. Y se abstenían de talar pródigamente. Utilizaban muchas partes de muchos árboles para distintas herramientas y medicinas, en cierto modo como los antiguos campesinos alemanes.

—Me pregunto por qué no regresas a Alemania —dijo Dieter.

—Dieter, por razones ajenas a mi voluntad, nací en este país. Entre esta gente, cada colono compite por ser más *nichtswisser* que su vecino, aprender se considera una vergüenza, pero yo ya estoy acostumbrado a eso. Me costaría cambiar. Además, la Alemania actual no es la Alemania que yo tengo en la imaginación.

—Tengo mis dudas —dijo Dieter.

—Quiero ver qué viene a continuación. Eso es lo que siempre me ha interesado.

En Detroit dedicaron un día a deambular. Pasaron ante un pequeño edificio revestido de tablones con un letrero que rezaba: OFICINA GENERAL DEL CATASTRO DE MICHIGAN.

—Entremos —propuso Dieter—. Quiero ver qué clase de hombre es el registrador.

Éste era alto y pálido por falta de sol, de ojos incoloros y rostro inexpresivo. Los saludó con un amago de sonrisa.

—¿En qué puedo servirles? ¿Venimos hoy por una adquisición de tierras? ¿Unos cuantos solares urbanos? —Miró a Armenius.

—No, hoy no. Dentro de unas semanas, quizá. Sólo estamos orientándonos —respondió.

—Me parece haberlo visto aquí antes —comentó el hombre—, ¿en compañía del señor James Duke, tal vez?

—Es posible.

—Sí, creo que dijo que era usted su prospector.

—Lo era —respondió Armenius.

—¿Y ya no lo es? —preguntó el hombre casi con alegría.

—Sí, todavía lo soy, pero ahora estoy de permiso. Éste es mi primo Dieter Breitsprecher, que está de visita. Es silvicultor, en Alemania. Venimos a ver qué hay por aquí en tierras maderables.

—Ya —dijo el registrador—. Éste es el sitio ideal para la madera, vaya que si lo es. —Se produjo un silencio, y el hombre, mirando ahora por la ventana, comentó casi como en sueños que uno de los agrimensores federales y su cadenero habían pasado por allí el día anterior—. De un tiempo a esta parte hay docenas de agrimensores tomando medidas en Michigan. Y algunos, como ustedes, vienen a adquirir bosque maderable.

—¿Dónde están trabajando ahora esos prospectores?

—Se dedican a marcar municipios. Al noroeste de las tierras adquiridas por el señor Duke. Según dicen, para un maderero las perspectivas son aún mejores más al norte. Yo mismo quizá compre unas quince si logro reunir el dinero. En la administración ganamos muy poco, como ya sabrán, aunque es un empleo fijo.

—Espero que su deseo se haga realidad —dijo Armenius, y sonrió como el proverbial gato que atrapó al ratón. Habló con amabilidad a ese hombre al recordar que James Duke lo había tratado como a un criado, diciéndole: «Vamos, amigo, que no tenemos todo el día» y ordenándole que copiara los documentos con buena letra «sin hacer esas marcas negras como garras que parecen la huella de un cuervo con la pata manchada de tinta».

—¿Están haciendo prospecciones cerca de los lagos? —preguntó Dieter, consultando el mapa extendido sobre el mostrador.

El hombre movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—En las orillas de los lagos, tierra adentro, en las márgenes de los ríos, casi hasta Mackinac..., un territorio inmenso, todo pinares.

Armenius habría hecho más preguntas, pero entró un hombre para quejarse de los antiguos solares franceses de Detroit, muy alargados.

—Como puñeteros fideos —protestó—. Fideos larguísimos y delgados. Quiero que me devuelvan el dinero.

—Muchas gracias —dijo Armenius al registrador—. Puede que mañana volvamos y hablemos un rato con usted.

—Estaré esperándoles impaciente.

Se marcharon y regresaron a su casa de huéspedes.

—No he podido entender todo lo que se ha dicho —admitió Dieter—. ¿Qué era eso de «unas quince»? ¿Está dándonos información importante sobre la prospección?

—«Unas quince» equivale al cuarto de un cuarto de sección: quince hectáreas. Y desde luego estaba dándonos información importante, y también, creo, pidiéndonos un soborno. Quizá podamos modificar un poco nuestro viaje. Me gustaría ver esa región más al norte.

—A mí también. Quizá no seas siempre un prospector al servicio de Duke & Sons. Busquemos algo de comer en este rústico lugar. Y mañana hablaremos otra vez con el registrador; luego partiremos en busca de esos prodigiosos pinos.

Al día siguiente, emprendieron el viaje a lomos de dos caballos alquilados, uno de ellos el palomino de la anterior expedición de Armenius.

—En el cruce dejaremos atrás el sendero que lleva a las adquisiciones de Duke y seguiremos hacia el norte. Primo, te aviso ya de que pasaremos por unas tierras desboscadas propiedad de un granjero incompetente, Anton Heinrich. Ha echado a perder ya dos granjas y está estropeando a marchas forzadas la tercera. Tiene una hija de buen ver. ¿Has oído todo eso que cuentan sobre las hijas de los granjeros? Pues es verdad. Me acosté con esa chica pero fue bastante..., no sabría explicarlo. Quizá volvamos a parar allí.

Dieter descubrió así una faceta desconocida de su primo. Tampoco había sospechado que fuera capaz de hablar de sobornos con tal despreocupación, ya que el registrador, cuando volvieron al día siguiente, dejó claro que la información acerca de los pinares de más al norte debía recompensarse. Armenius le contestó que si encontraban allí grandes cantidades de madera, con toda seguridad pasarían por la oficina del catastro a su regreso y llegarían a un acuerdo. Su primo se había convertido en un americano.

La casa de troncos de Heinrich apareció ante ellos. Moony, uno de los hijos retrasados, partía leña para la estufa; Kelmar, el otro, la apilaba en el porche escorado. Cuando Armenius y su primo se acercaron, Moony clavó el

hacha en el bloque de corte y corrió al interior llamando a su madre. Salió una mujer con dos niños pequeños aferrados a su falda. Dieter pensó que parecía un gato de granja. Había estado haciendo la colada en la tina y tenía las manos como raíces húmedas.

—Hola, señora Kristina —saludó Armenius animadamente—. ¿Está Anton en casa?

La mujer lanzó un chillido, se cubrió el rostro con el delantal y entró en la casa a trompicones. Armenius y Dieter cruzaron una mirada. Moony se acercó lentamente y se quedó inmóvil, apretando y distendiendo los puños.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está tu padre? Anton. ¿Está aquí? —Armenius vio a la hija con otros dos niños cogidos de las manos. Dio un paso hacia la joven, y ella retrocedió.

Moony abrió la boca para hablar, como si tuviera algo que decir pero no supiera cómo expresarlo. Armenius miró a Kelmar.

—*Was ist los?* ¡Dime! —Recordaba que los dos retrasados sabían un poco de inglés y un poco de alemán.

—*Vater...* —dijo Kelmar enérgicamente. Y repitió—: *Vater*.

—*Ja?* —instó Armenius.

—*Kaput* —contestó Moony.

Fue la joven quien, manteniéndose a cierta distancia, les contó una extraña historia. Miró sólo a Dieter y habló en voz baja. Si Armenius daba un paso en dirección a la chica, ella retrocedía. Dijo que su padre, que no era muy ágil, estaba talando con Moony y Kelmar cuando un árbol grande cayó y lo inmovilizó. Pidió ayuda a gritos. Moony y Kelmar se acercaron a él. Eran fuertes. Agarraron la base del árbol y empezaron a tirar. Arrastraron todo el árbol por encima del cuerpo de su padre mientras éste se desgañitaba. En ese punto Moony, que estaba escuchando y sonriendo, imitó los gritos agónicos de su padre.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Armenius.

—No sobrevivió. Las ramas del árbol se le habían clavado en el vientre, y cuando tiraron del árbol, se le salieron las tripas.

—*Kaput* —dijo Moony.

—Jodido —confirmó Kelmar en un inglés clarísimo.

—Vayámonos de aquí —sugirió Dieter en voz baja. Moony y Kelmar no le gustaban, y saltaba a la vista que la joven evitaba a Armenius. La familia entera parecía desquiciada. Lo asaltó la sospecha de que acaso su primo fuera un tanto bribón. ¿Y qué más daba?

Guardaron silencio hasta que oscureció, y Armenius encendió una fogata.

—Jamás había oído semejante estupidez —comentó—. Jamás. Podrían haber cortado las ramas y levantado el tronco. Podrían haber rebajado la copa y la base a hachazos. Uno podría haber levantado el tronco haciendo palanca mientras el otro tiraba del hombre. Podrían haber improvisado un cabrestante.

—A veces uno debe de cansarse de cortar árboles interminablemente —musitó Dieter.

Durante los diez días siguientes caminaron entre los grandes pinos, y Dieter permaneció muy callado. De vez en cuando apartaba las acículas y examinaba el suelo.

—¿Lo ves? —preguntó Armenius. Asombrados en medio de aquel reino de pinos, se sentían los dos minúsculos.

—Sí —contestó Dieter, como si pronunciara un voto matrimonial.

En una mesa auxiliar del despacho revestido de caoba de Edward Duke había una licorera con coñac. Edward pasaba las hojas de un voluminoso legajo, un informe de prospección, y situaba las parcelas inspeccionadas en un flamante mapa recién dibujado de la zona limítrofe de la bahía de Saginaw donde se veían nítidamente sombreadas en tinta sepia las secciones de Duke & Sons. Al final se había convencido de que era él el verdadero impulsor de aquella exploración y aquel descubrimiento.

—Hola, Cyrus. ¿Estás listo para el gran traslado?

Cyrus dirigiría la nueva sede de Detroit. Había partido ya hacia el oeste un carromato con escritorios y sillas, cajas llenas de documentos, tinteros, plumas y otros artículos de oficina, junto con los escribientes recién contratados, que supervisarían el viaje y el desembalado. Un cuarto escribiente, Lavinia Duke, se quedaría en la oficina de Boston y durante un año trabajaría para Edward, Freegrace y James en la comercialización de su

madera de Michigan. Edward no se había escandalizado: Lavinia era de la familia. Era más lista que cualquier otro escribiente que él recordara. Imponía orden en el caos.

—Necesito que veas una cosa —dijo Cyrus. Desplegó otro mapa, lo extendió sobre la mesa de Edward y le entregó un nuevo legajo de prospecciones.

Edward lo miró sin ver nada digno de mención.

—¿Qué se supone que es esto? —preguntó—. Parecen parcelas situadas más al norte. ¿Acaso ha ampliado James el área de adquisición? Creo que no estamos preparados para eso. Nos vemos ya desbordados por nuestras actuales obligaciones financieras y necesitamos ingresos antes de añadir más salidas... —Por fin había reparado en el nombre escrito en el primer informe de prospección—. ¿Qué es esto? ¿*Graf* Ernst-August von Rotstein? ¿Un competidor?

—En efecto. Fíjate más detenidamente.

Edward escrutó el documento. El comprador de esas parcelas maderables del norte era la empresa maderera RBB.

—¿Quiénes son? ¿Gente de Maine? ¿Cómo se han enterado de esto?

—RBB es la sigla de Rotstein, Breitsprecher y Breitsprecher. Nuestro propio prospector se ha convertido en nuestro gran competidor. ¿Recuerdas a su primo, el administrador de una hacienda forestal en Prusia?

—Ichabod Crane. Lo recuerdo perfectamente. Un individuo espantoso.

—Ese individuo espantoso es pariente del *graf* Ernst-August von Rotstein. Es un hombre muy acaudalado, y la extensión de sus tierras ya es casi comparable a la de las nuestras.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Nunca me he fiado de Breitsprecher. Esa serpiente, esa condenada pitón.

—Es una lástima que Lennart haya elegido este momento para ausentarse. Pero iré a casa de James y lo pondré al corriente.

Lavinia, detrás de la puerta, lo oyó todo y se marchó a casa corriendo para informar a James antes de que Cyrus llegara.

—¡Papá! ¡Traición! —vociferó—. Breitsprecher, su primo y un hombre rico han comprado cien mil hectáreas de pinares en Michigan. Ahora son nuestros enemigos.

Y así nació una rivalidad.

Lavinia

Edward, el obeso y anciano Edward, que se había convertido en un gran glotón desde la muerte de su esposa, Lydia, hacía ya años, organizó una cena para celebrar los pingües beneficios de la primera tala de Michigan.

—Tiene que venir todo el mundo, aunque Cyrus y James no podrán, claro, porque están en Detroit. Comeremos unas succulentas langostas, si bien la preparación la dejo en manos del *chef*, tordos *à la Liégeoise*, y uno de esos pavos negros de Newport endulzado con bellotas, *la surprise*, y después un *rosbif* inglés con ensalada rusa. Y cualquier otra cosa que al *chef* le venga en gana ofrecernos. En cuanto a los vinos, ya estudiaré el asunto con Freegrace.

Prorrumpió en una de sus atipladas risas de anciano mientras Lavinia escribía las invitaciones. Como era una celebración directamente relacionada con la actividad comercial de Duke & Sons, sin duda la empresa podía permitirse vaciar los puestos del mercado de Boston, puestos siempre bien abastecidos del generoso fruto de la caza donde las piezas podían comprarse a pares por unos centavos: pichones, pavos, tordos y petirrojos, bisbitas, incontables patos, cisnes y ocas, incluso mochuelos, que, según se decía, sabían a pollo.

Lavinia puso una excusa para no asistir. No resistía ver petirrojos asados en una fuente.

—Debes saber, tío Edward, que no puedo entrar en una casa donde viven gatos. Se me hinchan los ojos y me escuecen; apenas puedo respirar. Y me mareo. Me pasa desde que era niña; mi madre no dejaba entrar gatos en casa, cosa que yo le agradecía.

—Mecachis —exclamó Edward—. La señora Trame los sacará al jardín y no te pasará nada.

Era inútil explicarle que no era necesario que los gatos estuviesen presentes. Una casa donde vivían gatos quedaba impregnada del venenoso residuo invisible de su respiración, de su pelo.

—¿No recuerdas la última vez que intenté cenar allí? ¿Lo enferma que me puse, y que tuvieron que llevarme a casa? —Era un recuerdo desagradable, la opresión en el pecho, el doloroso resuello.

Pero Edward, fríamente, dijo:

—Lamento que no muestres por los gatos la misma consideración que por las aves.

Fueron cuatro los que escaparon del incendio: dos gatos; la señora Trame, cocinera de la casa; y el *chef* Laliberte, que había sido contratado para la cena. Los pinches habían salido antes por casualidad y estaban sentados en el jardín ante una fuente de madera con sobras. En la cocina a medio limpiar, la señora Trame, mientras se deleitaba con las aves restantes y una copa de robusto vino blanco en compañía del *chef* Laliberte, oyó un estruendo en el comedor contiguo. Se levantó y abrió la puerta. Salió una llamarada que la chamuscó desde el dobladillo hasta la cofia. El *chef*, a quien los incendios no le eran ajenos, la agarró por el brazo y la obligó a salir apresuradamente al jardín, donde se reunieron con los criados. Al abrirse la puerta de la cocina, una ráfaga de oxígeno atravesó la casa y oyeron gritos en el piso de arriba, adonde se habían retirado los asistentes a la cena con el oporto y los frutos secos. Una silueta se dibujó brevemente en la ventana de arriba —la señora Trame creyó identificar a Lennart Vogel— y se desplomó hacia atrás en medio de una luz rosada.

Más tarde, cuando la garganta dolorida le permitió hablar, explicó en susurros que esa noche había ahuyentado dos veces a los gatos de la mesa vacía del comedor. Se proponía recogerla cuando ella y el *chef* Laliberte hubiesen disfrutado de su propia cena y de una copa de reconstituyente. Dedujo que los gatos habían volcado el candelero del aparador. A menudo correteaban por encima de los muebles.

—En vida de la señora Duke, no dejaban entrar a los gatos en el comedor —dijo, y sollozó—. Pero, tras su fallecimiento, el señor Duke mimaba tanto a *Casimir* y *Vaughn* que se lo permitía todo, incluso dormir en su cama, pese a que todo el mundo sabe que por la noche los gatos sorben el aliento de las personas.

James Duke y Cyrus Hempstead partieron rumbo a Boston en cuanto les llegó la noticia de la fatídica cena. Edward y Freegrace eran hombres de muy avanzada edad —los dos pasaban ya de los noventa—, pero Posey y Lennart estaban aún en la flor de la vida.

James encontró a Lavinia en la habitación de Posey clasificando la ropa de ésta y colocándola en una gran cesta de mimbre. La saludó, hablando despacio para no avivar su propia jaqueca.

—¡Papá! ¡Cuánto me alegro de que hayas venido! —dijo Lavinia—. Ha sido horrible, horrible. Ha pasado por aquí gente a todas horas para darme el pésame. Muchos creen que tú también moriste en el incendio, como mamá. He tenido que repetir hasta la saciedad que no estabas allí. No sé qué habría hecho sin la señora Trame.

—Pobre hija mía. Qué difícil prueba. Y dime, ¿qué piensas hacer con esa ropa? ¿Te sirve a ti para algo? —Lo dudaba, porque Posey había sido una mujer de complexión recia y busto abundante. Le palpitaba la cabeza.

—Las mujeres de la parroquia enviarán a alguien a por estas prendas. Se repartirán entre los necesitados. Yo me quedaré las joyas y las capas de invierno de mamá.

James pensó que muy pocas mujeres necesitadas se sentirían a gusto con los vestidos de seda de Posey, pero ¿qué sabía él? Quizá para ellas fuese estimulante. Apoyó la mano en un vestido de vivo color azul que Posey se ponía a menudo. Plumas de marabú, manguitos de pieles, zapatillas de raso con pequeños abalorios de cristal en las punteras... Se imaginó a alguna mujerzuela lujuriosa calzándoselas.

—He guardado el vestido de baile de color carmesí que a ella tanto le gustaba... para enterrarla con él.

James se estremeció para sus adentros al pensar en el cadáver calcinado de su esposa envuelto en satén rojo, pero forzó una triste sonrisa en atención a Lavinia.

—Demuestras una fortaleza de carácter que no se corresponde con tu corta edad, y te elogio. —Más tarde James tendría que tumbarse un rato con una cataplasma fría en la frente. Respiró lentamente y se irguió—. Ven, querida hija, bajemos a la biblioteca y anotemos en una lista todo lo que debe hacerse. Nos comeremos nuestras tostadas y tomaremos decisiones sobre el futuro. Debemos trabajar juntos, tú y yo, para reorganizarnos la vida.

Se tambaleó un poco por la fuerza del torno que le atenazaba la cabeza.

—Papá, ¿te encuentras bien?

—Sí, sí, es sólo una de mis jaquecas... Las he heredado de mi abuela Mercy.

—¿Hago venir al doctor Cunningham?

—No. Me repondré después de una buena noche de sueño. —Cómo anhelaba ese profundo trago de láudano.

Pero cuando entraban en la biblioteca, Lavinia dijo:

—Papá, me parece que la ropa de mamá es demasiado refinada para dársela a los pobres. Estoy considerando la posibilidad de venderla. ¿Me das tu permiso para intentarlo?

—¿Vendérsela a quién? Coincido en que es de tan buena calidad que no tiene sentido dársela a quienes no sabrían valorarla. Pero ¿quién va a comprarla? Espero que no se la ofrezcas a sus amigas. —Percibió en su propia voz cierta malévolamente irritable.

—No. Creo que puedo acudir a las modistas de mamá: madame Aiglet, de Nueva York, y la señora Brawn, de Boston. Las dos conocen bien su guardarropa (de hecho, muchos de los vestidos provienen de una o de otra), y ambas tienen una selecta lista de clientas, algunas de las cuales tal vez aprecien y compren esas bellas prendas. Mamá las mantenía limpias, bien protegidas de la polilla en el armario de cedro, a salvo en cajones y baúles, a resguardo de la destructiva luz del sol. Están como nuevas.

James, impresionado tanto por la visión comercial de su hija como por su actitud fría y poco sentimental ante aquella ropa, le dio su aprobación. Se la habría dado aunque ella hubiese dicho que quería hervir coles. Sólo deseaba

acostarse.

—Dentro de unos días iré a Nueva York y hablaré con madame Aiglet.

—Querida Lavinia, te acompaño en el sentimiento —dijo la modista, una mujer alta de cabello negro recogido en un moño y un rostro anguloso muy empolvado. Dejó pasar diez o doce segundos en señal de aflicción—. Tu madre vestía muy bien, con las prendas más en boga, y aunque ésta es una situación un tanto atípica, creo que puedo colocar algunos de los vestidos. Una de mis clientas, esposa de un político en auge y de la estatura de la señora Duke, quizá un par de centímetros más baja, tiene que asistir a muchas cenas. Siempre está pidiéndome vestidos «un poco menos caros»... y naturalmente eso es algo de lo que no dispongo. Lleva su tiempo confeccionar un vestido elaborado. Tal vez esta situación se ajuste bien a esa necesidad. Dime, ¿de qué pieles y capas se trata? Tenía una capa de noche amarilla de satén exquisita, una con cuentas de cristal en el dobladillo. Muy deseable.

En Boston, la señora Brawn mostró aún más interés en quedarse aquellas galas, los sombreros y los guantes, las boas, e incluso la ropa interior de seda parisina y los zapatos menos gastados.

Unas semanas más tarde, durante el desayuno, James leía el periódico y Lavinia abría la correspondencia.

—¡Papá! He aquí una pequeña alegría que necesito desesperadamente. Es una carta de la señora Brawn. Hemos sacado dos mil dólares de los vestidos de mamá. ¿Y si los invertimos en los pinares de Michigan? Dará para unas cuantas secciones más.

Por enésima vez James pensó que su hija tenía una vista anormalmente aguda para los negocios. Era, siempre lo había sido, una persona emprendedora. Si hubiese sido hombre, se habría enfrascado en todos los negocios; siempre acelerada y activa, muy dinámica. Recordó el caballo de su infancia. Posey le daba una módica cantidad de dinero semanalmente, pero ella tenía que «ganárselo» aprendiendo a coser, cocinar, tocar el piano; tenía que hacerse ella misma la cama y algún que otro recado para Posey.

—Pero eso puede hacerlo el pinche, y el ama de llaves puede hacer la cama —se quejaba la malcriada Lavinia.

—Sí, pero yo quiero que lo hagas tú. Si sabes por propia experiencia lo que otros tienen que hacer para ganarse la vida, serás mejor persona y conocerás más a fondo a los demás. No tolero a las mujeres débiles y desvalidas. Puede que en la vida necesites independencia, porque hay quienes se aprovechan de las mujeres; nadie lo sabe mejor que yo. —Pero cuando Lavinia insistió en que le contara esos detalles, ella respondió—: Dejémoslo, no necesitas saberlo. Es sólo que no quiero que te quedes indefensa si tus expectativas se malogran. Algún día me lo agradecerás.

Aquel verano, una mañana de agosto, la pequeña Lavinia había llegado a la mesa del desayuno con una voluminosa bolsa roja. La abrió y echó sobre la mesa veintisiete dólares en monedas.

—He ahorrado este dinero de las pagas semanales de mamá y los regalos de cumpleaños. Quiero comprar un caballo.

A James se le anegaron los ojos en lágrimas de orgullo. Volviéndose hacia Posey, cabeceó con expresión de asombro.

—Querida hija, te llevaré a la feria de caballos el viernes que viene para que veas qué clase de caballo se puede comprar con veintisiete dólares.

La feria de caballos del viernes no estaba muy concurrida a la hora a la que llegaron James y Lavinia, muy temprano. Se pasearon por allí examinando los animales, y James enumeró las mejores características y advirtió a Lavinia que no eligiera únicamente por el color del pelaje o el brillo de la mirada.

—Buscamos un lomo corto y fuerte, una grupa musculosa, unas piernas rectas...; en fin, un centenar de pequeños detalles. Y los dientes. Se tarda años en conocer a un buen caballo...; es como conocer el manejo de un barco. Y te aviso ya de que por veintisiete dólares no podrás comprar un purasangre.

James sugirió dos animales, un tennessee walker careto tordo y una hermosa yegua morgan negra de tres años. A Lavinia le encantaron los dos y no supo por cuál decantarse. El dueño del walker quería cincuenta dólares y no estaba dispuesto a regateos; el dueño de la morgan, un anciano granjero de

grandes patillas plateadas y mejillas rojas como manzanas, el señor Robinson, pidió treinta y cinco, pero guiñó el ojo a Lavinia y se fueron juntos a la cerca para negociar, ya que James tenía la firme determinación de no intervenir.

Lavinia volvió a todo correr y le cogió la mano.

—Papá, la yegua nació en Vermont. La llaman *Blackie*, pero yo la llamaré *Black Robin*, «Petirrojo Negro». Hemos llegado a un acuerdo: si vamos de inmediato a casa y traemos a *Greengage*, mi periquito, con su jaula y sus platos, el señor Robinson se lo quedará junto con los veintisiete dólares.

James advirtió que la niña atribuía gran valor al apellido del dueño de la yegua, Robinson, pensando que el «hijo de un petirrojo» tenía que ser una buena persona; además, siendo aliado de las aves en virtud de su apellido, trataría bien a *Greengage*, el periquito más valioso de Nueva Inglaterra. Para sus adentros, James dio las gracias a Posey por el carácter de Lavinia. Y ahora que Posey había muerto y todos sus defectos estaban olvidados, dio gracias por aquel día afortunado en que se cayó en el puerto de Boston. Pero lo único que dijo mientras Lavinia montaba en su nueva yegua fue:

—Dudo que a *Greengage* le gusten los inviernos de Vermont.

—El señor Robinson me ha dicho que el periquito vivirá en la cocina, cerca del fogón, y la señora Robinson le tejerá un chaleco y unos calzones de lana si en invierno aprieta el frío.

Varias semanas después de la misa fúnebre, llegó a Boston una carta de pésame de Armenius Breitsprecher, con una posdata en la que añadía que si James y Cyrus necesitaban ayuda, podían contar con Dieter y con él. Lavinia lo interpretó más bien como un gesto de presunción, pero James lo acogió con agrado y comentó que Duke & Sons no estaba en situación de ofender a otras compañías madereras.

—No sabemos qué nos deparará el futuro. De hecho, otros madereros empiezan a comprar parcelas en los pinares de Michigan. Muchos de ellos son de Maine. Lavinia, creo que por fin ha llegado el momento de trasladar todas nuestras operaciones al oeste —dijo a la vez que mojaba un corrusco en su chocolate deshecho.

—¿Hay en Detroit una vida social aceptable o la ciudad sigue cautiva de la naturaleza agreste?

—Ah, Detroit está muy bien; no es Boston, pero la población está creciendo y el emplazamiento es idóneo para nuestro actual negocio. Allí gozamos de una buena posición, y los lagos proporcionan transporte, aunque sus aguas dulces son difíciles y peligrosas como los océanos; en ellas uno se ahoga más deprisa, según dicen. En cuanto a vida social, no hay gran cosa. Como tú dices, la ciudad sigue cautiva de la naturaleza agreste.

—Papá, ¿tenemos mucho dinero?

—La verdad es que sí tenemos mucho dinero, a pesar de las compras de bosque maderable de los últimos años. ¿Por qué lo preguntas? ¿Estás planteándote la posibilidad de algún gran gasto?

—Sí. Desearía que esta casa —pasándose el brazo por encima de la cabeza, abarcó con un gesto todo lo que la rodeaba— se reprodujera idéntica en Detroit, hasta la última teja. Quizá sería la primera mansión de Detroit. ¿No nos resultaría tranquilizador tener nuestras habitaciones de siempre? Yo puedo hacer listas de la ropa de cama y las mantelerías, y la señora Trame puede enumerar los cacharros de cocina, la vajilla y la cubertería. Podemos encargarlo todo.

James sintió un escalofrío de temor: replicar la casa bostoniana de Sedley requeriría muchos miles de dólares. Pero podía permitirse el gasto, ¿y qué mejor destino para los beneficios que se obtenían ya gracias a los pinares de Michigan? Y a eso se añadían las herencias de Edward y Freegrace, e incluso la de Lennart. No vaciló.

—Sí. Podemos hacerlo. Me pondré en contacto con un arquitecto. Incluso podríamos añadir unos cuantos accesorios. Por ejemplo, bañeras. Unos establos más grandes y nuevos carruajes. Una capilla dedicada a tu madre. Pero sí pongo un límite: ese descomunal perchero de caoba que hay en el vestíbulo no vendrá a Detroit.

—Necesitaremos algo donde la gente pueda colgar el sombrero y dejar el paraguas.

—Buscaremos otro, algo sencillo y elegante en lugar de esos alces y cuernos de caza labrados.

Durante una semana hablaron de esa nueva casa. La señora Trame entró en el juego aportando una entusiasta lista de mejoras: una despensa más amplia, una antecocina para limpiar la plata, un aumento del personal que incluyera dos doncellas, una sala para el decantado del vino con escalera privada a la bodega, cañerías para agua corriente en lugar de una cisterna en la cocina.

Pero el viejo Will Thing no quiso saber nada del asunto.

—Detroit no es para mí. Yo nací en Boston, y en Boston me quedaré. He trabajado toda mi vida para su padre y para usted en este establo, y aquí me quedaré.

—Pero nos proponemos vender la casa lo antes posible —advirtió James—. Residiría aquí una nueva familia. ¿Y si no le gustan?

—No me corresponde a mí decidir quién me gusta y quién no. Me acomodaré —dijo el anciano, y ahí terminó la charla. James se llevó una decepción, pero albergaba aún la esperanza de convencerlo. Tal vez Will no era consciente de que los caballos se irían a Detroit.

Los planes para la nueva casa se convirtieron en un ejercicio de sobremesa para Lavinia. Después de la cena extendía sobre la superficie de caoba una pila de hojas, lápices afilados y muestras de papel pintado. James había elegido años antes un emplazamiento enclavado en lo alto de una colina con una amplia vista del sur que llegaba hasta el lago Sainte-Claire, ese lago sobrante, demasiado pequeño para que lo consideraran uno de los «Grandes». Esbozó el terreno para su hija, dibujando la parte posterior y los lados como un brazo de bosque circundante, abierto para encuadrar el azulísimo lago y una borrosa imagen de Ontario a lo lejos.

—Esa casa eclipsará el Cisne Negro —dijo Lavinia.

—Ah, allí no habrá cisnes negros —dijo James—. En todo caso, dejemos el elemento acuático al paisajista, a quien aún debemos encontrar. Podríamos traer uno de Inglaterra, donde abundan esos especialistas. Este país es demasiado joven para haber incorporado profesiones tan refinadas. Se necesitarán varios años para construir esa casa tal como la deseamos, así que de momento tendremos que conformarnos con algo más sencillo. Las viviendas de la empresa que mandé construir hace dos años servirán.

Sintió que empezaba a asomar la jaqueca, un ligero dolor en el cuello que sabía que aumentaría hasta convertirse en un suplicio punzante.

Decidió buscar otro doctor que pudiera ayudarlo.

Pero si ése era el pasatiempo de las veladas, Lavinia centraba sus días en el estudio, la lectura de periódicos y boletines oficiales que llegaban con el correo, la correspondencia y los interrogatorios a todo visitante para conocer los nuevos inventos y avances técnicos. La mayor parte de las noticias guardaban relación con las pretensiones exploratorias de diversos aspirantes a promotores ferroviarios; cortas líneas locales surgían en torno a las ciudades del este como mala hierba después de la lluvia, y no cabía duda de que tarde o temprano se construiría un ferrocarril transcontinental, pero las disputas sobre si convenía más la ruta central-septentrional o la ruta meridional eran muy acaloradas. Tanto James como Lavinia eran partidarios de la ruta septentrional.

—Pasarán veinte años antes de que planten el primer raíl —dijo James. Él tenía la mente puesta en otro invento—. ¿Has leído algo sobre los experimentos con el telégrafo? ¿No? Dicen que el telégrafo eléctrico permitirá a la gente enviar mensajes a grandes distancias siempre y cuando haya un cable de cobre que transmita los impulsos. Imagínate. Si eso se cumple y si el cable llega a Detroit, podré enviar un mensaje inmediato a alguien de Boston, un mensaje que pueda leerse en cuestión de minutos. Pero por el momento está en fase de prueba en Inglaterra.

A Lavinia la fascinó la idea de que las palabras viajasen por cables de cobre como patos por un río. Parecía casi una fantasía. James encendió su puro y expulsó una bocanada de humo. Enseguida lo apagó, porque el tabaco le reavivaba la jaqueca. Luego dijo:

—¿Qué te parecería una rotonda con una claraboya de cristales de colores a modo de entrada?

Pero no estaba de humor para hablar de rotondas. A las ocho llegaría un nuevo médico, un neurólogo, con un artilugio curativo.

James, con el electrodo craneal de Putnam en la cabeza y la esperanza de que la electricidad estática por fin lo ayudara a vencer las jaquecas, estaba abrumado de trabajo; el diseño de la nueva casa prendía en su imaginación sólo a rachas. Con la pérdida de Lennart, recaía en él todo el trabajo: tratar con los empleados, los prospectores y cubicadores recién contratados; los informes sobre el volumen de madera, los campamentos madereros y el rendimiento estimado, el rendimiento real, las serrerías y las peticiones de equipo nuevo, así como los avances tecnológicos en el campo del aserrado, el encargo de gabarras a los astilleros para la entrega de madera serrada a los intermediarios de Albany. Tampoco Cyrus podía ocuparse del trabajo de Lennart, ya que centraba toda su atención en el complejo departamento de pedidos. Conocía personalmente a todos los constructores navales y a todos los tratantes de madera. No, Cyrus no podía asumir el trabajo de Lennart, y nadie podía sustituir a aquella cabeza rebosante de historia de la empresa y de conocimientos en cuestiones de madera. Pero alguien podía intentarlo.

—Lavinia —dijo, levantando la voz—, ¿puedes venir un momento?

Explicó que alguien tenía que ocuparse de los detalles del actual trabajo de producción. Podían contratar a una persona externa a la familia, y probablemente eso hicieran a su debido tiempo, pero era vital prestarle atención al tema de inmediato. Quizá ella podría asumir provisionalmente parte del trabajo de Lennart; no la exploración, claro, pero sí el día a día. Sabía que iba a ser muy difícil para ella: era mujer, y se toparía con la resistencia de todos los contratistas madereros. Duke & Sons tenía trabajando en Michigan a dos contratistas, ambos a más de un día de viaje de Detroit. Habían entrevistado a otros cinco candidatos para las operaciones llevadas a cabo en invierno. Lennart era capaz de entrar despreocupadamente en un campamento, comer carne de cerdo y alubias, bromear con los hombres, averiguar cómo iba la tala. Pero James no pediría a Lavinia que visitara los campamentos. En lugar de eso solicitaría a los contratistas que se desplazaran a Detroit y le rindieran cuentas a ella en persona.

—¿Y por qué no voy yo? —preguntó Lavinia.

—Porque eres una chica..., una mujer. Eso no es normal. Imposible.

—Papá, no es imposible. Quizá no exista la costumbre, pero yo lo convertiré en algo habitual. Insisto. Si no conozco a los contratistas ni veo cómo funcionan los campamentos, no podré juzgar su valía ni las labores de tala. Lennart y tú siempre habéis dicho que aprendo el negocio con facilidad. Éste es un paso necesario. Si pudiera, buscaría trabajo de leñador, así conocería mejor el oficio. Visitaré los campamentos en cuanto nos traslademos a Detroit.

—Lavinia, esto es sólo una solución provisional. Estoy buscando un sustituto permanente para Lennart.

Llegaba el momento de marcharse. Habían partido ya dieciséis carromatos con cajas llenas de enseres domésticos y ropa blanca. Lavinia se asomó por la ventanilla del coche para contemplar el hogar de su infancia. «Entro en una nueva vida», pensó. «Saldré adelante.»

En Detroit, Cyrus y su esposa, Clara, les dieron la bienvenida con una suculenta cena familiar a base de carne de cerdo y patatas. El orgullo de Clara era la elaborada araña de luces del comedor, con un millar de prismas de cristal. James apenas comió. Le había sobrevenido una fiebre intermitente durante el viaje y, después de la cena, se retiró y guardó cama durante cinco días. Entre Clara y Lavinia surgió una visceral antipatía. Clara, de una importante familia bostoniana —su padre era el juez Spottiswood—, era la mujer ideal, que sonreía tontamente, desviaba la mirada y mostraba una lealtad servil ante Cyrus, quien se repantigaba aquí y allá de manera señorial. Se la conocía por su colección de pañuelos y chales de seda. Sus hijos eran autómatas muy callados que se limitaban a gorjear «Sí, mamá», «Sí, papá», y hacer reverencias. Después de la cena, los presentes tuvieron que ir a la sala de música y pasarse una hora entera sentados en sillas estrechas mientras Clara tocaba el armonio y los entretenía con melancólicas canciones sobre la pérdida de seres queridos.

Las tres viviendas de Duke & Sons en Detroit representaban un gran descenso de nivel con respecto a la finca del Cisne Negro. Cyrus y su familia ocupaban la casa central, con dos rosales azotados por el viento en el jardín

delantero: la llamaban Villa Rosa. James, con un criado y un cocinero, se instaló en la que se hallaba situada al este. Lavinia se quedó con la vivienda del lado oeste, que le pareció en extremo rústica, pero desde las habitaciones de la planta superior se disfrutaba de una vista del lago y su tráfico de embarcaciones.

—Me aprenderé de memoria todos los barcos —dijo—. Compraré un catalejo y los observaré.

En la planta baja estaban las habitaciones del servicio, la cocina, el comedor y el salón. La criada de Boston, Ruby Smythe, un tanto desdeñosa con la situación, ocupó un cuarto; la señora Trame se instaló en el otro y en su nueva cocina mínimamente equipada. No encontró motivo de queja en el gran fogón de hierro colado, el depósito de agua caliente y la leñera a rebosar, que cada mañana llenaba Robert Kneebone, un factótum al servicio de los Duke. El plan consistía en vivir muy austeramente durante varios años hasta que la nueva mansión estuviese acabada. La sola perspectiva de vivir en esa casa grande y nueva indujo a quedarse a la altanera criada. James había encontrado un arquitecto en Nueva York, Lyford L. Lundy, quien estudió el Cisne Negro hasta conocerse todos los detalles para reproducirlos en la casa de Detroit. Se le ocurrieron ideas de posibles mejoras y las plasmó en cartas que llegaban diariamente e irritaban a James.

—Es necesario establecer aquí el negocio —dijo James—, y que el señor Lundy y sus ayudantes se ocupen de la nueva casa. Le he transmitido todas las sugerencias de las que hablamos, que él debe introducir en el diseño. Que lo haga. Tiene carta blanca con el dinero y tanta excelente madera de pino de Michigan salida de nuestro aserradero, Arrow Mill, como necesite.

Nada más mencionar el aserradero, James decidió que una visita sería instructiva para Lavinia.

—Mañana te llevaré a nuestras serrerías. Debes conocer todas las partes del negocio, y la serrería es el eje del negocio. Arrow Mill, la más cercana, no es tal como yo desearía: hemos encargado sierras y equipos nuevos.

A Lavinia la serrería le pareció un lugar ruinoso y disperso en hectáreas de terreno con estrechos pasadizos entre pilas de troncos puestos a secar. Se hallaba a orillas de un buen arroyo, y la represa producía energía suficiente para impulsar una rueda hidráulica y dos pesadas sierras verticales en un mismo bastidor. Pero cuando llegaron el recinto estaba en silencio, y un muchacho salió y explicó que su padre había ido a recoger una sierra de repuesto a un consignador cerca del muelle.

—A la sierra vieja se le habían roto casi todos los dientes.

—Entonces vayamos a ver la otra serrería —propuso James.

La Serrería Push, así llamada por su capataz, Joe Bouchard, aserrador y mecánico, más conocido como Joe Push, se encontraba a un par de kilómetros río arriba. En cuanto Lavinia cruzó la puerta en medio de aquel estruendo, Push apagó las sierras: una sierra muley y otra alternativa de doble hoja. Aturullado, se acercó a James, mirando a Lavinia con el rabillo del ojo.

—Señor Duke, no sabía que vendría.

—Así son las cosas, Joe: alguna sorpresa de vez en cuando. He traído a mi hija para que vea las distintas partes de nuestra actividad. Adelante, vuelva a encenderlas. Ella quiere conocer las tareas de la serrería. Ocupa un puesto en la empresa.

El aserrador accionó la palanca, y el agua, con un tableteo húmedo, se vertió en la rueda hidráulica, y la sierra muley empezó a roer lentamente el tronco con un acerado sonido nasal. Cayó una lluvia de serrín, y un olor a pino, tierra y metal caliente impregnó el aire. Lavinia vio que un cable tiraba del carro de presa desde delante y en el extremo del tronco otra pequeña polea arrastraba el carro en su recorrido inverso. Dos ayudantes colocaron los tablones recién cortados en lo alto del tronco, Joe Push accionó de nuevo el mecanismo y las sierras empezaron a triscar de nuevo, eliminando los bordes de corteza de los tablones en movimiento. Los hombres los sacaron para apilarlos. El encargado de la represa de la serrería envió otro tronco rampa arriba.

—Va despacio, pero hace el trabajo —comentó Joe Push, señalando los grandes zigurats de tablas en el exterior, templos de madera. Se pasearon por allí en medio del ruido y el polvo, observando a los hombres de la represa

conducir los troncos hacia el comienzo de la rampa. En el patio, una docena de trabajadores serraban a mano troncos pequeños y torcidos en trozos aptos para leña y los amontonaban en secaderos.

—Un buen pellizco de dinero extra procedente de la madera de desecho —explicó James. Señaló una pila enorme y dijo—: Lavinia, fíjate en el travesaño de abajo, en la parte de delante. Asegura que la pila queda inclinada, lo que permite el desagüe de la lluvia y la nieve. Armar una pila tiene su arte.

—¿Cuánto tarda en secarse?

El apilador tomó la palabra.

—Para este pino de aquí..., digamos que un año tratándose de tablas de dos centímetros de grosor, mejor dos o tres años, o más si hablamos de piezas más gruesas.

—Sí —confirmó James—, naturalmente nos conviene ponerla en el mercado lo antes posible, así que los secaderos como los que utilizan estos hombres para la leña permiten enviar la madera al mercado antes. Uno de nuestros problemas con el secado in situ es que, cuando la tala ha terminado y los hombres se trasladan a otra zona, el aserradero suele desmantelarse y transportarse también. Entonces vienen los ladrones y se llevan la madera de las pilas de secado desatendidas, así que por norma contratamos a algunos de los muchachos del barracón, un hombre impedido o ya mayor, no tan fuerte como antes, para que se quede hasta que podamos trasladar la madera nosotros mismos.

El apilador dejó escapar un gruñido.

—Por eso algunos trabajadores..., no yo..., dicen que es mejor trasladar los troncos a un aserradero permanente que siempre esté vigilado.

Regresaron a la parte de atrás del aserradero, y Lavinia echó un vistazo a un montón de algo indefinible. Al instante lanzó un chillido y se tapó los ojos.

—¡Dios bendito! Señor Bouchard, venga aquí y explique este..., este horror —vociferó James.

Joe Push se acercó apresuradamente, sin saber qué habían encontrado, si un cadáver o una tabla estropeada, y de pronto se echó a reír.

—Son las serpientes que atraparon los chicos la semana pasada. Tuvimos un gran desfile de ranas, y todas las serpientes en quince kilómetros a la redonda se presentaron aquí para comérselas.

Había millares de serpientes grandes y robustas en una pila de dos metros de altura, que empezaban a pudrirse y despedir un hedor insoportable.

—Joe, mejor será que las tiren al río, o se las verán con una docena de osos.

—Ya matamos dos, pero, por supuesto, nos las quitaremos de encima.

En el camino de regreso, Lavinia preguntó a James por qué en la serrería no tenían sierras circulares.

—He leído u oído decir que las sierras circulares cortan mucho más deprisa, porque son continuas y no tienen que volver a la posición inicial.

—Vaya. Pues sí, tienes toda la razón, y ya las hemos encargado, pero no es tan fácil hacerlo todo de inmediato. Esta serrería estaba ya en activo, y se la compramos a Joe Push, a quien ahora tenemos contratado. Pronto habrá cientos de serrerías en los bosques de Michigan, si se da una situación parecida a la de Maine. Esa vieja sierra alternativa de dos hojas se venderá y sustituirá por sierras circulares en cuanto lleguen. Me gustaría instalar turbinas para obtener mayor potencia, y cortar madera a todo tren. Esta estructura, ahora mismo, sólo produce unos tres mil pies tablares al día, y los leñadores talan árboles tan deprisa que la serrería no da abasto; el eslabón débil de la cadena es la serrería. Quiero poner una sierra portátil en cada zona de tala, en el lugar más oportuno, y transportar no sólo troncos sino también tablas. No hay ninguna razón por la que las serrerías no puedan seguir a los campamentos madereros, cortando sobre la marcha. Pero una serrería permanente cerca de un pueblo o una ciudad tiene varias ventajas, si dejamos de lado los molestos robos. Una vez Lennart y yo hablamos de la posibilidad de incorporar algún día un centro de acabado a nuestras demás operaciones, un sitio donde poder lijar los tablones, incluso provisto de un horno para tratar la madera con vapor y dar forma a balaustres y cosas así.

Cyrus planteó serias objeciones cuando Lavinia anunció su plan de visitar los campamentos madereros, pero ella insistió en escribir a los contratistas —Hobble Peterson y Vernon Roby— para comunicarles su inminente inspección, y entonces él dijo que, si bien estaba ocupadísimo, dejaría su trabajo de lado y la acompañaría en calidad de protector.

—No puedes ir sola —adujo Cyrus—. Eres demasiado joven y demasiado..., demasiado femeninamente hermosa. No puedes ir sola, y no se hable más.

Lavinia se puso roja como un tomate.

—Tío Cyrus, yo no soy eso. Y pienso ir. A caballo, con *Black Robin*. Ella velará por mi seguridad. Sé que puedo hacerlo.

Pero James dio la razón a Cyrus.

—Los senderos no son el único problema. El bosque está plagado de maleantes, hombres que te... harían daño, renegados y demás chusma, además de indios descarriados. Tiene que acompañarte alguien, un hombre. No puede ser de otra manera. Hablo en serio, Lavinia. Quizá la situación cambie cuando seas mayor, pero ahora las cosas son así. Sin discusiones. El viaje es arduo. No conoces el camino, no sabes encender una fogata en medio del monte, no sabes defenderte de las bestias salvajes o las bestias humanas. A Cyrus lo necesitamos aquí, así que buscaré a algún hombre fiable que conozca bien el bosque para que te acompañe.

Preguntó al palafrenero de Detroit, Paul Roque, por un compañero de viaje y protector adecuado. Al día siguiente, por la tarde, Roque propuso a su hijo mayor, Andre Roque, un cazador competente con un buen conocimiento del bosque, que había trabajado en los dos campamentos que Lavinia se proponía visitar. Hablaba francés y un poco de indio. James conoció al joven, más alto que su padre, muy tímido y vergonzoso. Pero el chico contestó fácilmente a todas las preguntas de James. Sí, la mejor manera de hacer ese viaje era a caballo. Su padre, el palafrenero, podía proporcionar los mejores caballos del establo. Estaban acostumbrados a los senderos del bosque y, por tanto, convenían más que un caballo de Boston, por muy apreciado que fuese. Él guisaría y serviría siempre la comida, almohazaría y daría de comer a los

caballos, prepararía los lechos y las mantas, indicaría todos los mojones de la zona por donde pasaran. Protegería a Lavinia con su vida. Lo haría lo mejor posible.

Empezaba el mes de octubre, y los primeros centímetros de nieve cubrían el frío bosque. Se condensaba el vaho de los caballos, y el de los hombres. Aquella inacabable procesión de árboles enormes despertó en Lavinia una sensación nueva, un poderoso sentido de la propiedad; éstos eran sus árboles, ella podía decidir si esos gigantes debían caer y ser devorados por las sierras. Contempló sus formas monolíticas con desprecio. Eran sus árboles...; mejor dicho, suyos, de James y de Cyrus. Como eran suyos los pájaros posados en ellos, los pájaros, las ardillas y los puercoespines, todo.

Al final del día, Andre construyó una enramada frente a la fogata; colocó debajo sus mantas separadas, una en cada extremo, y en medio apiló la carga y las sillas de montar. Ella dormía ya cuando él acabó de dar friegas en las patas a los caballos. Pero en plena noche despertó al sentir el contacto del muchacho, que la abrazaba por detrás, su aliento en la nuca, y una mano en su pecho izquierdo.

—¿Qué haces? —dijo, colérica.

Andre Roque permaneció en silencio, respirando despacio y acompasadamente. Rígida de indignación, Lavinia se quedó inmóvil y poco a poco cayó en la cuenta de que él dormía; no se proponía violarla, sino que dormía profundamente. ¿Acaso en su imaginación estaba protegiéndola? ¿O era así como dormía con todos sus hermanos en la cama de su casa? Por la mañana le explicaría que las personas decentes de distinto sexo no se acostaban juntas a menos que estuvieran casadas. Y se durmió también ella. Por la mañana, Andre, a cierta distancia, preparó una fogata, fue en busca de agua para el té, cortó rebanadas de pan de una hogaza, dio de comer a los caballos. Se le veía tan tímido y callado como de costumbre, y entregó a Lavinia una taza de té negro muy caliente. No comentó nada sobre su presencia bajo la manta de Lavinia, y ella, aunque abrió la boca dispuesta a hablar, por alguna razón calló. La parte más inquietante de la experiencia era lo profundo que había sido el sueño de él. Cuando Lavinia se quejó, Andre debería

haberse despertado. ¿Y si hubiesen merodeado elementos hostiles o animales depredadores? El muchacho habría seguido durmiendo plácidamente mientras los lobos roían el brazo de Lavinia. Y si el fuego se hubiese apagado de madrugada: una persona que dormía como él, a pierna suelta, difícilmente habría podido reavivarlo. Quizá fingía dormir. Esas posibilidades eran tantas en su contra. Aun así, pasadas unas noches, daba ya la impresión de que ésa era la manera normal de dormir, y Lavinia agradecía su calor y su cercanía cuando crujían ramas en la oscuridad o ululaba una lechuza; al amanecer él siempre estaba ya en pie y trabajando.

Llegaron al campamento de Vernon Roby a media mañana, con el sol radiante en un cielo despejado: su luz se reflejaba tan vivamente en la superficie del río que deslumbraba. Entraron en un claro rodeado de bosque por todas partes, salvo en la margen, un paisaje salpicado de tocones hasta donde alcanzaba la vista. No había nadie por allí. Se acercaron a una choza con un letrero sobre la puerta donde se leía OFICINA; estaba vacía.

—Eh —llamó Andre, y le contestó un arrendajo con sus trinos.

Vieron salir humo del cañón de una estufa que asomaba de lo alto de una construcción de troncos. La puerta estaba entreabierta, y Lavinia entró. Un hombre colocaba platos de hojalata a lo largo de una mesa interminable, armando tal alboroto que no la oyó hablar. Ella volvió a intentarlo.

—Oiga. ¡Oiga!

El hombre se dio la vuelta y los vio, dejó escapar un alarido y se le cayó una pila de platos. Lavinia corrió a ayudarlo a recogerlos, pero el hombre, con un gesto, le indicó que se apartara.

—¿Qué quiere? ¿Quién es usted?

—Quiero ver al señor Roby. Soy Lavinia Duke, y le mandé una carta para avisar de que vendría a echar un vistazo a las operaciones de tala.

—¡Dios mío! Ha salido con los muchachos. —Señaló en dirección a los tocones—. Están a unos tres kilómetros de aquí, en la orilla del lago. ¡Dios bendito! Él no sabía que usted iba a venir.

—Se lo anuncié por carta.

—No la leyó. No recibió ninguna carta.

Lavinia se molestó. Eso era una farsa.

—Haga el favor de ir a buscarlo. Ahora mismo.

—¡No puedo! Soy el cocinero. No tardarán en venir a comer. Se pondrán como fieras si no encuentran nada en la mesa.

—Vaya a buscarlo ya. ¡Inmediatamente! O está despedido.

El pobre desdichado se marchó.

—Podemos sentarnos a esperar —dijo Lavinia a Andre—. Voy a ver qué está cocinando.

Una enorme olla contenía estofado. En una mesa, entre un mar de frascos de salsa, vio la masa de unas galletas a medio subir, no del todo lista aún para el horno. Incapaz de sentarse a esperar, Lavinia removió el estofado, que empezaba a pegarse al fondo de la olla. Echó unas cuantas ramas al fuego y abrió la puerta del horno para comprobar la temperatura. Estaba ya bastante caliente para las galletas. Esperaron. Las galletas subieron. Lavinia puso la bandeja en el horno y consultó su pequeño reloj para calcular el tiempo. En el instante en que sacaba del horno las galletas ya doradas, irrumpió el cocinero con la respiración agitada. Vio las galletas calientes y se volvió hacia la olla, que Lavinia había apartado hacia el fondo del fogón, donde el calor era menor.

—Lo he removido —informó ella.

—De acuerdo, de acuerdo. Bien hecho.

Vern Roby entró al cabo de unos minutos. Era un hombre fornido, de baja estatura, con un parche en un ojo y finas cicatrices en el rostro. Sin mediar palabra, se quedó mirando a Lavinia y luego se volvió hacia Andre:

—¿Qué hace aquí esta mujer?

—La ha enviado el señor Duke. Es su hija. Ha venido a verlo a usted, a inspeccionar la tala.

—¡Una mujer! Éste no es oficio para mujeres. —Se volvió hacia Lavinia—. Señorita, mejor será que líe los bártulos y se largue. ¿Dónde está el señor Vogel? Lennart Vogel. Es él quien viene en nombre de Duke.

—Le mandé una carta, señor Roby, explicándole que mi tío Lennart Vogel murió el año pasado en un incendio. Yo estoy asumiendo parte de sus obligaciones. Conocer a los hombres que talan para Duke & Sons es una de esas obligaciones. Este caballero es el señor Andre Roque, que me acompaña. El tío Lennart ya no está entre nosotros, y al margen de lo que usted piense del

asunto voy a ocupar su lugar. Puede que al principio me considere ignorante, pero espero que llegemos a conocernos y seamos capaces de hablar con franqueza y sinceridad. Quizá pueda explicarme usted la situación. Ésta parece una tala muy extensa. Me gustaría ver los resbaladeros de descarga y oír sus planes para la maderada de la próxima primavera. Me gustaría conocer cualquier problema que ustedes tengan o prevean, cualquier problema, sea cual sea. No he venido para entrometerme, sino para ver qué cabe esperar en primavera..., exactamente lo que el tío Lennart desearía saber de usted. Y tengo autoridad para despedirlo o conservarlo en el puesto, en función de lo que averigüe.

Roby respiró hondo. Volvió a respirar.

—Sí, señora —contestó, allí de pie como un oso amaestrado. Miró a Andre e intentó recobrar el mando—. Me acuerdo de ti: el año pasado manejaste los caballos para mí, ¿no?

—Sí —respondió Andre con tono insolente.

Por ese lado Roby no encontraría ayuda.

Lavinia quería ver trabajar a los hacheros. Roby movió la cabeza en un gesto de desaprobación, pero recorrieron el deslizadero helado, caminando por el borde, hasta una ladera donde los hombres hachaban en medio del eco que el valle les devolvía. Cayó un árbol, y los leñadores se dispusieron a desramarlo y desmocharlo. Los hombres miraban con disimulo a Lavinia. Vaharadas calientes salían de sus bocas. El tonificante aroma a pino impregnaba el aire. Los hombres engancharon una cadena en torno a la base del tronco y lo izaron sobre un trineo. Alguien resbaló, y Lavinia oyó un juramento ahogado.

Un hombre con un gorro rojo dijo entre dientes a sus compañeros:

—¿Veis a esa mujer? Es la hija del rico, una privilegiada, que ha venido a ver trabajar a los desdichados como quien va al zoo; el viejo Duke es el dueño de todo lo que veis. Se lo dio todo el Gobierno, un buen regalo. Roba bosque público, lo tala y se enriquece.

—Guárdatelo para más tarde.

—No te preocupes, eso haré. Ya os contaré cómo consiguen el poder y los derechos legales, cómo amañan las leyes, se quedan para ellos todo lo valioso..., los árboles, el cobre, todo. El trabajador no consigue nada, excepto hacerse viejo.

Lavinia no oyó sus palabras, pero después de un año en el internado inglés era capaz de percibir las más sutiles muestras de desdén —los hombros encorvados, los mentones en alto—, y notó la antipatía de aquel hombre. A ese juego podían jugar los dos, pensó, y empezó a lanzar frecuentes ojeadas en dirección a él, encontrando siempre la severa mirada de sus ojos pequeños.

—Una pregunta más, señor Roby, ¿quién es ese hombre, el hachero, el del gorro rojo?

Roby supo en el acto a quién se refería.

—Ah. Se llama Rattle.

—Quiero que lo despida.

—Señorita Duke, se va un poco de la lengua, pero maneja bien el hacha.

—Despídalo, señor Roby. Hoy mismo.

Los caballos arrastraron los troncos de la zona de tala hasta el resbaladero de descarga, donde Lavinia, con asombro, vio a una mujer, más joven que ella, una muchacha, acercarse con un martillo de marcar al rojo y estampar D&S en el extremo de cada madero.

—¿Y esa muchacha? —preguntó al señor Roby.

—Ésa es Angélique, la hija del cocinero.

—¿No le preocupa a él su seguridad entre tantos hombres toscos?

Vernon Roby se rió por primera vez ese día: una sonora carcajada que le salió del alma.

—¡No! Tiene siete hermanos trabajando aquí con el hacha. ¿Ve a aquél? Aquél de allá, aquél. —Señaló con el dedo—. El que la moleste se juega el cuello. Además, ella es más fuerte que un hombre. Agarraría ese martillo y le partiría el brazo.

Ésa era otra cosa en que pensar mientras calculaba las cantidades y los tamaños de los rollizos. Lavinia decidió que tenía que aprender a cubicar. De nada servía decir que uno tenía quinientos troncos con un diámetro medio de noventa y cuatro centímetros. ¿Cuántas tablas de treinta centímetros por dos y medio saldrían de ese tronco? ¿Cómo se tenía en cuenta la corteza, el corte de

la sierra, el estrechamiento de la pieza? Deseaba aprender la matemática necesaria para cubicar. Sabía que existían pautas en el sector que tenían en cuenta todas esas variantes y permitían al cubicador dar como mínimo una estimación del número de tablas que se obtenían de un solo árbol. ¿Cómo podía aprender esas aptitudes? Lamentaba que Breitsprecher no trabajase ya para ellos: él era un buen cubicador. En una ocasión, Lennart había hablado de un párroco que ahora era maestro en una escuela femenina en algún lugar de Ohio y estaba elaborando una pormenorizada guía matemática para calcular el volumen en tablas de los árboles en pie. Una de las cosas que había aprendido por experiencia era que nada podía saberse con precisión: nadie podía crear una regla perfecta que se ajustase a todos los árboles, nadie podía saber cuándo un gato volcaría una vela. De niña, en su viaje a Inglaterra, había tomado la firme determinación de no amilanarse ante las adversidades. Concertaría una cita con ese párroco y le rogaría que la aleccionase en el arte de medir volúmenes de madera, aunque una escuela femenina no parecía ni mucho menos el lugar adecuado para esa clase de aprendizaje. Pero quizá Lavinia se equivocaba, y por influencia de Angélique y su martillo concibió la imagen de un regimiento de mujeres jóvenes avanzando por el bosque con sus forcípulas. Por la tarde, cuando la luz empezaba a menguar como el cuello de un saco, se despidieron de Vern Roby. Lavinia le estrechó la mano, se despidió con la promesa —¿la amenaza?— de volver en primavera, para la maderada, el transporte de los troncos, sus troncos, camino de la serrería. Roby reparó en sus despreocupadas expresiones de propiedad. Sabía de qué lado le convenía ponerse. Sonrió y dijo que en primavera estaría esperándola. Cuando desaparecieron entre los árboles, hizo una seña al hombre del gorro rojo para que se acercase. Ignoraba cómo había detectado Lavinia al único elemento conflictivo de la cuadrilla, pero tenía razón; de algún modo era capaz de juzgar a los hombres. Rattle incitaba continuamente a sus compañeros para que exigieran salarios más altos, horarios mejores, comida especial.

—Tú, Rattle —dijo—. Lía el portante, y con viento fresco. Aquí tienes lo que se te debe. A la señora no le gusta tu cara.

La visita al campamento de Hobbler Peterson no fue tan bien. Peterson detestaba a las mujeres, a quienes consideraba poco inteligentes y atrasadas. Se negó a hablar con ella y contestó a sus preguntas mediante respuestas sarcásticas que dirigía únicamente a Andre Roque. El campamento estaba sucio. Cubrían el suelo astillas, trapos, una piel de buey hecha jirones, varios barriles rotos entre nubes de moscas, fragmentos de mangos de hacha, alambre herrumbroso y hojas de sierra gastadas, botas desechadas. Las pilas de los secaderos se veían desiguales, las tablas combadas en sus extremos. Cuando se alejaban a caballo del campamento, Andre, que había permanecido en silencio hasta ese momento, siguió la mirada de Lavinia y dijo:

—Esas tablas se secarán torcidas.

Lavinia anotó todo esto en su cuaderno rojo, una libreta que adquirió triste fama en los campamentos madereros, porque un mal informe de Lavinia implicaba que el contratista dejaría de trabajar para Duke & Sons, como descubrió Peterson cuando acabó la maderada de primavera.

En el viaje de regreso, una noche, Andre permaneció totalmente en vela. Una tormenta venía amenazando en el horizonte toda la tarde. Acamparon temprano. Cenaron un escaso plato de *nookick*, maíz reseco en polvo mezclado con agua caliente, que saciaba pero no sabía a nada, y cuando anocheció, llegó la tormenta. Caían rayos sin cesar y el torrencial aguacero apagó la fogata. Con Andre sentado cerca de ella, Lavinia intentó conciliar el sueño, pero el violento vendaval destrozó la enramada. Oyeron caer árboles en el bosque, e incluso los vieron, bajo los destellos azules intermitentes. Desaparecido su refugio, se empaparon en cuestión de minutos. Cuando un rayo hendió un enorme pino a corta distancia, Andre rodeó a Lavinia con sus brazos mojados como para detener el golpe de cualquier árbol que se desplomase. Transcurrieron dos horas hasta que la lluvia amainó y de repente cesó, empujada hacia el sudeste por un viento gélido. Andre se puso en pie y, a tientas, buscó en la oscuridad un tronco que había dejado a mano un rato antes; lo partió con el hacha para dejar al descubierto el interior seco. Durante media hora probó con el yesquero y la tela de carbón, y cuando eso no surtió efecto, vertió un poco de pólvora sobre el tronco. La chispa prendió, se formó en la superficie una pequeña llama que él alimentó con astillas y ramitas; a continuación, sacó ramas secas que había dejado a resguardo bajo sus alforjas.

Sólo entonces Lavinia se acordó de la pequeña caja de fósforos Congreves que su padre había insistido en que se llevara. A la mañana siguiente sacó la caja, la abrió e intentó frotar una de las pequeñas tiras en un trozo de madera y, para su absoluta sorpresa, brotó una brillante llama. Tendió la caja a Andre, que examinó las cerillas, frunció el entrecejo y se las devolvió. Él prefería el acero y la chispa. Y una semana después, ya de vuelta en la casa de Detroit, Lavinia comprobó que las cerillas eran peligrosas.

Estaba pasando a limpio sus anotaciones del viaje mientras Ruby deshacía los bártulos. Oyó un leve sonido y una palabra ahogada, seguida de un chillido de la desdichada criada, quien, tras dejar caer la caja de Congreves, había pisado una de las tiras del suelo, que inmediatamente le prendió el vestido de algodón. Lavinia cogió la jarra del aguamanil y arrojó el contenido al vestido en llamas. En el acto pidió a gritos a la señora Trame que acudiera con un cubo, derribó a la criada de un empujón y pisoteó la tela todavía incendiada, con lo que se le chamuscó el dobladillo de la falda de lana.

—Mantequilla —dictaminó la señora Trame—. La mantequilla le calmará el dolor.

Se fue corriendo a la cocina. A Ruby le dolían las quemaduras de las manos y el cuello a pesar de la mantequilla. James hizo llamar a un médico, que se rió de la mantequilla; la sustituyó por un bálsamo elaborado por él mismo y recetó generosas dosis de opio para el dolor. A Ruby se le curaron las quemaduras, pero su apego al opio fue a más y, pasados unos meses, James envió a la criada, con su adicción y sus cicatrices, de regreso a Boston tras asignarle una generosa pensión. Lavinia la sustituyó por una joven lugareña.

No fue necesario ir a Ohio para aprender a cubicar. Lavinia se tragó el orgullo y escribió a Armenius Breitsprecher para explicarle cuál era su necesidad y preguntarle cómo adquirir ese conocimiento. Los dos Breitsprecher estaban en su oficina de Monroe, recién llegados de una prospección de secciones en una zona de abundantes ríos. Armenius se lo tomó a risa; entre carcajadas, enseñó la carta a Dieter.

—Duke & Sons es nuestro principal rival. Según parece, quizá tengan que cambiarse de nombre y pasar a ser Duke & Daughter, ya que hijos varones no hay ninguno excepto los de Cyrus Hempstead, que son muy pequeños. James ya es mayor y, según parece, esta Lavinia, una mocosa, ocupará un cargo en la empresa. Creo que no tardaremos en absorberlos.

Pero Dieter pensó que se requería valor para escribir una carta como ésa.

—La chica tiene redaños. ¿Tiene también inteligencia? ¿La conoces?

—No personalmente. Sólo sabía de su existencia. Esto resulta *lächerlich*, una mujer que quiere aprender a cubicar madera. Será el capricho pasajero de una joven rica, algo de lo que ha oído hablar pero cuyas razones o procedimientos desconoce por completo.

Arrugó la carta y la tiró a la leñera próxima a la chimenea. Fue Dieter quien la extrajo de allí al día siguiente y la contestó personalmente, ofreciéndose a instruirla él mismo si ella conseguía viajar a Monroe y quedarse allí durante una semana.

«Espero que tenga usted algún conocimiento de matemáticas —escribió—. No es común entre las mujeres, pero es fundamental cierta familiaridad con los números para calcular volúmenes de madera. Con mucho gusto la aleccionaré sobre los rudimentos de este arte y, si así lo quiere, puede pasar a problemas más difíciles.» Pensó que ella no contestaría; procuró dar la impresión de que aquélla era una tarea desagradable y difícil. Ella le escribió para darle una lista de fechas en las que podía visitar Monroe y le aseguró que ni la aritmética ni las matemáticas le daban miedo, y que disfrutaba especialmente con el cálculo..., lo cual no era del todo cierto.

un remedio para la jaqueca

Para James, la vida en Detroit tenía una desventaja en extremo molesta: su bodega de vinos se había quedado en la casa de Boston, y en Detroit había ríos de whisky pero ninguna vinatería. Desde el principio su intención fue encargarse del traslado de su bodega, pero se echaba a temblar sólo de pensar en que los sedimentos de muchas de sus excelentes botellas se removerían y tardarían años en volver a posarse. Cuanto más tardaba en organizar el embalado y el envío, tanto más ansiaba las botellas oscuras y polvorientas de selectos madeiras y burdeos que permanecían en sus silenciosos estantes. La boca se le hacía agua. Sin vino, toda cena le resultaba insípida. No había manera más grata de terminar un día que una copa de oporto y un puro al amor de la lumbre.

James y Lavinia procuraban cenar juntos alternando casas. Esa noche tocaba en la de James. Después de la cena —asado de venado con manzanas al horno, suflé de patata y relajada charla sobre cuestiones del negocio—, en la biblioteca, cada uno con su vaso de whisky, él dijo:

—Lavinia, he decidido volver a Boston para disponer que se embale y envíe aquí mi vino. En mi ausencia, unas seis semanas, encargaré a un carpintero que monte botelleros en esta bodega. Como es lógico, me instalaré en el Cisne Negro, aunque probablemente comeré fuera de casa y visitaré a mi sastre y a mis banqueros. ¿Dónde he dejado mis...? Aquí están. —Se colgó del cuello el cordón de los quevedos—. He hablado con Cyrus y me ha dicho que,

durante ese tiempo, te ayudará en todo lo que necesites. —Cyrus era ya un poco duro de oído, y explicarle cualquier cosa implicaba levantar la voz a niveles agotadores.

—Ya me las arreglaré, papá, y esperaré con impaciencia tu regreso, y quizá una copa de champán.

—Eso, organizaremos una velada con champán —prometió James—. Tú, Cyrus, Clara y yo. Además del vino, traeré todas las noticias que corran por Boston. Si quieres algo de allí, hazme una lista. ¿Por qué no me dejas que te elija un vestido nuevo, algo de color vivo?

—Libros, papá, te pediré unos cuantos libros nuevos. Sólo quiero eso.

«Y cuando vuelvas», pensó Lavinia, «ya sabré cubicar madera.»

Pero dos días antes de su marcha, James irrumpió en casa de Lavinia muy agitado. Ella lo invitó a pasar al pequeño salón, donde las tupidas cortinas verdes de terciopelo creaban una penumbra boscosa; las borlas doradas emitían un resplandor mate. Ella se sentó en una butaca con los tobillos cruzados; él se paseó de un lado a otro.

—Hija, acabo de recibir una noticia desagradable. Lamento decírtelo, pero ese tunante, Andre Roque, no podrá acompañarte de nuevo en tus viajes bajo ningún concepto.

—¿Se puede saber por qué? —preguntó Lavinia—. Siempre me ha parecido de lo más complaciente.

—No lo dudo —respondió James con sorna, sin dejar de deambular por la alfombra.

—Vamos, papá, siéntate, siéntate. Y cuéntamelo con calma. ¿Qué ha hecho? ¿Qué pasa? ¿Por qué?

James se sentó en el borde de un amplio sillón semejante a un trono.

—¡En fin! Dejémoslo, no conviene que una jovencita oiga esas cosas.

Lavinia se sentó con la espalda erguida y los dos pies plantados en el suelo en actitud combativa.

—Permíteme recordarte que ya no soy una «jovencita», sino casi una mujer adulta, y de mentalidad masculina, como tú mismo has comentado varias veces. Soy inmune a la histeria y los desmayos. Exijo saber por qué me

prohíbes su compañía y protección. —Lo miraba con un brillo en los ojos y los labios rojos muy apretados.

Eso sí irritó realmente a James.

—Muy bien: dado que te crees tan experta en cuestiones mundanas, te diré que Andre Roque ha dejado embarazada a su propia hermana. No se le puede confiar la seguridad de una mujer. Hay hombres así. —Se acordó de su lascivo suegro—. No quiero que vuelva a viajar contigo. —Esperó a que ella se escandalizara.

Lavinia dijo fríamente:

—Imagino que esas cosas pasan porque todos los hijos duermen en la misma cama.

—¿Y eso tú cómo lo sabes? —Se había levantado de nuevo.

—Sencillamente lo supongo.

—Un consejo, señorita Lavinia. Las suposiciones son el camino a los más grandes errores. Nunca supongas nada, nunca. —Pero lo que James en realidad temía era que Lavinia hubiese heredado en alguna medida las costumbres disipadas de Posey, y el hijo del palafrenero lo adivinase y le diese un nieto ilegítimo.

—Coincido plenamente en que la certeza es preferible a las suposiciones más elaboradas —contestó Lavinia—; haré lo que dices. —Y le ofreció un té.

De regreso en su antigua casa de Boston, James se sorprendió ante su ruinoso estado. El familiar interior olía a humedad, se notaba frío y transmitía un aire de fatiga; los muebles, en especial el perchero del vestíbulo, se veían cruelmente anticuados. Las habitaciones parecían un tanto miserables. Pensó que en la nueva casa no debían reproducir hasta el último detalle de la antigua, sino simplemente vender el Cisne Negro tal como estaba y empezar de cero en Detroit. Mantendría una charla con el arquitecto durante su estancia en Boston y anularía el proyecto de réplica; plantearía a Lavinia el hecho consumado cuando volviese al territorio de los lagos.

El señor Prentiss, su comerciante en vinos desde hacía muchos años, se alegró mucho de volver a ver a su segundo mejor cliente. Su rostro rojo carúncula contrastaba con el color rosado de su garganta de pavo, que asomaba desnuda por encima del nuevo estilo de cuello camisero, bajo y con corbata, y James pensó que debería haber seguido usando un amplio pañuelo para cubrirse decentemente. El comerciante abrió las manos como si invitara a James a bailar y dijo:

—Me complace verle otra vez, señor Duke. ¿Vuelve usted a la ciudad? Ah, es sólo una visita, tsss. ¿En qué puedo servirle? ¿Desea que le informe sobre nuestros nuevos vinos? Tengo algún caldo alemán excelente. A su servicio. —Y realizó un movimiento corporal muy semejante a una reverencia. Nada había cambiado en la vinatería: olía a polvo y humedad como siempre; el señor Prentiss seguía chasqueando la lengua y moviendo la cabeza en gestos de asentimiento.

—Señor Prentiss, tiene usted buen aspecto y confío en que las cosas le vayan bien. En efecto, sólo estoy aquí de visita. Y aunque con mucho gusto estudiaría esos caldos, he venido por otra razón. Deseo que se embalen los vinos de mi bodega y se envíen a mi nueva residencia en Detroit. Pero temo que si la tarea no se lleva a cabo con sumo cuidado, se rompan botellas y se altere el contenido. ¿Puede aconsejarme usted la mejor manera de hacerlo?

—Señor Duke, mover esos cientos de botellas, meterlas en cajas y transportarlas entre vaivenes a través de medio continente echaría a perder una gran parte de ellas. Sería un auténtico pecado. ¿Por qué no hacemos un trueque? El traslado desde su bodega hasta mi tienda no es un gran desplazamiento. A cambio le ofreceré un volumen mayor de madeira añejo o lo que usted desee en barricas y toneles que puedan soportar el viaje sin daños.

—Sí, parece la solución más lógica. Hecho.

Hablaron durante un rato y de pronto el comerciante, como si tal cosa, preguntó si los vinos de la bodega de Freegrace se habían vendido o cedido a algún pariente.

—A mí —contestó James—. En su testamento, Freegrace se los dejaba a Edward, pero las posesiones de Edward han pasado a mí. No me había detenido a pensar en la bodega de Freegrace, aunque siempre se dijo que era

muy buena.

La mirada se le iba una y otra vez hacia las botellas. Esperaba con impaciencia una magnífica cena... acompañada de vino y más vino.

—¡Muy buena! ¡Ya le digo yo que era muy buena! De las mejores de Boston. —Carraspeó—. Si se plantea deshacerse de ella, yo estaría interesado en comprársela. Jamás contemplaría la posibilidad de trasladar esas botellas tan poco comunes, ni siquiera a corta distancia.

—Bueno —dijo James—, desconozco la magnitud de esa bodega, pero tengo un juego de llaves en mi casa. ¿Quiere que quedemos mañana por la mañana para examinar el contenido?

—Nada me complacería más —respondió el señor Prentiss, que de pronto estornudó.

—¿Paso por aquí a las diez?

—Estupendo. Y ahora, señor Duke, ¿le apetece tomar una copa de amontillado conmigo?

—Sí me apetece —contestó James—. Me sentará bien. Sigo teniendo cierto malestar.

—¿Seguro que no prefiere un whisky caliente?

—No, no, un amontillado es lo que más deseo. Y tenga la bondad de mandar al Cisne Negro media docena de ese caldo alemán que ha mencionado. Necesito algo que beber mientras esté aquí, aunque desde luego siempre puedo hacer incursiones en mi bodega.

—Se lo aconsejo —dijo el señor Prentiss—. Si tiene vinos especiales, esta visita sería una excelente ocasión para disfrutarlos. Acompáñeme al salón de cata.

James se alegró de haber regresado a Boston. «Y esta noche —se dijo—, una muy buena cena.»

A la mañana siguiente tuvo jaqueca, y se la alivió con una gran copa de champán y un café exquisito, como no lo bebía desde hacía un año, que tomó en la cafetería Bliss, donde ni siquiera el camarero había cambiado: era el viejo Henry, con su enorme quiste en el mentón, que lo saludó por su nombre. Era una mañana tonificante y había escarcha; el caballo de alquiler estaba

brioso. Fue en coche hasta la vinatería, donde el rostro risueño y rubicundo del señor Prentiss flotaba tras el escaparate. La puerta se abrió, y el comerciante en vinos salió con paso enérgico provisto de un ábaco y un cuaderno.

—Me dijeron que el señor Freegrace Duke llevaba el inventario de su bodega, y he pensado en contar las botellas con esto —sostuvo el instrumento en alto— y tomar unas notas. —Estaba de un humor radiante.

A James le resultaban tan familiares la calle y el chacoloteo de su caballo que tuvo la impresión de no haberse marchado nunca de Boston.

—Un día fresco —comentó. La jaqueca le había desaparecido. Se sentía muy bien; sin duda el aire del mar era más saludable que los efluvios lacustres—. ¡Arre!

—Y otros más frescos vendrán. El almanaque anuncia un invierno crudo. Supongo que en Michigan los inviernos son más benévolos, ¿no?

—Yo no diría tanto —contestó James—, no lo diría jamás.

En casa de Freegrace una capa de polvo lo cubría todo. Se veían muchas pisadas en el suelo. Ninguna sábana protegía los muebles. La casa estaba helada.

—Hace unos meses pagué a su mayordomo el salario de un año para que se quedara y cuidara de la casa hasta que tomáramos alguna decisión —explicó James—. Según parece, se marchó en cuanto me fui. ¿Cómo se llamaba ese individuo...? Eccles, creo. Ya me ocuparé de esto. ¡Maldita sea, lo denunciaré! En fin, da igual. Busquemos un farol y unas velas y bajemos a la bodega.

La puerta de la bodega estaba entornada, y mientras descendían por la ancha escalera, James reparó en trozos de yeso y barro en los peldaños y marcas en la pared.

—Esto me da mala espina —comentó, señalando el polvo de yeso con la puntera del zapato. El señor Prentiss chasqueó la lengua. Sabía qué encontrarían; lo había visto ya antes en una ocasión.

Los botelleros estaban vacíos; los soportes de los toneles, vacíos; las estanterías, volcadas. Los cristales rotos destellaban a la luz del farol y en el aire frotaba un hedor vinoso. Habían desvalijado la bodega de Freegrace.

Se volvieron el uno hacia el otro y hablaron al unísono:

—¡El mayordomo!

Y James, impresionado, vio lágrimas en los ojillos de Prentiss. La nuez de Adán se deslizó en su garganta de pavo.

James llevó a Prentiss a su tienda en el coche. A continuación, fue a la comisaría recién creada y denunció la desaparición del vino. Dos hombres que a James le parecieron un tanto obtusos lo acompañaron y examinaron los destrozos en la bodega. Señalaron círculos en el polvo de los aparadores donde antes había braseros de plata y otros adornos. En cinco minutos llegaron a la conclusión de que la fechoría debía de ser obra de una banda criminal de inmigrantes.

—Están llegando a Boston a miles —dijo uno, probablemente inmigrante a su vez, pensó James.

—Pero el mayordomo... —dijo, sin recibir respuesta.

Salieron. Entró en la biblioteca, sin saber muy bien para qué, y cogió varios números atrasados de la *Burton's Gentleman's Magazine*. Al menos tendría algo que leer.

Regresó a la tienda del señor Prentiss y acordó el trueque de la mayoría de sus botellas por barricas de madeira, que se transportarían en carreta hasta Albany y desde allí en barco de vapor por el canal y el lago hasta Detroit.

—Eso al menos sí podemos hacerlo —dijo James. Pero vio que el comerciante en vinos seguía entristecido por la pérdida de la bodega de Freegrace, y que obtener los vinos de James no sería gran consuelo.

—Un robo así es un pecado atroz. Estoy seguro de que ese canalla no sabía lo que tenían entre manos. Desde hace años he oído decir que el señor Freegrace poseía un sauternes Château d'Yquem de la bodega privada de Thomas Jefferson, cosecha de 1784. Y oí hablar también de un madeira de 1792. El madeira es ciertamente el príncipe de los vinos añejos, y es mejor después de medio siglo. El del año 1792 estaría ahora alcanzando su madurez. Cuando se abre una excelente botella añeja, la estancia se llena de aromas intensos y profundos... —Se interrumpió y se apartó de la luz.

La recogida de las botellas del Cisne Negro y la insoportable lentitud de los métodos del señor Prentiss para embalarlas y trasladarlas a su tienda retrasaron casi diez días el regreso de James. El resplandeciente otoño se apagó, y las lluvias de noviembre empezaron la mañana después del Día de Guy Fawkes, que los bostonianos llamaban aún Día del Papa, ahogando las últimas hogueras todavía humeantes. Al cabo de uno o dos días, la primera tormenta que azotó desde el Atlántico sacudió el roble que crecía ante la ventana de su antiguo dormitorio y arrancó las hojas muertas.

Lo visitó un agente inmobiliario. Había enviado una carta para anunciar que representaba a un importante ciudadano de Boston y deseaba hablar con el señor Duke sobre la adquisición de un bien raíz. James supo que el hombre era hijo de uno de los accionistas de la Compañía Inmobiliaria del Misisipi en Nueva Inglaterra, que unas décadas antes se había beneficiado de una controvertida apropiación de tierras por parte del Congreso valoradas en más de un millón de dólares. Ahora el hijo que había heredado las ganancias ofrecía noventa mil dólares por el Cisne Negro y sus jardines. James fingió reticencia y finalmente accedió a desprenderse de la finca, la casa y todo su contenido (excepto su pequeña mesa taraceada, que viajaría con él a Detroit), por una suma bastante mayor. Al día siguiente puso en manos del agente la casa de Edward, la mansión desvalijada de Freegrace e incluso la hermosa casa de ladrillo de estilo federal de Lennart Vogel. Una semana antes de Acción de Gracias inició el regreso. El vino lo seguiría.

En su camarote del barco de vapor *Liberty Tree*, leyó el último número de la *Burton's Gentleman's Magazine* y lo inquietó un relato: «La caída de la casa Usher», por lo mucho que los párrafos iniciales le recordaron desagradablemente el robo en casa de su primo. Le dolía la garganta. Estaba cogiendo un resfriado. No había sitio peor que un barco de vapor en el lago Erie en invierno para acatarrarse. En la maleta llevaba un ejemplar de *Nicholas Nickleby* para Lavinia. Leería eso. Inició, pues, el último tramo del tedioso y frío viaje estremeciéndose ante las tropelías del señor Squeers, quien sin duda no habría tenido el menor reparo ante la posibilidad de robar todo el vino de una bodega.

Lo sintió antes de ser consciente de que lo sentía. Su propia experiencia como marino se basaba en los tiempos de navegación a vela por el Atlántico, pero percibió el cambio en los latidos de ese mar interior, la respuesta cada vez más trabajosa del barco de vapor. Sabía que los Grandes Lagos, y en especial el Erie, se contaban entre las aguas más traicioneras de la Tierra, y que las tormentas invernales hundían barcos como los hombres pisoteaban flores silvestres. Duke & Sons había perdido dos barcazas madereras el invierno anterior, regalando así a los colonos de las orillas tablones de los que se apropiaron sin más esfuerzo que el de agacharse para recogerlos. Siguió leyendo pero notó el frío. Cuando se levantó para ir en busca de su grueso abrigo, casi se cayó a causa de un violento bandazo. Ya oía gemir el barco, retorcerse cada riostra con sus vaivenes entre las descomunales olas. Se puso el abrigo, un sombrero y gruesos guantes y salió a la cubierta.

Un viento brutal arrancaba la espuma de las crestas de las olas. El vendaval acababa de levantarse, y Dios, qué frío hacía. Nada más respirar aquel aire cortante se le avivó la habitual jaqueca, que lo golpeó como si le hubieran arrojado una piedra. Vio formarse el hielo ante sus propios ojos: en la barandilla, en la cubierta, en todos los cabos, las escotillas, una gruesa capa de hielo azul, toneladas. Fascinado, lo observó vidriarle la pechera del abrigo. Sintió el peso en las cejas. El suelo estaba resbaladizo. Los pasajeros salían de sus camarotes a ver cómo resollaba el barco en medio de aquel frío creciente, y un hombre corpulento cayó y se deslizó por la cubierta, pero logró agarrarse al barrote inferior de la barandilla. No podía levantarse, y a cada bandazo del barco sus pies se balanceaban sobre el abismo. James vio que se formaba hielo en las piernas del hombre. ¿Podía llegar hasta él? No podía. Buscó un cabo, vio uno enrollado, pero lo envolvía un gran bloque de hielo. Los pasajeros se aferraban allí donde podían. James se preguntó si conseguiría regresar a su camarote e intentó dar un paso sin soltar la barandilla. Resbaló y desistió. Ahora la gente gritaba: «¡Socorro, socorro!». Jamás en la vida había sentido semejante frío. Dos carámbanos le pendían de la nariz mucosa. El hombre se desprendió repentinamente de la barandilla y cayó al Erie. El barco entero estaba encerrado en un féretro de hielo de dos palmos de grosor, y avanzaba penosamente, bamboleándose en el seno de las olas, cada vez más despacio, cada vez más hundido. ¿Por qué la tripulación no había empezado a

desprender el hielo tan pronto como empezó a formarse?, deseó preguntar James, pero era incapaz de articular palabra. A través de la cortina de espuma, le pareció ver tierra no muy lejos, a menos de dos kilómetros. Se dirigían a un puerto local, o al menos hacia una isla para situarse a sotavento, y cobró ánimos. Sobreviviría; había pasado por situaciones peores. El viento impulsó al indefenso *Liberty Tree*, que a unos quinientos metros de una desolada costa salpicada de tocones se estrelló contra los escollos entre la espuma; supo que jamás bebería ese condenado madeira, pero con una extraña sensación de victoria notó que la jaqueca se reducía a una espícula menguante.

Cyrus recibió la noticia del patrón del barco y fue en busca de Lavinia.

—Tenemos que ir allí —dijo ella—. No podemos esperar. Es mi padre. Tenemos que ir con él.

Tardaron dos días en llegar a un punto de la orilla cercano al naufragio, viajando en uno de los momentos más fríos del siglo. Cyrus estaba agotado por la agitación de Lavinia, sus nerviosos movimientos de cabeza y su llanto. Las gélidas temperaturas persistieron hasta que toda la orilla del Erie quedó erizada de bóvedas cristalinas de hielo. Entre los tocones, transformados en refulgentes cilindros de hielo, hallaron treinta y tantos cadáveres congelados dispuestos en la orilla, donde los habían colocado los leñadores, llegados desde su zona de tala a casi dos kilómetros de distancia. Los pasajeros habían quedado congelados en posturas angulosas, tal como estaban en el momento de solidificarse la sangre en las venas. Muchos tenían las manos contraídas, porque así se habían sujetado a un cabo o la barandilla, y los rostros detenidos en una expresión postrera de lucha o resignación. El capitán, con su uniforme de hielo, sostenía un reloj de hielo en su mano rígida. Encontraron a James; los ojos, congelados, los tenía vueltos hacia el cielo, los labios apretados en una fina grieta. Lavinia le tocó la mejilla marmórea. Miró a Cyrus. Éste, con un gesto de impotencia, dijo:

—Nos reuniremos con él en el cielo.

Algunos de los leñadores intentaban rescatar los últimos fragmentos de vergas y aparejos del barco, que se agitaban todavía en el fuerte oleaje. Lavinia llamó a un hombre cuya espalda redondeada y cuyos hombros

encorvados le pareció reconocer.

—¿Señor Roby? Oh, señor Roby, de verdad es usted. Hágame un gran favor y se lo pagaré. Mi padre, James Duke, yace entre esos cadáveres. Debo llevarlo a Detroit para darle sepultura. ¿Me ayudará?

El hombre la miró a la cara, blanca como nieve vieja y sucia y surcada de lágrimas heladas.

—¡Cómo! ¿El señor James Duke? ¿Su padre? ¡Jesús, María y José! Sí, señorita Duke, lo haré. Lo sacaremos de ahí en cuanto podamos. Y no le cobraré por ello.

—Nunca olvidaré esa gentileza —dijo Lavinia.

Ahora estaba sola, salvo por Cyrus y Clara, que no contaban. Había conocido la soledad en el aborrecido colegio inglés. Y ahora, una vez enterrados James en el cementerio de Mount Elliot y Posey en Boston, una vez muertos todos sus tíos, volvía a sentir lo mismo. Se tumbó en la cama e intentó respirar despacio. Respiró, respiró y de pronto casi oyó el sonido más triste del mundo, las notas lejanas de un piano tocado en una habitación vacía:... *re mi fa sol*...

—Mamá. ¡Mamá!

Al cabo de unas horas despertó en la oscuridad con el corazón acelerado y el rostro salado adherido a la funda de seda de la almohada. ¿Por qué no había pensado antes en eso? No estaba sola. Había una persona que la protegería, que cuidaría de ella. Pese a ser un hombre corriente, ella percibía en él un carácter noble, al margen de lo que dijeran. Se levantó de la cama, encendió el candil y empezó a escribir. La pluma rasgó sobre el papel hoja tras hoja, dejando borrones de tinta, y cuando Lavinia acabó, clareaba ya el amanecer lechoso. Dobló las hojas, las envolvió, las selló y anotó las señas. Tuvo una sensación de tarea terminada, supo que se había salvado. Muy cansada, volvió a rastras a la cama gélida y se durmió.

Se levantó al mediodía, comió una pechuga de pollo cocida. Llevó la carta a la estafeta de correos y la envió. Ya sólo le quedaba esperar. No sentía el menor desasosiego. Él no le fallaría.

Pasaron los días y Lavinia empezó a inquietarse. Al cabo de diez días no tenía aún respuesta. Se concentró en el trabajo de oficina, pero cada vez era más evidente que no podía dirigir Duke & Sons ella sola.

Organizó una reunión con el señor Edward Pye. James se había llevado a Detroit a Pye, el contable, tesorero y pagador de la empresa, y le había asignado una casa cerca de la sede de Duke & Sons. El señor Pye, de tez pálida, cabello y barba rizados y morenos, era reservado y responsable, el empleado ideal. Pero tenía una tendencia a señalar las deficiencias de Duke & Sons que a Lavinia no le gustaba del todo. Fue él quien le presentó a un abogado que estaba de visita en Detroit por razones de trabajo, Clayton Jasper Flense. En el plazo de dos semanas, Flense se había convertido en un elemento indispensable. Aconsejó a Lavinia que trasladara las oficinas a Chicago, cuyo emplazamiento geográfico era mucho mejor que el de Detroit, ocupaba un lugar más céntrico con respecto a todo el país y empezaba a convertirse en una ciudad importante. Le recomendó también que se constituyera en sociedad anónima y nombrara un consejo directivo.

—Muchas empresas se constituyen en sociedad anónima. Porque así, sean cuales sean las decisiones que tome una compañía, si alguna de sus actuaciones termina en litigio..., pues nada, el ataque en cuestión no recae en usted ni en ninguno de los directores a título personal, sino en la sociedad, que es un ente, no una persona. Se trata de una protección jurídica, compréndalo. Y también serviría para reunir capital y adquirir grandes extensiones de bosque. Sus inversores tendrían responsabilidad limitada, es decir, no habrían de hacer frente a pérdidas superiores a la cantidad invertida. Las sociedades anónimas son una de las grandes ventajas para los negocios en este país: la constitución de sociedades entra dentro de la jurisdicción de los estados, no del Gobierno central; y si en un momento dado no está usted a gusto en un estado y las oportunidades parecen mayores en otro, puede trasladarse allí. Es la savia del espíritu emprendedor americano. No tenemos reyes ni déspotas tiránicos que nos empobrezcan a fuerza de exprimarnos. Podemos inventar y fabricar y trabajar y hacer, y quedarnos con el fruto de nuestro esfuerzo.

—Pero mi padre decía que a menudo las sociedades anónimas eran monopolios, y que resultaban perjudiciales para otras formas de sociedad y los propietarios independientes. Mencionaba, por ejemplo, la Compañía de las Indias Orientales.

—No puede decirse que eso fuera una institución americana. Recuerde también que era una cédula real, bajo la «protección» del Gobierno británico... y bajo su control. Lo que los americanos temen de las sociedades anónimas es que acaparen demasiado poder. Sentimos aversión por el poder a la vez que lo admiramos, y creo que la competencia entre sociedades anónimas pondrá fin a esa preocupación.

Lavinia creyó entender lo que ocurría. Había llegado el momento de reconfigurar Duke & Sons. Y a diario aguardaba la respuesta a aquella dolorosa carta escrita en plena noche.

Flense y Pye eran valiosos, pero ella necesitaba una ayudante, alguien capaz de actuar como secretaria, ocuparse del papeleo y los suministros de oficina, supervisar a otros empleados, organizar las visitas y las entrevistas relacionadas con el negocio. Puso un pequeño anuncio en *The Democratic Free Press and Michigan Intelligencer* en que solicitaba a una mujer responsable y con sentido del orden.

Sólo dos aspirantes contestaron al anuncio. La primera era una muchacha huesuda de dieciocho años, deseosa de escapar de la granja desboscada de su padre. Alternaba la timidez y la franqueza. Se tiraba nerviosamente de las cutículas sangrantes y, por lo visto, disponía de escasas cualificaciones, aparte del deseo de huir de la vida de campesina.

—Sé leer. Sé escribir. ¡Puedo aprender! —contestó cuando Lavinia le preguntó por sus aptitudes.

—Admiro ese talento, pero quizá no baste con eso, señorita Heinrich. Anotaré su nombre en mi agenda y la avisaré si en el futuro surge una oportunidad adecuada.

La segunda solicitante era Annag Duncan, una viuda de mediana edad, delgada, con el pelo de color ladrillo y unos dedos largos como patas de araña. Tenía una voz grave y pausada.

—Antes de conocer a mi marido, Alasdair Duncan, trabajé en las oficinas de un fabricante de sombreros de Glasgow. Luego me quedé en casa. Nos casamos, y él quería venir al Nuevo Mundo y ganarse la vida como proveedor de maderas de calidad. Sabía qué maderas eran las más codiciadas. Fuimos a Nueva York. Pero su tos..., tenía una tos ligera desde hacía años, nada importante..., esa tos empezó a ser muy persistente, y acompañada de sangre. Un médico le diagnosticó tuberculosis y le aconsejó trasladarse a un clima seco de montaña. Pero el hombre para el que trabajaba dijo que, antes de trasladarse a las montañas, debía visitar Detroit y examinar una hermosa madera clara de pino, así que vinimos, y murió dos semanas después de desembarcar. No llegó a las montañas.

Era poco agraciada, y no tenía dinero; de hecho, vestía ropa raída. Pero su experiencia en trabajos de oficina con el fabricante de sombreros la hacía valiosa, y Lavinia la contrató. Volvió a ponerse en contacto con la hija del granjero para que ayudara a Annag.

—Pondré a prueba su promesa de que quiere aprender. Está contratada. Cobrará cinco dólares al mes con opción a un aumento si trabaja bien. En los próximos meses nos trasladaremos a Chicago. Preséntese ante la señora Duncan mañana a las siete; ella le asignará sus tareas. Espero de usted que trabaje de firme y con precisión.

«Y ahora», pensó, «debo vérmelas con Cyrus.» Deseaba excluirlo de la empresa. Su personalidad quisquillosa y autoritaria, su sordera... eran un lastre. Confiaba plenamente en sus propias aptitudes, con la ayuda y el apoyo de Flense y Pye. Y no había recibido aún respuesta a aquella carta.

La contestación, cuando llegó, distaba tanto de sus expectativas que apenas comprendió lo que estaba leyendo. La releyó una y otra vez, convencida de que no la entendía bien. Pero, en efecto, era un rechazo: «... su generoso pero insólito ofrecimiento... prefiero conservar mi propio apellido... elegir yo a mi esposa... forjarme camino en el mundo». El señor Andre Roque tuvo la desfachatez de desearle suerte.

Se vino abajo, despotricó y gritó, lanzó ropa, muebles, arrojó libros por la ventana, profirió improperios que ni siquiera sabía que conociese y finalmente, sollozando, se arrojó sobre la cama revuelta.

Abajo, la señora Trame y la nueva criada, Alberta Snow, oyeron el alboroto.

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó Alberta.

—Imagino que es el dolor por la pérdida de su padre —contestó la señora Trame.

—Eso no es dolor. Eso es furia, eso es rabia intensa. Eso es el comportamiento de un perro rabioso.

—El dolor se manifiesta de distintas maneras —afirmó la señora Trame.

A la mañana siguiente, Lavinia, vestida de negro, bajó a desayunar muy callada, tomó tres tazas de café, tostadas y una manzana.

—Señora Trame, hoy iré a las oficinas de Duke & Sons. Vendré al mediodía, y me gustaría comer algo sencillo. Lo que tenga a mano. Y si es tan amable, pídale al señor Kneebone que repare los cristales de la ventana de mi dormitorio. Ayer tuve ciertas dificultades, pero hoy me encuentro perfectamente.

Ese momento, se dijo, sería su última manifestación emocional; en adelante rechazaría la compasión y las condolencias, por considerarlas muestras de debilidad. No sentiría nada por nadie.

Cyrus entró en el despacho fumándose uno de los puros de James (había cogido la caja del escritorio de éste después del funeral) y se quedó mirando a la señora Duncan, que estaba sentada tras su mesa, impecable con su vestido negro de lana de recatado cuello.

—¿Y usted quién es? —preguntó con tono ofensivo.

—La señora Annag Duncan. La señorita Duke me ha contratado para ponerme al frente de la oficina. ¿Y usted es...?

—¿Cómo? ¿Cómo? —Por fin comprendió—. ¡Ponerse al frente de la oficina! No se me ha consultado. ¿Dónde está?

La señora Duncan señaló con el mentón en dirección a la puerta de su jefa.

—¿Me permite que lo anuncie, caballero?

—¡Qué! ¡Cómo! ¡Pamplinas!

Cyrus no se anduvo con preámbulos.

—¿Quién te ha autorizado a contratar a esa mujer?

—Lo han aprobado todos los miembros del consejo excepto tú y yo —respondió Lavinia, gritándole al oído medio sordo—. No necesito permiso de nadie. Yo dirijo Duke & Sons; soy la heredera de los bienes e intereses comerciales de James Duke, y obraré como considere oportuno.

—Vaya, veo que no te andas con rodeos.

—Y ahora, en cuanto a tu propia posición en esta empresa, sería mejor que te fueras.

Lavinia esperaba que Cyrus reaccionara con bravatas, que armara un escándalo; pero la sorprendió.

—Lavinia, también yo creo que ha llegado la hora de introducir cambios. Hace años que quiero dedicarme por mi cuenta al corretaje maderero. Tengo contactos con varias compañías del sector, no sólo con Duke & Sons. Y cada día aparecen una docena de contratistas nuevos en el bosque. Naturalmente, contaría con que Duke & Sons fuese mi principal cliente.

Annag Duncan lo oía todo desde fuera del despacho.

Lavinia sonrió.

—Enhorabuena, Cyrus. Tengo la intención de trasladar la empresa a Chicago. Y de cambiarle el nombre, dado que no hay hijos: la llamaré Talas y Maderas Duke.

Cyrus pareció a punto de decir algo, pero Lavinia se llevó el dedo a los labios y señaló en dirección a la puerta del despacho. Tomó una pluma y escribió: «Detroit pequeño para empresa. Mejor zona más céntrica. Chicago ideal. Doble pobl. en 2 años, bosques, lagos, ríos, fácil transporte troncos. Línea Galena-Chicago. Ferrocarril, más construcción. Canal de Ill. & Mich. conecta con Mis.». Esperó a que él lo leyera y a continuación levantó la voz junto a su oreja peluda:

—La tendencia en el sector es desplazarse del eje norte-sur al eje este-oeste ahora que el ferrocarril llega allí donde no hay ríos. Chicago es el centro. Ninguna empresa puede pasar esto por alto.

—¡Vaya! —exclamó Cyrus, impresionado ante ese resumen de la situación de Chicago—. Pardiez, es verdad.

Hombres de todo el país, de todo el mundo, habían captado el estimulante aroma de Chicago, la ciudad del siglo, convertida ya en núcleo de comunicaciones, y todo el mundo iba allí con idéntica avidez, iba a apropiarse y apropiarse y volver a apropiarse de lo que fuera. Chicago era pura codicia y acción, y tal vez se convirtiera en el centro de negocios más importante del mundo. Decidió trasladar su propia empresa a Chicago inmediatamente.

Lavinia escribió de nuevo: «Reunión consejo, renuncias formalmente. Sigue por favor en el consejo de Talas Duke. Probable constitución sociedad anónima».

Cyrus lo leyó, le lanzó una penetrante mirada de sorpresa y dijo:

—En muchos estados, las leyes limitan las actividades de las sociedades anónimas.

—Talas Duke se encuentra en una situación favorable en cuanto a la asamblea legislativa de Michigan —dijo Lavinia. Cyrus calló, y ella interpretó su silencio como señal de que la entendía—. Quiero que inicies tu nueva empresa sin acritud. ¿Se cuentan los Breitsprecher entre tus clientes?

—Eso es asunto mío, no tengo por qué decirlo. Ja, ja.

Lo mismo habría sido que lo escribiera en la pared.

Pasado un año, estaba instalada en Chicago. Vivía en una casa frente al lago coronada por una cúpula acristalada cubierta de cobre, pero la señora Trame se había ido, víctima de una hidropesía por la que se le hinchaban las piernas, hasta adquirir el tamaño, la forma y el color de las focas del puerto de Boston. Había muerto de repente mientras amasaba el pan. La nueva cocinera, la señora Agnes Balclop, era más que competente. Y el viejo Kneebone lo mantenía todo en buen estado, atendía a los caballos y el jardín, y los sábados por la noche bebía y vociferaba. Lavinia tenía una acompañante, Goosey Breeley, una prima lejana de Posey natural de New Brunswick, que se había trasladado a Chicago. Se parecía un poco a Posey, y su voz y su acento eran muy similares. Se convirtió en su partidaria oficial, médico de cabecera, crítico favorable y recadera. Organizaba la casa, y todo el mundo temía su lengua viperina de New Brunswick. A menudo explicaba, con desparpajo, que en Chicago nada podía compararse a las virtudes de New Brunswick.

Lavinia, el abogado Flense y el contable Pye se reunieron en la nueva sala de juntas, un cuadrado perfecto de paredes blancas de yeso con siete ventanas que daban al lago Michigan, para hablar de los candidatos idóneos a los puestos de la empresa. Annag Duncan dejó una cafetera humeante y una bandeja con galletas y pasteles en la mesa alargada de debajo de las ventanas. A pesar de que James había contratado a cuatro nuevos prospectores y sus ayudantes antes de su fatídico viaje al este, necesitaban más: los Breitsprecher estaban comprando grandes extensiones de tierra a crédito, y les llevaban la delantera. Alguien tenía que asumir el antiguo cometido de Lennart.

—En mi situación actual no puedo actuar como presidenta de la empresa y a la vez supervisar a los prospectores, los contratistas y los aserraderos. — Lavinia tamborileó con los dedos sobre una pila de papeles.

Flense dio un bocado a una crujiente galleta de limón. El señor Pye tomó nota de algo.

—Necesita un jefe de producción —sugirió Pye, y ella asintió—. Propongo a Noah Ludlum, un hombre de Maine que entiende de todo, desde las judías hasta el almacenamiento de troncos en represa. Padece algún que otro ataque de epilepsia, y por eso no puede trabajar en el bosque como contratista, pero conoce a fondo todas las actividades y tiene un don para colaborar en armonía con los hombres y elegir a los mejores para llevar a cabo lo que él no puede hacer.

—¿Puedo entrevistarle la semana que viene? ¿Está en la zona?

—Actualmente trabaja para los Breitsprecher, pero me consta que no está a gusto con sus rarezas. ¿Me pongo en contacto con él?

—Sí, hágalo. Y en cuanto al transporte..., ¿no necesitamos a alguien responsable de la supervisión de todos nuestros medios de transporte, sean chalupas, gabarras, carromatos o vagones de tren? ¿Y barcos? ¿No nos convendría construir nuestras propias gabarras?

—Señorita Duke —intervino Flense—, allí donde pueda eliminar al intermediario, obtendrá beneficio. Reduzca el número de manos por las que debe pasar su producto antes de reportarle ingresos. Sería bueno para la empresa construir sus propios barcos y gabarras en sus propios astilleros.

Lavinia tomó nota, pero le rondaba una idea por la cabeza. Flense se puso en pie y se acercó a la bandeja de galletas. Cogió dos con baño de limón.

Pye volvió a hablar.

—E incluso las pequeñas actuaciones tienen su incidencia en el balance final. Una pregunta: ¿hay tiendas en los campamentos de los contratistas? Lugares donde los leñadores puedan comprar ropa, tabaco y otros artículos de primera necesidad.

—No. ¿Eso no es asunto del contratista?

Flense se apresuró a contestar.

—Ah, ahí quería yo llegar. Debe contratar directamente, como empleados propios, a los capataces de los campamentos, y trabajar con sus propias cuadrillas. Prescindir de los contratistas.

—Sí —convino Pye—, prescinda de los contratistas, utilice cuadrillas al servicio de Talas Duke bajo el control de resueltos capataces asalariados. Contrate a los mejores cocineros al menor coste. En todos los campamentos introduzca tiendas aprovisionadas de pantalones, botas y calcetines, cuchillos y hachas, tirantes y caramelos, tabaco, quizá incluso papel y velas, peines y cosas así. Consiga todo eso al menor precio. Puedo solicitar una licencia de venta si lo desea. Luego cobre un poco más que los comerciantes del pueblo y recuperará una parte considerable de lo que destine a salarios.

Lavinia movió la cabeza en un gesto de asentimiento. Su interpretación de estas sugerencias fue: «Pague lo menos posible en sueldos y venda su género a los trabajadores por tanto como puedan permitirse». En emplazamientos recónditos, los leñadores considerarían una ventaja disponer de una tienda en el campamento. Las ideas bullían en su cabeza. Dijo:

—He leído que en Pensilvania una compañía maderera cuenta con una línea de ferrocarril de corto recorrido desde la zona de tala hasta el aserradero y que una pequeña máquina de vapor arrastra los vagones. Podríamos plantearnos hacer lo mismo. Eso nos libraría de la tiranía de los ríos, ya que ahora sólo cortamos árboles cerca de los cauces de agua. Parte de los árboles más deseables crecen lejos del agua y no se talan por la complicación que eso representa. Aunque, desde luego, un ferrocarril saldría extraordinariamente caro.

—Para ganar dinero hay que gastar dinero. No tema la innovación: de ahí sale el dinero. —Flense había arrasado con las galletas de limón y empezaba con las de melaza.

—También he leído que esa misma empresa tiene la serrería en el campamento y envía la madera ya curada al mercado en ferrocarril. Tenemos que construir nuestros propios ferrocarriles. —Tras una breve vacilación, añadió—: Y hablando de Maine, creo que seguimos necesitando a alguien fiable en Maine para atender nuestros intereses allí. Mi padre se proponía deshacerse de aquellos bosques, porque el pino blanco se ha talado ya casi por completo, pero murió antes de poder realizar la venta, y ahora yo me pregunto si no habría un mercado para otra clase de maderas aparte del pino. Crecen allí píceas y tsugas, pero también muchas frondosas: hayas, arces, nogales, robles. Quizá éstas tengan un valor que todavía no reconocemos. Creo que deberíamos conservar esos bosques y buscar posibles mercados para otras maderas. En las tierras de Michigan hay también otras muchas clases de árboles, aparte de pinos.

—Señorita Duke —dijo el abogado Flense—, tiene más visión para los negocios que la mayoría de los hombres.

—Aprendí de mi padre. Y del tío Lennart.

—Pero una sugerencia más.

El abogado Flense se sacudió las migas del chaleco. Entornó los ojos y la miró con la mayor seriedad. Lavinia lo percibió: aquello no era un juego, ni una fantasía ni un capricho; él la consideraba una igual en cuanto a inteligencia.

—¿Sí?

—Compre tanto suelo urbano en Chicago como le sea posible y consérvelo. No tiene que hacer nada con él, y con el paso del tiempo su valor aumentará, se duplicará, se triplicará, los centavos se convertirán en miles de dólares. Cuando llegué aquí, una hectárea en el centro de la ciudad podía adquirirse por tres o cuatro dólares. Ahora media hectárea de suelo urbano céntrico asciende a mil quinientos dólares. Eso mismo ocurrió en Nueva York, y está ocurriendo ahora en Chicago. Será una fuente de riqueza extraordinaria para aquellos que tengan terrenos y esperen, los conserven. Sí, sí, ya sé lo que va a decir: que tiene casi todo el dinero de la empresa inmovilizado en tierras forestales. Muy bien. Cuando el bosque se termine, venda esas tierras a los

colonos. Pero las grandes sumas de dinero, obtenidas sin esfuerzo ni más desembolso que el precio de compra original, están justo debajo de sus pies. El suelo urbano. Recuérdelo.

—Lo recordaré.

El señor Pye se irguió ante sus anotaciones y propuso que, después de tanta charla, fueran a cenar al Tremont. Antes de salir, el abogado Flense se detuvo frente al escritorio de Annag Duncan.

—Señora Duncan, es usted una mujer maravillosa —dijo—. Lleva la oficina admirablemente y además prepara unas pastas excelentes.

Annag se ruborizó y agachó la cabeza. Lavinia pensó que era un tanto necia por sucumbir a los halagos del abogado.

Ante unas chuletas con patatas asadas, hablaron de fincas, solares urbanos y edificios, y Flense se comprometió a presentar a Lavinia a un agente inmobiliario astuto y bien informado. Ella asintió, pero en su cabeza se arremolinaban aún las más diversas ideas con respecto a la expansión de su imperio, y pensativamente dijo:

—También podemos buscar en el extranjero...; no, no me refiero a Europa, con sus tierras agotadas... Europa no es nuestra fuente de suministro sino nuestro mercado... Pero hay otros países, lugares de los que nada sabemos. No ahora, pero sí en el futuro. A saber qué fabulosas maderas crecerán en lugares remotos.

Muy al este, a gran profundidad bajo el mantillo de hojas y el suelo negro del bosque, los huesos de Charles Duquet se relajaron.

Ahora sabía una cosa: la única seguridad real residía en el dinero. Muy bien. Lavinia Duke, una mujer de negocios rica y competente, iba a construir una muralla protectora a base de dinero. Y pasados diez años, Talas y Maderas Duke contaba con un director general y sus ayudantes, un jefe de ventas, docenas de prospectores, treinta campamentos madereros, unos cuantos kilómetros de línea férrea a través del bosque y una locomotora a vapor llamada James; tenía gabarras y barcos, y sus tripulaciones, serrerías y centros de acabado, dos fábricas de muebles que utilizaban madera de frondosa, así como bloques de edificios y selectos solares en el centro de Chicago; tenía a

su servicio a todo el bufete de abogados de Flense, que influían en asambleas legislativas, senadores y congresistas como quien toca el banjo. Las diez líneas de ferrocarril de Chicago se extendían por la ciudad como los dedos de dos manos abiertas. Dos solares que Lavinia había comprado por doce mil dólares cada uno se tasaron en más de veinte mil seis meses después. Compró tantos terrenos como pudo. Sabía que el abogado Flense compraba también para sí cuanto estaba a su alcance. La población de Chicago pasó de veinte mil habitantes a casi cien mil en sólo unos años.

A menudo observaba el tráfico naval en el lago Michigan, y a cada mes que pasaba veía menos veleros y más barcos de vapor. Cultivaba la relación con periodistas que elogiaban a Talas y Maderas Duke describiéndola como una empresa filantrópica que creaba empleo y mantenía una impecable moralidad, y presentando a Lavinia como una mujer de negocios progresista y poco común. Algún pequeño obsequio al municipio, como un quiosco de música o una donación para los fuegos artificiales del Cuatro de Julio, recibía párrafos y párrafos de entusiasta prosa. Animaba a los directores de las publicaciones a encomiar la virilidad y resistencia de los leñadores, lo que inculcaba en los hacheros la convicción de que podían sobrellevar riesgos extremos y resistir las condiciones más desesperadas porque eran curtidos héroes; ese mismo aderezo sirvió para los colonos hasta la tercera generación, al creer que eran «pioneros» y podían sobrevivir a peligros y adversidades. Los leñadores y los colonos de la frontera, pensaba Lavinia, vivirían del orgullo y la fe en su propia invulnerabilidad en lugar de vivir de dinero. Descubrió que nimios gestos le granjeaban extraordinario renombre. Cuando se enteró de que los trabajadores de un campamento habían jugado al béisbol un domingo, decretó que en los campamentos de la empresa Duke la actividad cesaría el sábado al mediodía y la tarde se destinaría a pasatiempos como el béisbol, pero que se prescindiría de toda diversión en domingo, que era el día de descanso del Señor. Esta medida le valió la imagen de mujer devota pero moderna aficionada al deporte, y fue invitada a Hoboken para asistir a un partido de los Knickerbockers.

Después de esos almuerzos, a menudo se sentaba tras su escritorio de palo de rosa y, siguiendo un hábito que había heredado de Posey, anotaba todo aquello que recordaba de la conversación en una libreta encuadernada en piel

verde. Perfiló su plan para comprar goletas a bajo coste, desarbolarlas y convertirlas en gabarras para el transporte de madera.

Pero los almuerzos con políticos y abogados eran aún más interesantes, y las cuestiones candentes del momento —la esclavitud, la «tierra libre» y la expansión territorial— nunca habían causado tanto furor. Un conocido senador, paladín de la democracia muy propenso a la oratoria, utilizaba la mesa de Lavinia como estrado.

—La gente que vive en un estado o territorio, sea cual sea, tiene derecho a tomar sus propias decisiones. No corresponde al Gobierno decidir si un territorio puede consentir la esclavitud dentro de sus fronteras o no.

No mencionó que su esposa era dueña de una plantación algodonera con cien esclavos, ni que él mismo recibía una renta en calidad de gerente. Siempre tenía en la boca la expresión «voluntad del pueblo». Se refería a la voluntad de los blancos, ya que otro de sus lemas era que «la Constitución fue redactada por blancos y para blancos». Al fin y al cabo, ¿existía acaso alguien más?

—Bien dicho, bien dicho —fue el comentario que resonó en torno a la mesa.

Llegó al país gente en tropel: casi un millón de irlandeses en veinte años, medio millón de alemanes. Procedían de todos los lugares del mundo: alemanes, canadienses, ingleses, irlandeses, franceses, noruegos, suecos. El mundo había oído hablar de aquel rico continente con su inagotable manto de bosques, su tierra veteada de filones de valiosos metales como un queso enmohecido, pesca y caza en tales cantidades que era imposible imaginarlas, centenares de millones de hectáreas de tierra despoblada en espera de ser ocupada, y un Gobierno generoso y acogedor demasiado fascinado con su propia imagen democrática para hacer frente a hombres astutos cuyas familias habían vivido del ingenio durante siglos. Todo estaba allí para echarle mano; era una oportunidad única y jamás se repetiría.

Para algunos, esa oportunidad nunca llegó: un leñador cuyas botas baratas se caían a trozos durante la maderada de primavera; otro que no consideraba el *súmmum* de la alimentación un trozo de carne de cerdo cruda

untado en melaza; el hombre inmovilizado en una cama durante seis meses a causa de un accidente en el bosque mientras su esposa recibía «huéspedes» que se quedaban en la casa menos de veinte minutos; una familia de Kansas arruinada por la sequía que comía coyotes para sobrevivir. Y en Chicago se extendían las barriadas, cientos de barracas construidas con madera de desecho y cuero podrido hacinadas en torno a los corrales de los grandes mataderos, las serrerías y las tenerías rodeadas de agua envenenada.

bajo llave

Lavinia se había encorsetado y vestido para ese día con seda verde, una falda primorosamente drapeada sobre un polisón. Un volante de encaje le adornaba la garganta. En la terraza abierta de la cúpula, el viento era como un gato montés que, atrapado entre el lago y el cielo, se erizaba y lanzaba zarpazos. Avistó dos barcos lejanos en el trémulo horizonte, pero, al mirar hacia el sur con sus binóculos por encima de la ciudad, no vio los barrios suburbiales. Se volvió de nuevo hacia el norte y observó los barcos con los ojos entornados. El viento le tironeaba del pelo negro, recogido en un moño en lo alto de la cabeza. Siempre habría pobres, hordas de gente sin ambición de mejorar. Un sinfín de problemas espantosos azotaban el mundo, pero no eran asunto de ella. Forzó la vista para distinguir los detalles de los lejanos barcos de vapor. Un telescopio era lo que necesitaba. También ella, pese a su elevada posición social, tenía sus propias dificultades: la acerba soledad (ya que Goosey Breeley parecía más una cómoda que una acompañante), áridas negociaciones comerciales, rivales rencorosos... y la descendencia. Por entonces ya era legal que una mujer tuviese propiedades, y Lavinia debía decidir quién heredaría Talas y Maderas Duke, los extensos terrenos forestales, las fábricas y serrerías, las acciones del ferrocarril. Entretanto, el viento se ensañaba en su cabello. Alisándose los mechones sueltos, entró y dejó los binóculos en la superficie de mármol de la mesa colocada junto a la puerta. No conseguía quitarse de la cabeza esa preocupación. El heredero debía ser una persona del linaje de los Duke. Desde luego no sería Goosey. Durante un instante pasó por su mente la diluida imagen de los desechos

humanos que se dedicaban a talar árboles, vidas reducidas a unos cuantos años de sudor empuñando un hacha. A pesar de permanecer todo el invierno en el bosque, esos individuos engendraban, al parecer, familias numerosas. A ellos les traían sin cuidado las cuestiones sucesorias, la reputación y el carácter.

—Dios mío —dijo al espejo con marco de plata de su vestidor—, ¿cómo lo soportan esos pobres?

Su pelo parecía la peluca de un espantajo. Pero no estaba claro quiénes eran «esos pobres» ni qué soportaban. La gente hablaba de felicidad, pero ¿qué era eso? ¿Qué era todo? Posey no había albergado tales dudas, ni James, quien no se inquietaba más que por banales molestias. Pero ella era distinta. Concebía sentimientos coléricos hacia cualquier cosa. Tenía poca paciencia con las personas que no atendían sus peticiones de inmediato. Si no podían mantener el ritmo del desarrollo, ¡que se quedaran atrás! James le había enseñado que lo importante era anticiparse. Naturalmente, los problemas e impedimentos eran inacabables, como las complicaciones de decidir a qué hombres debía conceder crédito, y casi envidiaba a las mujeres que, como Clara, sencillamente se dejaban guiar por sus maridos. En los tiempos de James reinaban el honor y la palabra, pero ahora eran tantos los granujas que el dinero en efectivo y los contratos eran la única manera segura de proceder. Afortunadamente existía la Agencia Mercantil de Lewis Tappan, con sus informes sobre la valía de tal o cual hombre de negocios. Lavinia confiaba en sus perspicaces evaluaciones. Los malos deudores podían hundir incluso la empresa más grande. Y los niños: ¿no sería ésa la raíz de su descontento? Quizá no, porque le desagradaba ver mujeres embarazadas, y parecía haberlas por doquier, especialmente junto a los caminos rurales. Las campesinas eran como las serrerías. Se estremeció y bajó a tomar el té con Goosey.

—¡Vaya pelo! —exclamó Goosey entrelazando sus manos grandes y pálidas—. ¿Traigo un poco de aceite de lavanda para alisarte esos mechones sueltos?

—Gracias, Goosey, eso es precisamente lo que necesito, pero preferiría aceite de damasco. La lavanda me recuerda demasiado a las sábanas.

Goosey regresó al cabo de un minuto con un frasco de aceite perfumado y una pluma.

—Deberías anudarte siempre un pañuelo a la cabeza cuando subes a la cúpula —aconsejó con voz monocorde, a sabiendas de que Lavinia no se tomaría la molestia.

La preocupación por los herederos empezó a quitarle el sueño a Lavinia cuando Cyrus y su familia, al igual que muchos habitantes de Chicago de todas las condiciones sociales, contrajeron el tifus. Cyrus pereció en medio de grandes dolores a causa de las perforaciones gastrointestinales. Sus hijos murieron uno tras otro, y finalmente Clara, enloquecida por la pena y la impotencia, hizo un lazo con un tupido pañuelo de seda de color rosado, se subió a una silla colocada sobre la mesa del comedor y se colgó de la araña de luces.

Aquel invierno la propia Lavinia padeció muchas enfermedades, sobre todo gripes intestinales y erupciones cutáneas. Nunca había sentido simpatía por Clara, pero la echaba de menos, y también al viejo Cyrus, el pobre. Bajo la presión de estas dolencias, comenzó a examinar los documentos de la familia Duke en busca de posibles herederos y a consultar con genealogistas extranjeros; encontró a pocos americanos interesados en las búsquedas de ancestros, ya que se enorgullecían de no estar encadenados al pasado..., a menos que tuvieran un predecesor distinguido, y en tal caso lo enarbolaban como una enseña. Siguió la pista a sus parientes. Los hijos del segundo matrimonio de Sedley Duke habían muerto todos sin descendencia. Lennart Vogel no se había casado. Edward y Freegrace, que se supiera, no habían dejado hijos.

—Verá —dijo al señor Flense—: mal que me pese, está claro que soy la única Duke viva.

—Imposible, Lavinia. Tiene que haber herederos en algún sitio. Contrate a alguien para que los localice —respondió él con cierta impaciencia, como si hubiera primos desconocidos apilados igual que leña en alguna cueva cercana.

Pero Lavinia tenía sus dudas. ¿Podrían los genealogistas descubrir herederos, ya fuera en los Estados Unidos o en los Países Bajos? Los dos expertos en la materia que encontró —Sextus Bollard, de Boston, y R.R.

Tetrazinni, de Filadelfia— estaban al frente de librerías en las que rastrear los orígenes familiares permitía aligerar el paso de las horas entre cliente y cliente.

Lavinia los invitó a los dos a Chicago para entrevistarse con ellos. El primero en llegar a la casa para el almuerzo y la entrevista fue Sextus Bollard. Contaba sesenta años como mínimo, pensó Lavinia al ver sus anticuados pantalones a cuadros. Pero llevaba un elegante bastón con empuñadura de oro en forma de cabeza de gorgona.

Goosey y el señor Flense comieron con ellos y charlaron sobre el viaje del señor Bollard (difícil) y las anécdotas que el revisor del tren le había contado sobre los horrores de cruzar las llanuras en dirección al oeste.

—Me explicó que a menudo, con las chispas de las locomotoras, la hierba seca prendía, y los pasajeros se encogían en sus asientos mientras el tren se abría paso a través de un mar de llamas. Contó también que, durante un desventurado viaje, el tren se incendió y los pasajeros murieron asados como pichones. Los indios se los comieron como nosotros nos comeríamos un buey ensartado en un espetón. Me consideré afortunado por no haber tenido más aventura que algún que otro encuentro con los zafios habitantes de Ohio y el Territorio de Indiana.

—Un suceso alarmante..., si es cierto —dijo el señor Flense—, pero me temo que el revisor estaba tomándole el pelo, señor Bollard.

—Me llamo Bollard —corrigió el huésped—. Y creo que decía la verdad porque me enseñó un recorte de *Harper's* con la ilustración y el artículo, que llevaba en el bolsillo de la chaqueta para entretener a los viajeros —dijo, y miró con los ojos entornados a Flense, a quien había cogido antipatía.

Después del almuerzo, Goosey se retiró a su habitación, y Lavinia y el abogado Flense entraron en la biblioteca con el señor Bollard para entregarle copias de los documentos de la familia Duke y hablar de las condiciones de su colaboración como genealogista.

—Holanda, por supuesto, pero ¿Francia no? —preguntó Bollard—. Un examen superficial de sus documentos me indica que su antepasado Charles Duquet llegó de Francia. De París, de hecho. ¿No es así?

Lavinia sintió un intenso escozor en el cuello, una de las desagradables erupciones que le aparecían de vez en cuando.

—Sí, claro, Francia. Se me había escapado. Aunque siempre hemos considerado Holanda nuestro lugar de procedencia..., idea que fomentó el tío Lennart Vogel. Nuestro antepasado Charles Duquet siempre ha estado envuelto en cierto misterio. Según tengo entendido, desapareció en el bosque. Pero busque en París, sí. A saber qué encontrará. Pienso que podría empezar con una investigación de seis meses. Naturalmente, costaremos sus gastos de viaje y le proporcionaremos fondos. Y si fuera necesario hacer algún otro viaje, ya hablaremos cuando llegue el momento.

—Y conserve todos los recibos, incluso de las compras más insignificantes —indicó el abogado Flense—. Es el procedimiento correcto.

Y por tanto Bollard, que consideró a Lavinia una imitación más pálida, mayor, menos agraciada y más moderna de los instruidos personajes femeninos de *The Life and Opinions of John Buncler, Esquire*, de Thomas Amory, cerró su librería y se embarcó rumbo a Francia tras los pasos de la familia Duquet, con las maletas llenas de papel borrador, gramáticas y diccionarios; leía francés pero no lo hablaba y se proponía hacer sus preguntas por escrito.

Tetrazinni, más joven, se presentó una semana después. Lucía una desgreñada barba roja y gafas con montura de metal blanco; vestía más a la moda que el viejo Bollard: una camisa de pechera tableada, cuello inglés y una ancha corbata de seda enhebrada en un macizo anillo con sello, chaleco de terciopelo y..., ¿eso era...?, sí, un pantalón de terciopelo negro. Degustaron carne de cordero y patatas hervidas. Tetrazinni, pensativo, fijó la vista en su plato y lanzó alguna que otra mirada hacia la cocina, pero no salieron de allí capones mechados ni ostras del Pacífico. Goosey estaba acatarrada y tomó un poco de caldo de ternera en su habitación. El abogado Flense acometió el cordero y escuchó el relato declamatorio y entusiasta que Tetrazinni ofreció de su viaje: por algún azar, lo habían obsequiado con la misma anécdota de la pradera en llamas que había oído Bollard. Por encima de la tarta seca de melocotón, el abogado Flense cruzó una mirada con Lavinia, asintió y, disculpándose, anunció que se marchaba.

—Lamentablemente debo apresurarme. Mañana tengo un juicio y quiero estar despejado para mi exposición. Encantado de conocerlo, señor Tetrazinni, y le deseo buena suerte en su investigación —dijo, y retrocedió con una reverencia.

Lavinia y Tetrzinni pasaron a la biblioteca para tomar un oporto, y ella le entregó el voluminoso legajo que contenía los documentos de la familia, copiados en su mayor parte por Annag Duncan y la señorita Heinrich. Tetrzinni deslizó los dedos por las páginas rápidamente durante unos minutos, pero no dejó de hablar. Para el gusto de Lavinia, preguntaba demasiado. Eran ellos quienes lo habían contratado a él: ¿por qué no hacía su trabajo sin agobiarla en busca de nombres? Seguramente los viejos archivos y cartas de la familia bastaban, si es que aquel hombre se dignaba callarse y leerlos en lugar de darle a la sin hueso.

—No sabría decirle —contestó ella por cuarta vez cuando él le pidió una lista de parientes de Ámsterdam y todos sus antepasados, sus direcciones presentes y sus actividades profesionales—. Supongo que es posible que estén todos muertos. Es usted quien debe descubrirlo. —Estaba harta de él.

—Sí, pero los nombres me llevarán a las generaciones de hoy día. Así es como trabajamos. Necesito un punto de partida —explicó él, adelantando el mentón.

Ella señaló el fajo de documentos familiares copiados que él tenía en las manos. Al final, Tetrzinni leyó en voz alta durante dos horas, entresacando docenas de nombres de la correspondencia holandesa de Vogel. Al cabo de un mes zarpó con su lista y la carta de presentación de Lavinia a quien pudiera interesar en la que solicitaba información sobre cualquier pariente vivo de Charles Duquet y Cornelia Roos.

Tetrzinni tomó nota mentalmente de que debía examinar en concreto la historia de uno de los hijos de Charles Duquet, Outger, quien por lo visto había sido una docta autoridad en materia de indios americanos. Estudioso o no, probablemente había cohabitado con alguien en Leiden o en otros paraderos. ¿Y no había vivido en América durante unos años? Aunque ignoraba dónde. Si bien en los documentos que Lavinia le había proporcionado se mencionaba con frecuencia una «gran mesa de pino» que Duquet poseía y Duke & Sons reclamaban, no se hacía mención alguna a la ubicación de la mesa ni del hombre. Tetrzinni dio por supuesto que ambos habían estado en algún lugar de Boston, pero en las guías antiguas de la ciudad no figuraba ningún Outger Duquet. Mientras releía la exigua historia familiar

plasmada en tres hojas descoloridas sujetas con un alfiler y firmadas por Bernard Duke, dos breves frases sobre los viajes del antepasado a China captaron la atención de Tetrzinni.

«Vaya, vaya», dijo para sí, «si nadie aparece en Ámsterdam, puede que haya algún Duquet en Pekín, aunque quizá sea difícil descubrirlo entre tantos Yi y Yong.»

Imaginó la risible posibilidad de anunciarle a la señorita Duke que su único pariente vivo y heredero era un vendedor de fideos chino.

Para los Duke y los Breitsprecher y otros madereros menores, los negocios iban bien. Los insaciables mercados que a orillas de los ríos Misisipi y Missouri reclamaban madera a gritos fueron la perdición de Albany y Buffalo. Una oleada de inmigrantes de mentalidad agraria —hombres nervudos, sus mujeres hinchadas y sus hijos magullados— se propagó por las praderas, todos ellos necesitados de casas y graneros, silos y establos, muebles y tejas, tornos y estacas, barandillas y postes. Nuevos ferrocarriles llegaban a las praderas para entregar tablones y llevarse ganado bovino y porcino a su regreso a Chicago, donde la guerra y el cumplimiento de los tratados con los indios por los que se garantizaba la distribución anual de reses implicaron hectáreas y hectáreas de corrales. Existía una acuciante necesidad de tablas y varales, de cercas y vallados. Y si todo aquello ardía cada dos o tres años, en el bosque quedaban más árboles, infinitos árboles.

Durante la guerra con el Sur, el consejo directivo de Duke lo constituían el abogado Flense; el contable Pye; David Neale, propietario del periódico *Chicago Progress*; Annag Duncan, responsable de la oficina; Noah Ludlum, supervisor de las zonas de tala y las serrerías; otro hombre de Maine, Glafford Jones, encargado del transporte de rollizos y tablones, y dos magnates del sector maderero, Theodore Jinks y Axel Cowes, ambos importantes accionistas de Talas Duke. Jinks y Cowes se construyeron mansiones en terrenos contiguos a la finca de Lavinia. Los tres compartían un parque: doce hectáreas de bosque en el lado orientado al lago de sus propiedades

colindantes. Lavinia acostumbraba a pasear por sus senderos silenciosos a última hora del día, y a veces se encontraba allí con Axel Cowes y sus spaniels.

—Buenas tardes, Lavinia —saludaba Cowes, dirigiéndole media reverencia—. Excelente día.

—Sí, Axel, un día excelente.

Cowes, ya sesentón, tenía el pelo cano y la tez rosada. La idea del parque había partido de él. Coleccionaba cuadros y tenía una vena artística. Veía en el bosque belleza además de riqueza, cosa que Lavinia encontraba tan inexplicable como su propio placer cuando paseaba por esos senderos umbríos. En cuestiones de arte, Cowes sentía predilección por las pinturas en las que aparecían ciervos bebiendo en charcas en medio del bosque, indios solitarios remando en canoas a través de lagos relucientes. Lavinia, por su parte, prefería los grandes lienzos en los que se representaba el triunfo de la caza y grabados con vistas urbanas panorámicas y datos estadísticos en volutas ornamentales. Cowes, pese a la diferencia de edad y de actitud había propuesto matrimonio a Lavinia, como tendían a hacer ciertos hombres. Éstos deseaban su dinero y sus propiedades, y ella lo sabía. Theodore Jinks, un individuo más tosco y, según las habladurías, aficionado al juego, había hecho lo mismo. Con todo, ella no les reprochaba sus propuestas. Los dos le inspiraban simpatía, los dos eran miembros del consejo fiables y con sólidos conocimientos del sector maderero. Cuando Cowes propuso la idea del parque, fue fácil ponerse de acuerdo, aunque Lavinia advirtió la expresión de Jinks al oír hablar a Cowes de «secuestrar» los valiosos pinos.

—Por esos pinos nos darían unos buenos dólares —protestó Jinks.

—Ah, sí, pero no está de más dejar unos cuantos para que nos recuerden nuestros primeros tiempos de fortuna. Nadie desea vivir junto a un campo sembrado de tocones.

Cowes decía esas cosas en un tono elevado que incomodaba a Jinks, quien desplazaba el peso del cuerpo de un pie a otro y maldecía entre dientes.

—Excepto los agricultores —dijo con poca convicción.

De nada servía; Lavinia y Cowes sólo lo toleraban. Jinks encontraba consuelo en la idea de que algún día esos pinos acabarían talados, como debían acabar todos los pinos.

Pye, Flense y Lavinia formaban el núcleo de Talas y Maderas Duke. Ninguno de ellos hablaba jamás de trivialidades: la conversación giraba siempre en torno a los negocios. Para el mundo de los negocios y del ferrocarril, la llegada del telégrafo, unos años antes, había sido como vaciar un cubo de agua en una caldera de aceite hirviendo. El Congreso, muy obsequioso, otorgó a las compañías ferroviarias Union Pacific y Central Pacific once mil dólares por cada kilómetro de vía tendido en terreno llano y el doble en zonas montañosas, y estableció una franja de sesenta kilómetros de ancho a través del continente. Ahí sí había dinero de verdad, grandes, grandísimas fortunas con las que los Duke no podían siquiera soñar. Pero tenían sus maneras de encontrar consuelo. En el centro del país se produjo un estallido de expansión histórica. Los envíos de madera de Duke se cuadruplicaron cuando el Ejército de la Unión empezó a construir fuertes y campos de prisioneros. Los hombres de negocios de Chicago estafaron alegremente al Gobierno con mercancías de pésima calidad destinadas a la guerra, desde carne enlatada hasta gorras de faena a precios astronómicos, y ni Lavinia ni Cowes ni Jinks tuvieron el menor reparo en colocar madera alabeada y nudosa al coste de madera impecable.

—¿Por qué pagar más cuando puede conseguirse por menos? —decía Flense, que sentía poco aprecio por idealismos arcaicos y veía con desdén las adquisiciones de tierra forestal de James Duke cuando podría haber conseguido la misma tierra por nada—. El Gobierno no puede demostrar que las reclamaciones de tierras no se hicieran con buena fe.

Utilizaron las leyes de compra preferente por usufructo promulgadas por la Oficina General del Catastro que permitían a los colonos primero ocupar y luego comprar tierras al precio regalado de 1,25 dólares por cuarto de sección: setenta hectáreas. Duke envió a sus prospectores, eligió las mejores zonas de bosque y recurrió a testaferros que se sometieron al trámite de establecerse y luego entregaron las escrituras a Flense. Un ejército de agentes particulares, aprovechando esas leyes, allanaron el nefasto camino. Tampoco era una gran hazaña sobornar a los agentes inmobiliarios federales. Las leyes de asentamientos rurales de la década de 1860 fueron un regalo para Duke, quien contrató a «colonos» perjuros. Éstos acamparon en las tierras durante unos días, armaron endebles cabañas con unos cuantos tablones —la

«casa»—, encajaron dos botellas vacías de whisky entre los tablones a modo de ventanas, escarbaron en el suelo con el talón para señalar la presencia de un pozo y reclamaron el asentamiento rural. Otros cargaron con una casa de muñecas con ventanas, tejado y suelos, la plantaron en el terreno y en la oficina del catastro declararon una casa de «cuatro por cinco», sin mencionar que las medidas no eran en metros sino en centímetros. Y otros montaban la «casa» más pequeña permitida sobre una plataforma provista de patines que trasladaban a los distintos terrenos reclamados y presentaban como cabaña habitable. Duke compró grandes parcelas de esta manera; entró sin pérdida de tiempo, taló los árboles y luego cedió los derechos de asentamiento rural. Nadie puso el menor reparo: eran sagaces hombres de negocios americanos en acción, dedicados a lo que los hombres de negocios hacían. Nadie se enriquecía recorriendo diez kilómetros a pie para devolver un centavo. Y había cientos de pequeños madereros más que dispuestos a vender sus propiedades a Duke después de unos cuantos percances, como ser blanco de los disparos de algún desconocido, padecer frecuentes incendios en la serrería o el robo de troncos a gran escala, con lo cual el esfuerzo no merecía la pena.

Ninguno de estos asuntos se comentaba en las reuniones del consejo: allí sólo se hablaba de negocios. El informe de la Agencia Mercantil de Tappan dio a James Duke la calificación: «A-1. Familia acaudalada, prácticas comerciales sólidas. Máxima confianza». El consejo directivo de Duke estaba más preocupado por cuestiones tan acuciantes como seguir aprovisionando a sus serrerías de sierras circulares de vapor y qué hacer con las desbordantes pilas de serrín. Noah Ludlum, bien afeitado excepto por una afilada perilla, dijo:

—Esas sierras circulares grandes cortan a una velocidad del demonio..., con perdón..., pero tienen poca estabilidad. Hay un temblor. Apenas se ve, pero ese condenado temblor le cuesta dinero a la compañía porque hace un corte muy ancho. Me consta que, cada mil pies tablares, perdemos más de trescientos en serrín. El problema es que el acero de las sierras no es de buena calidad. Se destina tanto acero a raíles y armas que no nos llegan buenas sierras. Y acabamos con pilas de serrín más altas que el monte Katahdin. Lo quemamos para alimentar las calderas, claro, pero...

Lavinia lo interrumpió:

—El serrín no debe quitarle el sueño, señor Ludlum. Por ahora nada podemos hacer al respecto, salvo quemarlo o tirarlo a los ríos. En Michigan hay tal abundancia de árboles que la frugalidad es innecesaria.

—Bueno —dijo el señor Ludlum, decidido a pronunciar la última palabra—, pensemos que, además, hay que dejar los árboles más grandes en el bosque. Esas sierras no cortan nada que mida un pelo más que la mitad de su diámetro. Se necesitan sierras más grandes, pero cuanto más grandes son, más tiemblan.

Lavinia consultó sus papeles, lanzó una mirada a Annag Duncan, quien había recopilado las cifras, y dijo:

—Aun así, nuestro aserradero de Avery por sí solo cortará este año tres millones de pies tablares, mucho más que el año pasado. Todavía tenemos unos cuantos aserraderos antiguos, provistos de energía hidráulica y sierras verticales, y cuanto antes montemos en ellos sierras circulares y motores a vapor, tanto mejor. Ahora mismo ése es nuestro objetivo, sea cual sea el grado de temblor. Y sugeriría que examináramos las nuevas sierras circulares dobles capaces de adaptarse a troncos mayores.

—Buen trabajo, Annag —intervino el abogado Flense, con uno de aquellos susurros suyos destinados a que todos los presentes los oyeran, y sonrió a la responsable de la oficina.

En cuanto a la necesidad de madera del Gobierno, en eso no había temblor alguno, y Talas Duke sacó buen provecho de los años prósperos de la guerra. El señor Pye casi pareció entristecerse cuando, esa primavera, el conflicto terminó, seguido del asesinato de Lincoln. Pero era necesario reconstruir el Sur, y las solicitudes de madera nunca habían sido tan apremiantes.

—En el Sur hay bosques muy densos —observó Theodore Jinks—, más cerca del lugar donde está la mayor demanda de madera. Propongo que compremos tierras forestales en el Sur y pongamos nuestras cuadrillas de tala manos a la obra. Si el consejo así lo acuerda, puedo visitar la zona en viaje de reconocimiento.

Era buena idea, y Jinks y el señor Ludlum, llevándose la ropa pulcramente guardada en valijas que eran sendas bolsas tapizadas, partieron al cabo de una semana para evaluar los árboles meridionales.

Fogonazos de inventiva estallaban por todo el país; nuevas ideas y oportunidades de innovación se amontonaban en la cesta del correo que Annag Duncan acarrea cada mañana. Eran tantas y se requería tal cantidad de tiempo para comprender los complejos diagramas y explicaciones que el señor Pye propuso contratar a alguien con formación para evaluar las propuestas e incluso que el consejo organizara un encuentro de inventores. En tal encuentro, hombres que habían desarrollado mejoras o nuevas máquinas para la industria maderera podrían mostrar maquetas a escala o dibujos y diagramas. El consejo entrevistaría a los inventores.

—Esto promete —comentó Lavinia—. Si aparece algo valioso, Talas Duke puede ofrecer un precio justo por los derechos y después patentarlo. Fijemos una fecha para este verano, cuando viajar resulta menos oneroso. La compañía alojará a los inventores, gratuitamente, en el hotel Great Lakes, hasta un límite de veinte hombres. Si no me equivoco, dispone de un salón de baile que puede ser idóneo para exponer las piezas. Sin duda nos resultará interesante.

En la primavera siguiente, en Detroit, a algo más de cuatrocientos kilómetros al este, Dieter Breitsprecher recortó el anuncio de media página publicado en el *Chicago Progress* donde se animaba a los inventores a presentar solicitudes para participar en la exposición organizada para ese verano por Talas Duke. La ocasión de codearse con un grupo de hombres en cuyos cerebros bullían ideas sobre mecánica y máquinas era irresistible. Ningún inventor escribía a los Breitsprecher. Él sentía cierto respeto por Lavinia y recordaba la rapidez con que, muchos años atrás, había aprendido los rudimentos de la cubicación; aunque dudaba que hubiese llegado a utilizar esos conocimientos. ¿Qué necesidad tenía? Al fin y al cabo, disponía de empleados competentes, varios de ellos arrebatados a los Breitsprecher. Mandó una carta para preguntar si se le permitía asistir a la exposición, no como inventor, no como competidor, sino como amigo interesado. Se ofreció a contribuir a sufragar los gastos del encuentro. No creía que ella se opusiera;

de hecho, ella le contestó con una cordial misiva en la que rechazaba su ofrecimiento económico y le pedía que cenara con ella el viernes, la noche antes del encuentro.

Ésa sería su oportunidad, pensó Lavinia, para que Talas Duke absorbiera a Breitsprecher. Después de su reunión más larga y acalorada, el consejo de Duke había sugerido hacer una oferta de compra a Breitsprecher. La empresa maderera de los Breitsprecher tenía el valor de diez pequeñas compañías independientes que desboscaban veinte hectáreas y se retiraban. Pero Lavinia intuía que acaso fuera más diplomático plantear una oferta de asociación. Pese a sus peculiares ideas sobre la tala y la reforestación, Breitsprecher pasaba por ser una compañía muy respetable que trataba justamente a leñadores y comerciantes. Y en vida de Armenius había alcanzado un notable éxito. También era famosa por su honradez, y si bien un exceso de honradez podía ser un lastre para una empresa, eran muchos los que aún lo tenían por una virtud. Una asociación entre ambas daría lustre a Talas Duke, compañía considerada implacable y taimada por otros madereros. Lavinia aún estaba agradecida a Dieter por haberle enseñado a interpretar y aplicar las reglas de cubicación de Scribner y Doyle a los troncos en bruto y sentía curiosidad por conocer los detalles de la muerte de Armenius, rodeada de rumores, hacía dos años. Pero ¿accedería Dieter? Siempre le había parecido un tanto distante. Así pues, su petición para asistir al encuentro de inventores podía verse como un hecho afortunado.

Dos veteranos de la guerra civil, Parker Brace y Hudson van Dipp, los dos del condado de Cherokee, Georgia, ambos carpinteros y amigos antes de la secesión, combatieron por el Sur hasta su captura en Shiloh y su traslado al tristemente famoso campamento Douglas de Chicago. Sobrevivieron en aquel miserable corral donde no se disponía de atención médica ni de medidas de higiene, donde prisioneros enfermos de escorbuto permanecían en un estado de apatía. Brace y Van Dipp hicieron lo posible por sobrevivir confeccionando una complicada trampa mediante un trozo de alambre y una taza de hojalata

aplastada, y se alimentaron de ratas. Para conservar la cordura, concibieron un juego basado en la carpintería: charlando y dibujando diagramas en la tierra, construyeron una casa imaginaria desde los cimientos hasta la veleta.

Los inmundos yanquis les dieron a elegir: volver al Sur como prisioneros de guerra; prestar juramento de lealtad y alistarse al servicio del Ejército de Tierra o la Armada de los Estados Unidos; prestar juramento y aceptar un destino en el Norte para trabajar en obras públicas; o prestar juramento y volver a casa, si esa casa se hallaba tras las líneas del Ejército de la Unión. Brace y Van Dipp rechazaron esas alternativas. Pero llegó el día en que los dos presentaron síntomas de escorbuto, y Van Dipp dijo:

—Voy a prestar ese condenado juramento y alistarme en su condenado ejército y salir a la condenada lluvia para perder de vista este condenado lugar. No puede ser mucho peor que esto, y quizá así encuentre algo de comer. Estoy harto de las condenadas ratas crudas.

Los dos prestaron juramento y los dos nuevos «yanquis galvanizados», como se dio en llamar a los ex prisioneros sureños tráfugas, fueron enviados a luchar contra los indios en Texas. Van Dipp jamás había imaginado que pudiera existir en el mundo un lugar tan árido y seco. El sol se elevaba rápidamente en medio de una ola dorada que luego se convertía en la monocorde blancura del mediodía, y a eso seguía el letárgico deterioro de la visibilidad en el atardecer, palpitante aún de calor acumulado. Brace fue alcanzado por las flechas y yació durante nueve horas en el polvo oyendo los graznidos de un gavián colirrojo que surcaba el cielo incandescente; Van Dipp, en cambio, nunca resultó herido. Licenciados del servicio, regresaron a Georgia durante un breve período de tiempo, rehuyeron la Reconstrucción y se encontraron con que sus familias los rehuían a ellos y los tachaban de traidores.

Juntos, regresaron a Chicago, donde se había disparado la demanda de carpinteros. Centenares de personas querían casas construidas con toda urgencia. Durante una semana anormalmente ociosa, Van Dipp comentó:

—Parker, no nos quedemos esperando a que nos llegue el siguiente encargo. Bien podemos hacer un montón de ventanas y puertas de antemano. Es imposible saber qué construiremos, pero te aseguro que tendrá ventanas y puertas.

Añadieron armarios y escaleras, e incluso secciones de pared que podían transportarse hasta una obra. Así era posible levantar una casa considerablemente más deprisa. Fue esta práctica de la prefabricación lo que llevó al nacimiento de una asociación y a una idea más ambiciosa.

Una mañana, tan calurosa y húmeda como sólo podía haberla en los veranos de Chicago, un hombre de facciones angulosas y vestido con un traje de hilo arrugado entró en el taller y se quedó mirando las pilas de ventanas y escaleras ya hechas que se almacenaban allí.

—Buenos días. ¿Tengo el placer de saludar a Van Dipp y Brace?

—No puedo asegurarle que haya en eso un gran placer, pero sí, somos nosotros —contestó Van Dipp—. ¿Y usted quién es?

—Charles Munster Weed, arquitecto. Tengo un contrato para construir diez casas en una calle y necesito buenos carpinteros que trabajen deprisa. Ustedes tienen fama de eso. ¿Participan ahora mismo en algún proyecto de construcción? —Lanzó una elocuente mirada a las ventanas y escaleras de reserva.

—En estos momentos no hay gran cosa. Esos marcos y escaleras los hacemos por adelantado para ahorrar tiempo. Puertas y marcos, armarios de despensa y demás.

Cuando Weed comprendió que tenía ante sí varias de sus casas ya preconstruidas, simplemente aguardando el montaje, contrató en el acto a los carpinteros. El trabajo fue como la seda.

Volvieron a reunirse una semana después de que se terminaran las casas de Weed, y el entusiasmo casi frenético del arquitecto fecundó la Idea. Comprendió hasta dónde podía llegar ese proceso de preconstrucción.

—Así podría construirse toda una ciudad. Sería posible preparar diez o doce diseños de casas distintos para que la gente eligiera el que más le gustase; sería posible embalar una o más y enviarla a cualquier sitio por medio del ferrocarril. —Su voz se elevó hasta convertirse en un sonido agudo y poco masculino.

—Además, sabemos dónde las necesitan —terció Brace—. En las praderas. Allí no hay árboles ni madera, pero bien han de tener casas. Algunos las construyen de tierra, llenas de bichos y serpientes. Querrán establos.

Querrán iglesias. Seguro que comprarían una casa empaquetada, lista para montar. El problema es que se necesita dinero para prefabricarlas.

—Y nosotros no lo tenemos —añadió Van Dipp.

—Colegios —dijo el arquitecto en su desvarío, haciendo aspavientos—. Tiendas y juzgados. Necesitan pueblos, y ésta es la manera de hacerles llegar uno.

—Podemos embalar las piezas y enviarlas por tren. Hacer cajas del tamaño adecuado para que quepan en una carreta de granja.

—¡Sí! ¡Sí! Yo podría proyectar distintos modelos, y que los clientes eligieran lo que quisiesen. ¡Escúchenme! Tengo un poco de dinero para invertir. Me gustaría trabajar con ustedes, si están dispuestos.

Ellos lo estaban, y en el acto constituyeron Van Dipp, Brace & Weed, y pusieron a la empresa el nombre de Hogares en la Pradera.

Había pasado más de un año desde que Lavinia envió a investigar a los dos genealogistas. Se acercaba otro otoño. Acababa de recibir una carta de R.R. Tetrzinni, quien le comunicaba que había «descubierto algo que quizá encuentre usted interesante» y deseaba concertar una cita. Lavinia propuso una fecha a finales del verano, poco antes de la Muestra de Inventores Duke. Para actuar en justicia, escribió a Sextus Bollard y le preguntó qué había averiguado. Para su sorpresa, envió la respuesta un sobrino de Bollard, Tom Bollard, quien le notificó que el señor Bollard había regresado del extranjero gravemente enfermo y había fallecido poco después; él, Tom, había asumido la responsabilidad de la librería, y remitiría a Lavinia los papeles reunidos para ella por su tío. Éstos llegaron antes de la visita de Tetrzinni, y Lavinia leyó que todas las pistas seguidas por Bollard habían terminado en un callejón sin salida. Charles Duquet no había dejado el menor rastro en los registros parisinos, y al parecer todo documento referente a su familia se había quemado durante la Revolución francesa. En cuanto a los lazos holandeses, Lennart Vogel había sido el último pariente vivo.

R.R. Tetrzinni llegó puntualmente. Llevaba bien recortada la barba roja y se había cambiado las gafas por unos quevedos de montura de oro. Portaba dos maletines de piel. Annag colocó junto a su codo una taza de café. Él sacó unos papeles e inició un largo relato de sus viajes y hallazgos. Annag Duncan, sentada cerca de él, tomaba notas. Lavinia lo escuchó con creciente impaciencia. ¿Por qué no iba al grano de una vez?

—Señor Tetrzinni, permítame que le pregunte sin más rodeos: ¿ha encontrado a algún descendiente de la familia Duke?

—Pues sí. Aunque temo que quizá no le complazca a usted descubrir su identidad. —Se aclaró la garganta y sonrió, aplazando el delicioso momento—. Ignoro en qué medida conoce usted su árbol genealógico. Resumiendo, Charles Duquet adoptó a tres hijos: a Nicolaus y a Jan, en un orfanato de Ámsterdam, y a otro, Bernard, en las calles de La Rochelle. Por aquellos tiempos la adopción era un trámite muy informal, pero él trató a los chicos como hijos suyos y les legó sus bienes a partes iguales. Seguramente ya sabe usted que desciende de Nicolaus, que contrajo matrimonio con Mercy, con quien tuvo tres hijos: Patience, Piet y Sedley, este último abuelo de usted. En otras palabras, no tiene usted en sus venas sangre Duquet, sino sólo la del hijo adoptivo Nicolaus. —Tomó un largo trago de café y observó cómo enrojecía la tez de Lavinia—. Volvamos a Charles Duquet. Después de la adopción de esos niños, su esposa holandesa, Cornelia Roos, le dio dos hijos legítimos, Outger Duquet y Doortje Duquet. La línea de Doortje se extinguió con la muerte de su único hijo, Lennart Vogel, soltero. Por su parte, Outger Duquet vivió durante unos años en la bahía de Penobscot, en Maine, y tomó una concubina india. Ésta trajo al mundo a una hija, Beatrix Duquet, en quien su padre prodigó atenciones y educación. Pero cuando él se trasladó a Leiden, la hija se quedó en Maine. Con el paso del tiempo, adoptó nuevamente las costumbres nativas y, casi con toda seguridad, contrajo matrimonio con un *métis* llamado Kuntaw Sel, descendiente de los indios mi'kmaq y *habitant* francés.

La taza de Lavinia tembló en el plato.

—Según parece, Beatrix Duquet y Kuntaw Sel, legalmente casados, tuvieron dos hijos: Josime Sel y Francis-Outger Sel. Los únicos descendientes consanguíneos vivos de Charles Duquet son los nietos de Josime y Francis-

Outger. No he terminado aún mi investigación en cuanto a los nombres y lugares de residencia de esos descendientes en concreto. Implicaría viajes a Canadá y entrar en contacto con los vestigios de las tribus indias. He preferido no tomar ese camino sin conocer antes sus deseos. Ahora bien, esas personas serían los legítimos herederos de Charles Duquet, si consideramos sólo los lazos de parentesco consanguíneo. Personalmente, opino que las líneas de descendencia de los hijos adoptivos tienen más derecho a la fortuna de la familia que esos indios todavía por identificar. Al fin y al cabo, ante los tribunales, la posesión tiene todas las de ganar. Tenga. Está todo en el informe.

Entregó un legajo con actitud casi insolente. De su tono se desprendía que en realidad, a su juicio, esos indios anónimos tenían pleno derecho al imperio de los Duke.

Lavinia permaneció en silencio durante un largo minuto y por fin dijo con naturalidad:

—No creo que sea necesario ahondar en el asunto canadiense. Daremos por cerrada la investigación.

Lanzó una mirada a Annag, lamentando que estuviese presente, y advirtió que la mujer observaba con expresión ceñuda a R.R. Tetrzinni. «Mi buena y leal Annag», pensó Lavinia. «Lo mantendrá en secreto.»

En cuanto Tetrzinni se marchó, Lavinia tiró el informe a la papelera.

—Echaré esto a la estufa —dijo Annag, y se llevó la papelera del despacho. Una vez fuera, abrió ruidosamente la puerta de la estufa, pero guardó con cuidado el informe de Tetrzinni al fondo del cuarto del material, debajo de su capa impermeable.

El dueño del hotel Great Lakes, Simon Drimmel, rubio y apuesto, veía con entusiasmo la perspectiva de tener lleno el hotel y con recelo la posibilidad de desperfectos en el suelo del salón de baile. Cuando llegaron varias cajas grandes con la etiqueta HOGARES EN LA PRADERA y Drimmel supo cuál era su contenido, ordenó que las descargaran en el jardín del lado sur.

—No puedo aceptar material de construcción en el salón de baile —declaró—. Se rayaría el suelo. Es vital que el suelo se conserve en un estado impecable, apto para el calzado con suela de satén. Los bailes son nuestro

principal ingreso.

—Bien podría ser que las exposiciones anuales durante la temporada en que no se celebran bailes se convirtieran en una lucrativa fuente de ingresos —comentó el señor Pye, organizador de la muestra.

—Quizá. —Drimmel sonrió, esperando que eso no ocurriera. Le gustaban mucho la música, el perfume, la emoción y la belleza de los bailes, los hermosos vestidos y los rostros rubicundos y lustrosos.

—De acuerdo —lo tranquilizó el señor Pye—. Esa pieza en particular tiene que quedarse fuera.

Al final del día, cuando todos flaqueaban ya de agotamiento, el abogado Flense se ofreció a llevar a Annag a casa en coche, «porque me queda de camino».

—Es usted muy amable —musitó Annag a la vez que recogía sus bolsas y demás pertenencias.

Al enterarse de que Dieter Breitsprecher cenaría allí, Goosey Breeley, que solía cenar con Lavinia incluso cuando tenía invitados, dijo que ella se llevaría la cena a su habitación.

—No es necesario, Goosey; cena con nosotros. No hay ningún problema. Tenía que invitarlo por cortesía.

—No, no, entiendo bien cómo son estos asuntos, querida Lavinia. Quizá queráis hablar de negocios. Prefiero cenar en privado. Rara vez disfruto de una comida libre de responsabilidades, así que será un placer.

Lavinia pensó que tenía razón. Las cosas con Dieter transcurrirían de manera más fluida si no tenía que incluir a Goosey en la conversación.

—El señor Dieter *Bridestrecher* —anunció Libby, la criada.

—Hazlo pasar.

Lavinia, con su acostumbrado vestido negro, se sentó en un sofá de terciopelo carmesí ante la chimenea del salón y se armó de valor para el encuentro. Rara vez falta de palabras, en ese momento no se le ocurría cómo plantear el ofrecimiento de asociación. Debería haberle enviado una carta proponiéndoselo.

—Dieter Breitsprecher, bienvenido. ¡Cuánto tiempo! —No recordaba que él fuera tan alto y ancho de hombros. El cabello rubio empezaba a encanecer en las sienes. Sus ojos, muy grandes, y su rostro risueño se le antojaron a Lavinia francos y amigables. De inmediato se sintió incómoda y deseó que la velada terminase cuanto antes.

—Desde luego, ha pasado mucho tiempo, mi querida señorita Duke. —Hablabla prácticamente sin acento. Le tendió un ramillete de solidago, vellosilla, rosas silvestres ya un poco mustias y hepática blanca, recogido todo ello en el campo—. Habría traído raras flores tropicales... si las hubiera.

Él vio a una mujer de mediana edad, de caderas amplias y el busto realzado por el ajustado vestido negro, pero con la fuerte presencia de una persona que posee el control del dinero.

—Llámeme Lavinia, por favor, Dieter. Y gracias por el ramillete. Aunque todas sean flores silvestres, es precioso, y en esta ocasión prefiero lo natural al artificio. ¿Tomará una copa de vino? ¿O prefiere algo más fuerte? —Tiraría aquellos hierbajos en cuanto él se marchase.

—Para serle sincero, preferiría whisky..., si tiene.

—¿Que si tengo? Es mi bebida preferida, que adopté por influencia de mi padre. —Fue al aparador y sirvió dos vasos de lo que aparentemente era un bourbon añejo de Kentucky.

Se sentaron frente al fuego y, al principio, se miraron sin hablar, evaluándose.

—Bueno —dijo Lavinia, asumiendo ella el esfuerzo—, ¿han ido bien los negocios este año?

—Sí, muy bien, pese a que perdimos por segunda vez nuestra serrería, El Nido del Petirrojo, a causa de un incendio. Nunca más contrataré a un aserrador que fume en pipa. El nuestro vaciaba el tabaco residual encendido en el serrín pese a un centenar de advertencias. Lamentablemente, la causa ha desaparecido: esta vez ardió él mismo.

—¡Qué desgracia! —comentó Lavinia—. También nosotros hemos perdido serrerías por culpa del fuego.

Siguió otro largo silencio. Lavinia pensó sacar a colación las elecciones presidenciales: todo el mundo sabía que ganaría el general Grant. En lugar de eso, preguntó:

—¿Viaja mucho? ¿Al este? ¿O a Alemania?

—Una vez al año a Nueva York o Boston. O incluso a Filadelfia, y en una ocasión fui a California para conocer las desafortunadas circunstancias de mi primo Armenius.

Ahí se le presentaba a Lavinia una oportunidad, pero no preguntaría por Armenius tan pronto, para que él no la tomara por una ávida chismosa.

—¿Tenían una serrería que se llamaba El Nido del Petirrojo, pues?

—Sí. Todos los años un petirrojo construía el nido en una viga por encima de la sierra. No sé si era siempre el mismo. Tenía muy preocupado al viejo fumador, que temía que los polluelos cayeran del nido a la sierra.

Lavinia apretó un puño.

—Espero que eso no ocurriera.

—No ocurrió. Esa serrería produjo en su día decenas de petirrojos.

—Da la impresión de que las serrerías no duran mucho. Siempre se produce alguna catástrofe.

—Muy cierto. —Dieter acercó un poco más la silla. Le gustaba hablar de catástrofes y había visto no pocas en los bosques de Michigan—. En su mayoría pueden prevenirse, pero los hombres son descuidados y los aserradores, creo yo, son los más descuidados, aunque también los propietarios y el capataz pueden hacer mucho daño. Por ejemplo... —La miró muy serio—. Pero no deseo aburrirla contándole desgracias.

Una nueva oportunidad para indagar sobre Armenius, pero Lavinia se limitó a decir:

—Dieter, no me aburre; continúe, por favor. Pero primero déjeme servirle otro whisky. Adelante.

—Un maderero de Maine me explicó las razones que lo habían llevado a Michigan. En Maine tenía una gran serrería. La instaló al pie de una escarpada ladera, cubierta de pinaza hasta la mismísima orilla del río. Su plan era talar los pinos, hacer un resbaladero por el que bajar los troncos hasta la serrería, y luego cargar la madera serrada en embarcaciones que amarrarían justo delante: una operación muy fluida y continua que salió tal como estaba previsto. Pero el hombre no sabía qué ocurre en una ladera cuando se eliminan los árboles.

Lavinia no sabía ni remotamente a qué se refería.

—¿Qué ocurre en una ladera cuando se eliminan los árboles?

—Llegó la primavera y empezó el deshielo. Me contó que, mientras estaba en un saliente de tierra cercano desde donde podía admirar su serrería trabajando a pleno rendimiento, vio toda la ladera contraerse como un gato y precipitarse hacia abajo en un corrimiento de barro. Enterró la serrería y a los trabajadores, hundió la embarcación que aguardaba su carga. Provocó olas enormes en el puerto. No se encontró nada de lo que se llevó a su paso. Una descomunal montaña húmeda de barro y cepas.

—No tenía ni idea de que pudiese ocurrir algo así —dijo Lavinia—. Admiro lo mucho que sabe de esos infortunios. Enviaré un comunicado a nuestros aserradores para que no instalen ninguna serrería al pie de una ladera.

—Sí, o mejor aún, dígalos que dejen los árboles en su sitio. Las raíces retienen la tierra. Las ramas dan sombra al suelo y lo protegen de las inundaciones cuando llueve torrencialmente.

—Señorita Lavinia —anunció Libby desde el umbral de la puerta—, dice la cocinera que la cena está lista.

—Gracias, Libby. Dieter, ¿pasamos al comedor?

Por alguna razón fueron incapaces de abandonar el tema de las catástrofes y, ante el cordero asado y las patatas fritas, pasaron de los corrimientos de tierra y los incendios a los naufragios, los cocineros locos, los leñadores suicidas, los accidentes en el bosque e incluso un osado atraco en el que se llevaron el dinero de las nóminas. ¿Era ya momento de preguntar por Armenius? ¿O de plantear la otra cuestión, más importante? No.

—He oído decir, Dieter, que ha comprado muchas tierras desboscadas. ¿Es así?

—Así es. Esas tierras pueden adquirirse por una miseria y me proporciona satisfacción reforestarlas y convertirlas de nuevo en bosque bueno y valioso.

—Seguramente tardará muchos años en poder talarse, en tener valor.

—Por supuesto. Pero en Europa la gente contempla el pasado y el futuro con mayor seriedad. Gestionamos los bosques desde hace siglos, y pensar en el futuro es una costumbre arraigada. Los americanos no tienen sentido del

paso del tiempo; para ellos sólo existen tres años: el año pasado, este año y el año que viene. Supongo que yo me atengo a mis tradiciones. Me gusta saber que seguirá habiendo bosque cuando yo me haya ido.

—Encomiable, no me cabe duda —dijo Lavinia—. ¿Dónde encuentra los árboles jóvenes que planta?

—Los cultivamos. Nuestra empresa creó un vivero de pinos hace unos años. En primavera y verano contratamos a indios para plantarlos. Los leñadores blancos que cortan árboles desprecian ese trabajo. Pero los indios poseen una comprensión más profunda de la naturaleza y del tiempo, y les damos trabajo siempre que es posible.

Lavinia pensó que probablemente los indios se alegraban más de tener un trabajo remunerado que de plantar los bosques del futuro.

—Es sabido que cuida usted el bosque. Y también he oído decir que en sus campamentos madereros hay numerosas cabañas pequeñas para cuatro hombres en lugar de un único barracón donde alojar a un centenar.

—Sí, me parece que los hombres descansan mejor si disponen de mayor intimidad. Esa gente trabaja mucho y agradece las pequeñas comodidades.

Lavinia se mordió la lengua para no decir que muchos de los leñadores de Breitsprecher se trasladaban a los barracones hacinados de Talas Duke porque en condiciones de vida difíciles ponían a prueba su resistencia viril. Despreciaban las comodidades. Sin duda eso no convenía decirlo.

Lavinia estaba inquieta. No debía tardar más en plantear la oferta del consejo. Y si él accedía, después ella podría preguntar abiertamente por Armenius. Ya habían pasado revista a las catástrofes, y ella había perdido la oportunidad de indagar a ese respecto. Para cuando llegó el postre —canutillos rellenos de crema bañados en chocolate y con fresas azucaradas en un extremo—, se sentían más a gusto en su mutua compañía, y ella casi disfrutaba de la presencia de Dieter.

—¿Le apetecería dar un paseo por el parque antes del café y la copa? —propuso Lavinia. Se lo plantearía entonces.

—¿Qué parque es ése?

—Un pequeño parque boscoso que comparto con dos vecinos —contestó ella—. Es un sitio muy agradable en las tardes de verano, y como todavía hay luz, podemos disfrutar de los últimos rayos.

Accedieron al bosque por debajo de un magnífico arce blanco, viendo el envés plateado de las hojas de tallo largo. Dieter se quedó atónito.

—Vaya, Lavinia, ha conservado este precioso bosquecillo. Mi más sincera admiración. —Citó unas palabras de Uhland—: «Los más dulces placeres de la Tierra se encuentran en los bosques verdes y espesos». —Y pensó que ella no había sucumbido totalmente al ansia de dinero.

El parque consistía en cuatro hectáreas de frondosas diversas, unidas a otras ocho de bosque virgen de pino blanco en la franja este, un vestigio de la amplia arboleda derribada en la orilla del lago por Talas Duke décadas atrás. Serpenteaba entre los árboles un sendero limpio de maleza, y cuando cruzaron un puente de troncos, Dieter vio un riachuelo que discurría pendiente abajo hasta desembocar en una charca iluminada por el sol, cuyos últimos rayos capturaban la sombra que creaban las nubes de insectos vespertinos. Llegaron al pinar a tiempo de ver el último trazo de luz anaranjada desvanecerse en la espesa penumbra.

A sus espaldas resonaron los últimos trinos de los petirrojos. El viento agitaba las copas de los pinos, pero ellos sólo oían los vibrantes reclamos: *chiria chiria, chiria chirili*.

—Nos aconsejan que seamos felices y vivamos con alegría —dijo Lavinia, sumida en el perfumado recuerdo de ella recostada en la almohada de seda de Posey, escuchando a su madre mientras ésta leía con su voz ronca las aventuras del buen Robin el Petirrojo.

—Me pregunto si conoce usted el grave perjuicio que causamos a los petirrojos cuando tálamos sus árboles —musitó Dieter—. Se los arrebatamos, y se ven obligados a construir sus nidos sobre sierras giratorias.

—Santo cielo —dijo Lavinia—. Nunca me lo había planteado en esos términos. ¿Por qué no vuelan hasta otros árboles?

—Pueden, y lo hacen, pero los nidos no pueden trasladarse, y entonces, cuando los polluelos están a punto de echar la pluma, vienen los hacheros y cortan el árbol, con lo que las crías caen al suelo. —Se interrumpió al ver que estaba causándole a ella verdadero dolor—. Querida Lavinia. Le enternecen mucho los petirrojos. —Dieter había hecho un descubrimiento.

—Lo sé —contestó ella con voz nasal, procurando no echarse a llorar—. Es que siento un gran amor por ellos. ¿Sabía que, si alguien muere en el bosque, los petirrojos van, recogen hojas y cubren el cuerpo...? —Y se le escaparon las lágrimas.

¿Qué podía hacer Dieter? Con gentileza apoyó las manos en los hombros de Lavinia; ella apretó el rostro contra su camisa, y se quedaron inmóviles en medio de aquel arrebol ambarino entre los trinos de los petirrojos, que los exhortaban a alegrarse: alegraos, alegraos, por amor de Dios.

Lavinia no quería el calor de Dieter, aunque, al mismo tiempo, lo anhelaba; tampoco quería el olor de su camisa, ni su propia debilidad, y se apartó. Él la miró, calló y siguieron caminando, separados por un considerable espacio, en dirección a la casa, para tomar un coñac, y café en tazas de porcelana finas como el papel, el líquido muy negro hasta que una cucharada de leche formaba un remolino en miniatura.

Dieter Breitsprecher consideró a Lavinia un gran rompecabezas. Era como el cuarto lleno de objetos desconocidos que uno encontraba siempre bajo llave en todos los grandes castillos. Dejó su copa de coñac y abrió la boca dispuesto a hacer un comentario sobre el parque boscoso, pero ella lo interrumpió y se apresuró a decir:

—Dieter, quiero preguntarle una cosa. El consejo de dirección y yo deseáramos proponerle un acuerdo de asociación con Talas Duke. Valoramos sus conocimientos, deseamos que se una a nosotros en condiciones pactadas por ambas partes. El consejo..., el consejo y yo hemos hablado de ello y queremos, yo, yo... ¡Libby! —Llamó a la criada sin aguardar la respuesta de Dieter—. Acompaña al señor Breitsprecher a la salida. —Lavinia se quedó allí tambaleante y de pronto farfulló—: Hablemos aquí mañana, Dieter, después de la muestra. Puede darme su respuesta entonces, su parecer... Ha sido un placer cenar esta noche con usted.. Y mañana podemos hablar de los inventores, hablar de todo, ya que el consejo y yo concedemos gran valor a su opinión. —Y salió precipitadamente del salón; no había nada más que decir al respecto, y ella se alejó de él a toda prisa.

Dieter se quedó de una pieza. Y aunque tuvo la suficiente presencia de ánimo para alzar la voz y decirle que el placer era mutuo, en su caso la experiencia había sido más bien como espiar a través del ojo de la cerradura

de ese cuarto cerrado bajo llave.

«Me parece que esta noche voy a dormir poco», se dijo. «*Verdammt noch mal!*»

A la mañana siguiente, Lavinia había recobrado el aplomo. Si bien lamentaba su débil lloriqueo, por fin había dicho lo que tenía que decir. Ahora esperaba la respuesta. Estaba preparada para encajar una negativa.

En la exposición, Lavinia advirtió que Dieter Breitsprecher llegaba una hora después de abrirse las puertas. Annag Duncan se paseaba entre el público susurrante con tazas en una bandeja, seguida por la señorita Heinrich, quien llevaba la cafetera.

David Neale tomaba notas para su periódico, o quizá, pensó Lavinia, era uno de los espías anónimos de Tappan que informaban sobre la personalidad de los hombres de negocios. Noah Ludlum y Glafford Jones parecían concentrados en un individuo corpulento que sostenía un tarro de una sustancia espesa y alquitranosa. Theodore Jinks y Axel Cowes habían pedido al señor Drimmel que convirtiera el guardarropa en un despacho provisional con sillas y escritorio, y desde allí, con aires de importancia, llamaban uno por uno a los inventores y los interrogaban. Lavinia vio a Dieter Breitsprecher acercarse a Flense y a Pye. Se saludaron y salieron, todavía hablando. Flense miró a Lavinia y enarcó las cejas. Ella no supo interpretar el gesto. ¿Debía seguirlos? ¿Esperar? Optó por aproximarse a un hombre de pelo lacio y traje de hilo arrugado que se hallaba cerca de la puerta con otros dos hombres.

—Soy Lavinia Duke —se presentó—. ¿Expone usted algo?

En cuanto él dio su nombre, ella recordó su carta. Weed, el arquitecto, era muy locuaz, y empezó a explicarle el proyecto Hogares en la Pradera. Señaló hacia el exterior.

—Eso es una maqueta preconstruida a escala uno cuatro, nuestro Hogar en la Pradera Número Uno. Es pequeña a propósito. Para que ayer pudieran ver ustedes las cajas, y hoy vean la maqueta. ¿Vio ayer las cajas?

—Lamentablemente no —respondió Lavinia.

—Pues esta casa ayer estaba embalada en esas cajas. Toda ella.

Lavinia dedujo que era un error no haber visto la casa embalada en cajas.

Pero sí vio la compacta, atractiva y barata casa instantánea de dos plantas que se alzaba en el jardín, con veleta, pararrayos y todo.

—Ahí están —dijo Weed, señalando las cajas de embalaje vacías dispuestas en fila en el jardín—. Las cajas. Todas ellas caben en una carreta de granja. Ayer esta casa estaba dentro de las cajas.

Ella miró la maqueta. Desde luego era bonita, pero ya de entrada se preguntó qué relación podía tener con Talas Duke.

—Sí —continuó Weed—, y hay otros tres modelos, y todavía vendrán más. —El arquitecto se quedó expectante, como si esperara una felicitación.

—Señor Weed —dijo Lavinia—, ya me hago una clara idea. Pero hábleme de sus planes de comercialización.

El señor Weed, en su afán de explicarse, casi brincaba:

—En las praderas, la gente necesita casas pero no tiene árboles. Y los granjeros no son carpinteros, y por tanto lo único que hacen es amontonar palos que se vienen abajo a la primera tormenta. Si uno intenta establecerse en una granja, puede morir antes de tener un tejado sobre la cabeza. Pero cualquiera, incluso un granjero, puede montar una de nuestras casas. —Lanzó una mirada al señor Drimmel, quien, bajo un haya cercana, observaba a los empleados del hotel disponer las mesas para el tentempié—. Esta maqueta, si fuese el Hogar en la Pradera Número Uno en tamaño real, costaría cuatrocientos cincuenta dólares, incluidos los portes del transporte en ferrocarril. Dos hombres pueden construirla en unas dos semanas. Mis socios y yo tenemos la esperanza de que Duke nos aprovisione de madera y aporte dinero a modo de inversión.

—Ah —dijo Lavinia—. Pero ¿cuál será el coste del transporte en ferrocarril, según sus cálculos? Las praderas deben disponer de comunicación por vía férrea si allí la gente quiere estas casas.

—En Chicago hay un auge de líneas de ferrocarril, y la gran transcontinental está casi acabada. Según dicen, se terminará en menos de un año. Saldrán de ella ramales en todas las direcciones a través de las tierras del interior. El ferrocarril ya está llegando. Ponga a sus empleados a cortar traviesas. Pronto serán necesarias.

Al mediodía, el hotel Great Lakes sirvió el almuerzo al aire libre a la sombra de las hayas: lonchas de jamón, pollo frito, huevos rellenos y tartas saladas. Lavinia se llevó su muslo de pollo a un banco al otro lado del haya.

—Gracias —dijo una voz masculina que a ella le resultaba ya familiar. Alzó la vista hacia Dieter Breitsprecher—. He hablado con su abogado y su contable. Acepto su oferta provisionalmente. Llevará un tiempo ultimar los detalles de mi función en una asociación como ésta, y de cómo puede llevarse a cabo de la mejor manera posible. Creo que Breitsprecher debería poner fin a sus operaciones de tala..., quizá vendérselas directamente a Duke..., pero quiero conservar nuestras zonas desboscadas para seguir con los proyectos de reforestación.

—Oh. Oh, Dieter. Me alegro mucho. —Lavinia se puso en pie y le tomó los dedos con su mano grasienta por el pollo. Ruborizada, la retiró enseguida y arrojó el hueso roído al suelo, donde las hormigas se abalanzaron sobre él —. Esta noche, después de la cena, podemos dar otro paseo por el parque — propuso, porque había visto lo mucho que a él le agradaba aquel pequeño bosque.

—Sí, claro, ni una manada de caballos salvajes podría impedírmelo.

Esa segunda velada todo fue más sencillo. Charlaron como si fueran amigos desde hacía muchos años; quizá lo eran, pensó Lavinia. Analizaron los inventos expuestos. A Dieter no le gustaba la idea del uso de grasa con estircinina en los resbaladeros de troncos.

—Tú tienes a tus petirrojos —dijo Dieter—. Yo tengo a mis osos.

Coincidieron en que las casas embaladas eran una idea ingeniosa y un éxito seguro. A Lavinia le había encantado la maqueta.

«Es nuestro regalo para usted», había dicho Weed, y una hora después de clausurarse la muestra, Lavinia la tenía instalada bajo el gran arce blanco de su parque. Se erigía allí como si esperase pequeños visitantes, duendes quizá. O niños: había leído el ensayo «Niños del sueño», de Lamb, primero con una sensación de anhelo, después con repulsión ante su propia reacción. Acalló ese pensamiento absurdo, fruto de la debilidad.

Unos días después del encuentro, Talas Duke, Sociedad Anónima —ya que Lavinia, siguiendo el consejo del señor Flense, había constituido la sociedad—, creó una filial con el nombre de División Hogares en la Pradera, que se ocuparía de todos los aspectos del negocio, incluido el transporte hasta las praderas, además del suministro de madera curada y serrada y barandillas de escalera, husos torneados, balaustres modelados al vapor y elementos decorativos para las casas preconstruidas. Van Dipp, Brace y Weed dirigirían la construcción y, como empleados, recibirían salarios de Duke. Pero la asociación en igualdad de condiciones, que era lo que Weed deseaba, no recibió el beneplácito del consejo.

—Nosotros estamos más capacitados para controlar el aspecto comercial de esta empresa —declaró Flense—. Nuestra oferta, un contrato de diez años con salarios altos y un porcentaje de los ingresos obtenidos con la venta de las construcciones embaladas, les garantizará estabilidad y riqueza. Dentro de diez años podemos revisar las condiciones.

En la cena, Lavinia se interesó por el infortunio de Armenius Breitsprecher. Dieter suspiró.

—Si te resulta demasiado doloroso, no me lo cuentes —dijo ella.

—Es verdaderamente doloroso, pero de ese suceso pueden extraerse muchas lecciones. Verás, Armenius era impetuoso por naturaleza. Siempre le interesaba seguir adelante, correr riesgos y aventuras. Cuando se descubrió oro en California, se apasionó de tal modo que nuestro negocio pasó a segundo plano. Enloqueció. Ninguno de mis argumentos lo disuadió de agarrar el portante y partir rumbo a California. No recibí una carta suya hasta pasado un año y medio. Desde San Francisco. Dijo que había reunido una fortuna en pepitas y esperaba un barco para ir a Nueva Orleans. Desde allí, remontaría el Misisipi hasta Chicago y luego seguiría hasta Detroit. Esperé; al cabo de dos meses llegó un sobre, vacío salvo por un recorte de periódico en el que leí «Magnate de la madera fatalmente herido», y el nombre del magnate en cuestión era Armenius. Ignoraba quién había enviado ese escabroso artículo.

Por tanto, fui a San Francisco y, después de muchas pesquisas, descubrí los hechos y la triste noticia de que, en efecto, Armenius había muerto. ¿Puedo pedirte un poco más de vino, Lavinia?

—Naturalmente. —Ella se lo sirvió—. Sigue. ¿Qué había ocurrido?

—Armenius había alardeado de sus preciadas pepitas, jactándose y exhibiéndolas. Finalmente lo abordaron dos hombres en un callejón detrás de una cantina, lo dejaron inconsciente, le pegaron un tiro, le robaron y lo dieron por muerto. Pero no estaba muerto, y algún buen samaritano lo llevó a la cantina. Lo tendieron en una mesa de la trastienda y llamaron a un médico. Me contaron que en San Francisco, en los tiempos de la fiebre del oro, por supuesto, había centenares de médicos, y el hombre con quien hablé, un individuo que conocía a Armenius del hotel donde los dos se alojaban..., fue él quien me envió el recorte..., me contó que muchos médicos se apiñaron alrededor de él y se disputaron el privilegio de atenderlo. Ignoro si su esperanza era obtener unos pingües honorarios o si se consideraba a Armenius, como informaba el periódico, un «magnate de la madera» cuya curación representaría para un médico dinero y a la vez fama. El médico que accedió primero a él cortó la camisa. La bala había penetrado en el pecho y traspasado el pulmón izquierdo. Sangraba profusamente. Ese médico exploró la herida y a continuación abrió la carne en torno al orificio para valorar el alcance de los daños. Colocó una esponja dentro de la herida para detener la hemorragia y después cosió la incisión. Trasladaron a Armenius al hotel donde se alojaba y lo dejaron en su habitación. Allí murió cuatro días después, de una grave infección causada, sin duda, por la esponja introducida.

—Qué horror —dijo Lavinia—. Qué grandísimo horror —repitió—. Pobre Armenius. Lo siento mucho.

—Sí, fue uno de los momentos más lúgubres de mi propia existencia. En mi opinión, Armenius fue asesinado por el médico. Nos iba bien en el negocio maderero, y mi pobre primo dejó todo lo bueno en pos de unas diminutas partículas de oro en un lejano arroyo de montaña y pagó por ello con la vida.

Guardaron silencio hasta que Libby entró a recoger la mesa y ahogó una exclamación al verlos a los dos sentados en la penumbra.

—Perdone, señora, pensaba que estaba en el jardín.

—No, no, pero creo que saldremos ahora. Dieter, ¿damos un paseo por el bosque?

—Cómo no, Lavinia.

Dieter emanaba una suerte de sereno aplomo. En su compañía, Lavinia se sentía protegida. El sol se había puesto, y una luz de colores melocotón y fresa aplastada teñía aún el cielo. Pasearon por delante de la casita presentada en la exposición, y Dieter sonrió. Bajo los árboles, el aire estaba quieto y denso; minúsculos mosquitos negros se elevaban lánguidamente desde el suelo. Bajo los voluptuosos pinos, la penumbra era muy cerrada, un verde oceánico profundo y oscuro. Retumbó a lo lejos un trueno. Dieter contempló a Lavinia con su vestido negro; las sombras absorbían el color de su cabello oscuro y la luminosidad se concentraba en aquel semblante pálido e intenso. Acudió a su memoria un fragmento de un poema de Catulo, y musitó:

—*Montium domina..., silvarumque virentium...* —La tomó del brazo y siguieron caminando muy despacio—. Lavinia, ¿por qué no te has casado?

La pregunta la sorprendió por su brusca franqueza. Ella emitió un débil quejido, semejante al chirrido de la bisagra de un armario, y respondió:

—Es que nunca he conocido a nadie que despertara mi interés en ese sentido. Soy muy selectiva con mis amistades, me temo. ¿Y tú?

Un relámpago destelló a través del cielo.

—Más o menos por lo mismo —contestó él—. Soy muy maniático, muy exigente en cuanto a determinados rasgos que nunca he descubierto en una mujer.

—¿Y qué rasgos son éstos, señor Breitsprecher?

—Bueno, la elegancia, el atractivo, la inteligencia, la capacidad de distinguir el vino tinto del blanco, el apego a los petirrojos... y, lo menos habitual de todo, la aptitud para cubicar la madera de los troncos.

Ella prorrumpió en carcajadas, y él se rió también; así siguieron, allí en la penumbra, hasta que un búho sobresaltado se abatió silenciosamente sobre sus cabezas.

—Lavinia —dijo Dieter cuando por fin pudo hablar—. ¿Nos casamos?

—Ésa me parece una excelente pregunta —respondió ella—. Considero que nos conviene planteárnoslo.

De pronto el nubarrón, ya encima de ellos, absorbía toda la luz. Los trazos de los relámpagos los persiguieron hasta la casa, y se oyó el tamborileo de las primeras gruesas gotas cuando, jadeantes, cruzaban la puerta. ¿Había recibido alguna mujer una proposición semejante?, pensó Lavinia. Estaba aterrorizada, emocionada. Ahora sí, ahora sí encontraría respuesta a todas sus calladas preguntas.

Se arrojó de cabeza a un amor brutal y feroz, de esos que podían soportarlo todo y en los que a veces se sumían las mujeres solitarias en el umbral de la soltería definitiva. Lo volcó todo en ese sentimiento. Se abrasó, se abrasó. Fue como si nunca hubiese estado viva hasta que apareció Dieter. Desde la muerte de James, jamás había mantenido una relación estrecha con otra persona, pero ahora estaba fundida con Dieter Breitsprecher. ¡Nada menos!

Planearon casarse al cabo de un mes, pero primero tuvieron que atender complicados detalles en relación con sus obligaciones y el negocio, los alquileres y el trabajo previsto. Y Dieter se había comprometido a viajar a Nueva Inglaterra para reunirse con un hombre a quien admiraba mucho.

—Ese hombre, George Marsh, es un granjero de Vermont, el primer americano que conozco que es consciente de la amenaza extrema que pende sobre los bosques de este país. Mi mayor deseo, sólo superado por el de casarnos, es conversar con esa persona inteligente y observadora. Hace un tiempo acordamos que yo lo visitara y viera los desechos dejados en la tierra por la tala irreflexiva de nobles arces y robles para obtener triviales recetas de potasa y ceniza de perlas. Tenemos previsto hacer un breve recorrido por los bosques de Nueva Inglaterra, donde se han eliminado los árboles hace ya un siglo, para ver los resultados. Es algo que debo hacer, amor mío.

Lavinia consideró gracioso el interés de su prometido por los bosques desnudos.

El abogado Flense y el señor Pye viajaron a Detroit para reunirse con el gerente del negocio de Dieter, Maurice Mossbean, con la intención de encontrar la manera más sensata de incorporar la empresa Breitsprecher a Talas y Maderas Duke.

—De hecho —dijo el señor Mossbean—, sería mejor cambiar el nombre de la compañía y pasar a llamarla Duke & Breitsprecher.

Los cien detalles se estudiarían en las reuniones del consejo directivo. Curiosamente, parecía que a Dieter Breitsprecher le interesaba poco el lado comercial de la silvicultura, y para él fue un alivio dejarlo todo en manos de Talas Duke. Así tendría tiempo para desarrollar sus proyectos de gestión, ampliar su vivero de pinos y centrarse en las frondosas, tan abundantes y poco conocidas. Pensó en la posibilidad de escribir un artículo sobre los *Aceraceae*, ya que le interesaban los arces.

Unos días después, el señor Pye y el abogado Flense, agotados y con los ojos enrojecidos, viajaban en un destartado vagón mientras el paisaje desfilaba ante ellos rápidamente. Fumaban sendos puros, y el señor Flense tenía una petaca de plata que compartió con el señor Pye.

—¿No le incomoda un poco esta... fusión? —preguntó el señor Flense.

—Mucho —respondió el señor Pye, desenroscando el tapón de plata y echando un buen trago de whisky—. No pueden descartarse posibles cambios en la dirección de nuestra empresa. Yo aprobé la idea de incorporar a Breitsprecher como socio, pero este matrimonio podría traer cambios perjudiciales para nuestra manera de hacer las cosas. Bien podría ser que él la convenciera para que adoptara sus ideas conservadoras de la silvicultura, y viéramos reducirse los beneficios, tal como disminuyeron para los Breitsprecher cuando el primo se marchó.

El abogado Flense hizo un comentario tan chusco que el señor Pye tuvo que simular no haberlo oído.

Los prometidos acordaron vivir en casa de Lavinia.

—Pero necesito una biblioteca para pensar y leer —dijo Dieter—. Un pequeño invernadero y un laboratorio serían un sueño hecho realidad. Un hombre que ha llevado una vida solitaria no puede renunciar a sus costumbres de la noche a la mañana.

—He estado pensando en eso —respondió Lavinia—. Sería mejor añadir un ala a la casa. La actual disposición del espacio no es idónea para una pareja casada. Goosey puede ocupar mi antigua habitación. Pero echaré de menos la cúpula, desde donde a menudo observaba los barcos.

—Añadamos una cúpula a la nueva ala: mi amada debe disfrutar de su vista de las embarcaciones del lago Michigan.

—Y tú situarás el invernadero donde te plazca. Mientras estés en Nueva Inglaterra, el tiempo pasará deprisa. Puedo supervisar la construcción de la nueva ala con nuestros nuevos aposentos. ¿Viajaremos al extranjero de luna de miel? Son tantas las cosas por hacer.

Dieter sonrió.

—¡Una luna de miel! Iremos a donde tú quieras. Lo dejo en tus manos. Dejo en tus manos todas esas decisiones. Pero plantéate la posibilidad de ver los resultados de la deforestación descontrolada en el litoral mediterráneo. Fue eso lo que empujó a otros países a tomar conciencia de la necesidad de cuidar y administrar el bosque.

Él le tomó la mano y de pronto le lamió la palma.

—¡Dieter! —Lavinia se sobresaltó. Fingió ofenderse y retiró la mano, pese a que el contacto de su boca caliente le había producido una extraña sensación. Aun así, pasar la luna de miel contemplando tierras desoladas no le resultó tentador.

—Lavinia, intentaré por todos los medios hacerte feliz. En nuestro futuro no veo más que júbilo. Me quitaré de encima la visita a Nueva Inglaterra cuanto antes. Hay conexiones en tren en la mayor parte del camino hasta Albany; para el resto del viaje, alquilaré un carruaje y recurriré a los ferrocarriles locales que encuentre. Vermont es todavía una zona muy rural. Y te escribiré. Te escribiré una carta larga en el tren, otra cuando llegue, una más cuando me acueste y otra cuando...

—Creo que tienes un gran sentido de la tontería.

Lavinia se hallaba en la vieja cúpula contemplando los barcos en movimiento cuando oyó el crujido de la grava bajo unas ruedas y, al mirar abajo, vio detenerse un carruaje frente a la casa. Se apearon el señor Pye y un

hombre alto y delgado a quien ella no conocía. Oyó los aldabonazos, oyó la voz de Libby, y sin embargo no la asaltó presentimiento alguno hasta que llegó al pie de la escalera y miró al desconocido que acababa de quitarse el sombrero y dejar a la vista una cabeza morena y rapada, el cráneo como una bola de cañón recién salida del canal del parto, el rostro estrecho y alargado, confluyendo las facciones en un afilado mentón. El señor Pye dijo:

—Lavinia, siéntate. Te presento al señor Averso, de las oficinas del ferrocarril. Lavinia, se ha producido un accidente...

Ella oyó sin comprender, sólo oyó, oyó, oyó. Eso mismo había ocurrido con James. No podía ocurrir otra vez. Miró al señor Averso, y aquella cara, aquella cabeza, quedaron grabadas en su memoria para el resto de su vida. Se le heló el corazón, y lo último que vio antes de desplomarse fue la boca de Averso abrirse lentamente.

—¡Lavinia, todavía no tenemos constancia! —exclamó el señor Pye—. ¡Libby, trae agua! —Echó el agua en el rostro de Lavinia, la sacudió, le dio unas palmadas en la mejilla—. ¡No tenemos constancia! Viajaba en ese tren, pero no sabemos si estaba en el vagón que..., el vagón que se ha caído.

Lo que Lavinia sabía era que Dieter había reservado pasaje en el tren con destino a Albany. Oyó explicar al señor Averso que, al este de Cleveland, la locomotora entró a todo vapor en un puente de caballete construido a gran altura y que, por algún motivo, el último vagón descarriló, se desenganchó y se precipitó al abismo.

—¡Lavinia! —exclamó el señor Pye—. El señor Averso dice que casi todos los viajeros de los demás vagones han sobrevivido, aunque hay algunos heridos. Debemos esperar noticias, Lavinia, debemos esperar. No hay que perder la esperanza. No se sabe con certeza quiénes..., quiénes han muerto o sobrevivido.

Lavinia fijó la mirada en el señor Pye. Luego en Averso.

—¿No se sabe con certeza? —preguntó.

—No, no se sabe con certeza —respondió el señor Averso—. He venido para ofrecerle medio de transporte hasta el lugar en cuestión para que pueda usted determinar si el señor Breitsprecher se encontraba entre quienes..., quienes se han salvado.

—¡No se sabe con certeza! Lo acompañaré. Tengo que averiguarlo. Libby, Libby, mi chal. ¡Voy a buscar a Dieter!

Lavinia descubrió, pues, que el amor llegaba acompañado de un altísimo precio, y permaneció contraída y doblada en el asiento mientras el tren especial avanzaba rápidamente hacia el lugar del accidente. Era el mismo viaje, ya conocido, que hizo con Cyrus para hallar a James congelado entre los tocones. Una vez más, se dirigía a toda prisa hacia la demostración de los peligros que arrostraba la vida moderna. El destino no podía ser tan extraordinariamente cruel como para arrebatarse a Dieter.

Antes del alba del día siguiente, llegaron a una terrible escena iluminada por fogatas titilantes y la luz tenue de unos faroles, el vagón caído aún humeante entre las rocas bajo el puente de caballete. Abajo, en el río, yacían cuerpos ennegrecidos, y a lo largo de la vía los heridos gemían y gritaban. ¿Dónde estaba la ayuda? Reinaba allí el débil caos de la ineptitud. Lavinia, el señor Pye y Averso deambularon entre los supervivientes buscando a Dieter. Lavinia tuvo la impresión de que una figura acurrucada tenía los anchos hombros de Dieter, pero el hombre apartó su cara en carne viva y sangrante. Ella advirtió que una oreja le colgaba por debajo de la mandíbula. Tenía la nariz aplastada, y sus facciones tumefactas y ennegrecidas parecían el rostro de un cerdo cocido. Tambaleante, se acercó al siguiente.

—¡Lavinia! —la llamó desde atrás una voz ronca y entrecortada.

Ella se volvió. El hombre con cara de cerdo, de cuya boca abierta goteaba una espuma sanguinolenta, repitió con voz quebrada y casi inaudible:

—...viniaaaaa...

Ella, temblorosa, lo miró de hito en hito. El señor Pye se acercó corriendo y observó la cara de aquella criatura.

—¡Es Dieter! Lavinia, es Dieter Breitsprecher.

Goosey Breeley estaba en su elemento. Asumió el cuidado de Dieter Breitsprecher como una misión. Los aposentos de invitados en casa de Lavinia se convirtieron en el cuarto de convalecencia de éste, y Goosey, en su Clara Barton particular. Infatigable, le curaba las heridas, le cambiaba las vendas,

aireaba la habitación, le leía al paciente durante horas, preparaba apetitosos platos supuestamente idóneos para su restablecimiento: gachas de avena, caldo de ternera, pechuga de pollo desmenuzada, huevos escalfados y demás.

—Duerma —decía ella—, yo vigilo, así que duerma.

Y él dormía. Un día le pidió que fuera al parque a buscarle una ramita de pino; pensaba que el aroma lo revitalizaría.

Goosey primero pidió permiso a Lavinia, porque se sobrentendía tácitamente que sólo Lavinia, el señor Jinks y el señor Cowes podían visitar el parque.

—Por supuesto, Goosey, puedes pasear por ese bosque con entera libertad. Llévale una brazada de ramas de pino.

Goosey se marchó durante más de una hora, pero regresó a diario, a veces con una nueva rama para la habitación del enfermo.

Pero para Lavinia algo importante había cambiado. La espumosa catarata de amor que había sentido dentro de sí parecía haberse convertido en un cauce subterráneo. El Dieter con puntos de sutura y vendajes, recostado sobre almohadas, no era el Dieter contra cuya camisa ella había llorado. Ese hombre vulnerable no podía protegerla. Sus posiciones se habían invertido. El deseo de dinero y éxito de Lavinia volvió a llenar el espacio que Dieter había dejado vacío: eso al menos era permanente.

Los médicos dijeron que Dieter Breitsprecher posiblemente se recobraría por completo, pero cuando ella entraba en la habitación del enfermo y veía su rostro hinchado y descolorido, le costaba creerlo. Cuando se sentaba junto a la cama, volvía un poco la cabeza y hablaba a la pared o la ventana. No podía contener del todo la sensación atávica de estar sola y rodeada de lobos que la había acosado desde la muerte por congelación de James.

Se sumió en su trabajo y dejó los cuidados de Dieter en manos de Goosey, salvo la hora que, todas las noches, iba a sentarse a su lado y, con la mirada fija en la pared, le tomaba la mano y lo ponía al corriente, muy por encima, de los asuntos del día; un exceso de detalle podía cansarlo. Si bien sus sentimientos habían cambiado, se proponía seguir adelante con los planes

de matrimonio en cuanto él se recuperara. Sentía gran simpatía por Dieter, quería un marido. Pero los negocios nunca habían sido tan absorbentes: por primera vez, Duke abría mercados en el extranjero.

hoja de tilo

Si Lavinia sentía menos afecto por Dieter Breitsprecher después del accidente, él cayó en un remolino de amor peligroso. No podía escapar. Intuía que casarse con Lavinia sería un error, pero se veía atrapado en la inmediatez del torbellino y carecía de fuerzas para apartarse. Lo atormentaba una insospechada necesidad de Lavinia. Sabía que era algo irracional, sabía que la dirección en la que ella orientaba su vida era contraria a las convicciones de él. Lo aplastaría. La verdad inasumible era que deseaba ser aplastado. Aunque nunca se lo diría, Lavinia le recordaba a su abuela, aquella mujer rectísima de rostro terso y cabello negro con raya en medio que tenía respuesta para todo y cuya casa resplandecía como el reloj de bronce dorado de la repisa de la chimenea. Sus severas normas, órdenes y dolorosos castigos, así como las inolvidables y poco comunes palabras de elogio, habían dado forma a las emociones de Dieter por Lavinia. Por lo tanto, guardaba cama esperando la llegada de esa exigua hora en que ella se acercaba a su lecho y se sentaba, con el rostro vuelto, hablando de los asuntos de la jornada y la meteorología.

—El señor Pye, nuestro anciano contable, ha solicitado la jubilación por razones de salud. Tiene un persistente dolor en las entrañas y está mal de la vista. Annag me ha asegurado que ella es capaz de llevar las cuentas tan bien como él.

—Harías bien en organizarle una pequeña despedida..., un reloj de oro o una leontina en forma de piña. ¿Cuál es la política de la compañía al respecto?

—Creo que no la hay. Mi padre nunca fue muy sentimental, y supongo que todo aquel que se retiraba se llevaba una moneda de oro y un apretón de manos. Pero creo que tienes razón. Podemos preparar algo agradable para el señor Pye, una pequeña colación en la sala de juntas. Le diré a Annag que se encargue de ello.

La gente de fuera veía en esos cambios la impronta de Dieter Breitsprecher; era un hombre un tanto misterioso, pero desde su incorporación a Talas Duke las personas ajenas a la empresa creían que era él la fuente de todos los negocios de la compañía. El carácter y las cualidades de Lavinia se le atribuían a él; su propia reputación como hombre de negocios astuto y rápido en sus reacciones fue a más.

A fin de escapar de sus propios sentimientos y pensamientos durante la convalecencia, Dieter empezó a escribir cartas a aquellos que parecían preocupados por la desaparición de los bosques norteamericanos, una preocupación que parecía ligada cada vez más a una vaga conciencia de la identidad nacional, aunque él no estaba muy seguro de eso. Ahora ya eran pocos quienes veían el bosque como un gran enemigo opresivo; algunos incluso honraban a árboles concretos, en especial aquellos que eran enormes o se erigían como hitos. Un pastor unitario de la zona oeste de Massachusetts pronunció una serie de sermones sobre los árboles, sermones publicados posteriormente en un opúsculo: *Los árboles de la vida*. Dieter tenía un ejemplar. Especialmente conmovedor era el sermón sobre los cedros del Líbano, *Arz ar-Rabb*, esos grandes y oscuros árboles del Señor que habían dado cobijo a los ángeles, árboles talados por los cien mil hacheros del rey Salomón. El sermón concluía con una súplica: «Ahora los cedros están en peligro por culpa de cabras voraces que se comen los brotes jóvenes. La mismísima reina Victoria ha enviado dinero para construir una tapia que los proteja de la destrucción caprina». La parroquia donó una generosa suma destinada a la salvación de los cedros del Líbano, mientras los parroquianos seguían dejando pacer sus propios rebaños en los bosques públicos.

Dieter rehuía toda disquisición trascendental, pero le interesaba el proceso por el que los americanos pasaban del odio al bosque a algo rayano en la veneración, un sentimiento que él conocía desde su infancia en Alemania.

Tras la muerte de sus padres, su abuela lo llevó a ver el *Riesenlinde zu Heede*.

«Un *lindwurm*, árbol dragón», le había dicho ella con voz grave e intensa, acercándolo al tronco con su mano cargada de anillos. Mientras se hallaban bajo el gran árbol plagado de carbunclos, su tronco hendido cubierto de tupido musgo de color esmeralda, ella le había contado: «Este árbol noble y antiguo es un árbol de la justicia, y mucho más».

Le explicó la historia de Sigfrido, adaptada a sus propios fines: Sigfrido, el Hombre con Piel de Corteza, había adquirido su revestimiento córneo después de abatir a Fafnir, el dragón que vivía en el tilo. Tras impregnarse él mismo de sangre de dragón, Sigfrido estaba blindado, inmune a todo excepto en un punto de la espalda donde se le había adherido una hoja de tilo.

«¿En este árbol? ¿El dragón vivía en este tilo?», había preguntado Dieter clavando la mirada en el hueco oscuro entre las raíces, como si temiera que de pronto fuera a aparecer la gran serpiente.

«Sí, pero de eso hace mucho tiempo. El dragón está muerto, gracias a Sigfrido. Y ahora debes verte a ti mismo como Sigfrido. La tristeza que sientes por la muerte de tus papás es una especie de dragón..., *Sie müssen zurück schlagen...*, debes acallar ese dragón de dolor. Debes endurecerte, superar la pena y crearte una protección a base de voluntad contra los afectos superfluos. Así nada podrá hacerte daño.»

Pero Lavinia había encontrado la hoja de tilo de Dieter y la había retirado.

Escribió muchas cartas al hombre de Vermont. Marsh era un granjero como había pocos, porque se fijaba en todo lo que ocurría en su mundo: la caída de las ramas de los árboles, la profundidad del mantillo de hojas en el bosque, y cómo las raíces ralentizaban y retenían el agua de la lluvia, atenuada por la esponja absorbente de musgo y hojas en descomposición. Veía lo que ocurría en el terreno cuando se eliminaban los árboles, cómo desaparecían los pájaros cuando se drenaba un embalse. Cuando viajaba, comparaba paisajes y se formaba opiniones. Dieter albergaba aún la esperanza de visitarlo para ver lo que el granjero había visto. A través de su ininterrumpida correspondencia

se dio cuenta de que George Perkins Marsh era mucho más que un granjero observador de los Montes Verdes: lingüista, congresista, diplomático, viajero por países extranjeros..., uno de los genios que el joven país parecía producir como semillas de grano.

La nueva ala se añadiría a la casa de Lavinia mientras viajaban a Nueva Zelanda en su luna de miel. Cuando regresaran, las obras habrían terminado.

«Mucho dinero», se decía Lavinia. Aun así, había que salvar las apariencias, y Dieter debía disponer de su biblioteca y su invernadero. Dejó de lado su vestimenta negra y se acogió a las nuevas modas, vestidos que realizaban las formas, con polisones pequeños y desenfadados. Y Goosey, aquella matrona canosa y poco agraciada que llevaba años ahorrando su estipendio, de repente empezó a lucir vestidos de colores vivos, pródigos en volantes. Se peinaba el pelo artísticamente, trenzado en forma de corona.

Una mañana, durante el desayuno, Goosey estaba sirviéndose mantequilla derretida y sirope de arce en su tortita cuando miró a su prima.

—Lavinia, hace muchos días que quería decírtelo pero...

—¿De qué se trata, Goosey? —Lavinia prefería el silencio por la mañana, pero aquello no era propio de Goosey. Dirigió la mirada hacia su prima lejana y vio su cara rosada y su ceño fruncido. Goosey exhalaba un leve aroma a raíz de orris.

—He accedido a casarme con el señor Axel Cowes.

—Pero ¿cómo lo has conocido? —Lavinia se quedó muy sorprendida.

Goosey enrojeció y encorvó los hombros. Todo salió a la luz. El día en que fue al bosque a cortar unas ramas de pino para Dieter coincidió con el señor Cowes, que paseaba a su perro. Charlaron, empezaron a pasear, y en los meses posteriores se convirtieron en compañeros diarios de paseo, amigos íntimos y, finalmente, prometidos.

—Necesita a alguien —dijo Goosey.

«Ah», pensó Lavinia, «como todo el mundo.»

—Te deseo la mayor felicidad, querida Goosey —dijo, pensando de inmediato en desheredarla.

Lavinia se marchaba temprano a la oficina y regresaba tarde. Había mucho que hacer: todos los días recibía la visita de dos o tres hombres de negocios, y tenían tal volumen de correspondencia diaria que despachar que Annag Duncan y la señorita Heinrich no daban abasto. Si bien Annag parecía una mujer de negocios próspera y de éxito, la señorita Heinrich apenas había cambiado; todavía tímida, se escondía en el cuarto del material cuando llegaban desconocidos a la oficina.

—Por el amor de Dios —decía Annag—, no van a morderle. Son sólo hombres de negocios.

—No me gusta ese señor Wirehouse. Me mira.

—Mira a todo el mundo. También puede usted mirarlo a él: un gato puede mirar a un rey.

El abogado Flense le había regalado un ameno libro: *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*. Y ante este comentario la señorita Heinrich rompió a llorar.

—¡Yo no soy un gato!

Uno de esos días ventosos propios de Chicago, Annag, ataviada con un vestido azul marino con un recatado dobladillo de puntilla, entró en el despacho de Lavinia; movía ya los labios, ensayando lo que quería decir.

—Señorita Duke, con el éxito, la empresa genera mucho más trabajo de oficina. Opino que deberíamos contratar a otros dos empleados. El volumen de correspondencia es enorme. Propongo que ascendamos a la señorita Heinrich a subdirectora y busquemos a otras dos personas, o incluso tres, para clasificar y atender las cartas, tarea de la que hasta el momento se ha encargado ella.

—Tiene usted entera libertad para poner los anuncios y contratar nuevo personal —respondió Lavinia—. Debemos preparar a personas aptas. Y ya sabe que Dieter y yo pasaremos cerca de dos años en el extranjero. Debo recibir información de todo periódicamente, cablegramas detallados cada semana; creo que así todo irá bien. Eso representará más trabajo para usted, me temo. En cuanto al ascenso de la señorita Heinrich, hágala venir a mi despacho y yo hablaré con ella.

Sólo unos días antes, la señorita Heinrich, la clásica solterona con miedo a los hombres, se había presentado ante Annag enrollando nerviosamente unos papeles entre las manos.

—Señora Duncan, tal como usted me encomendó, he revisado las propuestas del Día del Inventor del verano pasado y hay una que me parece especialmente... interesante. Pero la dejamos en el aire. No sé si la señorita Duke la consideraba prometedora o no... —Su voz se apagó gradualmente.

—¿Qué propuesta es ésta?

—Es de Maine, de un tal señor Stirrup. Una enfermedad le impidió asistir a la muestra, pero va a intentarlo de nuevo. Antes comerciaba en pulpa de algodón y ahora tiene una papelería en Maine, a orillas del río Mattawanscot. Antiguamente fabricaba papel sólo con pulpa de algodón, pero dice que ha experimentado mezclando fibras de pasta de madera con algodón. Con gran éxito, sostiene. Y también ha probado a hacer papel con distintas pastas de madera. Madera sola. Sin algodón.

—Es interesante. No estaba al corriente de esa propuesta. ¿Se sabe algo más al respecto?

—Sí. Mandó unas muestras. Del papel hecho con pasta de madera. Según dice, ha realizado muchos experimentos para ver cuáles son las maderas más aptas y los mejores procedimientos. En su carta habla de la utilización de sulfito y sulfato. ¿Qué significa eso?

—No tengo ni la más remota idea. Déjeme ver las muestras.

Annag Duncan examinó las hojas de papel, escribió unas cuantas palabras a tinta en varias y las plegó. Se lo devolvió todo a la señorita Heinrich y, desde su butaca, contempló por la ventana las obras de construcción de un museo, obsequio de los muchos millonarios de Chicago. Finalmente exhaló un suspiro, volvió la cabeza y contempló a su ayudante. La pobre, en su nerviosismo, temblaba como una hoja.

—Señorita Heinrich, creo que es mejor que muestre esta propuesta a la señorita Duke y le diga que le ha llamado la atención. Quizá ella no leyera todo el informe cuando se presentó el año pasado por primera vez. Coincidió con usted en que esto puede ser valioso. —La acompañó a la puerta del despacho de Lavinia, abrió y anunció—: Señorita Duke, aquí está la señorita Heinrich.

Mientras la señorita Heinrich permanecía plantada como un muñeco de nieve en la tupida alfombra turca frente al escritorio, Lavinia leyó la carta y examinó las muestras.

—Muy interesante. Señorita Heinrich, enhorabuena. La ascenderemos y le subiremos el salario. —Tenía ya la mente puesta en el futuro. Stirrup decía que los troncos pequeños, la broza residual y demás madera no utilizable podía emplearse para fabricar pasta de papel: papel barato hecho con la madera desperdiciada. Eso, pensó, podía inaugurar un lucrativo mercado. Más aún, ¿acaso no podían Duke & Breitsprecher construir su propia fábrica de papel?—. Le dictaré una carta. «Querido señor Stirrup: He leído hoy su propuesta...»

Ése era un paso que llevaría a Duke & Breitsprecher al siglo siguiente.

El matrimonio tenía una ventaja mercantil para Lavinia. Dieter se convirtió en figura decorativa en la empresa a la vez que ella conservaba la dirección y el control; estaba dispuesta a construir el gran imperio Duke costara lo que costase. Dieter había pedido que la compañía, en lugar de vender a especuladores sus terrenos una vez talados los pinos, los aislara y administrara por medio de una división independiente llamada Mantenimiento de Tierra Maderera, dedicada a la reforestación y la gestión, que él supervisaría. Eso se sumaba al porcentaje de la empresa que había retenido después de la fusión con Duke. Los primeros indicios de conservación forestal empañaron, pues, la reputación de Duke & Breitsprecher.

—Aunque les cueste creerlo —explicó Dieter al consejo directivo—, llegará el día en que el bosque maderable escaseará y adquirirá un valor mayor del que podemos concebir. Ya han visto las prometedoras perspectivas de la pasta de madera para el mercado papelero que nos han expuesto esta mañana Lavinia y el señor Stirrup. Conservar las tierras de Maine durante años tal como ha hecho Talas Duke es sensato. Si nos aseguramos la continuidad de nuestros terrenos forestales, tendremos garantizada la riqueza en el futuro, sea mediante la madera o mediante el papel. Puede que para entonces nosotros ya no estemos aquí, pero nuestro trabajo dará fruto.

Eso no podía discutírselo nadie, porque en algunas de las tierras que Breitsprecher había replantado hacía veinte años abundaban ya los árboles robustos, e indiscutiblemente, pasados otros tres o cuatro decenios, serían valiosos terrenos madereros. Eso obligaba al consejo a pensar de una manera distinta, a una escala de décadas, no de meses o de unos cuantos años. Resultaba aterrador.

Duke & Breitsprecher envió su primer cargamento de excelentes pinos a Sídney, Australia. El abogado Flense viajó a San Francisco para reunirse con el comprador, un inglés con negocios en Australia, Harry Blustt, que deseaba suscribir un contrato de suministro con una década de duración. Blustt quería pinos de Michigan, pero dijo que también estaba interesado en el comercio de madera de kauri..., fuera lo que fuese el kauri, pensó Flense.

—En Australia tenemos un poco de esa madera, pero casi toda crece en Nueva Zelanda. Nos interesa encontrar un socio en las labores de tala que establezca campamentos madereros eficientes en ese país. —Su cuidada perilla subía y bajaba mientras hablaba.

—Entiendo —dijo el abogado Flense. Era la primera vez que oía la palabra «eficiente» empleada en ese sentido; captó el significado de inmediato—. Sin duda Duke & Breitsprecher está interesada en una fuente de madera en el extranjero. Siempre estamos interesados en nuevas provisiones de árboles. Y el término «eficiente» es nuestro lema. Pero ¿cuáles son las empresas participantes en Nueva Zelanda?

Blustt se echó a reír.

—De eso nos encargamos nosotros. Ya contamos con ellos: tenemos contactos con los hombres idóneos. Acuden a Australia y Londres en busca de consejo y ejemplo para todas sus operaciones. Pero la población autóctona no proporciona mano de obra satisfactoria. Necesitamos leñadores norteamericanos capaces de manejar el hacha y la sierra. He aquí el aspecto del producto acabado. —Extrajo cuatro trozos de dorada madera de kauri.

—Oh —exclamó Flense; la madera brillaba como si cada átomo absorbiese la luz del sol.

—La mejor madera del mundo para la construcción de edificios — aseguró Blustt.

Flense se llevó las muestras a Chicago, y éstas, abillantadas e impolutas, pasaron de mano en mano en la sala de juntas. El kauri era un tipo de conífera, y cuando los miembros del consejo se enteraron del generoso crecimiento de ese árbol, enorme y recto hasta una altura de treinta metros, con todas las ramas agrupadas en lo alto, votaron a favor de obtener más información.

—Según dicen, es el árbol más perfecto del planeta para los madereros —dijo Flense—. O al menos eso afirma Blustt.

En el consejo, nadie sabía gran cosa sobre Nueva Zelanda. Lavinia quería conocer a Blustt. Quería ver los bosques de kauris antes de que la empresa diera un salto a ciegas. Podía repetirse nuevamente la situación de Michigan. Así pues, se organizó el viaje. Ella y Dieter Breitsprecher, recuperado aunque con cicatrices, irían a Sídney en su viaje de luna de miel, conocerían a Blustt, y después visitarían Auckland y verían con sus propios ojos los kauris de la península de Coromandel.

Antes de su marcha, Lavinia se reunió por separado con el abogado Flense y Axel Cowes.

—Señor Flense —dijo ella—, no sólo lo considero mi asesor y apoderado en todas mis cuestiones financieras, sino también un amigo. Confío plenamente en usted. Mientras Dieter y yo estemos ausentes, le otorgaré un poder para que se ponga al frente de todos los asuntos del negocio. Si tiene alguna duda o pregunta, consulte con Axel Cowes.

—Descuide, querida Lavinia. Todo se hará tal como lo haría usted misma. —Desplegó su sonrisa curva, y entre sus labios destelló un diente de oro. Le tomó la mano derecha en la suya y dijo—: Por mi vida.

Tanto Lavinia como Dieter permanecieron postrados a causa del mareo durante las primeras semanas de la travesía. El capitán (cuyo barco era propiedad de Duke & Breitsprecher) fue incapaz de proponer una cura hasta

que el primer oficial recurrió a los remedios del saber popular sugeridos por la tripulación. El que surtió efecto procedía del cocinero chino: infusiones de jengibre y un paseo por cubierta cada dos horas.

—Sin bajar nunca a los camarotes —añadió el cocinero cuando llevó a los dos un gran cazo humeante que apestaba a jengibre.

Lavinia tomó tres tazas endulzadas y paseó durante media hora, la mirada fija en el horizonte. A Dieter le bastó con una sola taza, y a la hora de la cena los dos vomitadores estaban ya en condiciones de comer ternera y nabos cocidos. Por alguna razón, compartir la enfermedad los unió como no los había unido la ceremonia nupcial, y a bordo del oscilante barco, con una carga de tablones en continuo rozamiento en la bodega, Dieter y Lavinia iniciaron una aventura sexual. Dieter descubrió con asombro y satisfacción lo receptiva e imaginativa que era Lavinia en la estrecha litera. La tripulación oía risas y algún que otro chillido procedente del camarote. El cocinero afirmó que ése era otro de los saludables efectos de la infusión de jengibre.

Harry Blustt acudió a recibirlos en el muelle.

—¿Qué? Un largo viaje, ¿eh?

Explicó que Sídney era todavía una ciudad en ciernes, pantanosa y a la vez polvorienta, atestada y a la vez vacía, atrevida y a la vez refinada.

—Qué interesante —dijo Lavinia—. Pero ahora lo único que deseo es alojamiento en tierra firme.

—¡Claro! Claro. ¡Alojamiento! Verán, hay muy pocas casas de huéspedes y posadas. Durante la fiebre del oro había aquí innumerables fondas de mala muerte, totalmente inadecuadas. Hemos pensado hospedarlos en la casa de un funcionario del Gobierno que estará en Londres hasta fin de año. Creo que se sentirán a gusto durante las semanas previas al viaje en barco a Nueva Zelanda. He organizado varias cenas con gente del sector maderero, como ustedes y yo.

Las cenas en cuestión fueron todas iguales: rubicundos hombres de negocios ingleses deseosos de concertar acuerdos para vender su madera, la mayor parte de la cual, dedujo Lavinia, procedía de Nueva Zelanda, donde los leñadores abatían los árboles.

—Sí —dijo un insulso individuo a la vez que se tocaba los labios con la servilleta—, los barcos con cargamentos de madera abarrotan los puertos de Nueva Zelanda, barcos con kauris, totaras y rimus. En su mayoría vienen aquí, a Nueva Gales del Sur, que está expandiéndose como..., como..., como el mismísimo diablo.

—Pero nosotros queremos estudiar las posibilidades de ocuparnos personalmente de la tala —respondió Lavinia.

Los hombres miraron a Dieter como pidiéndole que hiciera callar a su esposa: una mujer no era quién para hablar de tala ni de madera. No estaban dispuestos a tratar ningún tema con ella, y en cambio mostraban gran respeto hacia Dieter. La conversación decayó; Lavinia y Dieter se despidieron en cuanto pudieron, tratando de no ofender a nadie.

—Espero que en Nueva Zelanda las cosas vayan mejor —comentó Lavinia—. Estos individuos operan a pequeña escala. Sólo les interesa vender uno o dos cargamentos de sus tablones. Suministran material de construcción a Nueva Gales del Sur. Ése es su mercado. No entienden lo que es la tala en serio. —Con el brazo trazó un círculo que incluyó a los murciélagos frugívoros—. Eso me lleva a dudar de las aptitudes del señor Blustt. Confío en que en Auckland no ocurra lo mismo.

—Veamos primero los árboles —propuso Dieter.

Antes de salir de Chicago, Dieter, aconsejado por el señor Marsh, alquiló una casa privada en Auckland para su estancia de un mes. Su contacto sería un tal Nashley Oval, un artista inglés, contratado por el Gobierno para pintar vistas panorámicas de Nueva Zelanda. «Son buena gente, con intereses comparables a los nuestros», escribía el señor Marsh, «pero les advierto que la familia de la esposa tiene esclavos, situación que el nuevo Gobierno se propone erradicar.» Cuando Dieter leyó esto a Lavinia, ella hizo una mueca y dijo:

—¡Esclavos! ¡Dios santo!

El pequeño barco, tripulado por marineros maoríes tatuados, arribó al gran puerto azul en el crepúsculo.

—¿No sería mejor descansar bien esta noche y reunirnos con el señor Oval mañana? —propuso Dieter, y Lavinia movió la cabeza en un gesto de asentimiento, contemplando en torno a ellos los resplandecientes remos que

empuñaban hombres y mujeres en canoas labradas.

Pero el señor Oval, un hombre alto y desaliñado de cabello castaño rojizo y ojos azul claro, los esperaba en el muelle.

—Es un placer, encantado —musitó, y besó a Lavinia la mano recubierta de salitre y estrechó las dos a Dieter—. He pensado dejarlos instalados en Casa Helecho. Tengo previsto ofrecerles una sencilla cena en mi casa esta noche para que podamos hacer planes. A no ser que estén demasiado cansados del viaje. Planear la visita es importante, porque un mes no basta ni remotamente para mostrarles los prodigios de Nueva Zelanda.

Fueron derechos a su casa, situada en medio de un vergel.

—Una vista extraordinaria —comentó Lavinia, admirando el puerto bañado en tonos violáceos y sombras con un vestigio de luz solar.

Un criado maorí —¿uno de los esclavos?— los acompañó a una sala exiguamente amueblada cuyas paredes se fundían con la penumbra. La única iluminación procedía de las velas, cosa que agradó a Dieter. No le gustaban las lámparas de petróleo ni las de gas. Los esperaba una pequeña mesa redonda preparada para tres. El criado les llevó unos mejillones de labios verdes y sirvió vino blanco muy frío.

—Delicioso, señor Oval. Me recuerda los vinos alemanes —comentó Dieter, preguntándose cómo lo habrían enfriado. ¿Tenían hielo o nieve allí? No lo creía.

—En efecto, es un vino alemán, importado, como todo nuestro vino. Dudo que en este clima se dieran bien los viñedos, aunque algunos opinan lo contrario. Hace diez años me trajeron en barco veinte cajas de burdeos, y ha tardado mucho en recuperarse del viaje; en realidad, aún no puede beberse. Según me han dicho, los tintos tardan veinte años o más. Los blancos, en cambio, estaban bien, y he desarrollado cierta preferencia por éstos, o eso creo. Por nuestro inminente viaje juntos —brindó, y alzó la copa, sonriendo a Lavinia.

Los platos de mejillones desaparecieron, sustituidos por una apetitosa empanada de las famosas ostras de Bluff.

—Mañana podrán descansar y acomodarse, y el jueves, pienso, sería buen día para zarpar rumbo a la península de Coromandel, donde nos adentraremos en el bosque a caballo. Hace medio siglo aquí los caballos se

desconocían, pero los misioneros los trajeron y los maoríes los adoptaron. Todo el mundo cabalga. Según tengo entendido, señora Breitsprecher, desea usted especialmente ver los kauris. ¿Ha traído ropa de montar? —preguntó a Lavinia.

—No —contestó Lavinia—. No monto a caballo desde que era niña. No se me ocurrió meter ropa de montar en las maletas.

—Creo que podemos conseguirle un traje de amazona. Mi esposa, naturalmente, monta a pelo. Y, en un apuro, siempre puede ponerse un pantalón de hombre; aquí, en la frontera de la civilización, las mujeres viven ajenas a las modas. Si no es usted muy quisquillosa, no habrá problema.

Lavinia sintió curiosidad ante la idea de que una inglesa montara a pelo e intentó imaginar cómo sería una mujer así: un marimacho extravagante, sin duda. ¿Y pretendían que ella se pusiera un pantalón? ¿Era eso lo que su anfitrión insinuaba?

Mantuvo la mandíbula apretada para no quedarse boquiabierta cuando la señora Oval entró en la sala. Nashley Oval se puso de pie. Dieter, sonriente, se levantó. La mujer que se acercó a ellos era alta y bien proporcionada, hermosa en sus movimientos y su físico. Lucía una falda de algodón de color naranja orlada de plumas, y en la parte superior del cuerpo una prenda larga de suave lino que dejaba un hombro a la vista. Una cascada de cabello negro le caía hasta la cintura. Tenía tatuado en la barbilla un curioso dibujo, y una delicada línea, también tatuada, realzaba sus labios bien formados. Lavinia comprendió, conmovida, que era maorí.

—Bienvenidos, bienvenidos a nuestra tierra —saludó la mujer con su voz dulce, utilizando un perfecto inglés de clase alta, con una inflexión descendente al final de la frase.

—Permítanme que les presente a mi esposa, Ahorangi Oval. Querida mía, éstos son nuestros huéspedes, Lavinia y Dieter Breitsprecher, con quienes viajaremos a tus bosques a partir del jueves.

—Será un gran placer para mí —dijo la señora Oval con una voz suave y fluida que a Dieter le recordó el arrullo de una paloma—. Son muchas las cosas que enseñarles, y espero que lleguen a amar este lugar tanto como nosotros. Sabemos de ustedes por nuestro amigo común el señor Marsh, a quien conocimos en Italia hace unos años.

«¡Cielo santo, otra vez el señor Marsh!», pensó Lavinia. «Desempeña un papel invisible en nuestras vidas.»

Un ancho sendero ascendía gradualmente hacia el bosque. Ahorangi Oval, vestida de nuevo con su falda naranja y su blusa de lino, montaba a horcajadas en una nerviosa yegua baya, que piafaba y caracoleaba sin parar. Lavinia, oprimida y un poco torturada con el traje de amazona, que no era de su talla, iba en una yegua pía mansa. Dieter, a lomos de un flaco caballo castrado, y el señor Oval, en su purasangre *Queenie*, cabalgaban detrás de las dos mujeres, hablando del señor Marsh. Dos hombres maoríes —hermanos de Ahorangi— los precedían en sus propias monturas, a pelo, volviéndose y dirigiéndoles comentarios en buen inglés. Cerraban el grupo un criado y un caballo de carga con unas cestas *kete* llenas a rebosar.

—Habla usted un inglés excelente —dijo Lavinia a Ahorangi.

—Sí, gracias. Estudié en Londres —contestó ella.

Al mediodía, los hermanos se detuvieron junto a un recio árbol de aspecto imponente.

—Un árbol col —dijo Ahorangi—. Todas las partes son comestibles, y sirven para cubrir techumbres y confeccionar capas impermeables. Se obtienen de él buenas medicinas. Se diferencian tanto de otros árboles que a veces los plantamos para señalar un sitio especial. Comamos aquí con el *ti kouka*.

El sendero, siempre en ascenso, los condujo hasta un bosquecillo de totaras; los elegantes árboles alcanzaban grandes alturas y mostraban sus acículas arracimadas y sus bayas rojas.

—Éste —dijo Ahorangi, señalando con sus expresivas manos— es el árbol que apreciamos por encima de todos los demás.

—¿Incluso por encima del kauri? —preguntó Lavinia.

—Sí. El kauri es importante y lo veneramos, pero son los blancos quienes lo aprecian hasta el punto de excluir a otros árboles. Para ellos es el árbol maderero ideal. Pero es con el totara con el que nuestras vidas y nuestra

religión están aún más profundamente entrelazadas. Al igual que el kauri, es uno de los grandes jefes del mundo de los árboles, como lo son también el rimu, el kahikatea y el rata. Ésa es la realeza de nuestros árboles.

—Me recuerda un poco al tejo —comentó Dieter, contemplando el totara—, aunque éste es mucho más alto. Muchísimo, de hecho.

—Sí, desde luego —dijo el señor Oval—. Es uno de los árboles predilectos tanto de los maoríes como de los blancos. Los maoríes prefieren la madera de totara para sus tallas y para las canoas de guerra, las casas y otras muchas cosas. Da fruta abundante y de buen sabor; la corteza, en decocción, sirve para bajar la fiebre. A los blancos les gusta porque la madera no se pudre.

Ahorangi llevó a Lavinia hasta un rimu de frondas colgantes como flecos.

—Éste es mi favorito —dijo—. Adoro el rimu, pero también lo adoran los madereros. —Tocó parte de aquella colgadura verde—. Según los botánicos es un pino, pero es muy distinto. A diferencia de los pinos europeos, no da piñas, pero sí una excelente variedad de bayas. A los kakapos..., ¿los oye?..., les gustan mucho esas bayas.

En la Casa Helecho, a lo largo de toda la noche anterior, Lavinia había oído unos ruidos sordos, como si alguien dejara caer balas de cañón desde los árboles. En ese momento volvió a oírlos. Ahorangi explicó que eso era el reclamo de apareamiento del kakapo, un loro hinchado y orondo que no podía volar y se pasaba la vida en el rimu atiborrándose de fruta.

—Normalmente sólo emiten este sonido por la noche, pero sospecho que éste es muy ardoroso —prosiguió Ahorangi. Tocó el brazo a Lavinia y, con una triste sonrisa, dijo—: Tengo que preguntarle una cosa. Temo por los rimus. Según me ha contado mi marido, es usted una mujer importante, dueña de una compañía maderera, y ha venido aquí para examinar los árboles con la idea de talarlos. Tengo la esperanza de que llegue usted a apreciar nuestros árboles y no los tale. Son nuestra vida. Para vivir felices en esta tierra, necesitamos los árboles. Temo por ellos. Le ruego que no los tale.

Lavinia guardó silencio, y al cabo de unos minutos Ahorangi interpretó ese silencio y volvió junto a su marido y sus hermanos. Durante el resto del día permaneció con ellos, sin hacer ya el menor esfuerzo por hablar con Lavinia.

Dieter, a lomos de su caballo, se acercó.

—¿Qué pasa? —preguntó, consciente de que algo andaba mal.

—Esa mujer no quiere que talemos ningún árbol —respondió Lavinia—. Me ha suplicado que no los talemos. No he sabido qué decir. Hay aquí tantos árboles que no sería posible cortarlos todos como, según parece, ella teme.

—Esperemos que así sea —dijo Dieter—. Ése es mi deseo. —Y también él se quedó en silencio.

Atravesaron el bosque de rimus y ascendieron por el tortuoso sendero hasta una arboleda. Lavinia y Dieter supieron de inmediato que éstos eran los kauris; no podían ser otra cosa: troncos grises de una anchura descomunal, con las ramas arracimadas en la copa, como víctimas de un atraco con las manos en alto. Con todo, el imponente tamaño de aquellos monstruos los dejó atónitos.

—Dios mío —exclamó Dieter—, esto es el bosque encantado de un cuento antiguo. —Desmontó, amarró el caballo a un arbusto y empezó a rodear un kauri muy muy grande. Lo asaltó un repentino júbilo—. Son demasiado grandes para talarlos —le dijo a Lavinia—. Es imposible abatirlos.

«Sí es posible, y se hará», pensó Lavinia. Aun así, también ella se había sentido un poco conmovida ante aquellos árboles silenciosos, tan inmensos, tan desvalidos.

Después de la cena, Lavinia intentó arreglar las cosas.

—Mi querida señora Oval...

—Llámame Ahorangi, por favor.

—Gracias. Y, por favor, llámame Lavinia... Quiero decirte que, si yo he venido para examinar los kauris pensando en su posible tala, mi marido ha venido porque cree en la replantación de todo lo que uno se lleva. Nos preguntamos si es posible plantar kauris jóvenes, quizá uno por cada árbol grande que se tale, y cuidar de esos árboles a medida que crezcan y envejecan.

Ahorangi dejó escapar una parca risa.

—Los kauris grandes tienen muchos años, miles. Os llevaremos a ver el Kairaru de Tutamoe. Es el más grande. Sin duda se necesitarían cien generaciones humanas hasta que un árbol replantado pudiera sustituir a un kauri maduro, y con tal diámetro, abatido.

—Hay que tener fe en el poder de una semilla —afirmó Dieter—. Cuando los plantamos, sabemos que no llegaremos a verlos crecidos. Los plantamos por la salud del mundo, más que por las personas que aún no han nacido.

Nashley Oval, sin levantarse, se inclinó hacia delante con semblante tenso y expresión entusiasta.

—Eso..., esa idea de plantar kauris... me gusta mucho. Querría preparar un vivero..., supongo que podría llamarse así..., para cultivar los árboles jóvenes. No sé bien cómo se propagan... —Miró a su esposa.

—Tienen piñas, y las piñas contienen las semillas. Muchas veces habrán visto caer en espiral esas semillas aladas, flotando en el viento, ¿no?

—Sí. ¿Lo único que tendría que hacerse, pues, es recoger esas semillas y sembrarlas en un lecho de tierra?

Dieter tomó la palabra:

—Posiblemente uno obtendría mejores resultados recogiendo piñas no tan maduras, antes de que empiecen a dispersar sus semillas. Y éstas deberían proceder de árboles jóvenes, sanos y vigorosos. Desconozco el ritmo de germinación de las semillas de kauri, pero por fuerza debe de haber variaciones. ¿Cuándo empiezan a diseminarse las semillas?

—Diría que en febrero, quizá marzo —contestó Ahorangi—. Es decir, en otoño, dentro de unos meses.

—Nunca me acostumbraría a ese orden invertido de las estaciones —comentó Lavinia.

—Bah, no es tan difícil —respondió Nashley Oval—. Todo acaba ocupando su lugar de manera natural. —Guardó silencio mientras los invitados expresaban su satisfacción en murmullos ante el *hoki* a la plancha, un pescado acompañado con salsa de escalonias—. El próximo febrero me propongo vaciar mi invernadero de lechugas y guisantes y recoger semillas de kauri. Probaré a cultivar kauris jóvenes.

—Serás el primero en el mundo, querido Nashley —comentó Ahorangi, y le acarició la mano.

—Señor Oval —dijo Dieter, muy serio—, si se dedica a eso, cultivará un pasatiempo valioso, así que permítame darle la enhorabuena. Con el tiempo se encontrará prodigando afecto y tiernos cuidados a sus plantones, preocupado por su bienestar. Pero le ruego que no renuncie a sus hortalizas. Si es posible, construya un invernadero específicamente para los kauris. Yo contribuiría con mucho gusto a esa empresa en interés de un futuro mejor.

Ahorangi habló a Lavinia:

—Aún no has visto los kauris jóvenes. Los llaman *rickers*, y son muy distintos de los árboles maduros. Altos y delgados como las jovencitas antes de... desarrollarse. Son muy graciosos. Mientras estéis aquí, veremos kauris de todas las edades.

A lo largo de las dos semanas siguientes realizaron excursiones a los bosquecillos de kauris. Lavinia compró una amplia arboleda en la costa que incluía una mezcla de kauris y rimus y dijo a Ahorangi y Nashley Oval que Duke & Breitsprecher enviaría hombres para iniciar la tala y el aserrado de esos árboles. Se necesitaría un tiempo para contratar a los hombres indicados, reunir la maquinaria para la serrería y transportarlo todo a Auckland. En ese bosque, aseguró, durante unos cuantos años no caería ningún kauri. Ahorangi suspiró, pero asintió cuando Lavinia añadió que Duke & Breitsprecher pagaría al señor Oval por crear un vivero de kauris y mantenerlo, y para plantar árboles jóvenes cuando terminara la tala.

Si bien Axel Cowes conocía a Lavinia y trabajaba con ella desde hacía muchos años, prefirió enviar el cablegrama con la noticia del incendio de Chicago a Dieter. Éste entró en el dormitorio, donde Lavinia anotaba cifras en su cuaderno de gastos.

—Querida, ha llegado un cablegrama de Axel Cowes. Dice que un gran incendio ha arrasado media ciudad, incluida parte de la zona comercial. Muchos se han quedado en la ruina y sin techo, muchos están sufriendo.

Lavinia leyó el cablegrama.

—Hemos perdido almacenes, pero por otro lado, según dice Axel, están llegando numerosos encargos de madera serrada. Aún no se han enfriado las cenizas y, sin embargo, ya se ha iniciado la reconstrucción. He ahí el famoso espíritu de Chicago —dijo—. Pero no da un cálculo detallado de nuestras pérdidas.

—Imagino que se necesitarán varias semanas para formarse una idea clara del alcance de la situación.

—Dice que el señor Flense se ha marchado en viaje de trabajo..., no sabe muy bien adónde..., y por tanto no incluye ningún comentario suyo. Ojalá lo hubiera. El señor Flense podría ofrecernos algunas cifras. Una cosa es indudable, Dieter. Debemos volver cuanto antes —dijo Lavinia—. Nos necesitan en Chicago. Aunque temo el viaje de regreso.

Se marcharon antes de que las piñas de los kauris maduraran, pero Nashley Oval prometió enviar una fanega a Dieter, que estaba decidido a estudiar las peculiaridades de esa planta.

—Les escribiremos —prometió Dieter.

Lavinia tenía ya todos sus pensamientos puestos en Chicago, y se preparaba para atender la desesperada necesidad de madera de la ciudad.

Si el viaje desde San Francisco hasta Sídney había sido difícil, el regreso fue aún peor. Las infusiones de jengibre no sirvieron de nada a Lavinia, que se pasó casi todo el tiempo tendida en su litera, con la tez demacrada y verde. Dieter la animó a subir a cubierta y tomar un poco de aire fresco, y ella subió a trompicones y casi de inmediato vomitó. Poco después se desmayó. Hacia la mitad de la travesía lo peor parecía haber pasado, pero ella siguió sin ingerir apenas nada, excepto pan y té.

—Me pondré mejor cuando estemos en tierra firme —gimoteó—. Espero que ese día llegue pronto.

Ya en su casa recién reformada, cuando el viento soplaba en dirección a ellos, flotaba aún en el aire el hedor de la madera chamuscada de la ciudad. Lavinia mejoró sólo un poco. Con náuseas y mareos, apenas podía apreciar la nueva ala, con sus suntuosos aposentos y, en lugar de cúpula, un gran balcón con amplias vistas al lago Michigan. Dieter se enorgullecía de su invernadero

y su cobertizo, y gustosamente se pasaba el día entero con unas botas embarradas y un largo delantal de lona. Se vestía sólo para la cena. Lavinia no toleraba ya ni el desayuno.

—En serio, esto no puede seguir así. Me tienes preocupado —dijo Dieter una mañana—. Le he pedido al doctor Honey que venga a reconocerte esta tarde, para que nos dé su opinión sobre tu salud. Aquí ahora todo es precioso, y me gustaría disfrutarlo contigo. Quiero que volvamos a pasear por el bosque, a admirar el reflejo de la luna en el agua. Quiero que te mejores.

Pero Lavinia sabía ya qué diría el doctor Honey. No lo había previsto, pero lo sabía. Esperó a que el médico ofreciera su diagnóstico y después, sentados a la mesa durante la cena, mientras comían sólo unas tiras de pechuga de pollo asada, ella se lo anunció a Dieter.

—Voy a tener un hijo. Esas náuseas pasarán. Recuperaré la salud. Pero yo seré madre y tú padre.

Dieter dejó el tenedor y la miró. Asintió pero calló. Después de un largo silencio, la miró, sonrió y, alzando mucho la voz, exclamó:

—¡Hurra!

La criada llegó corriendo de la cocina y los vio sonreír. De regreso en la cocina, le comentó a la cocinera:

—El señor Dieter se alegra de estar otra vez en casa.

—Tendré que encontrar una buena niñera —dijo Lavinia.

Al día siguiente, cuando Lavinia fue a la oficina, se sentía bastante bien e incluso contenta. Conocería el misterio de la maternidad. Serían padres. Tuvo la sensación de ser, por fin, una verdadera adulta.

—Buenos días, Annag —saludó—. Revisaré el correo durante una hora. Venga al despacho a las nueve para que le dicte las respuestas.

La correspondencia le llevó toda la mañana. Una carta le resultó de lo más molesta: un subcontratista había escrito una desconsiderada nota para exigir el estudio cartográfico de los campamentos del río Sticky.

—Este individuo plantea su exigencia como si fuese el dueño de las tierras —comentó Lavinia.

—Ya me ocuparé yo de eso, señorita Lavinia —dijo Annag—. Esa carta no debería haberse incluido entre su correspondencia. El señor Flense ya sabe de qué se trata.

Lavinia esperaba que el parto fuese un suplicio horrendo, porque era madre primeriza y no precisamente joven, pero al final las complicaciones fueron tan insignificantes que dio la impresión de que había traído al mundo ya media docena de niños. Fue un parto rápido, fácil. Nació un pequeño sano y perfectamente formado. Lavinia y Dieter habían hablado de nombres hasta la saciedad. Ella propuso en primer lugar James Duke Breitsprecher, pero Dieter hizo una mueca. A continuación sugirió Charles Duke Breitsprecher, incorporando el nombre de su antepasado; Dieter preguntó por qué no le ponían Bardawulf, el nombre de su propio padre. Lavinia lo repitió:

—¿Bardawulf Duke Breitsprecher? Vaya galimatías para el pobre chiquitín.

Y al final se impuso Charles Duke. Dieter se preguntó por qué los humanos recurrían a los ancestros en busca de nombres para los niños, pero no encontró respuesta.

Lavinia se recuperó del parto enseguida y regresó a la oficina cuando Charles contaba diez días, pero no sin antes reunirse con el anciano abogado al que Dieter y ella acudían para sus asuntos jurídicos personales y nombrar a Charles Duke Breitsprecher heredero de sus bienes patrimoniales y activos empresariales. Todo estaba ya en su sitio: se había asegurado así el futuro del niño y de la compañía.

El mayor interés de Lavinia no era el pequeño, sino los tornos rotativos. Duke & Breitsprecher se disponía a entrar en el mercado del contrachapado. Ése era un uso para el abedul, despreciado durante largo tiempo como árbol sin valor. Los ingenieros de la empresa experimentaban con diversas capas pegadas de madera de distintas especies. Y estudiaban una interesante madera nueva, la del árbol balsa, procedente de Ecuador, muy ligera y muy resistente. Lavinia escuchó sus informes acerca de la excepcional relación entre su peso y su fuerza. El problema era que los árboles balsa no formaban bosques enteros, sino que crecían dispersos a lo largo y ancho de los húmedos bosques

tropicales. La dificultad estribaba en localizar los árboles y sacar los troncos. Ella pensó que no merecía la pena el esfuerzo, y la tala de árboles balsa quedó archivada.

El día en que Lavinia regresó a la oficina, Dieter tomó el bebé de brazos de la niñera y lo llevó al parque, donde lo dejó bajo el arce blanco, recién poblado de hojas nuevas, y se tumbó él mismo, apoyado en un codo, junto al pequeño. Charles fijó la mirada en el trémulo verdor, donde titilaban puntos de luz. Pero ¿qué vería su hijo?, se preguntó Dieter. ¿Las nítidas formas de las hojas o una masa verde desdibujada? Alzó al bebé y observó su cara pequeña y atenta, y vio en su expresión un repentino interés cuando posó los ojos en su bigote. El bebé, sobresaltado, levantó los brazos nerviosamente.

—Mira, Charles, es un árbol. Tu vida y tu destino están ligados a los árboles. Te convertirás en un hombre del bosque y permanecerás a mi lado.

Cierto día, a las seis de la mañana, Axel Cowes atravesó el bosque en dirección a la puerta de la cocina de los Breitsprecher.

—Buenos días, señora Balclop. ¿Se ha levantado ya Lavinia?

—Despierta está, eso seguro, pero no es probable que se haya levantado y vestido. Tengo órdenes de que le lleven el café a las seis y media en punto.

Lavinia había abandonado el té en favor del café bien cargado endulzado con miel.

—Si añade otra taza, se lo subiré yo mismo. Me trae aquí un asunto urgentísimo, una crisis de la que debo hablar con ella inmediatamente.

En ese momento entró en la cocina Dieter en busca de su tazón de café. Se lo llevaría al cobertizo e iniciaría el trabajo de la mañana.

—¡Axel! ¿Qué te trae por aquí tan temprano? ¿Se ha caído un árbol en el bosque?

—Algo así. Vengo a darles la noticia a Lavinia y a usted de que el señor Flense se ha largado.

La señora Balclop ladeó la cabeza para oírlo todo.

—¿Cómo que se ha «largado»?

—Se ha ido de la ciudad y del país a paradero desconocido, quizá a Texas, como dicen que hacen todos los fugitivos, con un buen pellizco de los fondos de Duke & Breitsprecher en los bolsillos. —Siguió un vibrante silencio. Cowes tomó aire y añadió—: Y Annag Duncan también. Se ha marchado con él.

—Vaya —dijo Dieter—. Subamos a ver a Lavinia. No va a encajarlo bien.

IX

la sombra dentro de la taza
(1844-década de 1960)

hijos pródigos

Los años habían tratado mal a Aaron Sel, el único hijo superviviente de Jinot. Cuando Jinot se marchó a Nueva Zelanda con el señor Bone, Aaron quiso llegar a Mi'kma'ki y dar con el clan familiar de Kuntaw, el abuelo de su padre, quien, tras la muerte de su esposa Beatrix, había abandonado la casa de la bahía de Penobscot y regresado a Nueva Escocia con la esperanza de vivir conforme a las tradiciones de los mi'kmaq. Étienne, el hijo de veintiséis inviernos de Kuntaw, se forjó la impresión de que Aaron era un joven presuntuoso sin nada de la disposición alegre por la que se conocía a Jinot. Aaron, a su vez, esperaba una bienvenida ceremonial o algo así, la calidez de la aceptación, y contaba con disipar los misterios de su propia identidad. Esperaba también encontrar mujeres jóvenes. Ahora que estaba allí, no sabía qué debía hacer. Desconocía la técnica de la pesca de la anguila por medio de cañales, no distinguía un arándano de un hechizo. Era incapaz de cazar un caribú o un castor. Aunque, en todo caso, no había castores ni caribús.

—Aquí no tengo amigos; todo el mundo me rechaza —se quejó a Étienne con su tono más lastimero.

—Tienes que aprender. Acompáñame al río y te enseñaré cómo reparar el cañal.

Pero Aaron era incapaz de encajar las piedras, incapaz de clavar las estacas en la posición adecuada.

—Necesito un arma de fuego —dijo, pero la gente sin dinero no podía acceder a un arma.

—Tú quieres demasiado —repuso el viejo Kuntaw, el patriarca y *sagmaw* del clan de los Sel—. Aquí debes aprender a dar, no a recibir.

Pero, tras dos años de desazón en Mi'kma'ki, Aaron regresó a Boston y fue a buscar a Jinot, quien seguía en Nueva Zelanda. Vagó entonces por la zona portuaria.

Fue ahí donde entabló conversación con dos hombres amigables que lo invitaron a tomar algo en la cervecería. Más tarde conservaría el difuso recuerdo de encaminarse entre sus dos nuevos amigos hacia los barcos atracados, pero no recordaría en absoluto cómo subió a bordo del *Elsie Jones*. Lo despertó a la mañana siguiente el doloroso azote que le propinó el contraмаestre con el extremo de un cabo.

—Arriba, mocoso pedigüeño, indio apestoso.

Aaron era grumete en el *Elsie Jones*, un buque cargado de vergas y mástiles con destino a Londres.

—¡No puede hacer esto! Conozco mis derechos. No puede retenerme contra mi voluntad.

—¡Vaya! ¿Acaso eres abogado marítimo, uno de esos que andan siempre predicando sobre los «derechos» y la «libertad de expresión» y esas cosas? Ya te enseñaré yo cuáles son tus «derechos». Te meteré en vereda, y no será una vereda muy transitable.

El contraмаestre, James Crumble, le tomó una profunda antipatía a ese joven mestizo que hablaba de «derechos». Como novato que era, lo dejó en manos de la tripulación para que lo instruyeran en los nombres y funciones de los cabos, los aparejos, las guardias, los nombres y funciones del desconcertante sinfín de velas, la mecánica del guarne de los aparejos, los deberes diarios, empezando por el baldeo de la cubierta antes de salir el sol. Le encargaron tareas sembradas de peligros mortales; lo obligaron a trepar por las arraigadas en medio de vendavales y lluvias de hielo; le espetaron órdenes confusas salpicadas de ofensivos epítetos tales como «gato viejo chupasapos» y «tipejo roñoso»; le señalaron hasta la saciedad sus errores y torpezas. Crumble, por su parte, no le ahorraba azotes con el extremo del cabo, que hacía restallar cada vez que Aaron despegaba los labios: «Cállate, marinerucho, puta gallina de mierda, inútil, imbécil, o desparramaré tus tripas por la cubierta». ¡Chas!

El viaje fue atroz, una tempestad tras otra, y entremedio marejada. Sucesivas olas colosales barrieron de la cubierta las vergas allí cargadas, y un rayo cayó en el palo mayor. Sustituir el mástil en el barco bamboleante costó la vida a dos hombres, y Aaron temió ser el tercero. Tendido en su hamaca, trataba de imaginar qué sentiría uno al verse arrojado a esa salmuera en movimiento, cuánto tardaría en ahogarse. Preguntó a los marineros veteranos, quienes coincidieron en que sin duda se produciría una tercera muerte antes de arribar a puerto, y oyó la reconfortante noticia de que, llegado el caso, todo terminaría muy deprisa: la sensación de ahogo por atragantarse uno por el agua, sólo uno o dos tragos, y acto seguido la muerte por efecto del agua helada. «Después uno ya no siente nada.» Durante la travesía, Aaron acumuló fuerza, conocimientos y odio hacia Crumble. Se juró que, si sobrevivía, mataría a ese hombre en cuanto pisaran tierra, pero el contra maestre se esfumó no bien puso las botas en los muelles londinenses.

Se pasó semanas, semanas enteras preguntando y recorriendo con cautela los grandes embarcaderos en medio de la pestilente niebla de Londres, hasta encontrar un barco, sin preocuparle si su destino era Canadá o Boston. Un día tras otro, aquella niebla ácida era tan densa que un hombre a un metro y medio parecía un espectro. Durante esas semanas, de alguna forma, empezó a notarse cambiado, y no poco. Físicamente se sentía a gusto, fuerte y alerta. Contaba diecinueve años, vivía más atento, más predispuesto a leer los movimientos corporales y las expresiones faciales de quienes lo rodeaban. Deseaba volver junto al clan mi'kmaq de Kuntaw. «Seguramente, el viejo Kuntaw ya ha muerto», dijo en voz alta. Quizá Étienne ocupaba su lugar, o cualquiera de los demás hombres. Lo intentaría de nuevo con más ganas. Su presunción de que él era la figura central de toda escena había desaparecido por obra del contra maestre James Crumble.

Una tarde, en una taberna donde servían grog, oyó las groserías de dos marineros que hablaban sobre sus actividades en cuanto llegaran a Halifax. Se acercó, escuchó y dijo:

—¿Un barco con destino a Halifax? ¿Busca tripulación?

Los hombres lo observaron, fijándose en sus manos encallecidas, sus pantalones de lona embreados.

—El *Excel* zarpa mañana. Ve a hablar con el contramaestre. Se queda a bordo toda la noche: Conny Binney.

Binney era un individuo de barba roja y buen talante, originario de Maine: los hombres de Maine eran tan habituales en los puertos de todo el mundo como los cabos de cáñamo.

—Bueno, sí, viajamos a Halifax. Llevamos género chino y la primera escala es Halifax: platos chinos, perros de porcelana..., bueno, dicen que son perros pero a mí me parecen más bien renacuajos..., balasto para adoquines. No serás un novato, ¿verdad?, uno de esos marinos de agua dulce... Has navegado antes al pie del mástil, ¿verdad?

Aaron replicó que no era muy novato, ya que había servido a bordo del *Elsie Jones*. Binney enarcó las cejas.

—¿Asististe, pues, a la academia para marineros pobres de la señorita Crumble?

—Pues sí, señor, y disfruté de una educación rigurosa. Y sobreviví.

Binney se echó a reír. Aaron fue contratado como competente marinero. Después de Crumble, Conny Binney, que daba las órdenes afablemente, se le antojó llevadero. Y también se le antojó anormal. El barco viajó contra intensos vientos del oeste, azotando siempre a barlovento, y Aaron sintió el ánimo ensalzado por la euforia de navegar rumbo a casa, al margen de lo que le esperase al final.

Desembarcar directamente en Halifax le ahorraría el suplicio del viaje por tierra desde Boston. A pie, llegaría en dos o tres días a Pitu'pok, el poblado mi'kmaq en la orilla del lago interior de agua salada. Pensaba que allí tal vez encontraría algún mi'kmaq que lo llevara hasta K'taqmkuk. Y la insistente pregunta que había tratado de apartar de su mente seguía aflorando una y otra vez a su pensamiento: ¿por qué regresaba al mundo de los mi'kmaq? Ahora tenía un oficio; podía ganarse la vida como marinero. Podía hacerse de nuevo a la mar si era necesario, siempre y cuando no fuese a bordo de un ballenero.

Mucho antes de avistarse tierra, ya la olían: una mezcla de humo de leña de conífera y bacalao puesto a secar mezclándose con el habitual aroma salitroso del Atlántico Norte. Asaltado por un repentino júbilo, Aaron desplegó una sonrisa bobalicona por nada en particular. Recibió la paga y estrechó la mano de Binney, que dijo:

—Si quieres una litera en el *Excel* alguna otra vez, estaremos aquí de nuevo hacia abril o mayo. Otro viaje a China.

Aaron recorrió a toda prisa el laberinto de calles de Halifax; en su mente resonaban conversaciones imaginadas en su intento de explicar por qué había vuelto. Étienne se había enfadado cuando anunció que se iba. Sin embargo ahora, con un nuevo sentido de sí mismo, se alegraba de regresar. Estaba dispuesto a poner trampas y construir cañales, a pescar. Ya no esperaba que sus parientes lo honraran por el mero hecho de acudir a ellos, por ser hijo de Jinot. De un modo u otro encontraría utilidad a sus aptitudes en la mar. Ya se vería.

El sendero del bosque que él recordaba pasaba ahora en su mayor parte por tierra desboscada, con asentamientos y unas cuantas granjas, aquel paisaje ya en exceso conocido de bosque quemado por los colonos. Se encontró con dos niños blancos que arreaban ganado por la orilla. Cuando se cruzaron, le gritaron «sucio indio comebichos» y le lanzaron conchas de almeja. El desigual sendero discurría de nuevo entre los árboles: brotes que crecían de tocones. Ése era el camino que había tomado cinco años antes, después de que su padre se marchara con el señor Bone. Una familia mi'kmaq le había dado de comer y proporcionado un sitio donde dormir. Por ellos supo que los Sel se habían ido todos a K'taqmkuk, y que, para ir en su busca, tendría que viajar hasta Sídney, el puerto más oriental, y hacerles llegar el mensaje al otro lado del estrecho. Alguien iría a por él. Recordaba que el hombre se llamaba Joe Funall. Un par de kilómetros más, pensó, y vería ese *wikuom* cerca del sendero. Recorrió más de dos kilómetros e intuyó que, por alguna razón, lo había pasado de largo; desanduvo sus pasos escrutando el bosque desdibujado. A cierta distancia, bosque adentro, vio unas cuantas varas. Ése era el lugar. Se encaminó hacia allí. Sí, en otro tiempo aquello había sido un *wikuom*, pero ahora no quedaban más que las varas erosionadas, con restos de

piel podrida y corteza de árbol en la base. Debían de haberse trasladado al poblado mi'kmaq que se hallaba a unos cuantos kilómetros de allí. Apretó el paso.

El poblado le infundió miedo. *Wikuoms* desastrados se alzaban en terreno árido entre broza de madera y tierra calcinada. Sólo vio salir humo de un *wikuom*. No había perros ni personas a la vista. Se dirigió lentamente al *wikuom* del que salía humo, pero cuando pasó junto a una maraña abandonada de varas en la que la cubierta no era corteza, sino árboles jóvenes enredados, oyó una tos, una tos ahogada y profunda que sonaba como si estuvieran arrancándole los pulmones a alguien. Se inclinó junto a la abertura.

—Hola. ¿Hay alguien ahí? —Una pregunta estúpida. Claro que había alguien, alguien muriéndose entre violentos espasmos de tos.

Escudriñó en la oscuridad y vio un bulto cubierto de harapos sacudirse y toser y toser y toser. Cuanto más miraba, más veía: había ahí otras personas, brazos esqueléticos se alzaron como para ahuyentarlo, grandes ojos enfebrecidos se posaron en él. En el suelo yacía un niño desnudo, espantosamente quieto. Se aproximó al siguiente *wikuom*, donde vio tendido en el suelo a un hombre comatoso; sólo un levísimo movimiento de su caja torácica indicaba que estaba vivo. No habló. Más allá, en el único *wikuom* que exhalaba humo, había un hombre y una mujer sentados, los dos muy flacos, pero capaces de moverse y hablar. El hombre dio los nombres de ambos: Louis y Sarah Paul.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Aaron, sin entender muy bien qué le ocurría a él mismo. Sentía ahogo, dificultad para articular palabra. Les dijo que andaba buscando el camino a K'taqmkuk, donde vivían familiares suyos. Pero allí, en ese poblado ruinoso, ¿qué había sucedido, qué había sobrevenido a esa gente, dónde estaban Joe Funall y su mujer, que tan bien lo habían tratado años atrás? Lo que les había ocurrido a ellos, fuera lo que fuese, también podía haber afectado al clan de los Sel en K'taqmkuk.

—Mueren. Todos enfermos, sin comida, mueren, mueren, mueren. Los niños todos mueren. Ahora los mi'kmaq vagan de aquí para allá, buscan alimento, comen tierra, sin leña, los hombres blancos disparan, dicen la leña suya. Sembramos patatal pero demasiada lluvia. Patatas todas podridas. Vamos a cualquier sitio, intentamos levantar *wikuom*, blancos siempre vienen

y prenden fuego, vienen con garrotes y palos. Nos echan. Ningún sitio adonde ir. A veces hombre blanco bueno da comida, abrigos. Busca sólo más hombres blancos buenos. Los mi'kmaq andan y buscan, no paran de andar. Ahora yacen y mueren.

Aaron sabía que desde la muerte de Amboise, el hermano de su infancia, tenía el corazón frío, pero ahora, horrorizado, sintió que le ardía. Él no tenía alimento, pero sí su paga. Hizo ademán de sacar el dinero, movido por el impulso de ponérselo en las manos, pero se detuvo a pensar. Estaban muy débiles para ir a comprar comida, se dijo. Pero ¿cuál era el lugar más cercano? Tardaría dos días en ir a Halifax y volver. Sídney estaba más cerca, y quizá en el camino encontrara a algún granjero blanco que le vendiera alimentos.

—Volveré con comida —dijo, y salió apresuradamente al sendero.

A tres kilómetros de allí vio la casa de un colono con un extenso huerto, una vaca y gallinas. No había cruzado aún la verja cuando un blanco alto de ojos vidriosos y asomos de vello semejante a hierba negra a los lados de la cabeza salió precipitadamente de detrás de la casa.

—¡Fuera de mis tierras! —vociferó—. ¡Fuera! Maldito indio.

De camino hacia Sídney, pasó ante las casas y los huertos de otros colonos. Una vez más, trató de comprar comida, y un hombre colérico disparó contra él. Lo intentó otra vez. Dobló la esquina de una pequeña iglesia para acercarse a la casa del párroco y vio a la señora de la casa de rodillas escardando cebollas.

Ya dispuesto a echar a correr, dijo:

—Señora, querría comprarle unas hortalizas para unos pobres indios que se mueren de hambre sendero arriba.

—Ay, pobre gente —dijo ella—. Déjeme preguntarle al pastor.

Y entró en la casa. Cuando salió de nuevo, la acompañaba el pastor, con expresión severa en su rostro avejentado y amarillento.

—¿Quién se muere de hambre, pues? Unos indios, ¿eh? No sabe usted cuántas veces oigo esa queja, pero vivimos en una época en que los pieles rojas abandonan el escenario, sustituidos por los vigorosos colonos europeos.

El indio tiene que aprender a trabajar y ganarse la vida, cultivar un huerto y reservar la cosecha para sobrellevar el invierno. La caridad sólo sirve para aplazar lo inevitable. —De pronto, fijándose en la postura y el rostro de Aaron, que repentinamente no parecía tanto el de un blanco de buen corazón como el semblante de un indio homicida con la intención apenas contenida de matar, dio un paso atrás—. Desde luego, aun sabiendo cómo son las cosas, procuramos ayudar; sí, claro que le venderemos unas hortalizas. ¿Qué desea? ¿Patatas? Maggie, recoge unas patatas y unas zanahorias para los pobres indios.

Ambos tiraron apresuradamente de los tallos, arrancaron nabos tiernos de la tierra, y lo apilaron todo en el suelo para que Aaron lo recogiera como pudiese. Lo cargó todo en el hueco entre el cuerpo y la camisa, notando los arañazos de los nabos calientes en la piel. Se irguió con la última patata en la mano y dijo:

—Esta patata es la vida para esa gente. —Les tendió el dinero.

El pastor lo agarró y, una vez recibidas las monedas, superó el miedo y dijo:

—Yo diría que esa decisión depende de la voluntad de Dios, no de una patata.

Aaron no esperó hasta el final de la frase. Para entonces, iba ya de regreso hacia los *wikuoms* destruidos. En el sendero vio movimiento bajo un saúco. Asió una gruesa vara de arce de la montaña de desechos de madera abandonados junto al sendero. Se acercó y vio que el animal era una de las criaturas preferidas del hombre blanco, un gato doméstico. Había atrapado algo —un ave—, y Aaron vio subir y bajar una de las alas cuando el gato aplastó la articulación. Poco a poco, con la vara de arce en la mano, Aaron se aproximó. El gato, ensañado en la joven perdiz, que tenía tamaño suficiente y todavía vida suficiente para escapar, no abandonó a su presa, y Aaron le destrozó la cabeza al primer golpe. A continuación le retorció el cuello a la joven perdiz, que todavía forcejeaba.

—Ésta es la voluntad de tu Dios, el Dios del hombre blanco —susurró al gato, y llevándoselo sujeto por las patas traseras, con la perdiz inerte ya dentro de la abultada camisa, se encaminó hacia los *wikuoms* de Louis y Sarah Paul.

Poco después los dejó, a Louis encendiendo una fogata, a Sarah despellejando el gato.

Al día siguiente, en Sídney, vio a cinco mujeres *mi'kmaq* sentadas en el muelle. En apariencia relajadas y a gusto, bromeaban entre sí. Tenían un aspecto saludable. Aaron creyó reconocer a una de ellas: casi con toda seguridad era Losa, la esposa de Peter Sel, uno de los hijos de Kuntaw, el hermano mayor de Étienne. De cara redonda y labios muy rojos, Losa cargaba una sola cesta, mientras que las otras mujeres, vendida ya su obra artesanal, se burlaban de ella por hacer algo tan torpemente que nadie quería comprarlo. Aaron no oyó la réplica de Losa. Las otras se rieron, y a él le complació oír las risas de mujeres *mi'kmaq*.

Y allí, al final del muelle, estaba la barca de pesca de Peter Sel.

Las cesteras empezaron a subir a bordo de la embarcación, charlando y riendo, enseñándose aún las elegantes prendas o los alimentos que habían adquirido en las tiendas. Aaron, abstraído en sus pensamientos, las siguió, ensayando mentalmente cómo suplicaría a Kuntaw y a Étienne que fueran hacia el oeste, donde se hallaba el poblado de *wikuoms* ruinosos, y se llevaran a aquellas gentes famélicas a K'taqmkuk para salvarles la vida. Cuando salían del puerto de Sídney y se adentraban en el océano gris, Aaron se quedó en la proa de cara al este, con el azote de la espuma de las olas en la cara, la mirada fija en el brumoso horizonte. ¿Por qué había regresado? ¿Qué había obrado ese cambio en él, un muchacho que antes sólo se preocupaba por sí mismo, que actuaba movido por impulsos pasajeros?

Peter Sel, el dueño de la barca, llamó a su hijo:

—Alik, sujeta el timón. Voy a hablar un rato con ese Aaron Sel, que ha vuelto. —Se levantó y permaneció junto a Aaron durante unos minutos con la mirada fija en el este. Por fin dijo con cautela—: Así que has vuelto. Te has hecho mayor.

—Sí. Como tú.

—Me llegó la triste noticia sobre Jinot. Muy triste.

—¿Qué triste noticia? —Aaron miró a Peter.

—¿Étienne no te encontró? ¿Aquel tal Joe Dogg no te encontró?

—Nadie me encontró. He estado en la mar, a bordo de un barco. Años. Acabo de llegar. ¿Joe Dogg, el de la fábrica de hachas? ¿Qué hacía aquí?

—Buscarte. El tal señor Bone no regresó, y Joe Dogg quería averiguar qué había ocurrido. Quería que lo acompañaras. Fue a buscarte a Boston, pero no te encontró. Así que vino aquí. Étienne le dijo: «Iré yo. Yo iré a buscar a Jinot». Fueron a Nueva Zelanda, que está condenadamente lejos. Cuando Étienne y Joe Dogg volvieron, fueron otra vez a buscarte a Boston. Después Étienne volvió aquí y dijo que quizá Joe Dogg te encontraría.

—No, no me encontró. ¿Qué ha pasado? —Naturalmente Aaron sabía ya, con tanta búsqueda y tantos viajes, que su padre debía de haber muerto.

—Sólo sé lo que me contó Étienne: que Jinot murió de una enfermedad grave provocada por aquella pierna quemada. El señor Bone murió también, a manos de un hombre vestido con ropa hecha de hierba.

Se produjo un largo silencio. Aaron miró hacia el horizonte. Sintió un desgarramiento interior, como si algo le tirara de los pulmones. Se obligó a respirar y miró a Peter Sel.

—La muerte de mi padre no me toma por sorpresa —dijo Aaron—. Se marchó hace muchos años. Lo lamento. Ojalá me hubiera ido con él. Yo era una persona mala y estúpida; quizá todavía soy esa persona, pero creo que he cambiado.

—Un hombre puede mejorar —afirmó Peter Sel. Siguió en silencio mientras las velas se hinchaban y la embarcación enfilaba rumbo al este—. Alik es mi hijo.

—Es un buen marinero —comentó Aaron.

—Lo es. Tiene once inviernos pero conoce bien la barca. Y el agua. — Siguió un prolongado silencio. Por fin, Peter dijo—: A veces los buenos hombres empiezan muy mal. Yo fui malo en ese sentido. Cuando atraquemos, espera. Podemos hablar un rato.

Anochece cuando la embarcación de Peter se arrimó al muelle, y las cesteras desembarcaron apresuradamente con sus compras y su dinero y emprendieron la larga caminata hacia casa. Aaron, en lugar de seguirlos,

esperó. Peter apareció al cabo de unos minutos, encendió su pipa y se apoyó en la barandilla. Su hijo, Alik, enrollaba un cabo a unos pasos de distancia.

—Dices que has cambiado —empezó Peter—. También yo cambié. Antes bebía ron y vino, whisky, todo ello venenoso. Bebía y me peleaba. Me peleaba todas las noches, todos los días. Por entonces no tenía barca. Maté a un hombre. En una pelea, borracho. Me pasé de la raya; le partí la cabeza. Intenté rompérmela también yo. Sólo conseguí un dolor de cabeza. Si seguía vivo, tenía que cambiar.

Alik se acercó, escuchó, miró a su padre. Aaron se preguntó si Peter le había contado alguna vez esa historia a su hijo. Por lo visto, no. Después de unos minutos, Aaron dijo:

—¿Aún vive Kuntaw?

—Sí. Tiene tantos inviernos que ya no es posible contarlos. No hay números suficientes para tantos inviernos como tiene. Pero es mi padre y todavía es muy sabio y nos guía. Ya no caza, pero cuenta historias de cacerías.

—Vayamos a ver a Kuntaw y Étienne y los demás. Quiero que Étienne me ponga al corriente de todos los detalles sobre la muerte de mi padre. Y también yo tengo mucho que contarles a ellos.

—Ve tú primero. Nosotros iremos después —dijo Peter. Apoyó la mano en el hombro de su hijo—. Alik y yo tenemos que acabar de limpiar la barca. Si cuidas de la barca, la barca cuida de ti. Étienne, Alik y yo saldremos a la mar mañana temprano y traeremos pescado para nuestra celebración. ¿Quieres venir a pescar?

—Sí. Quiero ese trabajo. También ayudaré con la barca.

El viejo Kuntaw estaba medio dormido en la pálida oscuridad previa al alba cuando Aaron entró en su *wikuom*; se despertó y fijó la mirada, escuchó boquiabierto, se llevó las manos al rostro y emitió un sonido semejante al de un alce herido.

—Ven —dijo, y abrió sus brazos nervudos—. Ven y déjate abrazar por uno cuya sangre fluye en círculos de felicidad. Avisa a todo el mundo —pidió a su esposa, Maudi, que buscaba a tientas la puerta de cuero—. Avisa a todo el

mundo. Un hijo de los mi'kmaq ha vuelto a casa. Preparad comida, mañana lo celebraremos. ¡Seremos felices!

Al día siguiente, Maudi encendió una fogata a la orilla del río y acarreo hasta allí sus grandes cazuelas. A última hora de la mañana llegó Alik con tres grandes caballas, seguido por Étienne y Peter, cargados también con más piezas de pescado, gruesas y enormes. Étienne abrazó a Aaron. Las cesteras a quienes Aaron había visto en el muelle salieron de sus *wikuoms* para ayudar en la preparación del banquete.

Aaron se sentó al lado del viejo Kuntaw e intentó explicarle que había cambiado, pero el viejo agitó la mano como si espantara moscas.

—Ya sé lo que es eso —dijo—. Yo lo he sentido. Mira. —Cogió un cuenco de madera vacío, echó un cucharón de agua, pidió a Maudi que le acercara un cucharón de aceite de caballa de la cazuela y lo añadió. Removió enérgicamente el agua y el aceite con una rama en horquilla hasta producir una mezcla espumosa—. El agua es el hombre blanco. El aceite es el mi'kmaq. La mezcla que hay en este cuenco es el *métis*: blanco y mi'kmaq. Ahora observa. —Todos fijaron la mirada en el cuenco. El resplandeciente aceite de caballa se elevó y quedó flotando en la superficie del agua—. Eso es lo que me ocurrió a mí, hace mucho. Intenté ser blanco, pero el aceite mi'kmaq que llevo dentro subió a la superficie. Ese mismo aceite subió a la superficie en ti. A veces tengo la esperanza de que en este Canadá el aceite mi'kmaq se mezcle con el agua y el aceite salga a la superficie. Algún día recuperaremos nuestro territorio —añadió—, pero habremos cambiado un poco: seremos un poco aguados, y los blancos un poco aceitosos.

Aaron y Étienne se apartaron a cierta distancia y se sentaron en el suelo, extrayendo fuerza del contacto con la tierra.

—Fuimos a buscarte a Boston —explicó Étienne—. No te encontramos.

—La otra vez que estuve aquí —contestó Aaron—, vi que el viejo Kuntaw y los Sel pensaban que estaban creando un nuevo lugar para los mi'kmaq, pero no lo entendí; me sentía inseguro, como cuando tomas una taza de té, te la llevas a la boca y descubres que lo que parecía té era sólo la sombra dentro de la taza.

—¿Ahora es eso lo que sientes? —preguntó Étienne.

—No. Ahora bebo la sombra. Me gusta su sabor.

A lo largo de todo el día, y hasta bien entrada la noche, hicieron circular el tradicional báculo parlante, y al final las voces adquirieron un ritmo más lento y empezaron a enumerar problemas: el alimento, el territorio perdido, la crueldad de las leyes del hombre blanco, la pérdida de buenos fabricantes de canoas. La joven esposa de Kuntaw, Maudi, visiblemente embarazada, había estado escuchando, y de repente dijo:

—Los hombres sois unos necios. No veis cuál es el mayor problema de todos. Aquí necesitamos mujeres.

Se impuso el silencio, y al cabo de un momento Étienne dijo:

—Tienes razón. Necesitamos más mujeres. Yo pensaba que vendrían si creábamos un lugar aceptable, pero no han venido. ¿Por qué?

—No se han enterado de que las acogeríamos bien —declaró Kuntaw—. Antiguamente las mujeres eran importantes: ellas tomaban las grandes decisiones. Lo hacían todo; algunas incluso cazaban como los hombres. Pero, con el paso de los años, los hombres mi'kmaq empezaron a actuar como los hombres blancos, que no atribuyen ningún valor a las mujeres. Está en las viejas tradiciones mi'kmaq reconocer que las mujeres valen tanto como los hombres.

Aaron habló entonces de la pareja del poblado ruinoso, de aquella gente famélica, contó lo que había visto en aquellos *wikuoms*.

—Las personas del único *wikuom* intacto se llaman Louis y Sarah Paul.

—¿Qué edad tienen? —preguntó Étienne.

—Son viejos, creo —contestó Aaron.

Peter se incorporó.

—¡Viejos! No son viejos. Louis es más joven que yo..., un poco al menos. Yo conocí a ese hombre. Es hábil con los cañales, no hay nadie más cuidadoso que él. Lo llamábamos Hombre Anguila. Y era buen pescador. Lo llevaré en mi barca si viene a vivir aquí. Es muy fuerte; conoce los bajíos y las corrientes. No tendrá más de treinta inviernos. Debemos ir a por ellos y traerlos aquí. Mañana.

Skerry Hallagher, el hijo de Elise Sel que había estudiado en el Dartmouth College durante medio año, había acudido al clan de Kuntaw igual que Aaron. Eran más o menos de la misma edad, pero en tanto que Aaron era musculoso y tenía las manos curtidas, Skerry era delgado y vehemente, y rara vez hablaba porque se sentía en gran medida un intruso y temía al viejo Kuntaw, que le había dicho que sólo sería un verdadero hombre mi'kmaq cuando matara un alce. Creía que en él no había mucho aceite de caballa. Ahora Skerry tendió un sobre sucio y arrugado.

—He preferido no decir esto antes, pero mi madre, Elise Hallagher, quiere venir de visita en verano. Desde la muerte de mi padre, está sola. Le gustaría traer a una joven, Catherine Flute, una muchacha mi'kmaq de pura cepa que llegó a Boston con sus padres cuando era pequeña. Los padres ya murieron por la enfermedad del alcohol, y ella es una muchacha desdichada. Mi madre quiere saber si la aceptaríamos aquí. Tiene catorce años o algo así. Según dice, hay otras muchachas mi'kmaq perdidas en Boston. ¿Podríamos acogerlas?

—Sí —respondió Étienne con la voz de un alce apasionado—. Dile a tu madre que traiga a todas las chicas que encuentre. Yo personalmente me casaré con todas ellas.

Dos días más tarde, Aaron, Étienne, Peter y Alik regresaron al sendero situado al oeste de Sídney en busca de la famélica pareja mi'kmaq que Aaron había visto para llevarla a K'taqmkuk.

—Estoy seguro de que aquí tenían el *wikuom* Louis y Sarah Paul —dijo Aaron a los demás en el sendero mientras miraban a cinco blancos trabajar con dos bueyes y un remolque de troncos; otros diez o doce apilaban madera residual en una hoguera.

No se veía el menor rastro de ningún *wikuom*, pero a Étienne le llamó la atención una pequeña voluta de humo, al fondo del claro.

—¿Y eso? —preguntó.

Se acercaron a los círculos grises y planos de ceniza. Los *wikuoms* habían ardido. No vieron ni rastro de Louis y Sarah Paul.

—¡Eh! —gritó uno de los blancos—. Salid de ahí. ¡Vamos! ¡Largo!

Tomó su escopeta, que tenía apoyada en un tronco, apuntó sin demasiado esmero y apretó el gatillo. Un perdigón pasó junto a la oreja de Alik con un sonido semejante al de un colibrí.

—Nos vamos —dijo Étienne—. ¡Nos vamos! —Esto último lo repitió airadamente y en voz alta, y a aquel mismo blanco no le gustó el tono. Volvió a disparar.

—¡Eh! —protestó Étienne, alcanzado en la espalda por un perdigón.

Poco después, mientras Aaron le extraía el perdigón del hombro, Étienne dijo:

—Esos hombres..., los he visto antes. No son colonos. Llegan y se apropian de toda la tierra que pueden conseguir, la desboscan, la queman, se deshacen como pueden de los árboles y la venden. Algún colono que no quiere pasarse la vida cortando árboles la compra. Es una de las formas que tienen los blancos de ganar dinero. Para cambiarlos a ellos haría falta mucho de ese aceite de Kuntaw.

Se encaminaron hacia Sídney.

—¿Y ahora los mi'kmaq no necesitan dinero? —preguntó Aaron—. ¿De dónde sacáis el dinero?

—Somos toneleros—contestó Étienne—. No tuve tiempo de enseñártelo, pero fabricamos barriles. Nos los compran los blancos. Tenemos un taller, una fragua, tablones de roble, máquina de vapor, garlopa, todo lo necesario para hacer barriles, grandes, pequeños, barricas, toneles y cubas. Fabricamos los mejores barriles de Canadá. Julian Cooko trabajaba en una tonelería de Halifax, y nos enseñó a hacer barriles, tinas, todo eso. Vino a vivir con nosotros.

Elise Hallagher, viuda y ya mayor, con el pelo canoso y revuelto, llegó acompañada de dos muchachas, Catherine Flute y Marie Antoinette Nevin. Skerry abrazó a su madre, y Aaron tuvo la impresión de que su primo se aferraba a ella con una actitud un tanto pueril: él jamás habría sobrevivido al contraamaestre Crumble. Aaron sonrió a Elise y, cuando ella le devolvió la sonrisa, advirtió el parecido con Jinot. Aaron miró luego a las dos muchachas. Marie Antoinette tenía tos y a veces se mostraba distante, pero reía más a

menudo. Buscaba refugio en la risa y las bobadas cuando Elise la reprendía por su pereza. Marie Antoinette dijo a Catherine Flute que quería volver a Boston. No sabía nada de plantas, era incapaz de aprender a hacer cestas o coser, quemaba todo lo que intentaba guisar. Era una compañía grata, pero sólo eso. A los hombres más jóvenes les gustó, y Alik Sel, el hijo de Peter, pasó todo el tiempo posible detrás de ella. En el comportamiento de esa muchacha, Aaron se vio a sí mismo tal como era años antes.

Al final del verano, antes de empezar las tormentas otoñales, Peter, Alik, Aaron, Étienne y sus tres hijos, Molt, James y Joe-Paul, cargaron la barca de Peter de barriles para venderlos en Boston, donde obtenían mejores precios. Zarparon al amanecer. Catherine Flute, que compartía un *wikuom* con Elise y Marie Antoinette, dijo que esta última había madrugado mucho. Elise supo de inmediato que la joven se había marchado en la barca, de regreso a Boston, donde sin duda se daría a la bebida y acabaría mal.

Los hombres subieron por el camino cargados de fardos y cajas, todo lo necesario para el invierno: sacos de patatas, velas y fósforos, café en grano para Elise y Aaron, grandes latas de té para los demás, agujas y rollos de lana y algodón. Y allí estaba Marie Antoinette Nevin, risueña, con las mejillas encendidas. Y tosiendo.

—Aquí estoy —dijo. Miró a Alik.

Catherine Flute, que era tímida y sencilla, una joven muy callada a quien sus padres habían maltratado y matado de hambre, se sentó junto a Joe-Paul. Se casaron antes de la primera nevada. Incluso cortejaron a Elise, y ella accedió a casarse con Julian Cooko, el hombre que años atrás había enseñado a hacer barriles a los demás, antes de sufrir un accidente en el bosque. Ahora padecía largos períodos de confusión y no servía ya para trabajar en el taller tonelero, pero se sentaba junto al fuego y confeccionaba trampas para anguilas.

Kuntaw murió el día más hermoso de los últimos mil años. El aire de octubre olía dulce y cada inspiración era un placer. Se levantó el viento, y Kuntaw dijo: «Nuestro viento llega a mí». Se formó una pequeña nube en el oeste. «Nuestra pequeña nube viene a mí.» Pasaron las horas, y la pequeña

nube formó un muro oscuro y se acercó. Cayó una gota, otra, muchas, y Kuntaw dijo: «Nuestra lluvia me moja la cara». Los suyos se aproximaron a él, absorbiéndolo con sus ojos, y él dijo: «Y ahora... qué...». Salió el sol, el mundo resplandeciente destelló, susurros, corriente líquida, tallos de hierba listada, qué era eso, qué era eso, el silbido de una rama al desprenderse. Qué, y ahora qué. Kuntaw abrió la boca, no dijo nada, y dejó que el sol entrara en él.

báculo parlante

En la siguiente generación, durante años de aislamiento como consecuencia de las enfermedades y su permanente estado de alerta, la gente de Kuntaw estrechó lazos como clan, pese a la incorporación de seis o siete personas de fuera. Ahora todos tenían nombres ingleses, porque los antiguos nombres mi'kmaq estaban desapareciendo. Aaron se casó con Lisal Jacko, la única joven entre los recién llegados. Como grupo, eludían a los blancos; aun así, se acercaban a ellos pescadores, cazadores y misioneros. Algunos de esos blancos sólo se hacían pasar por cazadores; en realidad eran prospectores en busca de madera y minerales, cualquier cosa con valor económico. Pedían con despreocupación que los llevaran allí donde crecían árboles grandes.

—Se creen que no sabemos que quieren cortar los árboles.

Su persistente problema era que rara vez acudían a ellos mujeres mi'kmaq. Para encontrar esposa, los Sel tenían que recurrir a los vestigios de su pueblo que quedaban en Shubenacadie, gente flaca y apática que permanecía inmóvil, con la mirada fija en el suelo.

—¿Lo ves? —dijo un colono blanco a otro—. Son holgazanes. Si se mueren de hambre, es porque se niegan a trabajar. No malgastes tu compasión en ellos. No les des comida; eso sólo aplaza lo inevitable.

Cuando Étienne oyó esto, dijo:

—Pero no son holgazanes; sólo están débiles por el hambre.

Llegó un año en que los Sel dejaron de fabricar barriles, porque los blancos los habían excluido del negocio fabricando otros más baratos, no tan estancos y robustos, pero a un precio menor y con unas reveladoras letras

blancas y curvas estampadas en el costado: TONELERÍA CINTA BLANCA. Algunos que antes se dedicaban a la confección de barriles empezaron a tallar bastones de hockey usando la densa madera del carpe, cuyas ramas estriadas semejaban brazos musculosos en tensión; pero al cabo de unos años también esa actividad pasó a manos de la compañía manufacturera de un hombre blanco.

Otro Sel sin mujer se unió a ellos unos meses después de la muerte de Kuntaw: Édouard-Outger Sel, primogénito de Francis-Outger, que era uno de los dos hijos de Beatrix Duquet y Kuntaw, y por tanto nieto del antepasado holandés Outger Duquet.

Édouard-Outger, que había sido educado como un Duquet, abandonó la bahía de Penobscot tras la muerte de su padre, trabajó unos años en Boston y después inició una vida de vagabundeo que se prolongó años. Para cuando se unió a sus parientes mi'kmaq, entraba ya en la mediana edad y era un hombre bastante peculiar. Hablaba una confusa versión de la lengua mi'kmaq, entrecortada y anticuada, mezclada con una jerga desconocida y palabras en francés. Al principio, nadie sabía cómo había aprendido aquella forma antigua del idioma, y durante mucho tiempo él se guardó para sí esa información. Cada tantos meses se ausentaba y regresaba gris y tembloroso, a veces con vendajes, pero cargado con un saco de harina de trigo o de maíz.

Poco a poco su historia salió a la luz. Contó que, tras la muerte de su padre, había sido escribiente, copista de documentos, en un bufete de Boston, contratado por su letra clara y legible, pero después lo despidieron por su lentitud y otras razones que no mencionó.

—Pero os diré una cosa —dijo—. El mundo es muy grande. He viajado mucho, hasta el océano situado al oeste.

Lentamente, Édouard-Outger empezó a hablar. Explicó que los excelentes jinetes de las tribus de las Llanuras a menudo eran abatidos a tiros por viajeros blancos desde trenes en marcha por puro deporte, tal como cazaban animales en movimiento: oleadas oscuras de bisontes, cielos inmensos repletos de aves. Tan abundante era la caza en esas vastas llanuras que llegaban extraordinarias caravanas de señoriales cacerías procedentes de Europa e Inglaterra, con perros y armas, cocineros y lechos especiales y tiendas de campaña. A veces se apartaba de estos tristes relatos para describir curiosas aventuras, que era lo que los Sel preferían oír.

Era un hombre sólo un poco extraño, y esa rareza fue a menos. Pese a tener la piel clara, la forma de sus facciones se parecía mucho a la de Kuntaw. Según él, eso se debía a que su madre era hija de un hombre que se había casado con una mi'kmaq.

—Así que soy mi'kmaq por dos lados —explicaba, y se echaba a reír—. Por delante y por detrás —añadía, dándose palmadas en la entrepierna y en el trasero.

Fue la abuela materna mi'kmaq quien le enseñó el idioma, correcto en apariencia pero por lo general ininteligible. Tampoco tardó en salir a la luz la razón por la que Édouard-Outger se ausentaba cada tantos meses: iba a agarrarse una borrachera absurda y atroz y volvía muy callado y cabizbajo, con sus sacos de harina penitenciales. La única de sus aptitudes que atraía a los demás era la narración, sus relatos de lo que había visto y hecho en sus viajes a través del continente, hasta California, en el Pacífico. Mencionaba a algunas de las tribus que poblaban las costas del océano oeste: los nutka, los kwakiutl, los tlingit, los makah.

A los Sel les gustaba oír anécdotas sobre los otros indios de la costa oeste. Al igual que los mi'kmaq habían vivido a orillas del Atlántico durante miles de años sin la intromisión de hombres blancos, esos pueblos lejanos habían vivido junto al Pacífico; les producía una sensación de contrapeso. Escuchaban las historias de Édouard-Outger sobre esas vidas ligadas a enormes cedros y a las canoas negras que los indios del oeste confeccionaban con su madera, de sus cacerías de ballenas gigantes a bordo de esas canoas. Describía sus casas comunitarias: grandes edificios de vigas altas, decorados con tallas de animales y máscaras pintadas, y frente a las casas se alzaban enormes postes de estridentes colores de los que colgaban cabezas de cuervo y oso con fines conmemorativos.

Los hombres apenas podían dar crédito cuando les contaba que esos pueblos desprendían grandes tablones de árboles vivos, que modelaban cajas sometiendo tablas planas a la acción del vapor y alabeándolas, sin tallar nunca la madera. Édouard-Outger tenía una de esas pequeñas cajas alabeadas, donde guardaba el tabaco. La hicieron circular de mano en mano examinándola detenidamente. Presentaba una temible cara roja pintada a un lado, que era,

según Édouard-Outger, un águila. En cuanto reconocieron el águila, tuvieron la sensación de estar abismándose en una mente extraña. Étienne quería saber más sobre los métodos de construcción de grandes casas.

—Ojalá pudiéramos construir una casa de ese tamaño donde vivir todos a salvo y en armonía —comentó Alli, la esposa de Étienne.

Peter tomó la palabra.

—¿Y esos pueblos de la costa oeste viven libres de las incursiones de los hombres blancos?

Édouard-Outger titubeó. Sabía lo mucho que deseaban sus parientes oír que existía en el mundo un lugar donde la vida tribal permanecía intacta. Suspiró.

—Esos pueblos costeros conocen a los blancos desde hace mucho tiempo, igual que nosotros, los mi'kmaq. Trocaban con ellos pieles de nutria por metal para forjar herramientas. Con el tiempo, los blancos empezaron a cazar ellos mismos las nutrias, y como lo explotan todo hasta que desaparece, las nutrias empezaron a escasear. La vida de esos pueblos cambió. Y ahora las enfermedades del hombre blanco los están consumiendo, tal como las sufrimos nosotros. La enfermedad llega a bordo de sus hermosas canoas cuando realizan viajes comerciales, porque son grandes viajeros y comerciantes y recorren la costa con mercancías, y también para visitar a sus amigos. Los fabricantes de canoas más hábiles ya han muerto, como también muchos tallistas y artistas. En apenas unos años han perdido a tanta gente que es imposible contarla. Dicen que, en una sola generación, su mundo ha dejado de existir.

Sus oyentes conocían de sobra esa situación. Cambió de tema, y durante un rato contó cómo esos pueblos establecidos a orillas del océano opuesto abatían árboles enormes sin hachas.

El clan de Kuntaw, en su mayoría Sel, se desplazó hacia Sipekne'katik, llamado ahora Shubenacadie, un antiguo poblado mi'kmaq declarado reserva en 1820, y no porque fuese mejor; fueron allí a pesar de la tierra sin valor asignada por los blancos, a pesar del hacinamiento y las mofas racistas, a pesar de las matanzas del pasado, de las onerosas normas del Gobierno. Como

Kuntaw había dicho, debían vivir en dos mundos; fueron allí porque dentro de sí llevaban sus antiguos lugares ocultos bajo los siglos, ocultos como escarabajos bajo hojas caídas, como guijarros en una mano cerrada, ocultos como los recuerdos. Estaban aislados de los suyos, y de las mujeres. Allí había mujeres. Bajo la realidad de las carreteras y las casas cuadradas, veían sus propias tierras en pendiente, veían sus canoas varadas en la orilla, el humo claro que se elevaba de los *wikuoms* decorados con series de curvas dobles y frondas de helecho, galones, marcos arqueados y colores intensos. Sin embargo, no podían pasar por alto la realidad de que ya no era posible construir *wikuoms* y de que los colonos blancos habían instalado innumerables serrerías a orillas de los ríos, lo que echó a perder los espacios más propicios para la pesca de la anguila. Para alimentar esos miles de serrerías, se derribaban por doquier innumerables árboles.

En una ocasión, después de la celebración del día de Santa Ana, algunos intentaron atravesar de nuevo el mar en sus canoas hasta el antiguo lugar de Kuntaw, pero se vieron sorprendidos por una tormenta y perecieron. Cada año disminuía la población *mi'kmaq*, y los blancos se reían y decían con satisfacción que, pasados cuarenta años más, desaparecerían como los *beothuk*, se esfumarían de la Tierra. Parecía que así sería. Nunca desde el origen de los tiempos había habido tan pocos *mi'kmaq*, menos de mil quinientos, los vestigios de un pueblo que antes de la llegada de los blancos sumaba más de cien mil personas. Así y todo, se aferraban a su tierra natal, por más que a menudo erraran en busca de comida, de refugio, de una hendidura en la roca que, al atravesarla, los llevara a ese mundo que se les había arrebatado.

Étienne se explayó largamente y con seriedad:

—Tenemos que hacer algo. Nuestras mujeres pueden tejer sus cestas, pero nosotros los hombres debemos encontrar trabajo remunerado para comprar comida con el dinero. Todo el mundo dice: «Sé guía de pesca de algún blanco». Pero eso no basta.

—Yo prefiero ser guía de pesca a serlo de caza —dijo Peter—. Con esa caña de pescar no pueden hacernos daño.

—El otro único trabajo para nosotros, los *mi'kmaq*, está en el bosque. Ahí hay trabajo de sobra.

Los magnates madereros blancos echaban abajo los bosques de Terranova, de Nueva Escocia, de New Brunswick. Había centenares de aserraderos en todos los ríos y arroyos en los que era posible construir un azud. Los Sel empuñaron el hacha una vez más y, pese a las muchas dificultades, siguieron hablando entre ellos, buscando formas de superar los problemas. Étienne construyó una casa de troncos como la de un hombre blanco y a su nuevo hijo le puso el nombre de Joseph Howe Sel en honor del equitativo comisario de Asuntos Indios. Esto requirió no pocas explicaciones, y por las noches los Sel restantes se reunían a hablar en la casa de troncos, más cálida, aportando cada uno un poco de leña para el fuego. Aquel habitáculo era una caja restrictiva e inamovible, pero retenía mejor el calor que los desastrosos *wikuoms* que carecían buena corteza, pieles curtidas o varas adecuadas.

—Joseph Howe es uno de los blancos buenos. Miró y vio nuestros problemas —dijo la esposa de Étienne, Alli, quien tímidamente había propuesto ese nombre para el bebé—. Intentó ayudarnos. Nos vio en peligro, despojados de tierras, apartados del río. Ya no podemos hacer cañales para las anguilas.

—Sí —convino Étienne con una extraña sonrisa—. Vio que pasábamos frío y hambre, y nos dio abrigo y mantas. Dijo que hoy día tenemos que renunciar a nuestro *wikuom*, porque la corteza ha desaparecido junto con los árboles grandes. Tampoco disponemos de cubiertas de pieles, ahora que no hay caribús ni alces.

—Hay troncos y tablones de sobra para construir la casa de un hombre blanco, pero tenemos que comprarlos. Con dinero del hombre blanco —dijo Peter. Contrajo el rostro en un visaje cruel—. Howe es un blanco. Si nos trata bien, es para sacarnos algo..., más tierra..., algo. Eso es lo único que yo tengo que decir al respecto.

Alli planteó una pregunta:

—Édouard-Outger, ¿estaban mejor las cosas en ese sitio de Penobscot de donde vienes? ¿Tenías allí gente? ¿Quedaban indios mi'kmaq?

—Ya no. No, en Maine los mi'kmaq no gustan. Allí hay algunos mi'kmaq viviendo en el condado de Aroostook. Son buenos cesteros, todos ellos, no sólo las mujeres; también los hombres hacen esas grandes cestas. En cuanto a

Penobscot..., lo mismo que aquí: el bosque ha desaparecido, los blancos se han apropiado de la tierra. Mi padre, Francis-Outger Sel, tenía una serrería — hizo un alto hasta que se apagó el murmullo de admiración—, pero cuando él murió en ese aserradero, alguien le prendió fuego y lo quemó todo, incluida la casa. Yo me quedé solo, sin familia, y me marché al oeste. Cuando me fui, el municipio incautó las tierras para el pago de los impuestos. Mi padre nunca pagó impuestos. En su opinión, si uno era el dueño de unas tierras, era el dueño. Pero nunca eres el dueño. Tienes que pagar todos los años a ese municipio, o pueden quitarte la tierra.

Se produjo un susurro de incredulidad.

—Se quedaron su tierra. Bueno, para entonces era mi tierra, pero yo no sabía nada de los impuestos. No estaba allí. Cuando volví, todo había desaparecido. Todo. Se rieron de mí. Dijeron: «Indio, tú aquí no tienes tierra».

—¿Aquí los blancos pagan esos impuestos?

—Creo que sí. No lo sé con seguridad. Es la costumbre de los blancos, eso de pagar por todo, no una vez sino muchas, muchas, muchas veces.

—Nosotros nunca hicimos eso con la tierra: ser el dueño, comprarla y encima pagar más y más impuestos.

—Sí, y por eso ahora los mi'kmaq tienen muy pocas tierras. Los blancos consiguen tierras y se las aseguran con papeles. Todos podéis ver con vuestros propios ojos que ahora hay cien veces más blancos que mi'kmaq. Si queremos asegurarnos nuestra vieja tierra, tenemos que hacerlo tal como los blancos, con papeles. Y con dinero. Para conocer esas leyes inglesas, tenemos que saber leer. Escribir. En inglés. Los niños deben aprender esas costumbres si van a vivir aquí. O los eliminarán.

—No. Aunque tuviésemos una canoa llena de dinero, no nos permitirían ser dueños de nuestras propias tierras. Por eso existe la reserva.

Se produjo un murmullo generalizado, y al fondo un padre dijo:

—Es verdad. Somos tan pocos que pueden aplastarnos fácilmente. Un día de tiroteo, y acabaríamos todos muertos. Es sólo un sueño que algún día esos hombres volverán a sus antiguos países. Nunca se marcharán de nuestro territorio. Se quedarán con nosotros para siempre. Y si queremos sobrevivir, debemos ser como ellos.

—¿Es mejor la vida para los indios en el territorio de los Estados?

—No, para nosotros no es mejor en ningún sitio. Pero aquí, cerca de Shubenacadie, es todavía peor, creo. Aquí los blancos nos odian mucho.

Skerry Hallagher tomó el báculo parlante.

—Yo sé leer y escribir. También sé un poco de leyes. Si consigo libros y papel, puedo enseñar a leer y escribir a los niños y a todo aquel que quiera aprender. Pero lleva mucho tiempo. Es como aprender a cazar.

—Yo también puedo ayudar —dijo Elise.

Édouard-Outger se aclaró la garganta y musitó:

—Y yo. Pero ¿dónde están todos nuestros niños? Yo sólo cuento cinco. —Y decidió que también él se casaría. Una cosa era hablar, y otra muy distinta actuar.

Skerry Hallagher se puso en pie. Tenía los ojos cansados y enrojecidos.

—Por otro lado, no se trata sólo de que los niños aprendan a leer. Los hombres mi'kmaq deben buscar empleo y ganar un sueldo.

—¡Empleo! ¿Qué empleo?

—Los empleos que los blancos no quieren, los más duros. Talar árboles. Cortar leña para los colonos. Acarrear bultos para los agrimensores que toman medidas y marcan para apropiarse de más tierras nuestras, y convertir los senderos en carreteras para las caravanas de los blancos. Recoger patatas en Maine. Talar también allí. Nosotros podemos hacer eso. Podemos hacer esas cosas. No nos aplastarán.

Los jóvenes coincidieron. Irían a los campamentos madereros y pedirían trabajo.

—Al menos en los campamentos madereros comeremos —dijo Alik, el hijo de Peter.

—Tú no vas —advirtió Peter—. Te necesito en la barca. Pasajeros. Pesca.

El primogénito de Étienne, Molti, cogió el báculo y dijo:

—Nosotros podemos traer dinero para todos.

Al final de la velada, alguien lanzó el báculo al fuego: no era más que un palo. Fue el último báculo parlante que sostuvo un Sel. Los báculos parlantes pertenecían a las viejas tradiciones.

Alik no dijo nada a Peter, pero se escabulló en plena noche. Al final, nueve de los hombres más jóvenes se marcharon a los campamentos madereros dispersos por Nueva Escocia, New Brunswick, Maine. Para ellos, la vida en los campamentos era más fácil. Se medía y valoraba a los hombres por el trabajo que hacían. Y para Édouard-Outger eso representaba aumentar el número de mi'kmaq. Tomó una joven esposa, Maddil, e hizo lo que había que hacer. Nacido en 1877, Lobert Sel fue el mayor de los seis hijos de Édouard-Outger.

leñadores

Durante tres generaciones los Sel trabajaron en los bosques de Nueva Escocia y New Brunswick, hasta adentrarse en Maine, talando y descortezando árboles, construyendo embalses con barreras de troncos, desmantelando embalses desde cabrias flotantes, conduciendo maderadas, trabajando en las serrerías, tendiendo resbaladeros, cortando leña, cortando madera para pasta, cortando entibos para minas. A medida que Europa dispersaba a su gente, los campamentos madereros, en especial después de la Primera Guerra Mundial, se convirtieron en grupos políglotas de hombres: ingleses, franceses, norteamericanos, alemanes, suecos, noruegos, unos cuantos groenlandeses, nativos de las Naciones Originarias, e incluso uno o dos inuit. Las lesiones y la muerte eran comunes en los bosques del nordeste, pero desde los primeros tiempos de la tala el trabajo más peligroso era la conducción de maderadas, y hasta el final fue una tarea asignada a los indios, a quienes se consideraba preparados de manera innata para enfrentarse a aguas turbulentas.

—Le diré una cosa, caballero —dijo el patrono de un campamento a un contable de la compañía que había puesto en duda sus gastos en chalupas y comida—. ¿La compañía quiere sus troncos? ¿Quiere llevarlos a la serrería? El agua lo es todo. El agua mueve los troncos, da energía a los aserraderos. Si quieren los troncos en el aserradero, más vale que acepten los gastos de la conducción de la maderada, porque no hay otra manera de hacerlos llegar hasta allí. —Señaló con el pulgar hacia el río, donde dos mi'kmaq y un montagnais brincaban sobre los maderos, arreándolos como a ovejas hoscas.

Los leñadores de la familia Sel vieron el hacha enastada convencional dar paso al hacha de doble filo, el hacha de doble filo a la sierra de través; la vieja sierra vertical dar paso a las sierras circulares y a las circulares dobles, y éstas a las larguísimas sierras de cinta de acero capaces de cortar la luna por la mitad si alguien hubiese sido capaz de colocar la luna en una cinta; vieron a los robustos bueyes dar paso a elegantes caballos, que luego fueron sustituidos por malolientes motores auxiliares y locomotoras Shay. Cuando las pistas penetraron en las zonas de bosque alejadas de cauces de agua, las tumultuosas maderadas fueron sustituidas por los camiones y las carreteras. Los leñadores empezaron a manejar máquinas que rotaban, tableteaban, lanzaban vapor, retumbaban. Los Sel resultaron heridos y muertos a causa de accidentes en un oficio en el que un hombre debía permanecer alerta y podía considerarse afortunado si vivía más de siete años.

Los enormes árboles del oeste eran demasiado duros para hacheros endebles. Se tardó años en aprender a manipular troncos grandes, y quienes aprendían despacio no tenían tiempo para sobrevivir. Pero la tecnología convirtió sueños delirantes en máquinas chirriantes y sibilantes reales que arrasaron los últimos bosques antiguos del continente.

Después de echar al fuego el báculo parlante, los jóvenes se habían marchado al bosque en busca de empleo. Étienne Sel y Mike Jacko intentaron velar por sus hijos, pero los muchachos, reacios a permanecer bajo la mirada paterna, huyeron a campamentos más lejanos. El hijo de Mike Jacko, Blony, de quince inviernos, y su hermano menor, Pollo, empezaron a trabajar con una cuadrilla de tala para una compañía en Queens County. Blony poseía un don innato en el manejo del hacha. Cuando no estaba talando, él y un joven sueco llamado Erto empuñaban escoplos de descortezar hechos a base de viejas ballestas de coche afiladas y provistas de mango. En su primera maderada, Blony descubrió que le gustaba el trabajo en el río, por el esfuerzo de andar brincando y esquivando. Enseguida comprendió las geometrías de los atascos, y disfrutaba deshaciéndolos. En dos ocasiones cayó entre los troncos arremolinados, pero supo que no le convenía pugnar por llegar a la orilla; era mejor dejarse llevar por la corriente, río abajo, junto con los maderos.

Pero la aborrecida y hacinada reserva india seguía demasiado cerca, y Blony y Pollo se desplazaron más al oeste, trabajaron durante un invierno en Idaho, donde conducir maderadas por ríos tortuosos e irascibles era aún la manera de trasladar los troncos hasta la serrería. En primavera, algunos hombres del campamento se marchaban todavía a California, Oregón, Washington, donde, según contaban, los árboles alcanzaban los cien metros de altura.

Un individuo a quien Blony sólo conocía por el mote de Camisa le explicó:

—Hijo, ya te diré yo lo que son los árboles. El primer leñador de Maine que recorrió la costa en barco y se acercó a la orilla vio un muro de madera de trescientos kilómetros de largo cuyas ramas verdes envolvían las nubes. No podía creerse lo que veían sus ojos; le dio un ataque y cayó redondo. No podía creérselo. Nadie podía creérselo. Pero era verdad. Y ahí es adonde yo voy.

Blony y Pollo se asustaron la primera vez que vieron el motor auxiliar en funcionamiento. El motor estaba anclado a varios árboles recios, y su cable de acero permanecía suelto y plácido en el suelo. Había cinco hombres, despreocupados, en torno al motor. Al oírse una señal procedente de algún lugar lejano, el operario accionaba la palanca; el motor auxiliar cobraba vida. Vieron la bobina del cable girar, y el propio cable empezar a enrollarse y tensarse cada vez más. El zumbido del motor subió de volumen, y a lo lejos se oyeron los chasquidos de las ramas al troncharse, unas fuertes voces y, al cabo de unos minutos, comenzó a oírse un tableteo estremecedor y cada vez más estridente; de pronto, entre los desechos de madera, un descomunal árbol de diez metros saltó por el aire como un pollo decapitado en sus últimos saltos delirantes y se precipitó sobre los tocones con tal fuerza que los astilló, rebotó y fue derecho hacia el motor auxiliar.

—¡Dios bendito! —exclamó Blony para regodeo del operario.

Los dos novatos corrieron para salvar la vida, acompañados de las carcajadas de la cuadrilla encargada del motor auxiliar. Ellos volvieron la vista atrás. El aterrador tronco descansaba tranquilamente a unos pasos del motor. Pollo jamás habría imaginado que unos meses después lo asignarían a

esa cuadrilla ni que, transcurrida una hora desde el inicio de su labor allí, se quedaría ignorantemente cerca de una curva inerte del cable ya amarrado a un tronco lejano, que le amputaría el pie izquierdo al tensarse minutos después de que el operario accionase la palanca con la base de su mano encallecida.

Su hermano Blony y el operario lo llevaron, sangrando a borbotones, hasta el barracón. El segundo cocinero, Andre Mallet, hacía las veces de médico del campamento. Apoyó la pierna de Pollo sobre un bloque de madera para mantenerla en alto, aplicó al muñón sangrante un torniquete por encima del tobillo mediante un paño de cocina limpio empapado en grasa fundida, dio a Pollo una copiosa cantidad de su whisky medicinal para combatir el dolor y dijo que se lo examinaría después de la cena. Envío a Blony con una taza de caldo de perdiz caliente y medio pastel embebido en whisky. Esto, unido a ciertos sedantes mi'kmaq —raíz de cardamomo y raíz de zapatilla de dama— que su madre había entregado a Blony «por si acaso» y a la propia conmoción, apagó a Pollo como si fuera un candil sin aceite. Durmió. Siguieron semanas de dolor y whisky, pero poco a poco la herida empezó a cicatrizar.

—Quédate aquí hasta que puedas moverte, pero después necesitaré la litera para un trabajador —dijo el patrono. Uno de los hacheros le talló un par de muletas. Deambulaba por el barracón cuando entró Andre Mallet—. Eh, chico, el cocinero jefe se ha marchado, así que puedes ayudar en la cocina.

¿Qué podía hacer, salvo aceptar? Al cabo de un año ya correteaba con la ayuda de una prótesis tallada por un leñador. Iba a convertirse en cocinero y tal vez en eso encontrara un empleo permanente. Pero de pronto la muerte de Blony cayó como un mazazo, y a él le correspondió escribir la carta a su familia.

Blony siempre había querido ser gancho, pero en Washington ese trabajo se realizaba en agua salada, empujando y acorralando troncos con la marea. Dada su juventud, le asignaron la tarea de laceador, el empleo de más bajo nivel en el campamento. Después de unas semanas en aquel campamento, donde se realizaba el transporte de troncos por cable aéreo, descubrió una actividad aún más arriesgada que el trabajo en el río. Vio a Napoléon Tessier, un francés menudo y flaco calzado con espolones de trepar y provisto de una sierra, un hacha y una cuerda, ascender a una altura de tres o cuatro metros por el tronco de un enorme abeto Douglas, afianzarse y desplazar con toda

naturalidad su lazada a una posición más alta, y volver a trepar ágilmente hacia la copa de un árbol de treinta metros de altura. A medida que subía, cortaba las ramas lo más a ras posible con su hacha de mango largo y doble filo y por fin se detenía diez metros por debajo de la punta. Sujeto firmemente mediante la cuerda al tronco desnudo, y con los espolones bien clavados en la madera, cortó con el hacha la copa (del tamaño de un pino de renoval de Maine); ésta se desprendió con un chasquido y se precipitó, silbando el viento entre las acículas. El tronco desnudo, con Tessier colgado de él, se balanceó. Tessier lanzó un alarido y agitó un brazo, como un jinete a lomos de un caballo salvaje. A continuación, se deslizó tronco abajo con tal rapidez que sus contornos se desdibujaron. Ya en el suelo, echó un trago de té frío, tomó un puñado de azúcar y volvió a encaramarse al palo para colocar el cuadernal, porque Tessier era aparejador además de escalador. Una vez completada la tarea, con el cuadernal y el cable cortavientos en su sitio, estaban ya listos para mover gigantes.

Blony quería dedicarse a eso, llegar a ser escalador. Rogó al patrono que le permitiera intentarlo. Aquel hombre, un perfecto sueco enorme, con la boca llena de tabaco, no sentía el menor aprecio por Blony ni por Pollo, porque, además de mestizos, eran de la costa este. Pero Blony siguió insistiendo, y finalmente Tessier dijo en voz alta que debía permitir al chico intentarlo, ya que los escaladores no abundaban, y por fin el patrono cedió.

—Adelante, Pocahontas.

Blony se calzó los espolones de Tessier, se ciñó el cinturón, prendió de éste su hacha, rodeó el árbol y a sí mismo con la cuerda de escalada, hincó los espolones en la madera y trató de ascender como Tessier, de deslizar la lazada hacia arriba como Tessier. Subió y subió, trabándose, desplazando la cuerda, y llegó a las primeras ramas.

Tessier, que le daba indicaciones, advirtió:

—Cuidado no vayas a cortar la cuerda.

Se sabía de hombres que, de un tajo mal calculado, cortaban la lazada, error que se cometía una vez en la vida. Blony siguió adelante, con golpes rápidos y fuertes, sin prestar atención a los ligeros arañazos de las puntas de las ramas, subió otro tramo, desplazó la lazada, hachó, continuó.

—A esa altura ya está bien —gritó Tessier—. Desmóchalo.

Blony lo desmochó. El balanceo que se produjo al desprenderse el extremo del palo fue la recompensa. Veía el mar a lo lejos, se hallaba en lo alto del mundo.

—*Très bien!* No lo has hecho nada mal para ser la primera vez que trepas —elogió Tessier—. Lento pero bien hecho.

A partir de ese momento, Blony nunca se cansaba de trepar a los árboles, y cuanto más lo hacía, más deprisa se movía, con la intención de superar a Tessier, quien últimamente gustaba de erguirse adoptando una pose en lo alto del palo recién limpiado cuando éste aún oscilaba. Así pues, Blony tenía pensada una artimaña cuando trepó a su último árbol. Ascendió, tan ágil y rápido como Tessier, dispuesto a hacer un truco con el que superaría a aquel francés bigotudo. Planeaba desmochar el árbol, encaramarse a lo alto, erguirse sobre la cabeza y silbar, pero cuando la copa colmada de ramas que acababa de cortar se desprendió, el palo se partió y atrapó a Blony en la hendidura como una pinza de ropa sujetaría un paño de cocina. Su grito fue breve, lo que tardó el aire en escapar de sus pulmones aplastados. A Tessier le correspondió la horrenda tarea de trepar al palo y cortarlo por segunda vez, en esta ocasión por debajo del muchacho muerto, cuyas botas empapadas de orina colgaban ante su cara. Blony cayó, prendido aún por el abeto Douglas, y así lo enterraron.

Molti Sel, hijo de Étienne, su primo Alik Sel y los dos hermanos Mius, Noel y John, trabajaron desde Oregón hasta las islas de la Reina Carlota. Pese a lo ágiles y flexibles que eran, después de la muerte de Blony ya nadie quiso trepar a árboles altos ni aparejarlos. Molti siguió trabajando como laceador durante cinco o seis temporadas, sus manos tan endurecidas como pinzas de langosta a fuerza de agarrar y levantar cadenas pesadas; estaba habituado a las cadenas, no le importaba el peso. Encontró empleo en Talas Flannel, una pequeña compañía a destajo propiedad de Robbie y Glen Flannel, pero a sólo unos kilómetros de un pueblucho que ofrecía algunos de los placeres de la vida.

Era una mala cuadrilla. En su segunda semana de trabajo, los otros tres laceadores robaron las cadenas del destajista y huyeron en plena noche. Robbie Flannel enfiló monte abajo con su renqueante camión de arrastre para poner al sheriff sobre la pista de los ladrones y comprar cadenas nuevas. Cuando regresó, en lugar de cadenas, había comprado rollos de cable, más baratos, y alambre de empacar usado, y lo acompañaban dos viejos borrachos del bar, que serían los sustitutos de los laceadores.

—El cable es más ligero, y será más fácil pasarlo por debajo del tronco —explicó Glen—. Usad el alambre para mover el cable. Olvidaos de las cadenas. Molti, tú enséñales a estos dos lo que hay que hacer. Son unos inútiles, pero están vivos y cualquiera puede ser laceador, ¿o no?

Molti supo que debería haber dejado el empleo en ese mismo momento, pero no lo hizo. Prendieron el alambre al cable aéreo y el motor auxiliar tiró de él cuesta arriba. Alguien soltó el alambre y uno de los borrachos, al pie de la cuesta, manipuló el cable que sobraba. Molti lo prendió a otro cable a punto de moverse. Dio la señal al operario del motor para que tirara y de pronto vio que el borracho no estaba en posición segura, sino al alcance del cable: el mismo error que había cometido Pollo. Alzó la voz para advertir al borracho, que inició una torpe carrera, pero el alambre de empacar enredado siguió halando, chirrió, se enmarañó del todo, se tensó y se partió. Azotó a Molti en la cintura con una fuerza salvaje. Los borrachos, asustados, lo ayudaron a llegar al barracón, y él se quedó allí tendido, con la boca llena de sangre, hasta las diez de esa noche, cuando murió. Sólo Lobert Sel, el primogénito de Édouard Outger, adiestrado para la cautela, regresó ileso de la costa oeste junto a su familia, sin cicatrices, feliz de reunirse con su hermano Jim, feliz de encontrar esposa, de asumir el trabajo de la paternidad y la vida.

Los hombres podían morir en tierras lejanas, como el hijo mayor de Aaron, John, que murió al otro lado del océano en el barro de una trincheras en 1917 mientras veía la lluvia oblicua convertirse en la bruma postrera. Los hombres podían morir en su propia tierra, como la mañana de diciembre de ese mismo año, en que dos barcos, uno de ellos cargado de munición y explosivos para la guerra en Europa, colisionaron en el estrecho de Halifax

causando la mayor explosión del mundo y un tsunami que arrasó el poblado mi'kmaq de Tufts Cove. Entre los aplastados y ahogados se encontraban Jim Sel y cuatro de sus hijos.

—Nos vamos a Shubenacadie —dijo Lobert, afligido y asustado, a su esposa embarazada, Nanty.

Y se trasladaron tierra adentro, a la reserva, aunque nunca consideraron ésta un refugio seguro. Allí encontraron cierto equilibrio, pese a la pobreza. Lobert trabajó para una compañía maderera a cambio de troncos, que utilizó para construir una casa de tres habitaciones. Cuando su hijo Edgar-Jim Sel —a quien llamaron Egga— nació, empezó a preocuparse como antes su propio padre, Édouard-Outger, se había preocupado por él. No quería que sus hijos trabajaran en el bosque, ni que sus hijas limpiaran las casas de las mujeres blancas. No vio peligro alguno en el internado, aunque no le gustó el hombre que se presentó en la casa con papel y pluma y le dijo que, si no firmaba los impresos de consentimiento, los servicios de asistencia social les quitarían a sus hijos. Firmó. Como consecuencia, cuando Egga contaba diez años, él y su mejor amigo, Johnny Stick, entraron en el internado donde los niños mi'kmaq, su cultura y su lengua sufrieron una implosión de cuarenta años tan letal como cualquier barco cargado de munición.

—Recibirás una educación, Egga. Leer y escribir es importante. Conseguirás un trabajo mejor que la tala de árboles —le aseguró su padre.

Y Lobert y Nanty visitaban el colegio todos los meses, cargados con una cesta de exquisiteces caseras: anguilas ahumadas, el pan especial de Nanty, sardinas y pastel de bizcocho. Los curas y las monjas sonreían y hablaban amablemente. Lobert y Nanty estaban orgullosos de que su hijo recibiera educación, y debido a ese orgullo y a la falsa gentileza de los religiosos de hábito negro, Egga no podía decirles que no asistía a una sola clase porque los curas lo obligaban a trabajar todo el día echando carbón en el cuarto de la caldera del colegio, donde sólo aprendió a leer los indicadores de presión; ni que lo llamaban «salvaje holgazán»; ni que se llevaba no pocos puntapiés. Después de una severa paliza a manos del padre O'Hoopy, un cura obeso, que le provocó la sordera en un oído y una fractura de brazo que soldó mal, Egga supo que no era un estudiante, sino un esclavo. Johnny Stick trabajaba a su lado. A Johnny nunca lo visitaba su familia, que vivía lejos, y el muchacho

recibía un trato brutal por parte de los curas. Lo llamaban con frecuencia a la habitación del padre Blink. Todos los chicos sabían qué significaba eso, ya que el padre Blink (un hombre peludo y maloliente cuyo hábito negro capturaba y retenía todo el hedor que producía su cuerpo) tenía necesidades perversas, y a aquellos que no las satisfacían les cabía esperar palizas, hambre, aislamiento, insultos, tirones de pelo, dedos atrapados en el marco de una puerta, brazos retorcidos hasta que quedaban colgando e inservibles, patadas y humillación pública, verse despertados en plena noche, soportar gritos a la cara, sufrir quemaduras con fósforos; torturas que duraban no sólo días, no sólo semanas o meses, sino años. El padre Blink se enorgullecía de no olvidarse nunca de un chico que lo rechazaba.

Egga concibió un plan. Quería pedirle a Johnny que lo acompañara, pero nunca encontró el momento de intimidación necesario para hacerlo y al final se escabulló del internado él solo. Unos atronadores golpes en la puerta despertaron a Lobert y Nanty.

—¿Dónde está? Su apuesto hijo, ese niño malo, se ha escapado. Sabemos que está aquí. ¡Se han metido ustedes en un serio aprieto por esto!

Registraron la casa de troncos de arriba abajo en busca de Egga y durante meses regresaron a horas intempestivas antes de cejar en su empeño. Lobert y Nanty se sumieron en la desdicha, y empezaron entonces a oír ciertos rumores sobre el colegio; habían fracasado en su empeño de proteger a su hijo del peligro. No eran los únicos padres que habían perdido a un hijo. Muchos, cuando les llegó la mala noticia de que su pequeño había muerto «después de una larga enfermedad», aceptaron la mentira. Sin saber qué había sido de Egga, Nanty cayó en un prolongado estado de tristeza que se la llevó a la tumba, y Lobert se quedó atrapado en los más negros pensamientos. Para él, los males del internado y la falta de supervisión por parte del Gobierno empañaron para siempre toda pretensión de decencia de los anglocanadienses. Todo era palabrería. Aun así, conservaba un rayo de esperanza y, después de la guerra, contrajo matrimonio con Kate Googoo. Nadie supo jamás lo que Lobert había hecho, pero cuando Paul, Alice y Mary May fueron al internado, sufrieron el desprecio y los insultos pero jamás les pusieron la mano encima.

En su huida, Egga, el descendiente directo de Charles Duquet y René Sel, andrajoso y famélico, caminaba de noche y dormía de día. Su idea fija era viajar al sur. No sabía adónde iría, pero quería alejarse de Canadá; atraído por las embarcaciones, viajó de polizón a bordo de un pesquero con destino a Rockland, Maine, abandonó el barco en plena oscuridad y reanudó el camino a pie. Siguió la costa durante muchas semanas, mendigando alimento u ofreciéndose para trabajar en las granjas por las que pasaba. Lentamente recorrió el camino hasta Barnstable y, al oler el pescado frito de la cocina de un pesquero, pidió transporte en ese barco, que iba rumbo a Martha's Vineyard. Los pescadores le dieron un trozo de bacalao caliente y se granjearon su voluntad para siempre.

Otros niños desamparados pululaban por los muelles donde atracaban los barcos de pesca; allí hacían recados para los pescadores y ayudaban a descargar el pescado. Ninguno de ellos era mi'kmaq. Egga consiguió su primer empleo de verdad en un barco aprendiendo a izar las trampas para corvinas y abadejos. El capitán Giff Peake, él mismo medio wampanoag, enseñó a Egga a leer unas cuantas palabras, pero ver al niño intentar escribir era, según dijo, como ver a un perro intentar tocar el piano. Con todo, Egga era un trabajador hacendoso, alegre, y cada mañana rebosaba de esperanza ante lo que depararía el día, como a veces les ocurre a los prisioneros fugados o liberados.

Egga llegó a la edad adulta a bordo del barco del capitán Peake y, cuando el viejo se retiró para quedarse sentado junto al fuego en casa de su hija, él trabajó para barcos más grandes con hombres que faenaban en caladeros del banco Georges abundantes en bacalao. Abandonó su identidad mi'kmaq y se convirtió en una persona híbrida. Con el empuje de sus veintiún años, se ofreció voluntario para el servicio militar en Estados Unidos y lo rechazaron por ser residente extranjero. Solicitó la nacionalidad, conoció a Brenda, una joven wampanoag, a quien cortejó y con quien contrajo matrimonio.

Años después, tras reencontrarse con su padre, Lobert, dijo:

—Lo que me encandiló de Bren desde el principio fue lo de prisa que sabía contar; tenía una mente ágil con los números y sabía leer del derecho y del revés. Trabajaba para los tratantes de pescado. Pero yo la aparté de ellos. Sí, eso hice, para mi eterno júbilo.

Pero su matrimonio no fue sencillo: Bren era una mujer de ideas firmes, y las planteaba sin temor.

Egga, resuelto a dominar la lectura, se impuso la tarea de avanzar gracias a los periódicos, y a diario. Se suscribió a varios diarios de Nueva Escocia, entre ellos el *Amherst Daily* y el *Yarmouth Herald*, y así aprendió algo de lo que había dejado atrás, y con el paso de los años Bren y él hablaron del tema. Ella nunca había visitado Nueva Escocia, pero había visto cómo les iban las cosas a los wampanoag. A veces llegaban hombres de Halifax en pesqueros, y Egga los invitaba a cenar y les sonsacaba noticias. Así descubrió que, entre las guerras, los trabajadores mi'kmaq iban a Winnipeg a segar grano, a Maine a recoger manzanas: se dedicaban a todo aquello que se les ponía al alcance. Trabajaban como estibadores; vaciaban y vertían el balasto pestilente de los barcos. Muchos de ellos vivían en campamentos madereros, lejos de la reserva, salvo por alguna que otra discreta visita a sus esposas e hijos.

—Sé cuáles son los efectos de eso en las tradiciones —dijo Bren—. Cuando los hombres se marchan a trabajar, la responsabilidad de preservar la lengua recae en las mujeres.

Pero, al parecer, la mayoría de las mujeres firmaron los papeles para enviar a sus hijos a los internados, confiando en que aprendieran lo que necesitaban para vivir en la cultura inglesa. Pocos padres conocieron las atrocidades a las que aquellas monjas y curas genocidas sometieron a sus hijos e hijas. Los niños ya no fueron nunca más plenamente mi'kmaq.

Los nietos de Molt Sel, Blaise y Louis Sel, fueron leñadores y trabajaron con sierras de cadena y maquinaria pesada; los árboles eran la materia prima de una cadena de montaje. Cada año disminuían los hombres sobre el terreno, el lugar donde se producían las lesiones y las muertes; en la cabina de una máquina, el trabajo era más seguro. Se dispersaron, alejándose cada vez más de la reserva. Los hermanos Mius y Sel preferían el trabajo sobre tronco

horizontal, y algunos de ellos se fueron a Minnesota y Wisconsin, algunos a Maine, otros a la Columbia Británica, a Washington o a Oregón. Los viejos campamentos montados en torno a un barracón habían desaparecido. Llevaban a sus familias a casas de hombre blanco, escuchaban la radio, comían en la cantina, iban en coche al trabajo y sólo regresaban a Nueva Escocia para celebrar el Día de Santa Ana.

Sabían cómo habían vivido sus abuelos. Blaise Sel, uno de los nietos de Moltis, experto talador-apilador, dijo:

—¿Aquellos campamentos de antes? Yo no me metería en uno de esos nidos de ratas ni por todo el dinero del mundo, en un rincón perdido dejado de la mano de Dios, sin nada que hacer más que trabajar y hurgarse la nariz.

Su hermano, Louis, manejaba el tractor grúa. Enganchaba los haces de troncos apilados por Blaise y luego los arrastraba hasta la plataforma donde pasaban por la desramadora, que dejaba los troncos limpios. No se quedaba esperando para ver cómo introducían los rollizos en la tronzadora y los cortaban conforme a longitudes establecidas, ni le interesaba ver cómo los cargaban y transportaban hasta la fábrica de pasta, sino que volvía rápidamente a donde estaba Blaise para recoger un nuevo haz. Era un empleo, servía para llevar comida a la mesa de su familia, le permitía pagar la furgoneta y también la casa donde vivían él y su mujer, Astrid. Otros Sel encontraron trabajo en las fábricas de pasta y las papeleras, en las fábricas de contrachapado, en las fábricas de acetato de celulosa, adentrándose cada vez más en el mundo de los plásticos.

El hijo menor de Noel Mius trabajó en una empresa de astillado establecida en pleno bosque. Pero le comentó a su esposa, Shelly, que astillar en el terreno equivalía a robar al bosque.

—Si no devuelves eso, la tierra empieza a deteriorarse. Deberíamos reabastecer de nutrientes las zonas de las que nos hemos llevado los árboles. ¿Crees que la empresa está dispuesta a hacer eso? Yo lo dudo mucho.

—Es una lástima —contestó su esposa distraídamente.

Como para compensar esa negligencia, su hermano Jackson tenía en Maine una pequeña empresa en la que trabajaba al estilo antiguo, con dos hombres y caballos de tiro: trabajo lento y duro, aire limpio y peligro más que suficiente. Jackson talaba los árboles y su socio y vecino, Sonny Hull, los

arrastraba hasta la plataforma con sus grandes caballos de tiro. Tenía trabajo estable gracias a los encargos de los propietarios que querían que la actividad se llevara a cabo en silencio y no alterara la tierra. Pero después de un invierno casi sin nieve, cuando Sonny Hull lió los bártulos y se trasladó a Montana y el trabajo empezó a escasear, Jackson reanudó sus estudios: se licenció en ingeniería de montes y se especializó luego en gestión de bosques. Nunca había puesto los pies en la reserva mi'kmaq de Shubenacadie, aunque sabía que allí tenía familia. Algún día iría, un Día de Santa Ana, porque para los Sel y los Mius, el Día de Santa Ana tenía un valor que los forasteros no entendían.

—Por estar aquí, vale la pena el viaje de tres días en coche —dijo Blaise Sel, sentado muy tranquilo y a gusto con sus primos lejanos y sus viejas tías, integrado entre los mi'kmaq aunque fuera sólo durante uno o dos días.

Su mujer, Astrid, nieta de inmigrantes suecos, no lo acompañó. «Es una tontería», había dicho ella, «eso de ir en coche hasta tan lejos, convencido de que esos mi'kmaq son tus parientes de sangre. No es propio de ti hacer una cosa así.»

Pero sí lo era.

X
deslizarse hacia la oscuridad
(1886-2013)

perfidia

La señorita Heinrich, muy delgada, seguía sentada en recepción. La sala de espera del despacho permanecía intacta desde que la empresa estuvo al borde de la quiebra décadas antes. Nunca olvidaría cómo se había torcido todo con la llegada de la depresión, época en que casi dejó de construirse y se desplomaron los precios de la madera. Después, justo cuando el negocio maderero empezaba a recuperarse, el abogado Flense desapareció con Annag Duncan y los fondos desfalcados. Fue la peor etapa de la empresa. ¡Qué desbarajuste! La señora Lavinia había solicitado la intervención de cuatro contables especiales, hombres de ojos oscuros y bigotes negros.

—Señorita Heinrich, ¿sería tan amable de facilitarnos los libros del año 73? ¿Sería tan amable de facilitarnos las actas de las reuniones del consejo de los últimos tres años?

El señor Pye, ya anciano y tembloroso, tuvo que abandonar su retiro para explicar ciertas operaciones. Los contables hablaban entre sí durante el almuerzo ante platos con filetes y patatas hervidas; tenían la firme sospecha de que el viejo señor Pye lo había tramado todo decenios antes y se había creado un cómodo colchón.

Cuando los contables terminaron, se reunieron con Dieter y Lavinia.

—Señor Breitsprecher, señora Breitsprecher, desde el principio Flense tuvo poderes extraordinarios para adquirir propiedades en representación de Talas Duke. Y para vender. Ningún contrato restringía sus acciones

relacionadas con las adquisiciones en nombre de la empresa. Sin embargo era un empleado, no un socio, no un accionista. Nada le impedía obrar indebidamente salvo la responsabilidad moral.

—Siempre pensé que era leal a mí, así como a la empresa. Nunca lo dudé. Lo consideraba un amigo y confiaba en él. Nuestra relación profesional era como un acuerdo entre caballeros. Mi padre se regía por esa pauta, y nunca lo estafaron —dijo Lavinia con frialdad.

—Esta vez sí la han estafado. Flense vendió en secreto terrenos forestales, gabarras para el transporte de madera, el contenido de los almacenes.

Los contables insinuaron que el desfaldo era culpa de ella, que la palabra no servía para nada.

El contable jefe inclinó un poco la cabeza y dijo:

—Señora Breitsprecher, ¿me permite recomendarle que lea a Adam Smith? Es un hecho que los hombres hacen sólo aquello por lo que reciben recompensa. Flense cobraba un salario más bien módico por su trabajo jurídico en representación de la compañía. En el futuro, cuando trate con abogados de Chicago, tenga en cuenta esto: *homo homini lupus est*, el hombre es un lobo para el hombre.

Dejaron la plantilla de Duke & Breitsprecher reducida a la mínima expresión, con un futuro negro por delante.

La compañía se tambaleó y a punto estuvo de venirse abajo. Fueron tiempos difíciles en todo el país: el valor de las acciones y de la tierra se desmoronó; las hacendosas escobas del cambio barrieron el mercado. Los hombres ya no daban gracias por tener un trabajo: los problemas laborales y las huelgas entorpecieron a todas las empresas, y los bosques del noroeste se convirtieron en puntos críticos para la rebelión entre los trabajadores forestales, que preferían una paga mejor a una viril pobreza. El país entero se hallaba en un estado de ánimo irascible y acre. Lavinia, en su deseo de librar a la empresa y a sí misma de todo lo relacionado con Flense, votó con los miembros restantes del consejo renunciar a la escritura de constitución de la sociedad.

—Cuando Duke se estableció como destacada empresa maderera, necesitábamos capital para tender líneas de ferrocarril, para adquirir gabarras y barcos de vapor, construir carreteras. Pero todo eso ha cambiado. En adelante, aunque operemos con un presupuesto reducido, volveremos a la estructura de un solo propietario. Aparte de todo lo demás, la idea de sociedad anónima se ajusta mejor a los canales y autovías, los ferrocarriles y los bancos, no a la industria maderera..., al menos en la situación en que ahora nos encontramos.

En la sala de juntas flotaba en el ambiente la sensación de haber sido víctimas de un engaño atroz.

—Lavinia —dijo Dieter mientras repasaban los detalles de la precaria situación de Duke & Breitsprecher—, capearemos esta tormenta. Es cierto que la empresa ha perdido gran parte de su valor, pero conservamos aún lo suficiente para empezar de nuevo.

La ira apenas dejaba hablar a Lavinia.

—Dieter —dijo—, mi fortuna..., la fortuna que ya no tengo..., procedía de la bonanza derivada de los bosques maderables de Maine y Michigan, que talamos durante generaciones. Hoy día ya no existen terrenos forestales tan ricos. Flense se ha llevado mi patrimonio ancestral.

Sin embargo, exageraba. Flense no había tocado sus bienes personales, no había vendido sus terrenos urbanos en Chicago, cuyo valor ascendía ahora a millones; eran los activos de la compañía lo que había saqueado.

—Querida mía, escúchame, por favor. Los bosques del noroeste son aún más prodigiosos que los de Maine o el territorio de los Grandes Lagos. Todo irá bien en cuestión de unos años si la empresa reanuda sus adquisiciones de bosque. Y ahora podemos concentrarnos en nuestra política de conservación más que nunca. Crearemos una nueva reputación, un nuevo nombre para Duke & Breitsprecher.

Pero eso no servía de consuelo a Lavinia, a la que le indignaba especialmente pensar en la perfidia de Annag Duncan.

—Confíaba en ella —dijo—. Le di empleo cuando no tenía nada, y así me lo ha pagado. No me explico cómo cayó en las garras de Flense. —Apretó y distendió las manos.

—Lavinia, ¿nunca te fijaste en las atenciones que el abogado le prodigaba? Elogiaba sus galletas, le traía ramilletes de flores, siempre tenía una sonrisa para ella y la llevaba a casa en coche después de largas reuniones. Creo que la tenía encandilada con sus detalles. Ni tú ni yo la elogiábamos; no supimos valorarla, y Flense aprovechó las circunstancias. —Se frotó el mentón—. Y, ¿quién sabe?, quizá él sentía afecto por ella. Era una mujer atractiva. —Nada más hablar, supo que no debería haberlo dicho.

—¡Hay que ver! —exclamó Lavinia, enardecida—. Personalmente, tengo mis dudas. ¡Pero ojalá pudiera revivir el pasado y mantener bien cogido a ese hombre por el cuello! Y a ella. En todo caso, contrataré los servicios de Pinkerton para que los busque. Me ocuparé de que acaben en la cárcel. —Se serenó. No tenía más alternativa que seguir adelante—. Y tienes razón, Dieter, en el norte hay bosques muy ricos..., si es que podemos acceder a las zonas más remotas. Y todavía tenemos los bosques de kauris de Nueva Zelanda.

—¿Recuerdas que prometimos a los Oval no ir a desboscar sin más, sino talar juiciosamente y reforestar? Ojalá mis experimentos con las semillas de kauri hubiesen prosperado, pero las condiciones del terreno son desfavorables.

Lavinia, incapaz de resistirse a los dictados de su temperamento, dio orden de talar todos los kauris, sin dejar uno solo. Con esa tala, reiniciaría la reconstrucción de su fortuna. Y Dieter tenía razón: aún les quedaba mucho. Flense no había tocado las fábricas de contrachapado ni las papeleras, y tanto las unas como las otras absorbían dinero como esponjas secas. La empresa aprovecharía las ventajas de los nuevos avances técnicos y la maquinaria fabril. Duke & Breitsprecher sobreviviría.

—La muestra anual de inventos debe continuar —insistió Lavinia. Pero el viejo hotel Great Lakes había desaparecido a causa de un incendio. Lavinia intentó convencer al consejo de que una sala de exposiciones en la sede de la empresa atraería a los inventores—. Ganamos millones con las casas

prefabricadas, ¿y quién sabe con qué podríamos encontrarnos ahora que todo el mundo se devana los sesos para introducir mejoras en la maquinaria de la industria maderera? Utilicemos la antigua casa y los jardines del señor Jinks como espacio central. Los participantes disfrutarán de los paseos por nuestro pequeño bosque.

Ese año, sin embargo, fueron menos los inventores que presentaron solicitudes para asistir a la muestra de Duke & Breitsprecher. Aquello era agua pasada. La gente quería patentar sus ideas a su propio nombre y la exposición anual desapareció gradualmente.

También Dieter tenía la sensación de que aquellos tiempos dorados de la explotación maderera, aquellos tiempos en que los bosques eran infinitos, habían terminado. Los granjeros, que habían talado, quemado y agotado millones de hectáreas de tierra en el este, todavía irrumpían en los bosques maderables del oeste para repetir su obra; todavía creaban enormes piras de excelentes árboles y maldecían cuando la tierra quemada resultaba demasiado rocosa o pobre para cultivar nada que no fuesen malas hierbas.

A lo largo del último cuarto de siglo, Dieter sufrió viendo cómo el Congreso se complacía en aprobar sucesivas leyes que afectaban al sector — la Ley del Cultivo de Árboles Maderables, la Ley de la Tala de Bosques, la Ley de las Explotaciones Madereras y Mineras—, todas dirigidas supuestamente a la conservación, pero escritas con más lagunas que una página de caligrafía en letra Spencer.

—¿De qué huevo han salido estos idiotas? ¡Están ciegos! —exclamó Dieter—. No hay peor mal que el desperdicio. Sólo una pequeñísima parte de los árboles en pie llegan a convertirse en madera trozada; casi toda se quema o abandona. *Mein Gott!*

«Da risa», pensaba Dieter para sus adentros. «Es criminal. Esa infame cláusula de “sustitución de la tierra” que permite a cualquiera “donar” terrenos boscosos a reservas forestales protegidas a cambio de una cantidad equivalente de tierra en algún otro lugar. A los madereros les encanta esa “cláusula”, que les permite cambiar las parcelas ya explotadas por hectáreas de bosques maderables intactos. Me pone enfermo ver cómo envían en tropel a miembros de los grupos de presión a Washington para no perder las altas rentabilidades. ¡Esto es la verdadera “libertad” americana!» Su solitario

desayuno era una sucesión de suspiros exasperados conforme leía las andanadas de escandalosos vínculos entre agentes inmobiliarios y asambleas legislativas. Pero no decía nada de eso a Lavinia. Le constaba que ella recurría a los grupos de presión. Y por asociación, también lo hacía él.

Al parecer, los dos malhechores se habían marchado en direcciones opuestas. Un mes tras otro, Pinkerton incluía en sus informes rumores de que se había visto a Flense en Perú, Athens (Georgia), Glasgow y Buenos Aires, pero no disponía de ninguna prueba sólida.

—Sigan, sigan investigando —decía Lavinia, y pagaba las exorbitantes facturas mensuales del detective. Un día se supo que, en efecto, habían seguido el rastro a Flense hasta un callejón situado detrás del Mulo Rojo, un restaurante de Valparaíso, donde yacía muerto, víctima de un robo y un apuñalamiento. De Annag Duncan no llegó noticia alguna. Había desaparecido en las agrestes tierras de Escocia, en las que ningún forastero se atrevía a adentrarse.

Una tormentosa mañana, la criada llevó a Lavinia su chocolate caliente y su tostada sin corteza. Lavinia, junto a la ventana, se anudaba el cinturón de la bata rosa de seda, contemplando el oscuro lago, veteado por efecto del viento.

—Buenos días, señora. Otra mañana desapacible. El señor Dieter se queja de un catarro.

—Entonces mejor será que no se levante. Iré a verlo en cuanto me vista.

La criada dejó la bandeja en la pequeña mesa del desayuno, sirvió el chocolate y se marchó. Lavinia se sentó, asió la taza, tomó un sorbo, se volvió para mirar la lluvia oblicua y se desplomó, manchándose los muslos de chocolate. Cuando llegó el médico, dictaminó que había sufrido un ataque al corazón, y que nadie sabía por qué ocurrían esas cosas. A veces las personas sencillamente... morían. Como le ocurrió a Lavinia. El catarro de Dieter se agravó y se convirtió en una persistente pleuresía que lo mantuvo inmobilizado seis semanas. Aun así, consiguió levantarse de su lecho de enfermo y reunirse con el lapidario, ya que, después de pensárselo bien, tuvo muy claro que sólo había una inscripción posible para la lápida de Lavinia:

LLAMAD AL PETIRROJO,
AQUÍ YACE UNA AMIGA

Lavinia no había modificado su testamento desde antes de la fuga de Annag Duncan y Flense. Con los legados de propiedades y riqueza que ya no existían, la lectura de sus últimas voluntades fue dolorosa para aquellos que deberían haber recibido una fortuna y en lugar de eso se encontraron con lo justo para vivir modestamente. Dejó a Charley, de once años, la mayor parte de sus bienes, que no podría tocar hasta cumplir los cuarenta, la edad de la razón, en opinión de Lavinia. El testamento incluía un peculiar apéndice: si un solicitante se presentaba para reclamar una parte de los activos de DukeBreitsprecher, debía negársele cualquier aspiración por todos los medios jurídicos. Nadie sabía a qué se refería eso, pero el asunto dejó un borrón en el día.

Dieter Breitsprecher, que por su personalidad habría parecido el viudo ideal, sorprendió a todos casándose en segundas nupcias un año después de la muerte de Lavinia. La novia, Rallah Henge, era la hija menor de un amigo maderero de orientación conservacionista, Conrad Henge. La joven, de larga melena castaña, contaba treinta años menos que Dieter, y él la trataba con desmesurada cortesía, como si fuera una copa de cristal. Rallah tenía una risa vibrante y ninguno de los robustos puntos fuertes y peculiaridades de Lavinia. El negocio maderero no le interesaba; había cifrado todas sus esperanzas en los hijos, y dieciocho meses después de la boda dio a luz a un niño varón, James Bardawulf Breitsprecher. Más de diez años después llegó una hija, Sophia Hannah, pero ya ninguno más, porque Rallah, que era tan delicada y frágil, enfermó y murió de un apestoso y supurante cáncer de mama antes de que Sophia aprendiera a andar, antes de que James Bardawulf llegara a la adolescencia. En cuanto a Charley, se había marchado de casa hacía mucho tiempo.

perdedor

Cuando Dieter volvió a casarse, vendió la antigua casa de Lavinia y encargó al estudio Burnham que le construyera otra en la localidad recién anexionada de Edison Park. De aspecto clásico, ofrecía al mundo una serena fachada con sus ordenadas ventanas pareadas. Por dentro era moderna y estaba provista de cableado para la luz eléctrica y de dos líneas de teléfono.

Dieter había enviado a Charley a estudiar ingeniería de montes a Yale, donde subió los peldaños de tres en tres y llevó la contraria a sus profesores. Tenía una visión apasionada del bosque, pero lo decepcionaba la falta de un entusiasmo equivalente al suyo en la universidad; allí todo tenía que ver con la «gestión». Viajó a Alemania para ver de primera mano los resultados de doscientos años de supervisión forestal, pero lo irritaron las clases y suplicó a Dieter y al consejo que le permitieran viajar y aprender la dinámica del bosque mediante la observación. Accedieron a asignarle un estipendio, y él inició un errante viaje.

Vio hayedos y bosques de carpes, buscó los castaños residuales de Francia, visitó restos de bosque boreal todavía existente en Escandinavia, los dispersos bosques de pinos y abedules de Escocia, los inaccesibles rincones donde crecían fresnos, robles y alisos en Irlanda y Gales. La razón por la que se conservaban era, en todos los casos, la dificultad de acceso. Viajó a Australia para ver las descabelladas mutaciones de los eucaliptos, y a Nueva Zelanda, donde comprobó, abochornado, los efectos del vandalismo de Duke & Breitsprecher en los antiquísimos kauris y recurrió a un pseudónimo para no dar su verdadero apellido. En una pesadilla, tuvo que levantar y volver a

colocar los monstruos caídos en sus tocones sangrantes. Pero llegó un día en que Dieter y el consejo reclamaron su presencia para determinar cuál debía ser su futuro en la empresa.

Al regresar a Chicago, vagó por la ciudad contemplando los nuevos rascacielos, comiendo aquí y allá lo que compraba a vendedores ambulantes. Sus ideas en cuanto a bosques eran un caos. Había visto demasiado, y ahora pensaba que gestionar un bosque equivalía a esclavizar brutalmente la naturaleza. Sus opiniones no gozaban de gran aceptación. Sólo le cabía esperar a que el reloj de arena se diera la vuelta.

Un día, durante el desayuno, Dieter, vacilando ante su eterno plato de salmón ahumado y dos huevos escalfados, dijo:

—Tu hermana y tu hermano vendrán de visita la semana que viene. James Bardawulf tiene una esposa muy atractiva, Caroline. En el bufete le va bien. No...

—No son hermanos míos, padre.

Dieter pasó por alto la interrupción y prosiguió.

—No conoces a Caroline. La última vez que viniste, ella estaba en el extranjero con su madre. James Bardawulf y ella tienen gemelos, dos niños: Raphael y Claude. Y Sophia se casó con Andrew Harkiss en enero. ¿Te lo he dicho ya, tal vez? Ella es un tanto joven, y tengo la sensación de que su marido tendrá un efecto estabilizador. Harkiss estudió ingeniería de montes en Yale, dicho sea de paso, y empezó a trabajar para nosotros hace cuatro o cinco años. Reactivó nuestras operaciones de tala, nos introdujo en Ecuador por la madera de balsa. Y después del gran incendio, en la madera de secuoya californiana. Nos convenció de que compráramos gran cantidad de madera de primera calidad en las costas de Oregón y Washington. Según parece, la empresa está recuperando la riqueza perdida.

—¿A qué gran incendio te refieres?

—Pues al gran incendio de San Francisco, después del terremoto; destruyó todos los edificios en un radio de cuatro kilómetros al norte de los tinglados del ferrocarril. Según dicen, ardió media ciudad. Estuvieras donde estuvieses, tuviste que leerlo en los periódicos.

—Pues no. Casi nunca leo los periódicos.

—Sólo sobrevivieron los edificios construidos con madera de secuoya. Nada demostró su resistencia al fuego en igual medida. La gente empezó a pedir..., de hecho todavía pide, madera de secuoya para la reconstrucción. Andrew aceptó el desafío. Tenía ya hombres en el bosque antes de que se enfriaran las cenizas, y trabajaron hasta el último minuto mientras hubo luz. Los aserraderos estuvieron en activo veinticuatro horas al día.

Charley recordaba vagamente a Harkiss, con quien había coincidido en ingeniería de montes durante su propio y breve paso por Yale.

—Andrew tiene la firme ambición de devolver a Breitsprecher su anterior posición. Se dedica a mejorar la empresa en todos los sentidos. —Sin ironía, Dieter parafraseó a Coué—: A diario, de todas las maneras posibles, se esfuerza en ser cada vez mejor.

—Padre, ¿tú cómo te sientes con respecto a esta actividad maderera? ¿Cada vez mejor?

—Doy mi apoyo, siempre y cuando empecemos a replantar un año después de abandonar la zona. Es un proceso equilibrado.

—No entiendo con qué crees que vas a poder reemplazar secuoyas de dos mil años. ¿Con plántones de pino escocés? ¿Y qué me dices de la diversidad de las especies? ¿Qué me dices del terreno? ¿De la erosión? ¿Todas esas cualidades que antes te preocupaban? ¿Estáis talando bosques primarios de abetos y cedros y plantando pinos? Has mencionado Oregón y Washington.

—Supongo que me volví más práctico después de mis años con Lavinia. Así que talamos todo lo que crece en el litoral. Los grandes árboles maderables en terreno escabroso quedan intactos; éstos no podemos sacarlos sin los grandes costes del ferrocarril y los motores.

—¿Y la protección de las cuencas? La hidrología se pondrá en grave peligro. Yo he estado en esa zona. Es montañosa, con laderas escarpadas, y sé que no sólo las secuoyas, sino también esos grandes cedros, pueden alcanzar siete metros de diámetro en la base. Es probable que vuestros hacheros tengan que usar trampolines para llegar a donde la circunferencia es tres metros menor. El desperdicio debe de ser extraordinario.

—En fin, te propongo que hables de eso con Andrew; aquí es él el hombre del hacha. —Dieter se echó a reír.

—Dios mío —dijo Charley sólo de pensar en aquel *homme chic*, aquel dandi, empuñando un hacha.

Cuando James Bardawulf y Caroline llegaron, el hijo menor fue derecho al aparador y se preparó un whisky doble; no preguntó a nadie más qué le apetecía. Eso quedaba en manos de Dieter: que fuera él quien le sirviera jerez, whisky, más whisky, a Charley. Las tensiones familiares de antaño se filtraron en el salón.

Sophia y Andrew Harkiss eran el orgullo de la familia. Andrew contaba con la ventaja de un rostro rojo de facciones proporcionadas, unos ojos de un azul intenso y un cuerpo esbelto pero musculoso. No obstante, bajo esa elegante fachada, Dieter percibía una voracidad que lo inducía a pensar en un perro bajo la lluvia viendo pasearse a su amo de aquí para allá detrás de las ventanas iluminadas. Y allí estaba James Bardawulf, enseñando los dientes con una cáustica sonrisa. Su mujer, Caroline, lucía un pudoroso vestido de seda, y Sophia estaba preciosa. Charley llevaba un gastado traje informal de tweed y unas botas sin lustrar. Sus hijos, pensó Dieter, sus queridos y horriblos hijos.

—Así que estás de visita, Charles —dijo Sophia. Era una de esas bellezas de cabello claro y pose erguida, su joven rostro embellecido por unos labios hermosamente torneados.

—¿Tienes algún inconveniente? —Se inclinó hacia delante y jugueteó con los dedos.

—Poco importaría si lo tuviera —repuso Sophia—. Haces lo que te da la gana. Siempre ha sido así. —Guardó silencio por un momento y a renglón seguido lanzó el dardo—: Es decir, has hecho lo que te daba la gana... hasta ahora.

Ocuparon sus asientos a la mesa, muy elegante con su vajilla Spode y sus copas de cristal tallado.

—¿Encuentras agradable tu habitación, Sophia? —preguntó Dieter.

—Muy agradable, papá, siempre y cuando no se levante el viento. No sabéis cómo silba en una habitación rinconera.

—Bueno, así son las cosas. Es una esquina, y por tanto el viento ahí cambia de dirección —comentó Andrew—. A mí no me molesta.

La criada les llevó en una sopera una crema de zanahoria, caliente y picante.

La conversación perdió intensidad, se centró durante unos minutos en las pretensiones de Peary con respecto al Polo Norte, se desvaneció, pasó a girar en torno al tiempo, la casa de Andrew, construida por un arquitecto de la ciudad con ideas modernas, y el nuevo Ford modelo T de James Bardawulf.

—No entiendo qué necesidad tiene la gente de ir a ciento cincuenta kilómetros por hora —comentó Dieter—. Es una locura.

—Padre, si probaras un automóvil, verías las ventajas, creo.

—¿Qué ventajas? ¿Ir como un cohete apretando un pedal con el pie? Me parece una idea absurda. Un hombre necesita aprender a montar, necesita «llevar las riendas».

—No puede negarse que la habilidad en el manejo y la monta de caballos tiene algo de especial —admitió James Bardawulf, que era un jinete mediocre pero un ávido coleccionista—. Pero a mí me interesan más las armas. Hace poco adquirí dos escudos zulúes, usados supuestamente en la batalla de Isandlwana.

La conversación prosiguió a trompicones. James Bardawulf preguntó a Harkiss:

—¿Cuáles son los elementos más destacados de tu casa nueva?

—Automóviles, casas..., ¿no es el dinero nuestro tema de conversación? —preguntó Sophia con un tonillo ofensivo—. Me extraña que no hayamos hablado de los valores de las acciones y los bonos, o vapuleado a los bancos de Nueva York.

—¡Sí! Y a propósito —dijo Dieter, complacido con el tema, sin captar la ironía—, propongo un brindis por Chicago. Cada día me alegro más de que nos estableciéramos aquí y no en Nueva York. Sólo tenéis que ver la diferencia de reacciones ante la última crisis y el pánico que generó. Nueva York era un caos, los bancos y las fundaciones se vinieron abajo..., ese tipo del Knickerbocker Trust. En Chicago, en cambio, teníamos una cámara de

compensación central y un inspector bancario especial, pendiente de las cuestiones de liquidez. Las instituciones neoyorquinas se quedaron cortas tanto a ese respecto como por lo que se refiere a la liquidez. Fue entonces cuando tuvo que intervenir el viejo Morgan y «salvar los muebles».

—Según dicen algunos —comentó James Bardawulf—, las crisis y el pánico son efectos secundarios inevitables del libre mercado.

—Y también los hay que dicen que esos sucesos no son culpa del libre mercado, sino de individuos poco escrupulosos y de la falta de regulación, y que la única manera de evitar las crisis periódicas y los desbarajustes financieros es tener un banco nacional bajo el control del Gobierno, como ocurre en la mayoría de los países europeos.

—Espero que eso llegue algún día, aunque no creo que yo lo vea —dijo Dieter.

Ante el pudín de almendras, Dieter comentó:

—Andrew, Charley me preguntaba antes por las operaciones en la costa oeste: las secuoyas y los cedros. Quiere saber...

—Tenía la esperanza de poder disfrutar de una cena familiar sin conversaciones sobre árboles o gestión del bosque —lo interrumpió Sophia, decepcionada por el hecho de que la charla en torno al dinero hubiese degenerado en un análisis de un lejano pánico en Nueva York. Le gustaba oír hablar del creciente valor de la empresa gracias a Andrew. Como era ella quien había atraído a Andrew, se deducía que era ella la responsable de la mejora en la fortuna de la empresa.

—Pero no hay tema mejor que los árboles —terció Harkiss—. Para esta familia maderera es el pan de cada día.

James Bardawulf tendió la mano hacia la licorera, se sirvió y luego se retrepó de nuevo en la silla hasta que ésta crujió amenazadoramente.

—No —dijo—. Las conversaciones sobre tierras madereras acaban siendo muy acaloradas si nuestro hermano Charley está presente. Lo sabe todo sobre la tala y la gestión del bosque, pero no se digna hablar hasta que alguien manifiesta un temor improcedente, y entonces empuña la espada y la pistola y nos abate.

Harkiss decidió reírse —un ladrido entrecortado—, y Charley se frotó la nariz y zapateó nerviosamente en el suelo.

—James Bardawulf —dijo Charley—, estoy en deuda contigo por tu perspicacia. Entiendo perfectamente tu éxito al otro lado de la barra... en los tribunales.

James Bardawulf, quien en efecto bebía demasiado, se puso de color granate e hizo ademán de levantarse, dejando caer la servilleta encima del pudín.

—James Bardawulf —terció Dieter—: Charley y tú no vais a empezar con vuestras peleas. Por favor, Caroline, dinos cómo están los niños.

Ella se volvió y enarcó las cejas como si la pregunta la sorprendiera.

—Pues todo lo bien que pueden estar.

Charley examinó a Caroline Breitsprecher. Era atractiva, incluso hermosa, una morena rubicunda, un poco rellenita, con unos ojos grises de expresión sagaz y penetrante. Miró a Charley, esbozó una media sonrisa y le guiñó un ojo.

Él sintió una corriente eléctrica de deseo. Ella le había guiñado el ojo intencionadamente. Al instante llegó a la conclusión de que era una coqueta y comprobaría hasta dónde estaba dispuesta a llegar. Se imaginó ya en la cama con ella. Beneficiarse a la mujer de James Bardawulf sería un doble placer. Estuvo a punto de devolverle el guiño.

Pero no dijo nada de bosques ni de viajes, ni siquiera cuando le formularon preguntas. Al día siguiente tenía la reunión con Dieter para explicar cómo contribuiría él al capital de la empresa. No le cabía duda de que James Bardawulf y Sophia, miembros ambos del consejo de administración, eran la causa principal de que Dieter hubiese solicitado su regreso.

El viento que soplaba desde el lago era anormalmente frío para la primavera. Mientras Charley avanzaba apresuradamente con la cabeza gacha, se llevó a las doloridas orejas sus grandes manos, las manos de los Breitsprecher. Se entretuvo en el vestíbulo de la entrada del edificio Duke para entrar en calor, postergando la inminente conversación con su padre.

Subió por la escalera, numerosos peldaños de madera de roble abriantada. Contó cuarenta. ¿Instalarían algún día el ascensor? Entró en la oficina, tan conocida, donde la señorita Heinrich, más vieja ya que las secuoyas, le dirigió una valiente sonrisa.

—Pase directamente, señor Charley —susurró—. Le llevaré un café.

Allí estaba Dieter, sentado tras su escritorio, más mesa que escritorio propiamente dicho. Dieter le señaló la silla al otro lado de la mesa. La luz de la mañana se reflejaba en su calva. Charley se preguntó qué haría para que le brillara tanto. Dieter fue al grano.

—Me complace decir que muchas de mis antiguas ideas sobre el cuidado y la gestión del bosque se han convertido en la práctica actual. Sentí una gran satisfacción cuando Roosevelt creó el Departamento de Bosques, después de aquel deplorable asunto de los senadores del oeste, que consideraron que se habían anotado un tanto forzando la abolición de las reservas forestales; ahí fue cuando Roosevelt perdió los estribos y embargó una infinidad de bosque. El sistema de reservas estuvo siempre abierto a chanchullos; de hecho, Weyerhaeuser apenas tuvo que refrenarse. Ahora también él es un coloso como Frick y Morgan. Desde hace años sostengo que, para proteger los bosques, debe intervenir el Gobierno central. Avanzamos en esa dirección. —Enumeró a sus nuevos héroes: Bernhard Fernow, que estudió silvicultura en Cornell, y un oriundo de Maine, Austin Cary, que luchó por conseguir que los madereros y hacendados testarudos asimilaran ciertos principios básicos de silvicultura. Y George Perkins Marsh, su antiguo americano ideal. Luego preguntó—: ¿Y qué te parecieron los bosques alemanes que viste? ¿Encontraste nuestro vínculo familiar con el *graf* Von Rotstein?

—Hice indagaciones sobre ese pariente..., en vano. Me dijeron que la familia se había extinguido hace tiempo.

Dieter dejó escapar un resoplido. Él mismo era la prueba de que al menos un miembro lejano de la familia aún vivía y, naturalmente, la misma sangre corría por las venas de sus hijos.

—Dime qué te parecieron esos bosques.

—Vi muchísimas plantaciones de pinos en hileras ordenadas. Pero eso no lo considero bosques.

—Ya. ¿Y qué consideras tú un bosque?

—Tengo la certeza —respondió Charley lentamente— de que las tierras forestales naturales son los únicos bosques verdaderos. El ambiente en su conjunto: el aire circundante, las raíces entrelazadas, los modestos helechos y líquenes, los insectos y las enfermedades, la tierra y el agua, la meteorología. Todos esos elementos parecen interpretar juntos sus partituras en una especie de gran orquesta silvestre. Un bosque que vive por sí mismo, y no en beneficio del género humano. —Se interrumpió.

—Entiendo: «vive por sí mismo». Sí, claro, pero eso no es tierra gestionada, donde plantamos y supervisamos los árboles para proporcionar una renta a los propietarios, empleo vitalicio a los trabajadores, sombra y satisfacción a los amantes de la naturaleza. El bosque agreste no puede gestionarse. Por eso lo talamos y nos beneficiamos de su madera, y después lo sustituimos por árboles. Árboles que pueden gestionarse. Tu idea de bosque que vive por sí mismo no forma parte de la vida moderna. Eso es lo que Austin Cary intenta enseñar: que el bosque maderable puede criarse como cualquier cultivo que dé beneficio y pueda renovarse ilimitadamente. Por un lado, tiene que convencer a los hombres que quieren talar como siempre han hecho y que consideran sus charlas un ataque destinado a arruinarles el negocio. Por otro lado, están las personas no muy distintas de ti, que ven el final del bosque, el desastre para los ríos. Incluso cambios climáticos. A éstos tiene que persuadirlos de que el bosque cultivado es la manera de mantener un suministro estable y controlar la erosión.

Oyeron el golpeteo del aguanieve en el cristal de la ventana. Dieter entornó los ojos. Chicago tenía inviernos largos y crudos, ¿y era posible que éste persistiera tan entrada ya la primavera? Era posible. Charley, al parecer ajeno al aguanieve, habló en voz baja.

—No veo mucho mérito en los pinos dispuestos en hileras. No hay diversidad, y la tan cacareada utilidad es una ilusión óptica. ¿Qué me dices de los campesinos que antaño acudían al bosque agreste por un centenar de razones? ¿Por qué damos por sentado que no tienen derecho a seguir utilizando el bosque como tradicionalmente han hecho?

Advirtió la fina capa de polvo que lo cubría todo en el despacho de Dieter: el globo terráqueo, los estantes, los peldaños de la escalera, las repisas de las ventanas. El polvo cubría también las ideas de Dieter.

—Charley, pasas por alto un detalle. Aquí, en Estados Unidos, la mentalidad consiste en apropiarse de todo. Para esta gente, la replantación que yo defiendo es todavía una idea peregrina. Puede que tengas razón al afirmar que los viejos bosques agrestes están en peligro, pero por desgracia eso es una cuestión de política. Te equivocas también cuando dices que los bosques alemanes sólo son plantaciones gestionadas: en Europa no hay nadie que tenga una visión tan entusiasta del bosque agreste como los alemanes. En ti percibo esa vena germánica, en parte romántica, en parte rebelde. Y desearía que entendieses que en los bosques gestionados —puso énfasis en la palabra— existen complejidades de las que no sabes nada.

—Es una lástima que no podáis cultivar tablones sin corteza. Es inútil, padre; yo he visto lo que he visto, y no acepto que las plantaciones de árboles sean un bien mayor. —Notaba que Dieter empezaba a exaltarse; la calva se le había teñido de rojo y repetía cierto mohín una y otra vez.

—Entonces será mejor que te dediques a la botánica —Dieter escupió esta última palabra— y continúes con tus aventuras. —Se levantó y salió del despacho.

Charley esperó. Dieter casi nunca se enfadaba, pero esta vez sí se había enfadado. Su mal humor no duraría mucho; nunca duraba mucho. Volvería. Y al cabo de un rato, Charley oyó abrirse la puerta exterior, oyó a Dieter decir algo a la señorita Heinrich, oyó su respuesta. Dieter entró, con espículas de hierro fundido en los hombros. Dirigió un gesto a Charley con la cabeza, sacó una botella, fue al armario y extrajo dos vasos, que llenó para Charley y para él.

—Perdóname, Charley. —Echó un trago de whisky. Suspiró—. Cuando yo era joven, tenía ideas y sentimientos parecidos a los tuyos, pero con los años aprendí que el espíritu emprendedor de este país no podía contenerse. No podemos ser animales salvajes. Somos humanos. Vivimos en un mundo que es de determinada forma, y los bosques deben adaptarse a la abrumadora marea de los hombres con hachas, no a la inversa. Llegué a la conclusión de que plantar árboles era una manera de dar continuidad al bosque, no perfecta pero sí mejor que los descampados llenos de tocones. Llamamos «bosque» a esas parcelas y creemos que eso es lo que son. Además, nunca he pensado que la gestión alemana pudiera no ser superior.

—Padre, eso apesta a siglo XVIII. Eso ya no cuadra. También es verdad que hay demasiada tala. Los antiguos bosques están desapareciendo, y cuando no quede nada, tendremos que esperar mil años, tal vez más, para volver a verlos. Aunque a nada se le concederá tan generosa cantidad de tiempo para crecer. La mayor parte de las zonas forestales de Estados Unidos han sido ya arrasadas.

Dieter inhaló el whisky y tuvo un arranque de tos espasmódica. Cuando se recuperó, con lágrimas en las mejillas, cambió de tema y dijo:

—¿Por qué no me cuentas qué has visto en tus viajes?

Silencio. El zumbido de la lámpara. Ráfagas de aguanieve contra la ventana. Qué arrugada y consumida se veía la cara de Charley, pensó Dieter; tenía treinta y cinco años, pero aparentaba más edad.

—Si estás preguntándome por la tala de la empresa en Nueva Zelanda, te diré que donde antes crecían nobles kauris, encontré hectáreas de tierra devastada. La zona de la masacre sólo se distinguía de los yacimientos de resina de kauri fosilizada porque los tocones son más recientes.

Dieter se estremeció. Los yacimientos de resina de kauri que Lavinia y él habían visto eran paisajes en extremo desolados, barrizales donde nada crecía, grandes hoyos abiertos en la tierra húmeda, pantanos sin vegetación donde afanosas criaturas se apoderaban de fragmentos de resina antiquísima para mejorar su pintura.

Charley habló, y cuando se interrumpió, Dieter preguntó:

—¿Y qué hay de Nueva Inglaterra, donde mi primo Armenius recorrió los bosques por primera vez al servicio de James Duke? No he vuelto allí desde que visité al señor Marsh uno o dos años después de nacer tú.

—En fin, el norte de Nueva Inglaterra es un mundo de montes desnudos erosionados y surcados de vías de ferrocarril. Desechos de madera, troncos calcinados, millones de cepas e interminables kilómetros de carreteras desvaídas. No me explico cómo pueden vivir los peces en las aguas de Nueva Inglaterra, a no ser que respiren lógamo. Hay grandes incendios todos los veranos, y por los ríos descienden aún maderadas: troncos lastimosamente pequeños con destino a las fábricas de pasta y de madera prensada.

—¿Todo era destrucción? —preguntó Dieter en voz baja—. ¿Viste algo bueno y hermoso?

—Sí. Sí lo vi. Brasil cuenta con los bosques más profundamente diversos de la Tierra —contestó Charley. Por primera vez desde su regreso, se advirtió entusiasmo en su voz—. El rasgo más llamativo es la mezcla de especies, a diferencia de los grandes bosques o agregados de árboles dominantes. Los extranjeros se maravillan sin cesar. Cuando vuelven a sus países, se dan cuenta de lo yermas y escasas que son sus tierras.

—Siempre he estado a favor de la diversidad.

—Eso ocurre en los trópicos, no sólo en Brasil, sino también en Colombia, Costa Rica, Venezuela, en la India y Malasia: bosques a rebosar de mangos, guayabas, fruta de la pasión, carambolas, cocos, plátanos. Los bosques tropicales son los más prodigiosos que he visto. Bosques espectaculares, pero ahora atraen a hombres con lápices y forcípulas, hombres que buscan fruta para exportar. Ganaderos que talan y queman el bosque para sus rebaños. Son los lugares donde el sistema de *aviamento*, la explotación abusiva de los trabajadores del caucho, impulsa la economía. Encuentro consuelo en la idea de que en realidad ninguno de ellos puede dañar ese inmenso corazón del planeta. El bosque tropical es tan grande y rico que derrota a todo aquel que intenta conquistarlo.

Dieter tuvo la sensación de que se aproximaba a Charley.

—Me encantaría ver esos bosques. Pero permíteme decirte que yo oí esos mismos comentarios confiados acerca de los bosques de Maine y New Hampshire, de los pinares de Michigan: que eran tan grandes que no se los podía dañar de manera irrecuperable. Y los vi caer. No existe nada demasiado grande para caer. Todos se vienen abajo cuando los hombres llegan.

—Espero que estés equivocado. Querido padre, ¿entiendes que debo volver a Brasil? Lo poco que aprendí sobre los hábitos de floración y fructificación de los árboles despertó mi curiosidad. Algunos parecen sujetos a las pautas de estaciones invisibles; otros, en cambio, florecen desde el momento en que brotan hasta que mueren. Quiero descubrir por qué allí las cosas ocurren como ocurren. —Miró a Dieter—. El suelo del bosque tropical es más bien pobre; toda la riqueza se halla en sus árboles vivos. ¿No te parece interesante?

Dieter cabeceó y preguntó:

—¿Es eso posible?

—Lo es. Y en el nivel por encima del suelo hay arbustos y helechos, árboles jóvenes, y todos dependen de los haces de luz que les llegan. No son plantas «por derecho propio», sino esclavos de los árboles grandes. Más extrañas aún son las epífitas, un mundo entero de plantas parasitarias que crecen en los árboles. Ese bosque me reclama.

Dieter escuchó consternado. La predilección de Charley por los bosques agrestes resultaba perturbadora. Era la prueba de que su primogénito era un hombre a punto de hundirse, condenado a ser un perdedor. ¿Cómo librarlo de eso? ¿Cómo implicarlo en el trabajo de la empresa?

—Personalmente haré lo que pueda para ayudarte —dijo Dieter—, pero estás destinado a observar, quizá a escribir un libro... No te veo desempeñando un empleo regular ni obteniendo buenos resultados en un negocio.

—No conozco ningún empleo tan honorable e interesante como rondar por ahí y observar las vidas de los árboles y anotar sus peculiaridades.

—Aun así, los hombres deben trabajar..., incluso tú. —El tono de esas palabras fue tan lastimero que los dos se echaron a reír.

—Padre, si tengo que trabajar en algo, necesito una causa real. No soy un hombre de negocios. Y, en efecto, es posible que escriba un libro. Aunque por desgracia es muy poco lo que sé, y toda una vida no basta para estudiar siquiera un único árbol de un bosque tropical.

»Quiero..., ¿cómo describirlo?, quiero descubrir la dinamo, la fuerza del bosque agreste; todo mi interés se centra en buscar esa fuerza vital.

Pero Dieter pensó que «dinamo» y «fuerza» eran conceptos demasiado afines a la búsqueda romántica del «sentido de la vida». Lo asaltó una idea dolorosa: ¿no percibía acaso en Charley la amarga fragancia de la locura?

—¿Por qué no piensas en todo esto a lo largo del invierno? Quédate aquí para reflexionar, lee un poco y conoce a otras personas interesadas en los árboles. Podemos volver a hablar dentro de unos meses. Y por supuesto te queremos aquí en las fiestas.

Estaba decidido a comprender y ayudar a su primogénito, pero se le antojaba una tarea difícil; Dieter se sentía demasiado viejo, perdido en el bosque de su propia experiencia.

Así que Charley se quedó ese invierno y la posterior primavera para entretenerse en el juego de la seducción con la señora de James Bardawulf — Caroline—, alternativamente tentadora y evasiva; estaba resuelto a conquistarla para zaherir a su hermanastro, que era el predilecto de su padre.

Aún seguía intentándolo en agosto de ese año, 1910, cuando los grandes incendios de Montana, Idaho y el este de Washington quemaron en dos días casi un millón y medio de hectáreas de árboles maderables de primera calidad y asentamientos; fue un devastador incendio forestal que saltó de copa en copa a lo largo de cientos de kilómetros, un incendio que el ojo humano jamás había visto. El país se horrorizó ante los titulares que describían la destrucción, en sólo cuarenta y ocho horas, del remoto corazón de América, ya que la gente creía que la esencia salvaje del país residía en sus grandes bosques del oeste. Y ahora habían ardido.

Dieter suplicó a políticos descerebrados y congresistas semianalfabetos más dinero para el Servicio Forestal. Se opuso al gobernador que dijo que los incendios forestales eran buenos porque despejaban nuevos territorios para los colonos, y maldijo al congresista de un estado asolado por los incendios que clamó: «¡Ni un centavo para el paisaje!». Empezó sistemáticamente a escribir cartas, enviar telegramas y hacer llamadas telefónicas; se ofreció voluntario para crear viveros de pinos y abetos a fin de replantar los horrendos montes ennegrecidos y atajar los corrimientos de tierras quemadas. Trató de despertar el interés de su primogénito.

—Charley, aquí tienes una causa: ayuda a revitalizar esas tierras arruinadas. Esta noche me reúno en casa con James Bardawulf y Andrew para hablar del posible rescate de parte de la madera quemada. Espero que vengas tú también. —Creía que Charley no podría resistirse a la tentación de participar en la batalla por sanar el bosque estragado.

—Volverá a ocurrir —dijo Charley con tono de desdén—, hasta que esos patanes quemen el país entero. Estás rogando que intercedan hombres a quienes eso les da igual. En cuanto al rescate de la madera, se parece en cierto modo a vaciarle los bolsillos a un cadáver.

Dejó la puerta entornada al salir.

Charley estaba ya harto de los desesperados proyectos forestales de Dieter en Estados Unidos y casi harto de la escurridiza Caroline. Ella se divertía provocándolo, y ésa, se prometía él, sería la clave para conquistarla. Haría un último esfuerzo y se marcharía. La telefoneó.

—Me voy mañana por la mañana —anunció.

—No me digas, Charley, ¿adónde vas? ¿A Idaho y Montana, donde hay esos espantosos incendios?

—No. Los incendios han terminado. Mis intereses me llevan al trópico. Veámonos una última vez. ¿No quieres pasear conmigo durante media hora esta noche en el jardín?

—Puede que sí, si te portas muy muy bien. Nada de esas travesuras tuyas. —Se echó a reír, una risa muy ensayada que algún pretendiente anterior debía de haber comparado con la música de un arroyo cantarín.

—Eres tan hermosa que no puedo prometerte nada. Ejerces un poderoso efecto sobre mí. Como último favor, ten la bondad de ponerte ese exquisito vestido verde.

—Ah, mi Poiret. Tienes buen ojo para la ropa elegante. Ése es mi vestido más caro.

—El más hermoso —musitó él caballerosamente. Sabía, como todo el mundo, que ése era un vestido diseñado para llevarlo sin corsé.

Charley llegó al jardín a oscuras un poco tarde intencionadamente, en el instante en que salía la luna, y la vio de pie junto al árbol de Judas, con el resplandor lunar reflejándose tanto en las hojas cordiformes como en su vestido claro. Semejaba la crisálida de una mariposa luna. La acuosa luminiscencia parecía solidificar sus cuerpos, dotar de corporeidad a las sombras, tan intensas como piedras.

—Por fin llegas —dijo ella, y dejó escapar su expansiva risa.

Él la sujetó de inmediato y le mordió el cuello con suavidad.

—¡Eso no! ¡Se me verá!

La mordió de nuevo, con más fuerza.

—Basta, Charley. ¿Qué bicho te ha picado?

Caroline intentó apartarlo, pero él no estaba dispuesto a ceder; esa noche no iba a seguir el juego del coqueteo. Tiró de ella hasta el banco del jardín. Tras unos minutos de tiernos halagos y lisonjas, la indujo a colocarse en posición y poco a poco le levantó el vestido verde. Casi furtivamente, sin brusquedad, penetró en su carne caliente y receptiva, y en el momento de la eyaculación oyó decir a James Bardawulf:

—Vaya, Charley, qué atento por tu parte dejarte caer por aquí.

Siguió un tremendo sonido, que, según le indicó su cerebro dañado, era efecto del contundente impacto de una tranca, muy semejante a recibir un fuerte golpe con un *knobkerrie* zulú.

Los gritos de Caroline atrajeron a los criados, que desarmaron a James Bardawulf; a la sazón, éste arrancó un rosal y empezó a azotar con el arbusto la figura inconsciente que yacía en el suelo. El joven Raphael, en pijama, corrió en busca de Dieter, que llegó con las anotaciones de la reunión todavía en las manos.

—James Bardawulf, *anhalten, anhalten sofort! Halt*, basta ya con esta estupidez. *Was ist los? Anhalten!* ¡Vas a matarlo!

—¡Quiero matarlo! ¡Soltadme!

Los criados llevaron a Charley a su habitación, y dos médicos llegaron en menos de una hora. El doctor Plate examinó a Charley, todavía inconsciente, y dijo que era una herida grave. Tal vez siguiera inconsciente durante un tiempo..., incluso para siempre. Podía llegar a morir sin despertar. Pero le limpió la herida, le vendó la cabeza y dejó a la primera de tres enfermeras para que velara al herido. El doctor Scotbull examinó a la sollozante Caroline, que si bien había sido violada, por lo demás estaba ilesa. El vestido de color verde luna había quedado roto y sucio.

—Unos días en cama para descansar y serenarse. Debe quitarse esta experiencia de la cabeza y entretenerse con libros o labores —recomendó el médico, lanzando miradas de soslayo a James Bardawulf, que observaba iracundo con los ojos enrojecidos. El médico lo llevó al piso de abajo y le sirvió un whisky; lo vio apurarlo de un único y ruidoso trago. Al cabo de media hora, James Bardawulf subió a ver a Caroline, le dijo con voz sibilante que si tanto le gustaba la violación eso era lo que tendría, la abofeteó y la montó.

Al día siguiente descubrieron a James Bardawulf en casa de Dieter subiendo por la escalera con el *knobkerrie* recuperado, y los criados volvieron a desarmarlo. Dieter solicitó que trasladaran a Charley al hospital y pusieran guardia en la puerta. Un hijo había intentado matar al otro, y era evidente que seguiría intentándolo hasta lograrlo. James Bardawulf, ahora sexualmente excitado, mantuvo a Caroline en la cama durante una semana.

Dieter acudió a ver a su hijo menor.

—James Bardawulf, sé que Charley agravió a tu mujer, que insultó tu honor. Si se recupera, se apartará de la familia y vivirá en el extranjero. Pero te ruego que te tragues esa ira. Eres joven, y la cólera y el deseo de matar pueden amargarte la vida durante el resto de tus días. He perdido a un hijo; no puedo soportar la idea de perderte también a ti. Siento un profundo afecto por ti, James Bardawulf. Y no debes culpar a Caroline. Debes perdonarla.

Abrazó a su hijo menor, rígido, y le humedeció el hombro con sus lágrimas. Pero James Bardawulf estaba impaciente por regresar junto a Caroline e ir al lugar donde su hermanastro mayor había estado, y se apartó de su padre.

Empezó a recobrar la memoria, imágenes veloces y distorsionadas de su caída, el olor a tierra. El claro de luna. Llegó el día en que Charley pudo levantarse y acercarse a la ventana. A la hora del crepúsculo se asomó. Pronto, pensó, mejor pronto que tarde. Las noches eran frías; los árboles

deshojados revelaban sus formas angulosas. Cuando le retiraron la venda, se vio, con ayuda de dos espejos, el pelo erizado que crecía a ambos lados de la enconada cicatriz oscura.

—Padre —dijo a Dieter, a quien volvió a reconocer—, ¿qué me ha pasado?

—Te cayó encima un objeto pesado en el jardín de James Bardawulf.

En la mesilla de noche había un vaso con residuos de un somnífero en polvo.

—¿En el jardín de James Bardawulf? ¿Por qué? —Dio vueltas al vaso entre los dedos.

—No tiene sentido que te oculte esa información. Hiciste algo *schlecht*. Intentaste..., violaste a Caroline en el jardín, y James Bardawulf te sorprendió infraganti. ¡La mujer de tu propio hermano! Él te golpeó.

—Me duele mucho oír eso. No lo recuerdo. Debes de estar equivocado.

Dieter lo miró. ¿Mentía con toda intención o era cierto que no se acordaba? Mentía. Peor aún, Dieter estaba convencido de que Charley tenía la mente trastornada. Y debía irse.

A través de intermediarios, Dieter dispuso la compra de una casita para él en Lugar de Barra do Rio Negro, o Manaus, la ciudad del bosque, donde los árboles tropicales estarían esperándolo. La casa y una módica suma mensual eran lo único que podía hacer por ese hijo del que mucho antes, bajo el arce blanco del parque de Lavinia, había vaticinado que sería un hombre del bosque.

En la Amazonia, Charley descubrió que él no era nada. Que lo que había hecho no era nada. Veía el desenfrenado crecimiento de las enredaderas, los tallos, los brotes, los vástagos, húmedos y chorreantes, hinchados y rebosantes de vigor. Recordaba vívidamente, y sin el menor amago de arrepentimiento, haber violado a Caroline. En el bosque resonaban el continuo golpeteo y los ruidos sordos de las hojas, los pétalos y las frutas, las ramas y los árboles viejos y débiles, que sucumbían a la gravedad. Cuando se levantaba un viento

tormentoso conocido como *friagem*, generado en el Antártico, esos sonidos aumentaban: un bombardeo de partes de árbol y fruta mezclado con los silbidos del viento en la enramada.

La descomposición parecía igual de violenta: el desmoronamiento de la estructura de las hojas, la disgregación de las células, la licuefacción de la madera sólida hasta convertirse en un moho donde un sinfín de bacterias y animálculos se revolvían y se transformaban en energía. Sí, e insectos y larvas, gusanos y roedores, y por doquier las famosas hormigas que se enseñoreaban de los trópicos. Casi entendía por qué la inabarcable riqueza de la Amazonia inducía a los humanos a incurrir en báquicos arrebatos de destrucción. Un bosque así era una afrenta, allí plantado con su sonrisa de suficiencia, indiferente a su destino como parte de la mejora de la vida de los hombres.

Charley aprendió portugués lentamente. Su primera frase fue «*Você fala inglês?*»: «¿Habla inglés?». Pero la respuesta «*Não compreendo*», «No entiendo», era tan frecuente que se esforzó en conocer unas cuantas palabras útiles. Durante su primera semana en Manaus, dando largos paseos por la ciudad y alrededores, descubrió una buena papelería portuguesa, una *livraria*, que vendía cuadernos importados de excelente papel francés. Compró varios.

¿Por dónde empezar? Quizá fuera mejor elaborar un catálogo de especies de árboles. Al cabo de dos semanas cayó en la cuenta de que la tarea era inasumible. Sencillamente, existían allí demasiadas clases de árboles. No los conocía, sólo podía observar sus hábitos. Siguió las veredas de los caucheros, hombres pobres con una deuda de servidumbre de por vida, poco más que esclavos. Los compadecía, pero sólo cuando se dejó guiar por un olor hasta un pequeño claro y encontró un cadáver carbonizado, dio crédito al horrendo rumor de que quienes intentaban liberarse del sistema recibían su castigo: los atrapaban, los inmovilizaban con cuerdas de látex inflamables y les prendían fuego. Desde ese día comprendió que el bosque era también un bosque de la muerte que incitaba a la crueldad y la subyugación.

El senhor Davi Fagundes, ebanista, era la única persona a quien conocía capaz de identificar la corteza, las flores y las ramas que él iba recogiendo. A la habitual pregunta de Charley, «¿Habla inglés?», este hombre de ojos hundidos contestó: «Sí, un poco».

Charley lo anotaba todo en sus cuadernos. Había muchas especies de caoba, palisandro brasileño, teca, palosangre, exótico cebrano, bosques de ipe y cambara, anigre y bubinga, cumarú y jatoba, cardwellia y makore. Y otros cientos de nombres. Se sentía afortunado si conseguía asignar un nombre a un árbol cada semana, dibujar su forma general, enumerar algunas de sus epífitas y opresivas enredaderas.

—¿Por qué quiere saber esto? —preguntó Fagundes.

—Para conocer los árboles que crecen en esta clase de bosque. En el lugar de donde yo vengo no hay bosques como éstos.

Pero cada vez con mayor frecuencia el ebanista levantaba las manos y decía: «*Eu não sei!*», «No lo sé».

Al final de ese primer año, Charley había enviado el cuaderno a Dieter, como haría cada año hasta enterarse de la existencia de Conrad. No volvió a saber nada de Dieter y se preguntó si lo habría abandonado. De hecho, Dieter había abandonado a todo el mundo.

legados

No mucho después de que Charley se marchara de Chicago, Dieter, el viejo pino, se desmoronó.

—Señora Garfield —dijo con visible cansancio un lunes al mediodía—, me voy antes a casa. Me duele la cabeza y creo que necesito dormir bien esta noche.

La señora Garfield, que había sustituido a la señorita Heinrich cuando ésta se retiró, chasqueó la lengua y dijo:

—Espero que mañana se encuentre mejor.

Pero a la mañana siguiente le dolía mucho la cabeza y tenía el cuello agarrotado. Hacia el final de la semana estaba medio paralizado, y el médico le diagnosticó polio.

—Yo pensaba que sólo los niños tenían polio —comentó Sophia.

—No, no, puede afectar a cualquier edad. Pero no traigan a los niños a la casa. Es contagioso.

—Me cuesta respirar —susurró Dieter. Le costó cada vez más. El sábado, una pulmonía había acabado con él.

—Me da igual cuánto tiempo nos lleve, tenemos que encontrarlo —insistió James Bardawulf, yendo hasta la mugrienta ventana a zancadas y volviendo sobre sus pasos—. Es uno de los principales herederos mencionados en el testamento. La situación ya es de por sí delirante. No saber dónde demonios está lo complica aún más. Voy a contratar un detective privado.

Andrew Harkiss emitió un sonido que era casi una risa.

—Has estado leyendo demasiados libros, James Bardawulf. Seguro que Dieter tenía la dirección. ¿Le has preguntado a la señora Garfield? ¿Y no cabe la posibilidad de que le diera la dirección al señor Grey cuando hizo testamento? —Cogió el auricular del teléfono y marcó—. Señora Garfield, ¿tenemos la dirección de Charley Breitsprecher?

—Sí, señor. Consta en el archivo de correspondencia. Se la daré.

—Bien, estupendo —dijo James Bardawulf—. Pediremos al señor Grey que mande a alguien de su bufete con la documentación necesaria. Y adjuntaré una carta personal.

Llevaba años redactando esa carta en su cabeza, y ahora la escribiría.

El joven abogado, entusiasmado por el viaje al trópico (aunque después de ver monos muertos en el mercado deseó regresar a Chicago), encontró sin mayor problema a Charley Breitsprecher, desgredado y un tanto amarillento, en la ciudad del río enlodado. Le anunció que Dieter había «pasado a mejor vida» y le entregó el sobre con los documentos. Charley envió al joven a su hotel y acordó reunirse con él en la cena. Cuando se quedó solo, leyó la carta del abogado, leyó la hoja manuscrita de James Bardawulf, cabeceó, lloró y volvió a leerla.

James Bardawulf había escrito:

Querido Charley:

Los dos tenemos mucho que lamentar y resolver. Siento muchísimo haberte atacado. Sufro remordimientos de conciencia desde aquella noche. Y también Caroline, que se siente culpable de todo. Pero como suele decirse, no hay mal que por bien no venga. El bien es nuestro hijo Conrad. Lo queremos. Nuestro padre, Dieter, me enseñó que aferrarse a la ira es sumamente dañino. Si vuelves algún día junto a tu familia en Chicago, te recibiremos con afecto.

Tu hermano,

James Bardawulf Breitsprecher

—Más lo siento yo, James Bardawulf—dijo Charley a la carta.

Horas más tarde, leyó los detalles del testamento y, después de beberse media botella de coñac, arrancó una hoja de su cuaderno y tomó la pluma.

«Apreciado señor», escribió al señor Grey. Renunció a la mayor parte de la herencia de Dieter, aduciendo: «Me gustaría cedérsela a mi hermano, James Bardawulf Breitsprecher, por razones que ellos conocen».

Al cabo de un mes, cuando se leyó el testamento de Dieter y la carta de Charley, James Bardawulf contuvo la respiración. Allí en la selva Charley había cambiado. Pero, claro está, también él era distinto ahora.

En Brasil, durante los siete u ocho años siguientes, Charley no envió sus cuadernos a Dieter sino al niño, Conrad Breitsprecher, adjuntando a menudo una carta y un dibujo de algún insecto tropical cómico. Sufrió ataques de malaria cada vez más violentos. Al cumplir los cuarenta años, accedió a la herencia materna, pero decidió quedarse en su pequeña casita. El trabajo — que no abandonaba siquiera durante una hora— lo era todo para él. La tenacidad formaba parte de su naturaleza. No obstante, se atrevía a hacer sólo breves incursiones en el bosque, porque si se adentraba mucho y sucumbía a la malaria, acaso no fuera capaz de regresar a su casa. En dos ocasiones los ataques dieron paso a convulsiones tras las que quedó medio muerto en el suelo.

Entró en el taller del señor Fagundes con una ramita negra que tenía siete hojas. Temblaba y era incapaz de hablar de tan enfermo como estaba. Tendió la rama al hombre que se había convertido en algo cercano a un amigo. El ebanista cogió la trémula rama, retorció una hoja y consultó su diccionario.

—Palo leopardo. No es igual que el cardwellia pero se parece... un poco.

Charley se tambaleó, tendió la mano para agarrar la rama y se desplomó entre convulsiones. El señor Fagundes, sobresaltado y temeroso, esperando que aquel hombre no tuviese una enfermedad pestilente, avisó al hospital para pedir una ambulancia. Charley Duke Breitsprecher, durante toda su vida un hombre lleno de contradicciones, murió en Manaos de *Plasmodium falciparum* al cabo de una semana, después de escribir en su cuaderno:

En el mundo natural nada, ni los bosques, ni los ríos, ni los insectos, ni las hojas, tiene un valor intrínseco para los hombres. Todo es inservible, totalmente desechable, a menos que descubramos alguna ventaja en ello para nosotros; incluso el más ferviente amante del bosque piensa así. Los hombres se comportan como caciques. Deciden qué florece y qué muere. En mi opinión, el género humano evoluciona hacia una nueva especie aterradora, y lamento formar parte de él.

La última frase era su testamento: una petición apresurada de que ese último cuaderno se enviara a Conrad, y todos sus bienes, la fortuna heredada de Lavinia y el vivero de Dieter, se mantuvieran en fideicomiso hasta que el muchacho cumpliera veintiún años.

Los primeros meses de la guerra en Europa apenas afectaron a la remota ciudad de Chicago. Mientras el conflicto absorbía a un país tras otro, los estadounidenses, partidarios de la neutralidad, seguían con su vida. James Bardawulf y Caroline no pensaban en la guerra, sino en el futuro, y buscaban centros de enseñanza para Raphael, Claude y Conrad, agraciados muchachos destinados al éxito.

—Esta academia militar de Indiana —dijo James Bardawulf, sosteniendo en alto un papel— tiene fama de educar el carácter en los jóvenes. Está más cerca que las escuelas del este. Propongo que viajemos a Indiana a echar un vistazo.

James inscribió a Raphael y Claude en la academia y reservó plaza para el joven Conrad, que acababa de cumplir nueve años. Y mientras las brumas amarillentas del gas de cloro se propagaban sobre Ypres, James Bardawulf y Caroline regresaron a Chicago con sus folletos y sus impresiones.

—Los tenemos donde queremos —dijo Andrew Harkiss en su convalecencia de la gripe española, que había matado a habitantes de Chicago como moscas. Grandes olas de cambio batían contra las costas nacionales: países recién independizados pero pobres, en otro tiempo posesiones coloniales de las grandes potencias europeas, pugnaban por unirse a la

conflagración mundial—. Lo que esos países tienen son materias primas: bosques, minerales y petróleo. Sería una estupidez por nuestra parte quedarnos al margen de esto... Sudamérica, Asia..., toda clase de madera de frondosa. Es nuestra oportunidad.

Un día, movido por la curiosidad, James Bardawulf consultó los cuadernos que Charley había enviado a Conrad y descubrió que contenían mucha información útil sobre la calidad de los árboles tropicales. Se los enseñó a Andrew.

—Papá, quiero que me devuelvas los cuadernos —protestó el joven Conrad, quien en lugar de las historias de Tom Swift leía aquellas páginas mugrientas, salpicadas de bichos aplastados y cadáveres de mosquitos, que encontraba interesantes por su opaca originalidad y porque ese tío a quien nunca había conocido le había legado los cuadernos y el vivero. Y el resto de la fortuna de Lavinia Duke. Nada de lo cual contaba hasta que tuviera veintiún años.

La empresa, ahora Breitsprecher-Duke, en consonancia con otras compañías madereras, la industria minera, los importadores de café, cacao, plátanos y mangos, pasó a formar parte del nuevo colonialismo. Cuando se inició la gran masacre de árboles tropicales, ellos se subieron al carro, apropiándose de todo aquello a lo que pudieron echar mano. Charley Breitsprecher tal vez habría quemado sus cuadernos si hubiese sabido que se utilizarían para saquear su bosque.

A los dieciséis años, después de un verano en un rancho ganadero donde se consideraba que el trabajo era edificante y saludable, Conrad enfermó: tenía dolores de cabeza y escalofríos, molestias articulares y agotamiento. Le diagnosticaron fiebre ondulante, y guardó cama la mayor parte del otoño y todo el invierno. Empezó a recobrase, y en primavera el médico le recomendó tres meses de reposo en un hotel sanatorio en las montañas de New Hampshire. Allí, una experiencia que jamás olvidaría lo vinculó al bosque para siempre.

Se enamoró de una joven lugareña, Sally Shaw, camarera del establecimiento. Casi todos los huéspedes desayunaban en sus habitaciones; él, en cambio, bajaba al comedor y se sentaba cada mañana junto a su ventana preferida, orientada al este, donde ella le servía té y *popovers*, los famosos bollos del sanatorio. Hablaba a Conrad con cierto tono burlón sobre el tiempo, o sobre la carta del desayuno, pero él sentía una extraña felicidad cuando ella se acercaba a su mesa con la tetera. La camarera tenía las manos pequeñas pero hábiles, las uñas pintadas, y el pelo negro y lacio, que lucía con un moderno peinado corto. Un carmín muy intenso realzaba sus labios en forma de capullo de rosa. Coqueteaba. El comedor se hallaba en silencio, salvo por el roce de la puerta de vaivén de la cocina y el leve tintineo de los cubiertos. Revestía las laderas grises de la montaña una escarcha de color verde pálido, los renuevos de las hojas. Cuando daba el sol, despedían un luminoso resplandor verde dorado. Conrad manifestó de buenas a primeras su deseo de que ella lo acompañara a dar un paseo por la montaña.

—Me parece que tú debes de conocer los mejores paseos —dijo Conrad.

—¡Claro que sí! ¿Mañana? Por la tarde libro. —La camarera se había enterado de que él era hijo de un hombre rico.

No hacía buen día. Una espesa niebla flotaba sobre las montañas. Aun así, aquella tarde tomó un cariz que él no se había atrevido siquiera a concebir. Subieron por un escarpado sendero, de pronto se adentraron entre unos arbustos de helecho dulce, intercambiaron un torpe beso, ella dejó escapar una penetrante risa y a continuación se manosearon y rodaron por el suelo. El perfume del helecho dulce quedó ligado a esa experiencia. Empezó a lloviznar. Después, cuando Conrad miró por encima de ella, vio un regimiento de pinos blancos jóvenes perfectos, refulgentes en la niebla húmeda, rebosantes de urgencia por crecer. La lluvia, oblicua y plateada, potenciaba su fragancia resinosa. Llovía, y la muchacha, con el pelo en desordenados mechones húmedos, tiraba de él de regreso al hotel, pero a Conrad lo invadió una inmensa felicidad. Y por alguna razón se sintió atrapado, no por la chica, sino por aquellos pinos pequeños.

Después del crac del 29, el país se tambaleó bajo el peso de la depresión económica y la rabia de los huelguistas. Breitsprecher-Duke empezó a tener dificultades. James Bardawulf dijo a Conrad, con un título universitario que lo preparaba exactamente para nada, que la empresa familiar lo aceptaría si él lo deseaba, pero sin salario; al fin y al cabo, tenía dinero para vivir y Breitsprecher-Duke atravesaba tiempos difíciles. Raphael confiaba en su buena presencia física para encontrar trabajo en el cine, y Claude trabajaba para una agencia inmobiliaria especializada en ranchos en el oeste, porque desde la época de Roosevelt los ranchos ganaderos gozaban de popularidad entre quienes aún tenían riqueza.

—Déjame pensarlo, padre —dijo Conrad.

Sin embargo pensó en el viejo vivero, el negocio heredado de Dieter —si es que podía llamárselo negocio—, que su tío le había legado. ¿Podía hacerse algo con eso? Para Dieter había sido más bien un pasatiempo con muy poca clientela, pero a lo largo de los años había mantenido un único empleado, Alfred McErlane, que se había encargado de los invernaderos durante decenios. Quizá había llegado el momento de evaluar el vivero, de hablar con el señor McErlane.

Conrad era muy joven la primera vez que visitó uno de los invernaderos en compañía de sus padres y hermanos. Recordaba un suelo de cemento muy largo y húmedo con mangueras y regaderas en el pasillo. Había allí un hombre con un impermeable amarillo. Raphael y Claude se habían echado a correr por el pasillo y estaban apoyados en un acuario situado al fondo. Conrad los siguió. Cuando miró el agua oscura, vio enormes criaturas anaranjadas, con manchas negras y blancas como las vacas, que se movían lentamente. James Bardawulf dijo que eran koi, una especie de peces.

—¿Por qué van tan despacio? —preguntó Raphael.

—Porque ya lo han visto todo en el acuario, no hay nada nuevo —contestó James Bardawulf, y se echó a reír.

Esa idea inquietó a Caroline, que pidió que trasladaran los koi al estanque del jardín.

—Al menos así tendrán una vida mejor —comentó.

Sin embargo, pasados dos días, Conrad vio un par de grandes garzas azules al borde del estanque, y cuando se acercó para ver si los peces estaban a la vista disfrutando de su nueva libertad, las aves alzaron el vuelo, dejando atrás las rasas de los koi anaranjados.

En el invernadero apenas había cambiado nada. Al McErlane no llevaba impermeable amarillo, pero seguía habiendo mangueras extendidas y enroscadas en el suelo húmedo. De niño, Conrad no había reparado en los plantones, pero esta vez sí los vio: píceas y pinos.

Examinó primero los libros de contabilidad y las listas de clientes, porque el vivero mantenía una actividad comercial escasa pero estable.

—Al, según parece nuestros clientes son, en su mayoría, parques públicos locales y empresas de jardinería privadas. ¿Y sólo plantones de píceas y pinos? Veo entre los clientes muy pocas compañías madereras. Dígame cuál cree que es nuestra posición actual y si le parece que podría mejorarse.

McErlane se sorprendió por el serio interés de Conrad. Él se esperaba que el joven anunciara que el negocio iba a venderse o cerrarse.

—Bueno, verá, vamos tirando. Los madereros que quieren replantar se limitan a dejar unos cuantos árboles semilleros para que el bosque haga su trabajo. Aunque creyeran en la conveniencia de utilizar plantones, en estos tiempos difíciles nadie tiene dinero. Y en realidad no lo creen. Pero hace uno o dos meses pasó por aquí un hombre de Weyerhaeuser para preguntar cómo habíamos empezado, dónde conseguimos las semillas y demás. Es posible, sospecho, que tengan previsto abrir su propio vivero. Disponen del dinero para eso; es la única compañía maderera con beneficios.

—Y mi abuelo Dieter se dedicaba a esto hace cincuenta años. Me pregunto si el vivero no tendrá realmente futuro.

—Yo diría que sí —contestó McErlane.

Conversaron mientras paseaban por los otros invernaderos. Eran cinco, todos viejos y en deficiente estado. Conrad no tardó en descubrir que McErlane desconocía las nuevas investigaciones y datos sobre la propagación mediante plantones, el clonado, la genética forestal y la preparación de la

tierra tanto como el propio Conrad. Estaba centrando su atención en un negocio complejo y delicado que requería amplios conocimientos por parte tanto del criador del vivero como del replantador.

—Me hace falta información de fondo —dijo a McErlane—. No sé qué necesito saber. Tengo que estudiar silvicultura. Me parece que podemos mantener los invernaderos en funcionamiento tal como están para los clientes que todavía confían en nosotros hasta que yo aprenda lo suficiente para diseñar un nuevo plan. Una cosa está clara. Los viveros son la mejor manera de mantener vivo el bosque.

Esa noche elaboró una lista de preguntas. ¿Qué necesidades tendrían los futuros compradores de plántones? McErlane había estado criando y vendiendo plántones de pinos y píceas con las raíces desnudas en la idea de que «crecerán en todas partes», pero existían pruebas de que la mayoría de esos árboles jóvenes morían al replantarlos en terrenos agrestes previamente talados. La preparación de la tierra sería útil, pero, en los tiempos que corrían, ¿qué empresas podían permitirse la mano de obra y la maquinaria necesarias? Hizo el esfuerzo de poner la vista en el futuro, cuando la necesidad de madera arreciase. ¿Qué especies demandarían los madereros? ¿Cuáles eran las enfermedades de los árboles? ¿Cuáles eran los mejores sitios para replantar y cómo debían prepararse? La manera más espectacular de reabastecer el bosque de que disponía la naturaleza era el fuego. Los madereros podían reproducir esa situación talando y quemando el residuo de madera. Pero ¿qué especies se daban bien en tierra quemada? ¿Cuáles resistirían peor la posible invasión de hierbas silvestres?

Se matriculó en ingeniería de montes, y a medida que estudiaba veía cada vez mayores dificultades. El verdadero escollo era la industria maderera. Tendría que convencer a las compañías y a los madereros de que su porvenir estaba ligado al de él; si querían árboles que talar en el futuro, tendrían que replantar entre los tocones. Tendrían que aprender a pensar con décadas y siglos de antelación. No podían confiar en dejar unos cuantos árboles silvestres para repoblar con sus semillas las zonas de tala yermas, experiencia que, como se había demostrado, proporcionaba una endeble regeneración. Una y otra vez, cuando preguntaba a centros de experimentación universitarios y hombres que habían intentado la replantación, se encontraba con la misma

traba: la preparación de la tierra era esencial. Los madereros debían darse cuenta de que llevar a cabo esa labor y costearla redundaría en su beneficio. Conrad tomó una decisión. Breitsprecher ofrecería como servicio la preparación de los terrenos.

En la Facultad de Ingeniería de Montes, llegó a sus oídos que alguien había hecho cilindros de papel de estraza, los había llenado de tierra y en ellos había plantado una semilla. Estas plántulas se daban mejor que aquellas con las raíces desnudas cuando, ya como plantones, se trasladaban a un mismo terreno. Pero ¿resultaba práctico criar plantones de esa manera? Las cuestiones prácticas exigían experimentación. Tenían que incluir la investigación en sus proyectos. Y eso entrañaba costes. ¿Cuántos plantones podían producirse en diez decímetros cuadrados de espacio de vivero y de qué especies? ¿Con cuánta mano de obra, tiempo y mantenimiento? ¿Existían tamaños óptimos o mínimos para los plantones? ¿Había límites? Sí, siempre había límites: debía encontrarlos. Por último, ¿podía fijarse el valor de los plantones de modo que generasen beneficio? ¿O sencillamente debía conformarse con cubrir gastos? Porque Conrad ya empezaba a sentir una predisposición a la filantropía, para la que recurriría a la herencia de su abuela Lavinia.

Allá por 1939 poseía ya conocimientos suficientes para desarrollar un plan de largo alcance. Construyó nuevos invernaderos e inició un experimento con once especies de árboles. Al McErlane andaba ocupado con dos nuevos empleados: Pedro Vaca, un joven mexicano que contaba historias fantasiosas pero divertidas, y Hank Stone, nieto de emigrantes alemanes que habían cambiado su apellido, Stein, por Stone durante la Primera Guerra Mundial. Aunque un edificio independiente servía de pequeño laboratorio y oficina, aún no había encontrado el horticultor investigador o el criador de plantas que buscaba. Le había inspirado simpatía Elsie Guderian, una de las pocas mujeres matriculadas en ingeniería de montes, interesada en la herencia de las plantas, pero aún le quedaba por delante un año de carrera. «En cuanto saque

el título...», había dicho ella, dando a entender que quería ese puesto. Era baja y robusta, de mejillas rojas y curtidas y piernas como patas de caballo, pero era una auténtica investigadora. Precisamente lo que él buscaba.

La guerra flotaba otra vez en el aire, en los densos periódicos. A la gente de mayor edad aquello se le antojaba la continuación de la guerra en la que habían crecido, una situación que había llegado a su punto de ebullición justo después del tiempo necesario para criar una nueva cosecha de jóvenes destinados al sacrificio. Empezaba a perfilarse una pauta: cada veinticinco años, poco más o menos, una nueva guerra hacía tambalearse el mundo, una eclosión humana llevada a límites mortales. Los Breitsprecher y los Duke habían eludido el servicio militar durante generaciones, pero Conrad fue llamado a filas. Tanto Raphael como Claude conocían a las personas indicadas. Conrad conocía a Al McErlane y algunos profesores de silvicultura. El cultivo en viveros no se consideraba una ocupación agraria de vital importancia.

Regresó del Pacífico Sur en 1945, con la cara y el cuerpo cambiados a causa de las heridas, el pensamiento cambiado, las ideas y las creencias cambiadas. Y cuando volvió a estrechar la mano a Al McErlane y recorrer los invernaderos, pensó que las hileras de pequeños pinos verdes, robustos y puntiagudos, eran lo más hermoso que había visto.

ella y su lugar bajo el sol

El contrachapado y el aglomerado mantenían con vida a Breitsprecher-Duke. Durante la Segunda Guerra Mundial experimentaron con revestimientos interiores y exteriores de táblex de alta densidad, pero al cabo de dos años de problemas de humedad con distintas fórmulas —una de las pruebas desafortunadas incluía algas marinas y pasta de cascarilla de maíz—, abandonaron esa línea de producción y se concentraron en su contrachapado, Brite-Ply, hecho de residuo de madera y restos de bosque incendiado. En los años posteriores a la guerra aprovecharon los últimos coletazos del *boom* de la construcción, pero compañías mayores abastecidas de madera canadiense más barata los arrastraron al declive, si bien conservaron la ilusión de que aquello era una productiva empresa de derivados de la madera encabezada por dos hombres dinámicos: James Bardawulf Breitsprecher y Andrew Harkiss. Ambos quedaban bien en las fotografías tomadas frente a una montaña de troncos o la reluciente descortezadora rotatoria, pero, como ocurría con el contrachapado, esas imágenes eran sólo una capa superficial que cubría un material de calidad inferior.

Los Breitsprecher de la generación más joven no querían saber nada de la empresa de contrachapado. Pero Sophia Hannah Breitsprecher Harkiss, la hija menor de Dieter, tenía sus propios planes. Consideraba a su hermano y su marido personas irritantemente obtusas.

—¡Andrew! No entiendo por qué James Bardawulf y tú no me dejáis entrar en la empresa. Por amor de Dios, estamos en los años sesenta, no en la Edad Media. No tengo ocupación.

Se había criado oyendo hablar a Dieter de cómo Lavinia Duke, su primera esposa, por lo visto una reencarnación de Isabel I de Inglaterra, había controlado el negocio maderero desde su juventud, y a Sophia, sólo vagamente consciente del declive de la empresa, le daba la impresión de que también ella debía tener un cargo. Sus hijos ya eran mayores, ¿por qué no iba ella a emprender una carrera profesional?

—Eres directora de la empresa, ocupas un puesto en el consejo de administración —dijo Andrew—. En muy pocas empresas hay mujeres en el consejo. Posees influencia y tus comentarios se tienen en cuenta. ¿Qué más quieres?

—Quiero un cargo. Quiero un despacho y la responsabilidad de ese despacho.

Siguió con esta cantinela durante más de un año hasta que Harkiss dijo que hablaría del asunto con James Bardawulf, quien, como presidente de la empresa y cabeza de familia, debía dar su consentimiento. Pero ella no ofrecía una descripción concreta de cuál podía ser ese cargo.

—Quiere iniciar una carrera profesional —explicó Harkiss, taciturno, a su cuñado—. Cabría pensar que estaría más tranquila, ahora que es abuela. Muy al contrario, parece una bala de cañón rodante en la cubierta de un barco. Quiere un despacho y su nombre en la puerta, un teléfono y probablemente una cuenta de gastos. Que dedicará a comprarse ropa.

James Bardawulf y él cenaban en el Wild Goose, en Sherman Oaks, y James Bardawulf estaba cortando su chuleta de ternera Oskar, mientras Andrew Harkiss desmenuzaba cuidadosamente un faisán deshuesado con salsa de Kahlúa.

—¿Qué tal el faisán? —preguntó James Bardawulf.

Harkiss hizo una mueca.

—Raro. Creo que lo prefiero en su jugo más que con Kahlúa.

Permanecieron en silencio durante unos minutos mientras el camarero se acercaba y les llenaba las copas de intenso vino blanco. Harkiss bebió con avidez para eliminar de su boca el sabor a Kahlúa.

—Pero ¿qué haría Sophia? —James Bardawulf quería resolver la cuestión.

—No lo sé. Por Dios, ni siquiera ella lo sabe. Es por el cambio de vida o como se llame, y ya sabes cómo se ponen. —Ese «ponen» hacía referencia al mundo vaporoso, frívolo, bullicioso y críptico de las mujeres. No obstante, su marido era consciente de que ella llevaba esperando ese momento desde hacía años, y que no lo dejaría estar—. Le he dicho que la empresa no es el monolito que, según parece, ella cree que es. Le he explicado que nos habíamos planteado venderla. Se ha subido por las paredes: que cómo se nos ocurría una cosa semejante, que si gestión ineficaz, que si costumbres relajadas, y tal y cual. Supongo que puedo plantearle que redacte una solicitud formal con un resumen de las responsabilidades que asumiría... y aclararle que los deseos vagos no dan fruto. Espero que podamos encontrar algo para tranquilizarla.

James Bardawulf lanzó un vistazo al carrito de repostería colocado contra la pared. El camarero advirtió su mirada y corrió en busca de dos cartas de postres.

—¿Y qué tal algo relacionado con el arte? A ella siempre le han interesado los museos y los conciertos; puede llevar a cabo alguna actividad cultural. O cívica. ¿Relaciones con la comunidad?

—Sophia se siente con derecho a un puesto en la empresa.

—Es lista, eso lo reconozco. Demasiado lista, quizá. —Andrew Harkiss pensó en los años que hacía que su mujer le corregía el aspecto, lo reprendía por su manera de hablar, reordenaba lo que él había organizado. A veces tenía la sensación de que se había casado no con Sophia sino con James Bardawulf: los dos hablaban el mismo idioma—. Ya no es joven, pero puedo asegurarte que si señalas ese dato provocarás una erupción comparable a la del Vesubio. Esperemos a ver si se le ocurre a ella alguna idea por su cuenta.

Harkiss vio que la salsa de Kahlúa era el aliño de dos de los postres de la carta. Pidió la tarta de caramelo, pero incluso ésta llegó acompañada de un arabesco hecho con ese licor cabezón sobre la porción triangular. Lo devolvió, diciendo:

—El *chef* debe de tener acciones en la empresa.

Andrew Harkiss explicó a Sophia que James Bardawulf había propuesto que ella presentara una descripción de su posible puesto de trabajo.

—Sí, claro —dijo ella, y subió a su guardarropa a separar ropa vieja y aburrida que tenía previsto sustituir cuando fuera de compras a Nueva York, porque en Chicago, en realidad, no había buenas tiendas de moda. Las funciones concretas del cargo que deseaba, fueran cuales fuesen, ya se le ocurrirían.

El vuelo a Nueva York avanzó entre turbulencias por encima de un paisaje de nubes semejantes a coliflores en una bandeja. Más adelante, ya por la tarde, el aire se despejó. Mientras volaban hacia la oscuridad, acercándose a las ciudades del este, las finas madejas de luz visibles abajo se convirtieron en grandes telarañas, un panorama resplandeciente en la noche.

Sophia se alojó en el Waldorf, como siempre hacían los Breitsprecher. Desde su habitación telefoneó a su prima Althea Evans, que se había casado con un agente de bolsa de Wall Street. Althea y ella podían ir de compras juntas y disfrutar de un elegante almuerzo. Una criada atendió el teléfono.

—La señora Evans no está. Se han ido a Boca.

—¿Adónde?

—Boca. Boca Ratón. En Florida.

—Ah. Pues dígame que ha telefonado su prima Sophia Breitsprecher. De Chicago.

Después de un tardío desayuno neoyorquino a base de café y tostadas, visitó Bonwit Teller, Saks y Bergdorf. Compró dos vestidos camiseros de seda Norell. Se probó trajes, incluso un traje pantalón, y no le gustó el efecto. En su último día volvió a pensar en el cargo que había concebido en el avión, salió a toda prisa camino de Henri Bendel y, atrevida, se probó dos trajes de Coco Chanel. Carísimos ambos, le iban como un guante, e indiferente al precio los compró. Eran lo que, según imaginaba ella, se pondría una mujer de negocios ultramoderna. Y el cargo al que daba forma en su cabeza implicaba estilizados rituales de negocios y la indumentaria adecuada; los trajes de Chanel eran lo correcto. Para el vuelo de regreso, adquirió dos maletas enormes y las llenó.

A Sophia le sorprendía lo mucho que se parecían su marido y su hermano. Eran casi intercambiables. Ella se veía como la intelectual de la familia: recibía las selecciones mensuales del Club del Libro y a menudo leía por lo menos los primeros capítulos de los ejemplares que llegaban. Le gustaba la historia y habitualmente echaba un vistazo a las columnas del periódico firmadas por «Old Timer» o «Pioneer Jack». Dieter había pertenecido al consejo de administración de la Biblioteca Pública de Chicago desde los tiempos posteriores al Gran Incendio, cuando los habitantes de Chicago se conmovieron por el condescendiente gesto de los intelectuales ingleses que donaron cajas de libros para una nueva biblioteca. Dieter había seguido donando dinero a la biblioteca, primero para sacarla de aquel depósito de agua y después como obra de beneficencia. Ese recuerdo le dio una buena idea. Si Dieter aún viviera, sin duda él le concedería la ocupación y el cargo que ella deseaba.

Dedicó todo el vuelo de regreso a redactar la descripción del puesto. La mujer del asiento contiguo la vio escribir y comentó con admiración:

—¡Debe de ser usted una profesional muy ocupada!

—Sí —contestó Sophia—. Vuelvo de un viaje de negocios a Boca. Boca Ratón. En Florida.

Envió la hoja a su hermano, James Bardawulf Breitsprecher, presidente de Breitsprecher-Duke, en lugar de entregársela a Andrew, quizá la perdería oportunamente. O se reiría con cierta maldad. Su hermano sabría apreciar el valor de su propuesta. Después esperó.

Andrew y James Bardawulf se reunieron a comer en el club que los dos frecuentaban. James desplegó una amplia sonrisa y dijo:

—Ha sido fácil. Podemos darle el empleo.

—¿Qué empleo?

—A Sophia. El cargo que ella quería. Su carta me ha llegado esta mañana. Es muy adecuado para ella y se quedará al margen de los asuntos comerciales.

—¡Qué demonios! A mí no me ha mandado ninguna carta.

—Quizá quería que fuese una sorpresa. No te preocupes, sólo aspira a ser la historiadora de la empresa. Se propone escribir la historia de Breitsprecher-Duke. Quiere todos los diarios y cartas, copias de los cablegramas y telegramas, cualquier documentación que no se haya quemado o tirado. En uno de los cuartos de material hay cajas llenas de papeles. Ella llama a toda esa basura «los archivos Breitsprecher-Duke». Muy gustosamente haré que rotulen su nombre e «Investigación de archivos» en una puerta, que es lo que ella quiere.

—Me quedo de una pieza. No me había dicho nada. ¿Hay de lo que escribir?

—Sí, claro. Dieter, por supuesto, y Lavinia, y puede remontarse hasta Charles Duke, el fundador de la compañía... Canadá, Holanda. Todo eso. Sí, hay mucho material antiguo que desconocemos. Debo decir que yo mismo estoy interesado en ver si descubre algo útil. Podría salir buena publicidad para incluir en los anuncios..., ya sabes: «Venerable y antigua compañía. Líder en productos de madera desde hace dos siglos».

—Dios mío —exclamó Andrew.

En el edificio había varias habitaciones sin usar, y cualquiera de ellas podía vaciarse para convertirla en el despacho de Sophia. Ella las examinó. Cuatro salas contiguas, polvorientas, en otro tiempo el reino del abogado Flense, con vistas al lago, se ajustaban bien a sus deseos: la antesala para su secretaria, el despacho, dos salas de reuniones. Tendrían que vaciarse, limpiarse y pintarse. Telefoneó a su hijo, Robert, quien recientemente había inaugurado su propia oficina, Interiorismo Harkiss.

—Robert, necesito tu ayuda. ¿Estás muy ocupado?

Robert, que tenía un único encargo —la habitación de invitados del apartamento de la señora Grainley Wiley, con quien mantenía una aventura amorosa—, se moría de preocupación ante el inminente pago del alquiler del estudio. Necesitaba otro encargo. Antes de acceder, hizo el habitual paripé: «Déjame ver» y «Creo que puedo encontrarte un hueco».

—Esto está muy bien, madre, un espacio idóneo para el trabajo. Tus ideas para la reforma no están mal, pero yo te sugeriría echar abajo esa pared —señaló el tabique entre las dos salas de reuniones—, y así tendrías un despacho francamente amplio. Convierte ese cuarto en el que pensabas poner el despacho en sala de reuniones. Y podemos poner moqueta. Te sorprenderá lo mucho que suaviza el ambiente una moqueta.

—No he vivido en el limbo en estos últimos cincuenta años, Robert. Sé qué es una moqueta, en serio.

Pero sí le gustó la idea de disponer de un despacho más espacioso. Juntos compraron modernos muebles de oficina daneses de madera de teca aceitada, moqueta de lana beis y una gran butaca de piel Eames.

Llegó el día en que Sophia, instalada en su nuevo despacho, empezó a leer hojas y hojas de apretada letra y espantosa caligrafía, intentando desentrañar la identidad de determinados personajes cuyos vínculos con la familia no estaban claros. Contrató a una secretaria, una rubia con cara de patata llamada Debra Strong (sobrina de la señora Garfield, la secretaria de la empresa), quien dijo que su último empleo había sido en una revista femenina. Debra clasificó los papeles más o menos por períodos de tiempo y los ordenó en carpetas rotuladas. El propósito de Sophia consistía en narrar los esfuerzos iniciales de una empresa pionera que alcanzó el éxito mediante el trabajo arduo, y disfrutó luego de la fama y la fortuna de ser una de las compañías madereras más antiguas y prósperas de la nación.

La impenetrabilidad y el francés oscurecían como gruesos mantos la lectura de aquellos papeles. ¿Era Charles Duke la misma persona que Charles Duquet, cuyo nombre aparecía en lo que podía ser un pagaré firmado por alguien llamado DredPeacock? Estaba firmado con una X, lo cual indicaba que Charles Duquet era analfabeto, ¿o acaso lo era Dred-Peacock? La correspondencia posterior aparecía claramente firmada por Charles Duke. Se convenció, pues, de que Dred-Peacock, quienquiera que fuese, era el analfabeto. La documentación contenía demasiados textos en francés para ella.

Contrató a un estudiante para que le tradujera las páginas difíciles, pero las listas de antiguos tratos comerciales y la contabilidad le resultaban tediosas y, considerándolas irrelevantes, las dejó de lado.

Después de un año escarbando entre los papeles, empezó a cobrar forma una historia. Charles Duke, un muchacho francés pobre, partió rumbo al Nuevo Mundo para escapar de la penosa vida de una granja francesa. Ya en Norteamérica, empezó a abrirse camino trabajando duro y al cabo de un tiempo, con el dinero que ganó, compró terrenos madereros y abrió una serrería. La correspondencia con Dred-Peacock se interrumpía bruscamente; sin embargo, en la siguiente tanda de material se incluían casi cuarenta cartas a sus hijos. Éstas resultaron una lectura soporífera, ya que estaban repletas de consejos y máximas, y no arrojaban la menor luz sobre el personaje de Charles Duke, más allá de las órdenes que transmitía a sus hijos. Se lo veía un hombre serio, pero muy pendiente de su prole. Sophia saltó a James Duke, quien aparentemente era un individuo insulso. Lavinia, por desgracia, había dejado centenares de cajas de correspondencia mercantil y notas sobre la industria maderera. Sophia no entendió la mayor parte de las descripciones hechas por la primera esposa de Dieter de inventos, reuniones, cantidades de madera medidas en pies tablares procedentes de diversos bosques y enviadas a destinos lejanos. Bastaba decir que era una mujer de negocios muy respetada. Y, pensó Sophia, una persona que escribía enloquecidamente.

Llegó una carpeta en cuyo rótulo, escrito por Debra Strong, se leía: «¿Genealogía?». Contenía unas hojas rotas y amarillentas. Eso, pensó, podía ser útil. Juntó los fragmentos. Una carta de R.R. Tetrzinni comunicaba sólo que la investigación se había concluido hasta el punto descrito en su informe, y que si Lavinia Duke Breitsprecher deseaba seguir investigando los nombres y las señas de sus herederos, debía ponerse en contacto con él lo antes posible, porque tenía otro trabajo entre manos. Ese informe desconcertó a Sophia. ¿Qué herederos?

Telefonó a James Bardawulf.

—Me he encontrado algo que no acabo de entender. Es un informe de un investigador privado dirigido a la primera esposa de Dieter, Lavinia Duke. Me gustaría que le echaras un vistazo. Según creo, dice que hay unos herederos desconocidos. Pero no sé quiénes son ni qué han heredado.

—Probablemente sea una carta fraudulenta. Es habitual que aparezca gente declarándose heredera de fortunas y parientes distanciados hace tiempo. ¿Puedes enviármela?

—Preferiría enseñártela aquí. ¿Por qué no vienes esta tarde y le echas un vistazo? Y podemos ir a tomar una copa y charlar. Algún sitio con terraza junto al lago; este verano hace mucho calor. Hace meses que no te veo.

un pequeño problema

Aquella fue la reunión más peculiar de Breitsprecher-Duke: las posturas estaban tan divididas que pareció que se hubiera elegido al azar a personas de las tórridas calles y se les hubiese ordenado que se ocuparan del negocio. Se sentaron en torno a la mesa de caoba en la sala de juntas de Breitsprecher-Duke, con un retrato de Lavinia Duke en la pared sur y otro de Dieter en la pared norte. El viejo aparato de aire acondicionado jadeaba como si él mismo intentara combatir su propia insolación. En la mesa había una bandeja de sándwiches de queso cremoso, el pan reseco y abarquillado, servilletas de papel de los viejos tiempos estampadas con el rótulo TALAS DUKE y la imagen de un hacha. Pese a que el calor de agosto saturaba la sala, en el aparador se oía el murmullo de una cafetera.

Sophia, con el Chanel gris de lana a pesar del calor, divagó acerca de la historia de la compañía y repartió copias del fruto de sus esfuerzos: dieciséis hojas de fantasías sobre la empresa encuadernadas en piel bajo el título *Breitsprecher-Duke, la historia de un gigante del bosque*. Esperaba que la felicitasen, pero James Bardawulf había hablado ya a los demás del viejo informe de Tetrzinni y de sus propias semanas de trabajo infructuoso para demostrar que el asunto de la herencia era una falsedad. Se hallaba presente el asesor jurídico de la empresa, Hazelton Culross. James Bardawulf, con cierta acritud, fue derecho al problema.

—El señor Tetrzinni murió hace mucho. Su hijo, Chandler Tetrzinni, con quien hablé largamente, heredó el negocio. Es abogado.

Raphael, que conocía bien a su padre, reconoció la señal de peligro. Si James hubiese sentido respeto por Tetrzinni, habría dicho «letrado». «Abogado», para él, entrañaba algo más cercano a una pitón. En la sala hacía calor y el sol de agosto que roía el cristal sucio de la ventana parecía haberlo traspasado.

James Bardawulf prosiguió con voz áspera:

—Para seros sincero, me arrepiento de haberme puesto en contacto con él. Dirige Servicios de Investigación Tetrzinni, un bufete especializado en seguir el rastro de herederos desaparecidos y desconocidos. Le sorprendió tener noticias mías y dijo que consultaría los archivos. Llamó al cabo de dos días para comunicarme que había encontrado los documentos pertinentes, y que el caso no estaba cerrado ni mucho menos. Me temo que mis preguntas lo pusieron sobre la pista de este asunto casi olvidado, y olió la posibilidad de dinero. Lamento decir que si yo no lo hubiera telefoneado, él nunca habría sabido nada de Breitsprecher. Pero ya no podemos dar marcha atrás. Por Hazelton he sabido que el bufete de Tetrzinni trabaja por un porcentaje de la herencia, y para mí eso significa que ahora se propone acudir a los herederos y ofrecerles un contrato con reparto de ganancias, lo cual hoy día es, por desgracia, legal. Lavinia Duke inició esta búsqueda hace décadas. —Alzó la vista para mirar el retrato de ella—. La razón que la llevó a eso no está en absoluto clara, ya que debería habersele aconsejado que no removiera esas cuestiones. Tetrzinni, el hombre a quien contrató, afirmó haber encontrado herederos legítimos de la fortuna de los Duke, herederos que en realidad tenían más derecho que la propia Lavinia, si se aplica el criterio de consanguinidad.

—¿Y cómo es posible? —preguntó Sophia mientras repartía las copias restantes de *La historia de un gigante del bosque*—. Dudo que eso tenga mayor importancia. ¡El negocio es de los Breitsprecher y los Duke desde hace generaciones! Es un hecho aceptado, un hecho sabido. —Se enjugó la frente con una servilleta de papel—. Este aparato de aire acondicionado no sirve para nada.

—Si esos herederos proceden, podría avecinarse un juicio —anunció James Bardawulf con semblante taciturno.

—¿Proceden? ¿Ya han emprendido alguna acción? —Andrew Harkiss se puso en pie y se sirvió su sexta taza de café desde el desayuno. El café le provocaba temblores y palpitaciones, lo que lo obligaba a beber ginebra por la noche para serenarse—. ¿Y vas a decirnos quiénes son esos «herederos putativos»?

—Lo creáis o no, son unos indios de Canadá.

—Oh, no... Oh, no —dijo de pronto Conrad Breitsprecher, y el color desapareció de su cara hasta tal punto que sus cejas negras parecían dibujadas con carboncillo en su frente—. Eso podría provocar la escisión de la compañía.

James Bardawulf se sorprendió al ver su agitación. ¿De qué tenía él que preocuparse? Los viveros le daban tanto dinero que parecía tener una imprenta de billetes en el sótano. Ahí no había números rojos ni indios codiciosos con las manos tendidas. Y Conrad no se embolsaba los beneficios, sino que reinvertía hasta el último centavo en sus condenados plantones. Su obsesión.

Claude Breitsprecher advirtió también el desasosiego de Conrad. Puro ego, pensó. Conrad consideraba que la reputación de Breitsprecher-Duke estribaba por completo en la división de viveros, que ni siquiera formaba parte de la empresa. Dieter, de joven, la había fundado con su primo Armenius Breitsprecher, y la convirtió en un pasatiempo que, ingenuamente, veía como un negocio innovador. Sin embargo Conrad, pese a todas sus excentricidades y rarezas, la había transformado en un éxito. ¿Cómo se las había arreglado?

—¿Escindir la empresa? Lo dudo. En todo caso, tu negocio de los viveros siempre es y ha sido siempre independiente.

—Por supuesto. Ya lo sé. Pero... es la idea de que alguien a quien no conoces puede aparecer de pronto y llevarse todo lo que has construido. En cuanto te echan el anzuelo, perseveran hasta que se quedan con todo. ¡Vendrán a por mis viveros! ¡Todavía llevan el nombre Breitsprecher! —Conrad apretaba los puños.

«Conrad está muy alterado», pensó Sophia. Hizo una sugerencia.

—¿No podemos romper el informe sin más y olvidarnos de que lo hemos visto? De hecho, parte de él ya estaba roto cuando lo encontré.

Hazelton Culross se echó a reír.

—Ya no. James Bardawulf se puso en contacto con el señor Tetrzinni y hablaron del informe, así que el señor Tetrzinni lo sabe y sabe que James Bardawulf y todos ustedes lo saben también. Ya conocen la existencia del informe.

James Bardawulf golpeteó su ejemplar de *La historia de un gigante del bosque* con un gesto de desdén. Sophia contrajo las manos.

—Podemos vender, ¿no? —preguntó Harkiss—. International Paper lleva un año detrás de nosotros. ¿No deberíamos aceptar la oferta, repartir los dividendos y reorganizar nuestras vidas? En todo caso, la mayoría de los que permanecemos activos en la empresa estamos ya cerca de la edad de jubilación. A mí me parece un buen momento para vender.

James Bardawulf adelantó el labio inferior.

—Eso no detendrá a Tetrzinni y los presuntos herederos. Aunque vendiéramos, esos herederos podrían venir a por cada uno de nosotros.

Sophia empezó a gimotear.

Pero Hazelton Culross formuló la gran pregunta:

—¿Qué saben de esos supuestos herederos?

—Según el informe de Tetrzinni presentado a Lavinia Duke, los herederos serían nietos de un tal Francis-Outger Sel, cuya madre fue Beatrix Duquet, heredera directa de Charles Duquet. Beatrix tenía sangre passamaquoddy, y su marido, un indio canadiense, tenía sangre mi'kmaq. Desconocemos los nombres de los descendientes actuales.

—Pues ninguna de esas personas aparecía en los papeles de la empresa —aseguró Sophia—. ¿Cómo iba yo a saberlo? Sólo vi algo sobre una mesa grande en la casa de la bahía de Penobscot. Y no tengo la menor idea de a qué se refería.

—¿Y no podría haberse extinguido esa línea? —intervino Andrew Harkiss, sin prestarle atención—. ¿No podría haberse resuelto el problema por sí solo? Ese informe es antiguo.

—Quizá. Sencillamente, no lo sabemos. Y el informe original reveló que los descendientes de Duke tal como los conocemos —tocó su ejemplar de *La historia de un gigante del bosque*— lo eran sólo a través de los hijos adoptivos de Charles Duquet. Su único hijo consanguíneo era Outger Duquet,

el padre de Beatrix. De ahí viene el problema. Es decir, la propia Lavinia carecía de derecho directo respecto a los antepasados Duquet. —En la voz de James Bardawulf se advirtió un tonillo triunfal.

—Antes de que empiecen a preocuparse —dijo Hazelton Culross, percibiendo las crecientes olas de ansiedad en torno a él—, piensen que quizá el propio Tetrzinni no sepa si queda alguno de los presuntos herederos. Tendría que llevar a cabo un trabajo de campo para determinar los nombres y paraderos. Y cuando los encontrara, si es que los encontraba, tendría que convencerlos de que sus derechos justifican una demanda. Probablemente los induciría a firmar un contrato con él y sólo entonces las cosas se pondrían en marcha. Si esos herederos son canadienses, Tetrzinni se encontraría en su trabajo con otra capa de dificultad. Y esas cosas exigen tiempo y dinero, y «el abogado» tendría que afrontar los costes. Entonces se enfrentaría a una empresa que durante siglos ha sido dirigida primero por los Duke y luego por los Breitsprecher, aceptados desde hace mucho tiempo como legítimos propietarios y administradores de un negocio legítimo durante casi trescientos años. Incluso si Tetrzinni destinara el esfuerzo y el dinero necesarios a encontrar algún heredero vivo, tendría muy pocas probabilidades de conseguir algo con esto. Yo que ustedes me lo quitaría de la cabeza y seguiría con mi vida como hasta ahora.

Se produjo un silencio, un silencio de gratitud. Andrew respiró hondo y dijo:

—Pero hemos hablado de vender la empresa. International Paper está interesada. Salvo por la división de viveros —se apresuró a añadir al ver que Conrad hacía ademán de levantarse.

—Pero cabe aún la posibilidad de que los herederos nos demanden, ¿no? —preguntó, rígido y tenso.

—Bueno, sí. Todo es posible. Pero no creo que ningún tribunal les hiciera el menor caso.

—Pues a mí sí me preocupa el tema —insistió Conrad—. Todo esto me resulta muy inquietante. —Y abandonó precipitadamente la sala.

Hazelton Culross miró a James Bardawulf, a Sophia y a Andrew.

—Por lo visto, él sí ve esto como una amenaza. Está exagerando.

—Desde su experiencia en la guerra, nunca ha estado del todo bien — comentó Claude—. Quizá suene un tanto traído por los pelos, pero he oído hablar de los efectos retardados de las experiencias bélicas.

El consejo de Hazelton fue muy sencillo:

—Eviten a Tetrzinni. No busquen problemas.

Casi dos semanas después, Sophia encontró en su mesa una nota de James Bardawulf: «Llámame». Seguía haciendo un calor insoportable. Le preocupaban las manchas de sudor en su blusa de seda. El aire acondicionado despedía una corriente de aire tibio con olor a moho. Marcó el número de su hermano. Atendió el teléfono la estirada nueva secretaria de James Bardawulf con su acento inglés:

—¿Puede decirme quién lo llama, por favor?

—Dígale que soy su antigua amante.

Se oyó una inhalación, un prolongado silencio, y acto seguido la vocecilla cauta de James Bardawulf.

—¿Hola?

—He recibido tu nota —dijo ella—. ¿Qué pasa?

—¡Sophia! No vuelvas a decirle cosas como ésa a la señorita Greenberry. ¡Se lo ha creído!

—Las inglesas no tienen sentido del humor. —Atajó los bramidos y resoplidos de James Bardawulf—. Cálmate. ¿Para qué querías que te llamara?

—Para darte una noticia muy interesante. Al menos para nosotros. Hazelton Culross, que lee el *Philadelphia Inquirer*, me ha telefoneado esta mañana. Me ha dicho que en la contraportada del periódico de hoy aparece un artículo donde se cuenta que un abogado llamado Tetrzinni murió el fin de semana pasado en una pelea con un ladrón que entró en su bufete. Estaba todo patas arriba, los ficheros volcados, los cajones del escritorio tirados y la caja fuerte abierta. Tetrzinni murió de un tiro. Todavía no sé si aparece algo en los periódicos de Chicago. He mandado a alguien a por el *Tribune*.

—Dios mío. Es extraordinario. Incluso podría pensarse... —Respiró hondo—. ¿Has informado a los demás?

—De momento sólo a ti. Pensaba telefonarlos después de hablar contigo. Al fin y al cabo fuiste tú quien abrió la caja de los truenos, la investigadora principal.

Sophia lo dejó pasar. Era James Bardawulf quien había puesto las ruedas en marcha.

—Avisemos al pobre Conrad. Ese día estaba muy alterado.

Otro de los largos silencios de James Bardawulf. A continuación, de nuevo la vocecilla:

—Quizá ya lo sepa.

—James, ¿qué quieres decir? ¡James Bardawulf!

—Sólo quería decir que a lo mejor ya ha visto los periódicos. ¿Qué pensabas?

—No tiene importancia —respondió ella—. Después hablamos.

El último comentario de James Bardawulf pareció llegar flotando desde el auricular:

—Podemos proceder con la venta.

Así pues, en el curso de los siglos, Breitsprecher-Duke había subido y bajado como un barco con la marea. Ahora la marea había acabado. Y entraba en escena International Paper. De la vieja empresa quedaban sólo cajas de papel y varios retratos. Y una entidad independiente llamada Plantones Breitsprecher.

las hijas de Egga

Después de la Segunda Guerra Mundial ya no hubo vuelta atrás: las mujeres accedían a empleos que antes realizaban siempre los hombres. En la atmósfera flotaba la retórica feminista. «Tenía que ser así», pensó Bren Sel, y lanzó una mirada combativa a su marido, Edgar-Jim Sel, a quien llamaban Egga, un hombre poco sensible a esas cuestiones. Ella creía que las nuevas ideas eran una liberación del yugo de la historia e intentaba explicárselo a él, pero Egga no veía un paralelismo entre el surgimiento feminista a partir de un pasado opresivo y su propia vida y renuncia a la singularidad mi'kmaq. Él había llegado a Martha's Vineyard como fugitivo en su infancia tras escapar del internado indio de Shubenacadie, en Nueva Escocia, había conseguido trabajo de pescador y más tarde había encontrado a Brenda Hingham.

Cuando él le propuso matrimonio, ella dijo que sí, y a continuación añadió:

—Estoy casándome con un enemigo.

—¿Enemigo? ¿En qué sentido soy tu enemigo?

—¿No sabes que los mi'kmaq vinieron aquí y lucharon contra mi pueblo, antes de llegar los blancos?

—No lo sabía. ¿Fue una batalla?

—¿Una batalla? Fue una guerra. Los guerreros mi'kmaq ocuparon la costa de toda Nueva Inglaterra. Durante no mucho tiempo.

—Y ahora este mi'kmaq ha vuelto a ganar. —Egga dio por supuesto que había habido cierto grado de fusión entre los mi'kmaq y los wôpanâak en esa fecha lejana.

Formaban una pareja difícil.

—Tú no lo entiendes —le decía ella a menudo.

—¿Qué no entiendo? —preguntaba él.

—Si tú no lo sabes, yo no puedo decírtelo.

El problema central, creía ella, era la negativa de Egga a ser un mi'kmaq.

—Me hizo la vida muy difícil ser mi'kmaq —dijo él—. Tengo que alejar eso de mí.

—No puedes alejar de ti lo que tú eres. Tus padres, tus hermanos y hermanas. Y todas las generaciones que los preceden, tu pueblo. No puedes enjuagar tu propia sangre como si fuera una camisa sucia y decir que es una... ¡una piña! Todo eso eres tú, tu patrimonio, el lugar del que procedes; no, no puede ser de otra manera. Y ahora eso forma parte de nuestras hijas, y ellas deben saberlo.

Egga alzó la vista al techo: eso era lo que pasaba por casarse con una mujer de los wôpanâak, una tribu matrilineal.

Bren quería guiar a sus dos hijas para que se convirtieran en una nueva clase de mujeres: en ellas se mezclarían los genes, las ideas, las profesiones y las percepciones de los mundos del hombre blanco, el wôpanâak y el mi'kmaq. Las dos niñas eran decididas e inteligentes, las dos atrevidas, y llevaban a Egga a tener extraños recuerdos del internado, con los castigos de sus monjas y sacerdotes. Si a cualquiera de las mujeres de su vida la dejaran en un colegio así, se organizaría una sublevación en cuestión de un día, con Bren, Marie y Sapatisia al frente, y las monjas y los sacerdotes suplicando compasión. Se recreaba en esa imagen, y cuando una de sus revoltosas hijas se mostraba especialmente audaz, lo veía con satisfacción, y las comparaba con los niños mi'kmaq del internado, lamentablemente asustados. Él quería hijas atrevidas. Muy poco a poco, muy despacio, empezó a hablar sobre su antigua vida, y se sorprendió al descubrir el vivo interés que sus hijas y su mujer sentían por sus historias. Cuando pronunció los nombres de sus padres — Lobert y Nanty Sel—, quisieron escribir cartas, ir a Shubenacadie, a la casa de troncos de Lobert. Quisieron sentir afecto por esos parientes desconocidos. Y quizá, pensó Egga, también él lo quería. La machacona insistencia de Bren lo llevó a preguntarse qué podía significar ser mi'kmaq aparte de dolor y

humillación. Bren, por su parte, era una wôpanâak entusiasta, y una vez más Egga se imaginó a lujuriosos y ancestrales guerreros mi'kmaq irrumpiendo en los poblados wôpanâak y asaltando a sus mujeres. Se echó a reír.

—¿Qué te parece tan gracioso? —preguntó Bren.

—Si tú no lo sabes, no puedo decírtelo —contestó él.

Bren insistía en que las niñas se comprometieran seriamente con sus tareas. «Quiero que vayáis a la universidad. Ganaré el dinero para mandaros.» Aunque desde la infancia deseaba estudiar lingüística con la vaga esperanza de resucitar la antigua lengua vernácula de los wôpanâak (que ella no hablaba), su familia no disponía del dinero necesario para costearle una educación. Cuando Sapatisia, su hija mayor, empezó a ir al colegio, Bren consiguió el único empleo disponible, el turno de noche en la procesadora de pescado, y destinó casi toda su paga a la cuenta de ahorros para la educación de las niñas. Sus hijas tendrían una vida valiosa.

—Nunca tendrán que trabajar en una procesadora de pescado —dijo a Egga—. Ni en un motel para turistas.

Nada había preparado a Egga o Bren para la intensidad de su primera hija, Sapatisia, así llamada por la madre de la madre de Egga. La niña centraba la atención obsesivamente en temas y personas; lo hacía todo con gran intensidad. Para ella, por lo visto, no existía el punto medio. Si Egga tardaba mucho en volver del mar, ella se plantaba ante la ventana a mirar hasta que lo veía subir por el camino de grava. Cuando él cruzaba la puerta, ella se aferraba a su pierna como una lapa.

—Se niega a quedarse sola —dijo Bren—. No me pierde de vista. Y hace lo mismo contigo si no llegas a casa a la hora. No sé qué pasará cuando empiece a ir al colegio.

—Ya sabes que no siempre sé cuándo voy a volver; el mal tiempo puede impedirme regresar... incluso días. Los peces no se rigen por el reloj. Y en los barcos no hay teléfono.

—Ella seguiría pendiente —aseguró Bren.

El incidente con un pollito inquietó a ambos padres. Bren había decidido criar una docena de gallinas por los huevos y la carne, para ahorrar en la compra de comida, y salirse de vez en cuando del bacalao frito. Encargó veinte pollos por correo, y cuando llegaron puso la caja detrás de la estufa para mantenerlos bien calientes. Enseñó aquellas pequeñas bolas de plumón a Sapatisia, que quedó fascinada. Su madre le puso uno en la mano.

—Ten cuidado. Es delicado.

Pero a Sapatisia le encantó aquella diminuta criatura que la miraba y, en su inmoderado afecto, apretó y apretó, hasta que por fin dejó escapar un grito al ver que el pollo muerto colgaba inerte de su mano.

—Habrás que castigarte —dijo Bren, y Sapatisia bramó ante la afrenta de su primera azotaina.

—Ella es así —dictaminó Egga—. No puede evitarlo. Que Dios ayude a todo aquel hombre a quien ame. Se lo comerá vivo y tirará los huesos por la ventana.

El temor de Bren de que Sapatisia tuviera una rabieta en su primer día de colegio se disipó enseguida. Fue como si la niña se hubiera armado de valor. No lloró cuando Bren la dejó en la sillita del parvulario, ni se cambió a otra distinta pese a los intentos de persuasión de la maestra. Si la dejaban a su aire, era tratable; en cuanto le ordenaban algo, lo que fuera, era una niña imposible.

—No sé qué pasa por esa cabecita —dijo la maestra.

—Bienvenida al club —respondió Bren.

Aun así, Sapatisia superó todos los cursos, alguna que otra vez con destellos de brillantez. Cuando más feliz se la veía, pensaba Egga, era los domingos, en sus excursiones por la costa. Volvía a casa con puñados de hierbas marchitas y guijarros alisados por el agua con motas de mica.

En su primer año en la universidad, Sapatisia, propensa al amor o al odio instantáneos, fijó sus afectos primero en el tema de las plantas y después en un profesor de ecología casado. El hombre se sintió halagado; tuvieron una aventura; él intentó quitársela de encima, y Sapatisia apareció ante su puerta empuñando un machete. Acometió contra el profesor, que esquivó la estocada diestramente, y el machete se hundió en el marco de madera de la puerta. Ella

era una joven musculosa y fuerte, pero el profesor era más fuerte y, pidiendo a gritos a su mujer que avisara a la policía, mantuvo a Sapatisia inmovilizada hasta que llegaron los agentes. Al día siguiente, Egga fue a buscarla al calabozo para llevársela a casa.

—Ya sabes que te han expulsado de la universidad —dijo.

—Sí.

—No voy a preguntarte por qué lo hiciste. Ya lo sé. Eres igual que yo cuando me escapé del internado.

—No, yo no soy como tú —repuso ella—. Soy distinta. Y tenía razones distintas.

—Ah —dijo Egga—. Distinta de mí, distinta de todos. Pero tienes que vivir en este mundo. Aceptar algunas de las normas que lo mantienen en equilibrio. Adaptarte. O morirás joven.

—Quiero ir a Shubenacadie —contestó ella—. Quiero conocer a esos Sel. Quiero saber quién soy.

Egga y Bren no llegaron a saber nada del profesor de ecología o botánica; sólo estaban al corriente del apasionado interés de Sapatisia por las plantas y los bosques del planeta. Parecía sentirse culpable personalmente por las laderas erosionadas y los ríos sucios. Si alzaba la vista, no veía el azul del cielo, sino nubes apocalípticas en una bóveda celeste surcada de aeroplanos.

—Siente el impulso femenino de reparar el daño que los humanos han hecho a la naturaleza —dijo Bren aquella noche cuando Sapatisia subió a su antigua habitación.

—Sí, y el impulso femenino de aniquilar hombres. Tenemos suerte de que el profesor no haya presentado cargos. —En la sala, por un momento, se oyó sólo la respiración de ambos. Egga suspiró y dijo—: ¿Y si la dejamos ir a Nueva Escocia?

—Vamos, Egga, ¿dejarla ir? Irá de todos modos. Hablaré con ella, pero tú ve preparándote.

—Tendrás que buscarte un trabajo del que vivir, y una beca para acabar tus estudios —advirtió Bren a Sapatisia con frialdad. Esa hija le absorbía demasiada energía—. También tenemos que pensar en Marie, ya lo sabes.

Al día siguiente, Sapatisia partió rumbo al norte en autobús.

Unos meses más tarde llegó una carta para Egga con borrones de tinta; era de su padre, Lobert Sel.

Para nosotros, ha sido muy importante que nuestra nieta Sapatisia, joven y fuerte, nos haya visitado. Hace muchas preguntas sobre nuestro pueblo y las historias antiguas de los Sel. Ahora estudia en Winnipeg. Egga, han pasado muchos años desde que te fuiste. ¿No podríais venir tú o nuestra otra nieta Marie algún día? Me hago viejo. Quiero verte. Aquel mal colegio que te hizo daño está cerrado y quemado. Ven a casa.

Pero Egga y Bren apenas tuvieron noticia de ella durante años, salvo por alguna que otra tarjeta postal con matasellos de distintas ciudades donde sólo decía: «Estudio ingeniería de montes, me va bien, con cariño, S.».

Qué distinta era su hija menor, Marie.

—Tendría que haber sido un chico —dijo Egga a Bren, acordándose de una ocasión en que su hija de dos o tres años, manchada de grasa, había desmontado parcialmente un motor eléctrico y había vuelto a armarlo decorado con aros de plástico rosa de su caja de juguetes. En la casa ningún objeto mecánico estaba a salvo de los dedos inquisitivos de Marie, y era la persona más fácil de complacer en cumpleaños y celebraciones mediante regalos como maquetas de barco y avión. No tenía pelos en la lengua y era un poco descarada, pero, para Egga, eso indicaba que a su hija menor no la pisotearían. Dedicó un verano, en sus vacaciones de la universidad, a manejar una cortadora longitudinal, la maravillosa herramienta que talaba y desramaba por delante de ella, de modo que los desechos formaban una alfombra sobre la que después seguía avanzando; era su máquina heroína.

Se enamoró perdidamente de David Jones, un joven langostero patizambo que escribía poesía, ejecutaba bailes escoceses, jugaba al póquer y llevaba un registro de la meteorología desde los nueve años. En diciembre de 1978 se casó con él.

—Sí —contestó ella cuando él se lo propuso—, pero quiero conservar mi empleo. Me gusta mi empleo.

—También a mí me gusta el mío, así que no hay discusión.

Después de la noche nupcial, lo primero que dijo a su flamante marido fue:

—Con la cortadora longitudinal, el suelo se compacta aún menos que con una yunta de caballos.

—¿Por qué crees que eso me interesa? —preguntó él—. Ven, que te hablaré de las nasas langosteras.

bosque boreal

En Shubenacadie, unos años después de la muerte de su esposa, Nanty, el padre de Egga, Lobert Sel, volvió a casarse con una joven viuda, Kate Googoo, ya embarazada de su primogénito. Un año después del nacimiento de Paul, llegó Alice, y la benjamina, Mary May, vino al mundo dos años después. Egga Sel, que vivía en Martha's Vineyard, nada supo de estos hermanos menores hasta que su hija Sapatisia visitó a sus abuelos Lobert y Kate, oyó todos los nombres y, en una de las pocas cartas a su familia, se los enumeró a Egga y Bren.

No he conocido todavía al tío Paul ni a su hija Jeanne. La tía Mary May Mius es tímida y siempre anda muy ocupada con su hijo Felix. La mejor es la tía Alice. Me cae bien. Formar una familia bastante grande.

A Egga se le saltaron las lágrimas al ver la carta, y planeó un viaje a Shubenacadie. Escribió a Lobert para anunciarle que iría —sí, él y Bren— el siguiente Día de Santa Ana.

Jeanne Sel y Felix Mius se criaron juntos, conocían sus mutuos pensamientos y sentimientos de infancia; conforme crecían, éstos divergieron tal como se bifurca un arroyo de montaña en un terreno escabroso hasta convertirse en dos torrentes. Felix poseía una actitud discreta que disimulaba una mente ágil e inquisitiva. Tenía la tez áspera y acostumbraba a enamorarse de mujeres mayores inaccesibles que al verlo levantaban las cejas pero nunca

se levantaban las faldas. Jeanne, con sus ojos muy juntos y sus labios finos, se convenció de que ella estaba por encima de las pugnas propias de los enredos amorosos.

Jeanne recordaba a su madre en un transbordador, apoyada en la barandilla despidiéndose, despidiéndose hasta que la embarcación desapareció entre la espesa bruma, donde unas horas más tarde entró en colisión con una gabarra cargada de carbón; las dos embarcaciones se hundieron en aguas profundas. Su padre, Paul Sel, le dijo que su madre no podía volver, pero sus propios sollozos indicaban que había ocurrido algo espantoso.

—No sé, Mary May —dijo Paul a su hermana, cuyo hijo, Felix, era un año menor que Jeanne—. No sé qué hacer. No habla ni juega con otros niños, excepto aquí con Felix.

—Eso es buena señal —dijo Mary May—. Déjalos estar juntos. Los niños pequeños resuelven las cosas. Creo que es mejor que Jeanne venga a vivir con nosotros. Y haremos una excursión. Eso la ayudará a superar la pérdida de Marta. Y te ayudará a ti, Paul.

—A mí nada puede ayudarme —respondió su hermano, pero no se opuso cuando Mary May llamó a los hijos de ambos—: Felix y Jeanne, venid. Nos vamos de excursión.

Partieron de la reserva juntos, embutidos como salchichas en la decrepita furgoneta gris de Paul. El interior olía a moho y a un perro que Paul había tenido en otro tiempo.

—¿Adónde vamos? ¿Adónde vamos? —preguntó Felix una y otra vez, entusiasmado.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jeanne.

—Ya lo veréis cuando lleguéis allí.

«Allí» era el Parque Provincial de Kejimkujik. Mary May les dijo:

—Hace muchos años esto era territorio mi'kmaq.

Jeanne y Felix, después de horas metidos en la furgoneta hasta que las piernas les quedaron como palos paralizados, saltaron y corrieron bajo las tsugas de aquel bosque primario. Había un jardín rocoso bajo los resplandecientes árboles de color verde azulado.

Felix descubrió que el envés de las ramas despedía un brillo plateado; en la profunda sombra crecían culantrillos, elegantes ramas curvas de color negro ébano y pequeñas hojas semejantes a mitones. Las tsugas respiraban muy suavemente. Se quedó prendado de la *Tsuga canadensis*.

—Ojalá mamá viera esto —dijo Jeanne, admirando los relucientes tallos de los helechos, percibiendo aquel olor almizclado. En la orilla encontró un bosque de falzia ébano y, mirando alrededor, encontró un sinfín de tonalidades de verde: cuarzo, viridiana, esmeralda. Fue un día magnífico y grato que los niños no olvidarían.

En el instituto, los profesores hablaban de la elección de carrera. Jeanne se enteró de que los botánicos vivían en un mundo de tallos y hojas. Felix Mius no trabajaría en nada relacionado con el petróleo o el gas en Encana ni en Mime’j Seafoods; tenía previsto acceder a la Facultad de Ingeniería de Montes. Todo el mundo sabía que Jackson Mius había trabajado con un tiro de caballos en el sector maderero, en Maine, allá por los años sesenta, y luego había ido a la Universidad de Maine y obtenido un título y un empleo en investigación forestal en el sector público. Él lo había conseguido, y también Felix lo lograría. Los primos se fijaron la meta de entrar en la universidad. Debían estudiar dos años en el centro universitario de la comunidad antes de poder presentar sus solicitudes. Lo tenían todo en contra.

Después de graduarse se trasladaron a la casa de la tía Alice Sel en Dartmouth, su guardería y residencia para algún que otro joven mi’kmaq que decidía probar la vida urbana. Se matricularon en el centro universitario de la comunidad y encontraron empleos a tiempo parcial.

El nivel inferior del tráfico en la cocina de Alice presentaba siempre un atasco de niños pequeños; el nivel superior lo ocupaban amigos y parientes, la viva imagen del caos. Jeanne lo consideró un manicomio hasta un sábado de septiembre que bajó y encontró la cocina vacía, la casa en silencio. La luz otoñal, un sirope de color melifluido, bañaba la mesa gastada y las sillas desemparejadas. La cocina de Alice era preciosa.

—Ese par... desde luego se dejan la piel con sus tareas. Diría que es bueno que se tengan el uno al otro. Como hermano y hermana —comentó Alice a su hermana, Mary May. Se hallaban sentadas a la atestada mesa de la cocina con la tetera y unas tazas.

—Bueno, espero que eso no acabe en algo... raro. Me preocupa un poco que estén tan unidos. Ya sabes, siendo primos y tal. Ruego a Dios que no hagan nada que no deban.

Alice lanzó a su hermana una mirada mordaz.

—Deja de preocuparte. Él sólo cuida de ella. Creo que Jeanne nunca tendrá una relación romántica con nadie. Y Felix lleva chicas al cine cuando puede permitírselo. Pero no a Jeanne; cuando ella quiere ver una película, va sola.

Los primos se esforzaban con sus trabajos en el centro universitario: no podían acceder a la universidad sin los créditos. Ninguno de los dos hablaba un mi'kmaq fluido; el inglés había sido su primera lengua, pero algunas mañanas, temprano, se sentaban juntos ante el ordenador para aprender palabras mi'kmaq, imitando la pronunciación de los locutores de Listuguj. De pronto Alice entraba y lo echaba todo a perder criticando sus esfuerzos.

Los sábados Jeanne llevaba la colada a la lavandería Bucket O'Suds. Mientras la ropa daba vueltas en el tambor, ella hojeaba una pila de ajadas revistas y viejos boletines informativos que ofrecían semblanzas de gente de la provincia. Despertó su interés una en particular; arrancó la hoja.

Esa noche, mientras tomaba el té después de la cena para ayudar a bajar el pastel industrial, enseñó a los demás el recorte.

—Es un artículo sobre una mujer, Sapatisia Sel. ¿Y si es pariente nuestra?

—Si todos los parientes Sel nos dieran un dólar, seríamos ricos —dijo Felix—. ¿Qué pasa con Sapatisia Sel?

—Aquí dice que recolecta árboles y plantas medicinales.

—¿Otra más? —comentó Felix con desdén. A lo largo de los años, un sinfín de blancos se habían dedicado al «estudio» de las plantas medicinales mi'kmaq, y las ancianas de la reserva estaban habituadas a que las

interrogaran sobre los remedios curativos tradicionales.

—Conozco a Sapatisia —dijo Alice, y tomó la hoja. Leyó por un momento y examinó el retrato—. Ésa es la hija de Egga. Es una pariente nuestra de los Estados Unidos. Estuvo aquí una vez. Aquí dice que sabe de hierbas medicinales antiguas.

—Y planta árboles.

Felix aborrecía las clases de recuperación obligatorias de gramática y composición inglesa, que se le antojaban innecesarias para estudiar ingeniería de montes en el futuro. No era que le disgustase aprender; Jeanne y él se empapaban de toda clase de conocimientos. La lectura y el estudio incesantes los tenían agotados, y un día decidieron, cosa poco común, tomarse una tarde libre para ir a escuchar la conferencia del doctor Alfred Onehube, de Manitoba, sobre el estado de los bosques de todo el mundo.

Onehube se reveló como un ecoconservacionista militante. Varias personas relacionadas con la producción y la venta de madera se levantaron y abandonaron la sala. Felix y Jeanne, en cambio, se quedaron sentados en el borde de sus asientos escuchando con los cinco sentidos la retahíla de pecados cometidos contra el bosque.

—El gusano minador, por ejemplo —dijo el doctor Onehube a la velocidad de un AK-47—. Los ciclos naturales de infestación del minador se producen poco más o menos cada treinta o cuarenta años. Cuando los insectos consumían todo su suministro de alimento, desaparecían. Los árboles muertos caían, y allí quedaban, esperando el fuego. El fuego llegaba, nuevos árboles crecían de las cenizas. Pero después de la Segunda Guerra Mundial se necesitaban todos los árboles que estuvieran a nuestro alcance para hacer pasta de madera y papel. Todo el mundo disponía de nuevas armas químicas y de aviones, excedentes del ejército. Así que cuando el minador de la píceas invadió los bosques boreales, en la década de 1940, el Servicio Forestal los roció con DDT. Los minadores murieron, pero algunos supervivientes se inmunizaron contra el DDT y atacaron las píceas de inmediato. El ciclo mortal prosiguió durante años: se rociaba a los minadores con DDT, el rociado prolongaba las infestaciones, que abarcaban zonas cada vez mayores. Nuestro

río Miramichi, hábitat de los mayores salmones del Atlántico que se adentraban en tierra, se convirtió en un río mortal, ya que el DDT acabó con todos los diminutos animalculos acuáticos de los que se alimentaba el salmón.

Hizo un alto y bebió medio vaso de agua en la tarima, derramándose un poco en la chaqueta, donde las gotas resplandecieron a la luz hasta que las absorbió la tela. Alzó la vista hacia las lámparas, pareció tomar aliento y prosiguió con su acelerada y seria voz de barítono.

—Ahora conocemos mejor el DDT. Pero ¿qué nos lleva a pensar que estamos mejor informados sobre los efectos de la tala masiva en un ecosistema muy frágil? ¿Eh? A este respecto hay innumerables incógnitas. Y ni siquiera sabemos cuánto no sabemos. —Finalmente, cuando el público empezaba a consultar sus relojes y algunos sentados al fondo abandonaban discretamente la sala con sentimiento de culpabilidad, acabó hablando de la incapacidad del bosque, la ignorancia, la fibra de madera; las batallas y perturbaciones, la destrucción química, un crecimiento lento, imparable. Bajó entonces la voz en un recurso oratorio, se interrumpió y después musitó al micrófono—: Ahora estamos acabando con esta tierra fría de árboles pequeños, el gran territorio de cría para millones de aves, el pulmón depurador de la Tierra, el manantial de nutrientes de los océanos que lo revitaliza todo: el principio de la gran cadena alimenticia. Ustedes... —dijo, mirando al público—, nosotros estamos matando... al... gran... bosque... boreal.

Se oyó un frufú cuando la gente se revolvió en sus asientos; a continuación, un parco aplauso y el ruido de los asientos abatibles al volver a su sitio cuando la gente se levantó. Un miembro del centro universitario salió a la tarima y anunció que el doctor Onehube hablaría a las doce de la mañana del día siguiente acerca de la sobrepoblación, una conferencia titulada: «No quedan asientos».

Cuando abandonaban el auditorio, Felix oyó decir a un hombre a sus espaldas:

—Otro ecochiflado aficionado a abrazar árboles.

Jeanne tensó el rostro. Sin mirar a Felix, dijo:

—Me siento como una estúpida, totalmente impotente. ¿Qué hacemos llenándonos la cabeza de palabras? Felix, ¿qué podemos hacer?

—No lo sé.

Caminaron en silencio. La lluvia había cesado, barrida por el viento cada vez más intenso, cuyo filo cortante surcaba el agua.

Fue imposible volver a su programa de estudio después del llamamiento al activismo, pero ¿por dónde empezar? Jeanne reorganizó las pilas de papeles y libros en su mesa de estudio. Encontró la semblanza de Sapatisia Sel arrancada del boletín de la compañía eléctrica y la leyó con renovado interés.

—Felix, quiero saber por qué esta mujer dijo que las plantas medicinales mi'kmaq ya no pueden utilizarse. Estoy segura de que ella sabe cómo ayudar al bosque. En este artículo dicen que vive en el cabo George. Vamos a buscarla.

—¿Cómo vamos a llegar hasta allí? No tenemos coche.

Lo dejaron ahí durante varios días. Alice pilló una gripe, y Jeanne dejó de ir a clase para ocuparse de los niños y la cocina. Los amigos de la reserva de Alice llevaron medicinas mi'kmaq para la enferma. A Jeanne le complació ver que las medicinas se utilizaban y oír sus cantarines nombres pese a que desconocía lo que significaban: *wijok'jemusi*, *wisowtakjijkl*, *pako'si-jipisk*, *pko'kmin*, *miti*, *pakosi*, *tupsi*, *l'mu'ji'jmanaqsi*, *kjimuatkw*, *stoqon*. Mañana, tarde y noche inundaban a Alice con enjuagues, gargarismos, tisanas, decocciones, caldos, tés e infusiones.

—Ya ves —dijo Jeanne a Felix—. ¡Las medicinas todavía se usan! Esa Sapatisia tiene algo que explicar.

Transcurrida una semana, Alice volvía a estar en pie, curada.

—Mientras guardaba cama, he decidido dejar las reuniones del Programa de Ayuda a la Infancia. Llego demasiado cansada al final del día —dijo, y en efecto lo aparentaba: su cara redonda se veía moteada e hinchada como un suflé de queso.

—Autostop —susurró Jeanne a Felix, que forcejeaba por ponerse su vieja cazadora rota.

—No te rindes, ¿eh?

Y salió a la penumbra del crepúsculo.

Alice encontró la manera.

—Podéis conseguir que os lleven —dijo—. Parece que Johnny Stick va en esa dirección. Es bastante buena compañía ahora. Empezó a asistir a esas reuniones sobre «la verdad y la reconciliación» hace unos años. Va bien saber que uno no viaja solo en ese barco.

—¿Qué le pasaba? —preguntó Felix, que había advertido cierto tono en la voz de ella.

—Ah, aquel asunto de cuando era niño. El internado.

—¿El señor Stick está como para viajar con él?

—Sí. Está perfectamente. Trabaja allí de carpintero arreglando la barandilla del viejo faro, que no ha enviado una sola señal a los marinos desde hace ochenta años pero a los turistas les gusta. En verano montan un tenderete de patatas fritas en el aparcamiento. Hacen buen negocio, y por eso la barandilla vieja y precaria se mancha de grasa de las patatas y sal. Me ha dicho que estéis preparados mañana por la mañana. Temprano. Llevad mantas. Puede que tengáis que dormir en cualquier sitio más de una noche.

El señor Stick era un hombre que ya empezaba a dejar atrás la mediana edad, de mandíbulas oscuras bien afeitadas. En la parte de atrás de la furgoneta transportaba una enorme nevera roja y, bajo una lona, las secciones de la barandilla para el faro.

—Una bonita barandilla de arce —comentó—. Tiene el mismo acabado que una sartén antiadherente. ¿Y a qué parte del cabo queréis ir?

—No lo sabemos. O sea, busquemos a una mujer que se llama Sapatisia Sel. Pero no sabemos dónde vive exactamente.

—Os propongo una cosa. Si me ayudáis a colocar la barandilla en su sitio, tendréis cubierto el viaje de ida y vuelta y un sitio donde dormir. Y la comida.

Jeanne asintió. El señor Stick contempló el horizonte durante un largo minuto antes de salir de su ensimismamiento y decir con brusquedad:

—En marcha, pues. ¡Subamos!

Hablaba mientras conducía.

—Ya sé a quién os referís. La hija de Egga Sel. Sapatisia. Allí en el cabo no vive mucha gente, aparte de quienes visitan el motel y el restaurante en la temporada turística. Imagino que ella tiene alguna casa cerca. En algún sitio.

Sabían que allí todo era para los turistas, los despreciados turistas que mantenían viva Nueva Escocia.

—Sapatisia conoce las antiguas medicinas mi'kmaq. Por eso queremos hablar con ella —explicó Jeanne.

—Ronda por los acantilados una mujer con una cesta. La primera vez que la vi pensé que quizá recogía bayas, pero no era la temporada. Nunca la he visto desde tan cerca como para hablar con ella. Yo conocía bastante a Egga. Hace mucho. Al menos creo que era ella. No estoy seguro. En el sendero del acantilado debajo del faro. La vi cuando tomaba las medidas para la barandilla. Pasé allí tres noches, dormía en la furgoneta, y vi a esa mujer un par de veces. Allí abajo debe de crecer buen material.

»Es una Sel. ¡Buscad un mi'kmaq que no tenga un pariente Sel! Levantaos muy temprano para eso. Yo tengo algunos primos Sel *gneg wetagutijig*.

Avanzando lentamente en la bruma cada vez más espesa, el señor Stick añadió que Felix y Jeanne, en los ratos que no lo ayudaran, podían estar atentos por si aparecía esa mujer.

—Sapatisia... estudió en la universidad, viaja por todo el mundo. Pero no sé si la veréis, tal como se está levantando la bruma. Hoy no os hagáis muchas ilusiones —advirtió a la vez que doblaba por el camino de grava del faro.

—¡Mirad! —exclamó Jeanne, señalando hacia el almacén. Todos vieron un leve movimiento.

—¡No, no! Todavía se la ve. *Ala'tett*. Allí. —El señor Stick señaló una mancha que desapareció mientras hablaba—. Esperad hasta mañana. Creo que volverá.

Encendió una fogata en el aparcamiento, preparó unos perritos calientes en una sartén de hierro colado. Luego, bostezando, les dio las buenas noches y se retiró a su furgoneta, donde vieron el destello de una botella cuando él la empinó. Los primos entraron en el faro y desplegaron sus sacos de dormir.

Durante todo el día siguiente la niebla permaneció densa e inmóvil. Felix y Jeanne mantuvieron sujeta la barandilla mientras el señor Stick atornillaba las secciones a las abrazaderas. Era muy minucioso con las juntas y los ángulos, retiraba nuevamente las secciones y realizaba ajustes mínimos. Trabajaba sin hablar. La luz ya menguaba cuando se dio por satisfecho con la barandilla.

La mañana siguiente amaneció despejada y luminosa gracias a un vigoroso viento que les agitaba las mangas de las cazadoras. El señor Stick desayunó pan seco, sin ofrecerles nada, y bebió abundantemente de su termo té negro frío como el mármol; luego se fumó una pipa.

—Tengo que limpiarla un poco —comentó, refiriéndose a la barandilla. Jeanne y Felix subieron a lo alto del faro.

—Vaya vista. Veo dos buques cisterna. No, uno es el transbordador.

—Veo a Sapatisia Sel —anunció Felix—. Allí en las rocas.

La mujer, vestida con un impermeable de lona y una cazadora, escarbaba con una paleta. El viento agitaba las hojas de un cuaderno abierto sobre una roca.

—Hola —llamó Jeanne.

La mujer alzó la vista y los miró. Era baja y robusta y llevaba recogido en una única y larga trenza el cabello negro. Sus ojos rasgados parecían asiáticos; no dijo nada.

—¿Eres Sapatisia Sel?

La mujer recogió el cuaderno y descendió rápidamente hacia la orilla; en la mano agarraba aún una planta de cuyas raíces caían terrones.

—¡Espera, por favor! Queremos hablar contigo.

Al cabo de unos minutos oyeron arrancar un motor a lo lejos. Para cuando llegaron al pie del faro, la furgoneta roja avanzaba ruidosamente por la carretera. Se había ido.

—Yo diría que no le apetece hablar —comentó el señor Stick—. Dentro de diez minutos vuelvo a Dartmouth. ¿Queréis que os lleve? ¿O vais a quedaros?

—Sí, llévenos —respondió Jeanne, con la esperanza de que el señor Stick parara en alguna tienda del camino. Pero no se detuvo; condujo cada vez más deprisa a través de la bruma que se había tragado a Sapatisia Sel.

Por alguna extraña razón, el señor Stick se sintió responsable de la frustrada búsqueda por parte de los primos y acudió a Lobert Sel, cuya mente ya flaqueaba, pero que sin embargo parecía saber dónde estaba la casita de Sapatisia. Apoyó su dedo tembloroso en un enclave que, según dijo, era Pussle Cove.

—A un par de kilómetros al este del faro. Sin indicador en la carretera.

El señor Stick entregó el papel manchado a Alice, que esa noche lo dejó junto al plato de Jeanne. Así que tenía unas señas. Para llegar hasta allí sacó dinero de su cuenta de ahorros en el East Coast Credit Union y, dándoselo a Felix, le pidió que alquilara un coche. Ella no tenía carné.

Indiferentes a la lluvia, los primos tenían una sensación de libertad vacacional. El coche de alquiler avanzaba con su monótono zumbido, la carretera mojada se desplegaba ante ellos y el limpiaparabrisas marcaba un ritmo lento. Compartieron una bolsa de donuts de mermelada que Felix había comprado en Tim Hortons. Dejaron atrás el faro de Wreck Point, y él aminoró la marcha.

—Es ahí. Tiene que ser ahí. —Jeanne señaló una pista desdibujada que se desviaba discretamente de la carretera principal hacia unas píceas negras azotadas por el viento—. Veo huellas de neumáticos.

Felix dobló con cautela y encarriló el coche por las roderas encharcadas, cuya superficie punteaba la lluvia, y avanzó despacio entre las ramas extendidas como garras. Vieron una casita sin pintar en la orilla del mar, y el tenue humo que exhalaba la chimenea. Cerca, una picea retorcida por el viento y un cobertizo se inclinaban hacia el oeste. Un gavián rastrero permanecía acurrucado en el árbol.

Antes de que llamaran, la puerta se abrió, y Sapatisia Sel, vestida con un grueso suéter que parecía tejido de bruma y zarzas, se quedó mirándolos con rostro inexpresivo. No era vieja pero tenía la piel muy curtida, un tablón

arrastrado por las olas hasta la playa.

—Muy bien —dijo en voz baja—. Aquí estáis. Otra vez. ¿Por qué? ¿Quiénes sois y qué queréis? ¿No sabéis qué es la intimidad?

—Venimos de Dartmouth —contestó Jeanne, y esperó como si con eso lo hubiese explicado todo.

—Eso ya lo suponía —dijo Sapatisia—. ¿Por qué venís a molestarme?

—Soy Jeanne Sel, y éste es mi primo Felix. También Sel. Somos estudiantes. Leí este artículo —le tendió el manoseado recorte— sobre ti, y tengo una pregunta.

—¿Qué pregunta? —No cogió el papel.

—Verás, tú dices que las plantas medicinales de antes ya no pueden usarse. ¿Por qué no? O sea, si sabemos que determinada planta curaba ciertos dolores o el escozor, ¿por qué no sirve ahora? Nuestra tía Alice acaba de pasar la gripe, y todo el mundo le llevó medicinas mi'kmaq, y mejoró.

Sapatisia Sel dejó escapar un sonido a medio camino entre un gemido y un suspiro.

—Dios bendito, ¿y habéis venido hasta aquí sólo para preguntarme eso?

Las ventanas impregnadas de salitre daban al Atlántico, y era como si el mismísimo océano estuviera suspendido en el espacio. La única mesa de la sala parecía robada de un parque provincial. Junto a la puerta se alzaba un armario inmenso, pintado de rojo.

—Antes era la casa de un pescador —explicó Sapatisia—. La reformé. Para los pocos meses que paso aquí, me sirve.

Contra la pared oeste, Jeanne vio un banco atestado de instrumentos botánicos, un microscopio grande, una prensa botánica maltrecha y ennegrecida por el paso del tiempo, provista de capas de papel secante, asomando a los lados los extremos de tallos oscuros.

—Sentaos —dijo Sapatisia Sel, señalando hacia la mesa con el pulgar—. ¿Así que estáis tan desesperados por saber por qué no pueden utilizarse las antiguas plantas medicinales que recorréis en coche casi doscientos kilómetros un día de tormenta para venir a preguntármelo a mí, a quien no conocéis de nada? Quizá penséis que tengo la respuesta. Pero no. —El pelo suelto le caía

en mechones sobre los hombros—. Desde la conquista, el aire se ha llenado de pesticidas y fertilizantes químicos, de partículas de gases de escape y humo. Tenemos lluvia ácida. Los bosques profundos han desaparecido y ahora el clima está cambiando. ¿No podéis deducir por vosotros mismos que las antiguas plantas medicinales crecían en un mundo distinto?

A Felix, que había mantenido muchas peleas en el patio del colegio, le gustó su voz grave, pero no su actitud combativa.

—Aquellas plantas estaban rodeadas de árboles fuertes y sanos, árboles que ya no existen, árboles sustituidos por especímenes débiles y enfermos. No podemos más que intuir la relación simbiótica entre esas plantas y los árboles y arbustos de su época. —Miró por la ventana y tamborileó con el pie—. Y debo admitir que sois dos jóvenes poco corrientes, para venir hasta aquí en busca de respuestas. ¿Estudiáis botánica?

Empezaron a contarle su vida. Le hablaron de la casa de Alice y de cómo habían acabado allí.

—Sois dos ilusos —dijo Sapatisia Sel—. ¿Y ahora volveréis y seguiréis con vuestros estudios?

—Tenemos que aprobar los exámenes. Para poder entrar en la universidad.

—¿Y eso para qué?

—Para tener una carrera. Para ser alguien en la vida.

—Ya sois alguien. ¿Queréis decir alguien más importante que pobres estudiantes mi'kmaq?

—Sí. Supongo —contestó Jeanne, y Felix, que no quería asentir, asintió—. No es sólo por nosotros —continuó Jeanne—. A Felix le preocupan los bosques. Y a mí también. Queremos hacer algo.

Felix vio que la mujer relajaba un poco sus hombros rígidos. Le habló de la conferencia del doctor Onehube sobre el bosque boreal.

—Bueno, Alfred sabe motivar a la gente.

—¿Lo conoces?

—Hemos trabajado juntos en algún proyecto. —Se levantó y se paseó por la sala, se acercó a la puerta, la abrió y la cerró—. Empezáis a interesarme, vosotros dos, ahora que hemos dejado el asunto de las plantas medicinales.

Sois jóvenes y estáis muy verdes, no conocéis la dinámica del mundo ni sabéis que seréis castigados por la temeridad de desear tener un título.

Fuera, al otro lado de la ventana, en el crepúsculo cada vez más oscuro, Felix vio al gavián rastrero posarse de nuevo en su árbol con algo flácido entre las garras.

Pensó en el largo viaje de regreso a casa.

—Hablas como una profesora. ¿Eres profesora?

—He pasado por la universidad, dando clases, conferencias. También yo quise estudiar una carrera, estudié una carrera y abandoné esa carrera. He aprendido lo suficiente para saber que nuestro mundo de hoy necesita ayuda desesperadamente. Ayuda que no está recibiendo. Ya no doy clases. Tengo un proyecto y trabajo en él. Con otros. Mis intereses se centran en los ecosistemas superpuestos, las dificultades para comprender el tejido del mundo natural. Así que si habéis venido para hablar de investigaciones sobre el genoma de las plantas medicinales, os habéis equivocado de sitio.

A Felix no le inspiraba simpatía, pero reconocía que tenía algo, y Jeanne estaba boquiabierta, mirando ávidamente a Sapatisia Sel, en espera de la siguiente frase.

—Observamos los modelos, examinamos las causas y los efectos aparentes, nos enfrentamos a los comodines, nos preocupamos por el crecimiento demográfico. Los humanos superan ya en número a toda forma de vida mamífera que haya existido jamás. Eso quizá sea imparable. Tenemos pesadillas como las corrientes oceánicas y la extinción de la estrella de mar, el deshielo, la creciente violencia de las tormentas invernales. Y pensamos en la degradación del bosque. El bosque, el principio y el probable final. Como dice Onehube. —A continuación, con aquella voz grave que sonaba como si hablase sola, añadió—: Pero otros están planteando problemas y finales más aterradores que los que Alfred Onehube ha soñado siquiera. —Pareció que había terminado de hablar, pero empujó hacia ellos un cuaderno y dijo—: Anotad vuestras direcciones. Me pondré en contacto con vosotros. —Y los despidió.

claro de luna

El otoño salió a trompicones del equinoccio, un día hielo negro, al otro las ramas de los árboles lustrosas bajo la luz del sol. Unos cuantos turistas dispersos rondaban aún por allí, irritantes como la grava. Jeanne, que trabajaba los fines de semana en un puesto de información, recogía (como todos los demás) sus absurdas preguntas, en especial las de los estadounidenses que pensaban que el camino entre Halifax y Antigonish podía ser más corto contado en millas que en kilómetros.

—Llego tarde, llego tarde —musitó Felix, un conejo blanco corriendo por la cocina. Echó mano a una chuleta de cerdo a medio freír que había en la sartén y subió a toda prisa por la escalera.

—No te comas ese cerdo; todavía está crudo —advirtió Alice alzando la voz—. Un poco de sentido común. Por cierto, tienes correo.

Felix, cambiándose de ropa mientras masticaba la carne roja de cerdo, consultó el reloj. De camino a la puerta de la cocina, volvió a dejar la chuleta en la sartén y cogió el sobre beis. Vio «Proyecto Árbol Breitsprecher» y una dirección de Chicago en el ángulo superior izquierdo. Se detuvo y dio la vuelta al sobre.

—Jeanne también ha recibido una, igual que ésta —informó Alice, y señaló con el mentón el plato de Jeanne, donde esperaba el sobre apoyado—. Otra vez llega tarde. Por algo relacionado con la facultad.

Felix rompió el extremo del sobre y sacó la carta. Algo cayó al desdoblarla y fue a parar bajo la mesa. Leyó y releyó la carta, sin entenderla. Le notificaba que era beneficiario de una beca por valor de cinco mil dólares

concedida por el Proyecto Árbol Breitsprecher y la firmaba un tal Jason Bloodroot. ¿Qué significaba eso? Leyó la carta una vez más y recogió el cheque del suelo. Estaba extendido a nombre de Felix Sel. Parecía auténtico. Según la carta, debía ponerse en contacto con la doctora Sapatisia Sel en el plazo de diez días para obtener más información acerca del proyecto.

—¡Mira tú por dónde! —exclamó—. Doctora, doctora Sapatisia Sel.

Allí constaban su dirección y su número de teléfono móvil. Lanzó un grito tan estridente que Jeanne lo oyó desde la calle. Al entrar, lo encontró bailando alrededor de la mesa y abrió su carta, idéntica.

—Telefonéala —instó Felix—. Fuiste tú quien nos puso en contacto con ella. Llámala tú, pues.

Al día siguiente, en la cena, Felix examinó el mapa provincial de carreteras buscando una ruta alternativa.

—La última vez el viaje fue demasiado largo. Pero ¿y si vamos por aquí? —Hincó el lápiz en el mapa—. Un atajo.

Jeanne ya tenía edad de sobra para saber que ningún hombre en el mundo se dejaba disuadir de tomar un atajo desconocido.

Y ahora el coche de alquiler de color verde lima se adentraba en la mañana cada vez más oscura. Habría sido mejor viajar por la carretera de la costa. El atajo parecía el lecho seco de un río. El coche de alquiler, aunque parecía desmochado por fuera (como una troza tras pasar por manos de un leñador), a Jeanne se le antojó una maravilla tecnológica. Empezó a tocar la pantalla táctil del GPS.

Aquella carretera comarcal era una montaña rusa de asfalto roto. Tantos eran los resaltes por helada que el coche a duras penas podía seguir el ritmo. No había pueblos, ni casas, sino sólo un renoval muy reciente de píceas y matorrales en representación del gran bosque que crecía allí siglos antes. En las zonas altas, veían el océano mate y su línea gris de lluvia. Diminutas gotas salpicaban el parabrisas.

—No creo que esto sea la ruta turística —comentó Felix, esquivando una rama caída—. No sé muy bien dónde estamos. Y a este coche urbano no le gusta ir por aquí.

—Pero vemos el mar, así que la carretera debe de estar entre esto y la costa. Cuando veas un desvío a la derecha, cógelo.

—¿Qué hora es?

—Casi las once. Llegamos tarde.

El coche rozó el suelo con los bajos en una serie de socavones. Algo oscuro y delgado cruzó la carretera.

—¿Qué ha sido eso?

—Un visón, uno de esos grandes que se habrá fugado de una granja.

—¿Te acuerdas de lo que dijo el doctor Onehube de esas granjas? Contaminan los ríos, y los visones escapan y se cruzan con visones salvajes produciendo alteraciones genéticas.

La carretera degeneró en lodazal salpicado de piedras. Felix agarró con fuerza el volante y siguió avanzando muy despacio. El coche circulaba con dificultad.

—¿Sabes? —dijo Felix—. He averiguado una cosa interesante sobre la doctora Sapatisia Sel. Adivina.

—¿Qué? ¿La eligieron reina de la fiesta de fin de curso en su día?

—Probablemente no. Estuvo casada. Casada con alguien a quien conocemos.

—¿Con quién? —Jeanne no se lo creía. ¿Cómo podía haberse casado su heroína?

—Bueno, no es alguien a quien conozcamos de verdad; es alguien a quien hemos oído hablar.

—No. ¿No te referirás a Onehube?

—Sí. Ella fue alumna suya. Y se casaron.

Jeanne se estremeció. Prefería pensar en Sapatisia como una Heroína Solitaria.

—En todo caso, ¿qué importancia tiene? Se divorciaron.

Jeanne calló.

—Onehube es un buen tío. A nosotros nos motivó.

—Me pregunto por qué se separaron.

Monte abajo, pasaron frente a grupos de tablonos variopintos y techumbres acanaladas, una con un desesperanzado cartel de EN VENTA. De pronto las nubes empezaron a rajarse como tela podrida, dejando a la vista enaguas de vivo color azul. Cuando una hendidura de sol tiñó el paisaje empapado y tocó el mar, una bandada de aves migratorias cortó el cielo como una tijera enloquecida.

—No tardaremos en llegar —anunció Felix—. Pero no sé dónde estamos.

Jeanne empezó a recorrer con el dedo la pantalla táctil del GPS. Apareció un diminuto punto rojo en un hilo arrugado que representaba una carretera.

—¡Mira, Felix! ¡Nos muestra a nosotros en esta carretera!

—¡Muy bien! —dijo Felix.

Jeanne se prometió comprarse ese modelo de coche si algún día llegaba a tener dinero. De pronto una sonora voz femenina dijo: «A quinientos metros, gire a la derecha». Jeanne chilló.

—Tienes poco mundo —dijo Felix, y accedió a la autovía mojada. El sol transformó la superficie asfaltada en laca negra y al cabo de unos kilómetros pasaron frente al faro.

Allí estaba la furgoneta roja de Sapatisia Sel, junto a un sedán con manchas de óxido y un jeep tan embarrado que no se le veía el color. Felix aparcó junto al jeep. Al abrigo de la casa, vieron dos grandes tiendas de campaña. En una de ellas, un letrero rezaba HOMBRES.

—La otra debe de ser para las mujeres —comentó Jeanne—. ¿Serán los aseos?

—Ahora sí que hablas como una turista. El excusado está por allí —dijo Felix, y señaló con el pulgar hacia el cobertizo inconfundible en la pared del acantilado. El gavián rastrero, posado en su rama, los observó—. Yo diría que las tiendas son para dormir.

—Entremos.

El gavián emitió un sonoro tektektek.

La sala parecía distinta, más acogedora. Cubrían la mesa de pícnic robada papeles, dos ordenadores portátiles, un brik de leche de almendras y unos platos de plástico. Sapatisia, dos mujeres jóvenes —una de pelo negro con un complejo peinado, la otra de pelo rubio muy claro— y un hombre bronceado con una chaqueta de leñador a cuadros, sentados a la mesa, tomaban una infusión —gaulteria, le pareció a Jeanne al percibir el tonificante aroma— y comían muslos de pollo fritos.

—Lo habéis conseguido —dijo Sapatisia. Vestía aún vaqueros sucios y el grueso suéter gris—. Sentaos y comed algo. La ensalada de repollo... ¿dónde está? —Hizo ademán de levantarse.

—La tengo yo —dijo el hombre. Sus ojos parecían magullados. Era mayor que los demás, alto y delgado, con una cicatriz que le torcía los labios en una mueca. Estiró un largo brazo y empujó la ensalada de col a lo largo de la mesa. Miró a Jeanne y Felix.

—Éste es Tom Paulin —dijo Sapatisia, y pasó a hacer unas expeditivas presentaciones—: Jeanne Sel, Felix Sel, Tom Paulin, Hugdis Sigurdsson y Charlene López. Ahora comamos y después hablaremos del proyecto.

Llevaba recogido en una coleta el cabello oscuro y greñado, semejante a la cola de un percherón; la luz que entraba por la ventana se reflejaba en sus ojos con un pálido destello. Felix repitió para sí «Tom Paulin»: Tom Paulin, el repartidor de ensalada de col. Algo en la espalda erguida y los movimientos de aquel hombre insinuaba tensión.

Echaron a la estufa los huesos roídos de pollo; Jeanne percibió el olor a chamusquina.

—Pues bien —empezó Sapatisia—. Seré breve: el Proyecto Árbol Breitsprecher se dedica a la replantación forestal. Tenemos lazos con treinta grupos conservacionistas y a menudo trabajamos en el marco de sus programas. Nosotros seis formamos un grupo de trabajo. Preferimos ser diez, pero esta vez somos sólo seis. Puede que se incorpore algún otro más adelante. Esta temporada seremos el único equipo que trabaje en Nueva Escocia, y hay mucho por hacer. Plantaremos árboles y supervisaremos terrenos experimentales plantados hace tres años. Consignamos

detalladamente su evolución a lo largo de un decenio. El año pasado, una parcela en particular presentaba serios indicios de un alto grado de clorosis. Hay docenas de variables. Yo tengo un sitio predilecto, que es donde observamos los efectos de los hongos micorrizales en el crecimiento de los plantones. La tierra quemada presenta deficiencias de micorrizas y, sin ellas, los plantones no se dan bien; su presencia aumenta la absorción de nutrientes y minerales.

Sapatisia miró a los presentes en torno a la mesa: Jeanne y Felix tomaban notas; Charlene la miraba; Tom Paulin permanecía en su privada lejanía.

—Vuelve con nosotros, Tom —dijo Sapatisia con delicadeza. Conocía algunos detalles de su vida: había vivido experiencias fatídicas en Afganistán años atrás y, al volver a casa, de algún modo los árboles lo habían salvado. Él la miró y esbozó un amago de sonrisa semejante al reflejo del sol en un espejo. Ella prosiguió:

—Siempre que sea posible visitaremos las ecorregiones de la provincia, pero mañana empezaremos por el altiplano. Es útil tener controladas zonas pequeñas, saber qué tiene de especial cada una. En cuanto uno sabe evaluar distintas geografías, suelos y sistemas hidrológicos, reconocer lugares nuevos se convierte en algo natural.

—Has mencionado otros lugares —dijo Felix—. ¿Iremos a otros sitios o nos quedaremos aquí?

Tom Paulin movió la cabeza en un gesto de asentimiento y se sirvió más infusión en su taza, que llevaba la marca Mù, el ideograma chino que representa el árbol.

—En esta sesión de tres meses os quedaréis aquí. Puede que el año que viene trabajéis en un bosque tropical.

Jeanne advirtió que Sapatisia tenía las manos oscuras y las uñas rotas. Se miró las suyas, blancas e inservibles. La habitación quedó en silencio y oyeron el leve e incesante reclamo del gavián.

—Si os gusta un tipo de trabajo en particular, podéis especializaros. Tom entiende de hogueras y deforestación. Charlene es nuestra experta en técnicas de plantación. —Señaló con la cabeza a la atractiva mujer de nariz aguileña que llevaba el cabello recogido en un complicado nudo en la nuca. Jeanne se preguntó cómo se las arreglaba para peinarse así en una tienda de campaña—.

Bien —dijo Sapatisia—. Y ahora daré la información esencial para los recién llegados. El Proyecto Árbol os proporcionará comida y alojamiento y cubrirá los gastos de vuestros viajes y todo el equipo y las herramientas. A veces viviréis en tiendas de campaña, a veces en hoteles o en la casa de una familia de acogida. Este mes toca tienda. Todo el equipo trabajará junto en un mismo terreno. Se trata de un trabajo arduo y sucio. La semana que viene, Charlene enseñará a Jeanne, Felix y Hugdis a plantar árboles; nos centraremos en las píceas, los abedules, los abetos, los arces y las tsugas en varias parcelas previamente taladas y muy degradadas, y en parcelas quemadas, todas cerca de aquí para que podamos utilizar esto como campamento. Nos repartiremos las tareas de cocina y limpieza.

—Entonces, ¿este proyecto no trata de plantas medicinales? —preguntó Felix. Había notado que a menudo Sapatisia lanzaba miradas a Charlene. ¿A qué venía eso?

—Puede haber plantas medicinales allí donde éstas son elementos naturales de la zona. No extraigas la conclusión precipitada de que las plantas medicinales sólo benefician a los humanos; los animales y otras plantas utilizan también las medicinas naturales. A menudo tenemos que conjeturar qué plantas componen el monte bajo, porque en tierras muy degradadas no sabemos con total certeza cuál era la vegetación anterior a la tala. Ya lo iréis viendo sobre la marcha.

El gavián macho emprendió el vuelo y su sombra cruzó la ventana.

—Mañana visitaremos el altiplano para examinar el bosque mixto —dijo Sapatisia. Se acercó al armario rojo y sacó una pila de cuadernos con el rótulo PROYECTO ÁRBOL BREITSPRECHER—. Para las anotaciones de campo. No os olvidéis de consultar la biblioteca online del proyecto. Ahí puede obtenerse una gran cantidad de información. —Sostuvo en alto un legajo—. Aquí hay breves descripciones de la geología y el suelo que veremos mañana. Añadid a estas notas vuestras observaciones personales. Y recordad que allí donde hay montañas tiene que haber valles con pantanos y marismas; constituyen un terreno continuo.

—Y alces —musitó Felix. Estaba ahí presente. Agradecía todo aquello que pudiera aprender.

—Sí, y nutrias y castores, ratas almizcleras y libélulas, mosquitos, escarabajos y gusanos, ¿y cómo encaja todo eso en la vida del bosque? Procurad enfocar las preguntas desde el punto de vista del bosque. —Al decir esto, miró a Tom Paulin. A continuación, con tono más enérgico, añadió—: Si tenéis alguna pregunta sobre el fuego y el suelo, hacédsela a Tom. Compartid siempre el conocimiento.

En las hojas que Sapatisia repartió, Felix vio una maraña de palabras nuevas: till glacial, podzoles ferro-húmicos, intrusiones proterozoicas, gleisoles, fibrisoles. Se entusiasmó con los nombres de los suelos. Eso era verdadero conocimiento.

Jeanne tenía una pregunta que la inquietaba desde que abrió el sobre y vio caer el cheque.

—¿Por qué nosotros? —preguntó—. ¿Por qué piensas que esto debe hacerlo gente mi'kmaq?

Tom Paulin miró a Jeanne como si llevara a cabo un viaje de descubrimiento y viera una tierra nueva por primera vez.

—En el proyecto no sólo trabajan mi'kmaq. Algunos son mi'kmaq, vosotros y yo incluso somos parientes, como sin duda sabéis. Pero Hugdis es islandesa y Charlene mexicana. Tom es del sur de Estados Unidos. En Brasil, Perú, Colombia, Camboya, Sumatra, Vietnam, la costa oeste de Estados Unidos..., muchas de las personas que trabajan replantando bosques y resucitando ríos deteriorados son los hijos de los habitantes indígenas del bosque. Gente desposeída que vivió en los bosques durante milenios hasta fecha reciente es la que da un paso adelante para llevar a cabo la reparación. Son ellos quienes mejor entienden cómo debe sanarse el bosque.

»No volverá a haber grandes bosques antiguos hasta dentro de miles de años. Ninguno de los presentes veremos madurar nuestro trabajo, pero debemos intentarlo, aunque seamos sólo una o dos personas con plantones en un cubo dedicadas al esfuerzo de recomponer el bosque. Es de una importancia extrema para todos nosotros los humanos..., no tengo palabras para decir hasta qué punto es importante..., que ayudemos a la Tierra a recuperar la diversidad vital de la cubierta forestal. Y los bosques nos ayudarán. Tienen mucha experiencia en restaurarse a sí mismos.

»Y ahora me voy al mercado de Sobeys. ¿Procuramos cenar a las cinco y media?

Salió, y oyeron cómo la furgoneta roja subía rápidamente la cuesta.

—Cuando ha mencionado a las gentes del bosque —dijo Jeanne a Hugdis—, iba a preguntarle si esa idea de las tribus idílicas que vivían en bosques agrestes no es un mito, como el mito del bosque original anterior a la llegada del hombre blanco. ¿Y en realidad no se hace un favor a esos pueblos cuando se los acerca a la vida moderna?

—¡Jeanne! —exclamó Felix—. No pensarás que los franceses y los ingleses hicieron precisamente un favor a los mi'kmaq «acercándolos» a su idea de la vida moderna. Seguro que no es eso lo que piensas.

Jeanne se sonrojó y, avergonzada, se puso tensa.

—Eso era distinto.

Hugdis cambió de tema contándoles la extraña historia de cómo los nazis, en su demencia, intentaron convertir el bosque polaco de Białowieża en un gran espacio natural primario, y pretendieron también, mediante experimentos de cría, retrotraer la vaca a un animal que, según imaginaban, era el extinto uro. Y a partir de ahí Tom habló de la tristeza del pueblo afgano cuando talaba sus últimos y patéticos árboles para venderlos como leña; hablaron hasta que oyeron bajar por la cuesta la furgoneta roja. «Una cosa de este grupo», pensó Felix, «es que de verdad les gusta hablar de árboles.»

—Esta noche, espaguetis —anunció Sapatisia cuando entró con las bolsas de comida y botellas de vino—. Si a alguien no le gusta la comida, tendrá que ser el siguiente cocinero.

Tom Paulin volvió a llenar la leñera y avivó el fuego de la estufa. Charlene puso a hervir una gran cazuela con agua. Jeanne y Hugdis trocearon cebollas y pimientos verdes. Felix cortó un enorme pepperoni arrugado en rodajas casi translúcidas y buscó platos y tenedores. Sapatisia, después de mezclar la salsa y la pasta, colocó la cazuela directamente en la mesa.

Mientras comían, hablaron de sus vidas y sus familias, pero todos miraban a Sapatisia. Esa mujer llamaba la atención. Para Jeanne, que se había convertido en su discípula al instante, parecía representar todo lo bueno.

Ya casi anochece cuando terminaron. Tom Paulin salió mientras los demás recogían la mesa y Sapatisia enjuagaba la tetera. Jeanne empezó a fregar los platos. Tom regresó y dijo:

—Ha salido la luna.

En la ventana, todos vieron la luna roja, hecha jirones por efecto de la bruma marina, alzarse velozmente desde el mar, palidecer conforme ascendía. Parecía tan cerca como para alcanzarla con un arpón, y daba la impresión de que, al elevarse, también se alejaba. Jeanne sabía que el aparente retroceso de la luna era sólo efecto de su ascenso por encima de la atmósfera distorsionante, pero, pensó, ¿y si esa vez seguía subiendo, cada vez más pequeña y lejana, como la mano de alguien que se despedía desde un transbordador?

La vieja estufa irradiaba calor cuando se sentaron a charlar con sus tazas de té y reanudaron la conversación sobre el trópico.

—Tengo la sensación —dijo Sapatisia— de que a todos os interesan más los bosques tropicales que los boreales.

—Parecen correr más peligro, ¿no? He leído muchas veces que los bosques de Sumatra desaparecerán dentro de veinte años —comentó Jeanne—. Existe una sensación de urgencia.

—¿Y crees que los bosques boreales están menos amenazados? Eso es un error de percepción. Te atrae el lado romántico del trópico. Los medios de comunicación le han prestado mucha atención de un tiempo a esta parte. Disney se llevó un buen rapapolvo por usar pasta de madera de árboles tropicales talados furtivamente para hacer libros infantiles. De repente, empresas fabricantes de suelos de frondosa juran que sólo utilizan árboles de plantación criados ecológicamente.

»Charlene —prosiguió—, tú has pasado un tiempo en Brasil y Colombia. ¿Cuántos árboles y cuántas especies de árbol dirías que crecen en la Amazonia?

—Dios mío, ¿quién sabe? La diversidad es tan grande y las distintas especies están tan dispersas...

—El año pasado —la interrumpió Tom— leí el informe del Museo Field, y decía que llegaban a dieciséis mil especies, y no recuerdo cuántos millones de árboles.

Sapatisia movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Y, según calculan, hay alrededor de trescientos noventa mil millones de árboles en la cuenca del Amazonas.

Tom la miró.

—¿Cómo concebir semejantes cifras? Norteamérica tiene «sólo» mil especies.

Sapatisia torció los labios en una sonrisa irónica.

—Sí, ¿cómo asimilamos esas cifras y esa diversidad ingentes? Pero el informe decía también que, en realidad, la mitad de los árboles se agrupan en un número de especies mucho menor, doscientas veintisiete, que son las predominantes. Éstas incluyen el cacao, el caucho, el açai, las nueces de Brasil.

Charlene sirvió más té.

—Ésos son los árboles que los humanos han visto crecer durante siglos. ¿No hay más de esas especies porque los humanos las han cuidado?

Sapatisia se encogió de hombros.

—Es posible. Sencillamente no lo sabemos. Algunos están seguros de que esas especies hiperdominantes ocuparon una posición privilegiada porque los pueblos indígenas las cultivaban. Por otro lado, algunos piensan que siempre han sido dominantes y su situación es estable por naturaleza. Todo un rompecabezas. Y ahí está el encanto —prosiguió—: en la composición escurridiza de los ecosistemas en general. Vivir en un mundo vertiginoso de cambios alucinantes resulta incómodo. ¡Pero qué interesante es!

Tom Paulin se inclinó. Felix pensó que se le veía más relajado desde la cena, tal vez por efecto del vino.

—Yo estoy pensando en el otro extremo del palo amazónico: no las especies hiperdominantes sino las rarezas. Las especies extintas. Estoy pensando en la «diversidad oscura», en el mismo sentido que en la materia oscura.

—¿La diversidad oscura? —Eso a Felix le sonó bien.

—Es un poco como la presencia ausente. Cuando extraes una piedra hundida del suelo, la forma de la piedra queda en la tierra, en el hueco: presencia ausente. Pongamos que existe una planta poco común en particular que influye en los árboles y en las plantas cercanas. Pongamos que las condiciones cambian y nuestra planta poco común se extingue y su ausencia afecta a las otras plantas: diversidad oscura.

—Pero si las condiciones vuelven a cambiar, ¿volverá la planta ausente? —preguntó Jeanne—. ¿Estás diciendo que la extinción no es para siempre?

—Mañana siéntate conmigo en la furgoneta y aclararemos qué es diversidad oscura y qué materia oscura. Ahora mismo necesito dormir. — Pensó que ella no era bonita pero tenía un color de piel hermoso y delicado. Y sentimientos. Y cerebro.

Ninguno pudo dormir bajo semejante luna. Su acerba luz blanca anulaba la posibilidad de reposo, era como verter ácido en el paisaje, ácido que se filtraba por todas las grietas.

Felix pensó primero en los distintos tipos de suelo, y después en los millones de taladores de árboles que aún no habían nacido. Y en el hincapié que Sapatisia había puesto en el valor del trabajo; no era sólo un empleo sino una causa, la obra de toda una vida. Él había escuchado a Onehube: ¿era ésa la gran cosa que él, Felix, podía hacer? Una lánguida idea afloró a la superficie: tal vez ahora podía hacerlo realmente, el trabajo en el bosque. ¿Había soslayado la barrera del ciclo preuniversitario e incluso la universidad? Sí, estaba en el linde del bosque. Ése era su principio. No podrían obligarlo a retroceder.

Y Jeanne sintió una oleada de júbilo, como un fino rayo de sol que atraviesa el cielo encapotado, una sensación de que ese día su vida se había llenado de frondoso significado. Gracias a Sapatisia Sel.

En su gastado saco de dormir, Tom Paulin se acordaba de Afganistán y los camaradas perdidos, hombres unidos inseparablemente por virulentas experiencias que otros jamás comprenderían. Eso era la diversidad oscura. La vida civil le resultaba insoportablemente solitaria; sentía el amargo sabor de no pertenecer a nada más que a su viejo grupo disgregado, cosidos todos ellos para siempre como las piezas de un abrigo: la soledad de una manga arrancada, pensó. Y un día en el lago Seeley había descubierto los alerces. Huyendo de una desesperación suicida, se había incorporado a una cuadrilla en el bosque primario de alerces donde las tormentas con aparato eléctrico saturaban los cielos estivales. Antiguamente los indios quemaban el monte bajo a fin de que en esas tierras se formaran praderas para los ciervos, pero a lo largo del último siglo los abetos Douglas habían expulsado a los brotes de alerce. Tocó las suaves acículas de un árbol. Y lo asaltó una idea: que uno de sus amigos muertos se hallaba dentro de ese joven árbol. El lancinante pesar por el amigo caído empezó a atenuarse. La cuadrilla prendió el combustible acumulado en torno a los viejos alerces, y al año siguiente brotaron allí árboles jóvenes a miles. Tom visitó después otros bosques, y en cada uno de ellos los árboles jóvenes que veía se convirtieron en los hermanos que había perdido. Cuantos más árboles plantaba, más de ellos resucitaban.

Sapatisia daba vueltas en la cama del altillo donde antaño los pescadores guardaban sus aparejos. Despedía cierto olor a ropa de cama vieja y lana rancia, a botas de agua antiguas y mangos de madera de cuchillos de desescamar. Todos los lugares del mundo, pensó, tenían su olor característico. El olor del antiguo Mi'kma'ki debía de ser el de las piedras húmedas, los sargazos, los pinos y las píceas, la pinaza a medio envejecer bajo los árboles, el viento salitroso y el safrán, el pescado de río y la gente que vivía a sus orillas, el pelo y las extremidades purificados en el aire aromático siempre en movimiento. Se volvió de costado, miró a través de una grieta en el entarimado del suelo y vio el brillo del claro de luna reflejado en las tazas de té. Se volvió de nuevo y contempló el mar resplandeciente.

Sus pensamientos se agitaron como las burbujas en el contorno de una cazuela hirviendo. Aún no habían hecho nada. Todo estaba todavía por decir, no habían preparado nada. No les había hablado aún de los peligros, de que quienes trabajaban en la reforestación eran agredidos y asesinados, de que toda interrupción de la destrucción lucrativa de los bosques invitaba a la represalia. No había mencionado las inundaciones de propaganda y mentiras que los anegarían. No les había hablado de los incendios devastadores, las ricas turberas de los bosques boreales canadienses que ardían más que las de Eurasia, los incendios forestales incontrolables que cambiaban el albedo del planeta. A la mañana siguiente tendría que advertirlos de todo eso.

Otros pensamientos irrumpieron en su mente. ¿Funcionarían como grupo? No todo el mundo era apto para esa vida. Pensaba que Felix encajaría: tenía ansia de trabajo. Tom Paulin era su puntal de apoyo: si seguía vivo, él sostendría el peso de ese grupo. Jeanne podía llegar a destacar en cuanto encontrara su camino. Había que esperar para verlo. Hugdis se marcharía en noviembre. Y estaba Charlene, Charlene enfurruñada otra vez por un agravio imaginado. Y Mayara..., no, no quería recordarla, ¡no la recordaría! Pero ahí estaba Mayara, elevándose en su memoria: Mayara, la activista mestiza y morena, hermana, hija, amante. Sí, y además hermosa. Y el traicionero recuerdo no se detendría ahí, sino que saltaría a Mayara el día en que llevó al periodista extranjero a ver una tala brutalmente destructiva en una reserva protegida, troncos de caoba roja caídos, sus bases aún húmedas, y cuando los leñadores regresaron portando armas en lugar de sierras de cadena. Como si ya lo supieran. Claro que lo sabían. Aquello terminó en cuestión de segundos, breves ráfagas de armas de fuego. Las fotografías mostraban a Mayara partida por la mitad, plegada como si intentara besarse las rodillas. ¡Las rodillas! Aquellas hermosas rodillas morenas y redondas.

A eso siguieron diez días horribles en los que Sapatisia y Alfred Onehube avanzaron tambaleantes a través del campo de minas del dolor, las confesiones de traición, una pena semejante a un cuchillo al rojo vivo, hasta quedarles la garganta en carne viva, hasta acabar los dos extenuados por la magnitud de lo que habían perdido. Y por encima de eso estaba el peso aplastante de otra pérdida tan grande que eclipsaba el dolor de la disolución personal. Ya que después del divorcio ella se fue al hielo.

En los glaciares de Groenlandia, en compañía de los científicos del hielo, experimentó el impacto total de la toma de conciencia: la inminente desaparición de un mundo que antes se consideraba inmutable. Sapatisia había oído durante años que la Tierra y sus formas de vida eran sensibles a leves cambios de temperatura, que las especies medraban y desaparecían conforme variaban el tiempo y el clima, pero había desechado estas alarmas, convencida de que eran puro determinismo medioambiental. En el hielo, su pensamiento cambió como la luna cambia de posición en el cielo. Las pruebas históricas y el análisis profundo de los cambios contemporáneos mandaban señales como flechas de fuego: la Tierra era exquisitamente sensible a las fulguraciones solares, la sombra de la ceniza volcánica, las tormentas espaciales electromagnéticas, los movimientos de magma subterráneos. Toda su vida había dado por supuesto que el hielo polar era un rasgo permanente de la Tierra. No lo había comprendido. «Dios mío, con qué violencia se está fundiendo», había susurrado para sí. Grandes fisuras de miles de metros de profundidad abiertas por el agua de deshielo que erosionaba la dura capa azul, fisuras que se abrían para recibir la embestida de esa catarata, que se abrían hasta las mismísimas rocas situadas debajo del gran lecho helado, y una vez ahí esa corriente avanzaba bajo el hielo hasta el mar, lubricando el enorme casquete por debajo. De pie junto al borde de un abismo horrible y atronador, alguien dijo: «Estamos contemplando algo que nunca antes se ha visto». Esa noche, de vuelta en el campamento, todo el mundo admitió sentirse conmocionado por aquella prueba viva.

«Se avecina una gran crisis», comentó un científico. «Lo que hemos visto esta última semana...», musitó. Sapatisia Sel pensó que se refería a que habían presenciado la extinción de la especie humana. Deseó gritar: «¡Los bosques, los árboles pueden cambiarlo todo!», pero la voz se le heló en la garganta.

El hielo la había asustado sobremanera, y al día siguiente lo telefoneó desde el aeropuerto:

—¿No podemos intentarlo otra vez? ¿No podemos arreglar lo que rompimos? Necesito estar contigo. Nuestras vidas y nuestro trabajo. Ahora entiendo que el trabajo es lo más importante.

—Algunas cosas rotas no pueden arreglarse —había dicho Onehube.

Ella, Sapatisia Sel, estaba ahora aquí, y no se había rendido, pero tenía que dormir, era necesario: tenía que dormir. «¿Qué puedo hacer, sino seguir intentándolo? Pero ¿y si todo es en vano? ¿Y si en realidad era ya demasiado tarde cuando el primer homínido se irguió y contempló el mundo? ¡No!» Lo que ella y muchos otros hacían estaba dando resultado, tenía que dar resultado. Tantas personas esforzándose en reparar el daño, tantas personas desinteresadas demostrando preocupación e intentándolo. Y los propios bosques trataban de volver a crecer. «Dios mío», gimió. «¡Dios mío! ¡Apaga esa luna!»

En el cuadrante este del cielo, la luna era ya pequeña y muy blanca, y su resplandor impersonal iluminaba la costa rocosa, los bosques estragados, las taladoras-apiladoras en silencio, una reluciente masa negra de turba y el bosque erizado, como si todo ello fueran negativos antiguos. Iluminaba los nudillos blancos de Onehube en torno al volante. El propio mar se elevaba hacia la luz. Y seguía elevándose.

AGRADECIMIENTOS

Es imposible enumerar a todas las personas que me han ayudado mediante sugerencias y recursos durante la elaboración de *El bosque infinito*, pero incluyo aquí a algunas de ellas.

Partes de dos capítulos aparecieron de forma un tanto distinta en *Brick* y *The New Yorker*.

Para escribir este libro, he recibido el apoyo en parte de la Fundación Ford y United States Artists y en parte de mi editorial, Scribner. Escribí fragmentos de esta obra durante una residencia en la International House of Literature Passa Porta (Bruselas), integrada en el programa Residencias en Flandes y Bruselas, organizado por la entidad literaria Het beschrijf y el Departamento de Cultura de la Comunidad Flamenca de Bélgica. Expreso mi gratitud especialmente a Ilke Froyen y el personal de Passa Porta y su excelente librería. Gracias asimismo a Isolde Bouten, que me permitió saborear por primera vez lo que era hablar, escuchar y leer en neerlandés. Doy las gracias a mi editor Erik Visser, de De Geus, y a mi revisora Nele Hendrickx, por lo mucho que me animaron y por su supervisión de mi vocabulario holandés.

En Nueva Zelanda

La escritora Jenny y el músico Laughton Patrick, amigos y guías, entusiastas de los tui, ejemplos de *joie de vivre*, me llevaron a la rica reserva forestal de Wilton's Bush (también conocida como Otari), en Wellington, para ver rimus, totaras, kahikateas, rewarewas, helechos, un mundo de bosque húmedo de antaño. La Biblioteca y el Archivo del Museo Marítimo de Nueva Zelanda fueron de gran ayuda. Betty Nelley, curadora, y Andrea Hemmins, directora de colecciones del Museo del Kauri, en Matakohē, Northland, me ofrecieron una calurosa acogida y me ayudaron mucho. Disfruté de la colaboración de Rita Havell, bibliotecaria investigadora de la Biblioteca

Alexander Turnbull, en Wellington. Karren Beanland, del Centro de Escritores Michael King, ayudó con la información y los contactos. Uno de esos contactos fue Liz Allen, miembro del consejo de administración del centro, que me reservó varios días de su apretada agenda para llevarme al Hokianga a visitar museos relacionados con el kauri y uno de los pocos bosques de kauris que quedan. En el Hokianga, Betty Nelley, del asombroso Museo del Kauri, organizó una incursión nocturna en el bosque para ver los grandes árboles a la luz de la luna. Nuestro guía fue Kyle Tuwhekaea Ranga Chapman, que añadió espectacularidad a la experiencia con la flauta, la churinga, el canto, las historias y las escabrosas denuncias contra los armiños y las zarigüeyas que se ceban en los kiwis.

En Nueva Escocia

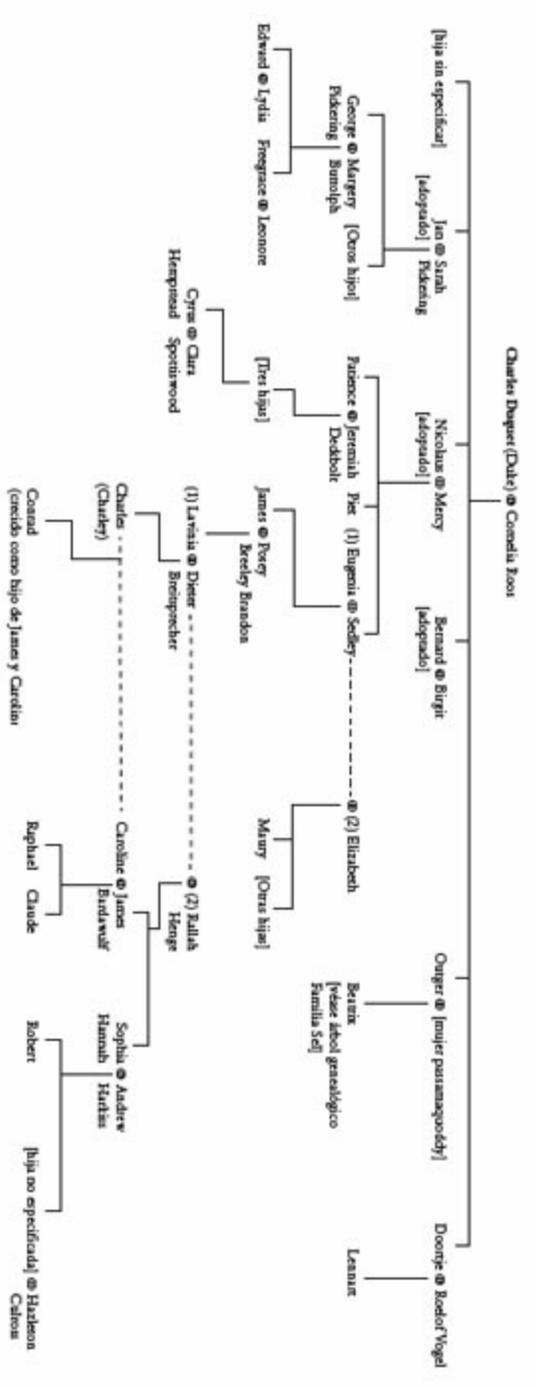
Vaya mi agradecimiento a Roger Lewis, estudioso de los mi'kmaq, ayudante de curador, arqueólogo, etnólogo y narrador fascinante, del Museo de Historia Natural de Nueva Escocia, por leer los borradores de la novela y explicarme la importancia de los ríos para el pueblo mi'kmaq. Y gracias a mi hermana Roberta Roberts, que pasó una semana conmigo en esa provincia.

En Estados Unidos

El aliento y el apoyo de mi agente, Liz Darhansoff, y mi revisora, Nan Graham, se prolongaron a lo largo de varios aplazamientos. Cheryl Oakes, bibliotecaria de la Sociedad de Historia Forestal, encontró artículos y referencias difíciles de localizar, y Cort Conley, de la Comisión para las Artes de Idaho, ayudó con libros sobre el trabajo maderero en el oeste. En Vermont, el doctor John P. Lawrence me ayudó con los detalles médicos de algunos personajes. El artista David Bradley, de Santa Fe, me guió hasta informes sobre la lucha de los pueblos indígenas de los bosques expulsados de sus territorios tradicionales por la tala, los ranchos ganaderos, las plantaciones de aceite de palma y la minería. Encontré muchos libros raros por mediación de un sinfín de librerías que exponen su género en Abe Books, y por supuesto el indispensable Internet, en especial el motor de búsqueda Google, me permitió sacar a la superficie muchos personajes y acontecimientos poco conocidos. La

Biblioteca Coe, de la Universidad de Wyoming, fue mi punto de partida para dar con muchos libros difíciles de encontrar. Doy también las gracias a Morgan Lang por su ayuda técnica a la hora de manipular un manuscrito voluminoso.

Árboles genealógicos





El bosque infinito

Annie Proulx

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Barkskins*

Ilustración de la portada: © Justin Lewis - Getty Images

© 2016 by Dead Line, Ltd.

De la traducción: © Carlos Milla Soler, 2016

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2016

ISBN: 978-84-9066-343-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA **LITERARIA**



¡Síguenos en redes sociales!



Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte